

CIÓN



Vida
de
Jesucristo



3

BT301

S3

V.3

C.1

230

S



1080042256



UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA
DE NUESTRO ADORABLE
REDENTOR JESUCRISTO,

ESCRITA EN LATIN POR

El P. LUDOLFO DE SAJONIA, monge cartujo.

ILUSTRADA CON VARIAS NOTAS

POR JUAN DADREO,

DOCTOR TEÓLOGO EN LA UNIVERSIDAD DE PARÍS.

TRADUCIDA Y AUMENTADA

POR D. ANTONIO ROSELLO Y SUREDA,

presbítero misionero apostólico.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

EDICION DE LA CIVILIZACION.



MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO, EDITOR.

Calle de Chiquis núm. 6.

1853.

37727

53567

Luis For...

BT 394

S-3

V-3



Biblioteca Pública
de la Universidad



BIBLIOTECA PÚBLICA
DE NUEVO LEÓN



CAPITULO PRIMERO.

DECLARA JESUCRISTO A LOS JUDIOS SU DIVINA MISIÓN, SU ETERNIDAD Y OTRAS VERDADES, Y QUEREN APEDEARLE.

Públicamente había confundido el Salvador á los acusadores de la mujer adúltera con un acto de clemencia, el mas propio de la divinidad y cual convenia á la importantísima misión de que estaba encargado, haciendo de una mujer pecadora una mujer penitente, siempre pronta á publicar las misericordias del Señor que tan admirablemente le había libertado. Varias eran y multiplicadas las intenciones en que, no pudiendo la perfidia de los fariseos dudar de la divinidad de Jesús, habían sin embargo manifestado una sorpresa ingrata por la fácil liberalidad con que perdonaba los pecados á los hombres, preguntándose á sí mismos: *¿Quién es este que se abroga la facultad de perdonar los pecados?* Y como en esta ocasión no solo había perdonado una pecadora en el foro de la conciencia, sino que había en cierta manera indultado de una pena marcada por la ley á una mujer criminal, era muy consiguiente que la soberbia mortificada de los escribas se levantase contra él con nuevo

furor, y que el ataque que le dirigiesen fuese tanto mas audaz y violento cuanto mayor habia sido su mortificación y cuanto mas numeroso era el concurso que á su Majestad seguía. La intencion de los fariseos era perder al inocente, la de Jesús era salvar á los culpados: por esto, deseoso de asegurar su felicidad eterna, continuó en instruirlos.

Muy consolante era para el Salvador verse siempre rodeado de un pueblo que deseaba instruirse en las verdades eternas que salían de su boca; abríola su Majestad y dijo: *Yo soy la luz del mundo*; como si quisiera expresamente decirles: No creais que soy luz de sola la Judea, lo soy de todo el mundo; no ha venido á él para iluminar un solo pueblo ó nación, sino á todo hombre que viene al mundo [1]. Luz soy que ensueño lo que se ha de creer y lo que se ha de obrar; el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida, la luz de la fe y de la gracia, que le conducirán á la luz de la gracia y de la vida eterna; pero el que de mí se aparta, no ve la luz y camina al fuego eterno que no alumbra.

Llámasse Jesucristo luz segun una y otra naturaleza. Segun la divina ilumina el alma; segun la humana ilumina el cuerpo y le reforma completamente con sus milagros, con su predicacion y con sus ejemplos: lo primero pertenece á la omnipotencia, lo segundo á la sabiduría, lo tercero á la bondad. El solo es la luz por esencia, y los demás que parecen luces son iluminados por él. Como Verbo ó palabra sale del Padre, como la luz de la luz. Es luz del mundo que sale del Padre [2] y se cubre con el velo de la carne; y así que por medio de esta llegue el hombre hasta la divinidad. Iluminándole esta luz queda sano por el colirio de la fe, porque todos nacemos ciegos como hijos de Adán; por esto el que le sigue obediendo tanto sus palabras como sus ejemplos, debe creer, amar é imitar lo uno y lo otro, y entonces no camina en las tinieblas de la ignorancia, porque él es la verdad; ni en las de la culpa, porque él es el camino; ni en la condenación eterna, porque él es la vida y tiene la luz de la vida eterna: porque tiene á Cristo, que es la sabi-

[1] Joann. c. 1, v. 9.

[2] Div. August. Tract. 34 in Joann.

duría de Dios, luz indeficiente é inextinguible, poseyéndole aquí por la fe, y en la patria por la vision beatífica. Esta diferencia está perfectamente marcada en las mismas expresiones del Salvador: dijo, *el que me sigue*, y denotó todo lo que pertenece al mérito; *tendrá la luz de la vida*, y declaró el premio. Así patentizaba que era el Mesías mil veces representado y anunciado por los profetas con la metáfora de la luz, y que no solo habia de convertir á Jacob é Israel, sino que habia de ser la luz de todas las gentes.

Entre los diversos caracteres con que Isaias habia anunciado al libertador de Israel, era uno de los mas sobresalientes el que habia de ser la luz de las naciones [1]. Yo, el Señor, dijo, te he llamado por el amor de la justicia, te he tomado por la mano y te he preservado; te he puesto para ser el reconciliador del pueblo y la luz de las naciones. . . . Poco es el que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob y convertir los despreciados restos de Israel: he aquí que yo te he destinado para ser la luz de las naciones, á fin de que tú seas la salud enviada por mí hasta los últimos términos de la tierra [2]. David habia contado á Israel la inmensa bondad de Dios y le habia dicho: *En ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz*; esto es, seremos iluminados por tí y veremos la luz de tu divino rostro [3]. El sabio le habia asegurado que la sabiduría increada, que es el mismo Hijo de Dios, era como una emanación de su gloria y claridad omnipotente; por lo que no tiene lugar en él ninguna cosa manchada; como que es el resplandor de la luz eterna un espejo sin mancha de la Majestad de Dios y una imagen de su bondad [4]. Daniel, ilustrado por Dios para disipar el sueño misterioso á Nabuco, habia dicho tambien: *De él son la sabiduría y fortaleza. . . él muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y las firmas; da la sabiduría á los sabios y la ciencia á los inteligentes; revela las cosas profundas y recónditas, y conoce las que se hallan en medio de las tinieblas, pues la luz está con*

[1] Isaias cap. 42, v. 6.

[2] Idem cap. 49, v. 6.

[3] Ps. 35, v. 10.

[4] Sap. cap. 7, vs. 25 et 26.

el [1]. Y por último, prediciendo Micheas la desolacion de Jerusalem y el orgullo de Babilonia por su triunfo, habia dicho á esta en nombre de la ciudad santa: *No te alegres ni ensorberzas por mi ruina, yo volveré á levantarme; y cuando estuviere en las tinieblas, el Señor será mi luz* [2].

Los escribas y fariseos, como sabios y versados en el conocimiento de las Escrituras, no podian ignorar tantos testimonios como en ellas estaban encerrados; y aparentando en esta ocasion una suma ignorancia, como entre todos los oyentes eran los mas atentos, porque eran los mas rígidos censores, interrumpieron al Señor desde las primeras palabras que pronunció para reargüirle y pedirle las explicaciones que creían necesarias. *Tú das testimonio de ti mismo, le dijeron, y tu testimonio no es verdadero.* Oían al Salvador, pero no para aprovecharse de su doctrina; deseaban oírle, mas no para gustar y empaparse de las verdades eternas, sino para hallar ocasion de condenar su doctrina y persona: por esto revistiéndose Jesús de aquella autoridad que le daban su mision divina y su doctrina santa y verdadera, les respondió: *Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es bastante y verdadero.* Conociase bien que sola la obligacion y la necesidad de instruir precisaban á Jesucristo á hablar como hablaba de sí mismo; que la modestia y humildad sobresalian y brillaban en medio del esplendor de sus milagros; y cotejando sus acciones con sus palabras, se veia la verdad de las unas apoyada en la santidad de las otras, y todas causaban igual edificacion, pues las verdaderas virtudes tienen su carácter firme y decidido que las distingue de la hipocresía, siempre tibia é irresoluta cuando quiere imitarlas; y las defiende con verdad, justicia y decoro de la calumniosa envidia cuando justamente la censura.

Incontestable era la aseveracion de Jesús, y estaba pronunciada con una tan imponente autoridad, que para qua los escribas y fariseos tuviesen como un poco mas de tiempo para respirar y sobreponerse al estupor que les habia sobrecogido, continuó el Salvador el discurso sin esperar su respuesta. Yo estoy bien informado en lo

[1] Dan. cap. 2, vs. 20, 21 et 22.

[2] Micheas cap. 7, v. 8.

que testifico y otros testifican de mí. *Yo sé de dónde vine y sé á dónde voy.* Sé que soy Hijo de Dios y enviado de mi Padre para instruir y salvar al mundo, y sé que voy á consumar la grande é importantísima obra de la redencion. *Vosotros empero no sabeis de dónde vengo ni á dónde voy:* estas cosas no las podeis saber sino de mí. Aunque yo hablo de cosas que me pertenecen, no soy por eso menos digno de fe; y el ligar mismo de donde vengo es de asegurar que estoy muy lejos de mentir y mucho mas de lisonjearme á mí mismo. Es cierto que con mucha frecuencia se engañan y dejan engañarse los hombres arrastrados del amor propio que les representa las cosas segun su gusto; pero sé tambien que en el lugar de donde vengo y á donde me es preciso volver, no se encuentra alguno sujeto á esta miserable pasion.

Para darles á conocer la inmensa distancia que habia entre su modo de pensar y el modo de pensar que ellos tenian, quiso el Señor que después de esta instruccion empezasen á conocer los misterios de la pasion que ellos le preparaban y no conocian con bastante claridad [1]; por esto les indicó, que en cuanto Dios, habia bajado del cielo, esto es, del seno de la Divinidad, en cuyo concepto era su origen celestial y eterno, y que en cuanto hombre, cuya humanidad santa se habia unido en tiempo al Verbo de Dios, iria después de su muerte y resurreccion á sentarse á la diestra de Dios su Padre, porque este era el término de su carrera; pues esto era á lo que aludia y verdaderamente significaba lo que les dijo: *Cuando exaltáreis, levantando en la cruz al Hijo del hombre, esto es, al Hijo de la Virgen segun la carne, pues segun ella debe padecer, entonces conoceréis, esto es, conocerán algunos de los vuestros por la fe, que yo soy el Cristo verdadero;* que yo soy el Dios escondido bajo el velo de la carne. Yo diiero y alargó el plazo de vuestro conocimiento para que se llenase mi pasion; y convenia que esta se llenase, dice san Agustín, por las manos de aquellos que después habian de creer. Quiso el Señor que esto sucediese así, para que ninguno desespere colocado en medio de la iniquidad ó del crimen,

[1] Div. August. Tract. 40 in Joann.

por grande que sea, al contemplar que se perdona generosamente el homicidio á los que habian quitado la vida al mismo Cristo.

De tres maneras ofendimos nosotros á Dios y le abatimos y humillamos cuanto está de nuestra parte, á saber: con los malos pensamientos, con las malas palabras y con las malas obras. Cuando empero convertidos le confesamos y damos completa satisfaccion, entonces le exaltamos en el seno de nuestro corazon y en nuestra alma amándole sobre todas las cosas, y le conocemos venerándole sobre todas ellas. Si quierdes pues ¡oh cristiano! conocer y confesar á Dios exaltándole sobre todas las cosas, exáltale por la contricion contra los malos pensamientos, por la confesion contra las malas palabras, y por la satisfaccion, penitencia y mortificacion contra las malas obras.

De ciertos judíos que entonces aparentaban creer en él, dijo con toda claridad: *Si vosotros quedáseis unidos con mis palabras*, esto es, si perseveráseis hasta el fin en la fe que por ellas empezó á tomar asiento en vuestro corazon, sin separaros jamás de mis doctrinas, entonces *sereis verdaderamente mis discípulos*; esto lo dijo porque algunos de ellos creían fingidamente en él, y estos no eran discípulos verdaderos; entonces conoceréis la verdad que ahora os habla cubierta con el velo de la carne y os está escondida: ó de otra manera, conoceréis la verdad de la doctrina que ahora enseño y de la fe que empezais á tener; y el conocimiento de esta verdad os hará perfectamente libres, porque ahora en el mundo os libertará de la servidumbre de la culpa y os dará la libertad de la gracia, que es el punto donde comienza la verdadera libertad: en el siglo venidero os libertará de la esclavitud, de la miseria y desgracia eterna, y os dará la libertad de la gloria, que es donde se consuma y perfecciona la paz y el gozo de la verdadera libertad.

Orgullosos á la par de necios, respondieronle algunos llenos de presuncion y arrogancia, y le dijeron: *Nosotros somos descendientes de Abraham y á nadie jamás hemos servido*; como significando que eran libres y que no necesitaban de la libertad santa que el Señor les ofrecia, aparentando no entender lo que él mismo claramente les enseñaba. Manifiestamente fallaron á la verdad, porque pri-

mero sufrieron en Egipto una espantosa esclavitud, sufrierónla después en Babilonia, y aun en su propio país sirvieron al rey de los asirios y á otras naciones, y últimamente á los romanos, á quienes pagaban cuantiosos tributos. No les hablaba empero el Señor de esta esclavitud corporal que ellos entendian; hablábales de otra mas espantosa y horrible; por lo que les añadió: *En verdad os digo que todo aquel que comete la culpa y el pecado*, cualquiera que sea su condicion, bien sea noble ó plebeyo, judío ó griego, rico ó pobre, emperador ó mendigo, este es *el verdadero esclavo del pecado*. Sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: 'Todo el que sigue la voluntad del diablo es verdadero esclavo suyo, aunque sea libre. El que empero obedece y sirve á Dios, este es el verdadero libre, aunque sea esclavo. La libertad espiritual no se esclaviza con la esclavitud corporal, así como tampoco la esclavitud espiritual se desata por la libertad corporal, puesto que esta esclavitud no fué introducida sino por la rebeldía y mala disposicion de la voluntad del hombre. Libre fué criado este, pero él se hizo esclavo. Y san Agustín concurre: El bueno, aunque sea esclavo, es libre; el malo, aunque sea rey, es esclavo; y no de un hombre solo, sino de tantos señores cuantos son los vicios que le dominan. Y san Gregorio añade [2]: Aquel á quien defiende el testimonio de su propia conciencia, es libre entre una multitud de acusadores.

No pudo el Señor decirles entonces con mas claridad que era Hijo de Dios, que era el verdadero libre, y que en uso de esta soberana y eterna libertad que tenia como Hijo de Dios, venia á dar su vida por la verdadera libertad de los hombres, á fin de que de esclavos del pecado pasasen á ser hijos libres de Dios, comprados y redimidos con el precio infinito de su sangre, de la eterna y espantosa esclavitud á que estaban condenados como hijos del pecado; y por esto les añadió: Vosotros juzgais segun las pasiones de la carne y segun las apariencias de los sentidos; pero yo no juzgo á nadie de esta manera; y si yo juzgo, mi juicio es verdadero, justo é irrecusable; porque yo no soy solo, sino que el Padre que me envió

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 oper. imperfect.

[2] Div. Gregor. Ep. 89 lib. 6.

está conmigo. No entendaís que yo al presente quiera juzgar á persona alguna; pero si lo hiciera, sabed que mis juicios serian dirigidos por la justicia y la verdad. El Padre que me envió me sirve de irrecusable testimonio, y mis palabras apoyadas sobre su autoridad, merecen ser creídas. El Padre me comunicó su poder infinito, su sabiduría y ciencia eterna, y desde el instante primero de mi concepcion, se depositaron en mí todos los dones de su gracia; y así es que yo estoy en mi Padre y él conmigo está; y si segun vuestra ley dos ó tres testigos bastan para hacer creíble una verdad, mi testimonio y el de mi Padre deben admitirse. Yo soy el que con mi vida inocente, con mi predicacion divina y con mis obras millagrosas, doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió de muchas maneras dará testimonio de mí; que fué lo mismo que decirles: Examinad vuestra ley ya que os preciais de ser maestros y doctores de ella, y ved lo que dice sobre un punto tan interesante. Ella os enseña que una declaracion hace fe y se recibe como prueba concluyente cuando se apoya con el testimonio uniforme de dos ó tres personas. Convinceos pues y dejad de oponeros á la fuerza de mi testimonio. Yo le doy de mí mismo, es cierto; pero mi Padre que me ha enviado ha hablado tambien por sí, y con su autoridad eterna ha autorizado mi testimonio. ¿Qué mas quereis?

No pudieron los fariseos reprimir y cautelar por mas tiempo el espíritu de furor y venganza de que estaban llenos. En otras mil ocasiones habian oido decir clara y distintamente al Salvador, que este Padre de quien al presente les hablaba, era su Padre celestial, el Dios y Criador de todas las cosas; pero con todo, fingiendo que lo ignoraban, les replicaron llenos de malicia y dijeron: *¿En dónde está tu padre?* Perversos hasta el extremo, llenos de ficcion y doblez, querian obligarle á que se explicase con mas claridad para tomar de su respuesta motivos aunque aparentes para nuevas calumnias; mas como el Señor leia en el interior de sus corazones, dejó confundida su malicia y burladas todas sus necias esperanzas, contestándoles con una reprension severa que no esperaban, y así les dijo: *Vosotros no me conocéis ni conocéis á mi Padre. Si me conocierais, tambien á mi Padre conoceriais,* supuesto que soy su

imágen y se deja ver en mí á cualquiera que no está prevenido de alguna pasion maligna como vosotros; por consiguiente, si vosotros me reconocierais, segun os hallais en estado de hacerlo, después de las pruebas con que yo he confirmado mi testimonio de que soy Cristo y enviado de Dios anunciado por sus profetas, yo os conduciria fácilmente hasta confesar que Dios es mi Padre y que yo soy el Hijo único de Dios. Yo os mostraria que lo uno es consecuencia de lo otro. Pero mientras estais empeñados en disputarme mi mision y en contradecir el derecho que tengo de hacerme creer, inútilmente os responderia á la pregunta que me haceis. Luego es preciso que creais, primero en virtud de los milagros que obro y sobre el testimonio de las Escrituras que me anuncian y dicen que soy el Cristo prometido á vuestros padres; en tal caso puede ser que creyerais y yo os diera á conocer mi origen y mi verdadera grandeza.

No hay duda que en esta ocasion manifestó Jesús la grandeza incomparable de su corazon, pues cercado de una multitud asombrosa de oyentes, la mayor parte enemigos poderosos y obstinados, los reprendió con una tan amplia y santa libertad, que solamente podia convenir á su sagrada persona; y aunque los fariseos no desconocieron el método y el orden que el Señor queria guardar en su ensenanza, no cesaron en sus designios de iniquidad; los del Salvador eran todos de moderacion y de paz, y los suyos eran todos de sedicion y de guerra. Jesús se hacia respetar y amar del pueblo por su misericordia y justicia, y ellos no podian todavia destruir con un movimiento popular el camino pacífico que el Señor se habia trazado; y á su despacho y pesar veian cómo la multitud de los oyentes caminaba, si no á la perfecta inteligencia de los objetos de la revelacion, por lo menos á tener una entera confianza en aquel que era el solo que tenia autoridad para revelarles; por cuya razon se retiraron de la presencia de Jesús con la mayor descortesia, é interrumpieron y cortaron la importante conferencia que con ellos habia entablado.

Es digno de notar el lugar donde sucedió este hecho tan memorable. El Evangelista nos dice: Que habló Jesús estas palabras en el *Gazophilacio*, enseñando en el templo; esto es, al frente de una

larga galería donde se guardaba el tesoro, la que se hallaba situada en el vestibulo exterior de la casa de Dios, y era muy á propósito por su capacidad, para contener una muchedumbre numerosa. Era Jesús el tesoro inestimable é infinito que debían buscar todas las criaturas, y el Criador, que conocía también el valor inestimable de sus almas y había venido para comprarlas y redimir las á todas con el tesoro preciosísimo é inestimable de su sangre, hablaba á las turbas en la antecámara de los tesoros de la tierra, para darles á conocer que estos son sumamente despreciables en comparación de los tesoros celestiales. Por principales y vengativos que fuesen los enemigos de Jesús, ninguno de ellos se atrevió á poner sus manos en él; y aunque no le amaban, le respetaban y temían su ardiente celo: no había llegado su hora y vivía por lo tanto entre aquellos con la misma seguridad que si viviera entre sus mas amigos y afectos.

La majestad y la grandeza eran inseparables de la persona del Salvador, y resplandecian en todas sus acciones y palabras; conteniase á su vista el desenfreno de los fariseos, acallábase el aborrecimiento de los sacerdotes, cancelábanse las determinaciones de los escribas, y quedaba, en fin, suspenso y encadenado todo el furor de las pasiones humanas á la vista de la actitud imponente de aquel ante quien doblan su rodilla todas las potestades del cielo y de la tierra, y se poseen de terror y espanto todas las fieras del abismo: por consiguiente, marchó Jesús de la vista de sus enemigos, dejándoles poseídos de pavor y miedo. Con el mismo continente majestuoso y grave dejóse ver también en el templo en la mañana siguiente, y esta fué la última vez que lo verificó durante su viaje. Era día de sábado y el templo era frecuentado mas que los otros días: agrupáronse en seguida al rededor de Jesús los que se hallaban en el lugar santo, cuya mayor parte era de los judíos residentes en Jerusalem, pues los galileos y los otros extranjeros se habían ya retirado, la quinta y sexta feria, después de la conclusion de la fiesta de los Tabernáculos. Astutos como siempre y entonces mas que nunca los escribas y fariseos, no quisieron presentarse en público para obrar abiertamente contra su Majestad, y fiaron el logro de sus in-

tentos á una porcion de réprobos capaces de excitar un tumulto, los que diseminaron entre la multitud, manteniéndose ellos á la vista y en paraje oportuno para aprovecharse de la ocasion.

Su feroz soberbia les había hecho concebir la idea de que su presencia impedía al Maestro divino explicarse con aquella franqueza que en muchas ocasiones precipita á los hombres vulgares y los obliga á caer en deslices dignos de reprension y tal vez de castigos; otra de las razones porque en esta resistieron concurrir en público. ¡Cuánto se engañaban! La sabiduría eterna lo tenía previsto todo y nada se ocultaba á su prevision de todo lo que pasaba en el corazón de los malvados; en cuya consecuencia está visto que el numeroso concurso al que Jesús iba á dirigir su discurso, si bien se componía en su mayor parte de gente sencilla dispuesta siempre á recibir las instrucciones santas, no carecia de un gran número de espías y de espíritus turbulentos y discolos, prontos á suscitar un alboroto contra Jesús y los mas á propósito para mantenerlo. Hecha esta aclaracion importante, es mas fácil de comprender el órden maravilloso de estos discursos de Jesús y el por qué se dirigió al parecer con tanta acrimonia contra los circunstantes.

Yo conozco todas vuestras intenciones, podía haberles dicho el Salvador, y nada se me esconde de cuanto maquináis; mas aunque reservé esta manifestacion, les descubrió que todo lo sabia cuando sin rodeos les dijo: *Yo me voy, y me buscareis y morireis en vuestro pecado.* Me voy, porque ya se acerca la hora; yo soy el que la elegí, y serán vanos todos vuestros esfuerzos antes que llegue este tiempo, de vosotros tan apetecido y de mí mucho mas deseado. Vosotros venís á oírme, no para instruirlos ni edificarme ni para creer en mí, sino para tener ocasion de quitarme la vida: sabed pues que yo por mi propia voluntad camino á la muerte; moriré, no cuando sea vuestro gusto, sino cuando llegue el momento preñado por mi Padre; dejad pues de buscar vanos pretextos para que muera; en aquella hora yo saldré al encuentro á la muerte; entónces os dejaré y experimentaréis los tristes efectos de mi ausencia; entónces me buscareis, no por amor, sino por odio; no para hallarme y poseerme, sino para borrarne de la memoria de los vivos; pero por mas que

me busqueis no me hallareis; estaré lejos de vosotros y morireis en vuestro pecado.

San Crisóstomo y Theophylacto buscan minuciosamente la causa porque Jesús hablaba á los judíos con tanta frecuencia de su venida desde el cielo y de su regreso allá al seno de su Padre; y convienen que era para inspirarles terror, porque conocia toda la obstinacion y dureza de que estaban poseídos; así fué que cuando les trató su segunda venida, les dijo: "Después de la tribulacion de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos temblarán: entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorumpirán en llantos. Y vendrán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad [1]." Y después, cuando preguntado por el sumo sacerdote y conjurado de parte de Dios vivo para que le dijera si era el Cristo Hijo de Dios, le respondió: "Tú lo has dicho, yo soy," añadió: y os declaro que veréis después al Hijo del hombre sentado á la diestra de la Majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo [2]." Y ya por el mismo san Juan nos aseguró que poco antes habia dicho á los judíos: "Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y después me voy á aquel que me ha enviado. Vosotros me buscareis y no me hallareis, y á donde yo voy á es: "Mas vosotros no podeis venir [3]." Sobre todo, lo que dice san Agustín: Mal busca á Cristo el que muere en su pecado. ¿Cómo presumes alcanzar la salud, si aborreces al único que pudiera dártela? De Cristo huye el que hoy peca, y dice: Mañana me arrepentiré. ¿Hoy te llama él y tú dices mañana? ¿Ese otro día quién te lo promete? ¿La gracia que presumes tener en el que te la asegura? No amenaza Cristo á los que se dejan atraer de él, sino á los que lo buscan cuando él no quiere ser hallado. ¿Cuándo quiere el dejarse hallar de ti sino cuando te llama? ¿Y tú que no haces caso de él cuando te llama, confías que él haga caso de ti cuando tú lo buscas [4].

[1] Math. c. 24. vs. 29 et 30.

[2] Idem, cap. 24. vs. 31 et 34.

[3] Joann. cap. 6. vs. 13 et 14.

[4] Div. August. in cap. 8 Joann. Tract. 42.

Bien claro les dijo, si ellos hubiesen sabido comprenderle, que iba al cielo, y que allí no habian de ir porque habian de morir obstinados en su pecado. Adviértase que no les dijo *morireis en vuestros pecados*, sino en el pecado vuestro que era el de *infidelidad*, y por el que les reprendia con mas terribilidad y rigor. Lo que en otra ocasion dijo á sus discípulos anunciándoles la dilacion del premio que les prometia y en la casa de su Padre les estaba preparado, fué en esta para los judíos la profecía de su condenacion eterna. Cerrarónse ellos el camino para ir al Padre, que es la fe verdadera en Jesucristo. Perdida esta fe, ningún recurso les quedaba; mas despreciaban el dicho del Señor, cerraban sus ojos para no ver la luz y se hacian cada vez mas dignos de su justicia y venganza. Vino Cristo para ser el camino de los hombres que á todos condujese á la gloria prometida por la senda angosta que él mismo trazaba para sí y para todos. ¿Y cuál es esta senda sino la fuga del delito, el odio del mundo y la negacion de la propia voluntad? No anda con Cristo ni á Cristo llega jamás el que á sí mismo no se niega.

Cruels sin duda, espantosas y terribles eran estas amenazas; pero eran el castigo de la malicia, de la envidia, y la ambicion y dureza del judaismo. Los habitantes de Jerusalem, que no entraban en la conspiracion tramada por los fariseos contra Jesús, y cuyo corazón no estaba todavía pervertido por la astucia y malicia de aquellos, casi nada entendieron de este discurso del Salvador; por lo que se preguntaban unos á otros y decían: *¿Por ventura habrá concebido la idea de darse á sí mismo la muerte, pues dice: á donde voy vosotros no podeis venir?* ¡Ah! que nosotros estamos muy lejos, no solo de querer quitarle la vida, sino tambien de quererle mal alguno. Mas la gran porcion de espías, de gentes pagada y de inérfulos que se halla presente, no podia dar de sí el mismo testimonio, y conoció claramente que su conspiracion estaba descubierta: sin embargo, queriendo aparentar la propia sencillez del pueblo crédulo y fiel, repetian algunos de ellos su misma pregunta con refinada y astuta hipocresía; desconociendo que si como sabios y penitentes interpretaban el dicho del Señor atribuyéndolo á la muerte temporal que los otros sencillamente creían, ellos tambien podrian ir á donde él

Salvador fuese; porque si su expresion habia de significar ó significaba verdaderamente un su concepto un suicidio, tambien ellos podrian verificarle en su propia persona. El autor de la vida, el que habia venido para darla á todos, y que para justificar lo importante y santo de su mision resucitaba los muertos á la vista de un pueblo casi inmenso, restituyéndoles la vida corporal; el que lanzaba de los cuerpos los demonios y perdonaba los pecados dando la vida espiritual á las almas, no podia hablar ni apropiarse á sí un crimen tan horrendo como el suicidio; y así fué que para refutar y destruir prontamente la idea de los sencillos y la aquiescencia de los maltrados, continuó su fervoroso discurso diciéndoles: *Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de arriba.* Que fué lo mismo que si les dijera: Hablásteis como lo que sois, como gente animal y terrena que no tiene alas para volar al cielo ni paladar para saborearse con el manjar invisible.

Conociendo el carácter orgulloso y altanero de los fariseos, no causa admiracion que Jesucristo procurase humillarlos con tan tremendas repulsas; mas ellos, que nunca se daban por entendidos, continuaron en sus pensamientos de iniquidad, desoyendo las voces amorosas del Salvador; por lo que, mirándoles con ojos de compasion y deseando verdaderamente sacarlos de la infidelidad y error en que estaban, continuó su discurso diciéndoles: Ya os he dicho con todo conocimiento que morireis en vuestro pecado; pues si no oreeis en mi palabra cuando os declaro y os pruebo quién soy, la muerte os sorprenderá en vuestra obstinacion; y siguiendo unas máximas tan erradas y opuestas á las mías como son las del mundo, es preciso que acabeis impenitentes; porque esa incredulidad, origen de los atroces delitos que meditais, no puede menos de ser seguida de la impenitencia, y por consiguiente de una muerte infeliz: si á ella empero substituyesen la creencia y la fe, seria su consecuencia la penitencia dichosa, y la corona de ella seria el cielo, donde tengo mi tesoro, y para premio un reino de felicidades y dichas eternas.

Poco ó nada movió esta amenaza de Jesús, ni la esperanza del premio que acababa de prometer, el corazón endurecido de los fariseos, sino que manifestándose al parecer mas frios é indecisos de lo

que antes estaban, le preguntaron: *¿Quién eres tú?* Y Jesús les respondió: *Yo soy el principio que hablo con vosotros;* esto es, el principio de toda justicia. Yo soy el objeto y el autor del culto perfecto anunciado y prometido desde el principio del mundo. Yo soy el autor de un siglo nuevo, del cual todos los siglos pasados no han hecho otra cosa sino preparar el nacimiento y anunciar y figurar las maravillas. Yo soy el primogénito de todos los muertos y el príncipe de todos los reyes de la tierra. Yo soy igual al Padre en la divinidad y menor que él en la humanidad. Si quedara en el Padre, como lo estaba desde el principio, y no hubiera tomado carne para hablar á los hombres, ¿cómo creerian en mí los flacos, en cuyo corazón entra la fe por el oído? Ningun hombre será agradable á Dios sino en cuanto se uniere á mí, como miembro de un mismo cuerpo, bajo una cabeza, de la cual reciben todos accion, vida y movimiento. Soy pues lo que os dije desde que comencé á hablarlos ó desde el principio de mi predicacion: *Soy el Mesías vuestro, el Cristo prometido, el ungido del Señor.*

En verdad que desde el principio de su predicacion esta habia sido la doctrina constante de Jesús, que con mil portentos y milagros habia sido confirmada, y con este mismo carácter queria que le recibiesen y conociesen: por lo que contentándose con descubrirles su grande ceguedad y pertinacia en no creer lo que les enseñaba, aunque tenian grandes auxilios y no pequeños motivos para darle crédito, no les repatia otra cosa sino lo que habia oído á aquel que les habia enviado, y por esto les añadió: *Muchas cosas tengo que deciros y en muchas tengo que juzgaros.* En este juicio sereis resindenciados por la misma verdad que mirais ahora con tanta ojeriza. En este juicio sereis juzgados y condenados sin que podais replicar cosa alguna, porque allí no se juzga por inciertas conjeturas: el que me ha enviado á vosotros es fiel y veraz; no puede engañarme, y hablando yo lo que á él oí, no puedo mentir. Nada digo entre los hombres, sino lo que he oído al que siempre enseña la verdad; pero como hablaba el Salvador con incrédulos y obstinados, conoció que cerraban voluntariamente los ojos y oídos por no venir en conocimiento de quién era.

Ya hemos dicho un poco mas arriba, que para justificar el Señor

cuan to les decia y acreditar que era el enviado de Dios su Padre, les manifestó que cuando exaltasen ó levantasen al Hijo del hombre de la tierra clavado en el madero de la cruz, entonces los mismos incrédulos conocerían quién era él. Y en efecto, apenas el Crucificado dió el último suspiro sobre este teatro de horror y de ignominia, cuando los que le habían conducido á él con sus voces y sediciosos clamores se volvían hiriendo sus pechos, clamando y diciendo admirados: *Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios.* Solo á su Majestad pertenecía establecer señales de esta especie. Los hombres pierden en el suplicio en que espiran, el honor que en el mundo adquirieron; pero el Hijo de Dios y sus discípulos encuentran en él el principio y el colmo de su gloria.

No entendieron ellos el idioma de Jesús: terrible juicio es la ceguera voluntaria! Pero aunque los mas obstinados no comprendiesen en aquel punto mismo lo que el Salvador les hablaba, y que su elevación sobre la cruz que había de ser el mas profundo de sus abatimientos, había de ser tambien para muchos la verdadera ilustración de su grandeza; con todo, cotejando algunos de los que le oían su doctrina y sabiduría, con su santidad y milagros se impresionaron de tal manera, que creyeron en él. Su fe, aunque confesada, era todavía débil y pequeña, y Jesús, que conocia bien su flaqueza, estaba previendo su escándalo; añadiendo por tanto eslabones á la cadena que iba formando, dijo á aquellos en quienes reconoció estos movimientos pasajeros de piedad y de fervor: Si perseverais firmes en la doctrina que os predico, seréis verdaderamente discípulos míos, y poco á poco vendreis á ser capaces de una instrucción mas perfecta. Los misterios se os aclararán cada vez mas; conoceréis que cada vez mas conoceréis que nada os he dicho que no sea verdadero; la verdad reconocida os hará salir de la esclavitud y os admirareis de la libertad que gozáis.

Tambien hemos dicho que hablaba Jesucristo en esta ocasión de la libertad del alma á quien el pecado hace esclava y cuyas cadenas quiebra la fe en el Hijo de Dios junta con la observancia de la ley. Los judíos empero, mal afectos al Señor, á quien escucharon con intencion maligna, explicaron sus palabras en un sentido odioso, y consiguieron segun sus proyectos excitar algunas centellas, cu-

yo fuego iba creciendo por instantes en el resto de la conversacion; y así fué que respondieron al Señor, que como hijos de Abraham gozaban de perfecta libertad, no queriendo comprender que todos los hombres, tanto judíos como gentiles, son siervos del pecado y de la muerte, cuando en el pecado perseveran y viven. La oposicion que les hizo ver Jesucristo, existia entre su Padre y el Padre de los judíos, y la claridad con que les dijo que sus obras no eran dignas de los hijos de Abraham, excitó un impulso tan violento en los concurrentes, que á no haberle concurrido el Señor con su omnipotencia, pudiera llegar á ser peligroso para su persona; por lo que bien presto les añadió: *Si sois hijos de Abraham, haced obras dignas de vuestro Padre.* Todo vuestro afán se reduce á quererme quitar la vida, siendo así que no os predico mas que la verdad que he aprendido de Dios. Abraham, de quien os gloriáis de ser descendientes, jamás pensó como vosotros; creyó firmemente las promesas de Dios, y enseñó á sus hijos que debían creerlas; porque solo así serian los hijos escogidos de su pueblo, los hijos de Dios y su heredad eterna.

Estremecíase al oír estas verdades y se les hacia muy dura de creer la diferencia real y verdadera que hay entre los hijos de Abraham, segun el espíritu, y los que solo lo son segun la carne. No comprendían que los hijos del espíritu pudiesen llegar á ocupar el lugar de los que lo eran segun la carne, á pesar del privilegio de la ley; y por esto no se disponían á recibir con la íntimacion de la fe de su Padre, la libertad que da la gracia del medidor, ni el novoculto que este venia á establecer sobre la tierra. Cifmaban su mayor gloria en llamarse hijos de Abraham y de Moisés, así es, hijos de Dios, y despreciaban al enviado de Dios cuando les enseñaba las verdades importantes, y esto fué lo que obligó al Señor á que les dijera: *Si Dios fuera vuestro Padre, sin duda me amaríais á mí; pues de Dios procedo y de su parte vengo; él mismo me ha enviado y en su nombre os hablo.* ¿De dónde proviene pues que no os aprovecheis de mis palabras y que vuestros ojos no puedan sufrir mi luz? Vuestra obstinacion sin duda os hace sordos á mi voz. Semejante terquedad no puede venir de otro que del demonio, de quien no teneis empacho de declararos por hijos, siguiendo sus perversos

designios. Es el primer mentiroso y el primer homicida, pues hizo morir á los hombres dando la muerte al primero de todos ellos. Por sus malignas y sangrientas sugestiones se hizo la primera muerte en el mundo. Fue criado en la luz de la fe, pero prefirió la mentira á la verdad; por esto no hay que extrañarlo cuando miente, que esa es su profesión; ser padre de la mentira, del engaño y del pecado, que causa la muerte; sobre lo que dice san Agustín [1]. No creas que no cometes un homicidio cuando aconsejas mal á tu hermano y le induces á que cometa la culpa y el pecado; y para que conozcas bien que lo matas, oye lo que dijo el Salmista [2]: Rejonnes y flechas son los dientes de los hijos de los hombres, y su lengua una espada bien afilada, pronta á dar la muerte.

No permaneció el diablo en la verdad ni en las obras de la justicia, porque negó á Dios la obediencia; y el que no obedece no es veraz ni fiel: como Dios es el Padre y el autor de la verdad, así el diablo es el padre y el autor de la mentira y de la muerte; pues tanto que él existiera no había lo uno ni lo otro, y por él es todo hombre mentiroso. Nada habló al hombre primero que no fuese una gravísima mentira: *Seréis como dioses, sabréis el bien y el mal, no moriréis*: dióle el hombre crédito y fe mas que á Dios, y por esto se hizo desgraciado, se condenó á la muerte y á todas las desgracias y penalidades de la vida. Hízose no menos imitador que hijo del demonio, y justificó que lo es en la irreconciliable enemistad que profesa á las verdades que el Señor le enseña. Esto dió margen y lugar á que el Salvador redarguyese terriblemente á los escribas y fariseos, y como para justificarse les dijo: *¿Quién de vosotros podrá convencerme de la menor falta?* Lo que fué decirles verdaderamente: Vosotros queréis matarme; justificaime pues un pecado que me haga digno y merecedor de la muerte, y si no podeis hallarlo en mí, sabed que vuestra justicia está manifesta, pues quereis condenarme siendo inocente como lo soy.

Pensarse ha, dice san Gregorio [3], y examinarse bien la maldad del Hijo de Dios que había venido al mundo para perdonar

los pecados de los hombres, y sin embargo, no se desdía de manifestar con razones y argumentos que no es pecador, sino que en él reside la virtud de la divinidad para justificar los pecadores. ¡Qué asombro! Cargó sobre sí con los dolores y trabajos de la miserable condicion humana; eligió la pobreza y no se rindió de la opinion y nota de ignorante en que le tenían algunos; pero no quiso sufrir la de pecador con que se le acriminaba. Tratóbale de quebrantador del sábado y se le acusaba de bebedor de vino; y al oír semejantes calumnias, desafia públicamente á sus malignos acusadores y les invita á que le convenzan de uno solo de los delitos con que le deshonran. ¡Pero quién habla de convencerle de la menor falta! Y viendo que todos á su primera embestida habían quedado reducidos á un vergonzoso silencio, les añadió: *Si os digo la verdad: si no hallais realmente en mí cosa alguna que reprender; si mis obras y mis leyes son igualmente irreprehensibles, y si con pruebas las mas convincentes, y con milagros que no podeis negar os demuestro ser verdad cuanto os predico y enseño, ¿por qué no creéis lo que os digo, esto es, que no soy pecador como los demás, y que soy Hijo de Dios?* Si alguna vez me hubiérais convencido de mentiroso ó me hubiérais cogido en algun defecto, yo os disculparia la desconfianza que manifestais de mi persona; pero no siendo así, vuestra incredulidad no es disimulable. ¡Ah! Vosotros acreditais bien lo que sois. ¡Qué derecho ó título podeis alegar vosotros para ser creídos!

La verdad fué siempre, no hay duda, la divisa de los profetas enviados por Dios á su pueblo, y cada vez mas obstinados los desventurados hijos de Judá, no quisieron creerlos y se complacieron en insultarlos, apedrearlos y matarlos; por esto parece que el Salvador quiso reasumir en este discurso todo lo que en otro tiempo les había dicho por boca de Jeremías [1]: *Sabed y tened por cierto, que si me quitais la vida, derramaréis la sangre inocente y la hareis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, pues el Señor es el que verdaderamente me ha envia-*

[1] Div. August. Tract. 42 in Joann.

[2] Ps. 56, v. 5.

[3] Div. Gregor. Hom. 18 in Evang.

[1] Jerem. cap. 26, v. 15.

"do para que os diga al oído todas estas cosas." Yo soy aquella *verdad infalible* que hace libres á los siervos [1], la única que puede librarnos del engaño y del error; porque solo el Hijo de Dios es el que puede romper la cadena con que están atados los hijos del diablo. Vosotros empero no oís esta verdad porque no sois de Dios; no tenéis por maestro al Espíritu divino; é hinchados con vuestra soberbia y corrompidos con vuestras costumbres, no os ocupáis sino en las cosas de la tierra, y esta es la señal clara y manifiesta de que no sois hijos suyos. El que es hijo de Dios no solo por la naturaleza, sino por la fe, no por la confesion, estéril muchas veces, de la boca, sino por el amor y por la conformidad de la voluntad; esto es, el que oye las palabras de Dios, no solo con los oídos del cuerpo sino con los del alma, las oye libremente y con gusto, porque le inclina y lleva el amor, y cada uno oye con gusto las doctrinas de aquel á quien profesa afecto, porque el oír entonces le es muy conforme y natural: el que no tiene empero ni fe ni amor, como no lo tenían los judíos, no puede oír las palabras de Dios.

Con estas palabras y doctrina de Jesús, cada uno puede conocer y probar su conciencia para ver si es hijo de Dios ó no. El que oye con gusto la voz de Dios que manda que suspiremos por la patria, eternamente dichosa, que no deseemos lo ajeno, que repartamos á los pobres lo propio, que despreciamos las glorias mundanales, que trabajemos incesantemente en la consecucion de la eterna, y otras cosas semejantes; el que no solo todo esto oye, sino que lo cumple con alegría, este no duda que es hijo de Dios. Pero el que dudo y obstinado de corazón desprecia oír la palabra de Dios ó la oye solo con los oídos del cuerpo y de ninguna manera obedece ni cumple lo que por ella se le manda, este no es hijo de Dios, y tales eran aquellos contra quienes concluyó el Señor diciendo: Vosotros, que no oís ni queréis oír, daís en público la muestra mas cumplida de que no sois de Dios. Esta es una sugestion del diablo y vosotros la cumplís por vuestra mala voluntad. Sois hijos del diablo, no por creacion, sino por imitacion; sobre lo que habla san Agustín cuan-

[1] *Joann. cap. 14, v. 6.*

do dice [1]: No sois de Dios, no atiendeis á la naturaleza, sino al vicio, porque hijos de Dios son por la naturaleza, pero no por el vicio de la mala inclinacion y de los torcidos afectos.

Era una de las mas atroces injurias que pudieran decirse á los israelitas el decirles que no eran hijos de Dios. Era herirlos con una espada de dos filos, y en la parte mas sensible y delicada que podian tener; era lastimarlos en lo mas precioso de su honor, pues ellos se atribuian ese título glorioso con exclusion de todos los pueblos de la tierra. Su vanidad y orgullo en esta parte rayaba tan alto, que hacian alarde en decir que las otras naciones no contenian sino hijos de los hombres. Confrontábanse con todas ellas, enumeraban con vanagloria los beneficios que Dios les habia hecho desde el instante en que segregáronlos de los demás pueblos de la tierra, les habia llamado á ellos solo para formar su pueblo; complacíanse en recordar el modo con que el Señor los habia librado de la tierra de Egipto entre millares de portentos y milagros, hasta introducirles en la tierra que habitaban; y sobre todo, se llenaban de vanidad y orgullo cuando recordaban á los gentiles las humillaciones y desgracias, la sangre, los horrores y las muertes con que Dios los habia castigado porque se oponian á su pase á la ocupacion de aquella tierra, que con juramento á sus padres habia prometido. Por esto al oír que el Señor les decia que no eran hijos de Dios, dejáronse llevar violentamente contra su Majestad y le dijeron: No sin razon nos declaramos abiertamente contra vos, firmemente persuadidos de que sois un verdadero samaritano, esto es, *un apóstata de la ley de Moisés*. Tal es preciso que sena, y es innegable que estais poseído del demonio, pues hasta ahora no ha habido un enemigo tan declarado de los judíos que se atreviese á disputarles el título de hijos de Dios.

Llamáronle samaritano por desprecio de su persona, y endemoniado para desacreditar su doctrina, añadiendo: Que no le trataban así por rencor ó envidia, sino por puro amor á la verdad. Frenesi es del corazón obstinado pagar con injurias y calumnias el celo de

[1] *Div. August. Tract. 42 in Joann.*

quien le desea curar; y mucho mas cuando esto se hace sin escrupulo ni remordimiento de conciencia, creyendo el enfermo que la ceguera y el error está en el médico.

Satisfechos estaban los judíos por las doctrinas de Jesús de que no eran hijos de Dios ó de Abraham, segun el espíritu, sino que lo eran del diablo; y no pudiendo contradecir tan verdícosos asertos con obras y doctrinas verdaderas, las contradijeron con injurias y se negaron entre la calumnia, ya que no podían cubrir su pecho con el escudo de la verdad. Contradiciendo pues al Señor, le llamaron samaritano y poseído del demonio, aunque sabían bien que Jesucristo era judío y no samaritano. Díronle este título, porque los samaritanos eran los enemigos mas crueles de los judíos, y como á tales los mas aborrecidos de estos. En su concepto, los samaritanos observaban en parte la ley de Moisés y en otra la quebrantaban; y como los judíos acusaban constantemente á Jesús de quebrantador de la ley del sábado, por esto no le rehusaron el apodo de samaritano. En el concepto de los judíos eran los samaritanos pecadores públicos, y como veían la frecuencia y la familiaridad con que el Salvador comia y conversaba con los publicanos y pecadores, era esta otra de las razones porque creyeron con fundamento que podían llamarle samaritano. Miserable estado á que conduce á los hombres el odio, la mala voluntad y la simrazon, cuando se empeñan en denigrar á su prójimo aquellos que mas debían respetarle y venerarle!

Tranquilo, sin escozor y sin remordimiento alguno, respondió Jesús á los judíos y dijo: Yo no estoy poseído del demonio; lo que fué decirles: No es el lenguaje suyo el que yo hablo con vosotros, ni tampoco son obras suyas las que yo ejecuto. Vosotros desconocéis la moderacion y benignidad con que yo os hablo, á pesar de la dureza de vuestro corazon; y si alguna vez os hablo con un celo mas ardiente de lo que vosotros deseáis, sabed que no es este el furor de un espíritu maligno, sino un efecto del vivo deseo con que busco vuestra salvacion. Yo honro á mi Padre, lo que no hace el demonio ni permite lo hagan aquellos á quienes él gobierna; pero vosotros porque honro á mi Padre, que quiere en adelante de todos los hombres un culto espiritual fundado sobre la persona de su Hijo,

porque predico un Evangelio que no hace distincion temporal entre vosotros y las naciones, me habeis deshonrado á la vista de todos los hijos de Israel. No me quejo de vuestras injusticias, no busco mi gloria; yo la abandono en manos de mi Padre que juzgará vuestros juicios y me vengará de vuestros desprecios. ¡Qué ejemplo tan admirable de paciencia y sufrimiento que debemos imitar, nos dió en esta ocasion el dulcísimo Jesús, exclama san Agustín [1]! De la paciencia aprendemos la paciencia, y pues nada desea el hombre tanto como el poder, á Cristo tiene que es el mismo poder; mas imite antes su paciencia para llegar á su poder. Desentiéndose de la calumnia personal, que era indeterminada y vaga, y solo trata de refutar la injuria que cederia en descrédito de su mision; por esto abandona su gloria en las manos de su Padre, porque él solo es el que podia glorificarle, con aquella gloria que tuvo en el seno de su Padre mismo antes que el mundo fuese hecho. Condenó expresamente el Señor en esta ocasion á todos aquellos que buscan su propia gloria antes que la de Dios, y que colocando en ella todas sus futuras esperanzas, olvidan la gloria y felicidad eterna.

Para manifestar que este era uno de los verdaderos y mas principales objetos que se habia propuesto en la ensenanza que entonces daba á los judíos, les añadió: *En verdad, en verdad os digo que el que guardare mi doctrina nunca verá la muerte.* Lo que fué tanto como decirles: Vuestros verdaderos intereses son los que yo busco, y depende de vosotros el conseguirlos. Aun podeis ser dichosos; esto os aseguro una y otra vez: *El que escuchare mi palabra y obedeciere puntualmente mis preceptos no morirá eternamente.* Parece que el Salvador quiso atemperar y suavizar con esta agradable promesa las amenazas terribles que antes les habia hecho. Pero los judíos, que aunque estaban instruidos en que la verdadera justicia libraba de la muerte eterna, la despreciaban por un efecto de la perversidad propia de su corazon, y que se burlaban igualmente de las promesas y de las amenazas del Salvador, las torcieron en un sentido grosero, las interpretaron de la muerte del cuer-

[1] Div. August. Tract. 43 in Joann. cap. VIII.

po, y al punto le replicaron: *Ahora mejor que nunca conocemos que estás poseído del demonio. Murio Abraham, murieron tambien las profetas; ¡y tú te atreves á proferir que jamás morirá el que guarda tus mandamientos!* ¿Eres acaso mayor, mas santo y mas poderoso que nuestro padre Abraham, y mejor que todos los profetas, á quienes no perdonó Dios la muerte? Si por superior á todos estos te tienes, dínos por tu vida, ¿por quién te tienes?

Solo les faltaba á los pérfidos judíos tratar de soberbio al que es manso y humilde de corazón, y que nos ha dicho que quiere aprendamos de él esta mansedumbre y humildad, echándole en cara que se jactaba de ser lo que no era ó mucho mas de lo que era. Misteriosa fué sin duda esta pregunta, aunque los mismos que la hacían no conociesen el misterio. Razon tenían en preguntarle quién era viéndolo tan abatido, tan humilde y tan despreciado de todos. Rey era, y Rey inmortal de los siglos; príncipe de todos los reyes de la tierra; fortaleza, poder y sabiduría del Padre; y sin embargo, tanta grandeza y poder, tanta magnificencia y gloria se presentaba escondida bajo el velo de nuestra mortalidad. Razon tenían de preguntarle quién era, pues la idea que habían formado de Cristo sobre la misma fe de Abraham y sobre el retrato que de él bosquejaron los profetas, lo elevaba mucho sobre todo cuanto grande se había visto hasta él entre los hombres y sobre toda la santidad con que habían florecido los profetas. Pero como su intento era obligar á Jesús á que dijera que él era Hijo de Dios é igual á Dios, para tomar de su respuesta una ocasión de escándalo y un motivo de persecución, aunque no les contestó con las mismas palabras, se explicó con todo en el mismo sentido y manifestó claramente su procedencia del Padre, y que él y su Padre eran una misma cosa, se conocían mutuamente, y que él no solo se gloríaba en confesarlo, sino también en cumplir todas sus resoluciones; y así les respondió: *Si yo me glorifico á mí mismo, esto es, precisamente en cuanto hombre; si yo me elevó delante de los hombres para merecer de ellos una gloria tan humana, pretendería por cierto cosa de muy poca consideración y mi gloria sería nada. Mi Padre es el que me da la gloria, y él es el mismo á quien vosotros llamais vuestro Dios. Vos*

otros decís que es Dios vuestro y jamás lo habeis conocido perfectamente: conviene á saber, porque hasta á mí no ha revelado á persona alguna los secretos escondidos íntimamente en el seno de la Divinidad. Vosotros no quereis oír ni entender lo que de ellos os quiere revelar por su Hijo. Llana pues Cristo Padre suyo, dice san Agustín [1], af que los judíos llamaban su Dios y no le conocían pues si le conocieran hubieran recibido y creído á su Hijo. Esta tan lastimosa ceguedad heredan de los judíos todos aquellos que falsamente se jactan de conocer á Dios, desconociendo al Padre de nuestro Señor y Redentor Jesucristo.

Mas yo le conozco. Y si dijese que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Conozca á mi Padre y él me ha descubierto todos sus designios. Sé su voluntad y no puedo exagerar ni disimular nada. Yo conozco á Dios y soy el primero que lo he conocido de la manera que quiero que yo os lo dé á conocer, y no me aparto un punto de su santísima voluntad. ¡Qué documento tan sublime! Junta al conocimiento la confesión y no teme parecer jactancioso por no incurrir en la nota de mentiroso; porque consejo es del citado san Agustín: *Que no debe abandonarse la verdad por miedo de la arrogancia á que se expone su confesion.*

Prolongábase mas de lo que querían los fariseos la doctrina de Jesucristo sobre el nuevo culto que los patriarcas y profetas habían previsto por la divina revelación que se había de introducir en el mundo por el Mesías prometido. La nación, hecha cada día mas grosera, sustituía á este culto el restablecimiento de la ley en su primera perfección, junto con una prosperidad temporal y una extensión de dominio muy superior á las prerrogativas en la misma línea que habían distinguido á sus mayores. Sobre este punto capital degeneraron los hijos de la creencia de los padres. No fué posible atraerlos á ello, y los gentiles, hechos verdaderos hijos de Abraham por la imitación de su fe, tomaron el lugar de los hijos de aquel patriarca según la carne; y así continuó diciéndoles: *Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día; viola y se alegró. Insigne-*

[1] Div. August. Ibi.

testimonio dió de Abraham el que era descendiente y criador suyo. Creyó aquel patriarca en la promesa del Señor, y esperando vivía ansioso porque llegase el día alegre de la universal redención. Con la fe vió este día, no solo cuando le nació Isaac, que era el hijo de la promesa, sino cuando en su sacrificio le fué manifestada una viva imagen de la muerte del Salvador. Mostróle también la fe aquel otro día sin fin ni principio, que con luz inefable se descubre á los ojos del corazón del Verbo eterno, la sabiduría increada, la luz de la luz, el brazo de Dios resuelto á unirse con la humana naturaleza, sin apartarse de la vista del Padre. Con todo esto parece que Jesucristo quiso decir á los judíos: Vuestra descendencia de Abraham es toda vuestra confianza; pero este grande patriarca no os reconoce, antes bien niega que seáis sus hijos. El deseó con ardor ver el día de mi llegada á este mundo y del establecimiento de mi reinado. Vióle en efecto y se llenó de alegría. Vosotros tenéis la misma dicha y no os aprovecháis de él.

En el instante en que Jesús acabó de pronunciar estas palabras, no creyendo que Abraham hubiese podido ver á un hombre que había nacido tantos siglos después de él, y por otro lado no sabiendo puntualmente la edad del Salvador, á quien los trabajos y ayunos hacían parecer mas edad de la que tenía, le dijeron como burlándose de lo que habían oído: *¿Aun no tienes cincuenta años y quieres hacernos creer que has visto á Abraham?* Así se burló la ciega incredulidad de los fariseos de la verdad clara y manifiesta que había pronunciado el Salvador; mas esta reconvenccion injusta quedó enteramente desvanecida con la humilde respuesta de Jesús. Cuanto les había dicho se refería á la divinidad de su persona, y ellos lo entendieron de la edad temporal contada desde su nacimiento. Mas es de advertir que no les dijo Cristo que había visto á Abraham, sino este á él; y no que le vió, sino que deseó verle; y no á él, sino á su día. Toda esta vision anticipada cabía en el espíritu profético de Abraham, al cual por testimonio público de las Escrituras, constaba haberlo prometido Dios muy claramente que de su descendencia había de nacer el Mesías, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra, y así continuó el Señor diciendo: *En verdad os*

digo que es cierto que existía yo antes que Abraham estuviere en el mundo, porque era Dios desde la eternidad; y hablando como había hablado, no se había atribuido prerogativa alguna que no estuviere aligada á la preexistencia eterna de su divina persona; lo que no debían ignorar los escribas, pues escrito tenían por David su padre en el libro de los Salmos [1]: "En todo tiempo has sido tú ¡oh Señor! nuestro amparo. Antes que fuesen hechos los montes ó se formara la tierra, ó el mundo universo, eres tú Dios ab eterno, y lo serás por toda la eternidad." Sin embargo, al oír que él había existido antes que Abraham y el mundo, se enfurecieron tanto y llegó á tanto su cólera creyendo que aquella aseveración era una gran blasfemia, que cogieron piedras para arrojarlas contra el Salvador.

Si en mil ocasiones el ciego furor del judaísmo se descubrió á sí mismo con toda claridad, esta fué una de ellas; pues cuanto mas les convenia demostrar que estaban bien impuestos en la ciencia de las Escrituras santas y que nada ignoraban de cuanto se hallaba escrito en ellas con respecto á la venida del Mesías y á todos los caracteres de su persona, tanto mas justificaban con su conducta y con sus dichos que lo ignoraban y desconocían; siendo por fin tan grande su obcecación, que ni aun conocían la trabazón y fuerza de las mismas palabras que Jesús pronunciaba. No les dijo yo fui criado antes que Abraham, sino *soy yo*; porque en el principio, esto es, en la eternidad, *era el Verbo*, por el cual fueron hechas todas las cosas. Aquí da un nuevo testimonio de su divinidad, conforme á lo que antes les dijo: *Desde el principio soy yo*. El mismo de cuya boca oyó en otro tiempo Moisés: *Yo soy el que soy*. Aunque me veis hecho el último de todos los hombres por el abatimiento á que me reduce vuestra envidia y malignidad soy el primero por la unión de mi naturaleza humana con la persona del Verbo, y por la dependencia que de mí tiene todo lo criado; principio de los caminos de Dios, fin y cumplimiento de todos sus designios [2]. Mis palabras, mis obras, todo cuanto se ve en mí está publicando que soy el Hijo úni-

[1] Ps. 89, v. 2.

[2] Apoc. cap. 22, v. 13.

co de Dios, el Verbo del Padre, el principio eterno de todas las cosas. ¡Ay del que me desconozca, ó en mi persona ó en mi doctrina! Así habló el que es la verdad eterna, y cogieron piedras para apedrearle los que no podían resistir la sabiduría del que hablaba, ni podían contradecirle racionalmente con palabras: volviéronse á las piedras duras é insensibles los que tenían el corazón mas duro que ellas, para contradecirle hiriéndole y persiguiéndole corporalmente; con piedras quasian oprimirle los que no podían con razones; la dureza de las armas que cogian, era indicio claro de la de su corazón, y estaba en perfecta armonía con la que en otras mil ocasiones habian manifestado. Tal vez para pronosticar esta misma dureza, les dió el Señor su ley escrita en dos tablas de piedra.

San Agustín [1] se manifiesta asombrado á vista de tanta obstinacion y dureza, y exclama: ¿A dónde se encamina y dirige la de los judíos, sino á descubrir á todo el mundo quiénes eran los que eran mas parecidos y semejantes á las piedras? Pero el Señor, que con sola su palabra podía vencerlos y vengarse de ellos, no quiso en manera alguna hacerlo; habia venido á padecer y queria domesticar y vencer á sus enemigos, no con el poder, sino con la humildad; por esta razon se escondió como hombre y como humilde, y salió del templo encomendando á los suyos y enseñando con esta accion á todos la paciencia, sin usar de ninguna manera el poder. Se escondió, no por el temor de la muerte ni por falta de poder para resistir, sino para ceder y dar tiempo al furor de sus perseguidores, hasta que llegase la hora de su pasion; enseñándonos á huir por algun tiempo y evitar el furor de los enemigos, y *salió del templo* indicando el abandono que haria de los judíos, y su paso ó tránsito á los gentiles.

Nótese bien que en algunas ocasiones huía el Señor, en otras salía al encuentro á sus enemigos y en otras se escondia. Huía cuando le preparaban honores, cuando le clamaban y celebraban, como sucedió cuando querian proclamarle rey; salía al encuentro á sus perseguidores, como lo verificó cuando los que habian de crucificarle fueron á prenderle en el huerto de las Olivas, y se escondia de los

[1] Div. Agust. Tract. 43 in Joann.

judíos enfurecidos, como lo verificó cuando quisieron precipitarle de lo alto del monte y en esta ocasion quó querian apedrearle. Con estos tres ejemplos nos da el Señor tres muy saludables documentos, á saber: Que huyamos de todas las prosperidades y honores con que el mundo nos brinda; que deseemos padecer tribulaciones y angustias por aquel que tanto padeció por nosotros, y que huyamos y evitemos todos los pleitos y contiendas en que naturalmente hemos de perder la paciencia y la caridad. Consideremos aquí, como nos dice san Gregorio [1], la mansedumbre y la humildad de Jesús, que pudiendo por un efecto de su omnipotente poder aniquilar con repentina muerte á todos sus perseguidores, se escondió temeroso y humilde de su presencia. Esto lo hizo para darnos otras tres importantes y sublimes instrucciones, á saber: Que no habia llegado aun el tiempo de su pasion y muerte; que él no habia elegido aquel género de muerte á que le condenaban sus enemigos por medio de una sedicion; y para que aprendiésemos á huir las persecuciones quando estas fueron personales, segun lo que él mismo en otra ocasion habia dicho ya á sus apóstoles y discípulos: Quando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; *pero cuando la persecucion no es personal, no es lícito á los prelados huir, como lo manifestó el Señor en la parábola del mercenario y del pastor*. Escondióse de ellos á los ojos de su cuerpo, porque tampoco merecian verle con los del espíritu. A los incrédulos se esconde la verdad porque desprecian seguir sus consejos y preceptos; porque ella siempre huye y se esconde del corazón que no la busca con humildad y no la abraza con cariño. Como hombre huye de las piedras; pero ¡ay de aquellos de quienes huye Dios porque tienen el corazón de piedra! No se esconde como tímido en un ángulo del templo, ni detrás de la muralla del templo, ni se refugia en alguna habitación, sino que cubriéndose con su poder celestial y divino, se hace sensible á sus enemigos y se hace invisible á sus enemigos y pasa por medio de ellos revestido de toda la grandeza propia de su divinidad; veíanle empero sus discípulos y le seguían sin zozobra ni fatiga.

[1] Div. Gregor. Hom. 18 in Evang.

Por último, con este ejemplo nos enseñó el Salvador que aun cuando podamos resistir la ira y la venganza de los que se ensoberbecen contra nosotros, declinemos de ella con paciencia y caridad. Dígame si no, ¿qué es lo que debe hacer el hombre amenazado por su prójimo, cuando huye y se esconde el Hijo de Dios? Ninguno pues retorno al prójimo injuria por injuria, maldición por maldición, ni insulto por insulto; mas gloria adquirirá venciendo á su enemigo con el silencio y la huida, que si le confundiere con una respuesta formidable. Muchos hay que cuidan poco de mitigar la dureza de su corazón, aun cuando reprenden la de los judíos. Muchos hay que la detestan y condenan porque no quisieron oír las predicaciones del Hijo de Dios, y son ellos mismos tan duros para obrar el bien, cuanto lo fueron aquellos para abrazar la fe que el Señor les predicaba. Oyen los preceptos de Dios, conocen sus milagros, pero resisten convertirse de sus iniquidades. Hasta aquí san Gregorio.

Mira pues bien á Jesús ¡oh cristiano! y conoce cuánto te conviene obrar según sus consejos y ejemplos; escondiéndose cediendo al furor de la injusta persecucion del pueblo judío; por los inmensos bienes que les hizo, no recogió sino frutos amargos. Contéplale bien cuando huye aunque cubierto con el manto de su divinidad; observa los apóstoles y discípulos que le siguen poseídos de tristeza y con la cabeza inclinada, y esta huida y postura triste muévante si quiera á compasión.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, que como Padre amoroso convidas á todos para que oigan la palabra de Dios, inspírame un horror santo á las tinieblas del mundo que hasta aquí he amado, y trasládame del Egipto de mis pasiones á la tierra prometida de tu ley, para que conociendo la miseria y el riesgo de los bienes de la tierra, y la riqueza y seguridad de los que no prometes en el cielo, estos sean los únicos que apetezca y desee. Enséñame á sufrir por tí las injurias, á no buscar mi propia gloria, y á aprender de tí las verdades de la salud que tú aprendes del Padre sin haberlas igno-

rado jamás. No quiero, Señor, mas doctrina que la tuya, porque esta es la única y verdadera sabiduría en que deseo medrar. No permitas que me aparte jamás del cumplimiento de mis deberes y de la predicacion de la divina palabra por miedo á las persecuciones de los hombres, por mas injustas que sean. Tú anuncias la verdad y eres perseguido; tú, que eres la bondad suma, la justicia y la misericordia, eres amenazado con piedras y te escondes. ¡Qué manso eres, Señor, y qué humilde! ¡Oh! Nunca salgas del templo de mi alma; únete á mí y yo quedaré unido contigo; seré dócil, manso y humilde todos los dias de mi vida, y la union que empezé aquí en la tierra se consumará en el cielo, donde con los mansos y humildes tendré la dicha de poseerte y alabarte eternamente. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VIII de san Juan, desde el versículo 12 hasta el 59, ambos inclusive.

La Iglesia usa varios trozos del mismo como propios de la misa del sábado de la cuarta semana de Cuaresma, desde el versículo 12 al 20.

De la del lunes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 21 al 29.

Y de la del domingo de Pasión, desde el versículo 46 al 59, todos inclusive; uds y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo habló Jesús al pueblo de los judíos diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y díjoles: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testi-

monio es verdadero, porque yo sé de dónde he venido y á dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo ni á dónde voy. Vosotros juzgáis segun la carne; yo á nadie juzgo, y si juzgo yo mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el Padre que me envió. Preguntábanle ellos: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni á mí me conocéis ni á mi Padre; si me conocierais á mí, conoceriais también á mi Padre. Estas palabras habló Jesús en el atrio del tesoro enseñando en el templo, y nadie le prendió porque aun no era llegada su hora.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA
DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, vs. 21 al 29.

En aquel tiempo dijo Jesús á los judíos: Yo me voy, y me buscaréis, y morireis en vuestro pecado. A donde yo voy no podeis vosotros venir. Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará él mismo y por eso dice, á donde yo voy vosotros no podeis venir? Y decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije que morireis en vuestros pecados; porque si no creyerais que yo soy, morireis en vuestro pecado. Decíanle pues: ¿Quién eres tú? Respondióles Jesús: Desde el principio soy, esto es lo que os digo. Muchas cosas tengo que decir de vosotros y que juzgar en vosotros. Mas el que me envió es verdadero, y yo solo hablo en el mundo las cosas que oí de él. Ellos no entendieron que decía que Dios era su Padre. Dijoles pues Jesús: Cuando habreis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy y que nada hago de mí mismo; mas lo que el Padre me enseñó eso hablo. Y el que me envió, conmigo está y yo no he dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DE PASION.

San Juan, cap. VIII, vs. 46 al 59.

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso no las escucháis vosotros, porque no sois de Dios. Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado? Respondió Jesús: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Mas yo no busco mi gloria, otro hay que la promueve y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo, que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron pues los judíos: Ahora conocemos que estás poseído del demonio. Abraham murió y murieron también los profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los profetas que asimismo murieron? ¿Por quién te tienes tú? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios: vosotros empero no le habeis conocido; yo sí que lo conozco; y si dijera que no le conozco, sería como vosotros, un mentiroso. Pero le empuzo bien y guardo fielmente su palabra. Abraham vuestro Padre desebó con ansia ver este día; y vio y se alegró. Dijéronle los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese criado, soy yo. Al oír esto cogieron piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió y se salió del templo.



CAPITULO II.

CURA JESUS A UN CIEGO DE NACIMIENTO; EXAMINALE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, Y REPRENDE EL SALVADOR SU INFIDELIDAD Y DUREZA.

Nada hay más difícil de desimpresionar en el mundo que el corazón de un rival poderoso poseído de la ambición y envidia, cuando el que mira como adversario es pobrecito y humilde: este vicio, que no dominan con facilidad los opulentos y ricos, ó llámese mejor esa pasión mezquina que envilece y degrada al hombre, nunca se ve bastante enfreñada cuando los dominados por ella son personas que obtienen mando y autoridad, porque prevalidos de su poder la dan todo el ensanche posible en vez de reprimirla y moderarla. Aunque no tuviésemos en las historias, así sagradas como profanas, miles de ejemplos que justifican esta terrible doctrina, bastaría para asentarla como un dogma, el que nos refiere san Juan que obró Jesús á la salida del templo de Jerusalén, poco tiempo después de haber tenido con los escribas y fariseos la disputa que acabamos de referir: en cualquiera otra parte que lo hubiese obrado y cualesquier otros que lo presenciase, como no fuesen los falsos doc-

tores, ambiciosos y soberbios, que dominaban en la ciudad ingrata, todos se hubiesen desengañado y convertido, los mas preocupados y falsamente prevenidos se hubieran doblegado á suspender su preocupacion, y dedicándose á la investigacion y conocimiento de la verdad la hubiesen abrazado sin réplica, bien satisfechos de que la habian hallado.

Salía Jesús del templo sin que le siguiesen sus encarnizados enemigos; y como las persecuciones que sufría, por atroces é injustas que fuesen, no podian apagar ni aun debilitar los incendios de su caridad, do quiera que veia la desgracia, allí inmediatamente extendía su mano siempre bienhechora y la socorría. Estaba sentado un pobre ciego de nacimiento pidiendo limosna á los que entraban en la casa de su Padre, y fijó el Señor en él con mucho cuidado su vista misericordiosa, según observa san Crisóstomo [1], como si quisiese preguntarle algo ó obrar con él algun prodigio, y como para llamar la atencion de sus discípulos y obligarles á que le preguntasen alguna cosa sobre él.

En efecto, moviéronse tambien á compasion los apóstoles, y preguntando con afanosa solicitud á Jesús, le dijeron: *Maestro, ¿por qué ha nacido este hombre ciego? ¿Es por falta suya ó por culpa de sus padres?* Estaban persuadidos á que no habia incomodidad ó enfermedad alguna que no fuese castigo de algun pecado. Este ciego era una figura del linaje humano que nace privado de la luz de la fe y hereda del prevaricador primero la oscuridad voluntaria. El paso ó tránsito del Salvador por donde estaba el ciego, nos demuestra la necesidad de la gracia para la curacion espiritual del hombre, y de la presteza y fidelidad con que este debe aprovecharse de la divina misericordia. Los fariseos atribuian siempre las calamidades y trabajos de las criaturas á sus propios pecados ó á los de sus mayores, y creian que las mas veces los castigaba Dios anticipadamente por los pecados que sabe han de cometer en lo sucesivo; y como la mayor parte de los judíos creian en la trasmigracion de las almas, y que aun en los niños caben pecados personales antes

[1] Div. Crisostom. Hom. 55 in Joann.

de nacer, aunque nada de esto creían sus discípulos, quiso sin embargo el Señor desvanecer completamente cualquiera idea que la casi universal preocupación de los judíos pudiera inducir sobre ellos; y así contestó inmediatamente á su pregunta y les dijo: No es por los pecados de este hombre ni por los de sus padres por lo que ha nacido ciego. Como si dijera: Es verdad que las enfermedades, las adversidades y la muerte no han entrado en este mundo sino como consecuencias del pecado; pero Dios, que cuando le place hace que sirvan para castigo de los pecadores, las emplea muchas veces para la perfección de los justos y para la manifestación de su gloria; y está únicamente es la que su Majestad se ha propuesto revelar en la enfermedad de este hombre, y á mí es á quien toca concurrir con mi ministerio.

La gloria de Dios es el fin principal que se propone en todos sus consejos, por consiguiente en todo lo que sucede á los hombres. Porque no tenemos una fe viva de esta verdad, nos abaten sobremanera las calamidades y desgracias, y nos afligimos y entristecemos en muchas ocasiones casi hasta la desesperación, porque no confiamos como debemos en su misericordia. Las misericordias del Señor son muchas, dice Jeremías [1], y á ellas debemos el que no háyamos sido consumidos del todo, porque jamás han faltado sus piedades. Grande es la honra que nos hace el Señor escogiéndonos para que con el testimonio de nuestra paciencia resplandezcan mas las demostraciones de su misericordia. No nació ciego pues en castigo de su pecado, sino que es esta ceguera como dispensativa, á fin de que se manifieste la gloria de Dios en la maravillosa iluminación que ha de hacer su Hijo en la persona de este ciego; y declarada así su divina virtud sean mas firmemente los hombres edificadas y confirmados en la fe.

Esta idea, que es la culminante en esta curación maravillosa, se descubre y confirma mas con lo que añadió en seguida el mismo Salvador: *Conviene, les añadió, el que yo obra las obras del que me ha enviado mientras dura el día.* El enviado de su Padre, procura-

ba en todas sus obras la mayor gloria del que le envió: este era uno de los fines de su misión, y por esto no desistió de trabajar en todo el tiempo de su vida, y mucho mas en el de su pasión y muerte; por cuya razón añadió: La noche viene, esto es, la muerte se acerca, y en llegando, ninguno puede hacer obras meritorias delante de Dios y dignas de su eterno premio. El día es para el trabajo y la noche para el descanso; y como la noche sucede al día y en faltando este se cesa del trabajo, así yo puedo decir que estando con vosotros ilumino al mundo, porque soy su luz, pero no estaré siempre entre los hombres: dentro de poco tiempo no me veréis mas; entonces, sucediendo la noche al día, no haré todas las cosas que ahora veis y os causan tanta admiración; y el mundo, cubierto de tinieblas, sentirá la ausencia de la luz que habrá menospreciado, y de la que podía haberse servido muy útilmente para su eterna felicidad. Claro por consiguiente es que hablaba Jesús del poco tiempo que le quedaba que vivir sobre la tierra, durante el cual debía trabajar sin intermisión con nuevos acrecentamientos de mérito en dar á conocer en el Hijo único la grandeza del Padre. Una vez pasado este tiempo, no exigía Dios de su Hijo ni trabajos, ni penas, ni tormentos, quedando de cuenta del Padre el glorificarlo y premiarle sus méritos; sobre todo lo que dice san Agustín [1]: *Es posible que tenga tanta fuerza aquella noche, que ni tú tampoco, Señor, has de poder obrar de ella, siendo como eres el criador de la noche? ¿Qué noche viene á ser esta que en llegando nadie puede obrar? Oye lo que es día y entonces entenderás lo que es noche.* *Mientras estoy en el mundo*, dice el Señor, *soy la luz del mundo.* De día es pues mientras puede obrar la fe por la caridad; de noche el tiempo de las tinieblas exteriores, cuando por boca de la luz eterna se dirá á los malos: *Id al fuego eterno.*

Otra significación ó interpretación no menos importante tienen estas palabras del Salvador, porque significaban el sentimiento que su corazón sentía por el aborrecimiento y desprecio con que le trataban los fariseos, prefiriendo las tinieblas de la preocupación, de la

[1] Thren. cap. 3, v. 22.

[1] Div. August. in Joann. Tract. 41, cap. 9.

ignorancia y del error en que estaban envueltos, á la brillante luz de la verdad que les ponía delante para despejar aquellas, no solo con sus palabras y doctrina, sino tambien con sus ejemplos y milagros; á lo que parece quiso aludir el Crisóstomo [1] cuando dijo: Saliendo del templo vino cuidadosamente al lugar donde habia de obrar el milagro manifestativo, no solo de su divina omnipotencia, sino de su caridad y amor eterno. El mismo vió el ciego, y no fué el ciego el que se acercó á él. Tan cierto es que la caridad nunca se desvía ni se desmaya, ni desfallece. Saliendo del templo curó al ciego deseando mitigar el injusto furor con que le perseguian los judíos, á fin de que obrando el milagro se ablandase la dureza de aquellos corazones y él mismo fuese la confirmacion verdadera de la doctrina que les habia enseñado.

Dicho esto escupió en tierra el Señor é hizo todo con la saliva de su boca, embarró con él los ojos del ciego y le dijo: *Anda y lávate en el estanque ó baño de Siloé.* Claro es y evidente que el lodo tapa los ojos y causa ceguedad; pero en manos de la omnipotencia del Hijo de Dios se vuelve instrumento para dar vista. Resplandece aquí el señorio de Cristo sobre las leyes de la naturaleza, y la piedad con que trató, no tanto de curar al ciego como de ejercitar su obediencia y su fe. Con el barro hecho con su saliva embarró los ojos del ciego, para demostrar que era el mismo que del barro habia formado el primer hombre, y dar á conocer que ciego como estaba por el pecado de la soberbia, nada habia mas eficaz para curarlo que la consideracion de la humildad, ó mas bien despreciable vileza de la materia de que era formado. La saliva mezclada con la tierra era la imagen de la union de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo; y á fin de manifestar la soberanía y la omnipotencia que residian en el Hijo de Dios hecho hombre, le mandó fuese á lavarse en la *Natoria ó baño de Siloé*. La significacion de este nombre es otro de los puntos de vista desde donde se divisa con toda claridad la virtud y poder de Jesús. *Siloé* es un nombre hebreo que significa el *Enviado*: este es uno de los

[1] Div. Crisostom. Hom. 55 in Joann.

nombres con que en las Escrituras santas se anuncia al *Mestas prometido*, al Redentor y Salvador de los hombres, al que es la luz de todos ellos. El *Enviado* pues á iluminar á los hombres, envía al ciego de nacimiento para que se lave en el baño del *Enviado*: no es extraño que reciba la luz. Con razon admiramos la virtud que en esta ocasion comunicó el Salvador al baño de Siloé. ¡Oh! ¡cuán digna de llorar es la fria ceguedad con que los que estamos ciegos por el pecado miramos el lavatorio de la penitencia y la negligencia con que en algunas ocasiones nos acercamos á él! ¡Cuán dignos somos de castigo cuando despreciamos ingratos un don tan grande de quien tan liberalmente nos convida!

Ruidoso y público era el milagro: no podia menos de excitar por una parte la general admiracion, y por otra los celos, la ambicion y la persecucion, mucho mas habiéndolo obrado en dia de sábado; por cuya razon la hipocresia del fariseismo lo reprobaba y condenaba, no queriendo jamás persuadirse de que estas curaciones milagrosas ordenadas siempre por la caridad eterna del Hijo para buscar en todo y hacer pública la gloria de su Padre, podian hacerse licitamente el dia del sábado sin quebrantar el precepto de la santificacion del dia santo. San Agustin [1] dice muy oportunamente á este propósito: "Aquel que no tiene pecado es el que guarda con mas pureza el dia del sábado. Observar y guardar el sábado es: "piritualmente es no tener pecado; esto lo dió á entender claramente "el mismo Dios cuando dijo: No hareis en él ninguna obra servil. "Qué cosa sea ninguna obra servil, tambien lo declaró el Señor "cuando dijo: *Todo el que comete el pecado es siervo del pecado.* "Los fariseos guardaban carnalmente el sábado, pero espiritualmente lo violaban." Agitados por tanto y conmovidos con el supuesto quebrantamiento del dia del sábado, quisieron examinar el milagro viendo que era tan público y ruidoso, con la mas severa escrupulosidad. Nada hubiera tenido el examen de extraño si á tanta severidad hubiese acompañado la rectitud de intencion, y justificada la certeza hubiese producido en el corazon de los jueces la mu-

[1] Div. August. Tract. 44 in Joann.

danza y el arrepentimiento. ¿Pero cuándo los iracundos y soberbios retrocedieron en sus temerarias empresas por estravagantes que fuesen? Así fue que la prueba de la averiguación produjo en el pueblo un efecto enteramente contrario al que deseaban los escribas y fariseos.

No puede expresarse la admiración que causó este milagro en los vecinos y parientes del que antes había sido ciego, y mas particularmente en los que antes le habían visto pedir limosna y le habían socorrido en la desgracia. Extendióse la fama por todos los cuarteles de la ciudad, y cuantos tenían noticia del suceso, todos corrían á la casa del curado para cerciorarse por sí mismos del prodigio; y todos poseídos de asombro se decían los unos á los otros: *¿No es este el ciego que estaba sentado y pedía limosna?* Aunque el hecho no admitía duda, ellos la suponían y desconfiaban de la certeza aun cuando lo veían y palpaban. Decían unos que sí era el mismo, otros afirmaban que no, sino que era uno muy parecido á él; pero esta duda no podía durar mucho tiempo. El hecho era innegable; la persona curada no era mas que una; miles de testigos daban testimonio de la verdad, y entre tantas voces sobresalía la muy sonora del que ya no era ciego, y decía: "Sí, yo mismo soy el que era ciego desde mi nacimiento, y bien veis ya todos que no lo soy." Admirable confesión que cortaba de una vez toda disensión y cisma, y forzaba á los mas obstinados á confesar y creer. Pero gratitud admirable tambien que no se amilanaba, ni callaba, ni se confundía, amenazada por furiosos y violentos perseguidores. Hombre varonil y esforzado defendía, como constante y fervoroso atleta, la verdad de un hecho que á todos admitaba, y á despecho y pesar del furor de las turbas consagraba el beneficio por no incurrir en las penas de ingrato. Anuncia la gracia evangélica y confiesa libremente la verdad para buscar la mayor gloria y alabanza de Dios; sobre lo que dice san Crisóstomo: "Ahí tienes el pregonero de la verdad; mira cómo anuncia cuanto oyó desde el principio y cuanto padeció de palabra y obra: no se avergüenza de decir que había sido ciego, ni teme el furor de la plebe, ni rehúsa manifestar ni exponerse para anunciar y publicar la misericordiosa liberalidad del bienhe-

chor; conoce empero tú, oh hombre, que estas cosas están escritas para que las imitemos."

De esta constancia del ciego aparece claramente lo que es la verdad, y cuán fuerte é irresistible es su imperio: si ella llega á dominar el corazón de un hombre pobre y despreciable, le convierte luego en magnánimo y esclarecido; y se demuestra tambien cuán grande sea la flaqueza é imbecilidad del mentiroso, pues cuanto mas valiente y generoso quiere mostrarse, tanto mas se acredita de imbecil y cobarde. Aclarado por la verdad del hecho ya no tenían lugar la duda ni la mentira; por consiguiente ya no trataron los fariseos sino de saber el modo con que se había obrado: como el sano era fiel y veraz, el único y mejor modo de saberlo era preguntárselo á él mismo; así que llamado por los escribas y magistrados sufrió el mas minucioso interrogatorio. ¿Cómo, le preguntaron, se abrieron vuestros ojos? Y él respondió: *Un hombre, que se llama Jesús, escupió en la tierra, hizo bollo con su saliva, me untó los ojos con él y me dijo: Anda, lávate en los baños de Siloé. Fui, me lavé, era ciego y ya veo.* En tan pocas palabras les dió la satisfacción mas completa, y este testimonio tan claro y glorioso produjo para el Salvador muchos apasionados y seguidores. Los placeres de reconocimiento y gratitud se dejaron ver pintados en el rostro de todos los hombres sencillos y bien intencionados, que eran sin duda los menos; los mas se poseyeron de rabia, jurando de nuevo en su corazón, quitarle prontamente la vida; y deseosos de encontrar en la declaración un motivo legal para cohonestar su venganza, le preguntaron de nuevo: ¿Dónde para el hombre que en día de sábado se atrevió á daros semejantes órdenes? Mientras marchó el ciego al baño, se retiró Jesús de aquel sitio y no había aparecido otra vez por allí; por consiguiente el que había recibido el beneficio no podía decirles sino *no lo sé.* A la par de este fueron examinados tambien otros muchos testigos presenciales; y corroborada en el mismo sentido la declaración del que había sido ciego, fueron todos conducidos á la presencia de los fariseos. Interrogados de nuevo produjeron su declaración primera y les rogaron que dicesen su sentir acerca de la maravilla y del hombre que la había obrado.

Como todos sus pensamientos y deseos eran de iniquidad, es probable hubiesen dejado con gusto la persecucion de un negocio que ninguna consecuencia ventajosa habia de reportarles, y todas las que produjesen habian de ser en pro y obsequio de un hombre que deseaban aniquilar y perder. Su fama estaba extendida, su reputacion era grandiosa, su doctrina santa y consoladora, sus milagros públicos y notorios; por consiguiente, todas las probabilidades de ventaja estaban en favor del hombre misterioso: comprometido por lo tanto el honor de los magistrados y el de los fariseos, les era preciso colorear su falso celo con capa de justicia y buscar contra la inocencia acusadores igualmente perversos y apasionados. Todos convenian en despreciar el milagro, ó á lo menos en impedir sus consecuencias; pero no se convenian en los medios de desaprobarlo.

Dos acciones habia habido y habia revelado el ciego en sus repetidas aclaraciones, á saber: *El todo formado con el polvo y la saliva, y el haber enviado al ciego que quería curar á los baños de Siloé*; y aunque ninguna de estas dos era contra la letra, y mucho menos contra el espíritu de la ley, con todo eso aquellos hombres de perdicion tomaron de ellas pie para acusar muchas veces al Señor como transgresor de la ley: el pueblo sencillo, fiel espectador del prodigio, uniendo los sentimientos afectuosos de su gratitud con los del ciego curado, bendecia y alababa á Dios, y veneraba á Jesús como un hombre singular enviado por El, para remedio universal de todos los desgraciados: los enemigos empero clamaban con furor y decian: Ese no es hombre de Dios, pues no guarda sus leyes ni observaba el sábadó. Otros decian que siendo pecador no podia obrar grandes milagros, acusándole de engañador de sus hermanos y de blasfemo contra Dios: así el Arbitro supremo que acostumbró siempre á elegir lo débil y lo flojo para confundir los orgullosos y soberbios, se valió de esta divergencia de opiniones y pareceres para destruir los pensamientos de iniquidad que los malvados habian concebido; pues no pudiendo concordar ni convenirse entre sí, se descompusieron los ánimos de todos y no pudieron menos de elegir por arbitro de sus diferencias al mismo ciego que habia sido curado: los buenos israelitas, firmemente persuadidos que con milagros sensibles

como el que acababan de ver y con el cumplimiento de las profecías, era como debia darse á conocer el Mesías ó el Cristo prometido, afirmaban que era el que obraba tantos portentos y milagros; y así los escribas y fariseos que sostenian lo contrario hicieron al ciego una nueva pregunta, si bien intempestiva y fuera del caso, la mas á propósito para acabar de llenarlos de confusion.

¿Qué juicio haces tú, le dijeron, de ese hombre que pretende que te ha abierto los ojos? El justo confiesa y el impío se consume de rabia. No tenian los fariseos en el corazon la misma vista que el ciego tenia ya en su rostro; por esto, cuando el otro habia confesado la verdad como fiel, los otros negaban, ó por lo menos pretendian oscurecer el milagro como malignantes celosos. En el mismo milagro pretendian unos hallar una grave culpa por la circunstancia del dia, y otros le negaban obstinados por la mala nota que suponian en el autor. Pero ¿qué trasgresion podia suponerse en el que era santo por esencia y por naturaleza, y el origen y manantial perenne de la justicia y santidad? En verdad que no habia en el Señor pecado ni flaqueza. Acuden al mismo ciego que habia recibido el beneficio de la vista para que hable. ¿Extraña resolucion! Después que vió la luz, ¿qué habia de hablar sino la verdad? Así fué que les respondió, no podia dudar era un hombre enviado de Dios, un santo, un profeta. Faltaron en esta ocasion los pensamientos de todos aquellos que meditaban la iniquidad, como en otra ocasion dijo David: *Acércose el hombre á un corazon magnánimo y generoso, y Dios fué exaltado*. La malicia de los fariseos habia consentido en que este hombre pobre y mendigo, ó bien sobrecogido de miedo, ó mas bien por lisongear el gusto de los magnates diria alguna expresion que pudiera lisongear su resentimiento y envidia. Mas el corazon, ya lleno de caridad y de sólida y verdadera fe, no titubeó en confesar la verdad delante sus mayores enemigos, y esta confesion le llevó á la cumbre de la ciencia de los santos y al merecimiento de las verdades é inefables promesas de Dios.

No pudieron disimular los escribas y fariseos la irritacion que les causaron las palabras ingenuas del hombre agradecido; volviéronse contra él, tratándole de impostor porque decia bien de aquel que

aborrecían ellos y á quien querían perder, llegando á tanto su brutal furor, que quisieron persuadir y hacer creer á los demás que nunca había sido ciego, y que su curación había sido una farsa. Apoyados en un número considerable de incrédulos de su secta, lograron por unos pequeños instantes conmover al pueblo y hacerle suspender su deliberación; pero conociendo de que por sola su palabra no serían creídos contra la deposición del ciego mismo y la aseveración de tantos que lo habían conocido enteramente ciego, llegaron á persuadirse que los padres del infeliz, en quienes no podían suponer la gratitud y el reconocimiento del hijo, no se atreverían, por respeto al consejo de los magistrados, á sostener en presencia del mismo que aquel era su hijo ó que hubiera nacido ciego; y así fué que los mandaron venir á su presencia y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo? ¿Es cierto que nació ciego, según dicen todos? ¿Qué afirmáis vosotros? Y si es vuestro hijo y estaba ciego, ¿cómo es que al presente ve? ¿Quién ha podido abrirle los ojos? De qué pretextos no se vale la iniquidad sentada en los escaños del poder para proscibir y desterrar la verdad, cuando su confesión es la prueba indestructible de la injusticia de los poderosos! Demasiado habían extendido sus pesquisas, y sobrados eran los lazos que se habían tendido contra los pobres para perderlos y destruirlos; pero ellos los conocieron y supieron con tiempo evitarlo. Si los padres del infeliz hubiesen confesado públicamente la divinidad del hombre bienhechor que había sanado á su hijo, estaban amenazados de una especie de excomunión ó destierro, porque los principales de los judíos habían determinado ya en un consejo que fuese separado de su cuerpo y desterrado de su Sinagoga cualquiera que se atreviese á recibir á Jesús por el Mesías y publicar cosa alguna en su alabanza; y así se contentaron con decir: Nosotros sabemos muy bien que este es nuestro hijo; que era ciego desde su nacimiento; que hasta este día no ha tenido vista: cómo es que al presente ve, no lo sabemos, ni tampoco quién es el hombre que le ha abierto los ojos y dado la vista. Eso preguntádselo á él mismo; aquí lo tenéis á vuestra presencia. Edad bastante tiene para dar cuenta de su persona, preguntádselo á él, y no tengais duda que responderá.

En la contestación de los padres del ciego se ve una mezcla lastimosa que es muy digna de notar. Instruidos estaban de toda la verdad del hecho, y aunque no dijeron todo lo que sabían, resultaba sin embargo en su declaración la autenticidad del milagro, puesto que declararon expresamente la enfermedad: temerosos sin embargo de la persecución de los judíos, no tuvieron todo el valor para arrostrarla; y sacudiéndose todo lo pesado de la carga, expusieron á su hijo á la crueldad de los fariseos, quedándose ellos en salvo. ¡Cuán pocos son los que aventuran la honra y los intereses del mundo para dar testimonios de la verdad! Pero el hijo, que en su misma persona reunía la prueba, el convencimiento y el provecho del milagro, no suprimió ni debilitó el testimonio de la verdad por los respetos humanos. La contestación de los padres hizo que la malignidad de los escribas y fariseos se dirigiese otra vez hácia el hijo; y revistiéndose de una apariencia grande de religión, le dieron á entender tuviese grande miramiento en lo que iba á ejecutar, y que temiese la presencia del soberano Juez que lo escuchaba. Dad gloria á Dios, le dijeron; nosotros sabemos que ese hombre de quien hablas es un pecador. Puede llamarse esta como una consumación de la perfidia del judaísmo, y graduarse como la calificación de su endurecimiento y ceguera. Resuelto estaba en los consejos del infierno impedir la entrada en el mundo de la fe del Mesías; pero se estrellaron contra los decretos de la providencia del Señor todos los pensamientos de iniquidad. Dar gloria á Dios llamaban la negación de sus multiplicadas misericordias, de sus dones y de sus gracias; mas al que está resuelto á publicarlas en obsequio de la gloria de Dios, nunca le faltan la prudencia y la fortaleza necesarias para confesarlas.

En el ciego vieron resplandecer de un modo admirable estos dones gratuitos del Señor; y así fué que con una libertad asombrosa que los fariseos no podían esperar, les respondió: Si ese hombre es pecador, no es eso de lo que he de disputar con vosotros, ni tampoco de ello se ha tratado hasta aquí. Lo que yo sé, lo que tengo de decir, y lo que no puedo negar es, que *nací ciego, que viví ciego y que ahora veo*. Clara y terminante era la respuesta, no admitía

tegriseracion ni duda, y por lo mismo cual si nunca hubiesen oído el modo con que el Salvador había obrado el milagro, le instaron de nuevo los fariseos y dijeron: ¿De qué remedio se ha valido pues para darte el uso de la vista? Ya os lo dije, respondió el ciego; bien podeis haberlo entendido desde la primera vez. ¿Por qué queréis que os lo repita otra vez, si cada nuevo tengo que añadir? ¿A qué viene tanta averiguacion y exámen? Vosotros tenéis alguna intencion oculta: quereis por ventura haceros del número de sus discipulos? Todo esto dicho con el candor y la sencillez natural con que la verdad se pronuncia, irritó sobremanera el furor de los fariseos; y reputándolo por un grosero insulto prorrumpieron en palabras injuriosas y maldiciones atroces contra aquel. Quitate de delante, le dijeron, pues eres un miserable y maldito; anda, alístate tú entre sus discipulos, que nosotros no queremos otro maestro que Moisés, á quien sabemos habló Dios. Mas este no sabemos de dónde es ni de parte de quién viene.

San Agustín examina esta maldición echada por los escribas y fariseos contra el ciego, y dice [1]: *Discipulo suyo seas tú*. Cálzanos encima á nosotros y á nuestros hijos esta maldición. Maldición es si miras el corazón de los que la pronuncian; pero no lo es si atiendes la verdadera significación de las palabras. Y lo será mucho menos si atiendes á lo demás que ellos dijeron: *Nosotros enpe-ro somos discipulos de Moises*. Este anunció la felicidad, la fertilidad y los bienes temporales á los que guardasen su ley; por esto tiene mas discipulos que Cristo, que predicó la pobreza, la humildad y otras cosas semejantes á los que siguiesen la que él les anunciaba. El verdadero seguidor de la ley de Cristo espera con confianza el cumplimiento de sus promesas, y no desfallece ni se desmaya cuando se ve maltratado para buscar la gloria de su Señor. Este prodigio, que lo es en verdad, se vio renovado en este nuevo confesor de Jesucristo. Suministróle el Señor nuevas fuerzas para sostener los ataques de sus adversarios, y puso en su boca admirables respuestas, con las que verdaderamente los avergonzó y con-

fundió. Yo veo ahí, les dije, una nueva maravilla que sé comprender menos que vosotros el milagro de que soy un vivo y perenne testimonio: vosotros os preciáis de sabios y os haceis nuestros doctores, y no sabéis de dónde viene este hombre que ha tenido el poder para abrirme los ojos y darme la vista. Mas ya que esto afectáis ignorar, es preciso que conveengais por lo menos en que vosotros, yo y todos sabemos, y sobre lo que no hay ni puede haber cuestión, y esto es que á los pecadores no los oye Dios ni hace milagros para autorizar la falsa piedad de los hipócritas; eso vosotros lo enseñáis, y nosotros y vosotros lo creemos así, como tambien creemos que atiende benignamente á las súplicas de los que le sirven. Nunca se ha oído decir que algun hombre haya restituido la vista á un ciego de nacimiento, bien lo sabéis. Decid pues, ¿podría hacer un tan gran milagro un hombre que no viniere de parte de Dios?

No pudieron sufrir los doctores una reflexión tan sabia y saludable, porque estaban persuadidos á que nadie tendria atrevimiento para reconvenirles en términos á su parecer tan duros y fuertes; por esto se llenaron de indignación acostumbrados como estaban á que la plebe bajaba siempre la cabeza ante su autoridad; y para sostenerla, creyéndola sobremedida ajada, acudieron á los insultos, baldones y desprecios; y llenos de aquel orgullo, que era su carácter propio y distintivo, le dijeron: Eres un despreciable pecador nacido en pecados y endurecido en ellos; tú, que no has merecido ver la luz del día; tú, miserable y el mas vil de todos los hombres, ¿tú, te atreves á enseñarnos y á dar lección á los doctores? Retírate de nuestra presencia, sal de aquí, y jamás te veamos en este lugar. Lo que en cierto modo fué declararle excomulgado, indigno de entrar en el templo, y excluido para siempre de la congregación de sus hermanos, lo que entre los judíos era el mayor de los oprobios, así como lo es tambien la excomunion entre los cristianos en los pueblos donde hay fe.

Porque confesó la verdad y permaneció con constancia unido á Jesucristo, fué arrojado fuera del templo por los judíos. Por no despreciar á Dios fué despreciado de los hombres: ¡ay de aquellos que á Dios desprecian por no disgustarlos! Arrojado fuera por los ju-

[1] Div. August. Tract. 44 in Joann.

dios, no perdió por ello cosa alguna delante de Dios ni delante de los hombres, y herido con el anatema por el tribunal de la injusticia que era el de los enemigos de Jesucristo, no quedó privado de los frutos de la misericordia ni tardó mucho en ser visible y sensiblemente consolado, por la persecucion que su gratitud y piedad le habían acarreado. No se escondió á Jesús la injusticia con que el pobre ciego había sido tratado, é inmediatamente le buscó compasivo, y habiéndolo encontrado le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios, esto es, crees que lo es el que te ha dado el uso de los ojos que te negó la naturaleza? ¿Y quién es ese Señor, respondió el ciego curado; hazed que yo le conozca para creer en él. Lo que fué decir: Enseñadme dónde habita el que me dió la vista, que yo iré á buscarlo, á darle las gracias y á rendirle adoraciones. Tú lo has visto, replicó el Salvador, y tú lo ves, pues es el mismo que te habla. Apenas oyó esta palabra cuando dijo: Yo creo en el Hijo de Dios: y al mismo tiempo se postró á los pies de su bienhechor y le adoró como á su Señor y Dios. Con sus palabras confesó al Señor y con sus obras justificó la fe de su palabra, porque se humilló á la presencia de Jesús. Le creyó y le confesó verdadero Dios y verdadero hombre. No es extraño por lo mismo que aquel á quien repelían los judíos fuese recibido de Cristo; porque cuanto mas el hombre es despreciado de Dios, tanto mas es buscado, recibido y consolado de Dios; sobre lo que dice el Crisóstomo [1]: Los que por confesar la fe y la divinidad de Jesucristo son oprimidos con injusticia por los hombres, son los mas honrados de Dios, lo que se verificó en el ciego de nacimiento: arrojáronle los judíos del templo y le halló el Señor del templo, y le recibió como atleta que peleó mucho tiempo, y al fin venció, fué coronado por el Jesús. Sanóle enteramente Cristo: en lo exterior de su cuerpo le dió la luz de los ojos, y en lo interior le iluminó el corazón. Así el Señor, cordero mansísimo enviado para quitar los pecados del mundo, lavó al mismo tiempo é iluminó los ojos del cuerpo y los del corazón á aquel infeliz; y él le confesó, no solo hijo del hombre, sino tambien Hijo de Dios; siendo

[1] Div. Crisostom. Hom. 38 in Joann.

esta confesion tanto mas laudable, cuanto se hizo no solo á la presencia de un gran pueblo, sino tambien á la vista de muchos fariseos. No hay duda que si fué gran dicha para el ciego cobrar la vista del cuerpo, lo fué mucho mas el curar de la ceguedad espiritual que le impedía conocer á Dios. Nada perdió con ser arrojado de la sinagoga de los réprobos, y si ganó con ser admitido en la comunión de los santos. Gloria es para el hombre el ser tratado como cismático por el mundo, y mayor gloria es todavía el ser inscrito en el catálogo de los amadores fieles y adoradores constantes de Dios. El destierro que el mundo nos impone cuando de sí nos arroja por ser enemigo de sus máximas y doctrinas, es la corona con que sin saberlo él nos honra y nos hace dignos de las misericordias y consuelos del Señor.

De la ceguedad corporal de que había librado Jesús al ciego de nacimiento, tomó ocasion y motivo para hablar á los escribas y fariseos de la espiritual del alma, de la que deseaba tambien sanarlos: y como esta se hacia cada vez mas incurable, porque creia por instantes la obstinacion de sus corazones, les dijo Jesús: Yo vine á este mundo á ejercer un justo juicio para que vean los que no ven, y los que ven ó presumen ver queden ciegos por su soberbia; que fué lo mismo que si les hubiera dicho: Yo seré con sentimiento mio la ocasion de la condenacion mas severa de este mundo rebelde: por lo que mira á esta ciudad ingrata que le venido á visitar, para que los que no ven recobren su vista iluminados por la fe y el conocimiento de la verdad, siempre que sean sencillos y humildes de corazón, y los que ven, esto es, los maestros de la ley y los sabios presumidos que se jactan de ver, y por lo mismo no cuidan de buscar al Médico que puede darles la vista que no tienen, se hagan cada vez mas ciegos, permanezcan en la ceguedad y se endurezcan por su infidelidad. No quedaba duda que era de los judíos y gentiles de quienes así profetizaba Jesucristo. Oponia las tinieblas presentes en que estaban sumergidas las naciones á la próxima luz de que se dejarían penetrar, y las flees que actualmente se ofrecían á los sabios de la Sinagoga con la ceguedad obstinada en que bien presto terminaria su extremada dureza. Sin embargo, haciéndose

los desentendidos los fariseos que se hallaban presentes, le preguntaron: ¿si por ventura decia esto porque les contaba á ellos en el número de aquellos ciegos? y Jesús les respondió: Dichosos seriais si lo fuéreis, pues no tendríais el pecado que tenais; pero por lo mismo que decís, nosotros vemos, y os juzgais muy instruidos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros; esto es, se agrava mas y será mas severamente castigado. Vosotros sois los doctores y maestros de la ley; hacéis alarde de poseer luces y conocimientos que no tienen las demás naciones; y estas son las que os condenarán, porque es mucho mayor el pecado de los que sabiendo la ley no la observan, que el que cometen los que la ignoran; por esto es mucho mayor la pena en aquellos incurran; pues escrito está: Que el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será castigado con mayores azotes. ¡Amenaza terrible, pero que sin remedio tendrá un día su complemento!

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que iluminaste los ojos del ciego de nacimiento; ilumina. te ruego, los de mi corazón, para que no te ofenda envuelto entre las tinieblas de la ignorancia y del error, ni tampoco me sobrecoja la muerte entre las del pecado. Dios de mi vida, ¡qué prontamente se han consumido mis días! ¡Qué ligeramente ha pasado el tiempo que me concediste para que cumpliera tu voluntad, y no lo hice! ¡Cuántos años, cuántos meses, cuántos días y cuántas horas han pasado, en las que he vivido sin hacer fruto ninguno de buenas obras en tu divina presencia! Haz pues, oh Padre mio amantísimo! que el restante tiempo que me concedieses de vida lo emplee con fruto y sea santificado por tu gracia, para que los años de mi vida sean computables en tu divina presencia y merezca por ellos días felices en la dichosa eternidad. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el IX. del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1 al 41.

La Iglesia lo usa como propio en la misa del miércoles de la cuarta semana de Cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA PERIA IV DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. IX, vs. 1 al 41.

En aquel tiempo pasando Jesús vió un hombre ciego de nacimiento, le preguntaron sus discípulos: Maestro, ¿qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego, los tuyos ó los de sus padres? Respondió Jesús: Ni esto pecó ni sus padres; mas nació ciego para que se manifesten en él las obras de Dios. Conviéneme obrar las obras del que me ha enviado mientras dura el día; viene la noche cuando nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo soy la luz del mundo. Dicho esto escupió en tierra é hizo lodo de la saliva, y con el lodo untó los ojos de él y le dijo: Anda y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir enviado). Fuése pues, lavóse allí y volvió con vista. Entonces los vecinos y los que antes le habían visto sin vista pedir limosna, decían: ¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna? Este es, respondían algunos. Y otros decían: No es él, sino alguno que se le parece. Pero él decía: Sí que yo soy. Preguntábanle pues: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y me untó los ojos y me dijo: Vé al estanque de Siloé y lávate allí: yo fui, me lavé y veo. Y le dijeron: ¿Dónde está él? Respondió: No lo sé. Leváronle pues á los fariseos al que había sido ciego. Es de notar que era sábado cuando Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. Volvieronle pues á preguntar los fariseos cómo había alcanzado la vista. Mas él les dijo: Puso lodo sobre mis ojos, me lavé y veo. Decían algunos de los fariseos: No es de Dios este hombre que no guarda el sábado. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer mila-

gros? Y habia discordia entre ellos. Dicen pues otra vez al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Respondió él: Que es un profeta. Pero los judíos no creían que hubiese sido ciego y hubiese recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres y les preguntaron: ¿Este es vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora? Respondiéronle sus padres y dijeron: Sabemos que este es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos: preguntánselo á él, edad tiene, él dará razón de sí. Esto dijeron sus padres por temor de los judíos, porque ya habian convenido entre sí en que cualquiera que confesase que Jesús era el Cristo, fuese echado de la Sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntádselo á él. Volvieron pues á llamar al hombre que habia sido ciego y le dijeron: Da gloria á Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Respondióles él: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé: Que habiendo nacido yo ciego, ahora tengo vista. Replicáronle: ¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió él los ojos? Respondióles: Os lo he dicho ya y lo habeis oído: ¿á qué fin quereis oírlo de nuevo? ¿Si será que tambien vosotros quereis haceros sus discípulos? Maldijéronle ellos entonces y dijeron: Discípulo ¿yuy seas tú, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que á Moisés habló Dios; mas esto no sabemos de dónde es. Respondió aquel hombre y les dijo: Esta es la maravilla que no sabeis vosotros de dónde es, y á mí me abrió los ojos; y sabemos que Dios no oye á los pecadores, sino á aquel que honra á Dios y hace su voluntad; esto es á quien Dios oye. Desde que hay mundo no se ha oído que haya abierto nadie los ojos á un ciego de nacimiento.

Si no fuera esto de Dios, no pudiera hacer nada. Respondióle y dijeron: Lleno de pecados naciste, ¿y vienes á enseñarnos á nosotros? Y le echaron fuera. Oyó Jesús que le habian echado fuera, y habiéndole encontrado le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y Jesús le dijo: Le has visto, el que habla contigo él es. Y él dijo: Creo, Señor. Y postrándose á sus piés le adoró. *(Hasta aquí el Evan-*

gelio de la feria cuarta). Y añadió Jesús: Yo vine á este mundo á ejercer un juicio justo, para que los que no ven, vean, y los que ven queden ciegos. Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Pues qué nosotros somos tambien ciegos? Respondióles Jesús: Si fuérais ciegos, no tendríais pecado; pero por lo mismo que decís nosotros vemos, por lo mismo vuestro pecado persevera en vosotros.

CAPITULO III.

EXPLICA JESUS CON UNA PARABOLA A LOS ESCRIBAS Y FARISEOS,
EL CARACTER Y PROPIEDADES DE UN BUEN PASTOR, Y PRESEN-
TA LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE EL Y EL JORNALERO.

Como frenéticos furiosos que se vuelven contra el médico que desea curarlos, volvíanse los escribas y fariseos contra el mansísimo Jesús, que quería sanarlos de la enfermedad del espíritu y ceguera voluntaria que padecían; y esta era la causa por qué absortos con los prodigios, no pudiendo negarlos ni oscurecerlos, rehusando empero confesarlos, se hacían como los distraídos ó desentendidos, y se preguntaban los unos á los otros de dónde había venido aquel hombre que quería ser tenido por el Mesías. Eran ciegos é incrédulos, rehusaban acercarse á la luz de Cristo, que era el camino, la verdad y la vida; no querían entrar en el redil de las ovejas para ser del número de las del Señor; gloriábanse de ver y conocer la verdad sin Jesucristo, y por esto le despreciaban: así fué que el Maestro divino, que había empezado á clamar contra su soberbia y jactancia, para retundirla de nuevo propuso la parábola de la humildad del redil y de la puerta por donde se entraba en él, por la que no

entran sino los mansos y verdaderamente humildes, y les dijo: En verdad, en verdad os digo, que el que no entra por la puerta en el redil, sino es que sube á él ó lo escala por otro lado, es ladrón y robador; pero el que entra por la puerta, este es el pastor propio del ganado; este es á quien el portero abre y cuya voz conocen las ovejas. Si quereis entrar por esta puerta en el humilde redil de las ovejas, es preciso que vosotros os humilleis también y que no penseis tan soberbiamente de vosotros mismos. Presentales esta parábola, no solo para insinuarles la humildad, sino también para manifestarles por qué puerta se ha de entrar en el redil, enseñando en ella la diversa condición del ladrón y del pastor de las ovejas.

No entra el ladrón por la puerta, porque no va á buscar el bien del rebaño; busca, sí, la ruina y la perdición, ó lo que es lo mismo, la destrucción y la matanza; y por esto busca una entrada falsa y alevosa; pero el buen pastor que busca el bien del rebaño, que quiere apacentarle en un abundante y delicioso pasto, llama á la puerta y ábrele el portero, porque está cerciorado de sus benévolas intenciones, como que es el pastor verdadero. Llama á cada una por su propio nombre, sácalas del redil y las conduce al pasto. Las llama, porque á todas conoce distintamente, lo que no sabe el que no es pastor verdadero. Las saca del redil y camina delante de ellas, y le siguen, porque conocen el eco de su voz, porque tienen probado y saben por la experiencia que las conduce á lugares frondosos y pastos amenos, para que coman con sosiego y descanso. Pero al pastor extraño no le siguen, porque no están acostumbradas á oír voces extrañas; huyen por consiguiente de él, porque lo creen un pastor fingido y tal vez un ladrón.

No creían los fariseos que esta parábola los comprendiese ni aun imaginaban que pudiese dirigirse á ellos. Preciados de sabios, creían penetrar desde luego todo lo que el Señor quería decir y significar, parándose únicamente en la corteza, sin comprender el misterio que en ella se encerraba. Con ella les quiso manifestar Jesucristo que ni la sabiduría, ni la observancia de la ley, ni el vivir bien, ni cualquiera otra cosa, por buena que les pareciese ó que en realidad fuese, nada les valía, sino por los méritos de Cristo, y que les era im-

posible llegar sin él al conocimiento de la verdad y de Dios su Padre que lo había enviado. El que no entra por la puerta, esto es, por Cristo, en el redil de las ovejas, esto es, en el seno de la Iglesia y en la congregación de los fieles, este es un rapaz y ladrón como lo son todos los infieles y también los malos cristianos. Entra por la puerta, dice san Agustín, el que entra por Cristo, el que conoce la humildad de Cristo. Mas el que entra por esta puerta, esto es por la fe y humildad de Cristo, y que imita todas las otras virtudes que en él resplandecen, entra para pacentar las ovejas con el espíritu de la verdad y puede reputarse como buen pastor. No se crea empero que todo el que entra por la puerta es el pastor verdadero, porque por ella también entran las ovejas; sin embargo, la Iglesia no es mas que una, y es universal, y esta unidad universal que ella tiene se descubre y conoce perfectamente en la unidad del pasto único y verdadero que da cada día a las ovejas que pastan en su seno. El buen pastor pues á que este pasto las conduce, es revelado por el Espíritu Santo, esto es, ungido y consagrado; demostrándose con esto que es ungido con el Espíritu de la inteligencia, de la sabiduría y del entendimiento, y consagrado con el don de ciencia, de consejo y de fortaleza, para poder apacentar el rebaño, y las ovejas oyen su voz, esto es, su doctrina, y la reciben. Llámalas por su propio nombre, para dar á entender la condescendencia familiar que tiene con cada una de ellas, y que esta familiaridad las da osadía para acercarse á él con confianza. Por la instruccion las pasa de las tinieblas del error á la luz de la verdad, y de la tristeza de la servidumbre al reino de la libertad. Y cuando las ha sacado de las tinieblas de la ignorancia á la luz de la vida, y de la cárcel de la culpa á la libertad de la gracia, camina ante ellas por el ejemplo de las buenas obras y de la santidad de la vida, y ellas siguen sus pasos por la imitacion de los buenos ejemplos, por la rectitud de las intenciones y por la santidad de las obras, porque conocen su voz y se deleitan en oírla.

No sucede empero todo esto cuando el que entró en el redil es un extraño y no entró por la puerta. Desconocen las ovejas su voz y su vida; no le siguen porque no reciben su doctrina ni imitan sus

ejemplos, pues sus palabras inducen al error y sus ejemplos al mal; huyen de él como de un ladrón y un enemigo, porque desconocen su voz como la de un extraño que habla cosas ajenas de la verdad; y huyen de él, esto es de su doctrina, porque también la desconocen.

Si se confronta toda esta doctrina con el modo con que los fariseos habían tratado al ciego de nacimiento y al mismo Salvador porque le había curado, echando al primero de la Sinagoga porque confesaba que Jesús era el Mesías, y blasfemando de este tratándolo de seductor y falso profeta, se verá que con esta parábola misteriosa quiso el Señor echarles en cara toda su injusticia y malignidad, siendo muy de notar que cuando Jesús quiere anunciarla, llama de un modo particular la atención de los circunstantes diciéndoles: *En verdad, en verdad os digo*; con lo que demuestra la gran necesidad de esta doctrina y la resistencia tenaz que no solo los escribas y fariseos, sino todo el mundo, había de oponerle, ó acaso también el corto número de seguidores que su doctrina santa había de tener.

También quiso Jesucristo darles á conocer que en calidad de enviado de Dios, de quien Moisés y todas las Escrituras daban testimonio y preparaban el camino, había entrado en el redil por la verdadera puerta, lo que no era presentarse para ser recibido, sino después de haber establecido con pruebas incontestables su derecho legítimo sobre el ganado, en cuyo concepto era muy fácil de conocer la gran diferencia que había entre Jesucristo y los fariseos; pues aquel tres años hacía que justificaba su misión, no solo con la santidad de sus doctrinas y con la de todos sus pasos y acciones, sino que la confirmaba con milagros tan portentosos y grandes, que arrebatában la admiración de todas las gentes; y en la conducta de los escribas y fariseos y en todas sus doctrinas, no se veía sino el fausto y la vanidad de unos usurpadores intrusos que reducían el rebaño y le propinaban un pasto venenoso y mortífero.

El redil pues común de todas las ovejas es la Iglesia católica bajo la cabeza y direccion de un solo, supremo y verdadero pastor, que es Jesucristo; aunque en esta Iglesia hay también varias con-

gregaciones particulares que contienen manadas de verdaderas ovejas, tales son los conventos de religiosos de uno y otro sexo, y las reuniones de iglesias conventuales y parroquiales, en las que hace Dios reposar con tranquilidad sus ovejas, que son los fieles, sencillos, mansos y humildes. El que no entra pues por esta puerta que es Jesucristo, esto es, el que no entra por la confesion de los principios de la religion cristiana y por la de la verdad consignada en el Evangelio de Jesucristo, esto es hereje. El que no viene por la confesion de los principios de la gracia con que Dios llama á las criaturas, y las reparte y comunica sus dones, este es simoníaco. El que no viene á entrar por esta puerta con plena y perpetua libertad, sino que entra por la fuerza, ó impelido y arrastrado por la necesidad, este es un intruso. El que no entra por esta puerta con la simplicidad de la paloma, esto es, con el candor y la inocencia de un verdadero hijo de Dios, este es un engañador. Todos estos entraron por un parage desusado: arriman algunos escalas para entrar por la parte superior; estos son los ambiciosos como Lucifer y como los desgraciados hijos de Coré, Dátan y Aviron, á quienes por su ambicion tragó vivos la tierra. Otros hay que para entrar pretenden romper las paredes y corromper los corazones, estos son los avaros como Simon Mago. Y otros en fin hay que para entrar socaban los fundamentos para destruir todo el edificio, y estos son los herejes como Arrio. Ladrones son estos y rapaces todos, diferenciándose tan solo en la aplicacion de los medios reprobados de que se sirven para entrar. El rapaz es aquel que se prevale de las tinieblas y de la oscuridad de la noche (esto es, de la ignorancia de los hombres) para arrebatarse la cosa agena ignorándolo su dueño, y el ladrón es el que roba y usurpa lo ageno con manifiesta fracturacion y violencia ignorándolo tambien el dueño. La diferencia pues que con estas dos palabras quiso establecer Jesucristo entre el rapaz y el ladrón, consiste en que el rapaz socaba y mina sordamente los cimientos del redil para usurpar furtivamente al Señor, no solo las ovejas, sino toda la utilidad que ellas producen; y este es el oculto y astuto engañador, el hipócrita y el hereje, porque todos pretenden robar y destruir el rebaño y todas sus utilidades. El la-

dron empero es el que comete el robo con violencia, y estos son todos aquellos que prevalidos de la fuerza de la autoridad y del poder que tienen, invaden el vedado de la Iglesia, y talan, destruyen y roban toda su hermosura, su esplendor, su magnificencia y su gloria.

Entrar por la puerta del redil de la Iglesia á los ejercicios de la vida cristiana y católica, y subir á la cumbre la dignidad de pastor verdadero de las ovejas, es entrar por el camino de la verdad, de la libertad, de la graciosa bondad y de la santa simplicidad. Entrase por la puerta de la verdad por la confesion católica: por la de la liberalidad, por la vocacion superior con que Dios á cada uno llama, por la de la graciosa bondad, cuando no se entra por medio de promesas temporales; y por la de la santa simplicidad, cuando no hay simulacion ni engaño en la entrada. Cristo es pues todas y cada una de estas puertas; y si alguno se atreviese á entrar por otra, podrá decirle muy bien el supremo y verdadero Pastor: *¿Cómo has entrado aquí sin estar vestido con el vestido nupcial?* Y podrá ser el atrevido echado del redil y arrojado á las tinieblas exteriores. Pero al que entra por la verdadera puerta qué es Cristo, á este él mismo, que es igualmente el verdadero portero, se la abre y le introduce; y después que por mil medios y caminos probó su fidelidad y su fe, le concede un puesto de dignidad y honor, le eleva tambien á la alta jerarquía de pastor y portero, para que abra á los dignos y cierre á los indignos, y apaciente á los que entraron con el pasto de la divina palabra, que es el pasto de la vida y la salud. Para que cierre y abra, segun viere convenir y ser justo; esto es, para que perdone y retenga las culpas y pecados, y llegue tan alto su autoridad y poder, que abra y cierre las puertas del cielo.

No comprendieron los fariseos el sentido de esta parábola tan interesante é instructiva, y se hubieran quedado en su ignorancia si el Salvador no hubiese tenido la bondad, segun su costumbre, de patentizarles el sentido misterioso que ella encerraba; abrió pues sus labios divinos y les dijo: *En verdad, en verdad os digo, que soy la puerta del redil á donde está encerrado el rebaño de mi Padre. Yo soy la puerta por la doctrina y el ejemplo; por mí acuden las ove-*

jas á su verdadero Pastor; todos los que han venido delante de mí y se han metido á conductores y apacentadores, han sido intusos en el empleo, han sido ladrones y saltadores, á quienes las verdaderas ovejas no han querido oír. Yo soy la puerta del redil: los que entraren y creyeren en mí, esto es, siguiesen constantemente mis doctrinas y ejemplos, caminarán por el camino por donde conviene andar, y llegarán felizmente al puerto de la salud, porque por todas partes econtrarán buenos pastos y recibirán el alimento de una doctrina vivificante y saludable, que producirá la paz en su alma y será su gozo final y completo. Entre los ardores del día y las tinieblas de la noche, yo seré su sombra y su luz; los cubriré con el manto de mi providencia, los conduciré con la luz inextinguible de mi caridad, y los libraré del furor de todas las bestias voraces y dañinas; no tendrán que temer los ardores del sol, porque se estarán á la sombra apoteósica de mi protección; ni sentirán los ardores de la sed, porque yo las abrevaré en la fuente inagotable de mis misericordias y en el raudal perenne de mis gracias.

Sobre este pasaje dice san Agustín [1]: En el redil de la Iglesia militante hallará la cándida y sencilla oveja el pasto de la doctrina y de la gracia, y en la Iglesia triunfante se saciará con el pasto del gozo y de la gloria. Aunque en este redil no falten pastos saludables, como muchas veces se encuentran también espinas y abrojos, no le faltará al que á él se acoja y con las tímidas ovejas salga á apacentarse, un pasto donde enteramente pueda saciarse, y se llenen todas las esperanzas y deseos de su corazón, como no faltó á aquel á quien se dijo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Los robadores y ladrones se ingieren también á conducir el ganado; pero no lo hacen sino con las intenciones dañinas de hurtar, destruir, degollar y llevar consigo cuanto puedan. Yo, por el contrario, que he venido para que todos los hombres tengan por la fe y por la observancia de los mandamientos la vida de la gracia, quiero que la tengan abundante en toda suerte de bienes; esto es, quiero por lo que respecta á vosotros que habeis vivido á la sombra de

[1] Div. August. Tract. 45 in Joann.

la ley de Moisés y habeis gozado una vida angustiosa y llena de afanes, bajo la ley mas pura y perfecta del Evangelio, goceis mayor abundancia de bienes en la vida eterna. Yo soy el Pastor, y á mí solo pertenece el conducirlos á donde conviene, y así deben reconocerme y seguirme, porque el buen pastor pone su alma por sus ovejas. Y así es que como por el pastor se gobierna y con su industria se apacienta el ganado, así por Jesucristo Redentor nuestro son regidos todos los fieles y mantenidos del manjar espiritual de su cuerpo y de su sangre. Y para dar á conocer la diferencia que hay entre el que es buen pastor y el que es ladrón, dice: Que él es buen pastor, no solo en naturaleza y gracia, sino también en el oficio y cuidado pastoral, porque pone bien por obra los oficios del pastor bueno. Por lo que dice san Crisóstomo [1]: Pastor se llama el Salvador, y puerta igualmente, sin diferencia alguna. Llámase puerta, porque nos lleva al Padre, y pastor, porque nos procura la vida y nos la da. Si esta es pues la señal del buen pastor, mucho es de temer la falta que ahora hay de buenos pastores. Cae la bestia que es de tu prójimo, y muchos la levantan; cae el alma del justo y no hay entre sus amigos quien la encamine ni ayude á levantar, siendo como es verdad, que cada uno tiene mayor obligacion de amar el alma de su hermano, que es su propio cuerpo. Mas ¿cómo pondré yo por ella mi cuerpo, siendo así que no quiero yo dar la cosa que es temporal por libertad del pecado? Seguramente que no ejerzo entonces el oficio de buen pastor.

Para declarar mas y mas el oficio y obligaciones del buen pastor, añadió Jesús: El mercenario y el que no es pastor, cuyas no son las ovejas propias, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; porque mercenario es y no le pertenece el cuidado de ellas. Mercenario ó jornalero es aquel que conduce el rebaño y le guarda por la esperanza del premio que está pactado y espera recibir; por consiguiente, el que no es pastor no mira el premio y galardón de la gloria celestial, sino que tiene puestas todas sus miras en el interés y lucro temporal: este, segun dice san Gregorio [2], pierde justamen-

[1] Div. Crisostom. Hom. 53 in Joann.

[2] Div. Gregor. Hom. 14 in Evang.

te el nombre glorioso de pastor, porque ama mas su provecho que el de sus ovejas; y esto es lo que quiso dar á entender expresamente el Salvador cuando añadió: *Cuyas no son las ovejas propias*. Pruébase esto porque ve venir al lobo, que es el demonio, para arrebatar las ovejas, ó ve venir al hereje para engañarlas y al tirano para poderlas en corporal aflicción y tortura; y temiendo algun daño ó incurrir en algun trabajo, las abandona y huye callando, no resistiendo ni prestándolas el socorro debido; porque mientras busca solos los provechos de esta vida, padece el alma por negligencia muchos y diversos males. Condénase aquí la negligencia y el descuido del pastor, porque contra estas cosas ni para el remedio de ellas no se inflama con el verdadero celo, ni se desentrevuelve ni despierta con algun fervor de verdadera caridad. Jornalero es este tal y mercenario indolente, pues no cuida sino del interés temporal, y en verdad parece no pertenecerle el cuidado de las ovejas, pues no tiene solitud ni trabaja por ellas. San Agustín dice [1]: No ama en las ovejas á Cristo Señor nuestro de quienes ellas son, sino que solo codicia la leche y la lana de ellas.

Añadió Jesucristo: Y mientras el mercenario vive en el descuido y se entrega al ocio, viene el lobo, arrebató y desparrama las ovejas, poniéndolas en peligro de diversos males y apartándolas de la unidad de la caridad y de la Iglesia, y afligiéndolas. Mas el buen pastor pone su vida contra estos peligros, resiste á las incursiones del enemigo, increpa los vicios, contradice las falacias de los herejes, predica las verdades católicas y hace frente á las crueles persecuciones de los malos, orando y llamando á Dios para que defienda á las ovejas y las ayude. El buen pastor busca el provecho de las ovejas; mas el malo y mercenario no procura sino el bien propio. Por boca de Zacarías [2] reprendió Dios el poco celo, la negligencia y descuido de mal pastor diciendo: *¡Oh pastor fingido, qué malo eres pues que desamparas tu grey!* Como si dijera: No eres pastor, solamente tienes su semejanza. El buen pastor no busca sus cosas propias, sino las que son de Jesucristo; por esto vela con afanosa so-

[1] Div. August. Tract. 45 in Joann.
[2] Zachar. cap. 11, v. 17.

licitud sobre su grey, pensando cada día en la cuenta que ha de dar á Dios de las ovejas que le están encomendadas; por lo que hablando san Agustín con sus súbditos, les decía [1]: Bien sabeis que pertenecéis á nuestra providencia para que demos de vosotros buena cuenta y razon; y por esto digo siempre á Dios en mi oracion: Bien sabes, Señor, que amé; bien sabes que no callé; bien sabes con cuánto fervor de corazón dije lo que debía decir; bien sabes que lloré cuando decia estas cosas que pertenecen al oficio pastoral y no era oído, y todo esto pienso que es la entera cuenta y razon que te tengo de dar.

Después de esto continuó todavía Jesús este tan interesante discurso, probando con señales verdaderas á los escribas y fariseos que era el buen Pastor, y les dijo: *Yo soy el buen Pastor porque conozco á mis ovejas*, no solo por la noticia universal por la cual todas las cosas están patentes á mi vista, sino por la noticia de aprobacion y de amor, segun la cual conozco á los que son dignos de la vida eterna que les es prometida. Conoce asimismo Jesús á sus ovejas por la imagen y semejanza que traen suya, la cual puso en ellas. Conócelas por las armas y vestiduras de las virtudes que puso en los fieles, y por las señales de las obras buenas con que los hizo fuertes por su doctrina, y en especial por la caridad con que los informó y justificó á todos, las cuales cosas todas halló en ellos. A mas de esto dió tambien otra segunda señal, y fué la de que sus ovejas le conocen á él; por lo que dijo: *Y conócennme á mí las mías*. Los que son católicos y fieles conocen á Jesucristo por conocimiento y por obra, y conocen sus beneficios en virtud de la caridad, y por esto no pueden ser engañados. El conocimiento pues entre el buen pastor y las ovejas es igual y reciproco; porque el buen pastor visita muchas veces su ganado, y así lo conoce en particular y tiene noticia de todas sus circunstancias y condiciones, y lo ama; las ovejas tambien por la continua memoria de los beneficios que las hace, disfrutándole, conócenle y ámanle por especial familiaridad de amor, y esto es lo que propiamente sucede entre Jesucristo y los verdaderos católi-

[1] Div. August. Serm. 49 de Verbis Dom.

cos; de donde se infiere con toda claridad que él es el propio y verdadero Pastor.

Por último, la señal mas evidente, propia y característica del buen pastor es el amor que inestra y tiene á las ovejas, el cual no puede ser mayor que exponiéndose voluntariamente á la muerte por ellas, que es lo que hizo el Salvador por sus fieles diciendo: *Yo pongo mi alma por mis ovejas*. De donde parece que á solas las ovejas de Jesucristo Redentor nuestro aprovecha su pasión. Mira pues cómo en fuerza del amor da el pastor bueno su alma por sus ovejas. El amor verdadero ninguna cosa tiene por dura, ni por amarga, ni por grave, y la que parece mas mortal, aquella tiene por menos peligrosa. No hay lanzas, no hay dardos ni saetas, ni flechas, ni fuertes, que puedan vencer al amor perfecto. El amor es un escudo impenetrable, resiste todos los tiros, se burla de todos los peligros, riesos y triunfos de la misma muerte. Y como en el hombre hay tres cosas, que son, hacienda, parientes y la propia persona; todas tres se han de poner á todo trance y peligro, aun el de la muerte, por la salud de las ovejas. Cuyas tres cosas dejó Jesucristo por la salud de sus ovejas, por lo cual dijo por Jeremías [1]: Desamparé mi casa y mi familia, que son los ángeles, y dejé mi heredad, que son las riquezas celestiales, y di y puse mi alma en manos de mis enemigos.

El verdadero pastor conduce todas las ovejas al aprisco. Para que no fuese alguno que Jesucristo Redentor nuestro moria por solos los justos, añadió: Y tengo otras ovejas que son del linaje de los gentiles, las que según el secreto de la predestinación han de errar en mí; y estas, que no son descendientes de Israel, sino de otras naciones, conviene que las traiga á una congregación, á una fe y á una Iglesia con el pueblo de los hebreos. Y según dice san Crisóstomo [2]: Esta palabra que el Señor pronuncia, *esme necesario ó conviéndome*, es palabra que confirma otra suya que dijo: Que haria que fuesen salvas todas sus ovejas; y añadió: Oigan mi voz y vendrán á la fe; demostrando con esto que los gentiles recibirían

[1] Hieronim. cap. 12, v. 7.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Joann.

la fe por la predicación de los apóstoles, y sería hecho un aprisco, esto es, un recogimiento y una Iglesia de los judíos y de los gentiles y un pastor, el cual en el cielo es Cristo Señor nuestro, que es nuestra paz, como dice el apóstol; el que hizo de las dos naciones un solo aprisco y una sola Iglesia. Este pastor en la tierra es el sumo pontífice, vicario de Jesucristo Redentor nuestro. Es obligado á apacentar el rebaño; obligación que le impuso el Pastor Supremo, cuando instituyendo á san Pedro su vicario en la tierra y pastor de la Iglesia, le dijo: *Apacienta mis ovejas*. Es también obligado el buen pastor á amar su grey, y por esto examinó el mismo Jesucristo á san Pedro sobre su amor y caridad, preguntándole si le amaba. Y por último, debe guardar y defender su ganado del lobo, lo que dió á entender cuando al mismo san Pedro le dijo: *Y tú convertido en algun tiempo confirma á tus hermanos*: todo lo que cumplió con mucha propiedad el mismo Jesucristo, para ser como fué el ejemplo y el perfecto modelo de todos los pastores, y el príncipe de todos ellos.

Cuán grande haya sido el cuidado de este Pastor piadoso y su solicitud paternal acerca de las ovejas perdidas, lo manifiesta la parábola del pastor y de la oveja centésima perdida buscada con el mayor afán, y después de hallada llevada con el mayor gozo sobre los hombros á la compañía de los demás. ¡Oh! Y qué bien dijo el Príncipe y modelo de los pastores: *El buen pastor da su alma por sus ovejas*. El cumplió en sí mismo verdadera y principalmente este dicho profético que habia pronunciado. Para dar buen pasto á sus ovejas y ponerlas al abrigo de todas las tempestades y furios, no solo sufrió muchos trabajos, cansancios, pobreza, hambres, y sufrió grandes y diversos peligros, recorriendo ciudades y castillos cuando evangelizaba el reino de Dios su Padre, pasando muchas noches en oración sin descansar ni dormir, sino que era tal su liberalidad y clemencia, que buscaba los publicanos y pecadores, comía con ellos, los exhortaba con caridad afectuosísima para ganarlos y salvarlos, y despreciaba la murmuración y el escándalo de los fariseos, afirmando que para los enfermos y pecadores habia venido al mundo; y por último, buscaba á los penitentes conservándolos.

les una tan particular afición, que para que no se descaminasen otra vez, les mostraba siempre abierto el seno insondable de la misericordia de Dios: oígan esto los pastores, y mirándose en el espejo que se les presenta, aprendan á hacer lo mismo que el Señor si quieren agradecerle.

Estas santas y graves consideraciones obligaron al melitiano Bernardo á que dijera [1]: En todos sus hechos ó dichos nunca busque el siervo de Dios cosa alguna que sea suya, sino que en todo procure la gloria del Señor, la salud de los prójimos ó el bien que á esto pertenezca; porque ninguno puede solicitar la gloria de Dios y el bien de su prójimo, si no menospreciase lo que á él mas directamente pertenece. ¡Oh! ¡qué bien tan grande resultaría al hombre si desconociéndose á sí mismo todos sus trabajos se dirigiesen únicamente á su aprovechamiento espiritual! Porque en verdad, ¿que le aprovecha ganar y conquistar todo el mundo, si después ha de padecer en su alma un detrimento eterno en una eterna condenación? Si la medida del amor del prójimo es la medida del amor de sí mismo, nadie sabrá amar á aquel si así propio no sabe amarse; así que, dos cosas son las que después de haber cometido la culpa y el pecado restituyen la paz y la tranquilidad á la buena conciencia, y son, el arrepentimiento de los males pasados y la abstinencia de cometer nuevas culpas, esto es, llorar, como dice san Gregorio [2], los pecados cometidos y no hacer otros de nuevo que se hayan de llorar después. El corazón que sabe que está bien habituado y vestido de estas dos virtudes, bien puede abandonarse á sí mismo y entregar-se á todo aquello con que sabe que puede ganar á los demás.

Guárdense los pastores de escandalizar á los súbditos y no sean piedras de escándalo donde estos tropiecen, porque sobre los que á los pequesísimos escandalizaren, vendrá dolor y lamentación eterna; pues de tantas muertes son dignos los prelados, cuantos malos ejemplos dieren á sus súbditos [3]; y san Agustín añade [4]: Los que inflaman las almas para pecar y las apartan de Dios, pecan mas que

[1] Div. Bern. Ep. 201. De excell. Orat.

[2] Div. Greg. 3^{ta}. pastoral ad monitiones.

[3] Idem Ibid.

[4] Div. August. Tract. 45 in Joann.

los que crucificaron la carne de Jesucristo Redentor nuestro. No crean empero los súbditos que la causa de los grandes castigos con que Dios en muchas ocasiones los castiga está en los prelados, porque tambien muchísimas veces está en ellos. Los defectos y negligencia de los pastores procede otras muchas de la perversidad de las ovejas; porque las que son malas no merecen tener buenos pastores; y de aquí provino lo que san Gregorio, entre otras cosas, escribía al clero de Milan en ocasión que le pedía un pastor: "Como quiera que mi intención, les dijo, y antigua costumbre es y ha sido siempre de no cargar á nadie para que haya de recibir la carga pesada del cuidado pastoral, proseguiré ahora vuestra elección con oraciones, porque el Todopoderoso tal pastor os dé, que en su lengua y costumbres podáis hallar los pastos de la divina predicación. Mas porque segun los merecimientos de los pueblos suelen ser por el juicio del Altísimo proveídas las personas de los pastores, procurad vosotros lo espiritual y amad las cosas celestiales; menospreciad los bienes temporales y fugitivos, y tened por cosa muy cierta que recibireis pastor que sea conforme á la voluntad de Dios nuestra Señor si en vuestros hechos tuviérais cuidado de agradar á su divina Majestad."

ORACION.

Señor mio Jesucristo, pastor amantísimo y verdadero, que por tus ovejas pusiste tu alma y las diste tu carne en comida y tu sangre en bebida, y te nos hiciste puerta para la Iglesia militante y triunfante para que entremos por ti á saluarnos, y para que permanezcamos en ti, concómete entre tus ovejas, y miranos, Señor, por tu clemencia, encaminándonos en la carrera de la salud eterna, para que te conozcamos y nos conformemos con tu santísima voluntad, pareciéndonos á ti en tus obras, y asimismo te suplicamos que nunca oigamos la voz de los pastores ojeas, que son el mundo, la carne y el demonio, sino solamente la tuya, Señor, obedeciendo tus santos mandamientos y consejos, para que merezcamos aquí

tener la vida de tu gracia y después recibamos con infinita abundancia la vida de la gloria, y porque hallemos en tí solo los pastos de la refeccion regular. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al X de san Juan, desde el versículo 1.º hasta el 16 del mismo, ambos inclusive.

La Iglesia usa como propio para el Evangelio de la misa del martes después de Pentecostés, el contenido desde el versículo 1.º hasta el 10; y para el Evangelio de la Dominica segunda después de Pascua de Resurreccion, todo lo restante, desde el versículo 11 hasta el 16.

También usa de este último Evangelio en la festividad de santo Tomás obispo y mártir, á 29 de diciembre. Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DE PENTECOSTES.

San Juan, cap. X, vs. 1 al 10.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: En verdad, en verdad os digo, que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, el tal es un ladrón y saltador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A este abre el portero y las ovejas oyen su voz, y á las ovejas propias llama por su nombre y las saca. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños. Este proverbio les dijo Jesús, mas ellos no entendieron lo que les decía. Dijoles pues Jesús otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que hasta aquí vivieron, ladrones son y saltadores, y no los oyeren las ovejas. Yo soy la puerta. El que por mí entrare se salvará, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar, y matar, y hacer estragos. Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan con mas abundancia.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. X, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir el lobo, y abandona las ovejas, y huye, y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. El mercenario pues huyó porque es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Así como el Padre me conoce á mí, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, y conviene que yo las traiga, y oirán mi voz, y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor. (*Hasta aquí el Evangelio de la misa.*) Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas; bien que es para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy por mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla: este es el mandamiento que recibí de mi Padre. Excitó este discurso una nueva division entre los judíos. Decían muchos de ellos: Está poseído del demonio y ha perdido el juicio: ¿por que le escucháis? Otros decían: No son palabras estas de quien está endemoniado: ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?

de haberse comenzado á celebrar en Jerusalem la fiesta de las Encenias.

Encenia es una voz griega que significa renovacion; por consiguiente, la fiesta de las Encenias tenia por objeto la memoria del dia en que el templo, profanado por Antiocho, se habia purificado y consagrado de nuevo por el religioso celo del valiente Macabeo. Duraba esta fiesta ocho dias enteros como las grandes solemnidades de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos. Daba principio el veinticinco de Casen, noveno mes del año mosaico, y era tambien este año el treinta y dos de Jesucristo, cuando estaba ya para entrar en el treinta y tres de su edad, y último de su vida mortal [1]. Es digno de saberse que se leen en las Escrituras santas tres dedicaciones hechas del templo de Jerusalem: la primera era la que celebró Salomon y se verificaba todos los años el dia diez de setiembre, que era el mismo en que habia sido dedicado y consagrado al Señor, hasta que sucedió su destruccion por los babilonios [2]. La segunda se celebraba todos los años el dia doce de marzo, en memoria de que en igual dia habia sido restablecido y consagrado de nuevo por Esdras, Neemias y Zorobabel, después del regreso de la cautividad de Babilonia [3]; y la tercera es la que antes hemos insinuado.

Ignórase si el Señor se dró ver en el templo del dia primero de la solemnidad, ó si fué solo en el octavo, que era tan célebre como el primero; porque hay fundados motivos para creer que no se detuvo en Jerusalem sino un dia; pues solo consta con individualidad una sola conversacion que tuvo entonces con los judíos, é inmediatamente lo vemos desaparecer de la capital, de la cual estuvo ausente cerca de tres meses, hasta que después se le observa volver allá por última vez para cumplir en favor de todo el mundo las últimas órdenes de su Eterno Padre.

[1] Cuando se trate de la muerte de Jesús, haremos algunas observaciones sobre la duracion de su vida.

[2] El setiembre era el séptimo mes, y se llamó primero *Echasis* y después *Tisri*, en el que concurría el equinoccio del Otoño.

[3] El marzo era el segundo mes, llamado *Adar* al principio de la Primavera.

CAPITULO IV.

ASISTE JESUS A LA FIESTA DE LAS ENCENIAS O DE LA DEDICACION DEL TEMPLO: DECLARA A LOS JUDIOS QUIEN ES Y QUIEREN OTRA VEZ APEDREARLE.

Aunque varios autores inercalan entre la parábola del buen Pastor y la celebracion de la fiesta de las Encenias, la cuestion de las Tradiciones, la curacion de la Cananea, la de un sordo y mudo y el milagro de la multiplicacion de los siete panes y algunos peces para saciar cuatro mil hombres; como san Juan nada de esto intercala entre aquella parábola y la narracion de este otro hecho importantísimo que refiere en el capítulo décimo de su Evangelio, ni tampoco el grande Ludolfo de Sajonia refiere alguna otra cosa á continuacion de aquel hecho, no hay motivo alguno para no conformarnos con el autor que nos sirve de tipo en la presente obra; sin embargo, es corriente entre todos los que han escrito de alguna manera la vida de Jesucristo, que pasaron algunos dias después de la manifestacion que hizo Jesús á los fariseos de que él era el buen Pastor, hasta que se dejó ver de nuevo en la casa de Dios, con motivo

En la mansion que anteriormente habia hecho en el mismo templo durante la fiesta de los Tabernáculos, habia dado tantos testimonios de la verdad de su mision y pruebas tan decisivas de la divinidad de su persona, que todo el pueblo se habia puesto en celosa observacion acerca del partido que tomarian los escribas y fariseos en vista de un hombre tan extraordinario, de quien públicamente se decia tanto bien, y en favor del que tambien en público obraba su Majestad muchos y portentosos milagros, y de quien sin embargo sus émulos y detractores decian tanto mal.

No os da maravillar, atendida esta conjuccion general, que la concurrencia en el templo fuese mayor que nunca tan luego como corrió la voz de que Jesús se habia dejado ver en él: como era ya entrado el invierno se recogia comunmente el concurso en el que se llamaba *Portico*. Este era el gran vestibulo, al cual al restablecerse el templo en tiempo de Zorobabel, se le habia dado el nombre de *Salomon* en memoria del primer fundador de la casa de Dios. En él fué donde entró Jesucristo y se paseaba, cuando de repente se vió rodeado de los sacerdotes escribas, fariseos, y de todos los principales de la nacion, los que para aclarar ciertas dudas de que estaban poseidos en atencion á sus anteriores discursos, le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de quitar la vida teniendo nuestra alma su continuo sobresalto, siempre perpleja y fluctuando entre dudas y dificultades? ¿Hasta cuándo has de desconfiar de nosotros? Háblanos con franqueza, mira que deseamos sumamente saber quién eres: si eres el Mesías y el Cristo prometido, dínoslo sin rebozo y creeremos en tí. No hay duda que después de lo que por espacio de tres años se habia visto públicamente en todas las partes de la Palestina y muy recientemente en el seno de la capital, nadie podia suponer el menor grado de buena fe en semejante pregunta, hecha sin pudor ni remordimiento alguno á Jesucristo por las personas mas bien instruidas y mas enteradas de todo como individuos y maestros de la Sinagoga; por cuya razon les respondió Jesús: *Os lo he dicho y no lo creéis. Pero aunque yo no lo hubiera dicho, las obras que hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí y muestran claramente lo que soy.* Mas vosotros no creéis porque no sois del número de mis ovejas, esto es, de aquellos que, fieles á la voz de mi Padre, buscan

sinceramente la verdad y se hacen dóciles á las impresiones de la gracia. Vuestras preocupaciones os ciegan y vuestras envidias os endurecen. Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco, yo las amo, y ellas me siguen. Yo soy el que les da en premio la vida eterna cuando perseveran en la fe y se mantienen constantes en la práctica de mis mandamientos.

No creian los escribas y fariseos que el Señor contestase tan enérgicamente á la mentida adulacion con que le habian hablado, aparentando que de su propia boca deseaban saber la verdad. *Si tú eres Cristo*, le dijeron, esto es *Rey y ungido*, dínoslo claramente, porque nosotros no solo tenemos un deber de saber la verdad, sino tambien de anunciarla. ¡Oh, cuánta maldad! ¡Oh, cuántas incidias! ¡Jamás se habia visto tan grande simulacion ni perfidia! Esto fué lo mismo que si hubiesen dicho á Cristo: Nosotros pecamos si tú eres el prometido en la ley y el ungido que ha de ser enviado por Dios, y no te creemos, y nosotros no queremos pecar. Preguntábanle y exigian de él una respuesta terminante para acusarle después de enemigo del César, diciendo que se hacia rey, y tener con esto ocasion y motivo para entregarlo á los ministros de los romanos, á fin de que fuese condenado á muerte. No deseaban la verdad, sino que preparaban la calumnia; y como hablaban con simulacion y perfidia, por esto temperó el Señor su respuesta y les dijo: *Os lo he dicho y no lo creéis*; las obras que yo hago dan testimonio de mí; y si á estas que son tan elocuentes y persuasivas, como que son milagros todos sorprendentes, todavia no creéis, ¿cómo creéis mis palabras? Así no dijo expresamente que él era Cristo, que era lo que buscaban los judíos, sino que dijo una cosa equivalente ó algo mayor; lo que no era con toda suficiente para llenar los deseos de los escribas, aunque era lo muy bastante para responder la verdad y excluir todo motivo de maledicencia ó calumnia.

Una sola cosa pueden temer las ovejas del redil de Jesús para no salvarse y perecer para siempre, y esta es precisamente su inconsistencia y ligereza; porque si ellas permanecen íntimamente unidas al pastor que las conduce y guía, nadie tendrá poder para arrancarlas de sus manos. Esto es en verdad lo que el mismo Jesucristo quiso significar cuando continuó diciendo á los escribas: El Padre

que me las dió es superior á todos y mayor que todas las cosas. Esto es lo que yo he recibido de él; un poder igual al suyo sobre mi rebaño, y bien sabeis que nadie puede arrebatár cosa alguna de la mano de mi Padre. Sobre lo que dice san Agustín [1]: Dióme mi Padre el que yo sea su Hijo unigénito, su Verbo ó Palabra, y el que yo sea su luz. Y ninguno puede arrebatárselas de la mano de mi Padre por fuerza ó violencia, porque su poder es infinito; luego ni tampoco podrá arrebatárselas de la mía, que las contiene, guía y conserva. *Mi Padre y yo somos una misma cosa*, así en la santidad y el poder, como en la divinidad y en la esencia. Nótese, empero que de esta palabra del Salvador, *mi Padre y yo somos una misma cosa*, se excluyeron dos errores contrarios á la fe de la Santísima Trinidad. Sabelio colocó en Dios la unidad de personas, así como la unidad de esencia; este error se destruye con el mismo dicho de Jesús: *Yo y mi Padre somos uno misma cosa*: si pues el Hijo fuese con el Padre una misma persona, diría *soy*, en singular, en lugar de *somos*, en plural. Arrio, por el contrario, estableció la diversidad de esencias, así como la diversidad de personas; y esto se excluye diciendo, *somos uno ó una misma cosa*, en la terminación neutra; porque si el Padre y el Hijo tuviesen diversas esencias, no diría la Verdad eterna *somos uno ó una misma cosa*; por lo que se expresa la distinción é igualdad de las personas y la unidad de la esencia. Atiende pues á uno y otro dicho cuando dice el Señor: *Uno ó una misma cosa*, te liberta del arrianismo; y cuando dice *somos*, te liberta de los errores de Sabelio.

Por las consecuencias que tuvo este discurso se podrá fácilmente conocer la disposición en que se hallaban los judíos cuando estrechaban á Jesús para que se explicase claramente sobre su cualidad de Mesías. La infidelidad y la incredulidad había sido siempre la divisa de los escribas y fariseos, así como lo es de todos aquellos que no pertenecen al rebaño de Jesucristo. Dios, rico en misericordia, derrama sobre los incrédulos y sobre los malos cristianos ciertas gracias y dones de que abusan ellos por su malicia. Dogma es de fe lo que dice san Pablo [2]: Que la piedad de Dios convida á

[1] Div. August. Tract. 48 in Joann.

[2] Div. Paul. Ep. 1.^a ad Rom. cap. 2, vs. 4 et 5.

la penitencia aun á los que por la dureza de su corazón están atorando ira para el día de la cuenta. No digas réprobo soy, Dios me mira con odio. Palabras son estas de infierno. La Iglesia, que es maestra de la verdad, y está regida y gobernada por el Espíritu de Dios, que es todo verdad y caridad, te dice que serás salvo si oyes á Cristo, si abres el corazón á la ley del temor y del amor, si eres dócil á la luz y á las inspiraciones del cielo, que es el señal de las ovejas de Cristo. Contra estas ovejas: ¿qué puede el lobo? dice san Agustín [1], ¿qué puede el ladrón? Ovejas que tiene contadas el buen Pastor, que son suyas y lo sabe él, destinadas por él, llamadas, santificadas para la gloria; estas, ni el lobo las lleva, ni las roba, ni mata el ladrón. Ningun poder tiene contra ellas el infierno. El Padre, que es mayor que todos, las dió al Hijo; el Hijo, que es igual al Padre, y es llamado por eso *fortaleza de Dios y brazo suyo*, las pasta ó apacienta, las conduce y las defiende; ¿quién ha de poder contra ellas? Este es el cimiento de la religión católica, apoyo de la esperanza cristiana, estímulo del amor que debemos á Dios, documento de la unidad á que somos llamados en esta vida, y dechado de la consumación de esta unidad que nos hará bienaventurados en la otra. Si los judíos hubieran sido dóciles á la voz de la verdad, con solas estas palabras del Salvador hubieran venido en conocimiento de su divinidad, y de que siendo Dios como el Padre, hace todas las cosas con él, no solo por conformidad de operaciones, sino por una sola operación; y de que el Padre y su Hijo Jesucristo tienen eternamente la misma virtud, la misma majestad, la misma potestad, la misma voluntad; y animados de esta fe, le hubieran rendido las mas humildes gracias, porque siendo eternamente una misma cosa con el Padre, se dignó también hacernos; nuestro hermano para nuestra eterna salud.

Indignáronse los escribas y fariseos contra Jesús, después de haber oído la contestación que les había dado, y cogieron piedras para tirárselas, como ya lo habían hecho en otras ocasiones. La primera vez que intentaron semejante desmán, escapó al señor de en-

[1] Div. August. Tract. 36 in Joann.

tre sus manos sin que ellos pudieran precaverse, y se retiró del concurso; pero en esta permaneció entre ellos. Miró con serenidad sus movimientos; y su actitud imponente, majestuosa y firme, los dejó desarmados; y prosiguiendo su discurso con aquella severidad y mesura que era propia de su carácter, todo divino é imponente, les dijo: Muchas buenas obras he obrado á vuestra presencia, y por vuestro bien he obrado también muchas maravillas. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear? Que fué decirles: Vosotros os armáis de piedras y estáis sedientos de mi sangre. Decidme, os ruego, ¿cuál es el motivo de tanto furor? Yo os he hecho ver bastantes obras admirables; yo las he ejecutado en favor vuestro, porque para ello tenía el beneplácito de mi Padre; igual de estas obras de caridad y misericordia excita vuestro aborrecimiento, para que por ellas me queráis apedrear? ¿Es por ventura porque curé al paralítico que treinta y ocho años hacia estaba enfermo? ¿O es la curación del ciego de nacimiento la que vuestra indignación provoca? Difícil era oponer una razón sólida á tan incontestable y eficaz apología; y sin embargo, se ve que un hombre tan singular, y que tantos bienes hacia, estaba expuesto á perder la vida en manos de aquellos mismos que habían sido testigos de los prodigios que alegaba.

Grande enseñanza entierra para los hombres la conducta criminal de los escribas y fariseos y la irrepreensible de Jesús. Querían apedrearle aquellos como blasfemo movidos más bien por la ponzoña de la envidia, que por el amor de la justicia; agitados interiormente sin orden ni mandato expreso en la ley, querían apedrearle porque eran duros de corazón y ciegos de entendimiento, y no podían comprender la profundidad de las palabras del Señor; por esto, semejantes á las piedras, á ellas corrian y á ellas se armaban contra el Dios de sabiduría y de la bondad. Sobre lo que conviene saber que hay algunos que siempre están dispuestos á devolver mal á los hombres, por el mal que de ellos recibieron, olvidándose que esto está altamente prohibido; porque Dios se reservó para sí el vengarse de los males que los hombres cometen contra sus prójimos. Otros hay que retornan con constancia bien á sus prójimos por el bien que de ellos recibieron; pero advertir deben que esta es una

deuda natural y no meritoria, con la que cumplen los publicanos, y en muchas ocasiones hasta las mismas fieras. Otros hay en fin que devuelven bien por el mal; y este es el indicio de la perfecta caridad y de ser verdadero hijo de Dios; esto es lo que hizo y practicó Jesucristo, y lo enseñó á sus apóstoles y discípulos para que lo practicasen también. Pero los que mas horrorizan y hacen estremecer son aquellos que devuelven mal por el bien que se les hizo; lo que es sobremanera inicuo y malvado, y esto es precisamente lo que practicaron los judíos contra Jesucristo; por cuya razón les redargüia diciéndoles le manifestasen por qué buena obra de las que había obrado con ellos querían apedrearle.

Esta respuesta tan humilde del Salvador calmó un poco la determinación violenta que contra él querían tomar, y así fué, que mas sosegados al parecer le respondieron: No queremos apedrearos por vuestras buenas obras, sino por vuestras blasfemias; pues siendo hombre como nosotros, os haceis Hijo de Dios, y el ser apedreado es la pena que la ley impone á los blasfemos. Ninguna razón teneis para quejarnos ni para tratarme como blasfemo porque he dicho que soy Hijo de Dios. Abrid vuestras Escrituras, y en ellas encontrareis escrito con palabras muy expresivas y formales: *Yo lo he dicho, vosotros sois dioses*. Si la Escritura pues llama con el nombre de dioses á unos hombres pecadores y magistrados injustos, cuyas iniquidades reprende; si los honra precisamente con este nombre grande por una ligera participación de la autoridad de Dios á quien deben representar los hombres sobre la tierra; si por esta sola razón se puede verificar y se verifica el lenguaje del profeta, ¿por qué os atreveis á decir que soy blasfemo cuando me llamo Hijo de Dios? ¿Faltándole hombre y tenían por imposible que fuese Dios juntamente.

Esta doctrina de la unión de Dios con el hombre, de la humildad del Verbo hecho carne, de la caridad con que la carne es sublimada á la gloria de Dios y á la adopción de los hijos, era por los judíos una horrible blasfemia. No conocían ellos en el hombre mas elevación que la de la soberbia, ni podían comprender humillación alguna en Dios, que no degradase su dignidad ó no disminuyese su gloria; burlábanse por tanto cuando el Señor les decía era el Me-

slas prometido por su Padre] y el esperado en sus días; que era el Cristo ó el ungido, esto es, Hijo de Dios, hombre Dios, é igual á Dios en todas las cosas; y sobre todo, que era el que su Padre habia santificado y enviado al mundo para establecer un culto perpetuo.

Para acreditar pues que era Dios é Hijo de Dios, opuso la suavidad de la persuacion divina que en él resplandecía á la infidelidad y á la calumnia; y presentó el lenguaje enérgico y terminante de la Escritura para justificar que no era blasfemo. ¿Y qué otra prueba mas decisiva podia alegar Jesucristo en su favor que la moderacion imperiosa con que hablando esta vez á sus mas capitales é implacables enemigos, les habia reducido á un vergonzoso silencio? Cualquiera otro maestro de la religion debiera en tal caso haber hablado con la fortaleza de la verdad para contener el estrago del error y de la calumnia. Mas Jesucristo sabia, como verdadero Dios, que el misterio de la Divinidad no debia publicarse al mundo hasta el tiempo destinado en los eternos consejos, y así se defendió en esta ocasion de la calumnia, no con muestras públicas y extraordinarias de su omnipotencia, sino con referir sencillamente la santidad de su vida y la verdad de su mision.

Si yo no hago las obras de mi Padre, añadió el Señor, no me queráis creer; pero si las hago y á mí no me queréis creer, creed á mis obras, y conoceréis y creéis que mi Padre está en mí y yo en mi Padre. Lo que fué tanto como decirles: Vosotros no me queréis creer por solo mi testimonio cuando os anuncio que soy Hijo de Dios; desde luego os dispenso de que me creais si yo no hago las obras de mi Padre y si no os hago evidentemente creíbles las verdades oscuras que os revelo. Si yo no confirmase la divinidad de mi mision con el testimonio de mis milagros, ¿cómo podría deciros, *mi Padre y yo somos una misma cosa*? Pero si os atestiguo y confirmo la verdad de mi doctrina con obras que no pueden atribuirse sino á Dios mi Padre, ¿cómo podeis vosotros dejar de reconocer sin pecado que el Padre está en mí y yo en él? Explicóse de esta manera Jesús en esta ocasion, porque toda su defensa de la blasfemia se reducía á confesar claramente lo que acababa de decir; pero los ju-

díos ni aun por esto se dieron por satisfechos. Admirable fué en esta ocasion su locura, ó mas bien la dureza de su corazón. Querían saber si en verdad era Cristo; y porque lo manifestaba con obras y palabras, querían apedrearle; y ni con obras ni con palabras se inclinaban á creer en él, sino que como obstinados, todo su afán se dirigía á prenderle y mas bien á matarle; pero Jesús, que queria que su convencimiento fuese natural y no forzado, es decir, que naciese del desengaño de su entendimiento, y por consiguiente queria tambien que la inclinacion de su voluntad fuese sumisa, respetuosa y obediente, no quiso darles otras explicaciones que las que les habia dado, en las que clara y terminantemente les habia dicho todo lo que era y cuanto ellos deseaban saber.

Estas respuestas del Salvador dejaron á sus discípulos en su verdadera creencia, y sus enemigos se obstinaron mas en no creer que era Hijo de Dios como afirmaba; por lo que desistiendo del pensamiento de apedrearlo, resolvieron apoderarse de su persona para juzgarle y condenarle á muerte. ¡Desventurados! ¡Cuánto mejor les hubiera sido acercarse á él para pedirle perdon, adorarle con rendimiento y estrecharle contra su corazón! Querían prenderle, pero no para retenerle, sino para alejarle de él por medio de la muerte. Búscale tú que por la fe le conoces, estréchale contra tu pecho y escóndele en tu seno para no soltarle jamás y poseerle eternamente, no sea cosa que te suceda lo que á aquellos ingratos judíos. Alejose el Salvador de ellos librándose de sus manos, pero tambien ganó un gran número de prosélitos, pues muchos de los mismos judíos se resolvieron á creer en él á despecho y pesar de la persecucion de los escribas, de las declamaciones de los fariseos, del desenfreno de los sacerdotes y de la violencia declarada de los principales miembros de la república. Jesús por su parte se mantuvo algun tiempo en el paraje mas á propósito para recoger los nuevos discípulos que acababa de ganar al Evangelio, y de confirmar en la fe á todos aquellos que le enviaba su Padre. Con este designio eligió para su retiro el canton de Betania; no aquel vecino á Jerusalem donde moraba Lázaro con su familia, sino es la otra Bethania ó Bethabara situada al oriente del Jordan, donde habia morado algun tiempo el

Bautista instruyendo, enseñando y bautizando todos los que acudían á él y se alistaban en su escuela, antes de que se viese precisado á retirarse á Galilea, acosado por las injustas persecuciones de los escribas y fariseos.

ORACION.

¡Oh Dios y Señor mío Jesucristo, cuya misericordia es infinita, cuya bondad es sin término, cuyo amor es eterno para con el hombre! haz que yo, indigno ministro tuyo, celebre en el interior de mi corazón continuas renovaciones espirituales, disponiéndolo de tal manera, que cuba sin cesar por las gradas del amor mas puro hasta llegar á ti. Sea mi vida, Dios mío, testimonio público de la gracia con que sin ningún mérito mío me llamaste á tu Iglesia, y que por lo mismo mis obras acrediten constantemente quién soy, sirviendo de buen ejemplo á todas las criaturas, para que aprendan en mí el modo de servirte y agradarte. Oiga yo, Señor, tu voz, y crea en mi corazón; obedezca tus órdenes y preceptos, y por la imitación de tus obras merezca seguirte y ser contado en el número de tus ovejas y conocido de ti. ¡Ah! Nunca permítas que mis malos pensamientos, palabras y obras sean piedras con que de mí te arroje; antes al contrario, conozca siempre que por tu gracia habitas en mi corazón, para que todos me tengan por hijo y ministro tuyo, y oyendo mi voz oigan en ella la tuya; porque siendo una misma cosa contigo por el amor, ni el mundo, ni la carne, ni el infierno, pueden romper el lazo con que quiero estar unido contigo eternamente. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el X del Evangelio de san Juan, desde el versículo 22 hasta el 39, ambos inclusivos.

La Iglesia lo usa como propio de la misa de la feria cuarta después del domingo de Pasión. Dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA CUARTA DESPUES DEL DOMINGO DE PASION.

San Juan, cap. X, vs. 22 al 39.

En aquel tiempo se celebraban las Encenias en Jerusalem, y era en invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el patio de Salomon. Rodeáronle pues los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claro: Respondióles Jesús: Os lo he dicho y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí; mas vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo las doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Todo lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle. Dijoles Jesús: Muchas buenas obras he hecho en vuestra presencia por virtud de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondieronles los judíos: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia; porque siendo como eres, hombre, te haces á tí mismo Dios. Respondióles Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley, yo dije, dioses sois? Pues si llamé dioses á aquellos á quienes habló Dios y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de mí, á quien ha santificado mi Padre y enviado al mando, decís vosotros: Blasfemia, porque dije: Hijo soy de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; mas si las hago, aunque no querais, creedme á mí, creed á mis obras, para que conozcaís y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre.

CAPITULO V.

DEPIENDE EL SALVADOR A SUS DISCIPULOS DE LAS CALUMNIAS DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, Y CONDENA LAS TRADICIONES HUMANAS Y LAS PRACTICAS SUPERSTICIOSAS QUE NO ESTAN EN ARMONIA CON LOS PRECEPTOS DE LA RELIGION.

Evadióse el Señor de mano de sus implacables enemigos los escribas y fariseos, y del pueblo que constantemente conmovían contra su persona, sin que pudiesen causar el menor daño á pesar del odio que contra él habían concebido, lo que ya habia verificado igualmente en otras varias y diversas ocasiones; por lo que cada vez mas llenos de coraje, estaban resueltos á prenderle y á deshacerse cuanto antes de él: así es que le seguían por todas partes, y fueron en tropel para encontrarle hasta Galilea, que era el lugar ordinario de su residencia, resueltos á hacerle un nuevo tiro sobre sus costumbres y doctrina. Es muy probable que los escribas y fariseos que en esta ocasión se atrevieron á presentar la batalla al Maestro divino, fuesen galileos, y que habiendo sufrido con los demás de Jerusalen las derrotas que en los capítulos anteriores hemos visto en el mismo templo del Señor donde habian concurrido para la celebra-

ción de sus solemnidades, se retiraban llenos de remordimientos y pena por no haber podido satisfacer la sed de venganza que les devoraba, aunque no se desalentaban ni desmayaban, firmemente persuadidos de que lograrían hacerlo sospechoso en materia de religion y de obediencia á la ley de Moisés, único camino que les quedaba para quitarle el apoyo de los pueblos, borrando la opinión que tenían de su santidad.

Como nada habia en sus costumbres de que pudiesen acusarle y reprenderle, echaron mano de una cosa tan ligera y de tan poca monta, que dieron bien á entender no era el celo de la disciplina ó de la observancia de la ley la que los animaba, sino el fuego de la mas maligna envidia que los consumía; pues aun mirado con los ojos de la grosera parcialidad, no podia ser un cargo directo contra su persona, sino contra la de sus discípulos; no siendo mas el quebrantamiento de un precepto de la ley el de los que acusaban, sino el de una ceremonia que habian introducido entre las observaciones legales, pretestando que así se conformaban mejor con la ley; pues habiendo desfigurado con falsas interpretaciones la ley, les era preciso sostenerla con andamiajes de supersticiones, para que de algun modo apareciera aquello que ellos llamaban su espíritu y verdad. Esta costumbre era limpiar muy prolijamente lo que servia para poner las viandas en la mesa y todo lo perteneciente á ella, aunque cuidaban poco de tener limpias sus almas de los asquerosos vicios con que las ennegrecían.

Segun esta práctica ó principio, no se atrevían á sentarse á la mesa sin haberse lavado muchas veces las manos y los brazos hasta el codo, después que volvían del mercado ó de las plazas públicas, en las cuales era dificultoso que no se hubiesen acercado á algun incircunciso, haciendo escrúpulo de tomar la comida si antes no pasaban por algun baño ó alguno de sus bautismos, sujetándose además á una infinidad de otras prácticas molestas, como era el purificar frecuentemente las copas, orzas, vasos de cobre, y hasta las camillas ó cámpes, sobre las que habian de comer ó en que estaban recostados durante la comida. No hay duda que todas estas costumbres era una extension supersticiosa de las ordenanzas de

Moisés mal entendidas, con cuya adición la observancia de las ceremonias legales, de suyo bastante onerosa, venía á ser un yugo casi intolerable; y los fariseos, que procuraban adquirir gran reputación y crédito de santidad, preferían la observancia de estas supersticiosas tradiciones á las leyes de Dios, aun las mas esenciales; por lo que, para dar algun color á la nueva persecucion que meditaban contra Jesús y contra sus discípulos, dijeron: Que estaban escandalizados de ver que algunos de estos se sentaban á la mesa sin haberse lavado las manos, y tuvieron el atrevimiento de echar en cara públicamente al Señor, que toleraba un abuso que debía mirar como un horrible pecado. ¿Por qué sufrís, le decían, que vuestros discípulos violen impunemente una tradición que nos legaron nuestros padres, y que no es otra cosa que la señal de la puerza de las costumbres? Es muy probable y verosímil que los galileos, en particular aquellos que ejercían alguna profesión mecánica, no fuesen tan escrupulosos como aquellos deseaban en estas prácticas de supererogación, y que no mirasen como delito el dispensarse de ellas. Mas como los apóstoles de Jesús formaban una escuela opuesta á la de los fariseos, pedían estos con rigor en aquellos todo lo que llamaban perfección de la ley; y si en esto se les notaba alguna falta, acusaban á su Maestro de enemigo de Moisés, de que tenía miras ambiciosas y de que intentaba levantarse contra el legislador de la nación.

No fué esta la única vez que la calumnia y la superstición envidiosa procuraron encubrirse con la capa del celo por la observancia de la ley de Dios; mas por mucho que hicieron, pronto se descubrió la venenosa flecha que querían disparar, porque son enteramente opuestos el procedimiento y el lenguaje de la envidia y la virtud. El hombre bueno y virtuoso atiende á la corrección ajena; el hipócrita envidioso solo mira á su propia honra; afrenta y confunde al prójimo, para que de él solo se diga que tiene espíritu de santidad y virtud; al otro llama pecador y á sí mismo se llama inocente. El soberbio envenena hasta las obras mas puras; reconviene con furor, sufre con amargura, reprende con odio; hácese juez sin autoridad, acusador sin verdad, testigo sin conocimiento. Todo lo que se ve

perfectamente cumplido en la reconvencción injusta que los escribas y fariseos dirigieron en esta ocasión á Jesús. Engreídos con su vana sabiduría y con la fingida virtud de que se cubren, arman lazos al Maestro divino y le arguyen con la culpa de los discípulos. ¡Horrible necedad es reconvenir al Hijo de Dios, porque no guarda las tradiciones de los hombres! Sobre lo que dice el venerable Beda [1]: Tomaban carnalmente las palabras espirituales de los profetas y lo que estos aconsejaban del lavatorio del corazón y la reforma de las obras diciendo: *Lavaos, sed limpios, y lavaos y limpiaos vosotros los que lleváis los vasos santos consagrados al Señor*; ellos lo entendieron solamente de la lavadura ó limpieza exterior del cuerpo. Así pues la supersticiosa tradición de los hombres mandaba abluciones y lavatorios exteriores con mas frecuencia solo por comer el pan; por lo que se hace mas necesario que aquellos que desean participar y comer del pan que baja del cielo, se laven y preparen con mas frecuencia con limosnas, con lágrimas, y con otras obras y frutos de justicia, para purificarse de las obras malas que acaso hicieron.

No reprueba Dios la costumbre de lavarse las manos antes de comer, que nada tiene en sí contra su ley y puede dirigirse á su gloria; lo que condena en la superstición con que en esta y en otras prácticas exteriores de limpieza y aseo, ó si se quiere de buena educación solamente, ponían aquellos falsos maestros de justicia. Ellos fueron el tipo de aquellos que celan mas la transgresión de las tradiciones humanas que la de los divinos preceptos; mas la de las decretales que la del Evangelio, y mas la de las costumbres que la de las utilidades. Por estos muy solícitos de la limpieza exterior y poco de la interior, se señalan los hipócritas llenos de simulación y perfidia que acriminan á los otros por la comisión de faltas muy leves, siendo así que ellos están cargados con la de culpas muy graves, y que observan la paja en el ojo ajeno y no ven la traca en el suyo. Pero los discípulos de Jesús, que en nada eran parecidos á estos, comían sin lavarse las manos, porque sabían bien que esto no pertenecía á la verdadera virtud, que es el bello adorno interior del

[1] Ven. Bed. in cap. 7 Marci.

alma. No se lavaban las manos los discípulos de Jesús antes de comer, dice el Crisóstomo [1], porque ya miraban con desprecio todas las cosas superfluas, atendiendo solo á las que eran verdaderamente necesarias; y no hallando este lavatorio escrito en la ley como un precepto, lavábase ó no se lavaban, segun las circunstancias así lo demandaban, porque ¡qué cuidado habian de poner en lavarse los que por seguir á Cristo desprecian muy ordinariamente la comida necesaria?

Argüyase quanto se quita y cacaréase esta pretendida falta por los escribas; ella nunca podrá ser graduada por la falsa pauta de su indiscreto celo, sino como una falta de buena educacion y política; mas ella será siempre mas bien un motivo de elogio para los apóstoles, que de acriminacion; pues preferian ser tratados como impolíticos por no incurrir en la nota de supersticiosos; por lo que toda la reprension y castigo habia de caer sobre estos injustos censores que condenaban lo que merecia alabanza y alababan excesivamente aquello que solo podia antorizar su avaricia. No pudo sufrir el Señor un tal desórden, y quiso darles á entender cuánto desagradaba á Dios su malicia; y olvidando en alguna modo su acostumbrada dulzura, les dió esta severa reprension: ¡Cómo os atreveis, hipócritas, á condenar á los inocentes, vosotros que cometeis tan grandes abusos, que destruis la verdadera piedad con tan abominables prácticas, y que en corazones envenenados ocultais vuestras pasiones debajo de una falsa apariencia de celo por el servicio de Dios? No excusó á los apóstoles, mas confundió á sus acusadores. Y en efecto, ¿qué es el lavatorio legal comparado con el de Cristo? Trajónos Cristo un baño, dice el Crisólogo [2], que nos lavase, no el cuerpo para la decencia de esta vida, sino el alma para la eterna salud. Hasta el corazón llega el agua de la gracia; allí entra á purificar al hombre de la suciedad del pecado. Esto no lo entendian los fariseos; por eso no se sujetaban á la santificación verdadera, porque ignorando la justicia que nace de Dios, trataban de establecer otra que ellos se habian forjado. ¡Oh! ¡qué tan temible es el falso celo de los que no estudian el espíritu de la religion ni se sujetan en todo

[1] Div. Crisostom. Hom. 52 in Math.

[2] Div. Petr. Crisol. Serm. 171.

á la doctrina y á la prudencia de la Iglesia! Corrupcion es no animar con el espíritu de Dios las prácticas exteriores de piedad, ó poner en ellas solas todo el aprovechamiento del espíritu sin cuidarse de la caridad, que es la primera y suprema ley, ó mas bien la suma de la ley y toda la ley.

El Legislador eterno presentó á los falsos doctores un argumento, al que no pudieron contestar; porque como dice san Bernardo [1] reuniendo un clavo con otro clavo: *¿Y cómo es que vosotros quebrantais el mandamiento de Dios por cumplir con vuestras tradiciones?* Esto es, si vosotros quebrantais los mandamientos de Dios por cumplir vuestras tradiciones, ¿por qué argüís á mis discípulos de que quebrantan los mandatos de los hombres por cumplir con los preceptos de Dios? Nada á Dios agrada, sea lo que fuere lo que le ofrecieseis, despreciando aquello que estáis obligado á cumplir.

Qué bien profetizó de vosotros el profeta Isaias, continuó el Señor, cuando escribia en tiempo de vuestros padres: *Este pueblo me honra con los labios, y su corazón está lejos de mí* [2]. El honor que me da es una vana ceremonia en donde tienen mas parte la prevencion y el capricho que la razon. En vosotros, escribas y fariseos, es en quien se verifica á la letra una triste predicción; pues abandonais la ley de Dios y guardais con tanto cuidado la pretendida tradicion de vuestros antiguos. Vosotros hacéis frecuentes lavatorios y abluciones de vuestras copas y vasijas, y veo que del todo os ocupais en semejantes menudas prácticas. Con todo eso si no prefiriérais estas obras de supererogacion á los preceptos de Dios, ya se os pudiera excusar; pero exagerando y encareciendo las unas, degradais y anonadais las otras, mas esenciales é importantes sin comparacion. Solo os citaré un ejemplo, y este basta para confundiros, puesto que os preciáis de ser los mas celosos observadores de la ley de Moisés.

Cualquiera que sea vuestro modo de pensar, no podeis dudar que la ley que Dios os dió por mano de Moisés está escrita en los corazones de los hombres con el dedo de Dios y el de la naturaleza, que prescribe la obligacion de los hijos para con los padres. Ved pues

[1] Div. Bern. De precepto ei dispens.

[2] Isaiæ cap. 29, v. 13.

aquí los términos en que está concebida: *Honrarás á tu padre y á tu madre*; honra que consiste en respetarlos, en obedecerlos y alimentarlos, si fuese necesario, y en asistirles en sus necesidades. Y añade la ley: *Aquel que maldijere á su padre ó á su madre, será entregado á la muerte*; esto es, el que los ultrajare de palabra, el que les diere señales de desprecio y el que los abandonare con insulto en su necesidad. Clarísimo es el precepto divino que manda honrar y alimentar á los padres. Mas vosotros le dais por el pié enseñando que agrada mas á Dios la ofrenda del hijo que el socorro de la necesidad de su padre. Injuria á la ley de Dios y hace befa de ella, el que por los fines torcidos de sus pasiones la pospone á los caprichos y sueños de la razón corrompida. Parricida es el que con capa de mayor perfeccion abandona á sus padres en la necesidad; sacrilego es el que les quita lo que por justicia y gratitud les debe, aunque sea para darlo á otro con piadoso y santo fin. ¿Dónde hay ui ha podido verse nunca la piedad, sin estar hermanada con la caridad? ¿Y dónde hay, ni se ha visto nunca, caridad sin el orden que en ella establecen el derecho natural y divino? Y qué caridad tendria aquel que estrechado por su padre ó por su madre para que le socorra en sus necesidades, ó que les alivien en su vejez, les respondiese: Los dones que presento á Dios en su templo harán que el Señor os sea favorable y propicio; estos son todo el socorro que puedo daros? ¿Creeis que con esta respuesta se habria ya satisfecho á la ley, y que el hijo quedaba exonerado de toda obligacion? ¿Si prohibís á los hijos que pasen mas allá, y quereis que los padres en su necesidad é indigencia se contenten con estas palabras duras: No quebranteis con esto el mandamiento de Dios? No habló Jesucristo sino en este precepto, quando pudiera muy bien haber recorrido todos los otros y haberlos avergonzado con las alteraciones que habia introducido en ellos.

En verdad que estaba muy lejos de Dios el corazón de aquellos hombres malvados, por cuya razón reprendian ellos y acriminaban con injusticia á los que con la mas escrupulosa fidelidad cumplian sus mandamientos. Deshonraban tambien á los patriarcas y profetas haciéndolos autores de novedades perniciosas introduciéndolas por ellos mismos, y con esta falsa devocion y religion que aparentaban

inspiraban en el pueblo sencillo y crédulo, no solo el desprecio de las verdades mas augustas y santas, sino tambien el de las verdaderas tradiciones que de sus padres habian recibido. Es cierto que fué admirable la eleccion que tuvo en este lance el Salvador para cerrar la boca á los maldicientes y falsos acusadores; porque este era un abuso en cuya reforma estaba sumamente interesado el pueblo por el abandono á que los padres se veian continuamente expuestos. Con todo eso, no juzgó que bastaba para acallar la malignencia todo lo que habia expuesto, y quiso tambien prevenir á la muchedumbre con una breve parábola, contra la virtud y la santidad, toda aparente y carnal con que los falsos doctores hacian la guerra al espíritu de la ley. Persuadian á sus discípulos servilmente sujetos á la letra de las tradiciones humanas, y poco acostumbrados á meditar el espíritu de la ley, que la mayor perfeccion consistia, ó en la eleccion de las viandas, ó en las preparaciones de los cuerpos para comerlas; que la carne de los animales entrando en el estómago, purificaba por sí misma ó manchaba la conciencia; sin darles á entender que la obediencia á la ley ó su transgresion, era lo que hacia bueno ó malo delante de Dios el uso de ciertos alimentos, y que fuera el caso de prohibicion, todo era indiferente en esta materia.

Para combatir pues esta justicia fariseica llamó Jesús cerca de sí á todas las turbas que estaban presentes y les dijo: Escuchadme y comprended bien lo que os voy á decir. Aunque el Señor no ha permitido jamás á los hombres comer indiferentemente de toda clase de viandas, pues hay algunas de las que ha querido se abstengan en ciertos tiempos, no es el alimento que entra por la boca el que hace al hombre impuro. El uso de los manjares, sean de la clase que fueren, de suyo es indiferente, y la desobediencia solamente lo hace pecaminoso. Pero lo que sale de la boca es á veces de tal naturaleza, que mancha el alma. Todo lo que viene de afuera y entra en el hombre, no puede hacerlo pecador; mas lo que sale de su interior muchas veces es malo, y se le puede justamente imputar á pecado. Ved aquí lo que tenia que decirlos: Dichosos aquellos á quienes hiciere Dios la gracia de entenderlo. Fácil era de conocer que hablaba Jesús de la mancha espiritual, la cual no se

contrae precisamente por la comida y la bebida, sino por la desatención y la gula, por la inobediencia á las leyes de Dios, y por la falta de caridad en el uso de los manjares. Mas cuidado, no hay duda, debe darnos lo que está escondido en nuestro corazón, que lo extraño que nos viene de afuera; por esto dejó el Señor á la consideración de los que le habían oído, la averiguación del sentido misterioso que encerraba la parábola que acababa de referirles. Retiráronse las turbas de la presencia de Jesús, gustosas de haber oído la justificación del Salvador, y resentidos vivamente los escribas por la humillación afrentosa que acababan de recibir. Exponíase con mucha frecuencia á semejantes humillaciones, porque como soberbios y sobradamente apasionados á sus doctrinas, tenían mucha vanidad; y como estaban pagados de la opinión de sus talentos, hacían tan mala elección de las materias para levantar calumnias contra el Salvador, que por poco que respondiese el Maestro divino á ellas, no podían salir de su presencia sino llenos de confusión; lo que seguramente no les sucediera, si ya que de sabios se jactaban, hubieran basado su sabiduría en el temor de Dios y en la inteligencia de las Escrituras santas, porque en ellas hubieran hallado escrito que David su padre pedía incessantemente al Señor [1] que pusiera una guardia á su boca y un caudado que cerrase enteramente sus labios, para que su corazón no se deslizara á pronunciar palabras maliciosas.

Tímidos todavía y flacos los discípulos de Jesús, quedaron como espantados al oírle hablar á los escribas y fariseos con tanta entereza y valentía; y acercándose á él le dijeron: ¿Sabes, Señor, que los fariseos se han escandalizado y ofendido sobremanera por el discurso que acabas de pronunciar? No os inquietéis por eso, replicó el Salvador á sus discípulos con la misma energía y firmeza que antes había hablado á aquellos; no os dé cuidado la mala voluntad de esa gente. Toda planta que no se pone por mi Padre celestial, será arrancada de raíz, porque ninguna de ellas aprovecha en mi Iglesia, que es el terreno que yo he venido á cultivar; pues todas las que á otro terreno pertenecen, mueren sin remedio. Tales son

[1] Ps. 140, vs. 3 et 4.

esos escribas y fariseos, ocupados en sembrar en medio de este pueblo máximas contrarias á la piedad verdadera. O mas claro, como dice San Gregorio [1]: Toda plantación de las tradiciones humanas, esto es, de las doctrinas inventadas por los hombres, que no son conformes con la ley de Dios, y por consiguiente no son plantaciones de mi Padre celestial, sino que lo son mas bien de la tibia de la carne, serán arrancadas juntamente con los que las plantaron, del campo de mi Iglesia, cuyo fundamento es el mismo Jesucristo, por la reprobación: serán arrancadas en medio de los fieles, por la separación, y de la tierra de los vivientes por la privación, porque no tienen un fundamento sólido y una firme raíz. Tiempo vendrá en que serán exterminados; dejados que se descarrien, pues no quieren entrar por el camino derecho. Dejados que vayan al principio de su condenación eterna, y evitad su doctrina, porque no es otra cosa que un monton de espinas que no dejan fructificar en la tierra del corazón del hombre los granos de la doctrina evangélica: el Labrador celestial que vino á plantar esta, no permitirá que la mala semilla ahogue la buena. Dejados, repitió el Señor, porque son ciegos que conducen á otros ciegos; y ya sabéis que cuando un ciego á otro conduce, ambos á dos caen en el precipicio. Ciegos son, porque carecen de la verdadera inteligencia de la ley, y guían á otros ciegos, porque los ciegan con sus errores y los conducen al despeñadero.

En otro paraje dice el mismo San Gregorio [2]: Cuando el pastor camina por los despeñaderos de los vicios, es muy consecuente que el rebaño caiga en el precipicio. Y san Bernardo añade [3]: Cosa ridícula es, y diré mas bien, muy peligrosa, un conductor ciego, un doctor ignorante, un precursor cojo, un prelado negligente, un pragonero mudo. Pero ¡ay! que son muchos los cojos que quieren caminar delante y muchos los fatuos y necios que quieren presidir. Muchos hay que son voluntariamente ciegos porque aborrecen la luz, y cierran los ojos para no ver lo que la luz les muestra. A otros que tienen luz de ciencia los ofusca y los ciega el humo de la va-

[1] Div. Gregor. Hom. 14 in Ezechiel.

[2] Div. Gregor. 2.^a parte. Pastoral.

[3] Div. Bernard. cap. Abusiones.

nidad. Hay tambien quien guarda la luz para los demás y se queda él á oscuras; hasta la ceguedad de estos últimos debemos huir; cuánto mas de las de los primeros. ¿Qué amor podrá tener á su alma en manos de un ciego? Gran desdicha es caer en manos de un director fulto de la luz necesaria para guiar las almas por el camino angosto.

Parece que después de esta explicacion de Jesucristo volvió á tomar el camino de su morada ordinaria en Nazareth, á donde le siguieron los apóstoles enviando al pueblo á sus propias casas. Tan luego como san Pedro se miró solo con Jesús y sus demás compañeros, se tomó la libertad de pedirle en nombre de todos una explicacion mas clara de la parábola antecedente, que les pareció mas misteriosa de lo que era en efecto. Jesús les dijo entonces: Así estais todavía vosotros en estado de necedad é imprudencia, que después de tanto tiempo en que deberíais estar hechos á mi modo de instruir, os hallais con tan poca inteligencia y discurso? ¿No comprendéis que todo lo que de afuera entra en el hombre; no puede mancharlo ni corromperlo? ¿Ignorais aun que nada de lo que se introduce por la boca entra en el corazón sino que va á parar al vientre, y sale con todas las heces de la comida y es arrojado en los lugares secretos? Mas no es lo mismo lo que sale de la boca del hombre, porque el corazón procede y sale, y esto es lo que le contamina y le hace inundo y pecador. Del corazón y de lo interior del hombre es de donde salen los malos pensamientos; allí es á donde se forman los adulterios, los homicidios, las demás deshonestidades, los hurtos, avaricias, falsos testimonios, y el fraude, la lascivia, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la necedad, la imprudencia y la petulancia. Todos estos males y otros muchos vienen de adentro. No los da á la luz la boca hasta que los ha concebido el corazón. Ved aquí lo que mancha al hombre en los ojos de Dios. Pero el alimento que se come sin haberse lavado las manos, no lo mancha ni lo hace reo de pecado á la presencia del Señor.

Aprendan pues los que descuidan en la guarda de su corazón, esta importante doctrina que el soberano Maestro supo convertir tan oportunamente en provecho de sus apóstoles, haciendo que este y todos los demás sucesos que se señalaban en su predicacion, sirvie-

sen para perfeccionarlos en el apostolado, instruyéndoles contra las invectivas de sus enemigos. Aprendan los que tienen siempre abiertas las ventanas de los espíritus por las que entra en el alma la esclavitud, la corrupcion y la muerte, pues despreciando todos los halagos del mundo y la concupiscencia de la carne, sabrán confundir á los santos doctores aunque levanten contra ellos una guerra mas cruel y funesta que la persecucion de los tiranos. Después de todo esto tambien les mostró Jesús con sus discursos y ejemplos que no convenia á los hombres apostólicos dejarse engañar, aun con el pretexto de las necesidades espirituales de sus prójimos segun la carne; y que si pueden por algun tiempo asistirlos y tratarlos con mucha precaucion, deben entregarse con menos reserva á los extraños, siempre mejor dispuestos á aprovecharse de los trabajos de un ministro evangélico, que los domésticos y parientes. Sobre todo, lo que dice san Agustín [1]: Preciso es que los hombres entiendan que no son excitadas por el demonio todas nuestras malas intenciones, sino que lo son muchas veces por el movimiento de nuestro libre albedrío; los buenos pensamientos empero son siempre de Dios. ¿De qué manera hayan de arrojarse de nuestra voluntad, entendiéndolo y aprendiéndolo del consejo que os doy; no litigéis jamás con los malos pensamientos ni con las inclinaciones perversas de la voluntad; cuando estas os molestaren é hicieren la guerra, entreteneos y ocupad vuestro pensamiento y voluntad con alguna consideracion útil y provechosa; con esta, luchad fuertemente hasta que logreis desvanecer la primera, porque nunca de destruye mejor un mal pensamiento y una mala inclinacion, sino con otra que no concuerda con la primera.

A este propósito parece que dijo oportunamente el Apóstol escribiendo á los de Galacia [2]: Proceded segun el Espíritu de Dios y no satisfais los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne, como que son cosas entre sí opuestas, por cuyo motivo no haceis vosotros todo lo que queréis. Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estais sujetos á la ley. Bien manifestas

[1] Div. August. De Ecclesiasticis dogmatibus, cap. 82.

[2] Ad Galat. cap. 5, v. 16 et seqs.

son las obras de la carne, las cuales son: Adulterio, fornicacion, dishonestidades, injuria, enemistades, pleitos, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios y otras semejantes. Al contrario, los frutos del Espíritu son: Caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Fácilmente pues con el ejercicio de estas virtudes se extingue el principio y raíz de aquellos vicios, que ciegan los ojos de la razón y del conocimiento perfecto porque salen del fondo de un corazón corrompido. La unión con Dios es otro de los remedios mas á propósito para lograr que el hombre vea la luz, rodeado como siempre está de las tinieblas espantosas que el infierno levanta á su alrededor, porque en toda tentacion es el remedio mas saludable esta unión; y así es que decía san Agustín [1]: Cuando me uno á ti, oh Señor! me descargo á mí mismo de un insoportable peso, y ya no hay para mí ni mas trabajo ni mas dolor. ¿Y quién no sabe que esta unión es nuestra obligacion primera? ¿Quién puede creerse tan fuerte que pueda sobrellevar tan pesada carga? ¿Quién puede confiar tanto en sus propias fuerzas que crea no necesitar de los auxilios de la gracia de Dios, cuando en el fondo de su corazón lleva sus mas fuertes y formidables enemigos? ¿Quién oye esto y no tiembla, y no vuelve en sí, y no trata de comenzar seriamente la reforma de sus costumbres, por la mudanza entera del corazón, de donde proceden las manchas que hacen abominable al hombre en la divina presencia? Guarda pues, hombre, tu corazón, ciérrale con el candado del temor de Dios, para que allí se sequen hasta las raíces de los vicios, y solo nazca en él su santo y verdadero amor.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, concédeme la gracia de que observe los mandamientos de Dios con tanta exactitud y pureza que jamás los traspase, y que á ellos solos prefiera entre todas las cosas de la tierra, y que cualquiera que sea la tentacion ó ocasion que se me presente, nunca los quebrante: hazme entender bien que en mi co-

[1] Div. August. in Soliloquiis.

razon está siempre viva la raíz de mi daño, y que sola la vigilancia de la oracion puede impedir en mí los frutos de corrupcion y miseria. ¿Qué será de mí si no ejercito lo fe con la invocacion de tu auxilio, con el gemido de la humildad, con el fervor de la vida? Lava pues, Señor, las manchas de mi corazón, riega su ceguedad, acalora su frialdad, ablanda su dureza. Enfermo quedaré si no me curas, dormido si no me despiertas, caído si no me levantas, muerto si no me resucitas. Concédeme tambien que resista las tentaciones de la gula en todo aquello que entre por la boca de mi cuerpo, á fin de que conserve en todo la pureza de mi corazón; y como no basta para lograr tantos bienes la sola custodia humana si no asiste la divina, por esto te ruego humildemente que pongas tú mismo la custodia necesaria en mi boca para que nada entre en ella ni de ella salga que manche mi alma y la haga desmerecedora de los auxilios de la divina gracia. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XV de san Mateo, desde el versículo 1.^o hasta el 20 ambos inclusive. Y al VII de san Marcos, desde el versículo 1.^o hasta el 30.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para Evangelio de la misa de la tercera semana de Cuaremas; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA PERIA IV DE LA TERCERA SEMANA DE CUAREMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 1 al 20.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús unos escribas y fariseos que habian venido de Jerusalem, y le dijeron: ¿Por qué motivo tus discípulos quebrantan la tradicion de los ancianos, no lavándose las manos cuando comen pan? Y él les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion? Porque Dios dijo: Honra al padre y á la madre; y tambien el que maldijere al padre ó á la madre, sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre, la ofrenda que yo por mi parte ofreciere, redundará en bien tuyo, ya

no tiene obligacion de honrar á su padre ó á su madre; con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. ¡Hipócritas! bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.

En vano me dan culto enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y habiendo llamado á sí al pueblo, les dijo: Oid y entended. No mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca; eso mancha al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los fariseos oyendo esta proposicion se han escandalizado? Mas respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Daduchos; ciegos son, guía de ciegos; y si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Pero respondíete Pedro y le dijo: Explicanos esta parábola. A lo que Jesús respondió: ¿También os atais vosotros todavía sin conocimiento? ¿No entendeis que todo lo que entra por la boca, pasa de allí al vientre y se echa en el lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazón procede, y esto es lo que mancha al hombre; porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre.

CAPITULO VI.

CURA EL SEÑOR A LA CANANEA, A UN SORDO Y MUDO, Y CON SIETE PANES Y UNOS POCOS DE PECES ALIMENTA CUATRO MIL HOMBRES.

Todas las correrías que hizo Jesús después que en la ocasión que hemos dicho en el capítulo anterior abandonó á Jerusalem, y las disposiciones que tomó después de marchar á Nazareth, todas indican con la mayor claridad que estaba muy cercano el término de la carrera que corría y el instante terrible de su sacrificio. Dos años y medio habían trascurrido ya desde que dedicado á la predicacion del Evangelio, trabajaba incesantemente en el establecimiento del reino de Dios y se había dejado ver casi en todos los parajes de la Palestina, á la cual se extendía su mision. De casi todos los pueblos grandes y pequeños lo habían ido á visitar en tropas durante su presencia en Cafarnaum, tanto la gente vulgar y sencilla como los régulos y príncipes; los centuriones y fariseos, los doctores y publicanos, pues su beneficencia se extendía á todos, y á nadie negaba sus lecciones y consuelos. Con todo, quedaban algunas tierras donde no había parecido, y algunas otras donde solamente la habían visto de paso; y él no quería que ninguno de los hijos de

no tiene obligacion de honrar á su padre ó á su madre; con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. ¡Hipócritas! bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.

En vano me dan culto enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y habiendo llamado á sí al pueblo, les dijo: Oid y entended. No mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca; eso mancha al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los fariseos oyendo esta proposicion se han escandalizado? Mas respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dad: ¡Judios, ciegos son, guía de ciegos; y si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Pero respondíete Pedro y le dijo: Explicanos esta parábola. A lo que Jesús respondió: ¿También os atais vosotros todavía sin conocimiento? ¿No entendeis que todo lo que entra por la boca, pasa de allí al vientre y se echa en el lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazón procede, y esto es lo que mancha al hombre; porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre.

CAPITULO VI.

CURA EL SEÑOR A LA CANANEA, A UN SORDO Y MUDO, Y CON SIETE PANES Y UNOS POCOS DE PECES ALIMENTA CUATRO MIL HOMBRES.

Todas las correrías que hizo Jesús después que en la ocasión que hemos dicho en el capítulo anterior abandonó á Jerusalem, y las disposiciones que tomó después de marchar á Nazareth, todas indican con la mayor claridad que estaba muy cercano el término de la carrera que corría y el instante terrible de su sacrificio. Dos años y medio habían trascurrido ya desde que dedicado á la predicacion del Evangelio, trabajaba incesantemente en el establecimiento del reino de Dios y se había dejado ver casi en todos los parajes de la Palestina, á la cual se extendía su mision. De casi todos los pueblos grandes y pequeños lo habían ido á visitar en tropas durante su presencia en Cafarnaum, tanto la gente vulgar y sencilla como los régulos y príncipes; los centuriones y fariseos, los doctores y publicanos, pues su beneficencia se extendía á todos, y á nadie negaba sus lecciones y consuelos. Con todo, quedaban algunas tierras donde no había parecido, y algunas otras donde solamente la habían visto de paso; y él no quería que ninguno de los hijos de

Israel y de Judá pudieran decir que lo había olvidado: aun que pues en los confines de la tierra de Canaan se hallaban enclavadas las ciudades de Tiro y Sidonia, dentro los límites de la provincia de Sirin, en la Fenicia, no quiso dejar Jesús de visitarlas, puesto que pertenecían á la tribu de Assér. Es verdad que tanto esta como las de Neptalí, Zabulon y Manasés, que estaban vecinas, no habían destruido, según el orden de Dios, á todos los idólatras poseedores de la tierra que debían ocupar; mas sin embargo, eran asimismo un objeto de las atenciones del Salvador, por mas que después de la vuelta del cautiverio de la Asiria, los judíos residentes en ellas estuviesen confundidos con los cananeos, que á la sazón tenían el nombre de fenicios ó de sirofenicios. A estos pues que eran una porción del campo que él mismo había de cultivar por su propia mano, fué á ofrecerles la luz, porque estaban rodeados de paganos, sumergidos en las tinieblas de la idolatría.

Es indudable que la escabrosidad de los valles que rodean el Líbano y la inmediación de los mares, eran una de las causas por la que los hijos de Israel no habían podido expeler ni exterminar enteramente los gentiles de la tierra de promisión; por lo que introducido entre ellos el culto de los dioses falsos, y mas apartados de los preservativos que suministraba á sus hermanos la ciudad santa, habían de ser un objeto mas particular de las atenciones del Hijo de Dios. No sabemos por cuánto tiempo trabajó y se mantuvo el Señor en estos países, pues parece que de ello no nos hablan los historiadores sagrados, sino para darnos á conocer que ninguna porción del pueblo de Dios fué despreciada por el Mesías, y acaso tambien para oponer á la infidelidad de los hijos de Abraham la fe de una mujer extranjera.

Saliendo pues Jesús de Nazareth, se encaminó á los confines de Tiro y Sidon, y habiendo entrado en una casa para descansar de los trabajos del camino, sin que nadie lo supiese, se acercó á él una mujer cananea, gentil y sirofenicia de nacion, la cual tenía una hija poseída del espíritu inmundo, y encontrando á Jesús clamaba diciéndole: *Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio.* Mas Jesús no le respondió palabra. Importantes son las expresiones con que concibieron

los Evangelistas la introduccion para referir este nuevo milagro con que se extendió por todo aquel país la llegada del Bienhechor universal. Ocultas están en los consejos de Dios las causas porque el Salvador sale de una tierra para ir á otra. Mas aun en esto aprende la fe, que es el Señor de sus dones y que los da y reparte á quienes quiere, porque nada nos debe. Como sale Jesús de una tierra para ir á otra, tambien sale la mujer de los confines de las tierras gentiles y pecadoras para ir en busca de la Majestad divina; lo que enseña y significa que la alma pecadora ha de salir de los confines de los pecados por el camino de la penitencia para encontrar al Salvador, porque no basta al hombre apartarse de los pecados, si no sale de los confines de ellos, que son las ocasiones y causas de pecar.

Segun el contesto evangélico, parece que Jesucristo no se manifestaba aun á los gentiles y que evitaba su comercio; pero que por un especial favor quiso darse á conocer á una sola cananea, para hacer una grande demostracion de su misericordia. Fuese pues que ilustrada ella con una luz superior, entrase á buscarle en el lugar donde moraba, ó fuese que inspirada supiese el tránsito por donde había de pasar, es cierto que luego que lo vió iba clamando detrás de él, y que los apóstoles que rodeaban á su Maestro y creían saber sus intenciones, no la permitían que se acercase. Había oído la fama de los milagros que obraba Jesús, y creía con firmeza que podría sanar su hija; de ahí venia el continuo clamoreo con que á él se dirigia, saludándole como á hijo de David para que tuviese compasion de ella y de su hija. ¿Y podía dejar de atenderla ei que con infinita bondad iba á salir al encuentro á los que no le buscaban? ¿El que sin ser rogado se metia por la region de los gentiles para traerlos á todos de las tinieblas á la luz y llenarlos de todos sus dones? Para buscar á Jesús salió la mujer extranjera de los confines de su país; para hallarle debe desposeerse el corazon humano de los afectos terrenos y entregarse á la mortificacion y penitencia. La sabiduría de los que alcanzan la salud no se halla entre los regalos y delicias de la tierra. Abraham tuvo que salir de su país natal para merecer la bendición de Dios. Lot salió de Sodoma por no perecer entre los incendios, y los mismos hijos de Israel nunca hubieran entrado en la tierra de promision si no hubie-

ran salido de Egipto. No es extraño pues que esta mujer saliera de los lindes de Sidon para encontrar á Cristo. Hallóle y clamó á él. En el hallazgo está una parte del premio de su fe; y en la curacion que después obtuvo para su hija está el cumplimiento de aquel premio; porque su súplica iba acompañada de la humildad, y rubricada estaba por la esperanza.

Opusieronle un obstáculo los discípulos del Salvador para que no se acercase á él, mas este no fué sino como el preludio de otros muchos que después habia de encontrar para conseguir lo que tan confiadamente suplicaba; de modo que puede asegurarse que hasta entonces no habia hecho el Señor desear tanto tiempo á nadie sus misericordias y sus gracias. No pudiendo acercarse á Jesús la fervorosa mujer, levantaba mas la voz y clamaba con mas fuerza para ser oída: *Señor, Hijo de David, tened piedad de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio; yo imploro vuestro socorro.* ¡Dichosa madre que está pasada de dolor viendo á su hija poseída del demonio! Mas no le respondió el Señor ni siquiera una palabra, porque queria evitar por entonces la calumnia del pueblo, si le veian predicar á los gentiles. Juntamente quise que con su disimulo resplandeciese mas la fe de la suplicante. En la dureza aparente con que muchas veces suele tratarnos Dios, está escondida la verdadera clemencia; con la que tambien nos prepara sus dones. Dichoso aquel que en estas pruebas no desmaya ni enflaquece, sino que aviva mas su fe con nuevos gemidos, mostrándose agradecido á los saludables rigores de la misericordia. Al paso que Jesús no daba muestras de rendirse á las súplicas de la cananea, ni aun volvía sus ojos hacia ella, redoblaba esta sus clamorosas instancias tanto, que fatigados los apóstoles y movidos de su constante perseverancia en clamar y llorar, se hicieron sus intercesores, acercáronse á Jesús y le dijeron: Rogámoste, Señor, que la despaches favorablemente; concédela lo que pide, siquiera porque no nos incomode, pues viene gritando tras de nosotros. Que fué lo mismo que decirle: Bien sabemos que habeis venido á instruir desde luego á los hijos de Jacob; mas esto no impide el que oigais de paso los ruegos de una extranjera que os manifiesta tanta confianza. Ceded

por lo nuevo á su importunidad; á lo que respondió el Señor: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Aspera y dura sobremanera parecia la contestacion de Jesús, y nada prometia favorable á la mujer de Canaan. Nada al parecer detuvo al Señor, sino que acelerando su paso se entró en la casa donde queria mantenerse oculto hasta la mañana siguiente. Pero la mujer, constante en su fe y animada por la esperanza, siguió á Jesús, entró, arrojóse á sus piés y le adoró diciendo: *Socórreme, Señor;* y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio. Claramente se vió en esta ocasion cuánto quiere Dios que se le pida con fervorosa instancia, ardiente fe, humildad profunda y confiada esperanza, aun aquello mismo que él desea dar; y se conoce tambien cuánto se alegra que desconfiando de nosotros mismos le pongamos por intercesores sus santos y escogidos para que rueguen por nosotros. No se incomodaban los apóstoles por el grito de la fe, vino que deseaban con ansia verla premida, y por esto interpusieron su oracion. A los clamores y súplicas de la cananea sola, calló el Señor; cuando se unió el ruego de los apóstoles, le desechó su bondad. Cerradas pues parece que estaban las puertas de la benignidad para esta mujer gentil. Mas como la fe hace hijos de Abraham á los que no descienden de él segun la carne, la cananea, hecha fiel por el don de Cristo, no estaba excluida de la salud que trajo al mundo. Así fué que en protextacion de esta misma fe, tan luego como le fué posible, se acercó al Señor, se postró y le adoró. A la oracion desatendida añadió la adoracion. La fe la acercó á Dios, la humildad la postró en su presencia, la confianza la dió aliento para perseverar. Al fervor del espíritu nadie le puede robar la confianza, por consiguiente, no hay cosa que estorbe en él la oracion; pero Jesús, que todavia deseaba acrisolar mas y mas la fe de la buena madre, la respondió: *No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.* Como hijos trata el Señor á los judíos, á pesar de su deslealtad. ¿A quién no conmueve esta mansedumbre de Cristo? ¿Quién tendrá ánimo para volver mal por mal? Seguramente que tanto como se descubre la aparente resistencia de Jesús en consolar á la mujer, tanto mas brilla y enaltece la fe de esta desventurada.

Misteriosa mas que dura aparece esta respuesta de Jesús. Ella es como la piedra de toque con que se descubren y conocen los quilates del mas precioso de los metales, porque con ella se descubren tambien todos los quilates de la fe de esta mujer portentosa y singular. No se queja de la afrenta con que la trató Jesucristo, antes bien se prevale de ella misma para dar mas brillo y fuerza á su ruego. Este es el ingenio de la humildad, esta es la elocuencia de la fe; abajarse y humillarse mas cuando el Salvador mas la reprocha y mortifica. No me quejo, Jesús mío, porque me tratais de perra; antes al contrario, yo os confieso que soy una asquerosa que los perros; pero bien, vos sabeis que tambien los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. El pecador que de veras busca á Dios y desea salvarse, no extraña que le traten con la severidad santa que es parte de la penitencia; todo le parece dulce y llevadero en acordándose que merecia el infierno; su afán es aprovecharse de esta severidad para alejarse mas de la culpa. Sujétase con gozo á las leyes y al espíritu de la Iglesia; agradece la humillacion que le hace digno de perdon; tiénese por muy dichoso de sujetarse á las reglas del Evangelio, para merecer por este medio que le mire Dios con misericordia. No busca la seguridad del perdon en la pronta absolucion, sino en la perseverancia de la oracion, que es lo que fortalece al alma en el bien y la arraiga en su santo propósito; y esto es lo que manifestó esta tan fiel como importuna mujer en la heroica perseverancia con que insistió en suplicar al Salvador; por lo que dijo san Gerónimo [1]: En la mujer de Canaan se descubren maravillosamente la fe, la paciencia y la humildad de la Iglesia. La fe, porque creyó que su hija podia sanarse; la paciencia, porque tantas veces despreciada, todavia persevera rogando; la humildad, porque se compara, no con los perros, sino con los cachorros.

Contempla igualmente el Crisóstomo la humildad de esta mujer, y no puede menos de exclamar [2]: ¡Oh paciencia y humildad verdaderamente admirables! Dios llama hijos á los judíos y ella los

[1] Hierosim. in cap. 15 Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 15 in Math.

llama señores; ni se resiente porque el Señor alabe á sus enemigos, ni se enfada por el sonrojo y desprecio que sufre, sino antes bien mucho mas se humilla. Jesús llama perros á los gentiles, y esta se compra á los cachorros; aquel resiste al parecer que se le dé pan, y ella solo pide que se la permita comer de las migajas que caen de la mesa; que fué lo mismo que si hubiera dicho al Señor: Yo sé bien que no merezco el pan de los hijos, y que con ellos no merezco tomar la comida ni sentarme á la mesa con el Padre; pero yo me contento con los mendrugillos que se arrojan á los cachorros. O mas bien fué decirle: Vos derramais con profusion los favores sobre los descendientes de Abraham; yo no espero sino la mas pequeña de las gracias de que sois pródigo con ellos. Tres peticiones se descubren claramente en la cananea: en la primera pide la libertad, pues dice: *Ten compasion de mí, Señor, Hijo de David*. En la segunda pide la ayuda de Dios, porque conoce su debilidad; por lo que añade: *Señor, ayúdame*; y en la tercera pide verse saciada de alguna manera, y así concluye: *Porque los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores*. En la primera se confiesa esclava, en la segunda enferma, en la tercera mendiga. Este es pues el orden: el hombre se hace primero esclavo por el pecado, después impotente para salir por sí mismo de tan infeliz estado, y por último se hace mendigo, porque tampoco puede relevarse de los males con que se ve afligido. En estas tres peticiones se significan y representan los efectos de la gracia: en la primera, la gracia de la remision, que pertenece á la gracia justificante. En la segunda, la del bien obrar, que pertenece á la gracia operante. En la tercera, la de consolacion, que corresponde á la gracia consummante.

Antes de presentar la honrosa confesion de Jesucristo en favor de esta mujer desventurada, preciso es indicar, aunque sea como en compendio, los motivos que tuvo su Majestad divina para proceder tan asperamente con ella. Los judíos del tiempo de Jesucristo, extremadamente orgullosos y no menos preocupados, creian que el Dios omnipotente era solo Dios suyo y no el Dios de los cananeos, ni de los egipcios y otros pueblos extraños; que la promesa del Mesias, la salud, el reino y la felicidad, era una gracia y un beneficio

otorgado exclusivamente á su nacion. De aquí es que miraban á los gentiles y extranjeros como á animales inmundos, réprobos é indignos de los cuidados de Dios, de su providencia y de su amor. Tal es la idea que los judíos tenían de los gentiles, y esta preocupación fué el origen de su obstinada resistencia al Evangelio. En el largo diálogo que tuvo el Salvador con la cananea, indica esta opinion tan absurda, y bien lejos de confirmarla la refuta indirectamente con los lecheros; y si rehusa al pronto conceder á la cananea la gracia que le pide, es para probar su fe y llamar la atencion de los circunstantes, dando á entender que tenia muchos electos, así entre los judíos como entre los gentiles, y que estos tuvieron alguna vez mas fé y docilidad que los primeros. Y si bien dice que ha venido á pastorear las ovejas perdidas de la casa de Israel, tambien asegura que vino á salvar todos los hombres y predicar el Evangelio, primero á los judíos y después á los gentiles; y que de todos los hombres no habrá mas que un rebaño y un pastor. Dios quiere salvar á todos los hombres y que vengan al conocimiento de la verdad.

Al oír Jesús la humilde y paciente respuesta de la mujer de Canaan la replicó diciendo: Oh, mujer, grande es tu fe; que se haga contigo como lo deseas: porque has pedido con humildad y perseverado con constancia, has sido oída. Vuelve á tu casa y encontrarás á tu hija libre del demonio. En el punto en que te hablo la ha abandonado el mal espíritu. De la caridad de aquella mujer nació la grandeza de su fe. Dejése doblar Cristo de la vehemencia del amor. ¿Y cómo podia dejar de atender los ruegos del amor el que por amor bajó del cielo y murió en una cruz? Permitted Jesús tan reiteradas súplicas para que resplandeciese mas la fe admirable de la mujer y para que se viese tambien brillar á la par la liberalidad con que él recompensa los actos del amor. Quedó sana la hija de Canaan, porque en nada dudó la madre que por ella pedía. Marchó corriendo á su casa y encontró efectivamente libre á su hija, pero para siempre, de las impresiones de su perseguidor. ¡Oh, mujer! exclama el Crisóstomo [1]: Grande es tu fe; no viste un muerto resucitado, ni

[1] Div. Crisostom. Hom. 17 ex variis in Math. Locis.

un leproso repentinamente limpio, ni oíste á los profetas, ni meditaste en la ley santa del Señor, ni viste tampoco cómo el mar se partía y dividía; nada de esto pudiste ver ni contemplar, y siendo sin embargo despreciada y sonrojada por mí, no te retiraste, sino que perseveraste pidiendo; y porque ha sido tan grande tu fe, por esto ha sido tambien copiosa la gracia que sobre tí se ha derramado; levántate consolada porque está ya sana tu hija.

Roguemos pues con mucha instancia y fervor á Dios nuestro Señor para que libre nuestras almas y las sane de los pecados, por los que son malamente atormentadas del demonio. Clamemos al Señor con humildad y perseverancia, diciéndole con la mujer de Canaan: Ten compasion de mí, Señor, Hijo de David; y Señor, ayúdame. Mi alma está muy atormentada del demonio, porque no cesa de pecar y persevera en el crimen; si empero se convirtiese bien y no deseara de la misericordia del Señor, se le dirá por el piadosísimo Jesús: Hágase como deseas; y quedará sana en aquella hora; porque en cualquiera hora que el pecador se convirtiese y llorase sus culpas y pecados, *vivirá y no morirá*. No desespere pues ni dejes de pedir, porque si pidieres con corazon puro y fiel, perseverando en la oracion y á la presencia del Señor te humillares, reputándote por indigno de su beneficio, cree firmemente que obtendrás cualquiera cosa que pidieres. Y así como los apóstoles rogaron por la cananea, el ángel del Señor rogará por tí, y tu súplica será bien y prontamente despachada.

Obrado este prodigio por Jesús y robado, por decirlo así, á su compasion en el retiro de su marcha, se apartó de los contornos de Tiro; vino por Sidon al mar de galilea; dió una gran vuelta por las fronteras de las diez ciudades que están junto al río Jordan (de manera que corren sus aguas dejándolas á una y otra parte de sus corrientes); visitó todos los lugares ocupados por los judíos naturales y predicó en todas partes la venida del reino de Dios; llegando su Majestad á parar á la ribera occidental del mar de Tiberíades, donde no hacía ánimo de detenerse mucho tiempo, le presentaron un sordo y mudo, rogándole que pusiese sobre él la mano. No era este sordo ni mudo desde su nacimiento, ni por ninguna enfermedad

que le hubiese sobrevenido; éralo precisamente porque el demonio lo tenia privado de oír y hablar; así fué que en su curacion concurrieron tres milagros; porque oyó, habló y fué libre del demonio. Rogaban al Salvador que pusiese sobre él la mano, porque era Todopoderoso y todo lo habia criado. Grande es por cierto la virtud que tiene la mano del Señor para sanar y salvar, porque es la salud y la vida, el médico y la medicina, y sana todo cuanto toca, y da salud á todo aquel que mira. Y tomando el Señor al infeliz y apartándolo de la compañía de los demás, mojó sus dedos con su propia saliva y los metió en las orejas del paciente, y tocóle tambien la lengua. Aunque el Señor separó á una pequeña distancia al sordo y mudo, lo hizo de manera que pudiesen verse todas sus acciones y oírse todas sus palabras. Levantó sus ojos al cielo para dirigir los ruegos á su Padre, manantial inagotable de todos los bienes. Los bajó y los fijó en el infeliz á quien queria curar; suspiró en fin sobre su desgracia, y dijo en alta voz: *Ephetha*, término siríaco que significa *abrete*; á esta palabra se le desembarazaron los oídos, desatóse la lengua, entendió lo que se le decía y habló con entera facilidad y soltura.

No hay duda que dice muy bien el Evangelio santo que *por todas partes donde transitaba el Señor hacia bien á todos, y libertaba y sanaba todos los que estaban oprimidos por el diablo*. Este tránsito de unos pueblos á otros muestra la extension del celo del Salvador, y enseña la medida con que procede la caridad aun en el socorro de las necesidades espirituales. No detienen á Cristo en un país los aplausos que le prodigan las turbas, ni le apartan de él la envidia ni la calumnia de los fariseos; en todo procede conforme á los fines de su mision, dando pruebas de ella y haciendo donde quiera la voluntad de su Padre. Cuando pues en estas correrías se emplea tan incesantemente el Señor en hacer el bien, no es extraño note san Mateo [1]: Que las turbas que se juntaron al rededor de su Majestad, habian traído cada una de su canton un número grande de mudos, de ciegos, de cojos, de paralticos y de enfermos

[1] Math. cap. 15, v. 30.

de toda suerte de dolencias, que los pusieron todos á sus divinos piés y que los sanó á todos.

Obró Jesús el milagro de la curacion de este sordo y mudo con toda la buena voluntad que le era propia y característica, conforme con los designios de su caridad y amor eterno para con el hombre; pero es de notar que antes de obrarlo puso sus ojos en el cielo, gimió de compasion, y como buscando el favor y ayuda de la mano de su Padre, mostró que era verdadero hombre; mas obrándolo, hablando con imperio y autoridad, acreditó que era verdadero Dios. Por el sordo y mudo entienden los padres y doctores de la Iglesia el linaje humano que nunca habia oído las amonestaciones ni la doctrina de la eterna salud, y así no alababa á Dios nuestro Señor; por él rogaban los patriarcas y profetas deseando la Encarnacion de Cristo nuestro Redentor para que pusiese sobre él la mano de la misericordia que sana al hombre por su venida en carne. Ciego es el hombre cuando mira las cosas que no son de ver, y sordo es cuando oye las que no son de oír; manco es, cuando extiende la mano á las cosas vedadas; tullido, cuando se levanta y enaltece por la soberbia; hidrópico, cuando codicia lo malo; lleno de lepra, cuando es despojado de las virtudes; y finalmente, es muerto, cuando con obstinacion y dureza defiende sus maldades.

El venerable Beda dice [1]: Que en estas acciones de Cristo se demostraron bien sus dos naturalezas, divina y humana. Gimiendo y suplicando á su Padre mostró que era verdadero hombre; y curando con una sola palabra al que era sordo, mudo y endemoniado, acreditó que era omnipotente y todopoderoso. Desata el Señor todos los dias la lengua y abre las orejas de los enfermos para que oigan y hablen, cuando justificados ya por la gracia del que es Altísimo en la tierra y en el cielo, obedeciendo sin tardanza á las amonestaciones santas, y alabando con la lengua y el corazon al dador de todos los bienes, formamos aquí en la tierra coro con los espíritus celestiales, y bendecimos y alabamos con ellas al viviente por los siglos de los siglos. Tambien con el suspiro y gemido de

[1] Ven. Bed. in cap. 7 Marci.

Jesús nos enseñó su Majestad divina la gran diligencia que hemos de poner en traer cada día al servicio de Dios y á su santa obediencia á todos los pecadores, y que roguemos de continuo por ellos, pues tambien rogaron con interés al Salvador los que trajeron á su presencia el sordo y mudo á quien su Majestad divina se dignó curar. Sobre este mismo pasaje observa san Gregorio [1]: Que abiertas las orejas y desatada la lengua al sordo y mudo, habló perfectamente y dice: Que para darnos á entender que debemos anunciar y predicar á los otros las mercedes y gracias que recibimos de la mano del Señor, porque esto, al paso que es una heroica confesion, es tambien una excelente manifestacion de nuestra gratitud; pues lo contrario seria tener siempre cerrados los oidos é impedida la lengua; de lo que se quejó el Señor por Isaías diciendo [2]: Llamé y no me oyeron; hablé, y no hallé quien me respondiese. Segun lo cual, sordo es el desobediente, y mudo el que deja de dar á Dios las debidas gracias y cantar sus alabanzas. Por último, es tambien de notar que el sordo y mudo es libre del demonio á la presencia de las diez ciudades; que significan los diez mandamientos, por cuya observancia nos vemos libres del poder del infierno.

Desde el primer prodigio que obró el Salvador con el hombre sordo y mudo, prohibió á los que fueron testigos que dijese lo que habian visto. Acaso fué día de sábado; pero ninguno se creyó obligado á una obediencia, que la admiracion, la general alegría y el agradecimiento, hacian como imposible. No lo mandó con precepto de obligacion, sino solamente para enseñar á los hombres que debian humillarse á ejemplo suyo, por grandes y maravillosas que fuesen las buenas obras que luciesen, observándose indistintamente esta misma prohibicion en todas las ocasiones en que obró su Majestad los portentos mas extraordinarios. Dos razones señala particularmente san Agustin [3] como muy principales, por las que dice impuso Jesucristo esta prohibicion: la primera, para enseñarnos que ninguno debe vanagloriarse en las virtudes y maravillas, sino solo

[1] Div. Gregor. Hom. 30 in Ezechiel.

[2] Isaías cap. 65.

[3] Div. August. De Consens Evangelist.

en la cruz de Cristo y en el abatimiento y menosprecio. La segunda, para que en las mercedes y beneficios que á otros hiciéremos, nunca busquemos por ello nuestra alabanza propia. Mas porque los que reciben tales beneficios, conviene que siempre alaben á los bienhechores, por esto permitió el Señor que cuanto mas les mandaba que callasen para acreditar su grande humildad, tanto mas se empeñaban los circunstantes en publicar la magnificencia, la grandeza y la misericordia de tan singular Bienhechor, diciendo á voz en grito: Bien lo ha hecho todo; ha dado oido á los sordos y habla á los mudos. Los bienes que Dios quiere publicar para exaltacion de su gloria, no quedarán escondidos ni olvidados por la humildad del instrumento con que los obre.

Con notable estudio escribe san Gerónimo [1], dijo el evangelista, *Hizo bien el Señor todas las cosas*; para que entendamos que no basta al hombre hacer buenas cosas si no fueren bien hechas. Son bien hechas, cuando para obrarlas se pide la ayuda de Dios nuestro Señor, y cuando se destierra la vanagloria que de ellas puede venir. Si por ventura hiciéremos alguna cosa buena que sea digna de alabanza, no la debemos ensalzar ni predicar para esperar por ella el favor del pueblo; al contrario, tenemos un deber de encubrirla con humildad; por lo que dice san Agustin [2]: El que tiene virtudes, procure conservarlas huyendo de la vanagloria; porque el menosprecio de ellas es tenido por cosa muy loable á la presencia de Dios. El que menosprecia las alabanzas de los lisonjeros, es estimado del Señor y de sus santos; y aun los que en el mundo son prudentes segun Dios, le alaban y engrandecen; y san Crisóstomo concluye [3]: Perversa cosa es la vanagloria, aunque es muy codiciada; es vicio que manifiesta profunda ignorancia, y los que de él son poseidos, dificultosamente abren los ojos por lo mucho que se aman á sí y á sus cosas. Este vicio es el que corta y aparta de los cielos y clava en la tierra los miserables corazones que ya tiene cautivos sin dejarles ver la luz verdadera. Este vicio engendra la aya-

[1] Div. Hieronim. in cap. 7 Marci.

[2] Div. August. lib. 5. De Civitate Dei cap. 10.

[3] Div. Crisostom. Hom. 2 in Joann.

ricia, causa envidias, acusaciones y asechanzas. Este vicio arma y provoca á los que no han recibido mal ni daño alguno, contra los que ninguna cosa hicieron de mal; no conoce ni la lealtad, ni la amistad; y el que cae en esta enfermedad asquerosa, pierde á todo la vergüenza, despidiendo de su corazon todos los medios que le pueden provocar á ser humilde, y viene el hombre miserable á no tener amigos, porque todos se burlan de él; jamás le dicen la verdad, sino alabanzas y lisonjas, sintiendo en su corazon muy al contrario de lo que dicen.

Preciso es pues que el hombre que quiere vivir con arreglo á la ley santa del Señor, vele constantemente por recibir y conservar en su corazon la preciosísima virtud de la humildad, huyendo de los lisonjeros que le hacen burla y escarnecen; pretenda el hombre ser alabado de Dios en el cielo, á la presencia de todos los santos, para lo cual es forzoso que sea despreciado en la tierra. La verdadera honra que se goza delante de Dios, es despreciar la de este mundo y no hacer cuenta con las vanidades de la tierra, sino conformarse con la voluntad de aquel que con la mas escrupulosa diligencia examina todas las intenciones y escudriña todos los corazones. Procure el hombre ser alabado de Dios y de los moradores de la patria celeste, de donde le ha de venir todo bien, y de cuya mano ha de recibir todas las mercedes; porque así asegurará sin disputa su sálida y eterna felicidad y gloria.

Tres días empleó el Señor en el ejercicio de estas obras de caridad, á las que siempre atentas las turbas seguian sin intermision al Maestro divino atraídas de la suavidad y dulzura de sus palabras, y como encantadas y enajenadas en la contemplacion de sus bondades y misericordias. Tantos milagros empero vinieron á sellarse con uno mas general aun y mas estrependo. Llamó su Majestad á su alrededor á sus apóstoles que se habian separado entre las turbas, y fijando sus ojos en la muchedumbre, les dijo: Verdaderamente estoy compadecido de este gran pueblo. Ya veis que tres días hace están empeñados en seguirme y no dejarme; ellos han consumido cuanto tenían de provision; algunos han venido desde muy lejos; si en este estado los despido, les faltarán las fuerzas en el camino. Yo no puedo resolverme á ello, y es preciso darles de

comer. Pocos son, y ojalá no lo fuesen tanto, los que con la ansia de buscar y seguir á Cristo, se olvidan de su propia comodidad, y aun de las necesidades de la vida. A los ojos de la sabiduría humana fué imprudente este pueblo, exponiéndose á perecer de hambre por no abandonar el alimento interior del espíritu. A los ojos de la religion fué muy cuerdo y digno de ser premiado con una de las grandes maravillas del Salvador. ¡Oh, qué leccion tan importante es la que á todos dió Jesús en esta ocasion! No teman ser abandonados de la Providencia los que ante todas cosas buscan el reino de Dios y su justicia, porque ninguna de todas las cosas necesarias para los medios de su espíritu les han de faltar.

A sus discípulos llamó Jesús antes de obrar el milagro, como para hablar y consultar con ellos; y esto fué, segun dice san Gerónimo [1], para dar ejemplo á los maestros de no menospreciar el consultar las cosas con los menores, y que en algunos tiempos y ocasiones les pidan consejo, aunque los discípulos sean menores y los maestros mayores y mas sabios. Y para que entendiesen al mismo tiempo la grandeza de la maravilla que queria obrar por la consulta que con ellos hacia y la magnificencia de su misericordia. Trata el Señor con sus discípulos la necesidad de los pobres, para moverlos á compasion; permite la hambre en los pobres, para obligarlos á que acudan á él; y enseñar á los ricos que de él han recibido sus bienes, á que usen de compasion con aquellos. Las palabras de Jesús son un claro indicio de su misericordia. *Compadecido estoy, dijo, de esta gente.* ¡Oh, qué dulce y carifiosa es esta palabra! Ella sola penetra las entrañas y el corazon; no hay otro Señor que así tenga compasion de nuestras miserias y necesidades, como es nuestro Hacedor, cuya misericordia es sobre todas sus obras. Como verdadero hombre se compadece de nosotros; y como verdadero Dios nos liarta y mantiene. Dos razones da al Salvador en favor de las turbas: La primera, la larga paciencia que habian tenido, siguiéndole por espacio de tres días. La segunda, es la necesidad que la gente tenia; por cuanto añade, y no tienen que comer: haciéndolos notar su Majestad que si la despedia sin comer, podrían desfa-

[1] Div. Hieronim. in cap. 15 Matth.

llevarse en el camino y perecer. ¡Pero cómo habían de desfallecer ó perecer, si estaban con el Salvador del mundo y habían de marchar con su bendición! ¡Cuán mal imitado es el Salvador de los opulentos y ricos que despiden de sus casas en ayunas á los hambrientos y no alargan su mano para socorrerlos! No tienen estas las entrañas benignas del Salvador, que tenía el desfallecimiento de las turbas en el camino. Mas quieren algunos que sirva el dinero para cober su propia avaricia, que para socorrer la necesidad ajena. Por no abrigar éstos la mano á su tesoro, hubieran dejado morir de hambre á los que Cristo dió de comer á costa de un milagro.

De lejos dijo Cristo que habían ido en su seguimiento. ¡Grande fe! ¡Heroica esperanza! ¡Caridad asombrosa! De lejos habían ido, pero cargados de toda clase de enfermos, porque creían firmemente que el Señor era poderoso para darles la salud, y esperaban de su misericordia recibir el beneficio que apetecían. No podía pues el Señor ser insensible á esta tan grande demostración de fe, esperanza y caridad. De lejos viene á Dios el que clama á él desde lo profundo de su pecado; de lejos viene el que ha corrido largo tiempo por la senda de la perdición, está encalecido en los vicios, y corre apremiosamente al Señor para que le sane ó descargue la pesada carga de las culpas. ¡Oh, qué consuelo es para los que vienen de lejos, saber que los aguarda la misericordia infinita, precisamente para alimentarlos, descargarlos y socorrerlos! De esta misericordia dió una prueba con sus palabras antes que llegasen las obras. Si los dejare así ayunados y fatigados de trabajo y de hambre, desfallecerán en el camino; y así es necesario darles de comer. Es de notar, que es tanta la virtud del Criador y la necesidad que de él tiene la criatura, que si la desamparase un solo punto, luego desfallecería.

Los discípulos de Jesús, cuya fe era todavía flaca, cuya esperanza era también algo débil, y porque no entendían lo que debían esperar, ni conocían toda la virtud de su Maestro, ni hasta dónde llegaba su poder, ni se acordaban de sus primeros milagos, asombrados y como fuera de sí le dijeron: ¡Cómo podrá nadie hartar á estos, ó de dónde se les puede dar de comer en esta soledad! Corto es el poder del hombre, escasa es, no hay duda, su provision, aun

para las necesidades mas comunes de la vida. ¡Cuántas veces hubiéramos perecido, si dependiéramos solo de lo que otro hombre nos pueda dar! Este gran vacío de la flaqueza humana lo suple la viva fe, llevándonos con Dios para que imploremos su auxilio en las necesidades de la vida. Nunca han temido morir de hambre los que con viva fe buscan á Dios en el desierto de este mundo: para inspirar pues el Salvador esta tan viva fe á sus discípulos, les preguntó: ¡Cuántos panes teneis? No lo preguntó ignorando lo que tenían, sino porque de su propia respuesta resaltase mas el milagro. No lo preguntó para aprender, sino para darles á conocer su necesidad y obligarles á que la confesasen. Mejor hubieran respondido: Vos, Señor, si quereis, lo podeis fácilmente remediar: con solo querer, podeis convertir en pan todas las piedras de este desierto. Esto era lo que naturalmente debia haberles sugerido el suceso de Bethsaida, de que habían sido testigos algunos meses antes. El modo con que les manifestaba Jesús su compasión con un pueblo hambriento y fatigado, les daba bien á entender su buena voluntad para hacer que previesen una nueva multiplicación milagrosa. Siete, Señor, son los panes que tenemos, contestaron los discípulos, y algunos pececillos. Bien se echa de ver que todo era poco para tanta multitud de personas, en lo cual se descubre la templanza y abstinencia que tenían el Salvador y sus discípulos en la comida y bebida, porque no usaban la comida de carne, sino unos peces, y aun no de los grandes, sino pocos y pequeños.

Cerciorado Jesús de la provision con que contaban sus discípulos, mandó que la muchedumbre se sentase en la tierra, debiéndose notar que cuando dió en otra ocasión de comer á las turbas en el desierto, advierte el Evangelista que habia mucho heno en aquel lugar; mas ahora habia faltado ya la yerba, porque segun nota Orígenes y otros varios autores, este milagro se obró en el invierno; y aun creen algunos que fué en el mismo día de la Epiphanía del Señor, cuando otros muchos se obraron en el mismo día por él. Es muy verosímil se guardase en esta segunda ocasión el mismo orden que en la primera; y mientras que se ocupaban los discípulos en dividir por clases ó turnas los presentes, tomó el Redentor divino los siete panes, bendíjolos, y dió gracias á su Padre celestial.

por el poder que le había dado. Tomó asimismo los peces y los bendijo. Vinieron después los apóstoles, y á su presencia partió el pan y dividió los peces, mandándoles que todo lo fuesen repartiendo entre la muchedumbre. Comieron todos de este pan milagroso y de los peces bendecidos por el Señor, cuanto quisieron; y recogiendo después los mismos apóstoles las sobras que restaban, llenaron con ellas siete canastas, siendo el número de los que se habían alimentado cuatro mil hombres, sin contar entre ellos á los niños ni á las mujeres.

Notable es la diferencia que hay entre la primera y la segunda refeccion. En aquella, que se obró con la multiplicacion de cinco panes, estaba figurada la doctrina del Viejo Testamento encerrada en el Pentatheuco ó en los cinco libros de Moisés; y aquí se revela la del Nuevo Testamento, á donde con mayor amplitud se manifiesta la verdad y se da la gracia de los siete dones del Espíritu Santo, y son prefigurados los siete sacramentos y las siete virtudes, esto es, las tres teologales y las cuatro cardinales. En la primera refeccion eran los panes de cebada y en esta eran de trigo, para manifestar cuánto mas deleitable, clara y sabrosa es la doctrina del Nuevo Testamento que la del Viejo. En la primera refeccion sentáronse las turbas sobre el heno verde y en la segunda sobre la tierra, para demostrar que en la ley vieja se prometian á los hijos de Israel las cosas de la tierra, y en la ley de Gracia se enseña á los cristianos que las menosprecien todas, con las riquezas y deleites; y lo que es mas, que se renuncien y desprecien á sí mismos para hallar mas fácilmente á Dios y seguirle con mas libertad. Por último, es de notar que en la primera refeccion se alimentaron cinco mil hombres, segun el número de los panes y segun el de los sentidos corporales, á cuya sensualidad se daban los profesores del Testamento Viejo; y en esta segunda no lo fueron sino cuatro mil, que simbolizan los varones espirituales por la perfeccion de los cuatro Evangelios ó por el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales, con las cuales viven los virtuosos vida espiritual y sin defecto. Con todo, lo que quiso el Maestro Soberano hacernos entender, no solo la gran diferencia que hay entre la antigua y nueva ley, sino que comprendiésemos que fijando nuestra vista en la vida perdurable, y aborre-

ciendo como debemos todo lo de la tierra, debemos por lo mismo repartir á los pobres lo sobrante de todos nuestros bienes, porque esta liberalidad y largueza nos acrecienta los temporales y nos asegura los espirituales.

Viendo ya el Salvador á todos los enfermos curados y alimentadas las turbas, y por consiguiente con fuerzas bastantes para emprender su viaje, despudió con su bendicion santa aquel numeroso concurso. Es de creer que después de tantos y tan señalados beneficios seria para el pueblo un momento doloroso y sensible el de la separacion del Señor, pero fué preciso resolverse á ello; y para precizar á la marcha á los que todavía querian detener á su Majestad, subió á una barca juntamente con sus apóstoles. Dióles órden que lo condujesen á *Dalmanutha*, lugar ó villaje situado en el territorio de *Magedan*, en la misma costa de *Capharnaum*, pero mucho mas al Norte subiendo al nacimiento del *Jordan*. Este canton, como el de la *Phenicia*, estaba poblado de judios y gentiles; unos y otros estaban separados en diferentes *burgos*, y no tenian entre sí mas comercio que el indispensable. Por estos viajes de Jesús se deja ver que su designio era anunciar el reino de su Padre en todos los parajes donde habia israelitas establecidos; pero tambien se trasluce que de todas partes lo salian al encuentro los fariseos, y que fuesen cuales fuesen sus milagros y doctrinas, siempre eran aquellos sus injustos detractores y sus mas implacables enemigos. En los dias que empleó el Señor en visitar y recorrer los llanos de *Magedala* ó *Mageda*, al Oriente del mar de Galilea, en la tribu media de *Manasés*, se le presentaron una porcion de escribas y fariseos, mas bien para tentarlo ó cansarlo con sus preguntas, y poner su paciencia á prueba de su malignidad, que para saludarlo; llevando consigo un crecido número de saducees, sociedad perversa de incrédulos, cuyas doctrinas eran enteramente contrarias á la ley de Moisés; pero el Señor les confundió y repudió como en todas ocasiones, y continuó predicando á los crédulos y sencillos la venida del Mesías al mundo y al establecimiento del reino de su Padre.

NOTA. Como lo contenido en este capítulo comprende tres parajes enteramente distintos, los que usa la Iglesia como Evangelios

propios de otros tantos días, se pone á continuación la oracion propia para cada uno de ellos.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DE LA CANANEA.

¡Señor mio Jesucristo! yo, miserable pecador, humillado en tu divina presencia, te ruego y suplico que me ayudes en todas mis necesidades, tentaciones, tribulaciones y vejámenes con que me veo continuamente tentado y atribulado: si en tu presencia, Señor, soy como un perro vil, y como tal indigno de recibir de ti un pan entero, esto es, la multitud y grandeza de tus dones, no me niegues algunas pequeñas migajas de los consuelos de tu gracia, porque sin esta refecion santa mi alma es siempre muy malamente atormentada del poder del demonio; pero con ella presto se verá libre de tan feroz dominador, cualquiera que sea la minima parte que me concedas. Bien sé que no dilutas tus dones para negármelos, sino para aumentar en mí con la tardanza el deseo, con el deseo la esperanza, con la esperanza la fervorosa oracion, y con la oracion la humildad, á quien está prometida la gracia. Aunque huyas de mí, Dios mio, yo te seguiré; aunque calles, te invocaré; aunque me deseches, no desistiré: humillado por ti, confiaré en tí y viviré en mi pecho el amor á que nunca resistes. Y si me dices que no es para los perros el pan de los hijos, te volveré á pedir que me tragues en hijo tuyo, porque existiendo tu gracia en mi alma serán borrados todos sus pecados y ella quedará hija adoptiva tuya, y entonces brillarán en ella tu misericordia y tu gracia por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL SORDO Y MUDO.

¡Señor mio Jesucristo! ven por la ciudad de Sidonia, esto es, por la predicacion que es figurada en ella, y ven al mar de Galilea, que es el mar de la contricion, de la confesion y de la satisfaccion,

y ven por medio de la caridad, la cual se contiene y obra dentro los diez mandamientos: apártanos de la compañía de los malos y de las tentaciones diversas; tócanos el entendimiento y voluntad con la saliva de tu sabiduría y amor; desátanos el cincto de nuestra lengua, para que podamos confesar nuestras culpas y hablar perfectamente huyendo las alabanzas de los hombres, y solamente oigamos lo que nos conviene para cumplir en todo tu santísima voluntad. Ven á mí, Jesús mio, y ven á todos los pecadores; ven á los que están obligados á escucharte y á hablar de ti; y con el imperio de tu voz di á cada uno de nuestros corazones: Abrete; y al punto se abrirá nuestro oido interior, seremos dóciles á tu palabra, no se empleará nuestra lengua sino en publicar y procurar tu gloria, hablando claro lo que manda tu ley, y divulgando y anunciando tus misericordias sin fin á todos los pecadores, para que se conviertan y en la gloria eternamente te alaben. Amen.

ORACION.

SOBRE LA MULTIPLICACION DE LOS SIETE PANES Y PECES.

¡Señor mio Jesucristo, Dios de bondad! compadécete de todas las criaturas, y pon tus ojos clementísimos en los penitentes, que somos principiantes en la virtud y en los que con perseverancia aprovechan; ponlos tambien en los contemplativos y perfectos para que perseveren en los tres días del desierto, que es en el primero por la contricion, en el segundo por la confesion, y en el tercero por la satisfaccion, ayudándonos para que alcancemos victoria contra el mundo, el demonio y la carne: alimbranos corporal y espiritualmente, pues todos esperamos de tí el perdón y la gracia. Mantén, Señor, á los primeros, dándoles discreta sollicitud, cautela, indignacion, temor, deseo, celo y venganza de sí mismos; harta á los segundos por el espíritu de temor, de piedad, de ciencia, de fortaleza, de consejo, de entendimiento y de sabiduría; consuela á los terceros por los tres dotes del alma y por los cuatro del cuerpo. Sé tú mi pan, cuya comida dé vigor á mi espíritu y no le deje hallar sabor en las viandas podridas del mundo. ¿Quién, sino tú, oh

maná escondido! puede ser verdadero alimento, medicina y hartura de mi corazón? Gracias te doy, oh sagrada víctima, oh pan celestial! porque has tenido lástima de tu pueblo y le has amado hasta el extremo de hacerle su manjar en el desierto de este mundo y su viático, para emprender el camino recto que conduce á la patria celestial y dichosa. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el XII de san Mateo, versículos 38 al 50. En el capítulo XV del mismo, versículos 21 al 39. Y en el XVI del propio, versículos 1 al 4: en san Marcos, capítulo III, versículos 31 al 35; capítulo VII, versículos 24 al 37; capítulo VIII, versículos 1 al 12. En san Lucas, capítulo VIII, versículos 19 al 21; capítulo XII, versículos 54 al 57; capítulo XI, versículos 24 al 32.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio para el Evangelio de la misa del jueves de la primera semana de cuaresma, desde el versículo 21 hasta el 28.

Y del de san Marcos en el capítulo VII para el Evangelio de la misa de la Dominica undécima después de Pentecostés, desde el versículo 31 al 37.

Y del contenido del capítulo VIII para el Evangelio de la misa de la Dominica sexta después de Pentecostés, desde el versículo 1 al 9, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA
DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 21 al 28.

En aquel tiempo habiendo salido Jesús de allí, retiróse hacia el país de Tiro y de Sidon. Y he aquí que una mujer cananea venida de aquel territorio clamó diciéndole: 'Tú misericordia de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. Mas El no le respondió palabra. Y acercándose sus discípulos, intercedían por ella diciéndole: Concédole lo que pide á fin de

que se vaya; porque viene gritando tras nosotros. Mas él respondió: No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. No obstante ella se llegó y le adoró diciendo: Señor, socórreme. El respondió: No es bien tomar el pan de los hijos y echarle á los perros. Mas ella dijo: Si, Señor, porque tambien los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Respondióle entonces Jesús diciendo: ¡Oh mujer! grande es tu fe: sea hecho contigo como quieres. Y quedó sana su hija en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XI DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Marcos, cap. VII, vs. 31 al 37.

En aquel tiempo dejando Jesús otra vez los confines de Tiro, vino por Sidon al mar de Galilea, atravesando el país de Decápolis. Y habiéndola presentado un hombre sordo y mudo, le rogaban que le impusiere las manos. Y tomándole de entre la gente le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua, y alzando los ojos al cielo arrojó un suspiro y dijo: *Epheta, esto es, abertos.* Y al punto se le abrieron los oídos y se le soltó el impedimento de la lengua y hablaba claramente. Y les mandó que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto mas se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban y tanto mas crecía su admiración, y decían: ¡Todo lo hizo bien! ha dado oído á los sordos y habla á los mudos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VI DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Marcos, cap. VIII, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo siendo muy numeroso el pueblo que estaba con Jesús y no teniendo que comer, llamó á sus discípulos y les dijo: Compadezco á esta gente, porque ya hace tres días que están con-

migo y no tienen que comer. Y si los envío ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿Cómo podrá nadie hartar á estos de pan aquí en el desierto? Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Entonces mandó á las gentes, que se recostasen en tierra. Y tomando las siete panes, dando gracias, los partió, y dáselos á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente, y los distribuyeron. Tenían también algunos pececillos, bendijolos asimismo y mandó distribuirlos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuelas. Siendo al pie de cuatro mil hombres los que habían comido; en seguida Jesús los despidió.

CAPITULO VII.

MANDA JESUS A SUS DISCÍPULOS QUE SE GUARDEN DE LA MALA LEVADURA; DA VISTA A UN CIEGO EN EL CAMINO DE BETHSAIDA; Y HABIENDO LLEGADO A CENAREA DE FILIPPO, ELOGIA Y PREMIA LA FE DE SAN PEDRO Y EXHORTA A SUS DISCÍPULOS A QUE LE SIGAN E IMITEN LOS EJEMPLOS DE SU PASION.

Hemos dicho al fin del anterior capítulo, que habiendo llegado el Señor á los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, se le presentaron una comparsa de fariseos y saduceos para tentarle, pidiéndole, como ya lo habían hecho en otras ocasiones, que les hiciere ver algun nuevo signo ó señal del cielo. Es de advertir que los saduceos, como también dijimos, eran una generación de incrédulos enteramente contrarios á la ley de Moisés. Eran una de las cuatro sectas principales que había entre los judíos; hacían poco ó ningún caso de las tradiciones de los antiguos, que tanto apreciaban los fariseos, y se atenían, como los *caraitas*, á la letra de la Escritura. Negaban la inmortalidad del alma, la resurrección de nuestros cuerpos, la existencia de los espíritus. Como creían que toda la recompensa de los buenos consistía en dichas y felicidades que disfrutaban sobre la

migo y no tienen que comer. Y si los envío ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿Cómo podrá nadie hartar á estos de pan aquí en el desierto? Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Entonces mandó á las gentes, que se recostasen en tierra. Y tomando las siete panes, dando gracias, los partió, y dáselos á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente, y los distribuyeron. Tenían también algunos pececillos, bendijolos asimismo y mandó distribuirlos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuelas. Siendo al pie de cuatro mil hombres los que habían comido; en seguida Jesús los despidió.

CAPITULO VII.

MANDA JESUS A SUS DISCÍPULOS QUE SE GUARDEN DE LA MALA LEVADURA; DA VISTA A UN CIEGO EN EL CAMINO DE BETHSAIDA; Y HABIENDO LLEGADO A CENAREA DE FILIPPO, ELOGIA Y PREMIA LA FE DE SAN PEDRO Y EXHORTA A SUS DISCÍPULOS A QUE LE SIGAN E IMITEN LOS EJEMPLOS DE SU PASION.

Hemos dicho al fin del anterior capítulo, que habiendo llegado el Señor á los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, se le presentaron una comparsa de fariseos y saduceos para tentarle, pidiéndole, como ya lo habían hecho en otras ocasiones, que les hiciere ver algun nuevo signo ó señal del cielo. Es de advertir que los saduceos, como también dijimos, eran una generación de incrédulos enteramente contrarios á la ley de Moisés. Eran una de las cuatro sectas principales que había entre los judíos; hacían poco ó ningún caso de las tradiciones de los antiguos, que tanto apreciaban los fariseos, y se atenían, como los *caraitas*, á la letra de la Escritura. Negaban la inmortalidad del alma, la resurrección de nuestros cuerpos, la existencia de los espíritus. Como creían que toda la recompensa de los buenos consistía en dichas y felicidades que disfrutaban sobre la

tierra, despreciando cuanto habian oído predicar al Señor sobre los goces de la bienaventuranza eterna, y para convencerle de impostor si resistía sus exigencias, enseñando después con toda seguridad verdadera la doctrina que ellos profesaban, le dijeron: Vuestros milagros, y todas las grandes curas que hasta aquí os hemos visto obrar, no son testimonios suficientes para adquirir los títulos que os atributa y los derechos que os abrogais: es preciso pues que cerreis la boca á la calumnia y á la maledicencia, y que obreis portentos y milagros en otra esfera mas propia de la Divinidad. Hacednos ver un prodigio en el cielo, y en este caso no solo creeremos nosotros en vos, sino que tambien enseñaremos á nuestros discípulos y les mandaremos que os crean y que os tengan como un hombre venido del cielo. No era el celo de la gloria y de la grandeza del Señor lo que á estos hombres animaba, sino el deseo de desacreditarle é infamarle para decir que su poder no igualaba al de los antiguos profetas.

Es de advertir que muchos de los escribas y fariseos, olvidando el estudio de la ley y los profetas, que era lo que mas les interesaba para gobernar é instruir bien al pueblo, se dedicaban al de la astrología; y así es que hasta hoy se ven entre los judíos, y particularmente en la clase de los rabinos, muchos grandes astrólogos; porque por el exámen y consideracion de los astros quieren venir en conocimiento del principio de las leyes y sectas, á ver si por este medio pueden llegar á conocer el tiempo de la venida de Cristo y el principio de nueva ley; lo que es absolutamente imposible, porque á esto no se extiende la virtud ni la influencia de los astros, aunque sea cierto que por ellos se alcance la futura disposicion de los tiempos, como la lluvia, la nieve, la ventisca, el calor ó el frio, á otras cosas semejantes ó equivalentes. Y para conocer sobre todo con toda certeza si era el Cristo prometido en la ley, le podían del cielo una señal de majestad y omnipotencia, como lluvias, rayos, ó centellas, ó que hiciera bajar por mucho tiempo el maná de lo alto, como en tiempo de Moisés, ó que hiciera parar el sol en medio de su carrera, como en los de Josué, ó que le hiciera retroceder, como en los de Isaías, ó que, en fin, hiciera que bajase fuego de lo alto, como lo hizo Elías; mas no pudiendo oír el Señor semejante ruego sin gemir amargamente sobre la incredulidad de donde nacia, les dijo:

Vosotros, que os preciais de adivinos y sois tan hábiles en conjeturas, ¿venís ahora á pedirme nuevas pruebas de mi mision? Vosotros, que cuando aparece por la tarde el cielo arrebolado, afirmáis que será bueno el dia siguiente, y que cuando por la mañana aparecen las nubes rojas luego augurias que habrá tempestad en el dia; vosotros, ¡oh hipócritas! que juzgais solamente por el color del cielo qué tiempo hará, ¿no podeis conocer por las señales manifestas que veis todos los dias, que estais en la plenitud de los tiempos y que vino ya el Mesías? Grande es vuestra ignorancia y mayor es vuestra malicia. Vosotros os haceis los ciegos y los sordos por no recibir aquel que con sus beneficios obliga á todo el mundo, y cometeis una especie de adulterio, excluyendo el esposo legítimo de vuestra casa y compañía para entregáros á otro y violar así la fe que se le debe. ¡Ah! si: vuestros procederes son de una generacion perversa y adúltera, enemiga de la verdad. En vano pide y en vano se queja; no tendrá otra señal que aquella que se manifestó en la persona del profeta Jonás. Estudie si quiere este prodigio antiguo, y entonces verá por el modo de portarse conmigo, la razon con que hoy exige de mí milagros en el cielo.

Ofendíéronse altamente los fariseos de la respuesta de Jesús; pero el Salvador, que queria manifestarles aun con la mayor extension la mala fe de su demanda, se alejó con presteza de su vista; y como ya habia hecho en este país lo que convenia á las exigencias de su mision, pasó otra vez el mar con sus apóstoles y fué á abordar á las riberas de la costa oriental de Tiberiades. Como la órden para el embarque se dió con tanta precipitacion, se olvidaron los discípulos de hacer las provisiones necesarias, y al desembarcar se hallaron solo con un pan dentro de la nave. No se le ocultaba esto al Maestro divino; pero sus discípulos, que solo tenían presente lo importuno de la visita que acababa de despachar, y que deseaban libertarle de aquella, no se acordaron de su propio alimento; y como para advertirles su descuido, al saltar á tierra les dijo: En cuanto podais y esté de vuestra parte, procurad, discípulos míos, guardarlos y preveniros contra la levadura de los fariseos, herodíanos y saduceos. Los discípulos, que aun no eran bastante simples y groseros, entendieron la levadura en sentido material contra la intencion de su

Maestro, no pensando en otra cosa mas que en el pan que se habían olvidado de llevar consigo. El Salvador queria instruirles que se guardasen de tres especies de levadura muy dañosa á su salud eterna, á saber: de la de la hipocresía y avaricia, que era la de los fariseos; de la de la falsa doctrina, propia de los saduceos; y de la de la ambición y orgullo, que era la de Herodes y su corte. Mas ellos no cayeron en el sentido moral de aquellas palabras, y tomándolas en el usual y ordinario con la ocasión de la levadura, se acordaron que se habían olvidado de echar pan, y se decian unos á otros: ¿Qué haremos en este país sin pan para alimentarnos, cuando el Maestro no quiere lo compremos de ninguna de las sectas que en él habitan? Este descuido les causaba bastante inquietud, y el lance en que se encontraban les hacia, no solo embarazosa una determinacion, sino casi imposible.

El Salvador, que conocia fijamente la zozobra en que se hallaban, que penetraba sus mas ocultos pensamientos con la benignidad que le era propia, mezclada empero con algún aire de descontento, les dijo: ¿Qué tristeza es esa que os agobia porque os falta pan? ¿Con qué motivo las pocas palabras que os he hablado han podido introducir en vuestro pecho tanta inquietud y desasosiego? ¿A dónde está vuestra fe? Parece que no tenéis ni entendimiento para conocer, ni memoria para acordaros, ni discurso para raciocinar, y que como hombres sin razon os dejais guiar de los sentidos; que teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no percibís cosa alguna, y así dais á entender que, después de tanto tiempo que os amaneció la luz, aun estais en tinieblas. ¿No tenéis presente que en vuestra presencia multipliqué un día de tal manera cinco panes, que bastaron para alimentar cinco mil personas? Decid pues, ¿cuántas canastas recogisteis de sobras? Y cuando ahora han comido recientemente cinco mil hombres de siete panes, ¿cuántas habeis recogido? Y habiéndole respondido que siete, prosiguió diciéndoles: ¿Cómo pues no entendeis el sentido en que os hablo? ¿Pensais que mi asunto es el pan ordinario que sirve para alimentar al cuerpo? Sabed pues que este no os faltará mientras yo estuviere con vosotros: Yo os hablo, discípulos míos, de una levadura que corrompe el espíritu y estraga el corazon; esto es, de la levadura de los fariseos, saduceos

y de otros, de la cual quiero que os guardéis como de un mortal veneno.

A estos términos fué preciso reducir la conversacion para abrir los ojos á los apóstoles. Después de tanto tiempo como conversaban familiarmente con el Señor, todavía no habían aprendido á distinguir lo que en sus conversaciones era de un estilo común y familiar, de lo que eran ciertas palabras que, pronunciadas después de algun grande acontecimiento, encerraban una doctrina sobrenatural y divina. Así entendieron que el soberano Maestro no les echaba en rostro el descuido que habían tenido de llevar consigo el pan necesario para su camino, ni tampoco les vedaba comer pan con levadura como lo habían creído al principio, sino que todo su designio era apartarlos de la dañosa doctrina y de las perniciosas máximas con que aquellas sectas inficionaban la Judea.

Los padres y doctores de la Iglesia dicen con graves fundamentos, que por disposicion divina pudieron ser muchas las causas por las que se olvidaron los apóstoles de embarcar consigo provisiones ó víveres. La primera, porque no queria el Señor que tuviesen mucha solicitud para el día de mañana. La segunda, para que abandonasen al socorro de los padres las siete capuertas de fragmentos que habían recogido. Y la tercera, porque queria el Señor que tuviesen enteramente depositada en él su confianza; pues vistos los milagros que había obrado, debían estar firmemente persuadidos que nada había de faltarles. El venerable Beda [1] añade una cuarta razon, y es la de que queria su Majestad que probasen la dulzura interior que causaba en su corazon tener en su compañía el único y verdadero pan, que tiene, reune y conserva en sí el sabor y el deleite de todos los manjares, á fin de que atraídos de su suavidad y dulzura cuidasen menos del pan exterior. Por lo que añade: Un pan solo que tenían en la nave significaba místicamente el mismo Señor Salvador nuestro, pan de la vida eterna, con cuyo amor, fortalecidos siempre interiormente en su corazon, cuidaban menos del pan terreno con que acostumbraban alimentar su cuerpo. Manifiéstase con esto el fervor y el deseo de la celestial doctrina y el mo-

[1] Ven. Bed. in cap. 8 Marci.

nosprecio de las delicias del mundo de que estaban poseídos los apóstoles, cuando se ve tan patente el poco cuidado que tenían aun de las cosas mas necesarias para la vida; así como tambien se demuestra cuán inseparablemente vivían unidos con Jesucristo, cuánto se gozaban con su amable presencia, y cuánto sentían separarse de él ni aun por un instante; pues al imperio de su voz entraron en el barquichuelo, olvidando enteramente los preparativos para el camino. Y san Crisóstomo añade [1]: Tan apasionados estaban con el amor de su Maestro, que ni un solo instante querían apartarse de él. Tan lejos estaban de los deleites y apetitos de la tierra, que todo lo despreciaban por estar siempre con Aquel sin cuyo auxilio la humana fragilidad no puede subsistir. Poseyendo á Jesús, que es la verdadera alegría y la perfecta posesion de todas las virtudes, ninguna solicitud ó afán los afligia, ninguna pena los entristecía, ni nada bastaba para destruir el gozo interior que sentían. Y no pudiendo disfrutar de esta paz y gozo interior los fariseos, saduceos y herodianos, por los muchos y reprehensibles vicios que los dominaban, por esto les dijo el Salvador que se guardasen de su levadura, cuya acritud penetra y hace fermentar toda la masa.

Verificaron su travesía por los mares los apóstoles acompañados de su Maestro divino, mientras duró esta tan provechosa instrucción; y avanzando mas y mas llegaron al puerto de Bethsaida, que era el término de su navegación. En esta ciudad había ya predicado otra vez el Señor y obrado distintos milagros en ella, por cuya razon solamente quería pasar por sus inmediaciones; mas al tiempo que las atravesaba con sus apóstoles, fué conocido y detenido por la muchedumbre. Rodeáronle como queriendo conseguir de su Majestad un nuevo milagro; y no dudando que podía hacerlo, presentaronle un ciego, contentándose con suplicarle que solamente lo tocara, firmemente persuadidos de que tendria el suceso el resultado feliz que se prometia. El infeliz era uno de los mendicantes extranjeros de aquellas corcauías, que iban de vez en cuando á pedir limosna á los judíos; por lo que es muy verosímil que fuese gentil, puesto que no quiso curarlo el Salvador en presencia de aquellos

[1] Div. Crisostom. Hom. 54 in Math.

mismos que por él habían rogado; pues encaprichados como estaban con la soberbia natural de su nacion, se hubieran escandalizado al ver que atendía á un hombre que no era de la sangre de Jacob.

Atento el Señor á derramar sus misericordias, no solo á los descendientes de Israel, sino tambien á todos los gentiles, puesto que había venido al mundo para salvar á los unos y á los otros, no se hizo de rogar mucho para consolar al infeliz que se le había presentado, aunque él no esperaba por entonces encontrar la vista que no tenia; y así tomándole al punto de la mano, lo sacó fuera de la poblacion, untóle con saliva los ojos y preguntó en seguida si percibía alguna cosa y cómo distinguía los objetos. Abrió el ciego los ojos, y extendiendo cuanto pudo la vista, respondió: Que veía andar los hombres; pero que se le representaban como árboles, efecto de la debilidad de sus pupilas; por lo que solo podia con gran dificultad distinguir el movimiento de los que pasaban. No dudaba Jesús el estado en que se hallaba la cura, pero no quiso hacerla sino por partes, ya fuese para probar la confianza del enfermo, que no se había presentado por sí mismo á buscar la salud, ó ya fuese para que su gozo se aumentase como por grados, á fin de que su inesperada curacion no perjudicase notablemente su salud á consecuencia de su excesiva alegría. Mas el misericordiosísimo Médico no quería dejar imperfecta la curacion de aquel hombre desdichado; púsóle otra vez su mano divina sobre sus propios ojos y empezó á ver con toda claridad y distincion, no solo las personas, sino tambien los mas pequeños objetos. Entonces le dijo el Señor: Marcha á tu casa por el camino mas derecho; y si acaso vuelves á entrar en Bethsaida, á nadie digas lo que acabo de hacer en tu favor. Este mandamiento de Jesús al ciego curado nos da suficiente motivo para conjeturar al menos que no era de los habitantes de la ciudad ni de los descendientes de Jacob. El Evangelio no dice si fué su Majestad obedecido en esta ocasion, ó si fué como en otras muchas en que los agraciados atendieron mas á los afectos de su reconocimiento que á las órdenes de su Bienhechor.

Después que su Majestad hubo usado de su caridad asombrosa en vez de aquel infeliz, continuó su camino y fué á visitar los lugares, aldeas y castillos de la dependencia de Cesarea de Filipo, cu-

ya plaza estaba situada en los confines de la Judea á la falda de monte Libano, no lejos del nacimiento del rio Jordan, donde se mojaba y hacia division entre la tierra de los judíos y de los gentiles. Esta era la antigua ciudad de *Paneas*, que se habia dado al César, por cuya razon se llamaba *Cesarea*, en honor del emperador romano, y se añadía de *Filippo*, en honor del hermano de Herodes, tetrarca de Iturea y de la Traconítide. A la parte superior de esta ciudad, y en el derelibo del monte Libano, nacen las dos preciosas fuentes de *Yor* y de *Dan*, que reuniéndose después á la parte inferior de la misma, forman el rio Jordan, el que después de largos rodeos entra en el mar de Galilea corriendo por muy cerca de la ciudad de Corozain. Era conocida esta Cesarea con el nombre de *Filippo*, para diferenciaria de otra Cesarea de Palestina, donde es fama que vivió el centurion Cornelio, y de otra Cesarea, metrópoli de Capadocia, que está enclavada en la region de Turquía. En Cesarea de *Filippo* y en sus confines habitaban una porcion de gentiles; y como Cristo quiso revelar tambien el misterio de su Encarnacion en este lugar, se demuestra por ella que otro de los fundamentos de la Iglesia está fundado en la fe de los gentiles. Por último, en esta ciudad, que linda por la parte del Septentrion con la region de los gentiles fenicios y del término de la Judea, á la que se llevaban todos los tributos como á una capital de provincia, y en la que se dice que se verificó la descripcion universal de todo el orbe en tiempos de César Augusto, quisó el Señor que se pagase el tributo de la fe al Rey de los reyes y Señor de los señores, ya que en ellas se pagaba tambien el censo ó tributo material al emperador de la tierra.

No hay duda que por todas estas consideraciones era célebre la Cesarea de *Filippo*, pero le faltaba el título que le habia de darla la mayor celebridad; y así, al acercarse á ella el Señor, se retiró á un paraje secreto, llevando solo consigo á sus apóstoles, y aun se apartó de ellos para hacer oracion, segun la costumbre que observaba siempre de no hacer cosa grande y decisiva en el ejercicio de su ministerio, hasta haber pasado largo tiempo en comunicacion intima con su Padre celestial. El pueblo que se le habia juntado en el camino lo esperaba en la campiña, y sus discípulos, mas cerca de su

persona, lo observaban con respetuoso silencio. San Marcos observa [1] que esta conferencia de Jesús con sus discípulos fué, no dentro de los muros de la ciudad, sino en medio del campo, donde no hay cosa que estreche ó ponga limite, sin duda para manifestar que la confesion que Pedro hizo en aquel lugar no habia de ser constreñida ni limitada á un solo pueblo como la antigua ley, sino que habia de extenderse á todos los reinos y naciones hasta los últimos términos de la tierra.

Acabada por el Señor la oracion juntóse con sus discípulos, y caminando poco á poco con ellos, les preguntó por modo de conversacion, ¿qué se decía de su persona en el mundo? Como quien dice: A vosotros os hablarán mas libremente qué á mí; vosotros oís los discursos de los hombres y se explicarán con vosotros sobre el Maestro á quien seguís. Decidme pues: ¿Cómo es mirado el Hijo del hombre por las turbas que les siguen? ¿Qué se dice de mí entre los judíos y entre los gentiles? El que es infinitamente sabio no podia preguntar para aprender, sino para darse mas á conocer; con lo que dió el Señor á todos una leccion práctica del cuidado prudente que debemos tener por la conservacion de nuestro buen nombre, no sintiéndonos de cualquiera pequeñez que se diga de nosotros, sino procurando vivir de manera que no la digan con causa. Por lo que decía el apóstol que procurabais vivir bien, no solo delante de Dios, sino delante de los hombres [2]. Y aunque en otra parte parece no estimar los juicios del mundo, contrastándose con el testimonio de la buena conciencia, no favorece con esto á los que no hacen caso de lo que dicen los hombres. Porque aunque no se han de estimar los juicios de estos cuando la conciencia da testimonio de que se hace lo que se debe y no es lícito dejar, con todo, se ha de tener cuenta para no dar motivo á que nos juzguen sin causa [3]. Esta es una de las principales razones que tenia san Gregorio para decir [4]: Que se ha de tener miedo y reverencia á los juicios de los buenos, porque son miembros de Dios y no reprenden en

[1] Div. Marc. cap. 8, v. 3.

[2] Div. Paul. Ep. 2.^a ad Corinth. cap. 4, v. 21.

[3] Idem. Ep. 1.^a ad Corinth. cap. 4, v. 3.

[4] Div. Gregor. Hom. 9 in cap. 2 Ezechiel.

la tierra sino lo que Dios condena en el cielo. La detraccion empero de los malos es aprobacion de nuestra vida, porque entonces parece que hay en nosotros alguna cosa buena cuando nuestra vida desagrada á los que no agradan á Dios.

Adviértase que Jesucristo preguntaba á los apóstoles quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre, y no dice, quién dicen que es el Hijo de Dios; para confundir la soberbia de aquellos que cuando han de darse á conocer empiezan por los títulos de mayor dignidad, despreciando los de la humildad, que son los que mas enaltecen al hombre. Segun san Gerónimo [1], no dice quién dicen los hombres que soy yo, para huir todo pensamiento de vanidad y jactancia, no fuese cosa que creyesen sus discípulos que conservaba en su corazon el orgullo mundanal que habia venido á condenar; y san Crisóstomo añade [2]: Dice el Hijo del hombre, porque quiere que se crea en la dispensacion del misterio de la Encarnacion, á cuya confesion quiere inducir los discípulos; los que con aquella simplicidad que les era propia respondieron al Maestro divino: Unos dicen que sois *Juan Bautista*, otros que sois *Elias*, otros que sois *Jeremias*, y otros finalmente, que sois alguno de los profetas. Todas estas creencias tenian entre los judíos sus motivos de apoyo. Creyendo algunos en el error de los pitagóricos, á saber, que las almas pasaban de uno á otro cuerpo, creyeron que el Bautista á quien Herodes habia mandado degollar, habia resucitado y se presentaba con el nombre y persona de Jesús. Otros, viendo el celo que tenia de la ley, decían que era *Elias*. Y los que le habian visto llorar sobre la ciudad de Jerusalem profetizando su asolamiento y destruccion, le tenian por *Jeremias*. Así pensaba el vulgo de la persona de Jesús, confundiéndole con otros profetas, que aunque santos, no eran al cabo sino puras criaturas.

Jesús empero, que deseaba oír y saber de la boca de sus apóstoles el juicio que ellos particularmente formaban de su persona, les dijo: ¿Y vosotros qué partido tomáis en tan diferentes opiniones? ¿Quién decís que soy? Esta era la principal pregunta; las otras solamente habian sido preparacion para ella. Podrá, que en la célebre

[1] Div. Hieronim. in cap. 16 Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 55 in Math.

conferencia de Cafarnaum sobre la divinidad de Cristo y sobre la Eucaristia, tomaba siempre por el primero la palabra y se hacia cargo de responder; tomóla ahora tambien, y con respetuosa sumision contestó á Jesús y le dijo: *Vos sois el Cristo de Dios, vos sois el Mesias prometido, vos sois el Hijo de Dios vivo*. Admirable confesion de fe que mereció los mas bellos elogios y á la que siguieron los mas magníficos premios. Preguntó Cristo y no se paró en el juicio errado de los ignorantes del mundo, sino que buscó la resolucion de los sabios y buenos que eran los apóstoles. Habiales dado un gran conocimiento de sus atributos, y les habia hecho muchísimas mercedes; por esto les pidió una confesion altísima de su divinidad, porque es su conducta ordinaria pedir mucho al que mucho da; y como les habia dado grandes luces y conocimientos, les exigió una confesion mas sincera y mas alta. *Tú eres Cristo*, le contestó *Petro*; esto es, *Ungido*, de quien dice David [1]: Que habia de serlo con uncion de alegría sobre todos sus particioneros; y así confesó su humanidad, en la que lo confesó ungido con el óleo santo de la gracia sobre los demás hombres. *Tú eres Hijo de Dios vivo*, no adoptivo como los demás, sino natural y eterno, igual en todo á su Padre; que fué como decir: *Tú eres el Mesias esperado* y suspirado por tantos siglos, el cual en la humana naturaleza que tomó, habia de ser ungido con uncion espiritual como rey y sacerdote, segun la costumbre de la antigua ley; y este nombre de Hijo de Dios le viene de nacimiento y de linaje, porque nace con él y en él; y para llamarse igual al que le engendró, no necesita mendigar ni tomar nada de nadie [2]. Porque no se hizo Hijo de Dios cuando se hizo Hijo de la Virgen, á al tiempo que sus entrañas virginales, nació para dar luz al mundo. Era Hijo de Dios desde la eternidad, antes que fuese ni resplandeciese el sol, cuando no habian comenzado los siglos. Lo que dijo después san Pablo escribiendo á los hebreos [3]: *Hizo Dios tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos un nombre diferente*.

[1] Psal. 68, v. 2.

[2] Div. Paul. Ep. ad Philipp. cap. 2, v. 6.

[3] Id. ad Hebr. cap. 4, v. 3.

Porque ¿a cuál de los ángeles dijo: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy?

Bienaventurado eres, *Simon, hijo de Juan*, continuó Jesús, *porque no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esas verdades tan sublimes, sino mi Padre celestial que está en los cielos.* Lo que fué decirle: La convicción que tienes y la profesión que haces de creer que yo soy Hijo de Dios, no es obra de una inclinación natural y de una adhesión puramente humana, sino que es el fruto de la luz que has recibido de mi Padre celestial: él es el que ha hecho que me conozcas, y el que te da fervor y aliento para publicarlo. A la fe corresponde como premio la visión de Dios, queriendo el Señor, que quien por su autoridad cree lo que no ve, sea galardonado con ver lo que creía. Y así fué que no habiendo heredado Pedro de su padre Juan el conocimiento del Hijo de Dios, ni habiéndole recibido por los medios humanos, le descubrió Jesús que lo había recibido de su Padre celestial, cuya manifestación le hizo ver con claridad aquello mismo que él ya creía, que era la verdadera persona del Hijo de Dios en la de Jesucristo, su divino Maestro.

A la singular confesión de Pedro siguió el mas excelente elogio que de él hizo Jesucristo. Pedro enseñó á los apóstoles quién era Jesús, y este enseñó á Pedro quién era él, para lo que lo tenía destinado, y quienes en representación de su persona habían de ser todos sus sucesores. Pedro dijo á Jesús: Tú eres el Hijo de Dios; y el Señor le replicó: Para que te convenzas de que soy el mismo que has dicho y confesado. Yo te digo á tí: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* En otra ocasión, que fué la primera que Jesucristo vió á san Pedro, el que tenía por nombre Simón, ya le dijo que se había de llamar *Sephas*, vos siríaca que significa piedra. Mas en esta ocasión declaró el sentido altísimo que encerró en aquella palabra, manifestando que lo tenía escogido para piedra fundamental de su Iglesia, lo cual fué señal cierta de que en lo secreto del alma le infundía un don de firmeza, de amor y de fe para con Cristo, cual correspondía á la altura de esta dignidad. Esto era un-

nombre misterioso, en el cual está envuelta la prerogativa de Arquitecto y supremo Pastor de su Iglesia. La Iglesia es la gran casa de Dios; edificóla Jesucristo cuando la fundó, y la edifican los apóstoles y profetas, los evangelistas y los demás ministros suyos cuando la atraen nuevos miembros ó apacientan y gobiernan á los que están ya incorporados en ella con el pan de la doctrina santa [1]. Solo la Iglesia edificada sobre Pedro es la cristiana, la católica, la visible, la que posee la *cátedra de la unidad, la doctrina de la verdad y la vida de la caridad.* No cabe en ella la idolatría que destruye la unidad, ni la herejía que hace guerra á la verdad, ni el cisma que se opone á la caridad. Solos los que pertenecen á esta casa son el edificio de Dios [2]. El que no va fundado sobre el cimiento de ella, será arrancado por el humean del error, ó arrebatado por las lluvias y avenidas funestas del cisma. No quiere pertenecer al cuerpo místico de Cristo el que á Pedro no mira como á un vicario suyo y como á cabeza visible de este cuerpo en la tierra.

Este nombre fué como el signo del celo é intrepidez que siempre tuvo Pedro para adelantarse en todo lo que parecía tocar á la honra y al descanso de su Maestro. Fué el indicio inequívoco de la firmeza del amor con que había de amar al Maestro, en cuya correspondencia le encargó el Pastor supremo el apacentamiento de sus ovejas. Y fué en fin la concesión del privilegio exclusivo de que después de su Maestro sería él la piedra angular sobre la cual pondría el edificio grande, del cual sería el propio Jesucristo á un mismo tiempo *piedra angular, primer fundamento y Arquitecto divino*; que toda piedra que no se ajustase con la fundamental, colocada por la mano de Jesucristo, sería desechada de la fábrica del edificio y no entraría en su economía, y que la trabazón y unión inseparable de todas las partes con esta piedra principal, resultaría al edificio la solidez y recibiría eterna duración. Perpetua es la firmeza de la Iglesia de Cristo. Necedad es la cienteza de los que persiguen la verdad; flaqueza el poder de los que encarcelan, y que-

[1] 1d. ad Ephes. cap. 4. vs. 11 et 12.

[2] 1d. 1.^a ad Corinth. cap. v. 9.

man, y descuartizan á sus defensores. No puede ser destruida la que es guardada y protegida por el brazo de Dios hasta la consumacion de los siglos. No flaquea la fortaleza, ni yerra la verdad, ni peca la sanidad; combatida es la Iglesia, pero no vencida.

Después de esta tan magnífica y consoladora promesa, que nos da una idea tan relevante de la persona de Pedro, pasa el Señor á otra comparacion no menos grandiosa, por la que declara cuál será su poder en el gobierno de la misma Iglesia, mirada como una sociedad y congregacion de los fieles, sujetos á su gobierno y conducta. *Yo te daré, le dijo, las llaves del reino de los cielos. Todo cuanto atares sobre la tierra, será tambien atado en el cielo; y todo cuanto desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo.* Cuando le llamó piedra fundamental de su Iglesia, y dijo que contra ella se estrellaría todo el poder del infierno, representó la debilidad de todos los enemigos de la Iglesia que nada habian de poder contra la fe de los verdaderos creyentes; por lo que, *por las puertas del infierno* entiendo san Epifanio los herejes, san Ambrosio los vicios, Orígenes lo uno y lo otro, y Teofilacto los perseguidores de la misma Iglesia; al mismo tiempo que quiso demostrar tambien que esta casa, ó mas bien baluarte inexpugnable, que el mas sabio arquitecto fundó, no sobre la arena movediza, sino sobre la peña incontrastable de la fe, no sería derrocada ni por las avenidas de los vicios, ni por los aguaceros de las herejías, ni por los torbellinos de las persecuciones, aunque contra ella se adunen todas las fuerzas coligadas del infierno; pero cuando le da un poder tan amplio y extenso que ata y desata en la tierra y en el cielo, se lo da tambien, no hay duda, sobre todas las fuerzas reunidas del infierno.

Antes de entrar en el exámen de las preeminencias que por estas tan particulares y distinguidas consideraciones concedió Jesucristo á san Pedro, conviene no olvidar, que antes que se obrase por el Salvador divino el misterio de nuestra redencion, estaba cerrado el reino de los cielos, y lo estaba con la invencible puerta que puso Dios á consecuencia de la culpa del primer prevaricador. Encerrados estaban allí los ángeles, y solo venian al mundo cuando les enviaba el Señor á particulares misterios; pero aquel camino era oculto

y no trillado por alguno de los hijos de Adán. Por santo que fuese hallado alguno en su muerte, bajaba su alma al limbo, que era el depósito donde debían esperar hasta la venida del Salvador, que de allí habia de sacarlos; pero abierto el cielo con la muerte de aquel, y levantado el edificio espiritual de esta nueva Iglesia, quiso depositar en Pedro y en sus sucesores la potestad de abrir y cerrar las puertas de este reino, de perdonar y de detener, de atar y de desatar. Quiso autorizarlos para que impusieran á los pecadores las penas correspondientes á sus culpas, ya alejándoles los sacramentos ya sujetándoles á largas penitencias, ya tambien separándoles, si fuese necesario, de entre los otros fieles, porque la Iglesia á nadie ata ni puede atar por medio de la culpa, sino con castigos que sirvan de remedio ó de preservativo contra las culpas con que sus malos hijos se atan. Admirable declaracion por cierto de la potestad eclesiástica sobre la Iglesia militante significada con el nombre de reino de los cielos. Con estas llaves se abre el reino eterno que cerró el pecado, y se cierran las puertas del infierno que esto abrió.

De esta potestad tan exalta y encumbrada, que es una emanacion de la de Dios, no puede usar nadie contra la intencion de Jesucristo que la da ni de la Iglesia á quien la da. San Pablo llama á esta potestad el ministerio de la reconciliacion; por esto san Pedro y todos sus sucesores tuvieron, tienen y tendrán todo el poder necesario para formar, guiar, extender y gobernar su Iglesia por los medios que él mismo empleó en establecerla, fundarla y adquirirla con el precio de su sangre. Esta promesa que Cristo hizo á san Pedro, se cumplió á su tiempo con exactitud igual á la energía de las expresiones en que se concibió, cuando Pedro, jefe ya del colegio apostólico, después de la muerte y ascencion de su divino Maestro, vino á ser el padre de los padres y el pastor de los pastores, como tambien de las ovejas todas; porque en aquella ocasion en que Pedro confesó á Jesucristo por Hijo de Dios vivo, se le prometieron, pero no se le entregaron las llaves, pues á habérselas entregado, ya no hubiera habido en él el error de la negacion, como sucedió después en el tiempo de la pasion. A este propósito dijo con mucha oportunidad el venerable Beda [1]: Las llaves entonces se

[1] Ven. Bed. in esp. 8 Marci.

le prometieron, mas no se le dieron, porque todavía no se habían fabricado sobre el ayunque durísimo de la cruz, ni se habían templado con la sangre del Salvador; este tenía reservado para sí su primer uso y ejercicio. Aun al parecer no se habían acabado de perfeccionar, aun estaban metidas en el horno ardentísimo de la pasión, cuando el Señor debía abrir con ellas el primero las puertas del Paraíso al ladrón y homicida, para que tú después con su ejemplo las abrieses también á los publicanos y meretrices. Tú ejercerás el juicio sobre aquellos que confesarán su culpa y esperarán con resignación y paciencia su castigo y su pena; por esto tendrás una jurisdicción ordinaria y la potestad de juzgar, para lo que se requirieron dos cosas, á saber: la autoridad de conocer y de pensar sobre la culpa, y la potestad de juzgarla y absolverla ó condenarla; cuyas dos cosas te daré á su debido tiempo con el nombre, uso y ejercicio de estas llaves que ahora te prometo.

La potestad de estas llaves es la de juzgar en el foro de la conciencia, pero no sobre los cuerpos; y esta potestad consta de dos cosas, á saber: de la de discernir ó conocer en el exámen y averiguación de la causa, y de la de definir y determinar por sentencia condenatoria ó absolutoria. La primera potestad se llama ciencia, no como hábito de conocimiento, sino como autoridad y potestad de discernir y juzgar por la ciencia antes habida y adquirida; y la segunda se llama el poder de admitir ó excluir del reino, segun el verdadero juicio que se forma, mediante el que deben ser los indignos excluidos y los dignos admitidos, por lo que dijo san Bernardo [1]: Pedro recibió las llaves en la ciencia y en la potestad que de arriba se le dió, y estas son la potestad de abrir y cerrar, y la discreción para discernir entre los que deben ser admitidos ó excluidos. Esta potestad de atar y desatar no se dió sola y exclusivamente á Pedro, dióse también por el Señor á los demás apóstoles, é igualmente á los demás obispos y presbíteros, y en ellos á toda la Iglesia. Bien entendido empero que lo que es el poder de la autoridad radica en solo Dios, el que la concede mediante la infusión de la

[1] Div. Bernard. Sermon 69 in cantica.

gracia: la potestad de la excelencia está en Jesucristo, que abre por el mérito de su pasión, y la potestad ministerial está en los prelados de la Iglesia, que abren por el ministerio de los sacramentos. Pero de tal manera recibió Pedro el poder de las llaves y el principado de la potestad judiciaria para que entiendan cuantos creen y están esparcidos y diseminados por todo el orbe, que todos aquellos que voluntariamente se separasen de la unidad de la fe y de la sociedad y comunión de la Iglesia, que de ninguna manera pueden ser desatados de las ligaduras de los pecados ni pueden entrar por la puerta del reino de los cielos.

Oigan esto pues los obispos y prelados de la Iglesia, y si se alegran y gozan en su dignidad, no se ensoberbecen en su potestad. Si ataron como Pedro y como él desataron, ligado quedará lo que ligaren y desatado lo que desatarén. Imítenle pues en la discreción y en la justicia los que quieren imitarlo en la potestad de atar y desatar. A él solo se le dijo esto por Jesucristo para que los demás se mirasen en él como en un espejo, y así vivan, y así aten y así desaten, que de la paz y concordia nunca se aparten. Por lo que dijo san Gregorio [2]: Con grande moderación procuren los pastores de la Iglesia atar y desatar; pero aunque justa ó injustamente se vea obligado á ello el pastor, siempre su sentencia ha de ser temida y respetada por la grey. Tiemble pues el pastor de absolver ó ligar indiscretamente, y el que está bajo su custodia tema de ser ligado, ni repunda temerariamente en el fondo de su corazón el juicio del pastor, aunque injustamente se viese ligado, no sea cosa que por la soberbia que le inflama le resulte después una culpa que antes no tenía.

Alegres debían estar los apóstoles y sumamente contentos por las grandes noticias que habían adquirido acerca de la persona de su Maestro, y tal vez se hallarian en disposición de revelarlas, cuando su Majestad les prohibió á todos en general y muy severamente que á nadie dijiesen que él era Cristo, el enviado é Hijo único de Dios. Dándoles é entender, que aunque no quería tener cautiva la

[1] Div. Gregor. Hom. 26 in Evangelia.

verdad, sino que su voluntad era que fuese conocida y creída de todo el mundo; no conociendo ellos todavía los designios de la Providencia adorable de su Padre ni las economías de la predicación evangélica, sobre lo que los instruirá sucesivamente, les manifestó que solo á él era á quien entonces tocaba anunciar los misterios sublimes de la divinidad del Hijo único del Padre, establecer esta revelación con milagros, y sellarla con toda su sangre, pero que ellos debían esperar el misterio de su Resurrección y que se derramase el Espíritu Santo sobre su corazón; que en el poco tiempo que le restaba de vivir, consumara lo que le faltaba, para dar el último testimonio de la verdad que su Padre les había dado á conocer y Podría acabar de confesar. Que entonces ellos la propounding al universo como una verdad, cuya fe sería principio de toda justicia y fundamento de todo culto agradable á Dios. Véase pues por esto, que esta prohibición fué temporal y por muy corto espacio de tiempo, porque si antes de la pasión de Jesús se hubiese divulgado este importantísimo dogma, se habría irritado la fe en el corazón de los que creían por el escándalo futuro de la pasión, como á pesar de todo esto sucedió en verdad con los mismos apóstoles que abandonaron cobardemente al Salvador.

El tiempo de la pasión era tiempo de ignominia y de que se manifestase la enfermedad y flaqueza de los hombres; pero después de la resurrección, conseguida ya la perfecta victoria de la muerte, era el de que se manifestase la gloria de su Majestad. Cuando cesó la causa, esto es, el escándalo de la pasión, cesó el efecto, esto es, la prohibición; así es, que dijo el Crisóstomo [1]: Si manifestamente hubiese sido conocido por Hijo de Dios, nadie se hubiera atrevido á echarlo encima la mano, y ni hubiera sido crucificado, ni hubiera resucitado de entre los muertos; por consiguiente el reino del infierno estaría sobre la tierra y el diablo dominaría todo el universo. Y san Ambrosio añade [2]: Por muchas razones mandó el Señor á sus discípulos que callasen en esta ocasión, para engañar al principio de las tinieblas, para huir la vanagloria, para enseñar la humildad

[1] Div. Crisostom. Hom. 55 in Math.

[2] Div. Ambros. in cap. 9 Lucæ.

y para no oprimir á los discípulos rudes todavía é imperfectos con la pesada carga de una mayor y mas interesante predicación. Prohibióseles antes evangelizar al Hijo de Dios para que después lo anuncien crucificado. Esta es la gloria de la fe, si bien quiere entenderse, la cruz de Cristo. Estas verdades tenían mucho de grande, sublime y verdaderamente divino. Su cumplimiento es hoy nuestra dicha y nuestra gloria. Por ellas somos verdaderos adoradores y es honrado Dios por los hombres como merece serlo. Pero tambien es preciso confesar que estas tristes predicciones, anunciadas sin prevención en un tiempo en que todavía no estaban dispuestos los corazones para recibirlas, ó hubieran escandalizado enteramente á los fieles, ó tal vez los hubieran retraído de creer.

Jesucristo, que comprendia bien hasta dónde había de llegar la resistencia de los mismos apóstoles, á quienes acababa de manifestar tan explícitamente su divinidad, quiso dar con ellos un grande ejemplo al mundo poniendo á una dura prueba toda la sumisión y rendimiento de su fe; y al mismo tiempo que les previno que callasen, les encargó que lo dejasen obrar segun los designios de la providencia de su Padre, y que á lo mas se contentasen con anunciar, como hasta allí lo habían hecho por su orden, que el reino de Dios se acercaba; que ya había llegado el tiempo anunciado por los profetas, y que para coger sus frutos convenia disponerse con la penitencia; que este sería el orden de los sucesos que bien pronto verían pasar delante sus ojos; que no queria ocultarles cosa alguna, y que convenia prevenirlos contra los escándalos, de los cuales conocia que se dejarían llevar fácilmente.

Advertidos con estas prevenciones, continuó el Señor manifestándoles los futuros, pero muy cercanos acontecimientos, y así les dijo: Sabed, discípulos míos, que tiene determinado mi Padre que yo vaya á Jerusalem, y que aunque soy su Hijo único y primogénito de los hombres, he de padecer mucho allí de parte de los escribas, de los príncipes, de los sacerdotes y de los ancianos de la nación. Que después de haber experimentado todas las indignidades y afrentas, y padecido todos los tormentos que pueden imaginarse y discurrirse, será reprobado de ellos y entregado á la muerte ó en ignominia,

y al tercer día resucitaré á una nueva vida. Y finalmente, sabed que hasta después de cumplidos estos oráculos, no predicareis públicamente ni anunciareis lo que al presente habeis confesado en secreto. Amargo y durísimo pareció este relato á unos hombres tiernamente adictos á su buen Maestro. Y Pedro, que le amaba mas que los otros condiscipulos, no solamente se halló sorprendido, sino que se manifestó muy inquieto y ofendido; y cogiendo al Señor por la mano y separándole de los demás para evitar el que se dijera que los reprendía, poseído de un verdadero amor y de un dolor vehementísimo, le dijo: No, Señor y Maestro mío; no sucederá esto así; no caerán sobre vos todas esas desgracias, me decís. Tratamientos tan indignos no pueden estar reservados para quien es tan misericordioso con los hombres como lo sois vos.

El amor de Pedro y la escasa comprension que aun tenia de las cosas de Dios, parece que podian hacer disimulable su atrevimiento; sin embargo, no dejaba de ser escandaloso: y para prevenir al Maestro divino todas sus fatales consecuencias no pudo menos de tratar á aquel con aspereza y rigor. Empezó su Majestad mirando con rostro severo á cada uno de los apóstoles, para darles á entender que lo que iba á decir á Pedro se dirigia tambien á cada uno de ellos, si todos eran de su mismo modo de pensar; y encarándose después con aquel le dijo: Apártate de mi vista, Satanás: las reflexiones que me haces me escandalizan, y no puedo menos de oír las con horror. Hablas como hombre carnal que nada conoce de bueno ó de grande sino las cosas de la tierra, y no tiene el menor gusto en las que son de Dios.

Solo el que estuviere penetrado del celo ardiente de Pedro y animado del mismo vivísimo deseo que tenia de agradar á Jesús, podría formar un juicio seguro de la impresion terrible que habia hecho en su ánimo un descontento manifestado con tan duras expresiones. Por lo menos el Salvador amoroso tuvo la bondad de perdonar al culpado la publicidad de la reprension. El grande Orígenes la exposita de una manera digna de ser tomada en consideracion [1], y dice así: *Marcha en pos de mí.* Esto es, por la confor-

[1] Origen. Tract. 1 in Math.

midad de la voluntad. *Ven detrás,* y no contra mí. *Satanás,* esto es, adversario y contrario, porque contradices y hablas cosas opuestas á mi voluntad y al camino que debo seguir para alcanzar la salud universal de los hombres. No quieras impedir mi pasion; antes al contrario, sígueme y procura imitar mis pasos. Bienaventurado es pues aquel á quien Cristo se convierte y mira, aunque le mire con ánimo de corregirle. Y añadió el Señor: Eres para mí escándalo, porque me das ocasion de ofensa; y me ofendes en esto que dices y haces, porque acreditás no comprender las cosas que son de Dios, el que tiene determinada mi pasion, sino que aprecias y prefieres las cosas que son de los hombres, amándome con afecto puramente humano. Es muy digno de advertir que ahora llama el Salvador Satanás á aquel á quien tan poco tiempo hacia habia sublimado y ensalzado sobre todos los demás, lo que precisamente fué por el amor carnal que le habia pasado disuadiéndole de su pasion y oponiéndose para que no se verificara. Luego es claro que para no incurrir en estas reprensiones de Jesús no debemos amar las cosas humanas, sino las divinas; no las carnales, sino las espirituales; no las terrenas, sino las celestiales.

Por lo demás es sumamente notorio que Pedro amó al Salvador con un amor ardentísimo; pues como se lee en el itinerario de san Clemente: Tan fervorosamente amó Pedro á Jesucristo, que después de su ascension gloriosa á los cielos, cuantas veces se acordaba de su dulcísima presencia, amabilísima compaña y tiernísima conversacion, otras tantas saltaban de sus ojos rios de tan abundantes y ardientes lágrimas, que sus mejillas parecian como abrasadas por el ardor de aquellas; de donde se infiere que por el celo y amor que al Maestro profesaba, queria impedirle su pasion. Pero como este celo era indiscreto, por esto fué duramente reprendido. Con este ejemplo debemos nosotros tambien comprender que por el alivio de las penas temporales que por nuestros pecados hemos de merecer, no hemos de abandonar los ejercicios espirituales, por los que hemos de merecer los grandes é inefables consuelos de nuestra alma.

Acabado este importantísimo discurso que encerraba tantos y tan grandes documentos, fué á juntarse el Salvador con las turbas que

lo esperaban para continuar su viaje á los contornos de Cesarea, disponiendo de tal manera sus instrucciones al pueblo que le rodeaba, que los mismos apóstoles conocían eran una continuación de cuanto hasta entonces les había dicho. Dirigiéndose pues á las turbas en general, les dijo: Si alguno de vosotros quiere ser contado en el número de mis discípulos y venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígama. Una cosa es ir á Cristo ó caminar á Cristo, y otra es ir en pos de Cristo. Lo primero todos lo quieren: no hay cristiano que no desee ir á Cristo y verle donde él reina en la diestra de su Padre. Pero ir en pos de Cristo son pocos los que de veras lo quieren. Porque el camino por donde se va á Cristo está lleno de trabajos y penas, de que se resienten los regalados de este mundo; está sembrado de abojos que lastiman los pies delicados; es cuesta arriba para los flacos, estrecho para los que dan demasiada anchura á los afectos de su corazón. Y como á estas clases pertenecen la mayor parte de los hombres, de ahí es que son muy pocos los que andan en pos de Cristo. Pero no admira tanto que estos sean pocos, como que haya quien espere llegar á Cristo no yendo por el camino de Cristo. Porque él es el término del camino y el camino mismo; fin, principio y medio de la carrera de la eterna salud. Por cuya razón, y atendiendo á que, el que para llegar á Cristo no va en pos de él por el camino que su Majestad divina le señaló, anda eutramente desviado; dijo san Crisóstomo [1]: Como sea el Salvador pío y benignísimo, no quiere tener ningún servidor engañado ó forzado, sino libres y voluntarios, y que le den gracias porque los admitió á su servicio. Así, sin violentar á nadie ni forzando á nadie por la necesidad, sino persuadiendo y haciendo bien á todos, atrae á sí á cuantos quieren servirle. Porque si alguno diese grandes sumas de oro ó repartiese todos sus tesoros á cuantos le siguiesen, ninguno habría que no corriese en pos de aquel. ¿Cuánto mas pues han de correr en pos de Cristo para alcanzar los tesoros que están en el cielo?

La abnegación de la propia voluntad y el desprecio de sí mismo son como los primeros rudimentos de la escuela de Cristo, á lo que

están unidos con eslabones indestructibles, el tomar cada uno su cruz y el seguir á Cristo; porque en estas tres cosas consiste muy principalmente la perfección cristiana. En cuanto á lo primero, ya nos dijo el apóstol san Pedro [1] *que viviésemos como peregrinos y advenedizos*; esto es, como á gente que por no saber las costumbres de la tierra podía ser fácilmente engañada, y que por consiguiente estuviésemos siempre prevenidos, absteniéndonos de los deseos carnales que levantan continuamente la bandera contra el alma. Lo que fué como si dijera: Sabed que en este camino del cielo donde andais como peregrinos, hay escondido un ejército de soldados para hacer la guerra á vuestra alma y estorbarlo el paso. Estos militares aguerridos son los apetitos de vuestra carne, los que encubiertos como en emboscada os quieren sorprender, no dejándoos usar de las armas de la razón para rendiros y traeros á su partido, obligándoos como cautivos á todo lo que ella manda. En sintiendo pues algún apetito carnal que pide alguna cosa contra la ley del espíritu, tened entendido que ese es soldado que sale á cortaros el camino del cielo.

Tres cosas, según esta doctrina santa, debe negar en sí mismo el hombre para seguir verdadera y desembarazadamente á Cristo. Lo primero debe negar y renunciar lo suyo; porque escrito está [2]: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Lo segundo, debe renunciar los suyos, porque también se lee en el Evangelio: *Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre, á su madre, y aun á su propia alma, no puedo ser mi discípulo* [3]. Y debe renunciarse á sí mismo, desnudándose del hombre viejo con todos sus actos y pasiones, y vistiéndose del nuevo en Jesucristo, para que deje de ser lo que era y empiece á ser lo que no era. Porque ¿de qué le aprovecharía renunciar lo suyo y los suyos, si no negase ó renunciase su propia voluntad, que es la que siempre arrastra al hombre y le pierde? Jesucristo quiso dar á todos este tan grandioso como admirable ejemplo, diciéndonos: *Que bajo del cielo, no para hacer su propia voluntad, sino la de su Padre que le*

[1] Ep. 1.º Petri. cap. 2, v. 11.

[2] Luc. cap. 14.

[3] Id. Ibid.

chrió. San Crisóstomo expresó con un precioso símil qué cosa sea negarse á sí mismo [1]: considerad, dice, lo que es negar á otro, y así entenderéis lo que es negarse á sí mismo. El que á otro niega, si va que lo hieren, lo echan á la cárcel, lo castigan, ó que tiene trabajos, no acude á socorrerle, no se inclina á sus ruegos ni se compadece de sus miserias, porque se ha con él como persona que no conoce, con quien no tiene trato, ni cuida de sus cosas, ni se le da nada de su bien ni de su mal. Según esto pues, aquel se niega á sí mismo, que no se cuida de su cuerpo en lo que le pide contra razón y justicia, mas que si no lo conociese: si lo desprecian no hace caso de ello; si lo hieren ó hacen otro daño, no toma venganza; si padece frío ó hambre, ó cualquiera otra incomodidad, no se cuida de ello y le deja padecer; finalmente, no hace mas caso de él que si no lo conociese. Esto es negarse á sí mismo y hacerlo como lo hizo Cristo, que se dejó de su Majestad y grandeza, tomó la forma de esclavo y la figura de hombre, y vistiendo el saco de nuestra mortalidad, sufrió todos los tormentos y oprobios en su dolorosa pasión y muerte afrentosa de Cruz.

Pero añadió el Salvador que el que quisiera seguirle había de tomar su cruz, esto es, la del mismo, porque en ella iba el precio de nuestra redención y el peso de nuestros pecados: por cuya razón el que se precia de discípulo suyo debe estar siempre dispuesto para padecer por su amor, como él lo estuvo para padecer por nosotros, sin que nos arredren ni hagan desmayar los trabajos, por grandes que sean; no llevando por fuerza ni como arrastrando la cruz, sino recibéndola y tomándola con alegría, teniendo los trabajos por ganancia y gozándose en ellos como se gozaban los apóstoles al salir de los tribunales, porque habían sido dignos de padecer por el nombre de Cristo [2]. Esta consideración tan consoladora para todo aquel que se ve perseguido y atribulado en esta vida, fué la que impulsó á san Hilario á que nos dejase escrito este tan sublime documento [3]: Ha de seguirse á Cristo tomando también la cruz de su pasión, la que si no nos tocase por suerte, fía de ser buscada de buena volun-

[1] Div. Crisostom. Hom. 56 in Math.

[2] Actor. cap. 5, v. 41.

[3] Div. Hilari. Cen. 16 in Math.

tad, y con buena voluntad debe abrazarse para seguir al Redentor. San Pablo vivía tan enteramente negado á sí mismo por seguir á Jesucristo, que dijo á los de Galaçia [1]: *Para mí está ya crucificado el mundo y yo para él*; en cuya consecuencia no titubeó en afirmar cuando escribía á los colosenses: *Que vivía, pero que no era él el que vivía, sino que era Jesucristo que vivía en él* [2]. Excelentes pruebas de la abnegación de uno mismo de llevar con entera confianza y amor la cruz de Jesús, Salvador y Redentor nuestro, y de seguirle con ardentísimo deseo de ser crucificado por él.

Arduo y trabajosísimo era este empeño, espantoso al parecer el consejo; pero no lo era menos el que después siguió. Cualquiera, les añadió, que quisiera salvar su alma, esto es, conservar su vida á expensas de la fe ó procurar su descanso en la tierra, renunciando la creencia ó la práctica del Evangelio, perderá su alma para siempre. Pero al contrario, esto es, el que perdiera su alma ó expusiere su vida, ó llegase á perderla por la confesión de las verdades que anuncio, él encontrará su vida y salvará para siempre su alma. Huyendo de la muerte hallará la muerte, y procurando conservar su vida, perderá la vida; huyendo la muerte temporal, encontrará la eterna; y deseando conservar la vida temporal perderá también la eterna. Su Majestad estaba previendo el tiempo de la persecución, conocía su rigor y quería prevenir para ella. El combate había de ser terrible, pero necesario; la victoria difícil; mas que preciso era vencer ó perderlo todo. ¿Y qué le servirá al hombre, añade el Señor, ganar todos los tesoros de la tierra, si esta ganancia le tiene de costa ó la salud ó la vida? No tiene el mundo cosa bastante preciosa para pagar la vida de un hombre si se pasa de la vida temporal á la eterna, porque nada hay en este mundo que pueda compararse con la bienaventuranza dichosa y permanente, por lo que será muy feliz el que pierda aquella por ganar esta. Sea un hombre monarca del mundo, goce de sus bienes por muchos años, no tenga nada que desear en la tierra: aun á este hombre tan dichoso, que todavía está por encontrarse, ¿qué le aprovechará tanta felicidad temporal si perdiere la eterna?

[1] Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 6.

[2] Id. ad Colos. cap. 3.

¿Y de qué le servirá al hombre, continuó su Majestad, ganar á todo el mundo, si no hay en él cosa que pueda recompensar la pérdida irreparable de su alma? ¿Quién será tan loco que se atreva á escoger un goce temporal, cuyo fin ha de ser la condenacion eterna? El comprar un bien menor con menoscabo de otro mayor, aunque el uno y el otro sean temporales y perecederos, siempre se tiene por pérdida; ¿qué será adquirir un bien temporal á costa de otro eterno? Por salvar el alma todo se ha de aventurar sin reparar en la costa que para esto se haga, hasta sacarnos los ojos cuando lo pida la necesidad, ó cortarnos los pies y las manos en el sentido espiritual que lo manda Jesucristo, y dejar padre y madre, mujer, hijos y heredades, y aun ofrecer la vida del cuerpo si fuese menester. Nada sacará el hombre de este mundo cuando muera para llevar consigo, sino sus virtudes y sus pecados; dejará todo lo terreno y llevará precisamente todo lo immortal; siendo pues el alma inmortal é incorruptible, se ha de anteponer y preferir á todo lo mortal y transitorio. Sobremanera necio y avaro, y aun mucho peor que el diablo, es el que ania mas las riquezas y tesoros del mundo que su propia alma ó que las almas de los demás, porque el diablo estina mas una alma sola que todo el universo; por lo que se atrevió á decir á Jesucristo creyendo lo engañarle: *Todo esto te daré, y le enseñó todo el mundo; si postrándote delante de mí me adoras.* En cuya consecuencia no titubó el grande Orígenes en escribir [1]: Propuestas estas dos cosas, mejor hemos de escoger perder el mundo y ganar nuestra alma, que perder esta por ganar el mundo. Y san Crisóstomo concluye con este ejemplo tan familiar [2]: Si teniendo tú necesidad y colocado tú en el último extremo de la miseria vieres á tus criados que disipan en la lascivia todo cuanto tienen, ¿qué ganancia crees sería para tí ser señor de aquellos? Así pues, ¿que es lo que ganará tu alma si tu cuerpo se disipa todo entre los deleites de la sensualidad? Aunque tuvieses la sabiduría de Salomón, la hermosura de Absalón, la fortaleza de Sansón, la longevidad de Enoch, las riquezas de Creso y todo el poder de los hebreos, ¿de que te aprovecharia todo esto si al fin tu alma habia

[1] Origen, Tract. 2 in Math.

[2] Civ. Crisostom, Hom. 56 in Math.

de ser entregada á los demonios para ser atormentada sin fin, y tu cuerpo habia de venir á ser pasto de gusanos?

Jesucristo, el mas humilde de todas las criaturas, quiso enseñar á todas con sus palabras y ejemplos, que la gloria de sus verdaderos discípulos consistia en renunciar la del mundo, porque si alguno se avergonzase alguna vez de confesarle á la presencia de los hombres, no hay duda que él le confundiria delante de sus ángeles y santos; y que cualquiera que tuviese á deshonor el profesar sus doctrinas y el imitar sus ejemplos, se veria lleno de confusion en el dia de su triunfo; y que en fin, si alguno tuviese dificultad en creer y seguir sus máximas, tan opuestas á las del mundo, por alguna culpable consecuencia con los que lo siguen y aman, él le cargaria de oprobios á la presencia de todo el universo, cuando acompañado de sus ángeles vendria del cielo con toda la majestad de su gloria y le de su Eterno Padre á juzgar á los hombres y á dar á cada uno, ó castigo ó premio, segun sus obras, porque alli no se atenderá á las personas, sino á los méritos, sin disminucion de ninguna clase; á los justos el premio, á saber, la gloria de alma y cuerpo; á los malos el suplicio de uno y otro. Aquí es el lugar de merecer del uno y del otro, de liberar y salvar el alma, y de alli de recibir segun los méritos. Camina por tanto derechamente aquí mientras tienes luz, esto es, mientras vives, no sea cosa te ojan desquiciado las tinieblas de la muerte. Recibe aquí la muerte para que después recibas la vida immortal: no temas, porque á las tristezas de la vida suceden después las glorias y gozos celestiales. Temes la muerte, fija tu vista en la gloria del que triunfa; te avergüenzas de la cruz, atiende á los ministerios de los ángeles. Oye y atiende por fin las palabras de san Bernardo [1]: ¿Quieres saber lo que debes á Jesucristo? Le debes tu vida, ponle él por tí dió la suya.

Como los apóstoles empero eran rudos y podian caer en la duda de si vendria el Señor de la manera que les anunciaba, para que no desmayasen mientras le esperaban, les dijo: Sabed pues que algunos de los que están aquí presentes y me escuchan no verán la muerte hasta que hayan visto al que vosotros miráis ahora en todo pare-

[1] Div. Bernard. Sermon de cuadruplici debito.

cido á los demás hombres, revestido de majestad, lleno de resplandor, adornado de poder y hermosura, y sin que experimenten una alegría indecible, que será efecto anticipado de las delicias de su celestial reino. En carne mortal les manifestó, no su inmortalidad, sino una claridad en todo preciosa á la luz verdadera de la futura inmortalidad; y les hizo esta graciosa promesa, que les cumplió con la mayor fidelidad y prontitud, para que vista la gloria futura de la resurrección y la contemplación del gozo permanente que allí habían de disfrutar, sufriesen con más resignación y constancia los trabajos y tribulaciones transitorias de la tierra.

ORACION.

SOBRE LA CONFESION DE SAN PEDRO.

Dios y Señor mío Jesucristo, á quien el bienaventurado apóstol san Pedro confesó por verdadero Hijo de Dios: también yo, miserable é indigno pecador, confieso con toda la boca y con todo el corazón que tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo y eterno; y te ruego, Señor clementísimo, me concedas el que te confiese con mis obras, para que no negándole con ninguna de todas ellas, sea hallado fiel en tu divina presencia. Dame, oh Jesús mío! viva fe de tu divinidad y obediencia de tu ley, para que remontándome con alas de la esperanza hasta conseguir la eterna salud, vuele hasta tí con encendido amor. De tí, piedra viva, salgan rios de aguas de tus conocimientos que atraigan al seno de la Iglesia á los que tiene separados de ella el error y la vanidad de la idolatría, para que consiguiendo con Pedro tu santa bendición, permanezca como él, firme en la fe con todas mis palabras y mis obras. Da, oh Señor y Dios omnipotente! un mismo espíritu á todos los pastores y directores de las almas, para que conspirando todos á la honra de nuestro santo Nombre, uniéndonos todos como sarmientos vivos á vas, que sois la eterna vida, crezcamos en lozanía y verdor y en frutos de virtud, como ramas dignas de tal tronco, y conformados enteramente con vuestra santa voluntad lleguemos hasta la patria eterna, donde para siempre os alabemos. Amen.

ORACION.

PARA ALCANZAR LA GRACIA DE SEGUIR A JESUS.

Señor mío Jesucristo, Señor y Dios mío liberalísimo: tú, que te derramas cuando quieres en el corazón de la criatura y le llenas con la abundancia de tus dones, alentándole y favoreciéndole en medio de los trabajos y penalidades de la vida, concédeme la gracia que de tal manera me renuncie y niegue á mí mismo en todas aquellas cosas que temporalmente deleitan, que en todo tiempo y ocasión me aparte de todo lo malo y á tí solo honre y busque; y renunciando constantemente á mi propia voluntad, á tí solo busque y por tí obedezca siempre á todas las criaturas. No me niegues la dicha de que lleve con paciencia y solo por tu amor la cruz de las aflicciones y penalidades de la vida. Sea para mí este pensamiento espuela que me aliente á ir en pos de tí, tomando tu cruz para ser enclavado y morir en ella. No aventure yo la salvación de mi alma por cosa ninguna del mundo, sino que siguiendo tus pasos é imitándote en todo, y conformando mi vida con la tuya, vaya en pos de tí hasta llegar á la patria donde vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 28; y la contestación san Marcos en el VIII, desde el 13 hasta el 39, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Mateo, desde el versículo 13 hasta el 19 en la festividad de las cátedras de san Pedro en Roma y en Antioquia; la primera á 18 de enero y la segunda á 22 de febrero, y en el día de la festividad de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, á 29 de junio.

Usa también del mismo texto desde el versículo 24 hasta el 28, como propio de la misa del día de san Marcelo papa á 16 de enero,

y de otros muchos santos obispos y mártires; y en la misa *Sacerdotes* del comun de un mártir pontífice. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS FESTIVIDADES DE SAN PEDRO QUE SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XVI, vs. 13 al 19.

En aquel tiempo vino Jesús á las cercanías de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas. Dícele Jesús: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo. Entonces respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN MARCELO Y OTROS SANTOS PONTÍFICES Y MARTIRES.

San Mateo, cap. XVI, vs. 24 al 28.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar á todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno según, sus obras.

CAPITULO VIII.

TRANSFIGURACION DE JESUS EN EL MONTE TABOR, EN LA QUE SE MUESTRA GLORIOSO A TRES DE SUS DISCIPULOS, Y AL DIA SIGUIENTE DE BAJAR DEL MONTE, SANA A UN LUNATICO Y ENDEMONIADO QUE AQUELLOS NO HABIAN PODIDO CURAR POR FALTA DE FE.

Desde que Jesús determinó dar á conocer con toda claridad á sus apóstoles que se acercaba el tiempo de su pasión, no les hablaba de otra cosa mas que de su próxima partida, de afrentas, de ultrajes, de tormentos, de suplicios, de cruz y de muerte. Les mostraba á Jerusalem como el teatro donde se había de representar la mas sangrienta é inhumana de todas las tragedias que jamás los siglos vieron, haciendo sus sacrilegos habitantes al hombre Dios la víctima de su propia infidelidad: no se ocupaba sino en pensamientos lúgubres y en comunicar á sus mejores amigos reflexiones siempre tristes y desconsolantes; y esto en un tiempo en que para animarlos, aunque entre los bosquejos y figuras les había hecho una grande y consoladora promesa que debía realizarse antes de su muerte. Acercábase el término fatal, y el soberano Maestro se apresuraba

y de otros muchos santos obispos y mártires; y en la misa *Sacerdotes* del comun de un mártir pontífice. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS FESTIVIDADES DE SAN PEDRO QUE SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XVI, vs. 13 al 19.

En aquel tiempo vino Jesús á las cercanías de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas. Dícele Jesús: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo. Entonces respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN MARCELO Y OTROS SANTOS PONTÍFICES Y MARTIRES.

San Mateo, cap. XVI, vs. 24 al 28.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar á todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno según, sus obras.

CAPITULO VIII.

TRANSFIGURACION DE JESUS EN EL MONTE TABOR, EN LA QUE SE MUESTRA GLORIOSO A TRES DE SUS DISCIPULOS, Y AL DIA SIGUIENTE DE BAJAR DEL MONTE, SANA A UN LUNATICO Y ENDEMONIADO QUE AQUELLOS NO HABIAN PODIDO CURAR POR FALTA DE FE.

Desde que Jesús determinó dar á conocer con toda claridad á sus apóstoles que se acercaba el tiempo de su pasión, no les hablaba de otra cosa mas que de su próxima partida, de afrentas, de ultrajes, de tormentos, de suplicios, de cruz y de muerte. Les mostraba á Jerusalem como el teatro donde se había de representar la mas sangrienta é inhumana de todas las tragedias que jamás los siglos vieron, haciendo sus sacrilegos habitantes al hombre Dios la víctima de su propia infidelidad: no se ocupaba sino en pensamientos lúgubres y en comunicar á sus mejores amigos reflexiones siempre tristes y desconsolantes; y esto en un tiempo en que para animarlos, aunque entre los bosquejos y figuras les había hecho una grande y consoladora promesa que debía realizarse antes de su muerte. Acercábase el término fatal, y el soberano Maestro se apresuraba

para consumar la grande obra de la instruccion de todos los hijos de Israel en los diversos cantones de la Palestina, la que debia preceder á la consumacion del sacrificio. Pocos dias le bastaron para darse á conocer en todo el canton de Cesarea de Filippo, que estaba situada en la tribu de Nephthali, confinante por el Sur con la Zabulon y el monte Tabor, en medio de Galilea en esta última tribu; es decir, que comprendia desde casi el nacimiento del Jordan hasta los contornos del monte Libano; porque tan luego como se anunciaba su llegada á una parte, corrían de todas las vecindades para oírle hablar del reino de Dios.

Solo Jesús, á quien nada estaba oculto, sabia claramente que este era el último de los viajes que habia de hacer en la Judea y Galilea, el que como una larga jornada le conducia con lentitud al calvario, cuyos pasos todos estaban medidos en los eternos decretos de la sabiduría de Dios; y como la sangrienta escena del Gólgota habia de ser el verdadero triunfo del infierno y de la muerte, quiso el Señor anunciar con un espectáculo glorioso, cuya magnificencia anunciaba la cruz y parecia únicamente destinado á quitar con anticipacion el escándalo que ella habia de producir. Seis dias enteros, como dicen san Mateo y san Márcos, no contando sino los intermedios, á ocho, como dice san Lucas, contando con los dos no cumplidos, á saber: aquel en que Jesús pronunció su último discurso, y en el que se verificó el memorable acontecimiento que vamos á referir, se hallaba Jesús con sus apóstoles al pié de un alto monte cercado de una numerosa muchebumbre, á la que habia explicado como solia las verdades de la salud; y aunque no debió cansar admiracion verle retirarse al fin del dia para pasar la noche en oracion, segun tenia de costumbre, causó alguna extrañeza observar que se llevase consigo á sus tres mas intimos amigos Pedro, Juan y Diego, hermanos los dos últimos é hijos del Zebedeo, y que se dejase los restantes en la llanura, acompañados del pueblo que los habia seguido.

Apoiados ciertos autores en los dichos de algunos viajeros, tal vez menos religiosos que entendidos, y en varios planos de la Palestina, cuya exactitud es muy dudosa, y sobre todo en que los Evan-

gelistas sagrados no nombran el monte sobre el que se verificó tan estupendo prodigio, la critica de los injustos detractores del Evangelio se opone á creer que fuese sobre el monte Tabor, por hallarse segun dicen, situado dicho monte en los confines de Galilea y Samaria, muy lejos de Paneas y del nacimiento del Jordan: suponiendo que el en que tuvo lugar dicho portentoso era el Libano, mucho mas elevado que el Tabor y cercano á Cesarea de Filippo; pero siendo como es innegable que el Tabor solo dista cuatro millas de Nazareth, y que Jesús viajaba entonces por aquel país en direccion á Galilea, no hay dificultad alguna en creer que fuese este el monte donde se verificó el prodigio; y desaparece toda duda cuando los contrarios á esta opinion no prueban que en toda la Palestina hubiese otro monte con el mismo nombre; y en la antiquísima version persica sobre el capítulo XVII de san Mateo, se lee: *TRANSFIGURACION DE CRISTO EN EL MONTE TABOR.*

Escondidos han quedado tambien en los secretos de la Providencia divina los motivos que tendria Jesús para dispensar esta fineza singular á solos los tres apóstoles queridos y no á todos los demás. No puede dudarse de su mérito ni de que el Señor tuvo grandes razones para ello, entre las que sobresalen al parecer las de que queria su Majestad que el caso quedase muy secreto hasta después de su resurreccion, y que aquellos mismos tres á quienes revelaba una parte de la magnificencia de su gloria fuesen tambien testigos del extremo de su agonía en el huerto de las Olivas la víspera de su muerte, á fin de que contrabalanceando las glorias del Tabor con los oprobios del calvario, no fuese la cruz un motivo de verdadero escándalo para los que creyesen en el Señor.

San Gerónimo [1] resuelve con mucho acierto la duda que podria surgir, contando san Mateo y san Márcos solo seis dias desde el último discurso de Jesús, ó mas bien desde la confesion de Pedro hasta la transfiguracion, y san Lucas ocho, y dice: Todo esto conviene muy bien al presente misterio; porque así como Cristo después de seis dias del sábado anterior subió á la cruz, y después del séti-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

mo en que había descansado en el sepulcro, en el octavo resucitó, así nosotros después de las seis del mundo, que simbolizan la vida del hombre, en las que trabajamos y padecemos por el Señor, y después de la séptima, que significa el descanso de las almas, resucitaremos en la octava y descansaremos eternamente en el reino de la bienaventuranza celestial.

Llevó consigo tan solamente á tres, para demostrar que el dicho de tres testigos es suficiente para dar testimonio de la verdad, al mismo tiempo que quiso declarar que todos los que viviendo conservasen firmemente la fe del Angustísimo misterio de la Santa Trinidad, se alegrarían después con la vision eterna de Dios trino y uno. Llevó consigo á Pedro, Jaime y Juan, para enseñarnos que todo aquel que quiere ver la gloria de Dios, es preciso que le conozca por la fe como Pedro, que abunda en todos los ugonios de la tierra como Jaime, y que tenga la gracia de obrar bien como Juan; porque todo el mérito de la criatura consiste en creer la verdad, en apartarse del mal y en obrar el bien. Asimismo eligió á los tres en representación de todos los estados, porque por Pedro se entienden que representan los casados y los prebados; por Jaime, los penitentes y todos los que en el misterio santo están dedicados á la vida activa; y por Juan, todos los vírgenes consagrados al Señor. Y muy oportunamente en fin llevó á los discípulos á un lugar muy elevado para manifestarles la gloria de la resurrección, para darnos á entender que si queremos ser participantes de aquella gloria, debemos estar muy separados de las turbas de los hombres malignos y vivir muy lejos de los tumultos y alborotos del siglo, y para que sepamos que no hemos de buscar la dicha, la felicidad y la gloria en el valle profundo de este mundo, sino en el encumbrado reino de la bienaventuranza. A todos los discípulos dió el Señor cuenta de su muerte, pero á solos tres manifestó su gloria. A muchos mas se manifestó desfigurado en el calvario, que en el Tabor transfigurado. Escogió á los tres que antes que los otros habían sido llamados al apostolado. A Pedro, que tenía destinado para piedra fundamental de su Iglesia; á Jaime, que era el primero que con su sangre había de dar testimonio de la verdad antes que los otros apó-

toles; y á Juan, que había de perseverar con él al pié de la cruz. Esta distincion hizo entre sus mismos allegados el que es Señor absoluto de sus dones, y en el repartimiento de ellos no atiende á la dignidad del que los recibe, sino á la misericordia con que los da y con la que por medio de los unos prepara sus corazones para el repartimiento y recepcion de otros mayores.

Llevólos solos y á un monte muy alto. Para regalar á sus amigos elige el Señor el apartamiento del bullicio y estruendo del mundo, en la soledad y en la elevacion del ánimo significada por el monte. Cuando Moisés subió al monte, muchos pasos antes de llegar á él no se acercó ninguno del pueblo [1], y cuando Jacob luchó con el ángel, se alejó del ganado para que no le estorbase el ruido [2]. Mucho da que contemplar á la fe el que los misterios mas importantes de ella se hayan cumplido sobre los montes. Isaac iba á ser sacrificado sobre un monte, sobre otro recibió Moisés la ley, sobre un monte se transfiguró el Salvador y sobre otro fué crucificado. Así santifica el Señor las ideas del sentido para que ayuden á la formacion del hombre espiritual. La fe eleva el corazon de las cosas terrenas, la oracion le despoja de las afecciones carnales, la caridad le une con la alteza de su divinidad. A ninguno de estos montes sube el hombre sin Cristo; pero tampoco sube el que aparentando seguir á Jesús, quiere llevar otras cosas que condenan y reprueban la ley y las doctrinas de Cristo. Entre tanto que Jesús velaba y los discípulos dormían, se mudó toda la figura exterior de su Maestro soberano; emanó repentina y pasajera la gloria de que gozaba su bienaventurada alma. Su divino rostro, siempre grave y serio, se puso resplandeciente como el sol; sus vestidos, llanos y sencillos, aparecieron brillantes y de una blancura semejante á la de la nieve. Mostrólos por un instante cuál había de quedar para siempre después del día de su ascension. Este es el reino ó la ciudad real, como dice san Leon papa [3], en que poco antes había prometido el Señor á algunos de sus discípulos que se les mostraria. Des-

[1] Exod. cap. 19, vs. 12 et 24.

[2] Genes. cap. 32, v. 23.

[3] Div. Leon Mag. Sermon. 94, de transfigurac. Div. cap. 2.

cubre pues su gloria delante de testigos escogidos; y aquel cuerpo suyo, igual en la naturaleza humana á la de los otros hombres, lo alumbra y esclarece con las luces de su eterna claridad.

Lo que es el sol para los ojos del cuerpo, dice san Agustín [1] eso es Cristo para los ojos del alma; lo que aquel es para la carne, es este para los corazones. Los vestidos de Cristo son la Iglesia. Caerse la ropa si no la sostiene el que con ella se cubre. De este vestido vino á ser Pablo como la última orla, diciendo él mismo que era el último de los apóstoles [2]. Y así como la mujer que padecía una grave enfermedad sanó con solo tocar la orla de la ropa de Cristo, así la Iglesia venida de los gentiles se salvó con la predicación de Pablo: ¡Qué extraño es que los vestidos blancos signifiquen la Iglesia, cuando promete Dios por Isaías [3] blanquear como al nieve al que tuviesen sus culpas negro como un etíope! Cristo, resplandeciente en el Tabor, denota el estado de claridad con que ha de premiar para siempre la tribulación momentánea de sus escogidos. La blancura de sus vestidos, añade san Agustín [4], provenia del resplandor de su rostro; y esta fué una verdadera mudanza en el rostro, pero no en el vestido. No dejó la verdadera sustancia de la carne, ni destruyó ó separó la verdad de su cuerpo, sino que le añadió claridad y resplandor. Revestido pues de nuestra carne mortal, nos manifestó como quiso la luz de la inmortalidad y de su gloria, para darnos una mayor certeza de aquella misma gloria que nos predicaba.

Esta tan gloriosa transfiguración fué como una prenda de la futura bienaventuranza que esperamos, y como un cierto y seguro anuncio de su segunda venida, en la que el mismo Cristo y sus santos brillarán con una claridad mas resplandeciente que la del sol; y así fué que no tomó en aquella ocasión el dote de la claridad, sino la semejanza de aquel dote. Porque como continúa el mismo san Leon papa: Revestidos todavía los apóstoles del saco de la carne mortal, de ninguna manera podían ver la inefable é inaccesible luz de la

[1] Div. August. Sermon. 78, in hinc verba.

[2] Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corinth. cap. 15, v. 9.

[3] Isaías. 1, v. 18.

[4] Div. August. lib. 3. De mirabilibus.

divinidad, que está reservada en la vida eterna para los limpios de corazón. El resplandor del rostro de Jesús, significa la claridad de su divinidad, y el de sus vestidos, la de su sacrosanta humanidad.

Por último, sobre esta transfiguración tan sorprendente y gloriosa debemos contemplar tres cosas, y son: que llevó consigo sus discípulos mas amados, que subió al monte y que se previno con la oración, para demostrar que nadie llega á la gloria si no está acompañado de la virtud, si no tiene una vida desprendida de todo lo terreno, y si no es entregado á la oración y fervoroso en ella. Feliz el que siempre lleva consigo tan magnífico acompañamiento.

Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. El primero habia muerto muchos años hacia, pero es de presumir que para este lance salió su alma del seno de Abraham y se unió con su cuerpo, conservado para este fin sin corrupción en el sepulcro que le dió el ángel del Señor al pié del monte Phogor. Por lo que mira á Elías, arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar del descanso de su cuerpo, donde estaba esperando por mas de novecientos años las órdenes del Mesías. El uno traía entre sus brazos las tablas de la ley, y el otro estaba vestido de su hábito de pieles de camello, ceñido con ceñidor de cuero. Llenos de luz y participantes de la gloria del hombre Dios, necesitaban de sus símbolos característicos para ser conocidos de los apóstoles, los que efectivamente no se engañaron. Hablaban con Jesús, pero no sabemos cuánto tiempo duró la conversacion, é ignoraríamos la materia de ella, si habiendo despertado los discípulos no hubieran visto á los dos ministros de Dios conversando con su Maestro, y no hubieran oído que trataban entre sí de la muerte cruel que bien pronto habia de padecer en Jerusalem. Moisés y Elías, la ley y los profetas, de nada sirven sino cuando hablan con Cristo. ¿Quién leeria la ley, dice san Agustín [1]; quién los profetas si no diesen testimonio de Cristo? Moisés y los profetas hablaban y escribian; pero de Cristo estaban llenos cuando se derramaban. Ellos eran va-

[1] Div. August. Sermon. 78 ibi Sup.

nos, Cristo fuente; ellos siervos, Cristo Señor. Firme es la verdad publicada por la trompeta del viejo y nuevo Testamento, á cuya confirmacion concurre el Evangelio ayudado de las profecías. Ayúdanse entre sí el uno y otro Testamento. Al que bajo el velo de los antiguos misterios habian prometido las figuras de aquella ley, pone ahora de manifiesto el resplandor de la gloria, y el Cristo prometido y anunciado se ve enteramente descubierto y revelado.

¿Qué podrán objetar los enemigos de la religion de Jesús á esta tan pública y portentosa revelacion? No es nueva la religion prometida antes de la ley, encerrada en la ley, atestiguada por ella misma, anunciada por los profetas, descubierta, enlazada y glorificada por el que era blanco de todas las profecías. En el Tabor se ve la concordia que hay entre la ley y los profetas, y entre el Evangelio y los apóstoles. La ley fué dada por Moisés; la gracia es obra de Cristo; en él se cumplió la promesa de las figuras proféticas y la observancia de los preceptos legales. El enseñó por su presencia la verdad de las profecías, y por su gracia la posibilidad de los mandamientos. La ley fué dada para despertar, avisar y alumbrar al pecador y darle á conocer la necesidad de la gracia, y esta fué dada para cumplir la ley con la caridad; la verdad para disipar las tinieblas de los idólatras, las sombras de los judíos y la hipocresía de los malos cristianos. La ley figura, profetiza y promete la gracia, y esta da de la verdad el efecto y cumplimiento de la ley, y que es Jesucristo y la caridad. El siervo Moisés no pudo hacer más que publicar la ley y declarar la voluntad de su Señor. Solo Jesucristo, Dios y Redentor de las almas, puede hacerse Señor de ellas por su gracia, hacerse amar de ellas conforme á su voluntad, y cumplir en ellas la verdad de sus promesas, tirando las piedras en hijos de Abraham. En muy pocas palabras encerró todo esto el apóstol [1]: Por la ley, dice, vino el conocimiento del pecado; ahora sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, que es esto solo atestiguada por la ley y los profetas, que con su resplandor.

De la pasión de Jesús hablaban con su Majestad divina Moisés

[1] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 3, vs. 20 et 21.

y Elias, no para indicarle cosas que no supiese, sino para adorarle por su venida al mundo en carne mortal, y porque veian ya muy cercano á su complemento el misterio de la pasión que ellos mismos habian predicho y anunciado, y porque veian tambien acercarse el momento de su redencion y el de la de todo el género humano. Compadecíase sin embargo de Cristo, porque aquel rostro tan glorioso y resplandeciente debía ser afeado, escupido y escarnecido, y su santa é inmaculada persona debía ser entregada por envidia, juzgada y crucificada. Tampoco hay duda que entre los apóstoles y profetas hubo un gozo y contento muy grande, no solo por la transfiguracion de Jesús, sino tambien por la mutua y reciproca vision, pues que los principes de uno y otro Testamento se juntaron con el Dios de Abraham. Allí se veia á Moisés, jefe y príncipe de los judíos, y á Pedro, príncipe de los cristianos. Allí se veia á Elias casto y á el virgen Juan, y uno y otro alababan en Jaime, el entre los apóstoles el primer mártir. Sin embargo, parece que no pusieron los tres apóstoles demasiado cuidado y atencion en la materia del discurso, hasta que volvieron mas en sí de la admiracion y sorpresa que les causó tanta novedad. Ellos se conmovieron tanto y quedaron tan deslumbrados de la grandeza y resplandor del espectáculo, que atraído Pedro de la revelacion de este gran misterio, despreciando los amores del mundo, fastidiado de las aflicciones de la tierra, arrebatado del deseo de la eternidad y poseído del mas intenso gozo que le causaba aquella no esperada vision, se atrevió á interrumpir el discurso y á decir á Jesús: Señor, bien estamos aquí. Desaba permanecer con Jesús en aquel lugar donde se gozaba con la vision de su gloria. Desordenado era el deseo, que pretendia el descanso antes del trabajo y la corona antes de la gloria. Por eso no mereció respuesta de Cristo. Ordena este deseo el que busca ahora la paz en la paciencia, consolándose en los trabajos que el Señor le envía. Con Cristo está el que padece por su amor, y con Cristo estará si así permanece. La paz atribulada se premia con la paz gloriosa.

Bien estamos, Señor, aquí inundados en gozo por la contemplacion de tu gloria y de tu dulzura; la que gustada una vez, ya se

tienen por viles y despreciables todos los gustos y goces de la tierra; y así no es extraño continuase Pedro diciendo á su Maestro: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elias.* No son las tiendas para cuerpos gloriosos, exentos ya de las injurias del tiempo. ¿Quién no temerá preocuparse y engañarse en el camino de Dios, cuando el príncipe de los apóstoles, sorprendido y atónito con aquella vision, trastorna el orden de Dios y trata como terreno lo celestial? No hablaba Pedro ni pensaba en hacer tabernáculo para sí y sus compañeros, como suponiendo que todos, como discípulos, habian de permanecer reunidos en el de su Maestro. Como rogando Pedro á su Maestro, manifiesta su deseo de quedarse en el monte por el pequeño gusto de la participacion de la futura gloria que en él veía, para que aprendamos que nada nos debe parecer difícil de padecer por Cristo para llegar con él al monte de la dicha eterna. Sobre lo que dice el venerable Beda [1]: ¡Oh, cuánta felicidad será asistir perpetuamente entre los ángeles, á la vision de la divinidad, si trasformada solamente la humanidad de Cristo, acompañada de solos dos santos, de tal manera deleita que Pedro desea con tanta ansia no apartarse de su presencia! ¿Y cuánto mayor será la suavidad y dulzura al ver al Rey Supremo sentado en el trono de su majestad y de su gloria, y estar en medio de los coros de todos los ángeles y santos del cielo? Erró entonces Pedro y no sabia lo que se decía, pidiendo lo que á su Maestro pedía; ya porque viador en el mundo y desterrado en él buscaba en el valle de lágrimas la patria verdadera, ya porque estimaba como verdadera gloria lo que solo era imagen y sombra de la futura, olvidándose que el reino de Dios no se ha prometido á los santos en la tierra, sino en el cielo. Lo que hizo exclamar á san Agustín y le obligó á decir: *¿Que es lo que dices, oh bienaventurado Pedro? ¿Perece el mundo, y tú buscas en el mundo un retiro para vivir? ¿Ves tanta gente congregarse y reunirse, y tú buscas sosiego y descanso? ¿Ves las tinieblas en medio del mundo, y tú quieres esconder la luz que ha de disiparlas? No te conviene, oh Pedro, que Cristo quede en el monte, porque si allí se*

[1] Ven. Bed. in cap. 9 Marci.

quedara, nunca tendria efecto la promesa que te habia hecho, ni jamás hubieses tenido las llaves del reino de los cielos, ni la tiranía del infierno y de la muerte jamás hubiera sido reprimida.

Aun estaba hablando Pedro cuando una nube resplandeciente los deslumbra. Lo que indudablemente mostró á aquel que no necesitaba de tiendas en el suelo el que tales criados tenia en el cielo. Esta nube sirvió tambien como de sombra para templar la luz que habia deslumbraado á los apóstoles, y señaló la presencia del Padre, cuya voz, saliendo de las tinieblas de ella, dió testimonio de la divinidad del Hijo. Y ella fué un indicio inequívoco de la gran diferencia que hay entre la antigua ley y el Evangelio. En la ley antigua aparecía el Señor en una nube tenebrosa y oscura, que denotaba la sombra de la ley y el espíritu de terror de que estaban llenos aun los mismos hijos del pueblo santo. Esta es nube resplandeciente que denota la verdad de la ley nueva y su espíritu, que es la caridad. No salen de esta nube truenos y relámpagos, sino la voz del Padre que declara la divinidad del Mesías. Haciendo pues sombra á todos la nube, y sirviéndoles en cierto modo de tienda, salió de ella una voz que decía: *Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.*

Esta voz de majestad y grandeza es la misma que sonó otra vez sobre las aguas del Jordan. Allí en el bautismo de Jesús se mostró toda la Trinidad, el Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, y el Hijo en las aguas. Así tambien se manifiesta ahora el Padre en la voz, el Hijo en el monte, el Espíritu Santo en la nube. Esta nube habia hecho sombra á la Virgen, para que sin daño de su pureza concibiese al Sol de justicia, y templa en nosotros y apaga las llamas de los carnales deseos, para que á la carne prevalezca el espíritu. Moisés y Elias estaban allí; y no se dijo estos son mis hijos amados, porque una cosa es el Hijo Unigénito y otra los adoptivos. Recomendábase aquel del cual se glorian la ley y los profetas. Diciendo pues el Padre: *Este es mi Hijo amado*, fué como si dijera: *Este es el Hijo, el cual desde la eternidad está conmigo y nace de mí, porque ni el Padre es antes que el Hijo, ni el Hijo es después del Padre.* No los separa entre sí la divinidad, no los divide la potestad, no los distingue la eternidad; en el Padre está el

Hijo y en este aquel. A nadie usurpó el Hijo la igualdad que tiene con el Padre; mas quedando en la gloria de este para cumplir el eterno consejo suyo y del Padre en orden á la reparacion eterna de los hombres, inclinó la incommutable divinidad hasta la forma de siervo. A la voz del Padre cayeron como desmayados y poseídos de un fuerte temblor; pegando su rostro contra la tierra los tres discípulos Pedro, Jaime y Juan, que hasta entonces habian manifestado alguna firmeza; quedando de tal manera amilanados, que ni aun se atrevian á levantar los ojos para mirar.

San Ambrosio [1] hace observar que al oírse la voz del Padre señalando á su Hijo, desaparecieron Moisés y Elías para que no errasen los apóstoles y supiesen determinadamente á quién debían oír y seguir; por la que añadió: *En él me he complacido*; esto es, en él he determinado cumplir mi beneplácito para la redencion del mundo. O como añade san Crisóstomo [2]: Este es mi Hijo muy amado en quien me deleito, en el que descanso, al que acepto; porque cumple todas las cosas que son del Padre con la mayor diligencia y exactitud; una sola es su voluntad y la del Padre, y en los dos no hay mas que un solo querer. Oídle mas que á Moisés y á Elías, porque Cristo es el fin de la ley y de los profetas. Oídle como al Supremo y singular Maestro que os enseñará todas las cosas necesarias para conseguir la salud y la salvacion eterna. Oídle, porque es la verdad. Bascadle, porque es la vida. Seguidle, porque es el camino único que conduce á la vida eterna. O como si tambien quisiera decir con otras palabras: Desaparezcan las sombras legales y todos los tipos enigmáticos de los profetas, y brille solamente la luz nueva del Evangelio que debeis seguir. Felices, pues los apóstoles, que no solo merecieron ver la claridad del Señor, sino tambien oír la voz del Padre. Tampoco nosotros seremos ajenos á esta dicha si creemos aquel á quien ellos creyeron, y así como ellos vivieron amándole, tambien viviendo le amamos con todas las fuerzas de nuestro corazon.

Otra cosa hay todavía mas digna de atencion y es, que como la humana fragilidad queda oprimida á la presencia de la Majestad;

[1] Div. Ambros. in esp. 7 Lucæ.

[2] Div. Crisostom. Hom. 57 in Math.

de la grandeza y de la gloria de Dios, cuando los discípulos oyeron la voz omnipotente del Padre, cayeron sobre sus rostros; lo que fué un indicio de la justicia y santidad de que estaban adornados, porque el caer de espaldas es propio de los impíos y malvados. Inclínase los justos y caen sobre sus rostros, unas veces por temor, como sucedió en esta ocasion, otras por humildad, como cuando los magos adoraron á Jesús en la cueva de Belen, y otras por accion de gracias, como los ancianos á la presencia del trono del Cordero; y temieron sobremanera, porque conocieron que habian errado al aparecer la nube resplandeciente que ilumina todo lo que está oculto y escondido entre las tinieblas, y revela los secretos de los corazones, y porque la voz del Padre fué como un trueno espantoso que á todos aterró; así fué que huyeron los profetas, y los apóstoles cayeron, y hasta la tierra tembló bajo sus pies; mas aquellos á quienes agobiaba la fragilidad humana, fueron consolados prontamente por la dulzura y benignidad del omnipotente y caritativo Maestro; porque acercándose benignamente á ellos tocó á todos tres y y les dijo: *Levantaos y no temais*. Estaban debilitados, y el tacto de Jesús los corroboró y confirmó en la fe del misterio que acababan de presenciar. Bienaventurados aquellos á quienes toca Jesús, bienaventurados aquellos á quienes toca la salud y la vida. Ellos se levantan de sus caídas y quedan asegurados sin temor alguno. ¡Ojalá que su diestra misericordiosa se dignase tocarnos y despertarnos del sueño, del estupor y de la ignorancia, abriéndonos los ojos para que le viésemos! Dulce amigo es nuestro buen Jesús, puesto que nos consuela y nos socorre como Todopoderoso.

Tocados por Jesús, alentados y por él fortalecidos, volvieron en sí los apóstoles y se hallaron solos con su Maestro, porque habia desaparecido todo aquel espectáculo admirable; pues si Moisés y Elías hubiesen permanecido, no solo parecia incierta la voz del Padre, sino que tambien pudiera dudarse de quien habia dado testimonio. Desaparecieron aquellos para que se viera que la paterna voz no los calificaba á ellos, sino que únicamente designaba á Jesús. Si Pedro pues quedó trasportado por algunos instantes, llegó á engañarse y á no concebir los sucesos que anunciaba esta mudanza; no estuvo en su error por largo tiempo: este se dispuso, á lo mas

tarde, cuando el Mesías, recibido en la silla de su gloria, comunicó su Espíritu á sus discípulos y derramó sobre ellos la plenitud de sus luces. Entonces se acordó Pedro con tierno reconocimiento de singular favor con que su Majestad lo había honrado. Lo refirió con gusto á los primeros cristianos, cuando como padre y pastor los instruía sobre la grandeza del Señor y Maestro á quien había tenido la dicha de servir y les decía [1]: Hijos míos muy amados, no os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ó ficciones ingeniosas, sino que como testigos oculares de su grandeza. Porque al recibir de Dios Padre aquel glorioso testimonio, cuando desde la nube en que apareció con tanta brillantez la gloria de Dios, descendió una voz que le decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias, oídle; nosotros oímos también esta voz venida del cielo y vimos su gloria estando con él en el monte santo. Mas esto que escribía Pedro con toda la efusión de su alma á los primeros hijos de la Iglesia, no tuvo libertad de poderlo decir en secreto á los demás apóstoles sus colegas, porque su Majestad, al bajar del monte, prohibió á los tres expresamente que durante su vida no comunicasen á persona alguna lo que hasta allí habían visto; que tiempo llegaría en que podrían referirlo con toda libertad, pero que no sería hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos para ir á sentarse á la diestra de su Padre. En lo que su Majestad fué puntualmente obedecido.

Cerráramos con esto la narración de tantos puntos interesantes como encierra el presente misterio, si fuese posible pasar en silencio algunas muy oportunas y esenciales observaciones de los eminentísimos doctores Leon Magno y Agustino. Cuando el Padre Eterno nos declara desde la nube que Jesús es su Hijo amado, no se contenta con hacer esta importantísima declaración, sino que en seguida nos le da como Maestro único de la ciencia de la salud, y por esto nos dice que le oigamos; porque él es el que con su sangre redime al mundo, el que ata al diablo y le quita sus despojos, el que rasga la escritura del pecado y los tratados de la maldita provarica-

[1] Ep. 2 Petri. cap. 2, vs. 11 et seqq.

ción. El es el que abre y allana el camino del cielo, y en el suplicio de la cruz nos prepara la escalera por donde se sube al reino. Cuando les manda que le oigan, no solo les pide atención, sino la fe y la obediencia, deseo y amor de la verdad, y solicitud y presteza en ponerla por obra; oídos, no del cuerpo, sino del corazón, en el sentido en que san Juan llama bienaventurados á los que leen y oyen las palabras de su profecía, y juntamente guardan lo que en ella se encierra [1]. La vida es en nosotros muestra de la fe. La fe viva es obediente, y no oye á Cristo cómo el Padre le manda el que no está con Cristo. Si queremos ser hijos amados de Dios, oigamos al Hijo amado. El Evangelio es la nube desde donde nos habla Jesucristo. Una voz recomienda á otra voz; la voz del Padre, la palabra del Hijo. Delante de nosotros va el Hijo de Dios en la tolerancia de la adversidad y en el cumplimiento de la divina voluntad. No hagamos alarde de amar á Dios si no escuchamos á Cristo; la guarda de la ley es la prueba del amor, pero el amor es el principio de la guarda de la ley. Nadie oye á Cristo sin el amor que abre las puertas del corazón para recibir su palabra. Oigamos á Cristo, hagamos lo que manda, esperemos lo que promete.

Animados con esta tan santa y heroica esperanza, no temblemos ni desmayemos cuando oigamos la voz del Señor que nos habla: David deseaba oirla, porque decía que hablaría la paz y lo que convenía para la paz de su corazón. La voz del amor es suave, dulce y encantadora; la de la justicia es majestuosa y terrible. Ella conmueve los desiertos, hace retremblar los montes y los valles, y troza los cedros mas robustos del Líbano, y es la voz de la virtud y de la magnificencia. No hay fuerzas en el hombre para oirla sin conmoverse cuando suena desde lo alto del cielo y sale de las entrañas de una nube; no es extraño que los apóstoles se dobleguen al oirla; lección importante que no debe pasar desapercibida. Conviene empero que nosotros mejoremos el principio de esta postración. La flaqueza fué la causa en ellos, séalo en nosotros el respeto y el amor; y el conocimiento y la confesión de nuestra indignidad nos preservará de una espantosa caída y nos hará mas dignos de las misericordias de Dios.

[1] Apocalip. c. 1, v. 3.

Esta misericordia infinita del Señor, cuyo ejercicio para con el hombre es tan antiguo como el hombre mismo, se manifestó en esta ocasión para con los apóstoles de un modo claro y sensible. Comunicóles Jesús poder con su presencia, esfuerzo con su contacto, espíritu con su palabra. Ahuyentó en ellos el temor de la carne y los armó con la constancia de la fe. No es bien, dice, que temais ahora en mi pasión los que por don mío no temeréis después en la vuestra. El caer en tierra los discípulos significa la inerte del cuerpo; el decirles Cristo levantados, denota la resurrección: y como después de la resurrección de nada sirven la ley ni las profecías, por esto al levantarse no ven ya á Moisés ni á Elías; queda el Verbo para ser todas las cosas en todos. Allí estará Moisés, pero no la ley; allí se verá Elías, pero no las profecías. Todo cesará entonces, desaparecerán las ciencias, no serán ya menester los ministerios de la Iglesia, ni las lenguas, ni las escrituras. No verá mas la Iglesia que á Jesucristo en Dios, y á Dios en Jesucristo. Entonces resplandecerá el lazo eterno del amor de los miembros entre sí y con Jesucristo; la caridad consumará á la cabeza y á los miembros en Dios y con Jesucristo, que es nuestra verdadera ley y el dechado de nuestra vida; por lo que el que con sencillo corazón conserva ahora en él la fe que percibió en el bautismo y cree y confiesa por ella después en la luz de la visión eterna, contemplará abiertamente todo lo que antes hubiere creído y confesado.

Tristes eran y aflictivas las circunstancias en que dentro de pocos días debía verse envuelto Jesús, como no podían menos de serlo las de la pasión; y como la malignidad de los judíos todo lo convertía en veneno, y los apóstoles imperfectos aun y groseros no tenían el debido gusto á las cosas de Dios, no comprendieron lo que les decía de su próxima resurrección, y se preguntaban entre sí mismos: ¿Qué querrá decir con esto que nos ha mandado, que á nadie revelemos este portentoso, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos? Porque en efecto, parecería cosa increíble, dice san Jerónimo [1], haber gozado hoy de tanta gloria y estar mañana en una cruz. Tampoco quería el Señor que los otros dis-

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

cipulos se entristeciesen de haber perdido aquel bien y lo envidiasen [1], y por eso les mandó guardar silencio; y de allí surgían cada vez mayores dudas en el ánimo de los discípulos favorecidos. Ellos acababan de ver á Elías acompañado de Moisés, conversando familiarmente con Jesús, y no sabían concluir que Jesús era el fin de la ley y el complemento de las profecías, porque aun no había llegado el tiempo para ellos de discurrir tan ajustadamente sobre las cosas de la religión. La vista transitoria de Elías les acordó una dificultad grande, que en su inteligencia se oponía á las verdades que se les anunciaban; y no se desdijeron de proponerla al Maestro divino con santa sencillez.

Maestro, le dijeron: ¿Lo que nos enseñais de vuestra religion y del establecimiento de vuestro reino, será tan presto como parece que nos quereis dar á entender? ¿Y si las cosas están tan cerca, cómo se explicará lo que dicen los escribas y fariseos cuando enseñan públicamente que ante todas cosas es preciso que venga Elías y que predique entre nosotros? Y que después de él vendrá Cristo para tomar posesion de su reino [2]. Era esta, no hay duda, una dificultad para hombres ignorantes en el sentido y en la interpretación de las Escrituras. El Señor, para instruirles completamente y sacarles de la ignorancia en que estaban, les explicó el pasaje de Malaquías [3], en que los escribas y fariseos apoyaban su doctrina, y después les añadió: Es verdad que Elías debe venir primero [4]; que está profetizado de él que en su venida trabajará en renovar en el pueblo la primera rectitud de costumbres, en atraer á los hijos á la piedad de sus padres, y en poner en su vigor la práctica de las virtudes; pero no imaginéis que ha de hacer esto sin ser despreciado de los hombres, sin experimentar muchos insultos y sin exponerse á muchos malos tratamientos. Destinado á predicar los caminos de Cristo, debe experimentar y tener una suerte semejante á la suya. Tal es este Elías, que debe venir antes de mí, y disponer á los hijos de Israel al establecimiento de mi reino. Pero no os en-

[1] Div. Joann. Damascen. Orat. de transfiguratione.

[2] Marc. cap. 9, v. 10.

[3] Malachie. cap. 4, v. 5.

[4] Marc. cap. 9, v. 11.

gañéis con esta prediccion. Ellas ya ha venido y ha cumplido con su ministerio. Vuestros escribas y fariseos no han querido conocerlo. Ellos han hecho que padezca cuantas indignidades han juzgado á propósito para apartarle de sus funciones y desacreditar su persona y su palabra. Ya no les falta si no es tratar al Maestro como han tratado al discípulo, y al Mesías como han tratado á su Precursor. Yo os aviso, no están lejos de echar el colmo á su malicia; se perderán á sí mismas; pues á tanta costa quieren verificar todas las profecías que dicen referencia al Hijo del hombre. Al oír esta explicacion conocieron claramente los discípulos que el Elías que debía preceder al reinado de Cristo ya habia venido, y que ese era Juan Bautista.

Fácil es de presumir que con tan instructiva y amena conversacion no sentirian los tres apóstoles favorecidos el camino de la bajada del monte, y que pronto se hallarian á la presencia de la muchedumbre que habian dejado en la llanura; pero al acercarse á ella observó alguna cosa el Señor que ofendió sus divinos ojos y le obligó á que manifestase su descontento, aunque no sepan con individualidad el motivo y tengamos necesidad de conjeturarlo. Acercóse á sus nueve apóstoles para consolarlos de su corta ausencia, y los halló rodeados de una gran multitud del pueblo, y reconoció que entre ellos y los escribas habia una viva alteracion. Admiráronse al verle y se sobrecogieron de temor, pues no la esperaban tan temprano, aunque le saludaron con respeto y le manifestaron alegría por su pronto regreso. Nadie empero suspiraba mas por la vuelta del Salvador que un afligido y desconsolado padre que no habia encontrado en los discípulos de Jesús todo el consuelo que se habia prometido. Llegó Jesucristo al lugar de la disputa, y preguntó ¿qué cosa era por la que se disputaba con tanto calor? y echándose inmediatamente á sus pies el padre que imploraba su misericordia le dijo: Maestro, he traído conmigo á mi hijo con la esperanza de que usareis con él de caridad; está poseído de un demonio que lo pone mudo, y este es el menor de los males que lo hace padecer. Al principio de cada luna le causa unos muy enfadosos accidentes. En cualquiera lugar que lo coge, lo hace estrellarse, lo derriba y arrastra por tierra y lo agita con furor. El pobre da mu-

chos gritos sin poder articular una palabra, espuma y rechina los dientes, se consume y hace pedazos; muchas veces lo arroja al fuego, otras lo precipita en el agua, y nunca le deja sin redoblar antes su furia, de manera que parece que lo divide en piezas, y es un prodigio que el infeliz muchacho haya podido resistir tanto tiempo. Ten pues, Señor, piedad de mí y de mi hijo, pues es el único que tengo. Emplead vuestra virtud en librarlo. Lo presenté á vuestros discípulos, les he rogado con instancia que echen de él á este demonio, y ninguno de ellos ha podido hacer que le obedezca.

Bajaba Jesús del monte de tratar familiarmente con su Padre el interesantísimo negocio de la salud y salvacion de los hombres; por consiguiente, entonces menos que nunca podia ser indiferente á la fervorosa súplica que se le acababa de dirigir; y como á mas queria enseñarnos que después del retiro y regalo de la oracion debimos volver con nuevo fervor y espíritu al ejercicio de nuestro ministerio; nos hizo ver el fruto del retiro de la oracion en la ausia de la multitud que acudian á buscar en él la salud y la doctrina. El endemoniado que se le presenta es una prueba evidente de la culpa original, pues por el pecado del hombre primero merecieron todos sus descendientes caer bajo la dominacion y tiranía del diablo, y es tambien una figura del señorío que aquel tiene sobre el corazon por medio de las pasiones. El espíritu mudo domina y posee todos aquellos espíritus flojos cuya boca cierra la timidez y los respetos mundanos para que no defiendan el Evangelio, siendo traidores á Dios y á su conciencia. Y los malos tratamientos que el afligido padre manifestó á Jesús que hacia sufrir el diablo á su hijo, son la imagen exactísima del encono y furor con que trata al hombre, á quien domina por el pecado. Aprovechase el diablo del temperamento, de las pasiones y de otras varias causas, para ocultarse en la posesion corporal, no menos que en la tentacion espiritual. ¡Mas ay! que un pecador de costumbre son raros y breves los intervalos que deja el pecado. ¡Oh, si sintieses tan vivamente esta miseria de tu alma y las ilusiones espirituales del demonio, como sentia las de este enfermo su propio padre! Hijo tuyo es tu corazon, hijo único, cuya salud te importa mas que ser rey de toda la tierra. Mirale cuán agitado está de sus pasiones, cómo se estrellaba contra su

propia tra, cómo rechina de pura soberbia, cuán seco le tiene la envidia. Apídate de tí mismo y corre á Jesús á buscar tu remedio.

Si sorprende el que los discípulos de Jesús no pudiesen lanzar el demonio de aquel cuerpo en toda la noche, no debe causarnos grande admiración, atendida la incomprensibilidad de sus juicios. Suele permitir el Señor en muchas ocasiones que sus ministros no lleven á efecto la curación de muchas almas, sea por un justo juicio sobre las almas mismas, ó para enseñar á aquellas que son siempre muy insuficientes para obrar algo de bueno por sí mismos, que de Jesucristo lo han de esperar todo, y que á él debían atribuir el feliz éxito de su celo y de su caridad. También permite el Señor que algunos pecadores luchen algun tiempo contra sus malos hábitos, para que así entiendan mejor lo que es el pecado y su servidumbre. Los primeros esfuerzos del pecador figurados en la oración de este hombre, no son inútiles aunque lo parezcan, pues con ellos crece el deseo de la libertad y el conocimiento de que Jesucristo es el Salvador. La pintura del mal y la súplica del alivio, al paso que están respirando toda la ternura de un padre excesivamente conmovido, justifican el veheméntísimo deseo que le anima de ver enteramente libre á su hijo, y de que espere recibir este bien de la mano de Jesús. Se compadeció su Majestad del desventurado, no hay duda; pero no se dejó ver su piedad hasta haber manifestado su indignación. ¡Oh raza incrédula y perversa! exclamó; ¿hasta cuándo he de permanecer entre vosotros? ¿y hasta cuándo os he de sufrir y tolerar? No puedo negarse que estas expresiones salidas de la boca del mansísimo Jesús eran una viva y ardiente reprensión sea el que fuese aquel á quien se dirigiesen. Algunos dicen que caía sobre las escritas, otros sobre el padre del infeliz, y otros sobre los apóstoles; pero parece lo más cierto que á todos comprendía, y que la incredulidad común, aunque mayor en unos que en otros, acrecentase al concurso una reprensión general. Comprendía al padre, que no tuvo la debida confianza en los discípulos de Jesús, mirándolos como aprendices y gente sin experiencia en el arte de curar enfermos y hacer milagros; á los discípulos que se habían aturrido y desmayado con la resistencia del demonio, con las habillitas de los circustantes, y con los insultos y denuestos de los falsos doctores;

y comprendía también á los doctores mismos que de la imposibilidad de los discípulos argüían flaqueza y engaño en el Maestro, y falsedad en la doctrina que predicaba. Y sería desmentir en cierto modo la sinceridad de los discípulos de Jesucristo, quererlos exceptuar de una flaqueza que ellos no negaban. Cuando leamos lo que ellos refieren en la conversacion privada que tuvieron con su divino Maestro sobre este particular, conoceremos de lleno la necesidad que tenían de cuando en cuando de que se animase su fe y se afirmase su confianza.

La bondad de Jesús, que no sufría esperas cuando se trataba de libertar las criaturas del poder del demonio, pronunció en alta voz, aunque en un tono mas suave: *Traedle á mí presencia*; y se lo llevaron: mas luego que le vió, comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en la tierra se revolcaba echando espumas por la boca. Eran estos los últimos esfuerzos de la rabia de un enemigo que sentía ya á su vencedor. El que se considera inútil para lanzar de las almas el pecado que las tiene cautivas, que las lleve á Jesús, dirigiéndose á él por medio de la fervorosa oración ó encaminándolas á otros que estén dominados de su espíritu. A proporción que se acerca el pecador á la penitencia, redobra el diablo sus esfuerzos y aumenta los obstáculos para impedirlos; pero nada debe arredrar á los que de veras desean salvarse ni á los que están encargados de dirigir las almas; por entre los mayores peligros deben todos caminar intrépidos; las almas para buscar directores y estos para buscar aquellas, para llevar siempre delante el proyecto de Cristo, que es el de salvarlas á todas. ¡Cuánto tiempo ha, dijo el Señor al padre del paciente, que padece estos accidentes vuestro hijo? Desde su infancia, respondió aquel; y en seguida añadió: Ya es lo dicho, Señor, lo mucho que le hace padecer. ¡Ah! si pudiese alguna cosa, socorrednos; pues jamás habreis visto dos afligidos mas dignos de compasion. Las instancias del padre eran muy grandes; pero ni la viveza de su fe ni la firmeza de su confianza correspondian á sus deseos. El era la verdadera representación de algunos medio fieles de nuestros dias que apuran todos los remedios de la tierra antes que probar confiados los del cielo; que no recurren á Dios sino forzados de la desesperacion de los medios humanos; y que deseando

con pasión ser oídos, apenas pueden conseguir de sí mismos el esperar que lo serán. Llenos están los templos de estos suplicantes tímidos, y nada mas comun que estas invocaciones tardías. ¿Qué deben esperar de Dios los que dudan que pueda ó que quiera socorrerlos? Pero mucho mejor seria preguntarles: ¿Qué importa que el bautismo los librase en la niñez de la esclavitud del pecado, si muy temprano dieron otra vez entrada al diablo en su corazón para que voltiese á apoderarse de ellos? Muchos años de servir las pasiones enflaquecen y debilitan la voluntad, imposibilitándola de romper sus cadenas. Es tan espantoso el ascendiente que llega á tomar el demonio sobre el alma de que se apodera, que viene á ser como la esclava vil, que cada vez se ve mas vejada y humillada por la ferocidad y tiranía del señor que la esclaviza. ¿Quién la libertará sino la misericordia de Dios y la caridad de la Iglesia que ruega incesantemente por la conversion de los pecadores?

Una cosa se presenta sin embargo en esta ocasion muy digna de ser observada, y es que sin respeto alguno á los fariseos ni á la muchedumbre de gente que le observaba, implora este padre para su hijo la piedad y auxilio del Salvador, para enseñarnos que con ansia, con afliccion de espíritu, confesando nuestra necesidad y nuestra pobreza y miseria, hemos de acudir á Jesús reconociendo su potestad, y sin hacer caso de los obstáculos que nos oponen el mundo, el demonio y la carne, para que no sanemos de nuestras delencias. Por esto este misericordioso Libertador que habia venido á la tierra para libertar á todos del poder del diablo, que habia dado la salud y la libertad á muchos sin contar antes con su viva fe, quiso que de la de este padre pendiese la salud de su hijo; y así le dijo: *¿Crees que yo puedo hacer lo que me pides? Si puedes creer, al que cree todo le es posible, porque no hay milagro que esté sobre mi poder.* ¡Ah! Sí, Señor, replicó el padre derramando bastantes lágrimas que hacian correr de sus ojos algunas reliquias de duda y de desconfianza, siendo indicios de que á sí mismo se reprendia. Sí, Señor, yo creo; pero si por mi desdicha veis aun en mi alma alguna incredulidad que os ofenda, curad al padre librando al hijo, y haced dos milagros á un tiempo. ¿Quién no ama el don preciosísimo de la fe, al cual nada se niega? ¿Quién no desea ver aumen-

tado en sí tan rico tesoro? ¿Quién duerme, quién descansa, quién se está un solo instante sin irle á buscar en las entrañas de Cristo? El que todo lo da y todo nos lo quiere dar, es el que nos ha dicho: *Pedid y recibireis; pero es preciso pedir con fe.* Con fe pidió el padre, á pesar de confesarse incrédulo: rasgo de humildad heroica por la que le juzgó digno el Salvador de recibir el alimento de la fe que en sí echaba de menos, y la gracia de la curacion de su hijo que tan de veras pedia.

Habia avanzado ya mucho el día, y las turbas que siempre iban en busca de Jesús, se habian multiplicado prodigiosamente llevándole muchos enfermos para que los sanase, y deseando todos con empeño ser testigos de aquel suceso. Entre tanto el pobre muchacho continuaba combatido y furiosamente atormentado; y entonces, deseoso Jesús de instruir á la muchedumbre que le rodeaba, se revistió de aquella autoridad que distinguia al Maestro de los discípulos, y de aquel aire de Majestad con que se hacia respetar y temer del infierno entero; y amenazando severamente al demonio, le dijo en alta voz: *Espíritu inmundo, sordo y mudo, esto es, que haces á los hombres sordos y mudos, yo soy quien lo mando; sal de este muchacho, y no te atrevas á entrar jamás en él.* A su despecho y pesar obedeció el demonio, pero obedeció como quien era. Obedeció furioso, vengativo y despedido. Obedeció bramando de coraje y obligando al infeliz á que diera gritos espantosos, agitando con tanta violencia y furor, que le dejó tendido por algun tiempo en el suelo, sin movimiento alguno y como muerto, juzgándole por tal todos los circunstantes, atreviéndose á decirlo en alta voz á la presencia de Jesús. El Salvador empero que en medio de la turbulencia y confusion que á su alrededor reinaba conservaba el mismo aire de omnipotencia y majestad que le era propia, tomó al muchacho de la mano, ayudóle á levantarse y lo puso en pie; y volviendo en seguida los ojos á su padre, le dijo: *Toma á tu hijo, ya está libre del demonio, y sabe que lo está para siempre.* Este joven era la imagen de la dureza del pecador envejecido en la maldad, para cuya curacion no bastan los medios ordinarios; mas es menester que Cristo con su omnipotente palabra le mande, le amenace, le aterre. ¿Cómo es posible que sanen de otra suerte los que

se hallan poseídos de este espíritu sordo y mudo, esto es, los que no quieren hablar ni aun oír hablar de Dios; los que nunca confiesan ni aun reconocen sus faltas; los que se hacen sordos á las amenazas de la ira y de los juicios de Dios, á las verdades eternas, á las inspiraciones divinas, á las correcciones y exhortaciones de los ministros del Señor? Desdichados son y serán eternamente todos aquellos sordos y mudos que lo son por su voluntad; desoyen obstinados la voz del Señor que los llama; vendrá el día en que ellos clamarán al Señor, y su Majestad divina les desoírá también; porque el hombre no ha de coger en su muerte sino lo que en su vida sembró.

A este portento tan admirable parece regular que se siguiera el de la curación de la incredulidad del padre, pues el remedio era bien eficaz y lo había aplicado la mano mas hábil y diestra del universo; y si el uno y el otro no quedaron confirmados en la fe, de modo que jamás titubeasen en ella, era preciso que ambos á dos tuviesen un corazón tan duro como el de el mismo demonio que tanto tiempo había atormentado al hijo y afligido cruelmente al padre; debían creer para ser agradecidos, y debían negar para siempre la entrada al demonio en su corazón, puesto que le había mandado Jesús que no entrase jamás en él; pero como desgraciadamente suele durar poco la salud aun en muchos de aquellos que saben cuán difícil es recobrarla, podriase temer que voluntariamente se le abriese otra vez la puerta y que sus postribrias viniesen á ser sobremanera desgraciadas. Mas entre tantas ideas de aflicción y amargura que asaltan al corazón humano, atendida su miseria y fragilidad natural, también hay otras de consuelo que se presentan para consolarlo. Bienaventurado es el hombre á quien el Señor enseña; se instruyese; bienaventurado aquel á quien el Señor levantara y sostuviera; y Jesús enseñó al padre, y levantó y sostuvo al hijo. Dichoso aquel que entre las acometidas del demonio, entre los obstáculos que oponen á la conversión sus propias pasiones, la inclinación al mal y el poderío de la costumbre, halla la mano benéfica de un celoso ministro del Señor, que movida y fortalecida por el mismo amantísimo Salvador, le ayuda á levantarse, le inspira aliento para emprender el camino que á Dios conduce, y le enseña cuáles

son los ardidés del demonio para que no sea vencido ni seducido por él.

La debilidad de la flaqueza humana exige hoy al parecer milagros de Dios para creer, como pudiera exigirlos en los días de Jesús el bárbaro judaísmo; y no cree bastante sino cuando ve que sus ruegos son oídos; mas si esto no observa, cae luego en el desaliento, después en la indiferencia y al instante en la incredulidad, sin hacerse cargo que hoy no son los milagros tan necesarios como cuando el Salvador vino á predicar el Evangelio y á fundar su nueva Iglesia. Entonces debia probar el Mesías su divinidad y su misión con la multitud auténtica de milagros que obraba, tanto por nosotros que después habíamos de creer, cuanto por aquellos que eran testigos de sus doctrinas y prodigios. Hoy que los milagros antiguos aseguran nuestra fe, debemos suponer que cuando Dios no obra en favor nuestro el milagro que le pedimos es, ó porque no se pide con fe, ó no conduce para su mayor gloria, ó no conviene para nuestro provecho; con todo, si á nosotros mismos nos miramos, si contemplamos la naturaleza y la marcha de los sucesos y acontecimientos que continuamente se verifican, ¿cuántos milagros públicos y bien patentes no observaremos? Un fervoroso cristiano se persuade fácilmente que para él se hacen todos los días grandes milagros en el orden de la gracia cuando contempla los consuelos interiores con que Dios le visita, las gracias con que le previene y las misericordias con que se preserva, y se contenta con tan señaladas muestras de benevolencia y amor.

— Volvamos el padre y el hijo mostrando gratitud y reconocimiento, y los pueblos bendecían á Dios admirando y celebrando las maravillas que obraba por el ministerio de aquel que había enviado para que fuese la luz y el consuelo de todo Israel, mientras que los nueve apóstoles se hallaban bastante mortificados por no haber podido obrar un milagro, del que había de resultar tanta gloria. No obstante, ó fuese por vergüenza de haber parecido poco poderosos contra un demonio tan porfiado ó maligno, ó fuese por temor de no poder espejar otros en adelante, no quisieron declarar públicamente á Jesús el pesar y displicencia que tenían de no haber salido bien de aquel empeño, y así esperaron que el Salvador volviese á su ca-

sa para hablarle de aquella materia: así que llegaron á ella, atravesado su corazón por la afrenta que habían recibido á vista de los escribas que conceptuaban sus mayores enemigos, se llegaron privadamente á su Maestro y le dijeron: ¿Cómo es, Señor, que siendo discípulos vuestros y habiéndonos comunicado poder sobre todos los espíritus inmundos, no pudimos lograr nos obedeciera ese demonio, por mas que en vuestro nombre se lo mandamos?

Dos fueron las razones que principalmente les dijo Jesús: la primera su incredulidad, pues si tuviérais, les dijo, una fe viva que tuviese tanta fuerza á proporcion como un grano de mostaza entre todas las semillas, pasaríais los montes de un lugar á otro. Todas las cosas os serian posibles y nada se resistiría á vuestra virtud. Pero vuestra fe es aun flaca y nada igual á la que se halla en las almas puras y particularmente favorecidas de Dios. Esta fe heroica es la que lo puede todo, la que manda á la naturaleza, la que tiene dominio sobre los demonios; la que obtiene del cielo todo cuanto quiere, y á la que no se puede todavía comparar la vuestra; y la segunda fué su poca afición y gusto á la oracion y al ayuno, que son las armas espirituales que necesitamos siempre para vencer á los enemigos de nuestra salud espiritual, de las que el mismo Jesucristo se valió para vencerlos; y pues venia del monte donde habia orado y ayunado, tenia mas especial motivo para decirles que hay ciertos demonios tan determinados á no salir de los cuerpos, que sin el socorro de la oracion y del ayuno es imposible espelerlos. Esta potestad la dejó Cristo á su Iglesia, es indudable; mas ella no está dispensada de dedicarse á la oracion, al ayuno, á las vigiliass y á las demás prácticas con que implora la santificacion de sus hijos. Para lanzar del hombre los malos hábitos, es preciso humillar el espíritu por la oracion y domar la carne por la penitencia; de lo contrario es vana la materialidad de ciertas prácticas exteriores, que siempre se usan con fruto cuando las acompañan la fe, la esperanza y la caridad, y las hacen la corte la penitencia y la oracion.

Creese con fundamento que esta fuese la última conversacion que tuvo Jesús con sus discípulos en los contornos de Cesarea, y que allí terminó su mision con los dos importantes milagros que se acaban de referir, pues esta penosa correría hácia los extremos de la

Palestina, desde Tiro y Sidon hasta el nacimiento del Jordan y falda del Líbano, concluía enteramente lo que el empleo de Mesías, especialmente enviado á las ovejas descarriadas de la casa de Israel, le obligaba á emprender por la salud de los habitantes de aquellos parajes los mas apartados de la capital, en cuya consecuencia, nada le impedía acercarse á la ciudad sacrilega para entrar en ella el dia preciso que ya tenia señalado. Este era el término á donde se habia propuesto llegar á pequeñas jornadas, continuando el camino para consumar la obra de Dios, que ya casi habia llevado hasta su perfeccion.

ORACION.

SOBRE LA TRANSFIGURACION EN EL TABOR.

Dulcísimo Jesús, Redentor de los perdidos, Salvador de los redimidos, dulce consuelo de las almas llorosas y que corren en pos de tí, suave refrigerio de todos los atribulados y descanso de todos los fatigados; concédeme la gracia de que desprecie y olvide todo deleite que está fuera de tí, para que se saboree mi alma con las dulzuras de tu gracia y misericordia. ¡Oh! Llegue el tiempo, Señor, en que vea con mis propios ojos lo que ahora creo por la fe, en que goce lo que ahora espero y de tan lejos saludo, en que con los brazos de mi alma abrace lo que con todas mis fuerzas desco, á fin de que escondido en el abismo de tu claridad inmensa y cubierto con tus alas de tu caridad infinita, goce en tu seno amoroso de dulce y eterna paz. Elevame, Jesús mío, á la altura de la caridad, súbeme por el valle de la compuncion al monte de la perfeccion, sepárame de este alboroto de las cosas humanas, descarnar mi corazón de las aficiones de la tierra, súbele á tí, sujétale á tí, únele contigo y con tu Padre con el vínculo del amor. ¡Oh, monte de Sion, ciudad de Dios vivo, Jerusalem celestial, Iglesia de los primitivos escritos en el cielo! ¿Cuándo llegaremos á tí? ¿Cuándo se cumplirá esta transfiguracion gloriosa que trocará este cuerpo

mortal en cuerpo inmortal, este cuerpo de muerte y de pecado, lleno de corrupcion y de motivos de humillacion, en un cuerpo puro, semejante al tuyo transfigurado? Dame que de la razon natural y de la ley me aproveche para conocerte á ti y al Padre, en ti y por ti; que por la fe animada de la caridad sea en la tierra miembro vivo de tu cuerpo y digno de ser transfigurado para siempre contigo en el Tabor de tu gloria. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL LUSATICO Y MUDO.

¡Oh Señor y Dios mío Jesucristo! que veniste del cielo á la tierra para enseñarnos la humildad con tus palabras y ejemplos: concédeme la gracia de que jamás piense cosas altas de mí mismo, sino que siempre juzgue de mí con humildad y bajeza, y que esto así lo sienta en mi corazón, lo pronuncie mi boca y lo acrediten mis obras. Librame de la cárcel de los espíritus malignos, defiéndeme de todos los enemigos visibles é invisibles, y concédeme, Salvador y Dios mío, que ocupado siempre convenientemente en ayunos y oraciones, pueda vencer y superar con tu ayuda todas las tentaciones y sugestiones de los espíritus inmundos y de los malos hombres, para que por tu misericordia me vea libre de todos los enemigos de alma y cuerpo. Alarga, Señor, esa mano tuya pia, dosa y levántame; ¿qué gloria podré yo dar á tu gracia si me abandonas á mi propia miseria? Téngame el mundo por muerto á la vida suya, para que acabe de morir en mi corazón el amor de sus leyes y de sus máximas. No quiero vida que más la fe y entibia la esperanza, quitando la afición de las cosas eternas. Lo que deseo con ansia es que salga de mí y no entre mas en mí el espíritu de incredulidad que vuelve sordos á los hombres, para que no oigan la voz del Pastor Supremo que los llama para que te sigan, y mudos para que no confiesen á Jesucristo, Hijo de Dios vivo y verdadero, vida, salud y salvación eterna de los que te confiesan y en él creen y esperan. Amen.

NOTA La historia del presente capítulo corresponde al XVII de san Mateo, desde el versículo 1 hasta el 20; y lo contestan san Marcos en el IX de su Evangelio, desde el versículo 1 hasta el 28; y san Lucas también en el IX; desde el versículo 28 hasta el 43, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio de la misa del día de la Transfiguración del Señor, que es el 6 de agosto; y en la de la Dominica inmediata, que es la segunda, desde el versículo 1.º, ambos inclusive.

Y de el de san Marcos como propio de la misa de la feria IV de las cuatro temporadas de setiembre desde el versículo 16 hasta el 28 también inclusive; uno y otro dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA TRANSFIGURACION DEL
SEÑOR.

San Mateo, cap. XVII, v. 1 al 9.

En aquel tiempo tomó Jesús consigo á Pedro y á Jaime, y á Juan su hermano, y los llevó separadamente á un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Pedro entonces tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bien estamos aquí: si te parece bien, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Aun estaba él hablando, cuando una nube resplandeciente los deslumbro, y de la nube salió una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; oídle. Los discípulos al oír esto, cayeron sobre su rostro y tuvieron gran temor. Llegóse á ellos Jesús, y les tocó y les dijo: Levantaos y no temáis. Levantando ellos los ojos no vieron á nadie sino solo á Jesús. Y al bajar del monte les intimó Jesús este precepto diciendo: A nadie conteis esta vision hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV DE LAS CUATRO TEM-
PORAS DE SETIEMBRE.*San Marcos, cap. IX, vs. 16 al 28.*

En aquel tiempo, tomando la palabra uno de la multitud, dijo á Jesús: Maestro, te he traído un hijo mío poseído de un espíritu mudo, el cual donde quiera que se apodera de él, se echa contra el suelo, y el mozo echa espumarajos, y cruge los dientes, y se va secando. He rogado á tus discípulos que le echen fuera y no han podido. Respondióle Jesús y dijo: ¡Oh gente incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traedmele, y se le llevaron. Y luego que lo vió comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en tierra se revolcaba echando espumarajos. Y preguntó á su padre: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Respondióle él: Desde niño, y muchas veces le ha echado en el fuego ó en el agua para matarle; mas si puedes algo, ayúdanos, compadeciéndonos de nosotros. Y Jesús les dijo: Si puedes creer, al que que cree todo lo es posible. Y luego el padre del mozo clamando y llorando decía: Credo, Señor; ayúdame á mi incredulidad. Y viendo Jesús la gente que había acudido, conminó al espíritu inmundo diciéndole: Espíritu sordo y mudo, sal de él, yo te lo mando, y no entres mas en él. Entonces el espíritu, gritando y agitándose, con gran violencia salió de él y el mozo quedó como muerto; de suerte que muchos decían que era muerto. Mas Jesús tomándole de la mano, le enhestó y se levantó. Y cuando hubo entrado en su casa le preguntaron aparte sus discípulos: ¿Cómo es que nosotros no pudimos lanzarle? Respondióles: Esta clase de demonios con nada pueden ser lanzados sino con la oración y el ayuno.

CAPITULO IX.

AL PASAR JESUS POR GALILEA ANUNCIA CLARAMENTE A SUS DISCIPULOS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION: LLEGADO A CAFARNAUM MANDA A PEDRO PAGAR EL TRIBUTO DE LAS DOS DRACMAS, Y DIRIME DESPUES LA DISPUTA SOBRE LA PRIMACIA.

Si Jesucristo no hubiera sido Dios como su Padre, y como él infinitamente sabio, y por consiguiente hubiese ignorado los padecimientos, las afrentas y la cruz que le esperaban en el seno de la ciudad ingrata, solo el nombre de Jerusalem no podría menos de causarle, mas que fastidio, horror, por los insultos que ya le habían hecho sufrir los escribas y fariseos; llamábales empero á ella la voluntad de su Padre; y como era obedientísimo y resignado, no titubeó en encaminarse ella, á pesar de todas las repugnancias que su naturaleza humana pudiera inspirarle. San Marcos nos dice [1]: Que marchó con el mayor secreto con sus doce apóstoles, pasando con cuanto silencio le fué posible una parte de la alta Galilea, tomando también caminos excusados hasta llegar á Cafarnaum. Tanto era

[1] Marci. cap. 9, v. 29.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV DE LAS CUATRO TEM-
PORAS DE SETIEMBRE.

San Marcos, cap. IX, vs. 16 al 28.

En aquel tiempo, tomando la palabra uno de la multitud, dijo á Jesús: Maestro, te he traído un hijo mío poseído de un espíritu mudo, el cual donde quiera que se apodera de él, se echa contra el suelo, y el mozo echa espumarajos, y cruge los dientes, y se va secando. He rogado á tus discípulos que le echen fuera y no han podido. Respondióle Jesús y dijo: ¡Oh gente incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traedmele, y se le llevaron. Y luego que lo vió comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en tierra se revolcaba echando espumarajos. Y preguntó á su padre: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Respondióle él: Desde niño, y muchas veces le ha echado en el fuego ó en el agua para matarle; mas si puedes algo, ayúdanos, compadeciéndonos de nosotros. Y Jesús les dijo: Si puedes creer, al que que cree todo lo es posible. Y luego el padre del mozo clamando y llorando decía: Credo, Señor; ayúdame á mi incredulidad. Y viendo Jesús la gente que había acudido, conminó al espíritu inmundo diciéndole: Espíritu sordo y mudo, sal de él, yo te lo mando, y no entres mas en él. Entonces el espíritu, gritando y agitiéndose, con gran violencia salió de él y el mozo quedó como muerto; de suerte que muchos decían que era muerto. Mas Jesús tomándole de la mano, le enhestó y se levantó. Y cuando hubo entrado en su casa le preguntaron aparte sus discípulos: ¿Cómo es que nosotros no pudimos lanzarle? Respondióles: Esta clase de demonios con nada pueden ser lanzados sino con la oración y el ayuno.

CAPITULO IX.

AL PASAR JESUS POR GALILEA ANUNCIA CLARAMENTE A SUS DISCIPULOS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION: LLEGADO A CAFARNAUM MANDA A PEDRO PAGAR EL TRIBUTO DE LAS DOS DRACMAS, Y DIRIME DESPUES LA DISPUTA SOBRE LA PRIMACIA.

Si Jesucristo no hubiera sido Dios como su Padre, y como él infinitamente sabio, y por consiguiente hubiese ignorado los padecimientos, las afrentas y la cruz que le esperaban en el seno de la ciudad ingrata, solo el nombre de Jerusalem no podría menos de causarle, mas que fastidio, horror, por los insultos que ya le habían hecho sufrir los escribas y fariseos; llamábales empero á ella la voluntad de su Padre; y como era obedientísimo y resignado, no titubeó en encaminarse ella, á pesar de todas las repugnancias que su naturaleza humana pudiera inspirarle. San Marcos nos dice [1]: Que marchó con el mayor secreto con sus doce apóstoles, pasando con cuanto silencio le fué posible una parte de la alta Galilea, tomando también caminos excusados hasta llegar á Cafarnaum. Tanto era

[1] *Marci. cap. 9, v. 29.*

el cuidado que podía en evitar que los pueblos de quien era conocido y deseado lo deliriesen en cualquiera parte que se dejase ver. Con tantas precauciones consiguió que su marcha se ocultase, no ocupándose en toda ella sino en la idea de su pasión, de la cual hablaba frecuentemente con sus discípulos, mas para enseñarles é instruirles en un punto tan esencialísimo, que para buscar su propio consuelo. No huía de Jerusalem, dice san Agustín [1], porque lo hubiese abandonado su omnipotencia, sino para consolar y alentar nuestra miseria: cuando nos viesemos precisados á escondernos por las persecuciones injustas de nuestros adversarios, y para enseñarnos que no podría en los miembros reputarse por crimen aquello mismo que hacía la cabeza.

En la Galilea pues donde había sido concebido y criado, allí hablaba libremente con sus discípulos y los instruía en todo lo relativo á su pasión [2], á fin de que, estando ya acostumbrados á oír lo que había de suceder, no se escandalizasen cuando aquella se verificase. Con su muerte predijo también su resurrección, no fuese cosa que en el tiempo de la pasión se desesperasen; y así les dijo: Guardad todas estas predicciones en vuestro corazón, porque su memoria os será sobremanera útilísima. *El Hijo del hombre será entregado*; por el Padre, por su inmensa y eterna caridad; por el Hijo, por su propia obediencia, mediante la que tiene uniforme su voluntad con la del Padre. Será entregado por las sugestiones del diablo, por la grande avaricia de Júdeas, por la engañadora envidia de los judíos y por la indebida pusilanimidad de Pilatos; y lo será *en las manos de los hombres*, por los judíos y los gentiles, y por muchos y varios estados de personas; por los soldados, por los reyes, por los príncipes, por los sacerdotes y por todos los pueblos de la tierra, y *lo matarán*. Grande, horrible, espantosa é inaudita crueldad, matar los hombres á su propio Salvador; y para que esta noticia tan funesta no los matase é ellos de tristeza, los añadió: *Y resucitará al tercer día*. Con todo eso, los apóstoles que escuchaban la predicción no la entendían. Era para ellos un enigma inexplicable é incompre-

[1] Div. August. Trac. 25. in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

sible la muerte violenta y la resurrección de su Maestro. Ellos conocían su poder, y no veían el motivo por qué no había de emplearlo en defenderse de sus enemigos. Por lo que miraba á su resurrección, no se veían menos confusos. Ignoraban si el divino Maestro les hablaba en el sentido propio de una resurrección corporal y sensible, ó si era una metáfora con la que quería darles á entender que después de su muerte restablecería desde lo alto del cielo á su esplendor antiguo el reino de Israel. No convenían en cosa alguna entre sí mismos, y no se atrevían á pedir á su Maestro una mas amplia explicación por el recelo de ver confirmados sus temores, desengañadas sus esperanzas ó reprendida la bajeza de sus pretensiones. Amaban tiernamente á Jesús y no podían oír con paciencia ninguna cosa para él humillante y afrentosa. Entristeciéronse por tanto sobremanera, y ni la resurrección pronunciada, ni la voz del Padre oída, ni ninguna idea halagüeña, era bastante para arrancar de su corazón la tristeza que los había sobrecogido.

Mas entre todas las ideas de melancolía que les oprimían, había una muy culminante, y era la de que se les hablaba de esto como de un suceso próximo, y esto era para ellos un insupportable martirio; y aunque por otra se libaban con que de cualquier manera que se entendiese la resurrección sería al término de la servidumbre de su patria, no querían sin embargo que su Maestro fuese testigo de todas las redacciones que se hacían sobre uno y otro extremo. Y como al parecer lo miraban absorto en una profunda meditación sobre los designios de su Padre celestial, de los cuales acababa de hablar, lo dejaron que caminase solo y ellos continuaron en conversar juntos hasta las puertas de Cafarnaum. Por el temor que tenían de ser oídos, se conoce que su conversación debía ser poco conforme á las profecías que habían recibido por un largo tiempo en la escuela del Salvador; pero en vano procuraban ocultar hasta sus mas ligeros pensamientos, pues su divino Maestro todo lo conocía y penetraba, y mas de una vez habían tenido ocasión de cerciorarse por ellos mismos, de que Jesús prevenía hasta las inclinaciones mas ocultas de las criaturas.

Sobre esta indecisión, confabulación y dudas de los apóstoles,

habló largamente san Gerónimo y dijo [1]: Siempre entre las cosas prósperas se mezcla la tristeza, para que cuando venga, aunque sea de repente, no aterre á los apóstoles, sino que marchen sus ánimos con calma, como que les sobrevienen sucesos que ya tenían provistos. Si les contrista aquello de que ha de ser crucificado, también debe alegrarles oír que al tercer día ha de resucitar. Porque si siempre sucediesen cosas tristes, ¿quién las sufriera? y si prósperas, ¿quién las despreciara? Mas ellos ignoraban el misterio de la pasión, porque el Señor quería tenerlo cubierto á la vista como con un velo, á fin de que no fuese para ellos como un continuo tormento. A lo que el venerable Beda añade [2]: Ocultaba Jesús á sus discípulos el misterio de la cruz por el grande amor que les tenía; porque eran todavía rudos y carnales, no podían comprender sus excelencias y grandezas espirituales; y como le conocían por verdadero Dios, no podían creer que había de morir, y aun mucho menos persuadirse cómo en una persona podía suceder, morir y no morir, morir como hombre y no morir como Dios.

Como el Salvador disponía las cosas con prevision, prudencia y sabiduría infinita, se había adelantado hasta la casa de Pedro, donde acostumbraba hospedarse; los discípulos, embobidos en su conversacion, le seguían á lo lejos disputando entre sí vivamente, y Pedro marchaba á su cabeza; como era el mas conocido de todos, fué detenido por el recaudador encargado de recoger las dos dracmas que se pagaban en aquel tiempo de tributo á Herodes tetrarca en toda la extension de Galilea, el que se había impuesto á todas las familias; exigían también á Jesucristo como cabeza de una compañía compuesta de doce personas, que representaba una familia bastante numerosa y que tenía lugar de tal en la república. Los recaudadores no se atrevieron á acercarse á Jesús, al que respetaban en razon de sus grandes milagros, y le dejaron pasar sin preguntarle una palabra; pero se dirigieron á san Pedro y le dijeron: ¿No paga nuestro Maestro las dos dracmas de la imposición por sí y por sus discípulos? Es lo mas regular que san Pedro aplazase

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 9 Marci.

la respuesta hasta consultar con aquel, puesto que la solución del tributo era un reconocimiento explícito del dominio imperial del César en todo el reino de los judíos; y como el Salvador se había criado en Nazareth, que era una de las ciudades de Galilea sujeta á la de Cafarnaum, por esto allí se exigía el tributo. Cafarnaum se interpreta la villa del consuelo y el campo de la gordura; por lo que allí se pide el tributo al Señor que llena á todos de consuelos y dones. El Salvador quiso pagar como los otros; y no estando formada su Iglesia ni su Majestad reconocida de los pueblos, y menos del príncipe, no se quiso dispensar de las cargas públicas. Como azorado entraba en su casa san Pedro para preguntar á Jesús lo que debía hacer, y su Majestad le salió al encuentro y le previno la pregunta, sin darle lugar á que se la hiciese.

¿Qué te Parece, Pedro, le dijo Jesús, ¿los reyes de la tierra de quién exigen y reciben los tributos? ¿De los hijos ó de los extraños? No tardó Pedro en responder, y dijo: Únicamente de los extraños súbditos suyos: los hijos de los príncipes no son comprendidos en este número. Dices bien, replicó Jesús; luego los hijos son personas libres. Lo que fué decirle: Tú sabes que yo soy hijo de David por mi nacimiento y heredero legítimo de su trono; con que bien puedes decir que no debo tributo alguno á Herodes. Pero nos es preciso evitar toda duda y ocasion de escándalo. No demos á esta gente pretexto alguno para que nos diga que despreciamos la autoridad de las potestades establecidas, ni tampoco te apures por el pago; yo te diré de dónde ha de salir sin que lleguenos á tocar nada de aquello que nos dan para nuestro sustento. Anda corriendo á la ribera del mar, arroja el anzeño; al primer pez que cogieses abrele la boca, en ella le hallaréis un *stater* ó moneda de cuatro dracmas, tómala, págala á los recaudadores y diles que *pagas por mí y por ti*. Quería el Señor se entendiese que después de su Majestad era Pedro la cabeza de la familia apostólica, y que algun día, ilustrado por el Espíritu Santo, sería la de toda la escuela cristiana, compuesta no solamente de discípulos que abrazarían el Evangelio, sino también de maestros y doctores que por su estado y carácter tendrían á su cargo el enseñar é instruir. Disposición admira-

ble de la providencia y de la justicia de Dios, que por medio de este milagro quiso manifestar el respeto y veneracion que le merecian los que en su nombre mandaban en la tierra.

Clara y abiertamente manifestó Jesús su divinidad con la prediccion de este prodigio que tan prontamente se verificó. San Gerónimo lo contempla y dice [1]: Yo no sé cuál es lo primero y mas digno de admiracion; si el del stater en la boca del pez, ó si el de la magnificencia y grandeza de la virtud de Dios, por cuya orden se crió inmediatamente a quella moneda en la boca del aguatil. Misterioso es el sentido de todas estas cosas. El pez representa á Cristo, el mar al mundo, el anzuelo la muerte, el stater hallado en la boca del pez, el precio de nuestra redencion anunciada por el mismo Jesucristo; y así se pagó el tributo y nosotros fuimos libres. Pagó el tributo el Señor, no porque debiese pagarlo, porque tanto segun su naturaleza divina como segun la humana era hijo de rey, y así estaba libre del pago de los tributos; pero esto lo hizo en razon de su humanidad, sujetándose al menor, y pagando lo que no debia, para darnos ejemplo de humildad y enseñarnos que nunca débense dar escándalos por nosotros. Las dos dracmas que tenia el stater, simbolizaban las penalidades del cuerpo y las del alma; las primeras son el hambre, la sed, el frio y otras semejantes, y las segundas son el temor, la tristeza y otras que afligen y atormentan, cuya doble dracma tiene obligacion de sufrir en cualquiera para pagar el tributo al Emperador Supremo por el pecado personal y el de nuestros primeros padres, puesto que no teniendo Jesucristo pecado alguno, la sufrió por los pecados de todos, porque tomó la carne semejante á la pecadora, aunque no tomó el pecado, dió su cuerpo y alma en precio de nuestra redencion, y así pagó las dos dracmas de tributo á su Eterno Padre por los pecados de los hombres. Por último, no era esta la primera pesca que Pedro habia hecho obedeciendo á su Maestro; con lo que tambien se nos demuestra el mérito de la obediencia y el modo con que Dios la premia aun en esta vida. Gustoso con este nuevo prodigio, corrió el discípulo á

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

casa de los cobradores, y pagó por su Maestro y por sí, segun la orden que aquel lo habia dado, volviendo después á buscarle á la propia casa, donde le esperaba con el resto de los apóstoles.

Así como los enemigos de la Iglesia naciente se empeñaron en ridiculizarla é infamarla, los nuevos sofistas, engañadores é incrédulos como aquellos, han procurado en estos tiempos denigrarla y envilecerla, concluyendo de este pasaje que el divino Maestro dispuso á los cristianos del pago de los tributos á los príncipes soberanos y á las autoridades civiles; y de allí dicen nace el empeño de los ministros de la Iglesia en negarse á cumplir estos sagrados deberes de todo buen ciudadano, y su obstinacion en defender sus inmunidades reales y personales. Afortunadamente empero ha visto el mundo todo ser esta una grosera calumnia, y aun comentario, el mas violento y maligno que se puede hacer de la doctrina del Salvador, y un juicio temerario y necio de las ideas y opiniones de los cristianos y de los ministros del santuario.

Sean de la clase y categoria que se quiera los pastores y ministros de la Iglesia, siempre se consideraron miembros de la sociedad y nunca olvidaron el deber y la obligacion de respetar las leyes patrias y de contribuir en cuanto fuese posible á la conservacion del orden y á la prosperidad del Estado. No, nos negamos, decia san Ambrosio, á pagar tributo al César; las heredades y campos de la Iglesia satisfacen puntualmente los gravámenes y cargas á que están afectas. Dad al César lo que es del César; esto es, como expone san Gerónimo, moneda, tributo, dinero; y á Dios lo que es de Dios, diezmos, primicias, obligaciones, víctimas; debemos seguir el ejemplo de Cristo, que pagó por sí y por Pedro tributo, las dos monedas del censo; y aunque no puede negarse que algunos cristianos, ó por ignorancia, ó por un fanatismo irremediable (per que sucede lo mismo en todas las naciones) hayan manifestado repugnancia en pagar los tributos, creyéndose libres de toda carga real y personal, no es por eso menos cierto que dejando aparte derechos, tal vez los mas justos, santos é indisputables, han correspondido en todo tiempo y ocasion á los llamamientos que los reyes y las naciones les hicieron, siendo los sacerdotes los primeros que á

todos dieron este grande y admirable ejemplo de generosidad y deprendimiento. El clero católico, y sobre todos el español, nunca trató de eximirse de estos deberes tan sagrados: los ministros del santuario siempre estuvieron persuadidos que en las necesidades públicas y en los apuros del gobierno debían ser los primeros en dar ejemplo de celo y adhesión hacia el soberano y la república, y concurrir con todo su poder á aumentar el tesoro público. Estos sentimientos del clero están auténticamente probados por su conducta, y bien se puede asegurar que no existe en el Estado algun cuerpo de quien los príncipes se hayan aprovechado tanto, ni en quien hayan hallado mas recursos que en el Estado eclesiástico. ¿Quién podrá reducir á garrismo lo que el clero español, además de las cargas comunes á cada propietario y súbdito, ha contribuido en beneficio del Estado?

Desde luego puede ser que Jesús y sus discípulos hubieran partido de allí y continuado su marcha hacia la Judea, que era entonces el principal objeto del Mesías, para el cumplimiento de su ministerio; pero no quiso ponerse en camino sin darles antes aquellas importantes lecciones para su conducta, cuya materia y ocasion acababan ellos mismos de suministrarle. No habia olvidado Jesús la ardorosa conversacion que habian tenido entre sí durante la vuelta de Cesarea á Cafarnaum; sin embargo, queria saberlo de su propia boca, y así, como por via de plática ó instruccion les preguntó: ¿De qué se habian ocupado en aquella larga jornada, y después que él les habia dado noticia de su pasion y muerte, y de su resurreccion, puesto que así convenia para la gloria de su Padre y por la salud del mundo? Miráronse los unos á los otros, quedaron mudos y no se atrevieron á responderle, concibiendo desde luego recelos de que su conversacion le hubiese disgustado; pues aunque no la habia presenciado, tenia sobrados motivos para presumir que nada se le escondia.

No debe admitarnos el silencio de los apóstoles en esta ocasion, pues la conversacion y disputa que habian tenido versaba sobre un asunto de vanidad y ambicion, y era como bochornoso á unos hombres como ellos tenerlo que confesar. Habian nacido sin pretension

alguna en este mundo; mas de dos años hacia que se educaban en la escuela de la humildad, y por lo mismo no habian de poder hacer sin sonrojarse ni confundirse la confesion que se les pedia. Mas á pesar de todo, ellos la hicieron y aun se atrevieron á interpelar al Maestro para que fuese el árbitro de su disputa, ignorando la nueva vergüenza que habia de causarles la solucion que Jesús daría á su pleito. Acercáronse pues á él y le dijeron: *¿A quién tienes tú por mayor en el reino de los cielos?* Pedro tenia en su favor mas de una declaracion de su Maestro sobre la superioridad presente y la futura; en muchas cosas le habia dado el primer lugar; se habia dejado tratar de él con mucha familiaridad y él le habia correspondido, ya diciéndole que le entregaría las llaves del reino de los cielos, ya llamándole bienaventurado, y últimamente tambien haciendo que del dinero hallado en la boca del pez, pagase por ambos el tributo. Andrés podia aspirar á partir con Pedro la autoridad, puesto que eran hermanos. Juan, hijo del Zebedeo, era conocido por sus colegas por el Benjamin de Jesús. Y otros que tenian la dicha de ser parientes suyos, segun la carne; en fin, cada uno creia tener un apoyo para fundar sus pretensiones, y así fué que todos se dejaron llevar de las pasiones humanas y se determinaron á dirigirse á su Maestro.

Si nuestro corazon fuese sano y nuestro entendimiento no estuviese preocupado con las ilusiones y fantasías de este mundo engañador, ¿qué ejemplo tan eficaz para desengañarnos y convencernos de nuestra pequeñez y miseria no nos ofreceria la conducta de los apóstoles? Por necios y groseros que sean los hombres, nunca les han faltado pretextos para adquirir honores y preferencias; á lo menos para pretenderlas, aun en las cosas mas santas. Fieles y justos eran los apóstoles; por seguir á Cristo habian dejado todo cuanto tenian; y con ello hasta la esperanza de tener mas; y en medio de este desprecio temporal halló cabida en ellos el afán de otro lugar mas alto en el reino de Cristo; pero mejor instruidos algun tiempo después sobre la naturaleza y dignidades del reino de Cristo, mudaron enteramente de afectos, de pensamientos y de lenguaje. Y seria juzgar de ellos poco favorablemente atender solo á sus antiguas flaque-

zas sin hacer cuenta de la rectitud de su alma en la confesion que hicieron de ellas para honrar la paciencia del Maestro en sufrirlas, y el poder de la divina gracia en curarlos de ellas.

Para curar pues el Salvador este afecto en sus apóstoles y arrancarlo de raíz, buscó un medio igualmente suave que eficaz; en primer lugar les dijo: Que el que quisiera ser el primero entre los suyos, se había de colocar y contentar con el último lugar [1] y con servir á los otros, y que ninguno era mayor que aquel que se tenia por el menor de todos. Después de lo que llamó á un niño que se hallaba allí presente; cogiéndole por la mano le abrazó, y poniéndole en medio de ellos, les dijo: Nada puedo deciros mejor para satisfacer á vuestra pregunta y desengañaros, que aseguraros, que si no mudais de vida y si no tenéis como por hábito de virtud un bajo sentimiento de vosotros mismos, la inocencia, el candor y la simplicidad que la naturaleza y lo tierno de la edad concede á los niños, no tendréis lugar ni parte en el reino que yo he fundado y establecido en la tierra, que es el fundamento de el de los cielos. Mirad bien: los niños son el dechado de la humildad, del candor y de la sencillez que debe resplandecer en todos los que quieren ser elevados á la altísima honra de apóstoles y ministros míos. Porque los niños no saben tener envidia, dice san Crisóstomo [2], ni poner los ojos en la honra ajena, ni desear los primeros puestos y dignidades; mas poseen esta virtud altísima la humildad y la sencillez verdadera. Afrentados ó castigados no aborrecen, alabados y honrados no se enorgullecen. Aquella tierna edad está exenta de toda arrogancia, del furor de la vanagloria, de la loca envidia, de toda contienda; y de otros semejantes afectos: por el contrario, estando fortalecida con la humildad y con la sencillez, ni por la una ni por la otra se enorgullece; posee estos bienes y ninguno de ellos se atribuye á sí misma. Sabed pues que el principal medio para ser ensalzados por mí es el de abatirse y humillarse, y que nadie será tenido ni tomado por grande si no se hiciere pequeño como este niño. Yo amo á los de esta edad; pero mas se llevan los cariños los humildes que por una saba simplicidad se reducen voluntariamente al estado de una santa infancia.

[1] Marci. cap. 9, vs. 34 et seqs.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

De advertir es y muy digno de tenerse en memoria lo que nos manda Jesucristo en este Evangelio, no crean algunos necios que nos manda un imposible. No nos manda volver á la edad de los niños, sino á la inocencia, para que lo que ellos poseen por los años lo alcancemos nosotros con la virtud. Por eso no nos dijo el Señor si no os hiciereis niños, sino como niños, esto es, mansos, benignos, humildes, despreciadores de las cosas que el mundo estima como las desprecian los niños. Ni en todo quiso tampoco el Salvador que seamos como los niños, porque á los que en todo se vuelven niños los reprende el Sabio [1] diciéndoles: ¿Que hasta cuándo tienen ánimo de amar la niñez? No es bueno ser niños en el seno y cordura, y es bueno serlo en la malicia, como dice el apóstol [2]. El que por no tenerla fuere como niño, de sus cuevas sacará los demonios, que en sentir de san Jerónimo son los aspides que el niño de pecho había de arrancar de su madriguera. Y á ella aludió seguramente el principio de todos ellos cuando á toda clase de personas dice [3]: Que nos desnudemos de la malicia y del engaño, y que no demos entrada al fingimiento y á la envidia, ni á la murmuracion, sino que como niños nacien nicidos nos alimentemos de la leche de la santa doctrina. De manera que así como la prudencia y la vida immaculada trueca en virgo al mozo y hace que como tal lo alabe la Escritura [4], así el candor y la humildad hace que los viejos se vuelvan niños, y como tales los recomienda aquí al mismo Salvador.

En verdad que esta doctrina santa de Jesús tenía mas relacion con la edificación de sus almas que lo que ellos podían figurarse; y era mucho mas terminante de lo que ellos tal vez entonces no supieron comprender bien; por esto era decirles: Si no corregís vuestros afectos, si no mudais de conducta hasta haceros semejantes á los niños en el despendimiento de todos los afectos terrenos, de verdad os digo, que lejos de ser los primeros en el reino celestial, no lograreis en él ni aun el último asiento. Todo aquel que se humillase como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Esto

[1] Proverb. cap. 1, v. 22.

[2] Ep. ad 1.º Corinth. cap. 14, v. 20.

[3] Ep. 1.º Petri. cap. 2, vs. 1 et seqs.

[4] Sap. c. 8, vs. 8 et 9.

es, todo aquel que no ocupase el entendimiento en comparaciones, que no alimentase el corazón con preferencias, que juzgase favorablemente de sus iguales, y que mirase sin pesadumbre que llegasen á serle superiores; este es el que será verdaderamente grande entre mis discípulos. Cuanto mas perfeccione en sí mismo este carácter, cuanto mas se esfuerce á entrar en la pequeñez de la infancia, tanto será mas grande y sublimado en un reino donde la elevación y la grandeza no se medirán por la sublimidad de las clases, sino por la humildad de los corazones. La exaltación, que es el premio de la humildad, crece con ella y va á su compás en todo; de suerte que se hace digno del sumo grado de honra el que por la humildad supo ponerse en el mas bajo escalon. La pasión de dominar es muy dificultosa de curarse. La enulación que habia introducido en los apóstoles, aun no se apagó con lecciones tan eficaces; aun la veremos brotar mas de una vez, y con frecuencia será menester aplicar el remedio; y este no llegó á curar perfectamente, hasta que el fuego celestial que bajó sobre los apóstoles consumió en sus corazones las reliquias del hombre viejo é hizo de ellos nuevos hombres. Así san Pablo recomienda muy eficaz y particularmente el ejercicio y práctica de esta preciosísima virtud de la humildad, diciendo: Que guardemos la honra para nuestros hermanos [1], y para nosotros escojamos la inferioridad y la sujeción. No sé cómo queda hume ni rastro de soberbia en los que piensan hallar en el cielo quien les diga: *Sube mas arriba*. Mucho recomendó la humildad el que dijo que *sin ella nadie se salva, y que ella da la mayoría en el reino de Dios*.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, mar abundantísimo de gracias y pítelogo insondable de misericordias: mírame con ojos de compasión y permítteme que me acerque al mar amarguísimo de tu pasión, recordando todos mis pecados con la mayor amargura de mi alma: no me olvides, Señor, con la memoria de mis ingratitudes, antes bien déjame echar el anclazo de la contrición do mi corazón, para que

[1] Ep. ad Rom. cap. 12, v. 10.

abierta mi boca por la confesion te pague el tributo de la satisfaccion con una verdadera y sincera penitencia, y así me vea libre de pagarlo al diablo, que es el cruel exactor de mi alma. Concédeme tambien que apartado enteramente de la soberbia me haga como pequenuelo y humilde á tus ojos, y así merezca entrar por el camino estrecho y la puerta angosta al reino de la bienaventuranza eterna, y que recibiendo á los pequenuelos y humildes en honor y nombre tuyo, y usando con ellos de los obsequios de la caridad, sea por tí benignamente recibido en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XVII de san Mateo, desde el versículo 21 hasta el 26; y en el XVIII del mismo, desde el versículo 1.º hasta el 5. Lo contestan san Marcos en el IX, versículo 29 al 36, y san Lucas tambien en el IX, versículo 46 al 48, todos inclusive.

La Iglesia usa parte del texto del XVIII de san Mateo, como propio de la misa del día de san José de Calasanz, á 27 de agosto; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JOSE DE CALASANZ.

San Matto, cap. XVIII, vs. 1 al 5.

En aquel tiempo acercáronse los discípulos á Jesús y le dijeron: ¿Quién pensais será el mayor en el reino de los cielos? Y llamando á sí Jesús á un niño, le colocó en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, que si no os volveis y hacéis semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillase como este niño, será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á un niño tal como este en mi nombre, este me acogió á mí.



CAPITULO X.

PROHIBE JESU A SUS DISCIPULOS SE OPONGAN CIERTO HOMBRE QUE ESPERIA LOS DEMONIOS EN SU NOMBRE, AUNQUE NO ERA DEL NUMERO DE AQUELLOS; LES DA LECCIONES DE MODESTIA Y HUMILDAD Y LES MANDA NO ESCANDALIZEN NI DESPRECIEN A LOS PEQUEÑUELOS, AMENAZANDO CON UN ESPANTOSO CASTIGO A LOS QUE TAL HICIEREN; Y AL FIN PUBLICA SU INFINITA MISERICORDIA CON LAS TRES PARABOLAS DE LA OVEJA Y DE LA DRACMA PERDIDAS, Y DEL HIJO PRÓDIGO.

Tan solapada es la envidia y tan cautelosamente obra en mil ocasiones, que en todas ellas introduce su pestífero y mortal veneno en el corazón de la criatura con las apariencias de la virtud mas modesta y recatada, y del celo mas ardiente y fervoroso. ¡Desgraciado es seguramente el hombre en cuyo corazón llega á introducirse! Ella será un verdugo cruel que le atesigne, y lo permitirá ver una sola obra buena en su prójimo, sin sentirse desde luego animado del deseo de impedirla. ¡Oh! ¡cuántos y cuán grandes males ha

acarreado la envidia en el mundo! Corren parejas la soberbia y la envidia; y si el infierno está poblado de demonios y los hombres no habitan en el paraíso, estos dos monstruos infernales despoblaron el uno y poblaron el otro.

Acababa el Salvador de condenar en sus discípulos el monstruo abominable de la envidia que habia producido el altercado sobre la mayoría en el reino de los cielos, enseñándoles que era detestable este vicio, no solo en ellos, sino en todos los hombres, cuando las mismas doctrinas de Jesús ofrecan á Juan, hijo del Zebedeo, un escrúpulo bastantemente fundado, del que quiso desde luego salir: presentólo con un celo muy modesto la duda que les aquejaba, sin que en ella pudiera traslucirse el menor asomo de la aquella detestable peste. Maestro, le dijo; vos ordenais que se reciban y traten como á vos mismo todos aquellos que creen en vos. Con todo eso, ved ahí lo que yo de consuno con otros discípulos vuestros he ejecutado. Nosotros encontramos á un hombre que echaba á los demonios de los cuerpos y libraba á los poseídos con la invocacion de vuestro nombre, y muy expresamente le hemos prohibido que use en adelante de este oficio, absteniéndose de semejante obra, pues que no es de los vuestros; vos no le habeis recibido en vuestra compañía, y no le habeis comunicado como á nosotros el poder de hacer milagros. ¿Hemos hecho bien en esto?

Es innegable que en la candorosa consulta de Juan no parece tener parte la envidia ni otra pasion desarreglada; pero no puede esconderse que por lo menos tuvo en su accion una gran influencia, un celo sobradamente indiscreto y reprehensible; aunque es tambien verdad que al parecer pecaron mas los discípulos por ignorancia que por malicia; y así el Salvador no reprendió abiertamente su celo participado é indiscreto, y se contentó con decirles claramente: No os opougais á este hombre ni le impidais ejercitarse en tan provechoso empleo: la libertad que se toma no puede menos de producir algun bien, pues es casi increíble que diga mal de mí después de haber echado á los demonios en mi nombre. Y si es verdadero aquel axioma que dice que está en favor nuestro el que no se declara contra nosotros, en ninguna ocasion se ha de verificar mas que en la presente, en la cual no puede considerarse como neutral el

que así obra, y debéis considerar como amigo á aquel que no solamente no emprende cosa alguna contra vosotros como enemigo, sino que hace lo mismo que vosotros haceis y se vale de los medios que vosotros usáis para llegar al mismo fin. ¿Son acaso sus acciones culpables delante de Dios? Si no lo son, ¿por qué las reprobais y condenais? Vosotros debíais haber tratado á este hombre como yo os quiero que os tratén á vosotros. Bien sabeis que en vuestro favor tengo determinado que cualquiera que os procurare algun socorro, aunque no sea mas que un vaso de agua fria, con tal que lo haga porque sois mis discípulos, no perderá su premio; así que creed tambien que las obras de caridad que hace este hombre serán recompensadas en esta y en la otra vida, aunque ahora no tiene la dicha de estar con nosotros.

Hermosa y bellísima comparacion la que mezcló el Maestro divino en este discurso, para dar á sus discípulos una de las grandes instrucciones para establecer sólidamente su Evangelio todo de caridad y de paz, y extenderle hasta los confines de la tierra; porque esto fué decirles: Si yo pienso tan ventajosamente de aquellos que os honran y os alivian, en vista de la relacion estrecha que yo quiero que tengais conmigo, ¿qué deberé hacer con una persona que sin ser del número de mis apóstoles no deja de respetarme, de invocar mi nombre y de extender mi gloria? Mas aun hay en este mismo negocio otro punto del que es preciso que os hagais bien el cargo. Ese de quien me hablais y al que habeis impuesto prohibicion, como á usurpador del ejercicio de un poder que imaginais os conviene solamente á vosotros, es uno de aquellos pequeñuelos á quien la simplicidad de su fe inspira la confianza y que hacen milagros en mi nombre, porque no se les ofrece á la imaginacion el honrarse con ellos á sí mismos. En lo que les dió á entender que esos eran los hombres á quienes los queria semejantes y á quienes debian temer el escandalizar. Sobre todo, lo que dijo muy oportunamente san Ambrosio [1]: Debían persuadirse los apóstoles que el que recibe á un imitador de Cristo á Cristo recibe, y el que recibe la imagen de Dios á Dios recibe. La reprension pues de Jesús fué mas

[1] Div. Ambros. in cap. 9 Lucæ.

bien una instruccion muy oportuna; porque Juan obraba por el grande amor que tenia á su Maestro, y así creyó que no debía ejercer de la potestad que ellos tenían el que no gozaba de la dignidad de apóstol ni del obsequio de seguir á Cristo; pero este quiso instruirle en una cosa muy interesante, cual era la de que él era Dios de los fuertes y de los débiles, de los sanos y de los enfermos; y que si premiaba á los fuertes y robustos que le seguian, no excluía del premio á los flacos y débiles, y que ninguno debía ser alejado á la fuerza del bien á que tenia parte; antes muy al contrario, se le debía animar y provocar para que se acercase confiadamente á participar de él.

Tampoco con este motivo fué menos elocuente y fecundo el venerable Beda que dijo [1]: Aleccionado con esta doctrina el grande apóstol de las gentes de san Pablo, no titubeó en decir: "Se que muchos de mis hermanos en el Señor han cobrado bríos con mis cadenas, y con mayor ánimo se atreven á predicar sin miedo la palabra de Dios. Verdad es que hay algunos que predicán á Cristo por espíritu de envidia y como por tema, mientras otros lo hacen con buena intencion; unos por caridad, sabiendo que estoy constituido para defensa del Evangelio. Otros al contrario, por celos y tema contra mí, anuncian á Cristo con intencion torcida, imaginándose agravar el peso de mis cadenas. ¿Mas qué importa? Con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado, bien sea por algun aparente pretexto ó bien por un verdadero celo, en esto me gozo y me gozaré siempre [2]." Por lo que añadió aquel: Se nos está prohibido detestar todos aquellos que no siguen á Cristo, pues por todos nos enseñó y mandó que rogásemos, porque puede ser que un día se conviertan como Pablo y sean otros tantos predicadores del Evangelio y anunciadores de las glorias de Jesús. Si los malos pues hacen alguna buena obra, no se les ha de prohibir que la hagan, aunque ella no sea meritoria por estar hecha por la caridad, porque es al menos dispositiva para la enmienda de la vida. ¡Oh! ¿Cuántos convites nos hace el Señor para que entremos en el camino de la humildad, como la virtud mas propia de los cristianos; y

[2] Ven Bed. in cap. 9 Lucæ.

[1] Div. Paul. ad Philipp. cap. 1. vs. 14 et seqs.

sin embargo resistimos reír á ella hasta la hora, viviendo ensobrecidos, aunque por la soberbia nos hagamos peores que los demonios!

Además de todo eso les hizo saber el Señor, que así como no hay obra buena sin recompensa, así no la hay mala sin castigo; y que las leyes que ordenan penas por las faltas menores, las prescriben mas rigurosas cuanto los delitos fueron mayores, como los públicos y capaces de escandalizar á las almas flacas; porque como dice san Crisóstomo [2]: Así como los que honran y edifican á los pequeñuelos por Dios tendrán paga, así tambien los que los deshonoran y escandalizan sufrirán la última venganza. Escandaliza aquel que con un dicho ó un hecho menos recto es ocasion de ruina á cualquiera, haciéndole cometer la culpa y el pecado, y con sus palabras y ejemplos á ello lo induce ó impele. Y les avisa en primer lugar para que eviten el escándalo activo, esto es, el que se da á los otros; y después el pasivo, esto es, el propio. Con esta doctrina quiso decir el Salvador: Vosotros, discípulos míos, no alterquís mas ni disputéis sobre la primacía del honor, porque de esta disputa puede resultar el escándalo de los pequeñuelos, no de edad, sino de fe, porque hace poco tiempo que nacieron para Jesucristo y se convirtieron á él; y si los escandalizais los perdereis para siempre. Llámense estos pequeñuelos, porque descendieron voluntariamente de la soberbia altura del mundo y se humillaron por Dios, entrando en el gremio de la fe: estos tales recientemente regenerados, son en verdad débiles y enfermizos, y de ninguna manera deben ser escandalizados, debiéndose advertir que ellos se escandalizan con mas facilidad que los que ya son robustos y fuertes.

En este sentido debe tambien entenderse lo que significó el Salvador cuando dijo: Que era dichoso aquel que daba acogida ó todos los pequeñuelos que creían en su Majestad y que procuraba afervorizarlos; y por el contrario, dijo claramente, que cualquiera que los desecha ó les da ocasion de volver atrás, con el desprecio que manifiesta de la virtud que han concebido y á que se han dedicado, será desdichado é infeliz; y que *mejor les estaria á cual-*

[1] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

quiera que así fuese escandaloso, que le ataren al cuello una rueda de molino y le arrojen al profundo del mar. Así como la promesa primera nos atrae para que ayudemos al bien espiritual de los sencillos, así la amenaza presente nos aterra para que no les seamos ocasion de pecar. El mismo Dios, que premia largamente los beneficios hechos á los suyos, toma de su cuenta el vengar sus injurias; mucho mas las del orden espiritual, que son los escándalos, y de esto están llenas las Escrituras. Donde se ve cuán errados andan los que con gran sosiego de conciencia oprimen ó llevan entre sus piés á los pobres y desvalidos, y mas los que no reparan en ser causa de que ofendan á Dios los sencillos y humildes, por quienes sacó ahora la cara y después dió la vida Jesucristo. Mas entre todos estos parece que tira derechamente aquella amenaza del Salvador, á los que con sus palabras y persuasiones, ó de cualquiera otra suerte, corrompen los ánimos de la gente sencilla y ponen escuela de maldad, abriendo los ojos al que los tenia cerrados con el candor de su buena vida, porque no veia en su prójimo sino acciones virtuosas ó incentivos por la virtud.

¡Ay del mundo! añadió el Salvador, por causa de los escándalos. Duras son y espantosas estas expresiones de Jesús, que recaian muy particularmente sobre los doctores, sobre los sacerdotes y sobre los grandes de Jerusalem, que apartaban al pueblo de la fe del Mesías y eran comprendidos bajo el nombre de mundo. Desdichado el mundo por causa de los escándalos; y redobla su Majestad el *ay*, para indicar la gravedad de la ofensa, lo terrible de la maldición y lo espantoso de la condena que se echa á cuestras el que la comete, confirmandose después por el mismo dicho de Jesucristo, que *al que lo da mas cuenta le tendria que lo ahogase violentamente en el mar.* ¡Y cuántos sin pensarlo quedan comprendidos bajo el peso de este *ay* que muchos pronuncian, y cuya tendencia no todos conocen? ¡Ay de los que inventan nuevas maneras de ofender á Dios y andan maquinando cómo derribarán mañana al que hoy hallaron firme en la virtud! Estos tienen particulares castigos señalados, como que todas las culpas de que son causa van á cargo de ellos, y el mismo enojo que Dios tiene por el pecado lo guarda siempre vivo contra el que lo inventó; por lo que no tardó san Agus-

tin en afirmar que Ario no tiene aun en el infierno toda la pena que ha de tener, ni la tendrá hasta que se acabe el mundo; porque hasta entonces no se sabrá todo el mal que ha causado la pésima semilla que en él dejó sembrada. ¡Ay de aquellos perversos hereges que, como dice san Pedro [1], «son maestros mentirosos que introducen «con disimulo una secta de perdicion, que reniegan del Señor que «los rescató, acarreadose á sí mismos una pronta venganza, á los «que seguirán muchas gentes en sus disoluciones, por cuya causa «el camino de la verdad será infamado, y usando de fingidas palabras harán tráfico de los hombres por la avaricia; mas el juicio «que tiempo ha que les amenaza, va viniendo á grandes pasos y «no está dormida la mano que debe perderlos!» ¡Ay de los libertinos y deslumbradores filósofos, que siendo maestros falsos inventan en el camino de Dios una nueva anchura que no nace de la caridad, sino del desahogo de las pasiones, consecuencia funesta de ese tan decantado libertinaje que con tanto descenfreno predicán y sostienen! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Mas á pesar de este ay, *vendrá el escándalo, porque es preciso que venga; pero infeliz y desdichado de aquel por quien viniere.* Plantó el Señor su Iglesia en un mundo atestado de malignidad, que es la cizaña que anda mezclada con el grano selecto que el gran Padre de familias plantó en este su campo. Es inevitable que haya escándalos de parte de los perversos que están siempre mal con la virtud y con los virtuosos. Pero esta profecía de Cristo, así como no pone necesidad á los malos para que lo sean, así de ningún modo disculpa á los que de sus caídas y escándalos echan las culpas á Dios y altercan con él diciendo: Que pues necesariamente deben venir aquellos, no tienen brazos para oponerse á su voluntad: contra ellos es pues contra quienes truenan furiosamente Jesús cuando dice: *Mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo.* Este mismo lenguaje usó san Pablo, el cual aunque dijo [2] que convenia hubiese herejias en la Iglesia, tuvo buen cuidado de advertir en otro parte que los que inquietan al pueblo sencillo y ponen estorbo á los que corren para obedecer la verdad, sean los que fueren,

[1] Ep. 2.ª Div. Petri. cap. 2, vs. 1 et seqs.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 9, v. 19.

pasarán por muy estrecha residencia [1]; inflamándose de tal manera su ánimo cuando contemplaba la gravedad de esta peccado, que su celo ponía en boca exhortaciones gravísimas para preservar de él á la Iglesia, diciendo que no era razon que los que somos hermanos en Jesucristo nos pogamos unos á otros tropiezos para dar de ojos en el peccado [2]; que sigamos todo aquello que hace á la paz y á la edificacion de los unos á los otros [3]; que nadie se tome licencia que sirva de tropiezo á los flacos; que aun en lo lícito andemos con piés de plomo, y que nos guardemos de ello si alguno se hubiese de escandalizar [4]. De suerte que mirando en todo al bien y provecho de nuestros hermanos, á nadie demos escándalo, sea judío ó idólatra, siendo en todo y á todos motivo de edificacion.

Juzgó Jesús muy prudente en esta ocasion no escasear á sus apóstolos los avisos y las comparaciones que podian avivarlos mas para que les quedasen mas impresos, y así les dijo: Hay amigos en el mundo, los cuales se juzgan tan necesarios para salir con algun intento, como son necesarias las manos al cuerpo para trabajar y los piés para caminar. Pero si teneis un verdadero amor por vosotros mismos, es preciso romper esta amistad cuando os es estorbo para cumplir con vuestro deber; es menester cortar esta mano y arrojarla lejos de vosotros cuando os induce al mal. Pues mas vale que entreis en el reino de los cielos con una sola mano, que no teniendo las dos ser arrojados al infierno para padecer tormentos eternos, en donde el gusano que roe el alma y el cuerpo no muere jamás, y en donde nunca se apaga el fuego que abrasa á los dos. Y si vosotros debeis no hacer caso ni tener atencion alguna con estos falsos amigos, aunque su amistad os parezca tan necesaria como es una de vuestras manos cuando interfiere el honor de Dios, de la misma suerte están prontos á separaros de aquellos cuya familiaridad es dañosa á vuestras almas, aunque os parezcan tan necesarios como uno de vuestros piés. No perdoneis á un pié tan dañoso que os lleve al precipicio; cortadle al punto y arrojadle de vosotros. El ma-

[1] Idem. Ep. ad Galat. cap. 5, vs. 7 et seqs.

[2] Idem. Ep. ad Rom. cap. 14, v. 13.

[3] Id. ibid. v. 20.

[4] Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 10, vs. 23 et 24.

por mal que os puede suceder es quedar cojos con su falta; ¡pero cuánto mayor mal es bajar con los dos al infierno para ser atormentados allí por toda la duración de los siglos! ¿Y qué cosa mas amada que uno de vuestros ojos? Con todo eso, si este con su modo libre de mirar os es causa de ofender á Dios y poner vuestras almas en manifiesto peligro de parecer, tened ánimo para echarle fuera; mal es sin duda la falta de un ojo, pero se ha de reputar por un gran bien cuando sirve para alcanzar por ese medio el cielo, en donde los bienaventurados están exentos de todo dolor y pena. Mejor os está perder esa dañosa vista, que conservarla para que os sirvan los dos de caminar mas derechos y con mayor presteza á los infiernos.

No extrañéis, discípulos míos, la dureza de estos consejos; es preciso hacerse violencia para alcanzar el reino de los cielos, y así lo es también romper y separaros de aquellos amigos cuya familiaridad y ejemplos os son causa de escándalo, dejándolos antes que os condenéis en su compañía. Yo no dudo que tendréis dificultad y os costará alguna pena en romper con esta especie de afectos, pero si quiere la ley que pisen las víctimas para el fuego y que haya sal en todos los sacrificios [1], es preciso también que los justos, como hostias vivas que se consumen en el servicio del Señor, sean probados por el fuego, y que junten á los ardores santos del divino amor la dolorosa sal de la mortificación. Esta sal prodigiosa preserve al alma de la corrupción del pecado. Mas tened entendido que la mejor sal, una vez disipada y gastada su virtud, no es á propósito para uso alguno, y no es posible restituirla á su primera virtud y fuerza. Haced pues buena provision de esta sal espiritual, y tened gran cuidado no se corrompa. Ved ahí el medio de conservar en la paz que yo deseo reine entre vosotros, y que atraiga á vuestras almas el respeto de las demás virtudes.

Con frecuencia se servia el Salvador hablando con sus discípulos de la comparacion de la sal aplicándolas á diferentes asuntos, porque hay sales de diversas especies, y aun una misma sirve para muy distintos usos. Para los cuerpos condenados en el abismo hay la sal del fuego que jamás se apaga; para las víctimas, una sal

[1] Levit. cap. 2, v. 14.

que las consagra; para el alimento, una sal que sazona; para la conducta, una sal de sabiduría y prudencia que la dirige y santifica. De esta es la que yo os hablé bajo la figura de la sal comun cuando os decia: *Buena es la sal*; conservad en vosotros la sal de la prudencia y de la discrecion; servios de ella para evitar con precauciones prudentes lo que pueda ser para los otros ocasion de caída y de escándalo; porque si los que se escandalizan á sí mismos por no hacer una separacion dolorosa, pero necesaria, de lo que les causa su ruina, son castigados severamente y entregados al gusano que no muere, como pensais, dice el Señor, que serán tratados los hombres, que ó no tienen reparo ó son tan soberbios, que no temen escandalizar á los pequeñuelos que creen en mí? Ninguna pena mayor, dice san Ambrosio [1], que el gusano roedor de la conciencia que siempre muere interiormente. ¿Por ventura, no ha de huirse este tormento mas que la muerte, que todos los dispendios y destierros? Ni aun tampoco el fuego del infierno que abraza exteriormente el cuerpo se apaga ni consume, porque es un fuego adictivo y no consumitivo, y su materia durará para siempre, porque no tiene elemento contrario que lo pueda apagar ó destruir. Y el venerable Beda añade [2]: Así como el gusano es un dolor interior que siempre acusa, así el fuego es una pena exterior que siempre martiriza.

Otras consideraciones de no menos peso presentó Jesús á sus apóstoles para reencargarles el cuidado que habian de poner en no escandalizar á los pequeñuelos y el aprecio que debian hacer de ellos: *Mirad, les dijo, que no desprecieis á ninguno de estos pequeñitos que creen en mí, porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que allí está.* Lo que fué decirles: Los ángeles, sus tutores, á quienes ellos están encomendados, tienen su morada en el cielo, y así se presentan incesantemente ante el trono de mi Padre para darle cuenta de su administracion y conducta, y para pedirle venganza de aquellos hombres indiscretos ó soberbios que no reparan en perder con sus discursos ó con

[1] Div. Ambros. lib. 1.º Officior. cap. 4.

[2] Ven. Bed. n.º cap. 9 Marci.

sus ejemplos á aquellos cuya salud está confiada á la vigilancia de los espíritus celestiales.

En todo este discurso resplandecen admirablemente las causas de la reverencia y del acatamiento con que debemos los fieles mirarnos los unos á los otros; porque no dijo Cristo que respetásemos á los unos porque son ricos, á los otros porque son sabios, y á otros porque son nobles ó privados de algún señor temporal, ó por algún otro título exterior de los que emboban y entontecen el mundo, sino porque son hijos de Dios, porque por ellos se dejó crucificar el Hijo Unigénito del Altísimo, porque el Padre celestial los tiene debajo de su amparo, y sin su potestad nadie les arrancará un solo cabello de la cabeza; y en fin, porque para su tutela y defensa tiene destinada la nobleza de su cámara celestial, los espíritus abrasados de su amor que no miran sino cómo agrardarla en todo y dar en el hito de su deseo, y que están absortos sin verse hartos de mirarle y contemplarle. Estas cosas quiere Jesucristo que miremos en nuestros hermanos; solo con que en esto le obedeciésemos, quedaban cortados en su raíz muchos males y pecados que tienen adligada á la Iglesia. Digno es de oír sobre este particular al máximo entre los doctores san Gerónimo [1]: Después, dice, que nos enseñó también á evitar el desprecio, como que es la raíz del mismo escándalo, y aunque para evitar este nos mandó huir todos los afectos carnales, no llegó hasta el extremo de que despreciemos aquellos de cuya salvación podemos tener fundada esperanza y que por lo mismo debemos ser solícitos de ella; así es que nos da un motivo especial, no solo para no despreciarlos, sino para honrarlos, pues no debe el siervo despreciar aquellos á quienes tanto honra el Señor. Debemos procurar su salud, porque el Salvador procuró la de todos. San Bernardo añade [2]: Fiel el Parainfante, sabedor del amor mutuo, pero que no lo envidia, no busca su gloria, sino la de su Señor. Discorre entre Dios y el alma santa, que son el amado y la amada, y al uno ofrece votos y afectos de amor, y á la otra le lleva dones; avisa á este para que se enervore, aplaca á aquel para que no se enoje; y como es doméstico y conocido en el palacio de los

[1] Div. Hieronim. in cap. 18 Math.

[2] Div. Bernard. Sermon 31 in Cantic.

cielos, no teme ser repelido ó espulsado cuando lleva las embajadas de una á otra parte, y siempre tiene la dicha de ver el semblante del Padre, al que incesantemente ruega por el alma que se lo confió.

Por último, el discreto san Anselmo afirma que millares de millares de espíritus angélicos vuelan sin cesar desde el cielo á la tierra, discurriendo de una á otra parte como solícitas y negociadoras abejas por entre los prados y las flores, disponiendo todas las cosas con mucha suavidad y prontitud, como mensajeros en quienes no cabe engaño y que obedecen con la mas puntual obediencia [1]. Mira pues con cuánta fidelidad nos sirven nuestros ángeles, y cuán solícitos son para con nosotros. Nada hagas en su presencia que pueda disgustarles. Si la ira te incita á que vuelvas mal por mal á tu prójimo, no mires en él que es menos que tú, ó que le aventajas en la edad, ó en la autoridad, ó en la riqueza, sino párate á pensar que asestas los tiros de la venganza contra uno que tiene á Dios por padre, y á Cristo por hermano, y por tutores á los espíritus celestiales, y del cual tiene dicho el Señor: Que el que á él toca toca á la niña de sus ojos [2]. Camina en todo con cautela, porque en todas partes y en todos lugares y ocasiones, presente está tu ángel, y presto están todos los de Dios para cumplir sus órdenes, sean de misericordia ó de justicia, y no te atrevas á obrar á la presencia de tu ángel lo que á la vista de un hombre no hicieras [3].

Mas adelante que todo esto llevó ann el Maestro divino sus instrucciones para enseñar con sus ejemplos lo que habia explicado con sus discursos y doctrinas, justificando que no solo no se habian de despreciar los pequeñuelos, sino que se habian de buscar para atraerlos á la fe y confirmarlos en ella; pero notaron malignamente sus enemigos que su mas ordinario acompañamiento en las correrías evangélicas, además de los pobres y enfermos que no lo dejaban, se componia de publicanos y pecadores; esto, movidos del deseo del perdón de sus culpas y llenos de compuncion verdadera, venian á oír de su boca y aprender el camino de la salud eterna,

[1] Div. Anselm. in Ep. ad Hebreos.

[2] Zachar. cap. 2, v. 8.

[3] Div. Bernard. Sermon 12 in Ps. Qui habitat.

disponiéndose de esta manera para la fe del Evangelio. Avergonzados de sus desórdenes no se avergonzaban de buscar el remedio. Jesucristo los atraía á su escuela, los recibía con caridad, los cultivaba con cuidado y tenía gusto de tenerlos en su compañía. Esta era la oveja perdida de la casa de Israel que buscaba con ansia y con fervor, y la conducía al redil.

Digna, muy digna es de mirar la conducta de Jesús bajo todos los puntos de vista; pero bajo el carácter y nombre de pastor es el modelo ejemplarísimo de todos los pastores que quería dar á su rebaño, porque parece que en nuestros días ya se han olvidado muchos de este carácter de caridad, de compasión y dulzura; por poco ó por nada se alteran y mudan las antiguas ideas de religion, y como que se tenga á mal que los discípulos se parezcan al Maestro. Un aire austero, unas modales ásperas, unas máximas extremas, el desden, el desprecio, y desgraciadamente muchas veces en público y para los que lo ven, esto es lo que los hombres suelen admirar y lo que hace á los ojos de los necios y poco instruidos en el espíritu del Evangelio grandes celadores de la ley y guías ilustrados, cuando no es mas que conformarse con el gusto de los judíos, restablecer las prácticas de los escribas é introducir las costumbres de los fariseos. ¡Oh! ¡Y quién pudiera borrar, no solo con lágrimas de sus ojos, sino con la misma sangre de sus venas, ciertas aberraciones de algunos hombres, nada propias del carácter de un verdadero pastor! El de Jesucristo, lleno de humildad, de mansedumbre y de condescendencia, ofendía con exceso á sus enemigos, cuya soberbia y dureza condenaba. Ellos pretendían que un hombre que se daba por Mesías y se levantaba á doctor de la nación, debía seguir otro método; que su única compañía debía ser la de los justos y los sabios, porque era en su concepto sobremedura indecoroso é indecente verle siempre rodeado de la gente de menos crédito y mas despreciable del pueblo. Este hombre, decían públicamente, y alguna vez en su propia presencia, muestra un gusto singular para con los pecadores, los recibe con preferencia á los demás, y elige muchas veces sus casas para comer y hospedarse. Acusacion maliciosa y terrible que ofendía altamente la mansedumbre de Jesús, su misericordia y clemencia, y lo desfiguraba á los ojos de Israel para que

no fuese reconocido por el Mesías prometido, y el Dios Redentor y Salvador de su pueblo.

Una sola palabra que Jesús hubiese hablado, hubiera sido mas que suficiente para confundir la orgullosa soberbia de sus injustos detractores; pudiera muy bien haberles dicho que en ella tenían un pecado mucho mas difícil de curar que los que reprendían en los publicanos; y aunque de cuando en cuando el interés de la verdad le obligaba á confundirlos por este mismo lado, en esta ocasion quiso ceñirse á sola la acusacion, considerada en su punto de vista mas culminante y esencial. Supone en su pueblo cierto número de hombres fieles, observantes de la ley de Moisés en cuanto á sus preceptos naturales y en cuanto á sus legales observancias; gente virtuosa é inocente en su estado en cuanto pueden serlo con el socorro del cielo las criaturas flacas y frágiles de la tierra. Miraba por otra parte una multitud de pecadores que sin faltar á la fe en medio de sus hábitos viciosos, se dejaban dominar de sus pasiones. Se dejaba ver y se representaba en sí mismo como enviado á los unos y á los otros, como un ministro destinado á preparar todos los corazones al Evangelio. Pero en el ejercicio de su ministerio manifestaba preferir los pecadores á los justos. Esto es lo que le echaban en cara, y hacia esta parte conviene precisamente considerar su apología. Esta se reduce á algunas parábolas sencillas pero eficaces que propuso á unos hombres críticos y maliciosos, que de la grandeza de sus misericordias tomaban ocasion para censurarlas.

Tres cosas hay que muy particularmente inducen al hombre á que tenga misericordia y compasión de su prójimo, y son la *simplicidad*, el *parentesco* y la *necesidad*; y estas tres inducen tambien á Dios á que usa de misericordia con nosotros. La primera, que es nuestra simplicidad, está representada en la parábola de la oveja descarriada, porque el hombre es muy sencillo y simple respeto del enemigo tan astuto y sagaz que tiene, que es el diablo, por cuya razon clamaba David y decia [1]: *Erré, Señor, como la oveja que se descamina; busca pues á tu siervo que no se ha olvidado aun de cumplir tus preceptos*. La segunda, que es el parentesco que

[1] Ps. 133. v.

tenemos con Jesucristo, está simbolizada en la segunda parábola, que es la dracma perdida, porque en la dracma está el busto del rey y la inscripción de su nombre; así el hombre, que es formado á imágen y semejanza de Dios, tiene la inscripción de Cristo, porque de Cristo se llama cristiano, por cuya razón tiene también compasión de nosotros, porque según el dicho del apóstol, *nadie tiene odio á su propia carne* [1]. Y la tercera es nuestra necesidad y pobreza representada en el hijo pródigo que vuelve á la casa de su padre, acordándose que en ella hay muchos criados que comen pan, mientras él perece de hambre en una tierra extraña. De cuyas tres misteriosas y significativas parábolas se vale Jesús para condenar la maligna perdición de los fariseos, que orgullosos y envidiosos de los aplausos que justamente Jesucristo recibía del pueblo, porque ejercitaba con él la misericordia y la compasión, y mas ignorantes aun de los caminos de Dios, creyendo que la santidad consiste en no tratar nunca á los pecadores ni acercarse á ellos, no podían sufrir la benévola acogida que todos hallaban en Jesús, y así los dijo: ¿Quién hay entre vosotros que teniendo algún rebaño de cien ovejas, perdida una de ellas, no deje las noventa y nueve solas en la campiña por buscar solícito aquella sola que ha perdido? ¿Y después de hallada, quién será el que no muestre tal alegría, que cargándola sobre sus espaldas la lleve como en triunfo á su casa, convide á sus vecinos para que le den el parabién y se alegren con él de haber encontrado la oveja que ya lloraba como perdida? Este exceso de alegría no solamente no es reprehensible, sino laudable en un pastor que ama tiernamente su ganado.

De esta parábola sacó luego el divino Maestro una consecuencia que hizo estremecer á los escribas y fariseos, porque justificó desde luego su conducta con respecto á la benignidad que usaba con los pecadores. Ved ahí, les dijo, un retrato de vuestro Padre celestial. Ved ahí una imagen de lo que pasa en el cielo en la conversión de un pecador. Es una nueva alegría para toda la corte del reino de la gloria cuando un hombre perdido por los caminos de la maldad se vuelve á la penitencia. Alegría mucho mas gran-

[1] Div. Paul. Ep. ad Ephesios. cap. 5, v. 29.

de mucho mas viva que la que causa la perseverancia en el bien de noventa y nueve justos que no habiéndose apartado de la fe no tienen necesidad de penitencia. De donde se sigue que quien trabaja la conversión de los pecadores, lejos de ser profano y pecador como ellos, hace una obra muy grata á los ojos de Dios y de los ángeles; por lo que dijo Orígenes [1]: Nosotros damos ocasión de gozo á los ángeles en el cielo, cuando caminando sobre la tierra y apartando á los pecadores del pecado, inclinándolos á la penitencia, tenemos también nuestra conversacion en los cielos.

Este modelo de caridad que propone el buen pastor á los mayores de su rebaño, es una ley estrechísima que no les consiente abandonar las ovejas luego que se desvían del buen camino. Para este caso son los nuevos desvelos; la mayor solicitud, el mas tierno amor, el andar en su busca sin cansarse ni dar sueño á sus ojos hasta volverlas al redil. Trastorna el orden de las obligaciones pastorales y se desentiende del ejemplo de Cristo al pastor que se dedica enteramente á dirigir almas que sirven á Dios, cuya direccion es suave y fácil, huyendo de las pérdidas, cuya conversión y guía cuesta mayor desvelo y trabajo, y gemidos y lágrimas. Pocos pastores piensan la estrecha obligacion que tienen en ciertos casos de huir de las personas que los buscan y les muestran apego no necesario para poder correr tras los que huyen de ellos, y cuya perdición será imputada á su desidia, ó al desorden de su caridad, ó á la indolencia de su celo. El buen pastor extiende la penitencia propia á los pecados ajenos; no tiene por carga las almas que lleva á Dios, porque nada es gravoso á la caridad ni hay cosa dura ó áspera para quien ama á las almas por Dios y sabe lo que por él y por todos hizo y padeció Jesucristo. Grande, sí, no hay duda, muy grande debe ser el gozo que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia.

Pasa inmediatamente el Salvador á proponerles otra parábola, casi sin darles tiempo de reflexionar sobre la primera. Figuraos, les dijo, una pobre mujer, que teniendo alzadas diez dracmas pierde una de ellas porque se estravía del lugar donde las tenía coloca-

[1] Origen. in Luc.

das; al punto enciende una luz, escudriña todos los rincones, vuelve toda la casa de arriba abajo, y no sosiega hasta encontrarla; con-
seguido esto, ¿cuánta es su alegría? Llama sin detención á sus veci-
nas, las manifiesta su hallazgo y les suplica se alegren y cele-
bren con ella su dicha, porque halló la que se le había perdido.
Tal serán, vuelve á decir el Señor, los regocijos que harán los án-
geles de Dios en el cielo á la vista de un solo pecador á quien tor-
ne otra vez la penitencia á la gracia del Padre celestial. ¿Es aca-
so esto porque la dracma encontrada sea de mayor precio y estima
por haber sido perdida? ¿Es mas amable la oreja vuelta al redil
por haber andado descarriada mucho tiempo? ¿El pecador peni-
tente es mas digno de los favores del cielo, por haber merecido sus
mas severos castigos? No por cierto; es sin duda porque la alegría
de lo que se recobra se debe medir con el dolor que causó su pér-
dida. El justo que persevera, se grangea una estimación uniforme
y goza de una igual complacencia. Un pecador convertido hace
cesar el dolor y el sentimiento, enjuga las lágrimas y vuelve á sus-
citar el gozo y la alegría que parecían haber faltado para siempre.
Siendo pues ninguno el valor de la moneda perdida en compara-
ción del alma señalada con la imagen del mismo Dios, ¿cuán gran-
de y recomendable á la presencia del Señor deberán ser la solicitud
y el celo de los que se empleen en buscar almas perdidas, aunque
sea á costa de ansias, fatigas y humillaciones? ¿Cuán grande seria
su gozo por una sola que tenga la suerte de hallar? ¿Qué extraño
es que la sabiduría de Dios, como dice San Agustín [1], para hallar
este cautivo suyo, tome su antorcha que es la carne de Cristo en-
cendida con la luz eterna, que es la divinidad del Verbo?

Por dos razones principales se alegra Jesucristo en la conversión
de un pecador: primera, porque la conversión aplaca su justicia; y
la segunda es porque no se malogra en aquella alma el precio de
su sangre. Es tan del gusto de Jesús y le causa tanto gozo ver
que un pecador se convierte, que si no bastase para conseguir que
se convirtiera la pasión y muerte que sufrió, la padecería de nuevo
y moriría otra vez: óigase si no lo que escribió san Dionisio Areo-

[1] Div. August. in Ps. 133.

pagita [1] al célebre Demophilo: "Habiendo cierto hombre infiel
hecho apartar de la fe á otro que era fiel, Carpo, que era un va-
ron muy insigne en santidad, lo llevó tan á mal, que pedía
á Dios que uno y otro fuesen quemados vivos. Aparecióle Jesu-
cristo á la media noche como detenido en el aire y acompañado
de una multitud inmensa de ángeles; en la tierra empero apare-
ció un horno encendido lleno de serpientes, al que eran conduci-
dos aquellos dos infelices, contra los que pedía Carpo que fuesen
arrojados en el horno, llevando muy á mal no se realizasen en el
acto sus deseos; y en este estado baja Jesucristo á la tierra, y ex-
tendiendo sus brazos, arrebató aquellos dos hombres de la boca
del horno donde iban á ser echados, vuélvese á Carpo teniendo
sus manos levantadas y le dice: *Héreme otra vez con la lanza,*
¡pues estoy resuelto á padecer y morir de nuevo por salvar á los
hombres." Concluyamos pues, dice san Bernardo, que ninguno,
por pequeño que sea, debe ser despreciado, porque siempre es hi-
jo adoptivo de Dios por la fe y por la gracia, y el Señor cuida par-
ticularmente de él.

Otra tercera parábola les presentó el Señor para aclarar la verda-
dera significación de las dos precedentes, y como para dárlo mayor
expresión y viveza, ó para manifestar mas la ardentísima caridad
de su corazón, á fin de ganar mas el nuestro llenándola de mayor
confianza y consuelo. Para entenderla bien conviene no perder de
vista lo que ocasionó la explicación empezada entre Jesús y los fa-
riseos. Tratabase siempre de los jastos de la Sinagoga, á los cua-
les parecia posponer el Señor, dando la preferencia á los pecadores,
con los cuales se le reprendía ser prodigo de sus cuidados y de su
ternura. Su Majestad no se opone á la justicia y á la inocencia
que se atribuye á los unos, y conviene llana y sinceramente en el
mal estado de la conciencia de los otros; esto supuesto, quiere que
atendan mas los fariseos á lo que va á decir, y que vean si es jus-
to el juicio que hacen de su Majestad.

Un hombre, les dice Jesús, tenía dos hijos, y el mas joven de

[1] Div. Dionis. Areopag. Ep. ad Demophilum.

ellos dijo á su padre: Dadme, padre mio, la porcion que me debe tocar de vuestros bienes para aumentarla en provecho mio. Está muy bien, respondió el padre: y dividiendo luego aquellos en dos partes, dió á cada uno lo que le tocaba. Un jóven con muchos bienes y demasiada libertad siempre corre grandes riesgos; este jóven desventurado bien pronto lo experimentó. Conocia que en la casa paterna, y aun fuera de ella en su propio país, siempre habia de encontrar un freno saludable á sus pasiones, por lo que se determinó á viajar á un país extraño, donde no hubiese quien pudiera notar sus faltas y corregirlas. Allí se entregó á toda clase de excesos y liviandades, y en poco tiempo disipó en desenvolturas todos sus bienes. Mas para colmo de sus desgracias, y cuando ya de sus cuantiosos bienes nada le quedaba, sobrevino una hambre terrible que desoló el país. Entonces, sintiendo todo género de necesidades y privaciones, tomó el único partido que le quedaba, que era el ponerse á servir. Habia dejado un padre bueno y tuvo que buscar un amo que la fortuna le deparó extremadamente feroz, el que sin permitirle vivir en la ciudad lo desterró á una casa de campo, encargándole el cuidado de una manada de cerdos; mas, ¡quién lo creyera! Ni aun á costa de tanta degradacion encontró para sí el alimento necesario. Envidiaba la suerte de los cerdos, y no le era permitido llegar al alimento vil de que ellos se mantenian.

En este estado de tan extremada miseria, ¡cuántas serian las amargas reflexiones que á sí mismo se haria! ¡Cuántos los remordimientos con que se afligiria? Un estado tan violento y precario debia necesariamente producir la desesperacion en un corazon menos confiado. Por fortuna no se habian borrado aun en el corazon de este jóven las ideas de bondad y misericordia que eran naturales en su padre; y acordándose de ellas y de que aquel es su padre y el su hijo, mirando antes de todo su propia indignidad, conociendo que no tiene derecho para exigir otra vez sus cariños, pero no dudando de su bondad y clemencia, lleno de confianza determina presentarse á él. Para animarse mas á esta santa y heroica resolucion, exhortábase á sí mismo y se decia: ¡Cuántos criados y domésticos viven actualmente en la casa de mi padre, donde tienen

el pan con abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre! ¡Ah! Yo parto luego; voy á buscar á mi padre y lo diré: Pequé, padre mio, contra el cielo y contra tí: no soy digno ni merezco el alto honor de llamarme hijo tuyo; pero á lo menos, señor, no me niegues la gracia de admitirme en el número de tus criados. A tu vista, padre mio, lloraré cada dia mis extravíos, y mis lágrimas me harán cada dia mas digno de tí. Tú y el cielo seréis testigos de mi arrepentimiento, y espero que aun me bendecirás un dia porque volví arrepentido á tu vista.

No podia retratarse con mas exactitud el pecador que se desvia de Dios por el desordenado amor á la independencia, y que desviado y viviendo á sus anchuras disipa los dones naturales y arroja de sí los sobrenaturales, trocando la sabiduría por la necedad, la verdad por la mentira, la riqueza por la mendiguez, y por un deleite momentáneo la posesion del bien incommutable y eterno. El hambre que se padecia en la tierra á donde fué á parar el pródigo, muestra la miseria del corazon que no es alimentado con el pan del cielo. El haberse puesto á servir, denota la esclavitud del demonio á que se sujeta el que echa de sí la suave coyunda de Cristo. El enviarle á cuidar puercos, es figura de la vileza á que es abatido el hombre por el amor de la carne y del mundo. En el deseo de comer bellota está representada la hambre de los deleites y de los bienes del siglo; hambre perpetua, porque nunca se harta, y que hace mas desdichado al que mas alcanza lo que desea, porque acaba los bienes de fortuna y de gracia, los de buena fama y honor, y los de robustez y salud, debilitando, degradando y envejeciendo el hombre hasta hacerle de peor condicion que el mulo y el caballo que no tienen conocimiento.

Inspirado el corazon de este hijo por la viveza de los afectos verdaderamente filiales, sintió latir en su pecho toda la ternura del amor, y la hermanó luego con el fuego de la penitencia por medio del arrepentimiento que lo quebrantó, trocándose de malo en bueno, y de esclavo del pecado en hijo de Dios; no desestimando la cooperacion de la gracia con que el Señor le ayudaba y fortalecia sus esfuerzos. Cuando el pecador se halla en este estado alumbrado con

la luz que despreció primero, comienza á ver la sima tenebrosa en que le despenó el pecado, á sentir la falta de los bienes perdidos y á envidiar la verdadera riqueza de los que sirven á Dios, diciendo como el pródigo: *¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo estoy aquí pereciendo de hambre!* Reconoce donde estuvo, porque estuvo en el pecado y se duele; donde estará, porque ha de estar en el juicio y teme; donde está, porque se halla en la miseria y gime; donde no está, porque le falta la gloria y por esto suspira [1]; por esto vuelve sobre sí doliéndose sobremanera de sus culpas. Desconténtale ya la burlería del mundo, espántale la miseria de sus pasiones, y resuelto á dejar el pecado y la ocasión del pecado, dice: *Me levantaré e iré á mi padre.* Con mis deseos que son los pies de mi corazón, buscaré al que es padre mío y me ama como padre, caminando hacia él con pasos de amor hasta postrarme á sus pies y confesarle mi culpa diciéndole: *Pequé, padre, contra el cielo y contra tí.* De tí me aparté dejándote de amar y amando lo que es infinitamente mejor que tó; hícime esclavo de mis pasiones para no ser dominado de la caridad; ingrato fui á tu amor, contra tí conspiré abriendo las puertas de mi corazón á la tiranía de la concupiscencia. No guardé para tí los frutos del amor; perdido tengo el derecho de llamarte padre, ya no merezco ser llamado hijo tuyo, indigno soy de tu gracia y de tu misericordia. ¡Oh padre! ¡Oh padre! cuánta ha sido mi ingratitud para contigo!

¿Dónde están? ¿Qué se han hecho, padre mío, los cariños con que en otro tiempo me regalabas y acariciabas? Me estrechabas contra tu pecho, y tu ardiente boca imprimía en mi frente el dulce sello del amor. Mi corazón palpitaba, y yo sentía los latidos del tuyo que saltaba de placer cada vez que me miraba. ¡Ah! Entonces no merecía ser tu hijo. Deja pues ahora los cariños y ternezas de padre para tus hijos buenos, para los inocentes, para aquellos que en todo te dieron gusto ó hicieron tu voluntad. Mas aunque yo no soy de estos, padre mío, *trátame siquiera como á*

[1] Div. Gregor. Hom. 34 in Evangelia.

uno de tus jornaleros, admíteme en tu casa, y en ella horé la vida penosa y trabajosa de la penitencia, sujetándome enteramente á tu servicio para resarcir con las lágrimas y con el esfuerzo del espíritu las ofensas contra tu Majestad cometidas.

Como luchaban en el corazón de aquel hijo mil encontradas ideas, así luchan también en el del hombre penitente. El conocimiento de las faltas produce la humildad, el de la bondad del padre engendra la confianza; con la humildad se postra el hombre á la presencia de Dios; con la confianza se levanta y corre hacia él. Aun estaba bien lejos de la casa paterna, cuando su buen padre lo percibe. Los andrajos y la miseria no desfiguran jamás tanto á un hijo que lo hagan desconocido al padre que le dió la vida; conmoviéronse sus entrañas, se estremeció su corazón á la vista de su hijo, corrió á su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con ternura. Entonces cumple el joven sus votos, y antes que sus labios articulen una sola palabra, sus lágrimas, fieles intérpretes de un corazón arrepentido, le dicen claramente la pena que al suyo devora. Rompe el silencio poblando el aire de suspiros, y pronuncia sus labios aquellas palabras que fueron el preludio de su conversión: *Padre, pequé contra el cielo y contra tí; yo no soy digno de llamarme hijo tuyo.* Ninguna excusa tengo que alegar en vuestra presencia, nada puede dispensarme del justo castigo que merezco. No le niega el dulce nombre de padre, pero confiesa que despreció la dignidad de hijo; no deja de correr á la casa paterna, pero solicita el último lugar, que es el de los jornaleros; confiesa su culpa y busca al ofendido; reconoce la ternura del padre, y no duda que lo matará el hambre. Aunque en el que trata de convertirse debe prevalecer la confianza al temor, conviene que estos dos afectos nunca se separen de la interior humillación, sin la cual no es fructuosa la penitencia. Desventurado el hombre que peca y no vive constantemente humillado, pues sabe de cierto que perdió la gracia e ignora si la ha recobrado. Esta incertidumbre, al paso que no se opone á la confianza en Dios, obliga al pecador á que sea humilde y á que al menos se posponga á los inocentes.

Estaba el padre tan fuera de sí de gozo, que sin responder al hi-

jo y sin permitirle acabar su discurso, llamó á sus criados y les dijo: ¡Ea! daos prisa, traed la ropa primera de mi hijo y vestidse la á mi presencia; ponle un anillo en el dedo y calzadle nuevas sandalias, pero todo esto es muy poco; id corriendo á mis baños, traed un becerro cebon, matadlo y preparaos un gran banquete; comamos juntos y regocijémonos, pues para mí ya había muerto mi hijo, y vedlo allí resucitado. Yo le juzgaba perdido y ya le tengo hallado; y luego se preparó la mesa, se sentaron en ella, resonaron las salas con las melodías de la música, y se entregaron al gozo y á la alegría; sobre todo lo que dijo san Crisóstomo [1]: Conoció el padre el arrepentimiento y la penitencia, y no esperó oír las palabras de la confesión, sino que previno y anticipó las concesiones obrando misericordiosamente. Y el venerable Beda añade: Le sale al encuentro el padre, porque le ve venir ya presagia felizmente su arrepentimiento; y no contento con concederle cosas menores, se prepara á otorgarle las mayores; y pasando sin dilación de uno á otro extremo, le restituye la primitiva dignidad de hijo, no tratando ya con él de la paga de un jornalero, sino de la heredad de hijo [2].

A pesar de todo esto, y aun después de que el hombre es admitido á la gracia de Dios, ¿le será por ventura lícito entregarse de tal manera al reposo y sosiego de su vida, que viva en adelante como si nunca hubiese pecado? Aunque la penitencia sea verdadera y fervorosa, no por eso debe el pecador entregarse al uso y ejercicio de aquellas cosas, que si bien son lícitas á los inocentes, no son propias de los penitentes. El Espíritu Santo asegura que deben temerse aun las culpas perdonadas; ¿y cómo temerá el hombre su pecado si no le humilla su memoria? ¿Y qué humillación es creerse con derecho á las honras del mundo y afanarse por los bienes temporales y no huir los deleites, y en fin, proceder en todo como si no hubiera pecados por qué satisfacer á Dios, y por qué creerse indigno de su providencia y de su misericordia? Esta verdadera humillación de los penitentes es estímulo de la benignidad de Dios representada en la presteza con que este padre corrió en busca del hijo

[1] Div. Crisostom. Hom. de patre et duobus filiis.

[2] Ven Bed. in esp. 9 Lucæ.

arrepentido, y le besó y le echó los brazos al cuello. Pedía el pródigo que le admitiese por siervo, y él no se desdendió de llamarle hijo; no tuvo asco de su pobreza, ni desechó su desnudez, ni le abandonó su bendición; mas le salió al encuentro, y le vistió de ropa muy buena, y le mató la hambre en solemne y abundante convite. La música y la danza que hubo en él, denotan la alegría de la Iglesia en la conversión del pecador, y muestran á los pastores y directores de las almas la dulzura de la caridad con que deben tratar á los recién convertidos; pues sin el bálsamo suavísimo y restañador de esta excelsa virtud, las heridas de los pecados permanecerían mucho tiempo abiertas, sin que la criatura experimentase el menor sosiego en su corazón.

Mientras duraba el festín y se entregaba el padre á todas las demostraciones de alegría, volvía del campo el hijo primogénito; y al oír el concierto de los instrumentos y las voces de los que cantaban, quedó sobrecogido de admiración; como no dando crédito á sus propios oídos, llamó á uno de los criados para enterarse de todo, el cual le dijo: Que habiendo vuelto su hermano, había recibido su padre tanto contento al verlo bueno, que al punto había mandado matar la ternera mas gorda para regalarle con sus amigos. El criado hablaba solamente de la salud del cuerpo, pero el padre estimaba mucho mas y valía muchísimo mas en su juicio la salud del alma. Esta noticia causó singular amargura y pesar en el corazón del hermano; y mientras el padre hacia público á todo el mundo su regocijo, él no podía disimular su pesar y despecho: el padre convidaba á todos con la satisfacción que gozaba, y el hijo mayor condenaba todo aquel exceso de alegría; y bien lejos de tomar parte en ella, daba á entender su tristeza y los celos que le causaban la buena acogida que se había hecho á su hermano.

La envidia entre dos hermanos es vicio tan común, que no debe causarnos novedad la indignación del mayor. Este tomó la resolución de no entrar en la casa y de no turbar la fiesta, en la que le persuadía su despecho que estaría de mas. Informado el amoroso padre de la pesadumbre de su hijo mayor, conoció que tenía dos hijos á quienes amaba igualmente, pero á cada uno según su estado.

Salió en busca de su hijo mayor, y llegándose á él le dijo, mas como amigo que como padre: ¡Qué es eso, hijo mío! Entra en casa, yo te lo ruego, y participa de mi alegría y regocijo; este no puede ser para mí cumplido si tú me faltas. ¡Y cómo quereis que yo me deje ver? respondió prontamente el envidioso hijo. Después de tantos años como ha que os sirvo constante, decidme si por ventura una sola vez he faltado en seguir vuestras inclinaciones y en ejecutar vuestra voluntad. Con todo eso vos ha venido al pensamiento alguna vez ofrecirme algun cabritillo para regalar á tus amigos? ¡Vuestro hijo, que dicen que ha vuelto, lo ha hecho mejor que yo! El se ha comido cuanto le tocaba, y lo ha gastado viviendo licenciosamente; el vuestro arruinado y mendigo; vos le abris vuestro corazon, ordenais que se mate un becerillo gordo y no hallais cómo festejarlo. Hijo mío, replicó el padre sin enojarse por su mal humor; tú estás siempre conmigo; todos mis bienes son tuyos; yo te dejo la libertad de disponer de ellos, y eres en casa tan dueño como yo mismo. ¿Has pensado bien lo que valen estos beneficios? ¡Qué quiere decir en comparacion de un amor y una amistad tan liberal y constante, una fiesta pasajera que podia de mí una circunstancia tan singular? Era muy debido hacer un banquete extraordinario y dar alguna cosa á la alegría de toda mi casa, pues tu hermano habia muerto y ha resucitado; estaba perdido, y hemos tenido la dicha de encontrarlo.

La indignacion y las quejas del hermano mayor denotan los celos indiscretos que la gente imperfecta suele tener de las dulzuras sensibles con que regala Dios á los nuevos penitentes. La respuesta del padre es aviso para el que ignora los caminos de Dios en la conversion de los perdidos, y juntamente una muestra de la sabiduría con que ayuda á los flacos en el principio de su nueva vida, y á los fuertes aleja de los regalos de su casa y los expone al calor y frio, y al huracan de las tentaciones. El con los ojos de la fe reconoce esta providencia de la misericordia de Dios, está mas lejos de caer en una de las tentaciones ordinarias que tienen los buenos siervos. Polilla es de la santidad el recuerdo de las buenas obras cuando se cuentan los años de servicio para exigir en premio dulzuras

temporales. Nunca te compares con el que acaba de convertirse, ni digas: Este viene hoy á servir á Dios; yo, hace ya veinte ó mas años que trabajo en su casa. Mas piensa que en tantos años quizá no has tenido un solo instante de fervor, y que cada uno de tus méritos es una deuda contraida para con Dios, la cual si no te humillas no será satisfecha; porque Dios, que con su gracia satisface, solo la otorga y concede á los pequeñuelos y humildes. Y al contemplar san Agustin la indignacion y enojo del hermano mayor [1], dice: Nada prueba mejor la voluntad y el corazon del hombre espiritual, como la curacion ó remision de un pecado ageno, si meditando la libertad que el infeliz consigue y los auxilios de la divina gracia con que se libertó, da gracias á Dios por la mayor gloria que le resulta, y se alegra por ello y por la salvacion de su hermano. Y san Dionisio Areopagita ya habia dicho tambien [2] en el mismo sentido y concepto: En verdad es bueno, muy bueno, y sobremanera bueno el divino Jesús, que se presenta amable á los que vuelven á él; que sale al encuentro á los que se le acercan; y abrazando cariñosamente á todos, los saluda con amor; y apenas los ve apartados del error, los carga sobre sus hombros sin acordarse de las faltas que anteriormente cometieron; por su regreso, celebra con sus amigos un festin; y para que sea comun á todos la alegría, hasta á los mismos ángeles convida.

Sublimes son, no hay duda, á la par que instructivas, las tres parábolas que acabamos de referir, con el mismo orden que las propuso y refirió el divino Maestro: ellas suministran á los hombres mil tiernas y afectuosas consideraciones para el consuelo de los pecadores penitentes, y para la confusion de los hipócritas y justos presumptuos: sería intentar lo imposible querer insinuarles á todas, y puesto que todas se insinúan por sí mismas, dejaremos su examen al buen juicio de los verdaderos creyentes, para seguir á su Majestad en las últimas lecciones que nos vaya dando antes de llegar á su pasión.

[1] Div. August. in Ep. ad Galat. cap. 6.

[2] Div. Dionis. Areopag. Ep. ad Demophilum.

ORACION.

SOBRE EL DEBER DE NO ESCANDALIZAR A LOS PEQUEÑUELOS.

Señor mío Jesucristo, Maestro bueno, rector y director universal, rige y gobierna todos los pensamientos y actos de mi vida, tanto interiores como exteriores, para que jamás provenga á nadie escándalo alguno por mí ó á mí por otros, sino que tu gracia arranque y extirpe de mí todo motivo y ocasión de escándalo para unos y para otros. Concedeme también la dicha de que jamás pienso ni presume despreciar á los pequeñuelos que tú honras, y en tí crean y esperan, sino que los honre y venero como tú los honras y veneras, enviándoles tus santos ángeles para su ministerio y custodia, y viniendo tú al mundo para morir por ellos y salvarlos á todos. Imprime, Señor, en mi alma esta importante doctrina. Enséñame el camino por donde se alcanza la verdadera grandeza, y dame que desestimando todo lo que se llama grande en este mundo, aspire á serlo solamente en tu reino. Fíjame en la humildad para que me desprecie como merezco, y me tenga y me repute por nada. Hazme bueno y dame amor á los buenos, y aliento para sacar la cara por la virtud y por los que la siguen. No consientas que retraiga yo á nadie del buen camino, vengán antes mil muertes sobre mí, ¡oh, Señor! para que no teniendo contra mí criatura alguna en el día del juicio, en la vida y en la muerte me sea siempre libre de tus amenazas y justicias, y merezca tus eternas misericordias. Amén.

ORACION.

SOBRE LAS PARABOLAS DE LA OVEJA Y LA DRACMA PERDIDAS, Y EL HIJO PRÓDIGO.

¡Oh Señor y Dios mío! ¿Quién sino tú, que eres uno con el Padre y el Espíritu del amor, pueden llenar á los ministros que anun-

cian á los pecadores tu Evangelio santo, de esa prudencia que tanto necesitan para evitar su encono y hacerles amable de santa ley? No permitas que esterilice yo las saludables máximas de la religión, diciéndolas antes de tiempo, ó fuera de propósito, ó de un modo ageno de tu sabiduría. Con esta prudencia celestial insprame también fortaleza para defender la verdad en todo tiempo y ocasión, sin dejarme intimidar de la violenta persecución que me hagan los enemigos de tu Nombre santo. Dame que contribuya al gozo de los ángeles, trabajando en la conversión de los pecadores; que no se vea en mi obra ni palabra, ni otra cosa que desdiga de los designios de tu piedad en orden á mi salvación y á la de mis prójimos. Ven, Señor, busca á tu siervo; ven, Pastor bueno, busca á tu oveja descarriada y cansada. Ven, Esposa del Cordero, Iglesia santa, dulce Madre mía, busca la dracma perdida. Ven, Padre de las misericordias, recibe á tu hijo pródigo que vuelve á tí. Ven, no con la vara de la justicia, sino con la caridad y el espíritu de mansedumbre que te son propios; ven pues, Señor, porque tú eres el solo que puedes apartar del error al que yerra, hallar al que está perdido y reconciliar al que está prófugo. Ven para obrar la paz en la tierra y el gozo en los cielos. Conviértete á mí, Señor y Dios mío, y yo me convertiré á tí; haré verdadera y perfecta penitencia de mis culpas y pecados, y será ocasión de alegría á los ángeles y á tí, Señor y Dios mío. Amén.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVIII del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º al 11. Al XV de san Lucas, desde el versículo 1.º al 32, todos inclusive. San Marcos la contesta en varios versículos de su capítulo IX.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del día del arcángel san Miguel, á 29 de setiembre, y en el de su aparición á S de mayo, y en otras festividades.

Del de san Lucas desde el versículo 1.º al 10, para el Evangelio de la Dominica tercera después de Pentecostés; y desde el versículo 11 hasta el 32 para el de la misa del sábado de la segunda semana de cuarentena, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DEL ARCANGEL SAN MIGUEL.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 1 al 11.

En aquel tiempo se llegaron los discípulos á Jesús y le dijeron: ¿A quién tienes tú por mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño lo puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo: Si no os convertís y hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere á un niño tal en mi nombre, á mí me recibe. Mas al que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que atándole al cuello una piedra de molino lo arrojasen al profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Y así si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalo y échalo de tí. Mas te vale entrar á la vida manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos piés ser arrojado al fuego sin fin. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y arrójalo de tí. Mas te vale cufar á la vida con un ojo, que teniendo los dos ojos ser echado al fuego eterno. Mirad que no menospreciéis á ninguno de estos pequeñitos. Porque os digo que sus ángeles en los cielos ven de continuo la cara de mi Padre que está en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA TERCERA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XV, vs. 1 al 10.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los publicanos y los pecadores para oírle. De lo cual murmuraban los escribas y los fariseos diciendo: Este admite á los pecadores y come con ellos. Y él les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto para ir en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola la pone gozoso sobre sus hombros, y volviendo á casa convoca á

los amigos y á los vecinos diciéndolas: Dadme el parabien, que he hallado á mi oveja que se había perdido. Digoos que del mismo modo habrá mayor gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. ¡O qué mujer, si tiene diez dracinas y pierde una dracina no enciende la antorcha y barre la casa, y la busca con diligencia hasta que la encuentre? Y habiéndola hallado convoca las amigas y las vecinas, diciendo: Dadme el parabien, porque he encontrado la dracina que había perdido. Así os digo que tendrán gozo los ángeles de Dios de un pecador que haga penitencia.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XV, v. 11 al 32.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos y á los escribas esta parábola: Un hombre tenía dos hijos, y el mas mozo de ellos dijo á su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca. Y les repartió la hacienda. No habían pasado muchos dias, cuando el hijo mas mozo, juntándolo todo, se marchó lejos á una tierra apartada, y allí disipó su hacienda viviendo disolutamente. Cuando ya lo hubo consumido todo, sobrevino una grande hambre en aquella tierra y comenzó á tener necesidad. Y fué y se puso á servir con un ciudadano de aquella tierra, el cual le envió á su casa de campo á guardar cerdos. Y él deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, mas nadie se las daba. Y volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo aquí estoy pereciendo de hambre! Levantaréme, é iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí; no merezco que me llames hijo tuyo; trátame como á uno de tus jornaleros. Y levantándose fué á su padre. Estando él aun lejos, le vió su padre y fué movido de misericordia; y corriendo á él se le echó al cuello y le besó: díjole el hijo: Padre, pequé contra el cielo y contra tí; ya no merezco me llamen hijo tuyo. El padre entonces dijo á sus criados: Traed luego el mejor vestido y vestídselo, y po-

nedle un anillo en la mano y sandalias en los piés, y traed un becerro cebado y matadle, y comamos y tengamos un banquete, porque este hijo mio estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado. Y comenzaron el banquete. Hallábase á la sazón su hijo mayor en el campo, y al venir, estando ya cerca de la casa, oyó la música y la danza, y llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y uno le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha hecho matar un becerro cebado porque le ha recobrado en sana salud. Indignése el hermano y no quería entrar. Saliendo entonces el padre, rogábase que entrase. Mas él respondió á su padre: Hago tantos años que te estoy sirviendo sin haber quebrantado jamás tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comer con mis amigos; y apenas ha venido este hijo tuyo que ha malbaratado su hacienda con rámeras, mandaste matar un becerro cebado. Díjole él entonces: Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas; mas era menester hacer banquete y holgarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado.

CAPITULO XI.

ENSEÑA JESUCRISTO EL MODO COMO SE HA DE VERIFICAR LA CORRECCION PRATERNA: DECLARA LA OBLIGACION DE PERDONAR LAS INJURIAS HASTA SETENTA VECES SIETE, Y PROPONE LA PARABOLA DEL REY QUE PIDIO CUENTAS A SUS CRIADOS.

Grande como es el gozo que disfrutan los ángeles en el cielo por un pecador que se convierte, y lo es tambien el que sienten cuando la criatura se esfuerza cuanto le es posible para reducir al camino de la salvacion á la oveja que se descaminó. Los apóstoles comprendieron bien esta verdad con motivo de la manifestacion del amor y celo que les hizo Jesús en obsequio de los pequeñuelos que creian en él; y deseosos de complacerle como era natural, le preguntaron sobre el modo como debían portarse cuando alguno de sus hermanos quisiera perderse por su malicia; y su Majestad se dignó instruirlos como ellos deseaban. *Si pecase contra ti tu hermano, vé y repréndele entre ti y él solo.* Lo que fué decirles: No creais, discípulos míos, que yo quiera que si alguno de vuestros hermanos fuere vicioso y estuviere tan descaminado que os llegase á ofender y ofendiese altamente al prójimo con su conducta desarreglada, que-

nedle un anillo en la mano y sandalias en los piés, y traed un becerro cebado y matadle, y comamos y tengamos un banquete, porque este hijo mio estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado. Y comenzaron el banquete. Hallábase á la sazón su hijo mayor en el campo, y al venir, estando ya cerca de la casa, oyó la música y la danza, y llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y uno le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha hecho matar un becerro cebado porque le ha recobrado en sana salud. Indignése el hermano y no quería entrar. Saliendo entonces el padre, rogábase que entrase. Mas él respondió á su padre: Hago tantos años que te estoy sirviendo sin haber quebrantado jamás tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comer con mis amigos; y apenas ha venido este hijo tuyo que ha malbaratado su hacienda con rámeras, mandaste matar un becerro cebado. Díjole él entonces: Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas; mas era menester hacer banquete y holgarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado.

CAPITULO XI.

ENSEÑA JESUCRISTO EL MODO COMO SE HA DE VERIFICAR LA CORRECCION PRATERNA: DECLARA LA OBLIGACION DE PERDONAR LAS INJURIAS HASTA SETENTA VECES SIETE, Y PROPONE LA PARABOLA DEL REY QUE PIDIO CUENTAS A SUS CRIADOS.

Grande como es el gozo que disfrutan los ángeles en el cielo por un pecador que se convierte, y lo es tambien el que sienten cuando la criatura se esfuerza cuanto le es posible para reducir al camino de la salvacion á la oveja que se descaminó. Los apóstoles comprendieron bien esta verdad con motivo de la manifestacion del amor y celo que les hizo Jesús en obsequio de los pequeñuelos que creian en él; y deseosos de complacerle como era natural, le preguntaron sobre el modo como debían portarse cuando alguno de sus hermanos quisiera perderse por su malicia; y su Majestad se dignó instruirlos como ellos deseaban. *Si pecase contra ti tu hermano, vé y repréndele entre ti y él solo.* Lo que fué decirles: No creais, discípulos míos, que yo quiera que si alguno de vuestros hermanos fuere vicioso y estuviere tan descaminado que os llegase á ofender y ofendiese altamente al prójimo con su conducta desarreglada, que-

de sin la correccion debida, ni que vosotros deis reinar los escándalos con una condescendencia perezosa y cobarde: id á buscar al prevaricador y dadle á solas una repreusion, templando la entereza que debeis observar con la suavidad y dulzura que quiero que sea como propia y característica de todos vosotros y de cuantos hagan alarde de seguirme. Por una parte debeis atender á la conservacion del honor del culpado, y por otra al bien de los inocentes: corregidle pues en secreto. Nadie adule los vicios de su prójimo, nadie los disimule, nadie diga: ¡Acaso soy yo centinela de mi hermano. Consentimiento es del pecado el silencio del que lo puede reprender. Si pecca contra tí, dice el Crisólogo [1], perdónale como hermano, mas repréndele como juez; junta el perdón con la correccion, una obra de misericordia con otra. Enfermedad es del furor de tu hermano; duelele del enfermo y ayúdale á que recobre la salud. Corrígelo para que sane él, perdónale para que no enfermes tú.

Es preciso empero que á mas de esto conozcas la forzosa obligacion en que te hallas, porque si no le corriges, pecas: ¡y qué diremos del que se ata las manos y se imposibilita para no cumplir esta ley. Tales son los que no enmiendan sus costumbres, los que viven dominados de sus pasiones y animados del espíritu del mundo. Ninguno de estos se halla en estado de corregir á otros. ¿Quién hace conciencia de este pecado? Quebranta la caridad debida á todos los cristianos el que no vive con tal moderacion, y no da en todo tan buen olor de virtud, que esté en disposicion de ayudar con la correccion fraternal á la enmienda de las costumbres ajenas. Procura su remedio sin dejar de atender á su honra. Aun este secreto contribuye á su enmienda; porque perdida con la fama la vergüenza, fácil es que se endurezca el malo en su culpa. Corrígelo por tanto, dice san Agustín [2], pero no le alabes con la adulacion; no le mates con las amenazas é insultos, no calles por vergüenza, no le desprecies por perezosa, no disimules temiendo amenazas, enemistades ó daños temporales; ni le ayudes en fin siendo con él obscuro y atento. Oye si quieres á un gentil [3]: Si toleras y sufres

[1] Div. Petrus Crisolog. Serm. 139.

[2] Div. August. Serm. 16 de Verbis Domini.

[3] Seneca in Proverbiis.

los vicios de tu amigo, los haces tuyos. Dos veces pecas si al que peca obsequios prestas.

Si te oyere con docilidad, si á tus consejos se rinde, si con tus amonestaciones cesase de pecar, tendrás el consuelo de haber ganado á tu hermano que se iba perdiendo, sin haberlo humillado ni avergonzado excesivamente. Habrás ganado su alma conservando su buen nombre, y su reputacion y honor, y habrás hecho para tí una grande ganancia espiritual, porque procurando la salvacion de otros, dice san Gerónimo [1], tambien aseguramos la nuestra. ¿Qué mayor elogio pudiera hacerse de la correccion, después que el primero y principal salió de la boca de Jesucristo, que el que con las anteriores palabras hace de ella el doctor Máximo? Has tenido parte en la obra de la agena salud, y has trabajado con grande aprovechamiento en la tuya propia. Ganaste á tu hermano, ¡para quién! para Cristo; para el mismo que murió por él y por tí, y á tí y á él os sacó de la potestad del demonio. Si le ganas á él, confía que no quedarás tú perdido, porque Dios tiene misericordia del que la usa con su prójimo.

Si por el contrario abusa él de todo modo de proceder y atenciones, si rehúsa escucharte, toma todavía uno ó dos testigos prudentes, sabedores como tú del pecado ageno que te aflige, y reprende al culpado en su presencia, para que convencido con ellos la sea igualmente imposible negar el hecho que escandaliza, haciéndole conocer que lo habeis avisado suficientemente y que lo habeis corregido con prudencia. Para el que no deja de pecar después de corregido, es saludable medicina la vergüenza y el miedo; así estos testigos deben ayudar al fin primero, que es la correccion y la enmienda del malo. Si el pecado empero fuese enteramente oculto, tambien la correccion en todos conceptos debe ser oculta; mas si fuere público, tambien la correccion debe ser pública; porque entonces no tan solamente es necesario que se enmiende, sino que aquellos á quienes con su culpa escandalizó, se edifiquen con su castigo, y con su ejemplo teman todos y del mal se aparten; mas si ninguno de los caminos propuestos aprovechase, añadió el Señor, otro tercero,

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

maudando que el pecador y el pecado se denunciasen á la Iglesia por denuncia y acusacion pública, á fin de que el que antes solo era corrector caritativo y amistoso por causa de su pertinacia, se convierta en público acusador; y el que no quiso enmendarse por medio de la correccion fraterna, convencido en juicio por los testigos, vea públicamente represada su malicia. Vosotros, discípulos míos, sois jueces y pastores, y no debéis ignorar que el interés del rebaño pide que sea apartada de él la oveja contagiosa. Decidlo á la Iglesia, para que de ella reciba la pública reprension que merece su escándalo. Aun estos medios son conformes á la caridad evangélica. Las penas canónicas y la severidad pública de que en ciertos casos echa mano la Iglesia, atenorizan á los otros malos; y ya que no les muden el corazón, les ponen freno para que no cumplan los proyectos de su malicia.

No parece regular que corregido así públicamente el miserable que pecó, deje de arrepentirse y enmendarse; pero si su audacia fuere tal que pase adelante con su desvergüenza y contumacia, y despreciase los medios de conversión que le ofrecéis con una confesion saludable, en tal caso prohibireis á vuestros hermanos que traten ó comuniquen con él, lo abandonareis á su espíritu incorregible y será apartado de las juntas de los fieles, al modo que los judíos no admiten en comunicacion de culto y ejercicios de religion á los etínicos y publicanos. Lo eliminareis como un apestado á quien todo buen gobierno excluye de la sociedad para que no apesete á los sanos. Para tales pecadores guarda la Iglesia este castigo tan espantoso de la excomunion, por la cual pierde el cristiano el derecho que tiene de llamar Padre á Dios, y Salvador á Jesucristo, y Madre á la Iglesia, y hermanos á los miembros de este cuerpo místico. Separándonos de los que en su trato y conversacion muestran no oír á la Iglesia. Porque de verdad os digo, añade el Señor, ¡á quién se dió todo el poder en el cielo y en la tierra? de verdad os digo á vosotros, que sois mis apóstoles, y en vuestra persona á todos vuestros sucesores ó á los que asociáseis con vosotros en el gobierno de la Iglesia, que todo lo que atáreis sobre la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatáreis en la tierra será desatado en el cielo. Maravillosa potestad que dió Cristo á la Iglesia acerca de

la remision de los pecados y de la imposicion de las penas canónicas. ¿Quién no teme y respeta este juicio tan terrible? Para perdonar ó retener los pecados en la penitencia, es necesario que al confesor le conste la disposicion del penitente. He aquí bien clara la necesidad de la confesion sacramental. Armémonos del espíritu de Dios para hacer buen uso de este poder los que somos ministros de Cristo, y aprendamos en la escala del que la Iglesia nos confía el modo como hemos de usar de él.

La primera grada de esta escala es del amor, la segunda es del temor, la tercera es de la vergüenza, porque donde no alcanza el amor puede que alcance el temor, y donde este no llegue puede que llegue la vergüenza; y así es que aun como para dar mas valor á la doctrina precedente, y para que acertasen mejor en unos actos tan severos de la jurisdiccion que los legaba, queria el Señor que no se sentasen en el tribunal á pronunciar sus sentencias sin haber invocado antes el socorro de Dios con fervorosa oracion, y que después de ella, seguros de la proteccion divina, podrian hablar y tratar llenos de confianza. Todo lo que fué como decirles: Si en un juicio de la naturaleza de los que vamos hablando, *dos de vosotros*, después de haber encomendado á Dios sus deliberaciones, convinieren aquí abajo en lo que es puesto en razon conceder ó negar, permitir ó prohibir, mi Padre que está en el cielo les dará el socorro necesario para juzgar bien, pues en cualquiera parte que sucediere el juntarse dos ó trea en mi nombre para el ejercicio del ministerio público que os confío, yo estaré con ellos y en medio de ellos para sugerirles las resoluciones que conviene tomar.

Ya en su tiempo dijo el grande Orígenes sobre este lugar [1]: La causa de que Dios no nos oye en muchas ocasiones cuando reunidos hacemos oracion, es porque los que estamos congregados no convenimos en una misma cosa sobre la tierra; y así como en la música, si no hay conveniencia ni consonancia de voces no hay armonia ni deleite para el que oye, así en la Iglesia si no hay conveniencia entre los que piden en la oracion, Dios no se deleita en ella ni oye las voces de los que le suplican: Y san Jerónimo añade [2]: Pode-

[1] Origen. Tractat. 6 in Math.

[2] Div. Hieronim in cap. 18 Math.

mos entender esto espiritualmente, porque si el espíritu ó el alma y el cuerpo no convienen entre sí, sino que están en pugna y guerra abierta sobre una misma cosa, como si en el hombre hubiese dos voluntades, claro es que nunca alcanzarán del Padre lo que le pidan, porque cuando se piden cosas buenas bien quiere el cuerpo lo que el alma desea. ¿Qué dirán á esto los que desprecian y contradicen la oracion comun? Por ella fué libertado Pedro, y Pablo la pedia también á los fieles. ¿Qué no alcanza de Dios la caridad de la mansedumbre? El es pio y misericordioso; siempre mira á sus hijos como pequeños y se complace cuando los ve humillados á su presencia y que le riegan con fervor. No puede engañarlos el que les dijo: *Pedid y recibiréis*.

En un asunto de tanta consecuencia, responsabilidad y cuantía quiso Pedro, como príncipe de los apóstoles, asegurarse bien de la extension de la autoridad y poder que recibia; y así replicó á Jesús y le dijo: Si así lo debemos hacer como pastores de vuestro rebaño; si esas son nuestras reglas cuando hemos de obrar en cualidad de padres y de jueces, revestidos de vuestra autoridad y asegurados de vuestra asistencia, ¿qué deberemos hacer como particulares, y cuál deberá ser según este respeto, la conducta de cualquiera mero discípulo vuestro? ¿Cuántas veces convendrá que yo perdone á cualquiera de mis hermanos que me hubiese ofendido? ¿Bastará que lo perdone hasta siete veces? Creia Pedro, dice san Crisóstomo [1], haberse excedido en este número. Parécenos gran cosa perdonar al enemigo una sola vez. ¿Quién disimula el segundo agravio? El amor propio guarda sus fueros con sumo rigor; ofendese de que una sola vez le avasalle la caridad, y así vela siempre y está sobre aviso para no ser segunda vez dominado. Preciso es por consiguiente y sobremanera necesario, que el hombre se arme del espíritu de Dios contra este traidor casero, pues está en continuo riesgo de quebrantar la caridad en la hora menos pensada. No hay que fiar en las grandes victorias que acaso haya podido conseguir. Lo que decimos al casto, que nunca se dé por seguro, porque siempre lleva consigo á su propio enemigo, eso debemos decir también al que por mu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 61 in Math.

chos años perdonó de corazón á sus enemigos. Opónese esto siempre á nuestra soberbia, esto es, á una raíz que siempre está viva en nosotros, y cuyos renuevos solo se cortan con el cuchillo de la oracion y del menosprecio de la hora mundana. ¡Oh, y cuán pocos son los que tienen virtud y valor bastante para hacer semejantes amputaciones, por mas dulce que sea el cuchillo con que deben hacerse!

Jesús empero respondió prontamente á Pedro y le dijo: *No basta que perdones á tus hermanos hasta siete veces, perdónalos hasta setenta veces siete*; que equivale á decir: tantas veces cuantas se ofreciere la ocasion de hacerlo, no habiendo que vengar sino injurias personales, porque esta expresion de *setenta veces siete* es un número indefinido que extiende á todos los tiempos y á todos los lances la obligacion de perdonar las injurias. No puede nadie poner vallas ó muros á la caridad interior, á la cual pertenece el perdon de los agravios y el amor de los enemigos. Cien veces te injuria tu prójimo, mil, diez mil, un millon, otras tantas le has de perdonar. Loco eres si rehusas perdonar á tu hermano mientras tienes necesidad de que use Dios contigo de misericordia; ¿por qué te olvidas de que esta la tienes mientras vives en el mundo? ¿Necesitas de la misericordia infinita de Dios, y tratas de poner límites á la tuya? Cual fueres para tu hermano, tal será Dios para ti. Así como la piedad que Dios usa con nosotros es ley y dechado de la que debemos á los demás, así nuestra dureza para con los demás viene á ser como ley y modelo de la que Dios usará con nosotros. ¿De qué sirven los bálsamos mientras está el dardo en la herida? Tan inútil será para ti la satisfaccion y la oracion mientras permanezca el reñor en tu ánimo. Así que, es preciso que nunca te olvides que dices cada día á Dios: *Perdóname, Señor, como perdono*. Esta es tu súplica y tu sentencia; en tu mano está el que sea de absolucion ó de condenacion eterna.

Para explicar mejor á sus discípulos cuanto hasta aquí les habia dicho, y con el ánimo de que quedase mas impreso en su corazón, continuó el Maestro divino sus soberanas instrucciones, proponiéndoles otra parábola no menos instructiva é interesante: Sucederá, les dijo, en mi Iglesia, que llamo yo el reino de los cielos, alguna

cosa semejante á lo que suele pasar entre un rey de la tierra y aquellos vasayos suyos con quienes quiere ajustar cuentas, y se las pide sobre el manejo de los intereses que les habia confiado.

El primero que se presenta para rendirlas es un mayordomo que les debe diez mil talentos, los que en manera alguna puede pagar. Antes de entrar en el exámen de esta parábola es preciso advertir, que lo primero que en ella quiso dar á entender el Salvador, fué la severidad de su juicio, en el cual nos ha de pedir estrechísima cuenta de todas nuestras obras, palabras, pensamientos, afectos y deseos. Siervos somos todos de este gran Rey, llamados como tales, no á hacer nuestra voluntad, sino la suya. Nada tenemos que sea cosa propia nuestra; todo es de Jesucristo que lo recibió de su Eterno Padre y nos recobró de las manos del diablo rescatándonos con su misma sangre. Dádiva suyas son el ser, la salud, los otros dones de que nos hallamos enriquecidos; de estos bienes él es el único Señor, nosotros depositarios y dispenseros. ¿Qué descargo dará á Dios el que no hubiese usado de estos dones suyos conforme á su voluntad, disipándolos y encamiuándolos á fines torcidos y á proyectos ajenos de su gloria? Aun los siervos fieles serán allí residenciados, aensados, juzgados acerca del modo con que han empleado los talentos naturales y los dones sobrenaturales, el ingenio, el tiempo, la riqueza y la autoridad; del uso que han hecho ó no han hecho de Jesucristo, de sus gracias, de sus misterios, de los Sacramentos y demás auxilios de la religion. ¿Qué será de los que en el uso de los talentos naturales ó sobrenaturales han procedido como señores absolutos, esto es, como usurpadores de los bienes de Dios? ¿Quién trabaja en el negocio de su eterna salud sin olvidar que es siervo ni perder de vista la cuenta que le pedirá su Señor? ¿Acaso piensa en esto el que hace lo contrario de lo que Dios manda? Pues si no nos llama esto la atencion, ¿dónde está la fe del último juicio? Y si no creemos en él, ¿de qué religion somos?

No cabe duda que estas indicaciones son muy bastantes para hacer que camine el hombre con rectitud y pureza en todos los actos de su vida, porque de otra manera mas de diez mil talentos deberemos en el día de la cuenta al supremo y rectísimo Juez, debiéndose tomar estos, tanto de los bienes que nos da sin mérito nuestro,

como de los males merecidos de que nos persevera. Esta es la única é infalible regla por la que hemos de calcular nuestras deudas en órden á Dios. ¿Y quién será capaz de reducir las á guarismo ó á un punto fijo, mayormente si consideramos que no hay en nosotros cosa que nos haga dignos de un solo don de su misericordia, ni que pueda satisfacer á su justicia por un solo pecado? Abrasada estaría la tierra en amor de Dios si reflexionásemos con viva fe los pecados de que nos ha lavado con la sangre de su Hijo, y los infinitos de que nos preserva trasformándonos con su gracia en nuevas criaturas. Quien cree deber menos á Dios porque ha pecado menos, no conoce el pecado ni la misericordia que le preserva de él, ni los grandes yerros y delitos que sin ella cometeria abandonado á su propia miseria.

Talentos son que á Dios debemos las penas que no le satisfacemos por las culpas que continuamente cometemos, las que agravan y hacen mucho mayor nuestra deuda. Talentos son que la acrecientan los pensamientos vanos é inútiles que nos ocupan el alma, retrayéndola de pensar en Dios y de tratar con él su único negocio. Talentos son las horas, días y años enteros que se nos pasan sin hacer cosa buena, empleándolos en recreos no necesarios y en pasatiempos mil veces tal vez peores que la misma ociosidad. Pues ¿qué diré si entrásemos en el exámen de los beneficios de Dios, que tan malamente agradecemos? Y en el de el abuso de sus dones, de sus Sacramentos, de su verdad y de los medios tan ingeniosos por donde nos la comunica? Y en fin, en el olvido que tenemos de recurrir á él en nuestros trabajos, y en la irreverencia y disposicion con que provocamos su ira con nuestras tibias oraciones, en el caso ¿qué hacemos de las calamidades privadas y públicas que nos envía para el pago de nuestras deudas? Si con viva fe todo esto meditásemos, nos espantaríamos de la paciencia con que Dios nos sufre, y no solamente conoceríamos la santa obligacion que tenemos de serle agradecidos, sino que veríamos que nuestra deuda para con él no es de diez mil talentos, sino de un valor inmenso é infinito como él mismo.

Confesó el mayordomo la deuda, y no teniendo con qué satisfacerla, ordenó el príncipe que se le prendiera y que fuese vendido

él, su mujer y sus hijos, empleándose su producto en satisfacer á su hacienda real. Oída la sentencia, arrojóse el desdichado á los pies del monarca, y anegado en lágrimas clamaba desconsolado y decía: *Tened, señor, un poco de paciencia, dadme un poco de tregua, que yo prometo pagaros cuanto os debo.* No hay caudal en el hombre para satisfacer á Dios si es juzgado sin misericordia y sin respeto á la satisfacción y al mérito de Cristo. Por lo que dice la seráfica Teresa de Jesús [1], que cuando decimos al Señor *perdonanos nuestras deudas*, lo decimos en compañía de Cristo nuestro Señor, con lo cual debemos esperar que sea bien cumplido el perdón, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo de Dios por los hombres. ¿Qué reconciliación se promete con Dios el que para obtenerla sólo cuenta con su propia justicia? ¿Cómo pagará deudas propias y ajenas el que se halla desnudo de todo bien? ¿Y con qué título se presentará para satisfacer á Dios por las suyas propias? Luego nadie puede poner el precio de sus propias obras en el valor de ellas, sino en la unión con los méritos de Jesucristo. Humilde se presentó el Salvador ante el trono de Dios su Padre para rogar por los pecadores y satisfacer por los pecados de todos ellos; y por esto se presentó también humilde el mayordomo deudor para pedir á su rey el perdón, ó por lo menos la disminución de la enormidad de su deuda. Confesóse llanamente deudor y pobre; y casi perdida la esperanza de poder satisfacer por sí mismo, imploró la misericordia de su señor. No fué menester más para moverle á compasión. Tuvo mas misericordia y usó de mas piedad que la que merecía un criado tan fiel, pues no contando con darle libertad le perdonó también toda la deuda; sobre lo que dice san Crisóstomo [2]: Mira la misericordia de Dios. Solamente pedía un plazo para satisfacer la deuda, y recibió el perdón de toda ella.

No puede llamarse presuntuoso el que no teniendo con qué pagar las deudas de la Justicia divina, no farda en sí mismo, esto es, en sus propios méritos, la satisfacción de aquella, sino en la paciencia de Dios y en los méritos de Cristo. Porque este es un caudal

[1] Sta. Teresa, meditación 5.ª sobre el Padre nuestro.

[2] Div. Crisostom., Hom. 62 in Math.

de infinito precio, de donde toma todo su valor la penitencia del cristiano; y si á esto se añade la humildad de la oración, ¿qué no alcanzará de Dios la súplica fervorosa de un corazón contrito y humillado? Escrito está que Dios no ha de despreciarle. La lástima que tiene Dios de los pecados, es la caridad con que mira al pecador; este amor es la fuente de la gracia; esta gracia es la operación de la mano omnipotente de Dios, que no puede ser impedida ni retardada por cosa ninguna; no porque violenta la voluntad, sino porque la inuene á querer y elegir libremente el bien que le manda. El efecto de esta operación es dejarla suelta de las cadenas del demonio, para que cancelada y clavada en la cruz la escritura con que se hizo esclava suya pecando, sea sierva de su legítimo Señor, á quien había desconocido; y agradecida al que con su sangre satisfizo su deuda, en le consagre con la imitación de sus virtudes y con la obediencia de sus mandamientos.

Salido aquel mayordomo de la obligación del pecado y libre de su deuda, no salió libre, continúa el Crisóstomo, *de ser siervo de la iniquidad*; y olvidado prontamente de la misericordia que había hallado, halló uno de sus consiervos, esto es, de los pecadores que como él era también siervo de Dios, el que le debía la pequeña suma de *cien denarios*, que solo componían la de un talento; cantidad verdaderamente corta respecto de la que le acababa de perdonar. Echóse de repente sobre este infeliz, cogiólo del cuello, y casi sofocándole clamaba y decía: *Págame lo que me debes.* Entonces el pobre deudor se arrojó á sus pies y le pedía tiempo para satisfacerle la deuda. *Tened paciencia, le decía, nada perdereis conmigo.*

Mas el mayordomo ingrato injusto sin piedad contra su deudor é hizo que lo llevasen á la cárcel donde ordenó que estuviese hasta satisfacerle el último maravedí. Estreméciese la humanidad al ver á este siervo casi en un mismo instante humilde y sumiso con su acreedor, y duro é inexorable con su deudor. ¿Mas quién dirá de sí que no es este un vivo retrato suyo? ¿En qué se muestra agradecido á Dios el que no da motivo para que consigo lo sea su prójimo? Si estás convertido, muestra los frutos de esta santa mudanza, que son amor reconocido para con Dios y misericordia para con tu hermano. En el deudor que se humilla á ti para pedir-

te espera, reconoce lo que eres tú respecto de Dios; así como está él á tus pies aguardando el éxito de su humillacion, así te verás tú algun día á los pies de Cristo esperando aquella sentencia que ha de decidir de tu destino eterno. ¿Cómo no te anticipas al plazo de la justicia de Dios pidiéndole espíritu de penitencia para pagar la eterna deuda que tienes contraída? ¿Qué será de tí si desecha el Señor tus tibias súplicas, tu imperfecta humillacion y tu forzada y débil penitencia? En verdad que tu suerte seria bien desgraciada.

Así como nada hay mas caritativo que Dios, así tampoco ningun ser hay en la tierra mas duro y soberbio que el hombre. Horrible contraste forma la caridad de Dios con la dureza del hombre. No advertia aquel siervo que la crueldad con que trataba á su hermano era para él proceso de condenacion; que con ella cerraba para siempre á sus ruegos los oídos de Dios, se abría las puertas del infierno y se echaba encima de aquella Justicia divina que nada perdona y lo castiga todo. No es simple consejo de la ley que nos propone Dios de imitar en esto su misericordia, supuesto que nos lo manda como un medio necesario para alcanzarla. Nada es lo que tú tienes que perdonar á tu prójimo, y es infinito lo que debes á Dios. Muy poca cosa es lo que pueden hacer todos contra tí, y mas teniendo tú merecidos cuantos daños y malos tratamientos puedes recibir de los hombres, que si bien pecan ellos dañándote, no consiste su pecado en lo que te hacen padecer á tí, sino en el derecho que acerca de esto usurpan á Dios. Mas por cualquier parte que se mire lo que tú haces contra Dios, siempre es infinitamente injusto, y si mides su grandeza por la de Dios, hallarás en cada pecado una injusticia infinita. Pues siendo tan ventajoso para tí este partido, ¿por qué no te resuelves á perdonar? Muy cerca está de perder el reino celestial el que conservando en su corazon la ingratitud y la venganza se olvida de que ha de tener á Dios por juez y por enemigo.

Indignáronse, como no podían menos, los demás criados testigos de la inhumanidad del mayordomo á quien el amo y señor acababa tan generosamente de perdonar; y contristados con extremo fueron luego á contarle aquella accion cruel que acababan de ver con sus propios ojos. Esta tristeza de aquellos fieles acompañada de

santa indignacion, nacia de la caridad, iba animada de celo por la unidad, y era imitacion de la ira y de la tristeza que dispartió en el mismo Cristo la ceguedad de sus émulo. Cuán horrible crueldad será entristecer á nuestro prójimo cometiendo delitos, cuando aun el contristarle no acomodándose á su flaqueza en cosas licitas, lo condena san Pablo como delito contra la caridad [1]. Estos no solo contristan á los justos, sino al espíritu de Dios que en ellos habita; por cuya razon es un deber de la piedad cristiana defender á los prójimos calumniados, oprimidos ó perseguidos, abogar por ellos, manifestar su justicia ó su necesidad á quien pueda protegerlos ó socorrerlos. Cuando á esto no alcancen medios humanos, queda siempre el recurso de la divina piedad, la cual debemos implorar con humildes súplicas.

Oída que fué por el príncipe la noticia fatal que le dieron sus criados, mandó compareciere á su presencia el otro de quien le contaban cosas tan atroces, y luego que le vió, llenándose de indignacion le dijo: *Mal criado, siervo perverso, bien sabes que á una simple peticion tuya, y á tu primera representacion, cedí mi derecho y te perdoné toda la deuda. Acuérdate que ascendia á una crecida cantidad. No era pues razon que por una suma mucho menor tuvieras piedad de tu compañero que imploraba tu clemencia, como yo lastuqe de tí que soy tu señor?* Deuda es de justicia esta caridad con el prójimo al cual traslada Dios en cierta manera el derecho que tiene adquirido sobre nosotros por la misericordia con que perdonó nuestras deudas. San Crisóstomo [2], atendiendo á esta importante reflexion, examina cuán monstruosa sea la ingratitud de aquel criado, y dice: ¿Cuánto debía al señor? Diez mil talentos. Sin embargo, no le insultó entonces ni le llamó mal criado; pero cuando incurrió en el vicio de tan monstruosa ingratitud, entonces fué cuando con ánimo enojado le dijo *mal criado*; porque en aquella ocasion acreditó ser peor de lo que antes habia sido. Y san Gregorio añade [3]: Así como los buenos siendo insultados y despreciados se hacen mejores, así siempre los réprobos recibiendo be-

[1] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 14, v. 15.

[2] Div. Crisostom. Hom. 62 in Math.

[3] Div. Gregor. lib. 8 Moral. cap. 25.

neficios se hacen pobres. ¿Por ventura pues no te convenia, oh siervo ingrato, compadecerte de tu consiervo, perdonándole lo poco así como yo te habia perdonado lo mucho, sin que mediare ninguna satisfaccion, sino solo porque me rogaste? Suplicábasme un plazo para que pudieses devolverme la deuda, y yo te la perdoné toda; ¿cómo pudo ser que tan grande beneficio no moviese tu ánimo y perdonases asimismo la deuda al que te rogaba? Bien se echa de ver que eres un ingrato. ¿Cómo habias de condenar lo mas que era la deuda, si no quisiste conceder lo menos que era un plazo? Si esto te parecia un grave dafio, moverte debia el mayor lucro que acabas de reportar. Si grave é insoportable te pareció este precepto, considera cuán grande es el premio. Si grave y penoso de hacer te parece el perdonar á quien te ruega, mas grave y penoso es caer en el fuego eterno. Ninguna respuesta se lee en el Evangelio que diese este criado á su señor; con lo que se demuestra que después de esta vida é inmediatamente en el día del juicio cesará toda excusa para el pecador.

Ni con razon alguna podia excusarse este mal siervo á la presencia de su rey y señor, el que justamente indignado mandó que lo entregasen á los ejecutores de la justicia hasta que hubiese pagado toda la deuda. Nada mas justo al parecer que este terrible decreto. ¿Qué misericordia puede esperar el que con la dureza para con sus prójimos quebranta el pacto de su reconciliacion con Dios, desmintiendo la sacratísima condicion de la oracion cristiana y usurpa los derechos del supremo Juez que se ha reservado la venganza y la satisfaccion de nuestras injurias. Señal es esta de lo que hará Dios en el día de su furor para vengar la cantidad de este pacto de su misericordia violado por nuestra ira. En estos verdugos están representados los instrumentos que tiene Dios para castigar á los malos, de un modo digno de su justicia, esto es, santa, infinita y eternamente.

El modelo ejemplarísimo de la caridad eterna concluyó su misteriosa parábola con un apóstrofe terrible á los escribas y fariseos que se hallaban presentes diciéndoles: De esta misma suerte os tratará mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona de co-razon á su hermano. Es digno de advertir, como nota el mismo

Crisóstomo, que no les dijo Jesús *vuestro Padre*, sino *mi Padre*; porque no es digno ni decoroso que tales hombres como eran los fariseos llamasen á Dios su Padre, teniendo tanto odio y rencor contra su Unigénito Hijo. Y san Gerónimo [1] exclamó y dijo: Formidable sentencia es la que ha salido de la boca de Dios, preciso es que la comprendamos; no se nos perdonarán las ofensas grandes que contra Dios hemos hecho, si no perdonamos nosotros las pequeñas ofensas que hemos recibido de nuestro prójimo.

La caridad que reside en el corazon, no solo excluye del hombre, como la justicia farisaica, las mnestras exteriores de ira, sino hasta los mas escondidos odios y resentimientos. ¿De qué te servirá la corteza de la ley sin el fin de ella, que es la caridad nacida del corazon puro [2]? Tenemos por juez de nuestra conducta al que no se deja engañar por una guarda exterior é hipócrita de sus mandamientos, sino que juzga por lo que pasa en el corazon, y está patente y manifiesto á sus ojos. No te olvides pues que todo hombre es deidor á Dios y tiene por deudores á sus hermanos. Por esto Dios justo nos dió una regla para que supiéramos cómo debemos obrar con nuestros deudores, pues de la manera que con ellos obremos, así se portará él con nosotros [3]. Comprendiendo bien todas estas cosas y meditando sobre la enorme deuda de los diez mil talentos, no podemos menos de aprestarnos para perdonar á nuestros prójimos las cosas pequeñas y despreciables. Huyamos de la falta de misericordia y de la crueldad, entendiendo que no lo somos para con los otros sino con nosotros mismos. Cuando queramos acordarnos de los males que de otros hemos recibido para no perdonarlos, acordémonos tambien de que entonces atamos nuestros propios pecados y no los de nuestro prójimo. Anulámonos nuestro hermano; demos gracias á Dios por la injusticia que contra nosotros cometió, y así glorificaremos á Dios nuestro Padre y conseguiremos mercedes infinitas; y si aun rogamos á Dios por él, nos haremos semejantes al mismo Dios. Poco es á la verdad lo que podemos perder y dar, y mucho es lo que podemos esperar y recibir. Cuanto damos por

[1] Div. Hieronim. in cap. 18 Math.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Timoth. cap. 1. v. 5.

[3] Div. August. Serm. 15 de Verb. Domini.

Dios y condonamos á nuestros prójimos, todo es perecedero y caduco, y cuanto podamos esperar y recibir, todo es infinito y eterno. Da por Dios y espera por Dios, no dudando que él será tu remunerador y tu premio. Sobre todo lo que dijo con mucha oportunidad el grande san Gregorio [1]: De la esperanza cierta que debemos tener en Dios de que nos perdonará nuestras deudas, no debe apartarnos ni la cualidad ni la cantidad de ellas; porque si un hombre solo hubiese cometido los pecados de todos los hombres, y como Cain y Jódas se hubiere desesperado; si fuera posible que aquel miserable se arrepintiese y pidiese perdón á Dios, seguramente que el Señor, infinitamente bueno y misericordioso, no le negaría el perdón. Mucho debemos esperar en los méritos de Jesucristo, sin los que no podríamos salvarnos. En ellos radican y de ellos traen su origen todos nuestros méritos, tanto para la satisfacción de las penas, cuanto por los merecimientos de la vida eterna.

Concluyamos pues con san Bernardo [2]: Principalmente debe esperar la criatura en los méritos infinitos de la pasión de Cristo, porque ella es para los miserables un consuelo muy especial. Tu pasión, le decía, es, Señor, el último refugio. El remedio mas esencial, faltando á la criatura la sabiduría, no sufragándole la justicia, no bastándole la santidad y faltándole todos los méritos, ella sola sufraga y basta para todo. No desesperaré por mis pecados, porque se me ha dado en el sagrado puerto de tus llagas el lugar seguro para hacer penitencia, aunque sea incierto el día de mi muerte. Perdonaste, Señor, á la Magdalena, á Pedro y al ladrón, en señal de que perdonarías tambien toda clase de pecadores y toda especie de pecados. Y volviéndose después á sus hermanos les decía: Tengamos, hermanos míos, fe en la misericordia de Dios nuestro criador, y acodamos con lágrimas al misericordiosísimo Juez mientras nos espera. Pues por mas que sea no quiero dejar de perdonarnos; consideremos que es infinitamente misericordioso y pío, y no desesperemos. Es nuestro Padre y nuestro Dios, quiere con ansia acercarnos á su corazón para que probemos las delicias y las dulzuras de su amor.

[1] Div. Gregor. Hom. 30 in Evangelia.

[2] Div. Bernard. Sermón 22 in Cantica.

ORACION.

SOBRE LA CORRECCION FRATERNA.

Caritativo y amantísimo Señor y Dios mio. Qué podré yo devolver á tu infinita misericordia en agradecimiento de los muchos favores y gracias que me has dispensado. Amástemme cuando era yo tu enemigo y me has perdonado una y muchas culpas, no solo siete veces, sino mas de setenta veces siete. ¿Cómo tengo yo ánimo para andar lasando y regateando el amor que debo á mis enemigos? La caridad con que me amas tú es puro don de tu mise-ricordia; la que yo debo á mis hermanos es obligacion de justicia y obediencia debida al primero y mayor mandamiento de tu divina ley. Lo que haces tú conmigo por pura gracia, hágalo yo con mis prójimos por justicia. Ablánde tu sangre este pecho mio cruel, propongo á vengar las injurias; muécame tu ejemplo, estímúleme tambien al galarlón que tienes prometido á la misericordia. Aficióname á la oración, dame parte en los gemidos de tu esposa la Iglesia, clamé yo por tu boca unido contigo para que ores tú en mí y tus méritos alcancen por mí lo que yo desmerezco. Inspírame celo para corregir y docilidad para ser corregido, compasión de las flaquezas ajenas y espíritu para castigar las mías. No niegue yo á la caridad lo que de justicia le debo; recíbeme de humildad, de suavidad, de compasión, de discreción, de constancia y de las demás virtudes que hacen la corrección fructuosa, para que perdones yo tantas veces á mi hermano cuantas el pecare contra mí, á fin de que nunca quede en mi corazón alguna especie de sentimiento ó rencor, ni ningún signo exterior que lo manifieste ó indique. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CUENTA Y RAZON QUE HEMOS DE DAR A DIOS.

¡Ay de mí, miserable pecador! Cuando vuelvo los ojos á los muchos pecados que cometí y comencé los castigos que por ellos merezco, me veo oprimido de un espantoso temor. ¡Qué será de mí! ¿Permaneceré como desesperado, sin consejo y sin ayuda! Me estremezco, Señor, cuando oigo tus amenazas terribles. ¿Y qué serán tus manos para el que merece caer en ellas! Si tus solas palabras, oh dulcísimo Redentor nuestro! hacen temblar y estremecer, ¿quién podrá sufrir tu vista airada cuando vengas á reconvenirnos y á juzgarnos con ella! Prestame, Señor, de esta destitución, criando en mí un corazón limpio y sano y renovando en mis entrañas un espíritu recto, cuyas obras y deseos sean siempre dignos de tí. A tí recurro, Señor mío Jesucristo, que eres fuente de piedad y de misericordia; á tí corro con la mayor ansia, pues veo que en ella han sido lavados y limpios otros pecadores, tan miserables como yo. No me niegues, Señor, el que en tu presencia, á tus pies sagrados y por medio de tus ministros, pueda hacer la competente computación y compensación de todas mis faltas, para que pueda á un mismo tiempo enmendarme de ellas y condonar y remitir á todos mis hermanos las que contra mí hubiesen cometido, á fin de que cuando tú vengas personalmente para residenciarnos á todos, sean perdonadas por tu infinita misericordia las que á tí y á mi prójimo debiere, para que después con ellos, y con tus ángeles y santos en el cielo, eternamente te alabe. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo está comprendida en el capítulo XVIII del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 15 hasta el 35, ambos inclusive.

La Iglesia la usa como propio para el Evangelio de la misa del martes de la tercera semana de cuaresma, desde el versículo 15 hasta el 22; y para la Dominica XXI después de Pentecostés, desde el versículo 23 hasta el 35; uno y otro dicen así:

EVANGELIO PARA LA MISA DEL MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 15 al 22.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si pecare contra tí tu hermano, vé y corrígele entre tí y él solo. Y si te oyere, has ganado á tu hermano; mas si no te oyere, lleva aun contigo uno ó dos para que por boca de dos ó tres testigos sea testificada toda la palabra. Mas si á ellos no los oyere, dilo á la Iglesia. Mas si ni á la Iglesia oyere, tenlo por un pagano y un publicano. En verdad os digo: Todas las cosas que atáreis en la tierra, serán atadas en el cielo; y todas las cosas que desatáreis en la tierra, serán también desatadas en el cielo. Además de esto os digo: Que si dos de vosotros consintiesen en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Entonces llegándose Pedro á él, le dijo: Señor, ¿cuántas veces ha de perdonar á mi hermano si pecase contra mí? ¿Hasta siete veces! Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta sesenta veces siete.

EVANGELIO PARA LA DOMINICA VEINTIUNA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 23 al 25.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus siervos. Y habiendo comenzado á tomarles cuentas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Mas no teniendo de donde pagárselos, mandó su señor que fuesen vendidos él, y su mujer, y sus hijos, y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces aquel siervo echándose á sus pies le suplicaba diciendo: Dame un poco y

te lo pagaré todo. Movido á lástima, el señor de aquel siervo le soltó y le perdonó la deuda. Y saliendo aquel siervo halló á uno de sus compañeros que le debía cien dineros, y asíéndose á él le ahogaba diciéndole: Paga lo que debes. Su compañero, echándose á sus piés le suplicaba diciendo: Dame espera y te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino que fué y le puso en la cárcel hasta que pagase la deuda. Viendo sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho y fueron y le contaron á su señor todo lo que habia sucedido; entonces le llamó su señor y le dijo: Mal siervo, toda la deuda te perdóné porque me lo rogaste; ¿no era tambien justo que te compadecieses tú de tu compañero como me compadecí de tí? Y enojado su señor le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda. De esta misma suerte os tratará mi Padre celestial si cada uno de vosotros no perdona de corazón á su hermano.

CAPITULO XII.

SATISFACE CUMPLIDAMENTE JESUS Á LA PREGUNTA MALICIOSA DE LOS FARISEOS CUANDO LE PREGUNTAN SOBRE LOS MOTIVOS DEL REPUDIO; SE LE PRESENTAN UNOS PEQUEÑUELOS PARA QUE LOS BENDIGA, Y MANDA NO SE LES PROHIBA QUE SE ACERQUEN Á EL; Y RESPONDIENDO DESPUES Á LA PREGUNTA DE UN JOVEN, DECLARA EN QUE CONSISTE LA POBREZA.

Después que Jesucristo hubo dado á sus apóstoles y discípulos con estas tan grandes y preciosas parábolas, dos mas interesantes y sublimes documentos, se pasó desde Galilea á los fines de la Judea, á la otra parte del Jordán. Conviene saber que generalmente hablando se llamaba Judea todo aquel terreno que ocupaban los judíos, á diferencia de las demás naciones; son toda la parte de aquel país que miraba hacia el Mediodía, en el que habitaban las tribus de Judá y de Benjamín; era lo que propia y especialmente se llamaba Judea, á diferencia de otras regiones que se contenian en la misma provincia, como eran Samaria, Galilea, Decápolis y otras. En este país pues, ó llámese mas bien provincia verdadera de Judea,

te lo pagaré todo. Movido á lástima, el señor de aquel siervo le soltó y le perdonó la deuda. Y saliendo aquel siervo halló á uno de sus compañeros que le debía cien dineros, y asiéndose á él le ahogaba diciéndole: Paga lo que debes. Su compañero, echándose á sus piés le suplicaba diciendo: Dame espera y te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino que fué y le puso en la cárcel hasta que pagase la deuda. Viendo sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho y fueron y le contaron á su señor todo lo que habia sucedido; entonces le llamó su señor y le dijo: Mal siervo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste; ¿no era tambien justo que te compadecieses tú de tu compañero como me compadecí de tí? Y enojado su señor le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda. De esta misma suerte os tratará mi Padre celestial si cada uno de vosotros no perdona de corazón á su hermano.

CAPITULO XII.

SATISFACE CUMPLIDAMENTE JESUS Á LA PREGUNTA MALICIOSA DE LOS FARISEOS CUANDO LE PREGUNTAN SOBRE LOS MOTIVOS DEL REPUDIO; SE LE PRESENTAN UNOS PEQUEÑUELOS PARA QUE LOS BENDIGA, Y MANDA NO SE LES PROHIBA QUE SE ACERQUEN Á EL; Y RESPONDIENDO DESPUES Á LA PREGUNTA DE UN JOVEN, DECLARA EN QUE CONSISTE LA POBREZA.

Después que Jesucristo hubo dado á sus apóstoles y discípulos con estas tan grandes y preciosas parábolas, dos mas interesantes y sublimes documentos, se pasó desde Galilea á los fines de la Judea, á la otra parte del Jordán. Conviene saber que generalmente hablando se llamaba Judea todo aquel terreno que ocupaban los judíos, á diferencia de las demás naciones; son toda la parte de aquel país que miraba hacia el Mediodía, en el que habitaban las tribus de Judá y de Benjamín; era lo que propia y especialmente se llamaba Judea, á diferencia de otras regiones que se contenian en la misma provincia, como eran Samaria, Galilea, Decápolis y otras. En este país pues, ó llámese mas bien provincia verdadera de Judea,

se retiró el Señor al salir de Galilea, y por no perder los frutos de su celo viendo que se acercaba la consumación de su vida, quería dar cima á la importantísima obra de la redención que su Padre le había confiado; mas después de haber predicado varias veces en medio de Jerusalem los adorables misterios que debían ser el objeto de la fe y de la veneración de todos los fieles, los predicó también en su tránsito para aquel país, ganando un sinnúmero de prosélitos, sin acompañar en esta ocasión sus discursos con portentosos milagros.

Movidos muchos judíos de la dulzura y eficacia de sus exhortaciones, se resolvieron á creer en su Majestad, á pesar del general desenfreno de los sacerdotes y magistrados, y de la violencia declarada de los principales de la república. El Salvador se mantuvo por su parte donde podía recoger los discípulos que acababa de ganar al Evangelio y de confirmar en la fe á todos aquellos que le enviaba su Padre. Con este designio eligió para su retiro el cantón de Bethania; no de aquel lugar del mismo nombre vecino á Jerusalem donde moraba Lázaro con su familia, sino es de otra Bethania, situada al Oriente del Jordan, donde el Bautista, echado por los escribas de los primeros desiertos que santificó con su predicación, fué á bautizar y á instruir, antes de verse precisado con nuevos insultos á retirarse á Galilea.

Aunque no estaba lejos el momento de su sacrificio, permaneció Jesucristo en este paraje esperándole con santa paciencia y conformidad con la voluntad de su Padre, casi por espacio de tres meses, los que ocupó en combatir las doctrinas de los fariseos y de los herodianos, y en consolar á los fieles. No es difícil de creer que los primeros que fueron á buscarlo al lugar de su asilo fuesen en su mayor parte de los discípulos del Bautista, los que ilustrados con la predicación y doctrinas del santo precursor, hacían entre sí mismos con sobrado fundamento este justo raciocinio: Juan Bautista no hacía milagro alguno, y con todo eso no hemos dejado de creer en su palabra. Sus virtudes y la austeridad de su vida, la eficacia y la sabiduría de sus discursos, nos han obligado á mirarle como á un gran profeta. Hoy conocemos ya por la experiencia la verdad de

todo cuanto nos había anunciado de Jesús, á quien nuestros príncipes injustamente persiguen. Ahora pues que nosotros mismos vemos al mismo Jesús, que confirma todo cuanto predica con prodigios que solo pueden venir de Dios, ¿por qué no hemos de creer en él? Seríamos inexcusables á la presencia de Dios si dejándonos arrastrar de la multitud de sus enemigos relusáramos creerlo. Convencidos de la exactitud de su raciocinio fueron á buscar al Salvador amantísimo, el que los recibió con singulares demostraciones de benevolencia y caridad. Los críticos y á la vez mordaces censores del Evangelio, se valen de la interrupción que hacen los Evangelistas sagrados de la importantísima narración que hacía el Maestro divino después de su partida de Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, tomando aquí otra vez el hilo de aquella después de su segundo viaje á la capital, dejándose ver por un solo día en la solemnidad de la Dedicación, infiriendo de aquí que no hay uniformidad entre los unos y los otros sucesos referidos con alguna diferencia por los Evangelistas, sin querer advertir que los designios de Jesús eran los mismos en todas partes, y que ora confirmábase sus doctrinas con milagros, ora predicase sin obrar ninguno, sus trabajos siempre se dirigían á un mismo fin, cual era preparar al pueblo de Israel para el establecimiento del reino de Dios, y que en todas partes guardaba también el mismo método en todas sus prácticas e instrucciones.

Sus implacables enemigos no podían ver sin estremecerse la multitud inmensa de gentes que le iban siguiendo, y para hacerle perder su reputación y prestigio, obligándole á dar contestaciones que escandalizasen á la muchedumbre, hicieronle algunas preguntas muy á propósito para que cayera en la lucidiosa red que le habían tendido; pero como siempre, quedaron confundidos. Mas de una vez se había explicado el Señor con la mayor claridad y franqueza sobre la indisolubilidad del matrimonio. Esta era la materia mas delicada, puesto que Moisés, de quien ellos se llamaban discípulos, había contemporizado sobre la severidad de la ley que el divino Maestro quería restablecer á su primitiva pureza; y no dudando que el nuevo Legislador se había de oponer en alguna cosa al antiguo,

se valieron los fariseos de este medio, dirigiéndole algunas preguntas capciosas para hacerle caer en el lazo, con cuya idea le dijeron: *¿Maestro, es lícito al marido repudiar á su mujer por cualquiera causa ó pretexto?* A lo que les contestó Jesús: *¿No habeis leído que Dios cuando hizo al hombre en el principio del mundo, no crió desde luego sino un hombre para una mujer y una mujer para un hombre?* Por cuya razon les dijo: Dejará el hombre el padre y la madre y se unirá estrechamente con su mujer, de manera que ambos sean una misma carne y un cuerpo.

Para la aclaracion de esta pregunta de los fariseos, y la mas fácil inteligencia de la respuesta de Jesús, conviene saber que hubo en Jerusalem y en toda la Judea dos familias muy célebres; á los del partido de una llamaban la *casa de Samay*, á los de la otra la *casa de Hilel* [1]. Entre estos bandos ó partidos habia gran variedad en la declaracion de ciertos puntos, y uno de ellos era sobre las causas del divorcio. Los de la casa de *Samay* afirmaban que sola la sospecha del adulterio era causa bastante para tolerar el divorcio. La casa de *Hilel* tenia por suficiente para esto cualquiera otra causa por pequeña que fuese. Y aun habia otra tercera opinion que se arrimaba mucho á la casa de *Samay*, aunque tambien se dividia en varias sentencias. Fingiéndose por consiguiente los fariseos un vivo deseo de salir de estas dudas, dirigieron á Jesús su pregunta, para que declarándose en favor de alguna de estas sentencias, lograsen hacerlo odioso á las otras. Mas como el Salvador conocia todas las astucias de aquellos sus enemigos, procuró desbaratar sus planes con alguna sentencia muy clara de las sagradas Escrituras, que nadie podia impugnar ó tergiversar sin nota de impiedad.

Con esta idea no se declaró por alguna de las opiniones en que sobre este punto tan esencial estaban discordes aquellas familias, y se ciñó á manifestar claramente la voluntad de Dios en la causa del matrimonio. Consejo fué y determinacion de Dios que el matrimonio legítimamente contraído no se disuelve, porque ninguna cosa puede dividirse sin detrimento de su unidad, y este es el

[1] Vid. Anias Montano, in hunc locum.

ser y naturaleza del matrimonio establecido por Dios, de que siempre permanezca así, y aunque por la malicia de los hombre fué esto degenerando de su propio ser y virtud por tolerancias y malas costumbres harto ajenas de aquella perfeccion, conviene saber que no hay prescripcion contra los decretos de Dios.

Segun las intenciones del Criador universal, es el matrimonio el semillero del género humano por la union de los dos sexos en el estado conyugal; es el principio procurador y conservador de los entes racionales; es el germen de la multiplicacion y reproduccion de los hombres, la base de la sociedad civil y de la pública felicidad; objeto importantísimo que en todos tiempos y edades llamó la atencion de los legisladores de las diferentes sociedades políticas, de los moralistas, filósofos y sabios, los cuales cuidaron de sujetar á las leyes esta instruccion de naturaleza, y perfeccionarlo segun los designios del Supremo legislador. Sin embargo, la antigua jurisprudencia no llegó á comprender con bastante claridad esta parte del derecho natural, y dividiéndose en sus opiniones los moralistas y los filósofos, degradaron unos este contrato después de haber sembrado en él mil errores; y los otros, aunque mas prudentes y sabios, no pudieron contener el torrente de vicios, abusos y desórdenes con que los pueblos lo profanaron. En medio de las tinieblas amaneció la luz, y Jesucristo, autor de la gracia y de la verdad, nos ha enseñado cuanto nos importa saber sobre esta materia; y poniendo ante nuestros ojos, y declarando las primitivas lecciones que al padre común de los hombres le dió su Hacedor, restituyó al matrimonio su dignidad primitiva y santidad original.

Creó Dios un solo hombre para que fuese el tronco y la extirpa de todo el linaje humano; dióle una compañera que fué extraída de la sustancia y carne del mismo hombre, con lo que manifestó Dios que queria unirse el hombre á la mujer como porcion de sí mismo, y que esta reconociese á aquel como principio original de su ser y existencia. A la vista de esta criatura exclamó el hombre: *Ved ahí un hueso de mis huesos y carne de mi carne, por lo cual dejaré el hombre á su padre y á su madre, y permanecerá unido tan estrechamente con su mujer, que ambos vengán á ser una sola car-*

ne y como dos almas en un cuerpo. Bendíjoles el Señor, y con su bendición les dió la fecundidad y la virtud de reproducirse: *Creced y multiplicaos, les dijo, y llenad la tierra; esto es, fructificad y procread.* Ved ahí cómo en la institución de la sociedad conyugal resplandece admirablemente la divina Sabiduría. Haciendo Dios el vínculo del hombre y de la mujer permanente é indisoluble, ha provisto eficazmente á la perpetuidad, á la felicidad y á la perfección del género humano.

Luego es cierto, continuó su Majestad, que segun la institución de Dios, el hombre y la mujer, una vez unidos con las ligaduras del matrimonio, no son dos, sino es una misma carne. Lo que siendo así no permite al hombre separar lo que Dios unió. De donde se sigue que los dos así unidos deben permanecer juntos por toda la vida, atender á la educación de los hijos que Dios quisiere darles, y recibir recíprocamente el uno del otro el consuelo y el socorro que trae consigo una inocente sociedad. Así es que con ningunas otras palabras pudiera expresarse tan bellamente la firmeza de aquel contrato, de aquel lazo, de aquella íntima union, dulce amistad, vehemente amor, mútua confianza é inviolable fidelidad que entre sí se deben los consortes. Estos son sus deberes segun el derecho de la naturaleza, que no es mas que la misma voluntad del Criador, de donde resulta que no puede separarse sin violentar su propia naturaleza, ni contraer otro enlace sin atentar contra la divina institución. Jesucristo no ha hecho mas que restablecerla y reprobado todo lo que se opone á esto derecho primitivo; el adulterio, el repudio, la poligamia simultánea, el concubinato, el simple deseo de infidelidad en los esposos y todo lo que puede fomentar pasiones malas; y aun añadió un nuevo lazo elevando el matrimonio á la dignidad de sacramento. Los fariseos ompero, que no lo estimaban como á tal ni comprendían bien la excelsa dignidad de la union del hombre y la mujer instituida por Dios, y se dejaban llevar demasiado de las pasiones violentas, nacidas en el fondo de su corazón corrompido, replicaron á Jesús y le dijeron: *¿Por qué Moisés no lo ha explicado de esta suerte y ha mandado dar libelo de repudio al marido descontento y dejar á la mujer?* Aquí era á donde ellos

querian venir á parar y en lo que se lisongean que Jesucristo se hallaria embarazado; mas él les respondió: *¿Y qué es lo que os dice Moisés sobre este punto?*

No pudieron menos de sorprenderse al oír la réplica y pregunta del Salvador; pero puestos en el conflicto de tenerle que contestar le dijeron: Moisés ha permitido al marido descontento que escriba libelo de repudio y pueda despedir á su mujer, quedando con libertad las dos personas separadas. Que fué tanto como decir: Si Moisés hubiera entendido la ley con el mismo rigor que vos, no hubiera publicado esta ordenanza. Vosotros os engañais, dijo Jesucristo; esa no es ordenanza ni ley, es solo una mera tolerancia de Moisés, esto es, no ha mandado repudiar á vuestras mujeres, aunque ha permitido que las repudiéis; y tuvo esta condescendencia, porque conocia la dureza de vuestros corazones y temió que si no mitigaba un poco las cosas, vosotros os dejareis llevar de mayores excesos; pero al principio no fué así, esto es, en los tiempos en que los hombres se acordaban de la primera institución de Dios, no se usaba eso. Todas las personas exactas en la religion miraron esta costumbre como innovacion y tolerancia. Por lo que á mí toca, desde luego os declaro que no lo permitiré en mi Iglesia y que restituyo las cosas á la pureza de su origen; y ved aquí los reglamentos y leyes que sobre este particular deben guardarse: No será lícito al hombre dejar á su mujer sino es por causa de fornicacion é infidelidad. El que ha dejado á su mujer y se casa con otra viviendo aun la primera, es delincuente de adulterio y concubinaje. El hombre que se casa con la mujer repudiada cuando aun vive su marido, incurre en el mismo delito. La ley mira á las mujeres así como á los hombres, de manera que una mujer que se entrega á segundo esposo viviendo aun el primero, es deshonesta y adúltera.

El Señor no condenaba á Moisés, porque sabia bien lo que hubiera hecho si hubiese encontrado corazones mejor dispuestos y espíritus mas tratables. Con esta alta sabiduría y prudencia restableceria el Salvador las antiguas leyes sobre la indisolubilidad del matrimonio y sin tocar la reputacion del santo legislador, humillando al mismo tiempo á los que abusaban de su nombre.

De esta manera se libertó prudentemente Jesús de la malignidad de los escribas, aunque la severidad de su moral asustó no poco á sus apóstoles; ellos habian de tener á su cuidado el que se pudiese en práctica esta moral sublime, y prevenia algunas dificultades que la misma perversidad del corazón del hombre, igual en todos tiempos, podría imitar en los futuros; y así que entraron con su Maestro en la casa donde posaban, le volvieron á hablar sobre la misma materia; mas el Señor les contestó sin quitar ni añadir cosa alguna á las máximas que poco antes habia vertido; y para que jamás se apartasen de ellas, se las volvió á repetir al pie de la letra. Atemorizados los discípulos con la nueva réplica y repetición de Jesús le dijeron: *Si es tal la obligación del hombre para con la mujer con quien se casa, que jamás puede dejarla para casarse con otra, mejor será renunciar el casamiento.* A lo que contestó Jesús: *No todos entienden esto, sino aquellos á quienes se concede;* conviene á saber la gracia de entenderlo y practicarlo. Lo que fué decirles: No á todos los hombres conviene ni son capaces de una resolución tan generosa; por tanto yo no lo mando ni pongo por ley para que así se ejecute. Ese será un privilegio de algunas almas escogidas á quienes Dios llame y convida con el estado de una perpetua continencia y que correspondieren al llamamiento. Vosotros podreis exhortar á él á mis discípulos; pero no los precisareis. Hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; hay otros que han padecido esa injuria de los hombres, y hay otros en fin que ellos mismos se han hecho eunucos por el reino de los cielos. Estos son aquellos hombres que movidos de las ventajas de la continencia y de su mérito, se imponen la ley de guardarla por toda la vida. Aquel que se siente con fuerza bastante para mantener con la gracia de Dios una obligación tan gloriosa y difícil, consiento en que la abraze, y tendrá seguro el premio de resolución tan heroica; todo se puede con el socorro de Dios; el que pudiere y quisiere, resuélvase á estado tan santo; yo solo doy consejo, no establezco un precepto, y esto es lo que debéis enseñar.

Los apóstoles siguieron fielmente el plan trazado por el Maestro divino; predicaron su doctrina con la mayor escrupulosidad. La

Iglesia y todas las naciones cristianas han tributado á la doctrina de Jesús la mas respetuosa veneración, y han procurado dar la importancia debida al sacramento de matrimonio, disponiendo que se celebrase en público, con el aparato y solemnidades posibles, y á los ojos y en presencia de la Divinidad, bajo ciertas ceremonias y formalidades. La religion preside á estos actos, confirma el contrato, y por la bendición que pronuncian los ministros del santuario, adquiere el carácter augusto de santidad y de gracia. Los contrayentes, formando este nudo á la faz de los altares, aprenden á respetarlo y á mirar sus promesas como sagradas é inviolables. Las ceremonias conservan el dogma, y este asegura la perpetuidad de los respetos civiles con respecto al contrato. Las leyes civiles y el derecho público, acomodándose á la doctrina de Jesucristo y á la disciplina eclesiástica, lo ha mejorado considerablemente; la sociedad conyugal en ninguna parte está mas bien arreglada ni es tan feliz como en los pueblos cristianos.

Los sofismas de que se valen los modernos incrédulos y pretendidos reformadores de la moral pública y privada, no merecen entre los católicos los honores de una refutación tan extensa, como extensas son los discursos de impiedad con que pretenden destruir la santa y sublime doctrina del Evangelio, y basta para reducirlos todos á la nada el decir que los pueblos lloran con lágrimas de sangre el ver establecido entre ellos el divorcio, la poligamia, la fornicación y un concubinato universal que los desprecia, destruye y aniquila, porque dieron crédito á las ideas y antiguas opiniones de los epicúreos é inicuos voluptuosos que hicieron odioso y abominable entre ellos el matrimonio, por lo que los envolvieron en todos los horrores de una verdadera y espantosa anarquía. Y baste decir que los antiguos legisladores de las gentes Roma y Atenas se vieron en la precisión de apelar al imperio de la ley para obligar á los ciudadanos á que se casaran, y á traerlos al matrimonio con el cebo del honor, y con premios y recompensas.

El matrimonio, instituido para ser el primero y mas firme lazo de la sociedad, no pudiera producir este efecto no siendo su vínculo entre los casados indisoluble y perpetuo. Una union pasajera y

temporal sería semejante á la de los animales, y no formaría una sociedad mas perfecta ni habría relaciones durables entre los consortes, entre padres é hijos, ni educacion constante y seguida, ni socorros mutuos, ni tendrían entre sí otras conexiones y dependencias que las que pudieran tener cuando salieran fortuitamente de la tierra como los árboles y las plantas. Dios, instituyendo el matrimonio, no solamente quiso perpetuar la raza humana y promover la felicidad de los consortes, sino tambien el bien de los hijos y las ventajas de la sociedad doméstica y de todo el género humano. El divorcio es contra todos estos fines. Por grandes que parezcan los inconvenientes de la indisolubilidad del matrimonio, bien se puede asegurar que son mucho menores que los que resultarían del repudio. Y aunque la decencia y el pudor obliga á echar un velo sobre este cuadro tan escandaloso y tan desagradable á todos los que conservan ideas y sentimientos de orden, de utilidad y de virtud, es preciso decir que el divorcio indefinido, y aun el limitado á ciertos casos, degeneraría muy en breve en libertinaje y disolucion, como sucedió en Roma. Juvenal refiere que conoció una mujer que en el espacio de cinco años habia tenido ocho maridos. Y san Gerónimo asegura haber visto enterrar en Roma otra que en su vida habia tenido veintidós esposos.

¿Cuál sería pues en medio de esta desastrosa licencia la suerte de los casados, de los hijos, de la sociedad doméstica, y el estado de las costumbres públicas y privadas? Todos los dias se multiplicarian los adulterios y las causas de infidencia; á cada momento se verían renacer acusaciones escandalosas; la parte infiel armaría lazos á la otra; una acusacion no probada encendería un odio eterno, como sucede hoy dia en las demandas de separacion; el bien de los hijos, la decencia pública y el interés de la sociedad, serían indignamente sacrificados á la inconstancia y perversidad del uno ó del otro esposo. Ciertó es que cuando la corrupcion de las costumbres ha llegado á infestar los matrimonios se vive en un estado desgraciado y en la situación mas triste; pero romper los lazos sagrados porque las costumbres son corrompidas, es engrandecer y abrir la llaga en vez de cerrarla. Es un error atribuir al estado conyu-

gal, santo y perfecto por su institucion, lo que es obra de las pasiones desordenadas.

Jesucristo no recomienda ni autoriza como hemos visto las mutilaciones y mucho menos una operacion tan injuriosa á la humanidad como la castracion. La bárbara costumbre de hacer eunucos, tan comun en la Persia, en Egipto y en los países orientales, trajo su origen de la poligamia. Los judios sin embargo nunca adoptaron este uso, y Moisés proscribió semejante crnelidad imponiendo la pena de infamia al que cosintiese en ser castrado. El eunuco no entrará en la Iglesia [1], no será reputado como israelita, no podrá gozar de todos los derechos y privilegios de ciudadano. Tampoco gozará de ellos el bastardo, esto es, el nacido de mujer prostituta, ni podrá entrar en la Iglesia del Señor hasta la décima generacion. Así se lee en el Deuteronomio. La sentencia de Jesucristo relativa á los que se hicieron eunucos por el reino de los cielos, no es susceptible de un sentido material, como por error lo entendió Orígenes, y recae precisamente sobre aquellas palabras de sus discipulos: *Si es tal la condicion del matrimonio, no conviene casarse*. Con esta ocasion recomienda y alaba usando de un hipérbolo, la resolucion tan generosa de los que no solo renuncian á los placeres de la sensualidad, sino tambien al matrimonio, aunque santo y bueno.

El apóstol desenvolvió bellísimamente esta misteriosa doctrina de Jesucristo diciendo [2]: En cuanto á las cosas sobre que me escribisteis y consultasteis os digo: *Que por lo que respecta á las virgenes no he recibido ni tengo precepto ó mandamiento del Señor*. El estado de continencia, la virginidad del celibato no están prescritos por ley divina. Mas yo, correspondiendo fielmente al ministerio que he alcanzado de la divina misericordia, os doy mi parecer y consejo. Bueno sería al hombre, mejor le estaría no tocar ni allegarse á mujer, conservarse célibe: la virginidad y el celibato es ventajoso. Tengo esto por bueno y que el hombre permanezca así á causa de la presente calamidad. Y la doncella, si viniere en este estado agniendo mi consejo, será mas libre de molestias y mas feliz. Digo pues á los célibes, á los solteros y viudos, que mejor les

[1] Deuteronom. c. 23, vs. 1 et 2.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corint. cap. 7, vs. 1 et seqs.

estaría quedarse como yo, porque deseo y quiero que vivais sin ansiedad y libres de solitudes y cuidados del siglo. El célibe tiene cuidado de las cosas del Señor y solo piensa cómo agradar á Dios. La que de verdad es viuda y está sola, espera en Dios y se ocupa diligentemente día y noche en suplicasiones y oraciones. Empero el que tiene mujer cuida solícitamente de las cosas del mundo y cómo ha de agradar á su mujer y está distraído, al paso que la soltera y doncella medita en las cosas del Señor para santificarse á sí misma en el cuerpo y en el espíritu; la casada vive distraída y entendiende en los negocios del mundo y cómo ha de complacer á su marido. Esto empero os lo digo por vuestra utilidad y provecho y no para echaros un lazo. Os lo propongo, no como obligacion, sino como cosa honesta y decente y mas á propósito para que sin impedimento ni distraccion os lleguéis y sirvais al Señor. Así que, no es mi ánimo precisar á ninguno ni que nadie se obligue á mas de lo que puede. Cada cual es libre de escoger lo que entienda que le será mas útil, segun la dádiva y gracia que haya recibido del Señor.

Yo no repruebo el casamiento; bueno es y santo el estado conyugal. Venerable es en todos el matrimonio [1], y en el tálamo ó lecho puro immaculado. Casa la hija y dala un hombre prudente, dice el Sabio [2], y habrás hecho una grande obra. Por lo que añadió san Pablo escribiendo á Timoteo [3]: Quiero que las mas mozas se casen, crien hijos, sean madres de familia y que gobiernen sus casas. Y no solamente es bueno y santo el matrimonio, sino que tambien á muchos les es necesario. Digo pues á los célibes y á los viudos, que si no tienen don de continencia, que se casen, que mejor es casarse que abrasearse. Y para evitar en fin la incontinencia y los pecados de fornicacion, cada uno tenga su mujer y cada una tenga su marido. Por estos caminos, dice el Crisóstomo [4], iba llevando Jesús á sus apóstoles y discípulos al deseo y á la eleccion de la virginidad, mostrándoles que era posible y muy suave y

[1] Id. ad Hebre. cap. 13, v. 4.

[2] Eccl. cap. 9, v. 27.

[3] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Timotheo, cap. 5, v. 14.

[4] Div. Crisostom. Hom. 63 in Math.

llevadera esta virtud altísima que hace vivir á los hombres vida de ángeles, dando fin aquel razonamiento tan sublime y digno; porque si bien les mostró por una parte su grande alteza y sublimidad, les enseñó por otra la misericordia con que no quiso incluirla en la necesidad de la ley, significándoles que era muy posible, para que creciese en ellos el deseo de abrazarla.

Con extraordinaria atencion y gusto oyeron los discípulos de Jesús este sublime é interesantísimo discurso, que fué repentinamente interrumpido, porque la casa donde se habian retirado se halló llena de padres y de madres que venian á presentar sus hijos pequeños al Salvador, y á suplicarle que pusiese sobre ellos sus benditas manos, rezando por los mismos alguna oracion, y se digese tocarlos. Hallábanse persuadidos los padres y madres que para aquellos inocentes no sería inútil esta ceremonia; antes bien creian que á ella estaria aligada la bendicion del cielo. Entregados los apóstoles á la meditacion de las lecciones que les daba su Maestro, y embelesados con ellas, no tenian en su pecho grabados aun los sentimientos de bondad de que estaba lleno el de Jesús; así fue que apartaban con aspereza á los pequeños y se empeñan en disipar la turba, porque imaginaban sería importuna al Salvador. Jesús empero no se enfadó del concurso; antes al contrario, desaprobó altamente su conducta y fué tal su disgusto, que pareció llegar á la indignacion. Llamólos cerca de sí, y con ellos se juntaron todos aquellos niños que no se apartaban sino con sentimiento y con lágrimas; y volviéndose á sus apóstoles les dijo: *Dejad á los parrulillos, y nunca os suceda impedir que se acerquen á mí.* En verdad os digo, que cualquiera que se sometiere en el reino de Dios, esto es, á mi Iglesia y á mi Evangelio con la simplicidad de un niño, no entrará en ese reino, ni es á propósito para ser admitido en el número de mis discípulos. Lo que fué decir: Dichosos los que imitaren el candor, la ingenuidad y la inocencia de los niños; pues mi Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra, no se llenará sino de sujetos que se les parezcan. Sobre lo que dijo el grande Orígenes [1]: Esta doctrina del Salvador es á la que debemos atender, no sea cosa que

[1] Origen. Tractat. 7 in Math.

prefiriendo una mayor sabiduría y un mayor aprovechamiento espiritual, despreciamos como grandes los pequeñuelos de la Iglesia, prohibiéndoles que vengan y se acerquen á Jesús.

También por los pequeñuelos pueden entenderse los pobres y los de la clase mas infima del pueblo, y por los discípulos que impiden se acerquen á Cristo pueden entenderse los principes ó prelados y rectores de las Iglesias, que por causa de la pobreza ó de la clase infima á que pueden pertenecer, los repelen y alejan de la promoción y recepción de órdenes y dignidades eclesiásticas, aunque para ellas sean aptos y dignos; por lo que, los que se atreven á impedirlos son reprendidos con indignación por la boca misma de Jesucristo, quien los dice como á los apóstoles: *Dejad á los pequeñuelos que vengan á mí, porque para mí no hay aceptación de personas, y no les prohibais en manera alguna que se me acerquen*, ni aterrándolos con amenazas ni corrompiéndolos con malos ejemplos, porque estos son la figura y la forma de los verdaderos humildes, cuya familiaridad y compañía es la que yo quiero y aprecio. Y san Crisóstomo añade [1]: ¡Por qué prohibís á los pequeñuelos que se acerquen á mí? Si han de ser santos, ¿por qué vedáis á los hijos que se acerquen al padre? Si han de ser pecadores, ¿por qué pronunciáis contra ellos sentencia de condenación antes de que veais su culpa? Cuales son ahora, más es; cuales serán después, será de ellos mismos. Honrad pues lo que es mío, y compadeceos de ellos por lo que suyo ha de ser; por esto añadió: *De tales es el reino de los cielos*; no dijo de estos, sino tales, para recomendar la humildad y la inocencia. No dijo de todos, sino *tales*, esto es semejantes, y de todos aquellos que tuvieron por su modelo, y aprendieron tales virtudes, cuales los tienen los pequeñuelos por la humildad y la inocencia [2]. Sobre lo que concluyó elegantemente san Ambrosio: No es la edad la que á otra edad se prefiere, porque de otra manera sería un obstáculo crecer en edad para alcanzar el reino de los cielos. ¿Por qué pues solo los pequeñuelos dice que son aptos para el reino de los cielos? Por ventura porque desconocen la malicia no saben engañar, no se atreven á fingir, ignoran el escudriñar lo que no les conviene, y no

[1] Div. Crisostom. Hom. 32 Oper. imperfect.

[2] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

ambicionan las riquezas y los honores. La virtud no consiste en ignorar lo malo, sino en despreciarlo; ni es virtud tampoco el no poder pecar, sino el no querer.

Conócese claramente por todo lo dicho, que la inocencia y la humildad son virtudes muy del gusto de Jesucristo, puesto que su Majestad no perdía ocasión de elogiarlas, recomendándolas como propias de su Evangelio. Ingratos somos á Jesús porque nos alejamos de él cuanto mas hacemos profesión de adorarle. Nos manda la simplicidad de los niños, y nosotros nos henchimos de la soberbia de los filósofos, dejando de ser simples y efímeros para acreditar que somos juiciosos y entendidos.

El Salvador, que no podía contener en el fondo de su corazón la ternura que al parecer excitaba en él la inocencia de los infantes, hizo que le acercasen todos aquellos niños que sus padres á porfía le presentaban; abrazólos á todos unos después de otros, impuso sobre ellos las manos y los despachó colmados de bendiciones; ellos eran hijos de fieles, y ya su adorable cabeza los adoptaba en el número de sus miembros. Este ministerio, que puede mirarse como la institución y principio del sacramento de la Confirmación, fué transmitido después y encargado por el Señor á los apóstoles. Así es que en la administración de este sacramento son signados en su frente los que lo reciben, con el crisma sagrado, por mano de los obispos que en la Iglesia de Dios ocupan el lugar de los apóstoles; y por la imposición de las manos del obispo reciben el Espíritu Santo y quedan confirmados en la fe.

Tan luego como Jesús ejecutó con los pequeñuelos esta acción de caridad, y para él de suma complacencia, salió de su morada acompañado de sus apóstoles y fué á predicar á algunos otros parajes del mismo cantón, en los que aun no se había dejado ver; pero apenas habia emprendido su camino, cuando un jóven de los mas distinguidos y virtuosos del país, el que verdaderamente deseaba salvarse, se acercó á él, y con la mayor modestia y humildad le dijo: *Maestro bueno, ruegamos que tengais la bondad de instruirme sobre lo que me conviene hacer para alcanzar la vida eterna*. San Marcos nos dice [1] que se arrojó á la presencia de Jesús para hacer

[1] Marci. cap. 10. v. 17.

esta súplica. Una pregunta tan santa no podía menos de ser contestada con una respuesta muy sabia. Tú me preguntas sobre el bien que conviene hacer, le respondió Jesús, y al mismo tiempo me llamas bueno. Lo que fué decirle: ¿Sabes que dándome este nombre, absolutamente, como lo haces, me das un nombre que solo á Dios pertenece? Nadie hay que sea bueno sino Dios, que lo es por excelencia y por naturaleza. Nadie tampoco sino él puede llamarse Maestro bueno, porque solo él puede enseñar á los hombres cuál es la verdadera bondad, de la que el cielo es el premio. Los demás hombres solo son buenos por participación, pues lo son por Dios y en Dios. No los excluye de esta participación de su bondad, dice san Crisóstomo [1], por la que son buenos, ó pueden llamarse tales los que creen en él y cumplen fielmente sus preceptos; y el venerable Beda añade [2], que fué esto lo mismo que si el Maestro divino le hubiera dicho: Comprende bien que aceptando yo el nombre que me das de Maestro bueno, te instruyo en la diferencia infinita que debes hacer entre mí y los demás doctores á quienes podieras consultar. Y ya que en esta verdad te hallas instruido, sábelo que para conseguir la vida eterna que apeteces, es preciso que cumplas los mandamientos de la ley, y así seguramente lo alcanzarás.

Admirado quedó el jóven á la respuesta del Maestro soberano, al que replicó inmediatamente: ¿Y no tendreis, Señor, la bondad de decirme qué mandamientos son estos que yo debo observar? No preguntaba porque ignorase los preceptos de la ley, sino porque deseaba saber de la boca de Jesús si aquellos á quienes su Majestad aludía eran los mismos que él hasta allí había guardado; por lo que después que le dijo el Señor: *no harás homicidio, no comerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no usarás de fraudes y artificios, honrarás á tu padre y á tu madre, y amarás al prójimo como á ti mismo*, no pudo menos de colmarse de alegría el jóven israelita; y mirando á Jesús le dijo: Todo esto, Señor, he practicado desde mis primeros años, y puedo decir y asegurar que no tengo en este punto cosa alguna de que me remuerda la conciencia. Enseñadme pues qué me resta ahora que hacer. Miróle amo-

[1] Div. Crisostom. Hom. 39 Oper. imperféc.

[2] Ven. Bed. in cap. 10 Marci.

rosamente el Salvador, dándole á entender que estaba satisfecho de su conducta y que deseaba elevarlo á una mejor perfeccion, y le añadió: Aunque hayas hecho esto, algo te resta por hacer: *si quieres llegar á un grado mas alto de perfeccion, marcha por tanto, vende cuanto tienes, y da el precio de ello á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo que jamás se perderá, ni disminuirá, ni te lo podrán quitar los ladrones, y toma tu cruz, y ven en pos de mí, y sígueme*. Sublime consejo evangélico que practicaron después muchos discipulos del Señor. La historia eclesiástica está sembrada de ejemplos de tan generosa y heroica resolucion. Todos los creyentes, se dice en los Actos apostólicos [1], estaban juntos y estrechamente unidos, tanto que no habia entre ellos mas que un corazon y una alma: ninguno decia ser suyo parte alguna de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes; y vendiendo las posesiones, casas y haciendas, traian el precio ó producto de la venta y lo depositaban á los piés de los apóstoles; distribuíase todo entre todos, segun la necesidad de cada uno, así que no habia entre ellos ningun menesteroso.

En la doctrina del Salvador se ve clara y distintamente lo que es el precepto y lo que es el consejo, y por su propia respuesta se demuestra que es un error muy funesto confundir las máximas de la sabiduría y las lecciones de perfeccion con los preceptos y mandamientos de obligacion. Aquellas no son siempre practicables ni convienen sino á ciertas y determinadas personas; pero estos comprenden á todos. Exigir en las máximas generales de moral una exactitud y precision igual á un problema geométrico, es un absurdo. Su aplicacion depende de las circunstancias del tiempo, del lugar, de la persona y de otras mil cosas que no permiten formar un cálculo exacto y una regla universal. La ley se cifó á prohibir el delito y á mandar lo que es justo y debido hacer. Pero los consejos y las máximas morales se extienden á mas y son como un antemural de la ley que la defiende y asegura su cumplimiento.

Los antiguos filósofos reconocieron esta gran diferencia, y calificarían de temerario al que mirase sus máximas como otras tantas

[1] Actor. c. 2, vs. 44 et sqbs.

leyes rigurosas. Así que la distincion entre los consejos y los preceptos está fundada, no solamente en el orden moral y político de la humana sociedad, sino tambien en la misma naturaleza de las cosas; y no es una sutileza vana imaginada por los teólogos para salvar las gravísimas dificultades que ofrece la moral evangélica, como pésimamente han pensado algunos. El mismo Jesucristo hemos dicho hizo y reconoció esta distincion en las respuestas que dió al jóven que le preguntaba. En la primera le anunció preceptos, en la segunda le dió consejos. El precepto de observar la ley es necesario á todos para conseguir la vida eterna; y el consejo de renunciar los bienes y riquezas por seguir á Jesucristo, no obliga sino á aquellos que por razon de su estado y oficio tienen un deber de aspirar á la perfeccion como los apóstoles.

Oidas por el jóven israelita las doctrinas y lecciones de Jesús, quedó sobremedida afigido y acobardado. Retiróse de allí extremadamente triste porque gozaba muchas posesiones, y su ánimo no podia resolverse á abandonarlas. Parecía al principio muy fervoroso; mas apenas oyó hablar de la pobreza voluntaria, cuando le faltó el ánimo y juzgó muy dificultoso andar el camino de la perfeccion que se le habia trazado; de modo que habia ido á consultar á Jesús lleno de gozo y contento, y al oír sus máximas y consejos se retiró triste y desconsolado. Se humilló al ver su flaqueza; pero no se juzgó criminal. Se retiró resuelto á servir á Dios el resto de sus días en el estado inocente, aunque menos perfecto, en que la Providencia le habia hecho nacer, pero siempre pensando hacer buen uso de los bienes de que no tenia aliento para desasirse. Este es el sublime pensamiento que hizo notar Orígenes, atendiendo al modo con que le habló Jesús [1]: Advertid, dice, las palabras con que el Salvador se produce: dícele *si quieres*, esto es, si tienes voluntad, porque estás en plena y perfecta libertad para hacerlo: Quieres subir á un estado de perfeccion mayor que la que se observa en el comun de los hombres? Marcha pues, vende tus bienes, y en esto acreditarás el desprecio con que miras todas las riquezas de la tierra: reparte su producto á los pobres y hazte pobre por venir en mi

[1] Origen. Tract. 8 in Math.

seguimiento; pues yo por tí, siendo infinitamente rico, me hice pobre tambien. Sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo.

San Crisóstomo añade [1]: Muy bien y oportunamente habla el Señor no haciendo mencion de la vida eterna, sino del tesoro que tendria en el cielo, puesto que era la plática sobre las riquezas y renuncia de todas ellas: de riquezas habló el Señor, pero de las del cielo; que siendo infinitamente mayor que toda la tierra, eran aquellas indicio de la mayor y mas abundante retribucion que le ofrecia renunciando las de la tierra. Y *sígueme* imitando mis pasos y caminando como yo camino; porque la verdadera perfeccion consiste en la escuela ó seguimiento de Cristo por las obras de la caridad. En la renuncia de los bienes y en la pobreza voluntaria que se abraza y es consiguiente á aquella, consiste el principio de aquella perfeccion; porque se quita el cuidado de los cosas temporales que aparta el ánimo del amor de Dios y de la caridad del prójimo. De la tristeza del jóven y de la resolucion que tomó, empezó Jesucristo otro discurso para dar á sus apóstoles otras mayores y mas sublimes lecciones sobre el desprendimiento de las riquezas de la tierra y aceptacion de la pobreza voluntaria, para seguirle con mayor fidelidad y alcanzar el reino de los cielos que tenia prometido á todos aquellos que lo siguiesen.

ORACION.

¡Oh Dios! Tú, que eres mas puro que el cielo, el sol, la luna y las estrellas; tú, que eres infinitamente mas santo que todos los ángeles, porque eres el Dios de la pureza y santidad, y que por Jesucristo tu único Hijo nos exhortas á la continencia, dadnos aquello mismo á que nos exhortas, y concédeme á mí, miserable pecador, la pureza y castidad de alma y cuerpo que subes necesario, para tratar y frecuentar tus santos y divinos misterios. Tú que quisiste acercasen á tí los pequeños, y con la imposicion de tus manos les bendijiste, concédeme la gracia de que mirándome siempre me encuentre pequeño á mis ojos, para que halle á los de tu

[1] Div. Crisostom. Hom. 64 in Math.

Majestad por la penitencia y el arrepentimiento, la gracia que por la culpa y el pecado hubiese perdido, y que por ella encuentre en mi corazón todo aquello que los pequeños retienen en el suyo. Por tu gracia, Dios mío, y por los méritos de todos los parvulillos y humildes que tanto le agradan, yo, el menor de todos los hombres, siendo tú mi conductor y guía, merezca alcanzar el premio que á los pequeños y humildes tienes prometido. Inspírame amor á la santa pureza; con las aguas de tu gracia apaga en mi corazón el fuego de la concupiscencia que consume y ennegrece todas las virtudes. Inspírame amor á la santa pobreza, para que cumpliendo no solo los preceptos, sino también con los consejos de tu ley, merezca tener un tesoro en el reino de los cielos y poseerte después y alabarte en compañía de los ángeles y santos. Amén.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el XIX de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 22. En el X de san Marcos, desde el versículo 1.º hasta el 22. Y en el XVIII de san Lucas, desde el versículo 15 hasta el 23, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del día de santa Agueda, á 5 de febrero, desde el versículo 3 hasta el 12. Para la misa de los Esposos usa del mismo texto, desde el versículo 1.º hasta el 6. Y para el de la misa de san Gerónimo Emiliano, á 12 de julio, usa del mismo texto, desde el versículo 13 hasta el 21, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA PARA EL DÍA DE SANTA AGUEDA, Y
PARA LA DE LOS ESPOSOS.

San Mateo, cap. XIX, vs. 3 al 12.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito al hombre repudiar á su mujer por cualquier motivo? El les respondió diciendo: ¿No habeis leído que el que crió al hombre en el principio los crió varón y mujer, y dijo, por esta razón dejará el hombre al padre y á la madre, y estará unido con su mujer, y serán dos en una sola carne? Por lo cual ya no son dos, sino una sola carne. No separe pues el hombre lo que Dios

ha unido. ¿Pues cómo es, replicaron ellos, que Moisés ordenó que el marido diese á la mujer libelo de repudio y la dejase? Díjoles: Obligado de la dureza de vuestro corazón, os permitió Moisés que repudiáseis vuestras mujeres; mas en el principio no fué así. Por lo cual os digo, que cualquiera que dejase á su mujer, á no ser por causa de adulterio, y se casase con otra, comete adulterio; y el que se casa con la que otro dejó, comete adulterio. Dijéronle sus discípulos: Si tal es la condición del hombre respecto de la mujer, no conviene casarse. A esto respondió: No todos son capaces de resolverse á esto, mas solos aquellos á quienes esto se ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron ya así del vientre de su madre, y otros eunucos á quienes otros hombres hicieron tales; y hay otros que ellos mismos se hicieron eunucos por el reino de los cielos. El que pueda alcanzarlo, alcáncele.

EVANGELIO PARA LA MISA DE SAN GERÓNIMO EMILIANO.

San Mateo, cap. XIX, vs. 13 al 21.

En aquel tiempo se presentaron á Jesús unos niños para que pudiese sobre ellos las manos y orase. Mas los discípulos los increpaban. Jesús empero les dijo: Dejad en paz á los niños y no les estorbeis venir á mí, porque de ellos es el reino de los cielos. Y habiéndoles impuesto las manos partió de allí. Acercósele entonces un hombre que le dijo: Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna? El cual le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Dios solo es el bueno. Por lo demás, si quisieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. Díjoles él: ¿Qué mandamientos? Respondió Jesús: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo. Dícele el joven: Todos esos los he guardado desde mi juventud. ¿Qué mas me falta? Respondióle Jesús: Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven después y sígueme.



CAPITULO XIII.

DE LOS DOCE CONSEJOS EVANGÉLICOS: DE LA DIFICULTAD E IMPOSIBILIDAD DE ENTRAR LOS RICOS EN EL REINO DE LOS CIELOS, Y DEL PREMIO DE LOS QUE LO DEJAN TODO POR SEGUIR A CRISTO.

Muy notable es la diferencia entre los preceptos y los consejos evangélicos; necesarios son aquellos para conseguir la salud y la vida eterna, estos empero lo son para alcanzar la mayor perfección. A la observancia de los preceptos estamos obligados, pero no á la de los consejos, aunque no hay la menor duda que la observancia de los consejos conduce mucho para no faltar á la de los preceptos. Doce son los llamados propia y verdaderamente consejos evangélicos; los primeros miran á la pobreza, los segundos á la obediencia, los terceros á la castidad, los cuartos á la caridad, los quintos á la mansedumbre, los sextos á la misericordia, los séptimos á la simplicidad de las palabras, los octavos á huir las ocasiones de pecar, los novenos á la rectitud de las intenciones, los décimos á la conformidad de las obras con las palabras, los undécimos á evitar las soli-

citudes de la vida, y los undécimos á la corrección fraterna, aunque de algunos de ellos, atendidas las circunstancias de las personas, tiempos y lugares, pueda decirse tambien que hay preceptos.

En el capítulo que antecede acabamos de consignar muy explícitamente el consejo de la pobreza en la respuesta que dió Jesús al jóven que fué á preguntarle qué era lo que habia de hacer para ser perfecto; pues ya vimos que le dijo el Salvador: Si quieres ser perfecto, marcha, vende todo lo que tienes, y repártelo á los pobres, y ven y sígueme. Y ya san Laicas nos habia dicho tambien que el Señor habia manifestado claramente á sus discípulos, que el que no renunciase todo lo que poseyera, no podria ser su discípulo; con cuyas doctrinas se ve claramente que este amor á la pobreza, esta generosidad y desprendimiento son un mero consejo, al que está precisamente vinculada la mayor perfección. En aquellos otros consejos consignados en san Mateo, en los que nos dijo Jesús: Que el que quisiera caminar en pos de él debia negarse á sí mismo, y que sobre la cátedra de Moisés se habian sentado los escribas y fariseos, aconsejando á las turbas obedeciesen lo que ellos enseñasen, pero que no obrasen como ellos obraban, resplandecia de un modo clarísimo el consejo de la obediencia; porque ¿qué otra cosa es renunciar uno á sí mismo, sacrificar los deseos de su voluntad y no tener voluntad propia, que obedecer con la obediencia mas puntual y ciega? ¿Ni qué otra cosa quiere decir el que se tengan que obedecer las doctrinas de los escribas y fariseos sentados sobre la cátedra de Moisés? Incluidos eran al mal, maquinaban consejos de iniquidad, bramaban de coraje y rabia contra Jesús, eran en qn incansables en buscar pretextos y medios para perderle; con todo, el Maestro divino aconseja que les oigan y obedezcan cuando habian dentro de la cátedra donde se sentaba el legislador que él en otro tiempo les habia dado para que les condujera á la tierra de promisión. Y el tercer consejo, que es de castidad, brilla tambien como vimos en el precedente capítulo, cuando Jesús dijo á los fariseos que habia eunucos que ellos mismos se habian hecho tales para conseguir el reino de los cielos. Como precepto habia mandado abstenerse de la fornicación, diciéndonos en otro lugar por el mismo san Mateo, que el ver la mujer agana y desearla, era ya quebrantar el precepto en

su corazón; donde se ve que para la mejor observancia del precepto era muy importante el consejo.

Estos tres consejos son especiales para los que desean alcanzar la verdadera perfección religiosa, porque alejan del mal á todos los que los observan, no solo en cuanto á la culpa, sino tambien en cuanto á la causa. De tres raíces nace precisamente todo mal, á saber, de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida, cuyas tres raíces se esterilizan enteramente por la castidad, por la obediencia y por la pobreza.

El cuarto consejo, que se funda en la caridad, no deja de ser tal, aunque al parecer tenga la fuerza de precepto, puesto que el consejo y el precepto pueden hallarse unidos en una misma raíz, y naciendo de ella pueden declinar en esta dos ramas. Precepto es el amar á nuestros enemigos, pero tambien es un importante y sublime consejo: es consejo en cuanto al *efecto*, y es consejo en cuanto al *efecto*. Querer la paz con el enemigo, la gracia y la gloria, es necesidad; pero prestar en favor suyo obras de beneficencia y darle pruebas de benevolencia, es consejo y perfección. El quinto consejo está intimamente enlazado con el que acabamos de explicar. La mansedumbre está tan intimamente enlazada con la caridad, que no puede ser verdaderamente manso sino el que es verdaderamente caritativo. Así es que al darnos el Salvador este consejo de mansedumbre nos dijo por san Mateo: *Si alguno te hiriere en una mejilla, ofrécele la otra*; que fué tanto como decir: Deseo llegue á tanto extremo tu paciencia, que después de haber sufrido un bofetón estés dispuesto á sufrir otro. Este consejo de paciencia y mansedumbre dice respecto solamente á la lesión ó daño del cuerpo, porque en cuanto al daño del alma tambien nos dijo debemos estar resueltos á sufrir todas las penas del mundo antes que consentir en el daño de nuestra alma. A este mismo consejo y como en corroboración de esta misma doctrina, nos añadió el mismo Jesucristo: Si alguno pretendiese litigar contigo en juicio para quitarte la túnica, déjale tambien la capa. El sexto es de misericordia y erogación de aquello que tenemos, como nos lo dió á conocer cuando dijo por san Lucas: Da á todo aquel que te pidiere, no solamente por dar al que pide sino por ensanchar la esfera del bien comun. Dar lo supérfluo al

que se halla en necesidad extrema, es un deber de justicia; dar lo que para nosotros necesitamos cuando por Dios nos lo piden, es un consejo. En verdad que en la práctica de este consejo resalta la grandeza de la misericordia y se enardece el ánimo inflamado por la caridad de Dios. Es preciso pues dar para recibir, y dar por Dios para recibir de Dios. No haya miedo que nos falte aquello que por Dios diésemos, aunque para nosotros lo necesitésemos. Dad, y se os dará una medida buena, llena, superabundante, y se derramará en vuestro seno la bondad de Dios.

Como quiere el Señor que sea la criatura buena, esto es, pobre, obediente, casta, caritativa, mansa y misericordiosa, tambien quiere que sea sencilla en sus palabras, y este es el sétimo consejo. Sean vuestras palabras, nos dice, sí, sí, no, no; sencillas y sin afectación ninguna, afirmad la verdad, y contradecid y negad lo que fuere mentira. Sea la lengua intérprete fiel de los sentimientos del corazón, y de la misma manera la afirmación ó la negación estén en la boca que en el corazón; porque habeis oído que se dijo á los antiguos: *No serás perjuro*; mas yo os digo: De ninguna manera jureis. El octavo consejo, que se dirigió á que huyamos las ocasiones de pecar, se expresó bien por el Salvador cuando dijo: *Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrojalo de tí*. Sobre lo que dice san Agustín [1]: No atiendas á la letra de este consejo, pues no te manda el Señor cortarte ó arrancarte ningun miembro, sino que evites y huyas las ocasiones de pecar. Haz empero todas tus obras con recta intención y con sano y puro fin, que en esto consiste el noveno consejo que él mismo te da: mirad que no obreis vuestra justicia á la presencia de los hombres, solo para ser vistos y alabados de ellos. Hacedla, sí, para que sea á vista de Dios y á él plazca, para que los hombres entonces alaben al Señor y le glorifiquen. Esto es lo que después confirmó diciendo: *Así luzca vuestra luz á la presencia de los hombres, que viendo vuestras obras buenas glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*. Poco mérito tendria el hombre en sus buenas obras, si en ellas buscase solamente su propia utilidad y provecho, olvidándose de dar en ellas gloria á aquel que le dió su gracia pa-

[1] Div. August. lib. 1.º de Serm. Domini in mont.

ra obrar. Mas como hay una precision de que las obras y las palabras sean enteramente conformes, para que resplandezca en ellas la virtud y la gracia del Señor, nos dió su Majestad este décimo é importante consejo: *El que hiciere ó practicar obras buenas, y enseñase á los hombres el modo de practicarlas, esto será grande en el reino de los cielos.* No basta hacer una de las dos cosas, forzoso es unir entrambas, porque si no se tropezaria con aquel escollo que era el distintivo de los fariseos, y está consignado en el Evangelio de san Mateo por estas palabras: Atan sobre los hombros de los hombres cargas graves—é insoportables, pero no quieren alargar un solo dedo de su mano para ayudarlas á llevar: son hombres que dicen y no hacen; por esto dice el Señor que el que hiciere y enseñare será el mayor en el reino de los cielos. Y en los Actos de los apóstoles se lee también que el mismo divino Maestro practicó este grandioso consejo: *Empezó Jesús, dice, á hacer y enseñar.*

No menos importante es el undécimo consejo, por el que nos enseñó Jesús á colocar toda nuestra esperanza en el Padre que en el cielo tenemos, diciéndonos: No tengáis solicitud alguna ni cuidado por lo que habeis de comer y beber, ó por lo que habeis de calzar y vestir; estas son cosas que buscan con avidez y afanosa solicitud todos los que tienen el corazón pegado á la tierra. Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas, y no permitirá sean defraudadas vuestras esperanzas. Mirad si no el hermoso plumaje de que están cubiertas las aves que vuelan por el aire; ellas no trabajan, ni hilan, ni juntan granos en los graneros, y vuestro Padre celestial cuida de ellas. Ved la hermosura y galaña de que se cubren los lirios hermosos de los valles; en verdad os digo que ni Salomón con toda su gloria ostentó jamás tanta magnificencia como uno de ellos. Si el heno del campo que hoy existe y mañana se quema en el horno, viste Dios con tanta pompa, ¿cuánto mas ha de cuidar de cada uno de vosotros? No temia pues, contados están los cabellos de vuestra cabeza, y no caerá ni siquiera uno de ellos sin la voluntad de vuestro Padre, porque mas vale uno de vosotros en su presencia, que todas las aves que vuelan por el cielo.

El último y duodécimo consejo es el de la correccion fraterna. Poco hace que hemos hablado de él; sin embargo, cúmplenos decir,

que unas veces es mero consejo y otras es formal precepto. Cuando se corrige el hermano de faltas leves ó veniales y la correccion se da naciendo del fondo de la caridad que comunmente se debe tener con el prójimo, entonces es consejo; pero cuando se da sobre lo que es pecado mortal, entonces es precepto, y precepto que obliga siempre, aunque no por siempre, sino conforme á las circunstancias del lugar y tiempo, y cuando se cree que la correccion ha de ser útil. A este precepto son obligados siempre los mayores en dignidad y gobierno, y todos aquellos á quienes toca é incumbe tener cuidado de sus subordinados; y observando y guardando las mismas proporciones, podrá practicarse el consejo, pues siempre está bien en la criatura la práctica de las obras de caridad.

Como todas estas doctrinas tienen tanta conexión y guardan relaciones tan íntimas con la pobreza evangélica que aconsejaba y practicaba Jesús, advirtiendo que el desaliento del jóven á quien le habia aconsejado, se habia apoderado también del corazón de sus apóstoles, les miró con una atención muy particular y les dijo: En verdad que es cosa bien difícil que los que tienen muchas riquezas y las aman, entren en el reino de Dios. Y como ellos se espantaban mas de sus palabras, les volvió á decir: Hijos, ¿cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en sus riquezas! Mas fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de los cielos. El filósofo Celso dijo, según refiere Orígenes, que Cristo habia tomado esta sentencia de las obras de Platon, el cual escribe: Que es imposible conciliar la virtud con la avaricia, ó que no puede darse un varón exímio en bondad y al mismo tiempo excesivamente rico; como si la Sabiduría eterna tuviera necesidad de mendigar de los gentiles las sublimes máximas de su bondad divina. Jesucristo reprueba y condena la avaricia, y el excesivo amor y abuso de las riquezas; pero según sus principios no es siempre inconciliable ó incompatible con ellas la virtud heroica. El proverbio de que usó Jesucristo para expresar su pensamiento, era una locucion común y familiar entre los hebreos y otras naciones orientales, y con él no quiso significar otra cosa, sino que es obra muy árdua ó casi imposible que los avaros y grandes amadores de las riquezas consigan la salvación. Mas aterrados entonces los apóstoles, le re-

plicaron en el exceso de admiracion en que los puso la comparacion terrible que acababan de oir, y dijeron: ¿Dónde hallaremos hombres que no estén poseídos del amor de los bienes de la tierra? Pero Jesús, aquel sabio y dulce Maestro, los miró con ojos compasivos y les dijo para consolarlos: Es verdad que el hombre no puede salvarse por solas sus fuerzas naturales. Es asimismo cierto que los ricos no se salvan sin una gracia extraordinaria. Pero lo que es imposible á la criatura no lo es al Criador, pues tiene en sus tesoros gracias tan eficaces, que sin quitar la libertad á los hombres elevan al cielo á aquellos que tienen la mayor dificultad en desprenderse de la tierra.

No quiso empero Jesús que sus apóstoles quedasen como desmayados, caídos de ánimo y desfallecidos; y para alentarlos á caminar en la nueva senda que les había trazado, se insinuó con aquella dulzura con que sabía avivar las esperanzas mas desfallecidas, asegurándoles que á pesar de lo impracticable que les parecia su doctrina, tendria el éxito mas feliz en la empresa que les encargaba; lo que fué como decirles: Aun no se ha derramado mi espíritu sobre la tierra, no desesperéis, pues cuando yo lo enviare de lo alto de mi gloria, admitiréis su poder. Haced de vuestra parte lo que de vosotros depende con vuestra predicacion y con vuestros ejemplos; mi espíritu acabará lo que falte. A pesar de la avaricia que reina en el mundo, vereis ricos despreciar las riquezas, usar bien de ellas ó renunciarlas; y confundirse entre los pobres para abrazar mi Evangelio y practicar su perfeccion.

Animóse con este discurso el Príncipe de los apóstoles, y conociendo que él y sus compañeros eran sumamente felices por haber abrazado la pobreza evangelica, tomó la palabra en nombre de todos, y dirigiéndose á Jesús le dijo: Bien veis, Señor, que hemos dejado todas las cosas con el designio de seguirlos y de vivir siempre en vuestra compañía imitando vuestros ejemplos; ¿cuál será pues nuestra recompensa? ¿Qué será de nosotros?

Después de tantas doctrinas de Jesús sobre la virtud de la pobreza, y después de tan grandes y saludables consejos, bien podian saber los apóstoles el premio que les esperaba; pero como el Maestro divino tenia gusto en repetirles unas lecciones tan útiles y de

tanto consuelo para todos los que tuviesen en adelante la dicha de imitarlos, se complació en que le hiciesen aquella pregunta, á la que contestó: En verdad os digo, que será tan grande vuestra recompensa, que apenas os pasará por el entendimiento poderla esperar igual. Cuando se renueven las cosas y yo me sentare en la silla de mi Majestad, vosotros os sentareis sobre doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel. Sereis jueces de todas las naciones de la tierra, de las cuales formaré de aquí en adelante una sola Iglesia que será mi pueblo y mi heredad, como hasta ahora lo han sido aquellas tribus. Este juicio lo ejercitareis el dia de la resurreccion general, cuando las almas de todos los difuntos se unirán con sus cuerpos, y entouces se verá este hombre que veis ahora en todo semejante á vosotros, sentado en el trono de su gloria, residenciando á todos los hombres y juzgando de sus buenas ó malas obras para darles el premio ó castigo correspondiente á ellas.

Muchos padres y expositores sacros quieren que Jesucristo hable aquí de la renovacion del mundo por el bautismo, como si el Señor dijera: Cuando se renueven las cosas, cuando mi Iglesia fuere naciendo por el bautismo, que será el carácter de mis súbditos, lo que sucederá cuando el Hijo del hombre después de su muerte y resurreccion se sentare á la diestra de su Padre, vosotros tomaréis tambien lugar sobre doce tronos, en que ejercereis la autoridad espiritual que yo os doy desde luego sobre las doce tribus de Israel, las que deben llevarse vuestros primeros cuidados, y después sobre todo el mundo [1], porque el imperio de la Iglesia que yo he venido á fundar, se extenderá desde el uno al otro polo, y recibirán el yugo suave de mi ley todas las naciones de la tierra.

San Bernardo, que por Dios haia renunciado el mundo y todas sus cosas, retirándose á la soledad de su amada Claraval, dice [2]: *Ved ahí, Señor, que nosotros hemos renunciado todas las cosas y te seguimos.* Estas son en verdad las palabras mágicas que en todo el orbe persuadieron á los hombres el abandono y menosprecio del mundo, aconsejándoles la pobreza voluntaria. Estas son las

[1] Hilarius et Autor Oper. Imperfect. Alcazar. Coment. in Apocalyp.

[2] Div. Bernard. Sermon de Verb. Evangel. Ecce nos reliquimus omnem.

que llenan los claustros de monjes y los desiertos de anacoretas. Estas son las que despojan al Egipto de su poder y le arrancan sus vasos y joyas mas preciosas. Esta es la palabra de Dios viva y eficaz que convierte las almas con la feliz emulacion de la santidad y con la promesa fiel de la verdad. Y en efecto, yo diria muy bien, hemos renunciado todas las cosas, no solo las posesiones, sino tambien hasta los deseos de poseer, y muy particularmente aquellos que afectan y lastiman el corazon, mas por la concupiscencia del mundo, que por el meollo ó sustancia que tienen en sí. Esta es la causa principal por la que han de renunciarse voluntariamente todas las cosas; pues apenas hay alguna de ellas que no se posea con una afición desordenada, que no engendre la concupiscencia del mundo. Es sobre pegajosa nuestra naturaleza y se inclina con frecuencia y con muy sobrada violencia á las cosas de la tierra, por lo que es preciso tenerla á raya, contenerla y domarla. Procura pues, oh tú, que te dispones á renunciar todas las cosas del mundo, á contarte tú mismo en el número de los que renuncies, y si piensas seguir á Aquel que por tí se despojó de todo lo que era tomando la forma de esclavo, despojándote tambien de los afectos de tu corazon, y renunciar primera y principalmente hasta tus propios deseos, para que no siendo esclavo de ellos seas verdadero discípulo de Jesús. Depon y arrojá para siempre de tí esa gravísima carga que oprime y molesta. Abandón esos cinco pares de bueyes que neciamente compraste, porque oprimido con las funestas inclinaciones á que arrastran esos cinco sentidos, juntamente con la sensualidad de la carne, no podrás venir al festin de las bodas espirituales para las que te llama y convida el Esposo.

Respondió el Señor á sus apóstoles, y les manifestó tres premios que consiguen los que todo lo renuncian por conseguirle y caminar por el mismo camino que él. El primero es, que serán jueces con el Juez supremo cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos; por lo que les dijo: Vosotros que renunciando todas las cosas me habeis seguido en la imitacion del modo de vivir en la regeneracion, esto es, en el juicio ó en el tiempo de la regeneracion del género humano, no en la primera cuando se regeneran las almas por el agua y el Espíritu Santo en el bautismo, sino en la segunda,

cundo se regeneran los cuerpos en la resurreccion universal, entonces vosotros os sentareis sobre doce asientos para juzgar al mundo todo. Os sentareis junto al Hijo del hombre, porque así como este en forma de hombre fué juzgado, así tambien en forma humana vendrá á juzgar, y así tambien como en forma humana le seguisteis, así tambien cuando se sentare en el sôlido de su Majestad haciendo ostentacion de su poder, os sentareis junto á él cuando con majestad y grandeza viniere á juzgar. En los doce apóstoles queda significa la universalidad de todos los santos que habiéndolo renunciado todo por Jesucristo le acompañarán y harán la corte en el día del juicio; y en las doce tribus queda tambien demostrada la universalidad de todos los buenos y malos que han de ser juzgados: feliz pobreza voluntaria de los que todo lo dejan por seguirte á tí, oh Jesús! Feliz en verdad, que tan seguros tendrá á tus escogidos en aquel día de una tan estrepitosa conflagracion de los elementos; de un tan tremendo exámen de los méritos, y de una tan terrible disparidad de los juicios. En aquel día habrá no solo uno, sino muchos juicios. Habrá el juicio de la principal autoridad en el que juzgará la Trinidad Augusta. Habrá el juicio de promulgacion, en el que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, pronunciará la sentencia. Y habrá el juicio de la divinidad accesoria, esto es, el juicio en que los apóstoles y los demás santos, siendo como asesores del supremo Juez, prestarán su asenso y aprobacion á la sentencia que pronuncie el Salvador, no por su autoridad, sino por el asenso y union de voluntad que tienen á la voluntad del Redentor; sobre lo que dice el venerable Beda [1]: Justa en verdad y digna retribucion, para que aquellos que todo lo dejaron y despreciaron la gloria del mundo por el amor de Cristo, sean sus asociados en el día del juicio, y le asistan como asesores cuando se haya de juzgar el mundo y todas sus cosas para el fuego eterno, y para que ya que por el amor de Cristo, mientras vivieron en el mundo no quisieron por ninguna consideracion ni respeto separarse de él, lleguen tambien con él hasta la cumbre de la potestad de juzgar.

El segundo premio que tendrán los que todo lo dejan por seguir

[1] Ven. Bed. in cap. 10. Marci.

á Jesús, será la superabundancia del que recibirán en comparación de la pequeña de todo lo que dejaron, porque recibirán el ciento por uno, esto es, el ciento de los consuelos espirituales y la abundancia de virtudes, de dones y de gracias que tienen un valor multiplicado, ó cien mil veces mayor que todos los deleites y riquezas de la tierra que pudieron dejar. Renunciaron una casa en el mundo, y alcanzarán un palacio eterno en la gloria. Dejaron un padre terrenal y adquirirán otro celestial y divino. Se apartaron de los hermanos carnales y terrenos, y tendrán por hermano á Cristo y á todos los ángeles y santos en el cielo, cuyas cosas, comparadas las mas con las otras, tendrán las que reciben una ventaja tanto mayor cuanto es la de ciento por uno. Por último, conseguirán el tercer premio que consiste en la fruición de Dios, de su gloria y de la dicha bienaventuranza eterna, con lo que nada del mundo puede tener ni un solo punto de comparación. En el mundo todo es duro y perecedero; en el cielo todo es permanente y eterno. En el mundo está el hombre con toda la concupiscencia y pecados que le rodean, en el cielo está Dios con toda la majestad y grandeza que le es propia y con su belleza y hermosura que todo lo llena de contento y gozo. En la tierra están el pecado, las miserias y desgracias, los suspiros y lágrimas, y después la muerte. En la gloria no hay aflicciones, ni padecimientos, ni lágrimas, ni suspiros, ni muerte, sino un vivir y gozar eterno, una paz perpétua y un bien el mas sólido y completo.

Muy oportunamente discurre san Agustín sobre estos premios [1], y dice: Porque los hombres aman vivir sobre la tierra, por esto se les promete la vida, y porque temen mucho morir, por esto se les ofrece la eterna. Parece que debía bastar para verdadero consuelo de la flaqueza humana el que se le dijese tendrás la vida eterna. Amémola pues, y amándola conoceremos cuánto debemos trabajar para conseguirla, viendo que los hombres mayores de la vida presente, temporal y finita, cuando les sobrecoje el miedo de la muerte trabajan cuanto pueden, no para quitarla, sino para diferirla. En ver-

[1] Vid. August. ps. 62.

dad puede llamarse, y es verdaderamente dichosa, esta pobreza voluntaria, que recibe ciento en recompensa de la vida presente, y la eterna para lo futuro. A trueque de tan gran premio bien puede dejar la criatura su padre y su madre, sus hermanos y hermanas, su mujer y sus hijos, sus campos y heredades, para practicar mas perfectamente y predicar con mas libertad el Evangelio; recibirá el cien doblado en esta vida y después la eterna. No tendrán comparación los bienes espirituales con que enriquecer á su alma, con los temporales que deja, de manera que bien se consideren los dones que puede recibir en la tierra y los gozes que debe expresar en el cielo, el trueque siempre ha de ser sumamente ganancioso. Y hasta las persecuciones de los enemigos del Señor, que con todo eso dice su Majestad no pueden faltar á quien le sigue, servirán solo de aumento para con el afecto de los fieles, los que con vigilancia atenderán á sus necesidades y harán veces de padre, de madre, y de hermanos y hermanas; y después de tan bien pagados en este mundo por el sacrificio que hubieren hecho, concluye el Señor, tendrán en el siglo futuro una bienaventuranza eterna.

Lo que aquí dice el Salvador en breves palabras, lo confirman con larga experiencia los gozos que sienten aun en esta vida los que por Cristo han hecho voluntaria renuncia de sí y de sus bienes. Y estos consuelos sobrepujan en tanto grado á los que promete la abundancia de lo temporal, que no hay en el mundo quien pueda tener tanta satisfacción y gozo en sus deleites, cuanto es la que tiene un pobre de Cristo en tener hambre y sed, en andar desnudo y tener frío, y padecer todas las molestias por aquel. Esta diferencia de gozos á gozos, nace de la que hay entre los bienes que se dejan por Cristo y los que se hallan con Cristo. Deja el siervo de Jesús bienes contrahechos y falsos, y halla bienes sólidos y verdaderos; deja bienes mudables que se alteran con la fortuna y no pasan mas allá de la vida, y halla bienes muy superiores á aquella, que con la muerte se perfeccionan ó se truecan en otros mayores; deja bienes del cuerpo, y halla bienes del alma; deja honra falsa, y halla honra verdadera; deja deleites, ó que son viciosos, ó con facilidad se vician, y halla deleites que no tienen ni pueden tener mezcla de

sociedad, acompañados de gozo purísimo y duradero que penetra el corazón, le enagena de sí y le tiene levantado sobre sí mismo, suspirando por el día de la vida eterna.

Considera pues bien esta retribucion, y gózate, y da gracias á Dios que pensiónó el hacer un negocio tan ventajoso que ganes aquí en la tierra el ciento por uno, y que sin embargo te proporcione después la vida eterna. Entra con frecuencia en esta consideracion santa, en la que puedes entrar fácilmente por medio de la oracion. Avergüénzate de que haya en tí tanta estupidez y locura, que te atreves á dejar ciento por uno, y la vida eterna por la vida temporal; y procurando hacerte semejante en todo á los apóstoles, abandona todo lo que poseses por seguir á Cristo. No te olvides que los cristianos de la primitiva Iglesia vendian cuanto tenian para abrazar la ley del Crucificado, y ponian su oro y su plata á los pies de los mismos apóstoles, y en esta sola accion contempla otras dos, cual mas generosa y digna. Porque los primeros fieles aborrecen el oro y la plata, lo ponen á los pies de los apóstoles, y porque estos igualmente lo desprecian no lo reciben, ni tocan con su mano; lo admiten, si, pero para repartirlo entre los pobres del Señor. Eres mayordomo de Cristo, reparte con hilaridad y alegría á los pobres todo lo que te sobrare, y merecerás la vida eterna.

ORACION.

Benignísimo Jesús mio, concede la dicha á este miserable é indigno hijo tuyo, de que por tí y por tu amor, y por la gloria de tu santo nombre, renuncie y abandone las riquezas, las delicias, las pompas y aun á sí mismo, con todas las cosas que son del mundo, de la carne y de la sangre, para que hecha esta solemne renuncia se una estrechamente contigo, y tomándote por modelo te siga constantemente en todos los actos de su vida, sacrificando su corazón y todas sus cosas en las aras de tu amor. Dale á conocer, oh Señor, cuán duro y pesado es el yugo de los bienes terrenos, y cuán grave é inminente es el riesgo de que se pierda aquel que los mira como su única posesion. Rompe estas cadenas que me tienen apri-

sionado, para que vuele libremente á tí y te siga, porque en tí están el bien y el deleite en su colmo. Vacíame de toda codicia y ambicion y lléname de tí, que aun en esta vida has querido ver premio cumplidísimo de los que por tí dejan lo que es infinitamente menos que tú, para que siguiendo la santa vereda de tu ley, no sea defraudado del premio eterno que tienes prometido á los que por seguirte todo lo remuevan en la tierra. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 23 hasta el 30. Al X de san Marcos, desde el 23 hasta el 31. Y al XVIII de san Lucas, desde el 25 al 30, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio para la misa del día de la conversion de san Pablo, á 25 de enero, desde el versículo 27 hasta el 29, ambos inclusive, y en otras varias festividades del año, y muy particularmente en la misa *Os justi* del comun de los abades; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO.

San Mateo, cap. XIX, vs. 27 al 29.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: He aquí, nosotros lo hemos abandonado todo y te hemos seguido; ¿que premio pues nos será dado? Mas Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion, cuando se sentare el Hijo del hombre en la silla de su Majestad os sentareis vosotros también sobre doce sillal juzgando á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que por mi nombre abandonare su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su esposa, ó sus hijos, ó su hacienda, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.

CAPITULO XIV.

CONDECE EL PADRE DE FAMILIA ORREROS A SU VISA, Y A TODOS PAGA IGUALMENTE; UN HOMBRE RICO PIDE CUENTAS A SU MAYORDOMO, Y EL MAL RICO ES SEPULTADO EN EL INFIERNO, MIENTRAS LAZARO EL MENDIGO ES COLOCADO ENTRE LOS AMIGOS DE DIOS.

Insondables son los tesoros de la misericordia y de la gracia del Señor, siempre incomprensibles y adorables los designios de su providencia: en verdad que el que quiera examinarlos y sondearlos penetrará envuelto en el océano inmenso de su grandeza. Preciso es pues adorarlos y seguir constantemente las inspiraciones de la gracia y los llamamientos de la misericordia. Se conoce que penetraba bien el Salvador el corazón de los judíos cuando les proponía premios tan grandes como los que acabamos de ver en el capítulo anterior, para estimularlos á que le siguieran y á que amasen sinceramente á aquel, que á mas de las riquezas temporales, siempre llenas de peligros para los que buscan la salvación eterna, y acompañadas de inquietudes y cuidados, sustituya para el tiempo de la vida presen-

te una tranquilidad inalterable fundada en los cuidados de la divina Providencia, y después de la muerte un reino eterno en la morada de los bienaventurados. Pero el Maestro divino con su infinita sabiduría estaba previendo que estos hombres, ciegos con el amor de las riquezas y endurecidos con su codicia, cederían á las naciones unas ventajas que no sabrían estimar, y que abrazarían los gentiles lo que ellos despreciaban, concluyó su interesantísima instrucción con esta muy triste profecía para los judíos: *Muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros*; esto es, muchos de los judíos que han sido de los primeros llamados, serán los últimos en mi Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra. Serán tan pocos, que apenas podrán ser contados por algo. Por el contrario los gentiles, que serán los últimos que se convide, vendrán en número tan grande que darán su nombre en mi reino, y la congregación de los fieles mis discípulos, extendido por toda la tierra, se llamará Iglesia de las naciones.

A la verdad, Jesucristo había exigido de los apóstoles una renuncia efectiva de todas las cosas, de todos los negocios temporales, de las solicitudes del siglo, de los bienes y riquezas, y aun de su misma familia y parentela, para confiarles la predicación del Evangelio. Y si convenia y era necesario, y solo de este modo podia realizarse la conversión del mundo y consolidarse el establecimiento de la Iglesia. Pero Jesucristo, infinitamente sabio y previsor, conocia bien la siniestra interpretación que algunos de sus enemigos habian de dar á estas y otras expresiones salidas de su boca, y que habia de salir poco tiempo después de la de sus discípulos; y para que entendiesen la predicación que les hacia, ó por lo menos para ponerlos en estado de entenderla con extensión cuando vieran el cumplimiento de ella, se la expuso con mas individualidad en una misteriosa parábola: *Semejante es, les dijo, el reino de los cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña. Reino de los cielos es aquí, según lo entiende el mismo Jesucristo, la parte de la Iglesia que milita en el suelo, cuyos miembros, conociendo y adorando, temiendo y amando al verdadero Dios, se preparan para unirse con la otra, que goza de él en*

la patria. Dios, que es el gran Padre de la familia del mundo, después del principio de él, que fué en su creación, fué escogiendo personas en cada una de sus edades para que cultivasen esta viña. No necesitaba manos materiales para que la labrasen y cultivasen hasta que diese fruto; bien pudiera haberlo hecho por sí mismo, pero quiso honrar á sus criaturas dándoles parte en la obra de la agena santificación, que es mayor que haber creado el cielo y la tierra. Viña suya es también nuestra alma, plantada con su predicación, regada con su ley, regada con su sangre, guardada por sus ángeles, cultivada por sus apóstoles y ministros, y confiada en fin á todas las criaturas para que trabajen en ella y no dejen que las fieras de las pasiones la talen y le roben su hermosura y la belleza de sus frutos. Escogió los jornaleros y propuso á cada uno el premio de su jornal, que había de ser un denario, y hecho el precio y el contrato los envió á trabajar á su viña.

Pacto es de rigurosa justicia y deber sagrado del hombre, contribuir con el trabajo de todo el día á Dios, su Señor y Hacedor supremo; debele las obras y afectos de toda su vida, por las que Dios le ha prometido el cielo en pago de todas ellas. Estableciendo Dios este concierto de su viña, dió valor á nuestras obras, subiéndolas de punto sobre sí mismas, haciendo que valiesen por su gracia lo que por sí solas no valían. ¿Quién no se alienta á trabajar en su salvación viendo esta escritura pública, en la que se obliga Dios á pagar las obras cristianas á peso de cielo? Fiel es el Señor y cumplirá lo pactado. El nos ha puesto en este mundo para trabajar y no para descansar; para obrar nuestra salvación y no para acumular riquezas. Todo el trabajo de la vida, sea corta ó sea larga, no es mas que el trabajo de un día, después del cual recibiremos nuestra recompensa. Dios nos llama y busca para este trabajo desde por la mañana hasta por la tarde; esto es, desde el principio hasta el fin de nuestra vida. Nos llama con inspiraciones por medio de los ángeles, de predicadores y de confesores, de buenos libros y de buenos ejemplos, y aun por medio de la prosperidad y de la desgracia. Sin cesar aprende nuestra pereza y el poco cuidado que ponemos en el negocio de nuestra salvación, diciéndonos día y noche: *Id á trabajar á mi viña y yo os daré vuestro jornal.*

¿Cuánto no se trabaja en una viña para hacerla fecunda? Se ata, se poda y se estercola. Llora la vid cuando se poda, y si tuviese sentido se lamentaría quejándose de que se le hacía mal; mas el labrador le respondería que esto era necesario para su bien, porque de otro modo no daría fruto, sería cortada y arrojada al fuego. Lloramos y nos entristecemos cuando Dios nos quita los bienes, la salud ó aquello que mas amamos, y sin razon nos quejamos de Dios; seguramente que si no obrase así con nosotros, no daríamos fruto alguno. Preciso es pues que cada uno tome aquí la podadera y corte aquello que en su corazón encuentre superfluo, porque no hay sino un remedio, y es, ó sufrir aquí el hierro ó después el fuego; esto es lo que nos quiso significar el mismo Dios cuando en el libro de los amores purísimos de Dios con nuestra alma nos dijo [1]: *Cazadnos las raposas pequeñas que talan y destrozan nuestras viñas.* Tan grande es el cuidado que quiere que tengamos, no solo en el cultivo, sino en la custodia de la viña de nuestra alma; así es que se quejó por boca de David de que se hubiese destruido su cerca, porque así estaba expuesta á que la vendimiasen todos los que pasaban por el camino, y añadió: El jabalí de la selva la ha destruido, y la fiera solitaria se cebó en ella [2].

De otro modo muy particular significa también esta viña la Iglesia santa que Jesucristo ha plantado y regado con su sangre. Los operarios son los varones apostólicos que han sido llamados para su cultivo, y serán recompensados abundantemente después de su muerte si trabajasen en ella como es justo y debido, pues á esto son enviados. ¡Bienaventurados aquellos que trabajan por la salvación de las almas! Este empleo es á la verdad laborioso, se necesita sufrir el peso del día y del calor para salir bien con él. A Timoteo decía san Pablo: *Trabaja en todo y cumple con tu ministerio. . . trabaja como buen soldado de Cristo.* ¡Oh! cuán glorioso y ventajoso es para el hombre este trabajo! ¡Qué noble, qué santo, útil y meritorio! ¡Cuánto se afanan en trabajar noche y día en la viña del demonio, y cuán pocos envidan de trabajar en la de Cristo! El

[1] Cant. cap. 2. v. 15.

[2] Psal. 79, v. 13.

que no da buen ejemplo y causa escándalos, induciendo á otros al pecado, este tal puede decir con verdad que es ministro de Satanás y que trabaja en su viña, cuyos racimos están llenos de vino de aspides y de hiel de dragones, que servirán para embriagarle después en el infierno. Solo el que edifica al prójimo y le trabaja con sus discursos y buenos ejemplos, solo este puede decir con verdad que obra con Dios la salvación de otro. ¡Oh viña mía, dice el Señor, que yo he escogido entre todos los árboles! Viña que yo he plantado con mis manos y regado con mi sangre. ¿Por qué me has dado un fruto amargo y un vino tan áspero? ¿Acaso no te he cultivado yo bastante? Cantaré á mi amado el cántico de mi primo á su viña. Mi amado tenía una viña que había plantado en tierra fértil y abundante. La rodeó con su cerca, edificó una torre en medio de ella y construyó un lagar; esperaba que le produjese buen fruto, y ella no produjo sino un fruto silvestre. Ahora pues, habitantes de Jerusalem y varones de Judá, sed vosotros los jueces entre mí y la viña. ¿Qué debía yo haber hecho y no hice? ¿Tenía yo hazon de esperar me diese buena uva y no agradece? Pues ahora os mostraré lo que yo haré con mi viña: le quitaré la cerca y quedará expuesta á los ladrones; derribaré sus muros que la defendían, y será de todos pisada. ¿Qué dirán á esto los que tan cínicamente y escandalosamente han metido su devastadora hoz en el amantísimo viñedo de la Iglesia! De la boca del Viñador supremo salió ya la mas espantosa sentencia: *A los malos destruir y perderá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su tiempo* [1].

Esta viña puede entenderse tambien por la pasión de Jesucristo, el cual fué puesto bajo la presión de los tormentos para exprimir en ella el vino de su preciosa sangre. Es necesario trabajar en esta viña por medio de una continua meditacion de todos aquellos. Tambien esta viña puede entenderse por la sagrada Eucaristia. Por medio de la santa comunión nos unimos al cuerpo de Jesucristo, como un sarmiento á su vid, de la que recibe su alimento, sin es-

[1] Mat. 21, v. 41.

píritu, su jugo y su fruto. Yo soy la vid, nos dice por san Juan [1], y vosotros los sarmientos; quien pues está unido conmigo y yo con él, ese lleva mucho fruto, porque sin mí nada podeis hacer. El que no permanece en mí será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá. Yo soy la verdadera vid y mi Padre el labrador; él cortará todos los sarmientos que no lleven fruto en mí, y todos aquellos que dieren fruto los podará para que den mas; permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviéreis en mí. ¿Por ventura eres tú sarmiento verde? ¿Eres un sarmiento inútil? Todavía no has sido cortado de la vid; pero teme mucho, porque puedes serlo.

A la hora de tercia, esto es, á las nueve de la mañana, volvió otra vez á la plaza el Padre de familias, donde encontró á muchos en plé y sin ocupacion, y les dijo: Id tambien vosotros á trabajar á mi viña, que ya os daré la recompensa conveniente. Ellos se aprovecharon de tan ventajosa oferta, marcharon á la viña y se pusieron á trabajar junto á los otros. ¿Cuántos pasan la niñez y la mocedad en el ocio pésimo de sus vicios! ¿Para qué vives si no sirves á Dios? Miseria grande es que ni aun vendido á gran precio queramos dar á Dios el corazón que de balde damos al mundo. Sin embargo, para conocer la bondad del Padre de familias, es preciso advertir que no les echó en cara los delitos y las ignorancias en que mostraban estar bien hallados, sino que les proporcionó el premio de la virtud con que los convidaba. Piedad grande es la del Señor que sale en busca de los jornaleros, aunque conoce que si no es con la paga al ojo no los puede llevar al cultivo de su viña. Dichosos los que sirven á Dios solo por agradarle; mas no desecha á los que trabajan solo estimulados por el cebo de la paga. Bueno es el interés, pues con él mueve Dios á la gente ociosa, pero de él hagamos paso para servir á Dios, sin cuidarnos del premio que tan seguro tiene la caridad. Tambien conviene notar que estos jorna-

[1] Joán. esp. 15, v. 5.

leros marcharon sin réplica alguna y aceptaron con gusto el trabajo con que se les brindaba. No opusieron resistencia á su vocacion; por esto recibieron á su tiempo el premio prometido.

A la hora de sexta y á la de nona, esto es, hácia el medio día y á las tres de la tarde, repitió el Padre de familias esta misma operacion de salir á la plaza, y encontrando otros desocupados les mandó tambien á su viña. No se hallaron en la plaza estos jornaleros cuando salió la primera vez el Señor, pues es de creer que viéndolos entonces asimismo los hubieran mandado al trabajo. No está en mano de nadie ir al lugar dispuesto para su salvacion si Dios no le lleva. En el Señor están los pasos del hombre; solo él los puede enderezar llevándolos por el buen camino. ¿Quién guió al eunuco al sitio donde había de ser adiestrado en la fe y bautizado? ¿Quién llevó á la Samaritana al pozo donde había de hallar el agua del cielo? ¿Quién encaminó á la otra pecadora al convite donde la estaba aguardando su canonizacion? Tan cierto es que nos habla Dios al corazon después de habernos guiado á la soledad.

A la hora undécima, que era la última antes de ponerse el sol, vió tambien en la plaza un número de hombres ociosos y en pie, á los que dijo: ¿Por qué pensais todo el día en la ociosidad sin hacer cosa alguna? Es, respondieron, porque nadie nos da en qué trabajar. A lo que replicó el Padre: Id vosotros tambien á mi viña, y trabajad con los que allí trabajan ya. Hora desesperada era esta al ponerse el sol: ¿quién se promete hallar en aquel día quien le de jornal? ¿Qué es esto, sino decirnos claro que no hay en nosotros edad, ni ocasion, ni tiempo, que no sea á propósito para trabajar el negocio de la eterna salud? ¿Cuántas salidas de estas hace Dios en su Iglesia buscando á los que han perdido la flor de la vida, sin acordarse de él ni proveerse de buenas obras para la eternidad? En la hora en que el hombre se vea buscado de Dios, sea mozo ó viejo, en aquella debe comenzar á servirle. Remedio tiene en la penitencia pronta y fervorosa el largo abuso de los dones de Dios y la dureza obstinada de toda la vida.

No hay duda que bien mirada la respuesta del Padre de familias encerraba una terrible reprension contra la ociosidad de los que

por tenerla alegaron no haber hallado hasta entonces quien los condujese al trabajo. ¿Qué esperas oír tú del que al amanecer de tu vida te llamó á la fe y toda ella te está convidando con la penitencia? ¿Presumes justificar esa torpe ociosidad de tus vicios sin hallar cosa que la disculpe? ¿En qué piensan los que alcanzados de años viven lamentablemente sumidos en la desidia sin haber trabajado ni un solo día, ni en el cuidado de su alma, ni en la Iglesia de Dios, ni en el aprovechamiento del prójimo? ¿Esperan por ventura que se les diga: Id vosotros tambien á trabajar en mi viña antes que llegue la muerte? Condenada es la vida larga del malo por la juventud bien vivida y acabada en su flor. Terrible juicio es para los sesenta ó setenta años, mal y ociosamente vividos. Los días y los años que no puedes recobrar, llóralos amargamente empleando en el cultivo de la viña la hora última que te resta. Pídes Dios te la da, pon mano á la azada; la flaqueza de la edad resárcele con el fervor del deseo y con la humildad. De algun descargo te servirá el deseo de volver á los primeros años para desvivir el tiempo que no diste á Dios. Reflexiona que abandonado á tí mismo, eres perdido si Dios no te busca. Cualquier trabajo que hicieres sin su vocacion, y su mision y su auxilio, será reputado por ociosidad; de nada te servirá para la vida eterna.

Adviértase bien que aunque reprendió á los ociosos no los desechó, antes bien les convidó con igual premio, adquiriendo á menos costa y con menos trabajo. Es por desgracia demasiado cierto que los viejos que pasaron ociosamente la vida, acostumbran á desmallarse y aun á entregarse á la desesperacion cuando se ven ya con la muerte á la vista. Mas ¿quién habrá, por mas años y días que haya vivido sin hacer cosa buena, que oyendo tales nuevas de la misericordia de Dios desespere de su remedio? Fíate de Dios un solo instante que tengas de vida, empléalo en acudir á él; muy poco tiempo le basta á la caridad para resarcir lo que han destruido y dejado de ganar las pasiones. San Crisóstomo [1] observa, que en esta ocasion dice el Evangelista que halló el Padre de familias á otros ociosos en el foro, y nota, que por el foro debe enten-

[1] Div. Crisostom. Hom. 34 Oper. imperfec.

derse el mundo, en el que las calumnias, las injurias y las contiendas, sobre diversos negocios y sobre cosas venales, son siempre dificultades que conmueven el ánimo agitándole tumultuosamente; y que en este foro las almas de los hombres se presentan también como venales. A este foro ó gran mercado se presentan dos mercados ó compradores, estos son, Dios y el diablo. Hay algunos tan ciegos, que venden su alma al demonio por un precio muy vil; pues la venden por un pequeño deleite de la presente vida, como son los lascivos y los golosos. Otros hay que la venden por los honores y gloria del mundo, cuales son los soberbios y vanidosos. Y otros hay en fin que la venden por las riquezas y bienes temporales, y estos son los ladrones y los avaros. Huyamos de todo negocio con el diablo, porque indispensablemente hemos de salir perdiendo, y vendamos nuestras almas á Jesucristo que las compró con el precio infinito de su preciosísima sangre.

La ociosidad es la falta de las obras que de justicia se deben á Jesucristo; así es que los pecadores deben reputarse por muertos y no por ociosos. El que sirve al diablo, es muerto; el que no trabaja las obras de Dios, es ocioso. El que roba lo ajeno, es muerto; el que no da lo suyo, es ocioso. Mientras cultivares pues las obras de misericordia y en ellas te ejercitares, podrás decir que trabajaste en la viña del Señor; y advierte bien, y nunca te se olviden las palabras que con los ociosos usó el gran Padre de familias: *¿Como es, les dijo, que estáis aquí, esto es, en este lugar tan peligroso, tan transitorio, tan fétido, tan lleno de abominación y escándalos, siendo así que mejor debierais apartaros de él? ¿No conocéis que la vida es breve, el camino es largo, vuestra virtud fortaleza débil para permanecer todo el día en tan expuesto lugar? Ahora que tenéis oportunidad de tiempo y seguridad de la paga, y no de una paga cualquiera, sino de una paga inmensa, es un crimen imperdonable que permanezcáis tanto tiempo en la ociosidad sin cuidar de aprovechar en vuestra propia salud. Y aunque le respondieron que nadie hasta aquella hora los había conducido, no creyó bastante esta contestación para eximirles de la culpa; por cuya razón les añadió: Id vosotros también á trabajar en la viña, creyendo con el pesimismo, confesando con la boca y practicando con las obras todo*

aquello que yo os mando creer, confesar y practicar. Este trabajo es indispensablemente necesario; por lo que continúa el mismo Crisóstomo: *El que no trabaja en este siglo, esto es, en este mundo, no comerá ni descansará en el futuro, esto es, en el cielo.* Este día ó este siglo, es día y siglo de trabajos; el que sigue, si aquí se trabaja bien y con aprovechamiento, será día de descanso; será en fin día y siglo de gloria. Luego es claro que en cualquier tiempo y en cualquiera edad llama Dios á los hombres á la gracia y á la gloria, porque siempre hay algunos que oyendo la voz del Señor la obedecen, y por él mismo son premiados. Si la penitencia fuese verdadera, nunca será tardía.

No solamente premia el Señor á los que llamó al trabajo muy temprano, sino que premia también y remunera á los que llamó á la tarde; y así llegada esta dijo á su procurador: Llama á los trabajadores. Tenía procurador, y no por eso se creyó libre de cuidarse de los jornaleros, queriendo hallarse presente á la hora de la paga. ¿Qué lección tan importante para todos aquellos que descuidan el negocio de su salvación, encomendando á otros que recon por ellos, ó que ayunen, ó que hagan otras mortificaciones? Dios es Señor de todo, y Jesucristo su único Hijo puede llamarse su procurador, porque en sus manos depositó el Padre el importantísimo negocio de llamar á los gentiles, lo mismo que á los judíos y á todas las naciones del universo, al seno de la nueva viña la Iglesia santa que había venido á plantar; y puede creerse, sin riesgo de equivocarse, como dice san Agustín [1], que á él es á quien dice su Padre Eterno: Llama á los obreros ante el tribunal y dales la paga correspondiente; á saber, la paga eterna. Y adviértase que no le dice llama á los ociosos, porque á los que llama les quiere conceder el descanso, y este no se alcanza sino después del trabajo; quiere darles la alegría, y esta no se halla sino después de la tristeza; quiere darles la paz, y esta no se logra sino después de la lucha; quiere darles la corona, y esta no se consigue sino después del triunfo; por esto no le dice, llama á los ociosos, sino á los que trabajan; y al trabajo están condenados todos los hombres, cualquiera que

[1] Div. August. Serm. 59 de Verb. Div.

sea su condicion y estado. Los grandes y poderosos arrojan fácilmente sobre los hombros ajenos la carga que puso Dios sobre los suyos. De los oficios y dignidades, quieren la honra y el provecho, encargando á otros el trabajo y la molestia. ¿Quién podrá enumerar los males que nacen de este funesto principio? La tarde es el fin de la vida, en que á cada uno se ha de dar el premio de sus obras, y hasta entonces es preciso perseverar trabajando con fidelidad, el que quiere premio y no castigo. Este trabajo comprende no solo la guarda de los mandamientos de Dios, sino tambien la de las leyes y obligaciones particulares de la clase, profesion y estado de cada uno.

A todos llamó el Señor para darles la paga en el mismo día del trabajo, no queriendo diferir aquella para el otro día, porque tenia bien presente aquella sentencia terrible del Espíritu Santo [1]: *El que derrama la sangre y el que defrauda al jornalero, son hermanos en sus delitos.* A todos pagó con la mayor puntualidad, empezando por los últimos y acabando por los primeros; con lo que quiso igualar á los gentiles con los judíos en el galardón de la fe á que los habia llamado. No atiende Dios al tiempo, sino al mérito. Pocos instantes de fervor bastaron para sublimar al ladrón desde el suplicio de los crimenes á la silla de los justos. No hay pues por qué pedir á Dios vida larga, sino caridad fervorosa. Los que habian ido hácia la hora undécima, se presentaron y recibieron cada uno un denario, y de esta suerte se llegó hasta los que habian sido enviados al trabajo en la hora primera del día. Imaginaban estos que habiéndose fatigado mas y hecho mas lucienda, recibirian tambien mucho mayor salario; con esta confianza se acercaron, mas no recibieron sino un solo denario como los demás, y al tomarle murmuraban contra el Padre de familias. De poco sirve vencer la codicia, domar la carne y ejercitarnos largos años en la penitencia, si de estas virtudes hacemos alimento de la soberbia, teniéndonos por mejores que los demás y por mas dignos de recompensa. En los primeros premió el Señor la humildad por la que se creian inferiores á los demás, y en estos castigó la soberbia por la que se creian

[1] Eccl. cap. 34, v. 27.

mayores. La humildad iguala á los menores con los mayores en el galardón, y casi siempre es causa de que el Señor lo anticipe. Todos somos siervos de Dios, suya es nuestra salud y vida, suyo el ingenio y el tiempo que nos concede, suyos somos siempre y en todo, pues todo lo hemos recibido de él: volviéndonos nada hacemos de mas; aun así debemos tenernos por gente inútil. ¿Con qué derecho nos atrevemos á quejarnos de Dios porque nos dé menos gracias que á otros? Y cuando nos las da mayores, ¿con qué facultad pretendamos que nos da lo que nos corresponde?

Esto seria propiamente hablando gloriarse en la criatura en sus obras y no tener por dones de Dios los buenos pensamientos, deseos y obras que le hacen digno del cielo. ¿Cómo seria posible que murmurases contra Dios si conocieras que nada eres en su presencia, y que los premios que esperas son únicamente dones de la bondad liberalísima del Señor? Dase el dinero primero á los últimos, continúa san Agustín, aunque es cierto que se da sucesivamente á todos. Aquellos empero que le reciben después del trabajo de una ó de pocas horas, le reciben primero que aquellos que trabajaron muchas y después lo recibieron. Y san Crisóstomo añade [1]: Justicia fué el dar á todos; pero el dar primero á los últimos no fué contrario á la justicia, sino demostracion de la misericordia, puesto que á los demás se les dió igualmente, y la misericordia del Señor no tiene otro orden para su distribucion, sino su propia voluntad, que siempre mira antes al corazón del que obra para conocer el mérito, que el tiempo que se empleó en obrar. De aquí nace que los que desconocen este método de la Providencia, se quejen injustamente de Dios cuando olvidan la preferencia con que su gracia trata á los humildes. Con la misma injusticia murmuran contra el Señor y acusan su justicia, con lo que se cierran ellos mismos la puerta de la clemencia, y en vez de dones no reciben después sino castigos. Murmuraban los descontentos contra el Padre de familias y decian: Estos últimos solo han trabajado una hora y les has igualado con nosotros que hemos llevado el peso del día y del calor. Aborrecé Dios sumamente estas comparaciones con que el

[1] Div. Crisostom. Hom. 34.ª lib.

hombre acostumbra atrevido á tomarlo alguna vez residencia acerca de la distribucion de sus gracias, sin advertir que el premio no corresponde á las buenas obras consideradas en sí sin la gracia en donde proceden, la cual si es mayor, aun con menos trabajo, tiene mayor premio; porque lo que Dios atiende y premia, es la fidelidad, la humildad, la perseverancia, la pureza de intencion y las demás virtudes que coronan las obras que hacen. Aquellos obreros no representaban su trabajo para ensalzar la gracia y la misericordia, sino para acrecentar el premio. Desgraciados son todos aquellos que se quejan como aquellos desventurados obreros; por esto, aunque san Pablo dijo: *Que habia trabajado mas que los otros*, no se le olvidó decir antes y después, *que lo que era y lo que hacia lo debia á la gracia* [1]. La gracia de Dios es la que nos distingue; la humildad, empero es la que conserva sus dones.

No perdió el Padre de familias su natural templanza, á pesar de la injusta murmuracion del obrero, y así es que le dijo: *Amigo, no te he hecho injusticia alguna ni agravio. ¿No convenisteis conmigo en un denario por nuestro jornal? Tomad lo que se os debe, y marchad en paz. Por lo que á mí toca, yo quiero dar al último de los trabajadores lo mismo que á ti. ¿Por ventura no me es permitido hacer lo que quiera? ¿Hubeis de mirar las cosas mal porque yo soy bueno, ó no podré ser yo liberal sin que vosotros seais envidiosos?* No hay duda que es enérgica, severa y vehemente esta reprension, aunque sea tan mansa y moderada; ella es por su enérgia la que únicamente merece la soberbia humana, aspirando orgullosa á la indagacion de los juicios de Dios, y atreviéndose á condenar de justicia lo que no comprende. Donde no hay deuda y todo se da de gracia, no puede haber injuria. ¿Cómo te quejas pues de la providencia de Dios? ¿Por qué dices, á aquel da Dios tantos bienes y á mí nada? ¿Aquel está sano y yo enfermo? ¿Quién eres tú para altercar con Dios? Humíllate ante él, adora sus juicios, y el tiempo que gastas en quejarte de tu piedad emplealo en implorar su misericordia. Dale gracias porque cumplió en ti sin ningún mérito tuyo todas sus promesas. Pudo no llamarte y te la-

[1] Div. Paul. Ep. I.ª ad Corinth. cap. 5, v. 10.

mó, y al llamamiento añadió el pacto del premio y te lo dió con la mayor fidelidad. Conténtate pues con lo que el Señor te da, y nunca despliegues tus labios para quejarte y murmurar, sino para agradecer, alabar y cantar eternamente las misericordias que el Señor usó contigo. Si recibiste mas, no desprecies á tu hermano, y si menos, no desesperes, pues indicio es de que tiene dañado el corazón el que convierte la bondad de Dios en estímulo de la envidia, escandalizándose del bien que hace á los pecadores.

De esta manera concluyó el Salvador: *Sucedará que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos; porque muchos son los llamados y pocos son los escogidos.* ¿Quién oye esto y tiene ánimo para preferirse á nadie, por pequeño y despreciable que sea? Tengamos y humillémonos siempre; nadie se fie de sí, aunque lleve cien años de penitencia. Mas nadie desconfíe de Dios, aunque no haya hecho cosa buena en toda su vida. Nada presumas, aunque tengas la fe de Pedro, ni te arrojes como Jódas en el caos de la desesperacion, aunque seas traidor como él. El que hoy está lejos de Dios, tal vez mañana recibirá de él una gracia extraordinaria, y luego gloria proporcionada á ella. Y el que ahora es muy santo, tal vez mañana enflaquecerá y caerá desgraciadamente en alguna culpa.

Muchos son los llamados y pocos los escogidos. El diluvio inundó la tierra, y solo se encuentran en ella ocho personas que se salvan. Seiscientos mil soldados salieron de Egipto y solos dos entraron en la tierra de promision. Se siembra todo un campo, y solo rinde fruto una cuarta parte, y tal vez menos del grano que en él se arroja. Solo dos puertas hay para entrar en la eternidad, una grande y otra pequeña: por la grande se entra en la eternidad infeliz, por la pequeña en la eternidad dichosa. Y solo dos caminos hay para ir al otro mundo, uno ancho y otro estrecho: el ancho conduce al infierno, el estrecho al paraíso; aquel es mas trillado que este, por esto aunque son muchos los llamados son pocos los escogidos: porque son mas los que prefieren andar el camino mas ancho y sembrado de rosas, que el mas estrecho y sembrado de espinas. Para ser de los escogidos es indispensable andar por el camino estrecho, es forzoso pisar las espinas, esto es, mortificar los sentidos, reprimir

las pasiones, hacer una continua violencia á nuestra naturaleza, oprimiéndola, por decirlo así, y privándola, no solo de los deleites ilícitos, sino también de muchos que le son permitidos; quitarle lo superfluo, dejándole solo lo necesario, y haciéndole en fin observar todos los mandamientos, y también alguna vez los consejos, por costosos y difíciles que sean. ¿Cuántas veces tiene la criatura de temer, y en cuán gran peligro se halla siempre de su salvación? ¿Por qué fatalidad no se preguntará á sí misma, me hallo en el camino ancho, ó en el bueno trillado y estrecho? ¿Vivo como los mundanos, una vida cómoda y deleitable, ó hago penitencia y mortifico mi carne? Bueno sería que llamándose á conferenciar con su propia alma se repitiese siempre á sí misma: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*; si quiero ser del número de estos, preciso es caminar por la senda estrecha de la penitencia que conduce á la salvación eterna, y huir de la espaciosa y ancha que guía á la perdición. Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdición, dijo el mismo Jesucristo por san Mateo [1], y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos son los que atajan con él! Y por san Lucas [2] también dijo á los que lo seguían: *Porfiad á entrar por la puerta angosta*. David, para quien no estaban escondidos estos caminos, y á quien tampoco se ocultaban los de la misericordia y bondad de Dios, le decía con frecuencia [3]: Muéstrame, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas. Y en otra parte le repetía [4]: Mira si hay en mí algún camino de iniquidad; esto es, si yo ando por algún camino malo, y guíame tú por el que conduce á la vida eterna, desviándome de Aquel que conduce á la perdición. Esto mismo conoció perfectamente el sabio; y para enseñar á los hombres escribió en el libro de los proverbios [5]: Hay un camino que al hombre le parece recto y seguro, pero su fin conduce á la muerte.

Dios quiere que todos los hombres se salven; ilumina con su luz

[1] Math. cap. 7, v. 13.

[2] Lucas, cap. 13, v. 24.

[3] Ps. 24, v. 4.

[4] Ps. 138, v. 24.

[5] Proverb. cap. 14, v. 12.

á todos los que vienen al mundo; á nadie niega su gracia; entregó su Hijo á la muerte por la salvación de todos los pecadores. Nunca abandona al hombre si este no se abandona á sí mismo. ¿De dónde nace pues que son tan pocos los que se salvan? Nace de la corrupción de la naturaleza y de la fuerte inclinación al mal. Nace de la poca violencia que al hombre se hace para vivir según las máximas de Jesucristo tan opuestas á las del mundo. Nace de no pensar en Dios ni oír su divina palabra. Y nace por fin del desprecio que mientras vivimos hacemos de Dios, sin querer tener en cuenta que Dios desprecia en la muerte á los que á él despreciaron en la vida. Rara vez deja el demonio en la muerte aquella presa que ha tenido en su poder durante toda la vida. Todos llevan al sepulcro los vicios de los primeros años; ellos penetran hasta la médula de sus huesos, y con ellos duermen en las cenizas del sepulcro; así lo dejó escrito el esclarecido varón de Hus [1]. ¿Qué extraño es, siendo esto así, que tantos se condenen y tan pocos se salven? Ni tampoco lo es que por boca de Oseas dijera Dios al ingrato Israel [2]: Si te pierdes, ¡oh Israel! será por culpa tuya; si te salvas, será por gracia y misericordia mía; en mí está tu socorro, y este jamás á nadie ha faltado.

Por último, es preciso advertir también que el pecado detestable de la envidia se dejó ver con toda claridad en los trabajadores que murmuraron del Padre de familias, porque dió tanto á los últimos como á los primeros. Si los hombres conociesen bien lo abominable y feroz de esta pasión que con tanta frecuencia les domina, seguramente que la huirían con todas sus fuerzas. Es la envidia una pasión negra y diabólica que hace su infierno del paraíso de los bienaventurados, y su paraíso del infierno de los condenados. Es una pasión extravagante que busca siempre la luz y no la puede sufrir; que mira siempre la virtud y no puede soportar su esplendor. Es una pasión injusta é irracional que aborrece al hombre porque es bueno, y le acrimina porque es feliz é inocente; que quisiera enturbar la fuente de toda bondad y romper la unión que mantiene el comercio entre la naturaleza, la gracia y la gloria. Es una pasión

[1] Job. cap. 2, v. 11.

[2] Oseas. cap. 13, v. 9.

temeraria que se atreve á censurar la Providencia divina, y quisiera quitarle el gobierno del mundo porque honra y favorece la virtud. Es una pasión infernal cuya pena de daño es la felicidad de los otros, de la que el envidioso se ve privado, y la pena de sentido es el fuego que la abrasa y el gusano que la roe. Es una pasión maligna que combate contra el Espíritu Santo, ofendiéndose porque hace bien á los hombres, y derramando su veneno sobre todas las gracias que los hacen dignos de ser amados, las denigra y desprecia. Es finalmente una pasión desesperada y un mal que no admite cura, porque detiene el manantial de las gracias de que están privados los envidiosos, y no halla su remedio sino en la ruina de la inocencia.

Muy fácil es de conocer en qué grado se halla la envidia de los jornaleros que murmuraban contra el Padre familias, porque este pecado tiene como otros su mayor ó menor gravedad, según el mayor ó menor mal que se desea al prójimo, ó según el mayor ó menor bien de que se quisiera verle privado. Aflictause de la prosperidad de su prójimo, y se hubieran alegrado de que ni aun la cuarta parte de un denario se les hubiese dado. Este parece ser el primer grado de la envidia. Sentir pena por los bienes espirituales que el prójimo recibe de Dios, es el segundo. Y disgustarse de los que del mismo Dios recibe en el orden de los bienes sobrenaturales, como son los de la gracia, de la virtud, de la perfección y de la santidad, esto es el tercer grado. El envidioso tiene en todos estos grados el pecado de Satanás, y deberá sufrir por consiguiente el mismo suplicio que él. Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, dice el Sabio [1]; por consiguiente, no debe causarnos admiración de que cuando reina tanto la envidia, se hagan los hombres mutuamente una guerra tan mortal y desastrosa, que sea preferible, ó enterrarse para siempre en la soledad huyendo con precipitación del mundo, evitando la comunicación y el roce con todas las criaturas, ó desear morir en verdad en el ósculo y paz de Dios á trueque de no presenciar tantos males y desgracias como continuamente en el mundo suceden á causa de la envidia.

[1] Sap. 2. v. 24.

La conclusión de esta parábola misteriosa del Señor nos suministra como su propio exordio su mas clara inteligencia; en toda ella no vemos sino una larga comparación entre los judíos y los gentiles. Aquellos que fueron los primeros llamados á la Iglesia de Jesucristo, se han excluido de ella por su envidia contra las naciones; y los gentiles, que llamados los últimos, han tomado el lugar de los judíos y les han precedido en el reino de Dios, del cual son ellos la mas noble y mas numerosa porción; y si volvemos á examinar por partes toda la parábola explicada, reconoceremos cada vez mas, y no encierra ni una sola palabra que no entre necesariamente en su economía para formar un todo completo. Y por último, se nos descubren con toda claridad las atroces murmuraciones de los judíos contra los gentiles, ó por mejor decir contra Dios, cuando vieron que ya no se hacia por el Salvador aquella distinción grande y sobremana honrosa que por tantos siglos hizo á los hijos de Abraham la porción amada de la herencia del Señor, y singularmente su pueblo. Ellos miraban al reinado del Mesías como el premio que se les debía por la observancia de la ley, prometiéndose por lo mismo el restablecimiento de su antigua superioridad. Así es que no podían sufrir que se recibiesen en la Iglesia del que se llamaba Cristo, las naciones, sin sujetarlas á las leyes del judaismo; esto es, á la circuncisión y á sus obligaciones, á la necesidad de ofrecer sus sacrificios en el templo antiguo, y á la obligación de reconocer á Jerusalem como silla del reinado de Israel y centro del culto público. Nadie ignora por las tradiciones apostólicas, y mas por el que fué apóstol de las gentes, que este fué para los judíos el escándalo grande; y que esta igualdad, junta con la abolición de la ley, fué el obstáculo mas invencible que encontraron siempre para la conversión de los hijos de Jacob. Las disputas grandes de san Pablo con los celadores de la Sinagoga giraban muy particularmente sobre esta vocación gratuita y general de todos los hombres al Evangelio y á la Iglesia de Cristo, sin distinción de judío, griego, scita ó hebreo, de circuncidado ó circunciso.

Público es también y notorio que san Pablo no solo respondió, sino que pulverizó constantemente estas quejas injustas y murmuraciones de los hebreos, demostrándoles hasta la evidencia que Dios

no les hacía injusticia; que no les había prometido conservar la ley; que solo era preparación para el Evangelio; que su Majestad los había distinguido confiándoles el depósito de sus oráculos, haciendo que naciese el Mesías de su nación, y empezando por ellos si lo querían, el establecimiento de su nuevo culto. Vosotros, les decía, no lo habéis merecido. Dios quiere hacer entrar en su Iglesia á los extranjeros, que no lo merecen como vosotros. Quiero dar á los gentiles que creyeron como los fieles de entre los judíos la cualidad de hijos suyos herederos de su reino, coherederos con su Hijo Jesucristo. Nada se os quita, les añadí, sino es una ley que no justifica. A los otros se da gratuitamente lo mismo que á vosotros. ¿Qué razón tenéis pues de murmurar, y de qué tenéis atrevimiento de quejaros?

A pesar de tan claras explicaciones, san Pablo y los demás apóstoles ganaron poco sobre los ánimos heridos de los israelitas. La Judea se resistió siempre, y Jerusalén en particular se señaló con sus excesos. De aquí proviene que los judíos miraron constantemente el Evangelio como el escollo de su gloria, y se apartaron de él, y los gentiles por el contrario, lo miraron como término dichoso de su ceguera; por lo que han sido recibidos en crecido número en el reino de Dios; no porque los judíos no habían sido llamados los primeros y en número grande, sino porque pocos de ellos correspondieron á la vocación y quisieron tener parte en la sociedad de los discípulos del Mesías. Este fué pues el pecado de los judíos, y por él dijo Jesucristo que los primeros llamados serían los últimos, y los últimos vendrían á ser los primeros. No es esta la única predicción en que Jesucristo anuncia á los judíos incrédulos su dureza y sus desdichas. Siempre continuó su Majestad en procurar que las temiesen hablándoles bajo diferentes figuras que aseguran mas y mas el sentido que se acaba de explicar, y que unas y otras se sirven mutuamente para la mayor claridad; pues tanto esta como las otras parábolas que siguen, todas indican que cuanto mas se acercaba el fin del Salvador, mas redoblaba los avisos y amenazas para traer al redil las ovejas descarriadas de la casa de Israel, de cuyo pueblo escudado se había encargado el personalmente; y así, conociendo con su infinita sabiduría que había llegado la hora de

décima y última del día, no quiso perder ni un solo momento en procurar la salud de un pueblo indócil, que de todo sacaba utilidad y provecho para procurar el suplicio mas afrentoso á su Dios y Redentor.

Seguido estaba el Señor de sus apóstoles y discípulos, y de una tropa bastante numerosa del pueblo, á la que se habían agregado muchos fariseos, gente avara, dura é interesada; y como todo su conato se dirigía á inspirar la humildad, la mansedumbre y la pobreza á los que le seguían y habían de ser como el plantel y semilla de su nuevo pueblo, propuso seguidamente dos insignes parábolas sobre el uso de las riquezas. En la una quiso enseñarles el empleo que debe hacerse de los bienes, repartiéndolos en limosnas abundantes, principalmente cuando en adquirirlas ó en poseerlas puede haber alguna sospecha de injusticia y es conocido su propio dueño. En la otra anuncia con un modo no menos fuerte que sensible, el castigo severo que se reservaba en la eternidad para los ricos sin compasión; pero como los fariseos se daban luego por ofendidos y la codicia es un mal, cuyas raíces con dificultad se arrancan y fácilmente brotan hasta en los estados y condiciones mas santas, para evitar la esquivéz é ingratitud de aquellos, dirigióse el Señor á sus discípulos y les dijo: *Un hombre rico tenía un mayordomo encargado de la administración de los bienes que tenía en el campo, y este fué acusado á él como dissipador de aquellos, y que se regulaba con ellos á expensas de su señor. Teniendo esta noticia, lo mandó llamar y le dijo: ¿Qué es esto que me cuentan? oigo decir de tí? Dame cuenta de tu mayordomía, pues estoy resuelto á no emplearte mas en el cuidado y administración de mi hacienda.*

Mayordomos somos de Dios todos los hombres. Bienes del Señor son el ingenio, la salud, la vida, la riqueza y los demás dones. Depositados están en nuestras manos para que usen de ellos, no según nuestro antojo y capricho, sino conforme á su voluntad y á sus leyes, quedándose el Señor de todo y con derecho para quitárnoslo ó pedírnos cuenta de ello cuando y como quisiere. Todo nos lo ha dado Jesucristo, Dios y Señor nuestro, repartidor único, supremo y absoluto, para que nos sirvamos bien de sus dones; esto es, para que le alabemos, le glorifiquemos, le amemos y hagamos que le

amen, para que asistiéramos á nuestro prójimo en nuestras necesidades corporales y espirituales, haciéndoles participante de nuestros bienes y de nuestras comodidades.

En esta distribucion que Dios hace de sus dones, y en la que nosotros debemos hacer de los que recibimos, se ve clara la pobreza extrema y universal, hasta de los mas ricos, necesitados de todo y dependientes siempre de Dios, cuyo es el dominio de los bienes que poseen y el derecho de prescribirles su uso. ¿Quién se atreverá á malgastar el dinero ajeno, sabiendo que se le ha de pedir cuenta de él á fin del mes ó del año? ¡Oh, cuán pocos usarian mal del caudal, del tiempo y de los demás dones naturales, si considerasen que estos son bienes de otro señor, á cuya voluntad está sujeta la distribucion que deben hacer de ellos sus mayordomos! Mucho se pedirá á quien mucho habrá recibido, y si del Señor hemos recibido cuanto poseemos, bien debemos creer que todo se nos pedirá. Cuentas estrechas tenemos que dar del empleo de las potencias de nuestra alma y de los sentidos de nuestro cuerpo: cuentas estrechísimas hemos de dar de los bienes de fortuna, de los de naturaleza y de los de gracia, de nuestro crédito y autoridad, y las hemos de dar á aquel que es el único Señor de ellos y de nosotros, el que residenciándonos y pesándonos en la balanza de su justicia, observará con rigidez si los hemos distribuido conforme á su voluntad: ¿qué responderá entonces la iniquidad á la santidad ofendida? Ahora damos oídos á la vanidad; día vendrá en que hablo la verdad y nos diga: ¿Qué es esto que veo en tí? Lo que te di para socorro de tu necesidad lo has convertido en fomento de tus deleites: los bienes sobrantes que por tu mano envié á los pobres, los detuviste con avaricia. ¿Qué has hecho de la salud, del ingenio, del poder y de la autoridad? ¿Y qué has hecho en fin de la enfermedad, de la pobreza, de la persecucion y de los otros trabajos con que procuré hacerte rico en virtud? De todo esto te hice mayordomo y tú te alzaste con ello; dame ahora cuenta de este caudal, y de la ganancia ó pérdida que has tenido. Esta rendición de cuentas será universal, justa y exacta, y así nada se ocultará al conocimiento de Dios. Será indispensable darle cuenta hasta de las palabras, pensamientos y deseos. ¿Qué rigor!

Bien pronto conoció el mayordomo la desgacia que le amenazaba, y tratando de mirar por sus intereses dijo á sí mismo: ¿Qué haré, que mi señor me quite la mayordomía? Apretado es el lance y urgentísima mi necesidad. Yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y me costará mucha vergüenza hacerme mendigo. Ya sé lo que haré y á lo que conviene resolverme, para que apartado de mi empleo no me falten personas dispuestas á recibirme en sus casas. ¿Qué es el dissipador de los bienes de Dios, sino un pobre soberbio que no tiene de suyo mas recurso que la desesperacion y la muerte? Hállase flaco para lo bueno, no ve en sí atractivo ni facilidad para orar, ni resolucion y deseo de abrazar la penitencia; sin embargo, pocos ó ningunos son los que se dicen á sí mismos: ¿Qué he hecho yo? ¿Qué haré cuando me sea preciso comparecer delante de Dios? ¿Están bien arregladas mis cuentas? ¿Están bien dispuestos mis intereses? ¿Hállome por ventura en disposicion de presentarme ante el tribunal de la divina Justicia? Y si no lo estoy, ¿por qué no debo prepararme y ajustar ahora cuentas conmigo mismo para dárlas después á Dios? La vida presente tiene el ejercicio de los mandamientos, dice san Crisóstomo; la futura tendrá el consuelo de haberlos practicado. Si nada obraste aquí, en vano esperas premio ni recompensa para lo futuro; por esto dijo el mayordomo: Sé lo que haré: minoraré y perdonaré las deudas á los deudores de mi señor, y les repartiré de sus propias riquezas, para que cuando yo sea arrojado de mi empleo me reciban en sus casas. Así como no podemos imitar la prodigalidad de este mayordomo, así tampoco podemos seguir ni aprobar el dolo con que minoró las deudas á los acreedores de su señor.

¿Cuánto debes tú á mi amo? preguntó al primero. Cien medidas de aceite, respondió el deudor. Pues toma, prosiguió el mayordomo; ve ahí tu obligacion, rásgala luego, asíéntate y escribe de tu mano otro vale que no contenga sino cincuenta medidas, y las otras serán para tí. Un segundo deudor sucedió á este primero, y debiendo al amo cien fanegas de trigo, rasgó su obligacion y solo le impuso el deber de pagar ochenta. Mas este apuro en que se vió por su culpa el mayordomo, debe servirnos de escarmiento para tomar con tiempo las medidas oportunas y precavernos de la ira para el día de la

última residencia, porque vendrá, y nadie sabrá cuándo. Vendrá la noche, dice san Juan, cuando nadie puede obrar [1]. Temiendo esto mismo, decía David: Dime, Señor, el corto número de mis días, y no me llares á residencia en la mitad de ellos [2]. De toda esta doctrina formó san Pablo como un epílogo ó compendio, y lo resumió en algunas de sus cartas. Escribiendo á los de Corinto, les decía [3]: Es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba segun lo que ha hecho, ó bueno ó malo. Y á Timoteo le añadía: Los que quieren hacerse ricos, caen en la tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que aseguran á los hombres en muerte y en perdicion. A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni esperen en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso; que hagan bien y que se hagan ricos en buenas obras [4].

Informado el amo de la conducta de su mayordomo, no pudo dejar de alabar la industria de un hombre, que con una maña mas prudente que justa se preparaba el remedio para el tiempo en que la administración se le quitase. No aprobó el mal, sino la industria con que procuró su seguridad. Así no nos propone por modelo su deslealtad, sino su prudencia, en la cual añade que se aventajan para sus negocios los hijos del siglo, esto es, los hombres ocupados en los intereses de la vida presente, y se aplican mas y son mas diestros en conservarlos que los hijos de la luz para los intereses del cielo, en donde no ignoran que durante esta vida deben prepararse una morada para toda la eternidad. Mas se esfuerzan y desvelan un avaro, un ambicioso ó un voluptuoso para llegar á los fines vilísimos de su pasión, que cualquiera cristiano para salvarse. De todo se aprovecha el malvado, todo lo allana, todo lo atropella, y no repara en medios injustos ni en proyectos tomearios. El capricho ó el desenfreno hace útil lo inútil, fuerte lo flaco, y convierte á todo el hombre en instrumento de su propia ruina. ¿Qué hay semejante á esto

[1] Joan. cap. 9, v. 4.

[2] Ps. 101, v. 4.

[3] Div. Paul. Ep. 2.ª ad Corinth. cap. 5, v. 10.

[4] Id. Ep. 1.ª ad Timoth. cap. 6, vs. 9 et 17.

en los tibios que sirven á Dios? La luz les falta, la penitencia los cansa, la continuacion los fastidia, la voluntad enflaquece; por donde viene á suceder que los hijos de la luz, andando el tiempo, vienen á ser hijos de tinieblas y de enojo por su propia tibieza, pagando en la muerte el abuso de la fe que hicieron en su vida.

Yo soy el que os digo, concluye el Señor: Imitad estos últimos rasgos de prudencia del mayordomo, si os le habeis parecido en sus primeras injusticias; y si acaso en la administración de los caudales públicos, profesion tan peligrosa como lucrativa y buscada, ó en el comercio, en que la ganancia que se espera es muy comun que se adelante con el fraude, os hubiéreis enriquecido á expensas de vuestros hermanos, sin saber quiénes son los perjudicados, como suele suceder entre los publicanos y negociantes, despojos de esas riquezas de iniquidad; haced que pasen á las manos de los pobres para que cuando seáis llamados á juicio de Dios, los santos que hubiéreis alimentado y aliviado sobre la tierra, os reciban en los tabernáculos eternos, donde ellos hubieren tomado asiento antes que vosotros. Pero aun es preciso advertir bien para la perfecta inteligencia de esta doctrina y para cerrar la boca á la maledicencia criminal de los injustos detractores del Evangelio, lo que inmediatamente después les añadió Jesús:

El que es fiel en las cosas pequeñas y de poca monta, tambien lo será en las mayores; y el que es infiel é injusto en lo poco, lo será igualmente en lo mucho. Pues si en las falsas riquezas no habeis sido fieles, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si en lo ageno, en lo que no es vuestro, fuisteis infieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Causa espanto el ver la serenidad con que los hombres del mundo viven en medio de las turbulencias de la vida, que así como las olas del proceloso mar baten la navecilla de la vida humana, y de las incomodidades, fatigas y trabajos á que se exponen y sufren los mortales para enriquecerse. Todo les parece poco, suave y llevadero, á trueque de aumentar sus tesoros, caudales y fortuna, sin perdonar ningún medio ni recurso, sin omitir la vil adulacion, la falsedad y el artificio, y sacrificando las mas de las veces la justicia, la virtud y la verdad, al soborno, á la injusticia y á la perfidia, para atesorar como este mayordomo, y asegurar al ménos su subsis-

tencia y fortuna por medios opuestos á todas las leyes divinas y humanas. De aquí es que viendo los implacables enemigos del Evangelio que Jesucristo dijo á las turbas que se granjearan amigos, atrayéndolos con beneficios, ganándolos con limosnas hechas de los bienes ínteros, para que después de su fallecimiento fuesen recibidos en los tabernáculos eternos, se han escandalizado de esta máxima, á su parecer tan opuesta á la razón, á la equidad y á todo derecho. Pero estos presumidos sabios se han equivocado en la inteligencia de aquella máxima del Salvador, interpretáronla siniestramente, y aun tuvieron la debilidad de presentarla al público con la mayor inexactitud, y muy contraria al sentido de su original. Haced limosna, dice el Señor, no de las riquezas y bienes injustamente adquiridos, sino de la *riqueza de iniquidad*; con cuya expresión significó claramente las riquezas vanas, aunque por otra parte legítimas y hechas con derecho; los bienes falsos, perecederos y temporales, los cuales se representan comunmente en la Escritura santa, como opuestos á las celestiales, y á las verdaderas y eternas riquezas; esta es la energía de las expresiones que en esta ocasión dirigía Jesucristo á los fariseos: Habiendo vosotros abusado indignamente de las riquezas terrenas y empleándolas tan mal, ¿cómo esperais que os confíe Dios los bienes espirituales? Si habeis convertido en fomento de vuestra avaricia y de todos los vicios estas riquezas falsas y caducas, ¿os entregará el Señor el conocimiento de las cosas celestiales, la doctrina evangélica, los misterios y dogmas de la religion, la vocacion al cristianismo y la predestinacion á la gloria, que son las verdaderas riquezas y bienes infinitamente mas preciosos que todos los del mundo?

He aquí el sentido verdadero y literal de aquella sententia de Jesucristo, acomodada en todo al carácter y genio de la lengua santa. *Riqueza de la iniquidad* es una alocucion hecha comun á los idiomas orientales, al caldeo, siríaco y árabe, *mammona*, segun leian los sirios, y *matmon* en hebreo está tomado de la raíz *ocultad, esconded*, y tiene en aquellas lenguas una significacion tan extendida, como *tesoro*; y se toma por el oro, plata y otros metales; por los frutos de la tierra, heredades, buenos muebles y raices, y en fin, por todo lo que se comprende en la voz riqueza ó bienes. Esta palabra *mam-*

mona, representa indistintamente la idea de injusticia y de iniquidad, de falsedad, de vanidad ó apariencia, y así se usa en muchos pasajes del antiguo Testamento y del nuevo, para denotar riquezas vanas, frágiles y caducas. Tambien las riquezas terrenas justas y legítimamente adquiridas, se designan en el Evangelio con el dictado de riquezas ínteras, porque comunmente inducen á pesar y hacen á sus poseedores insensibles, soberbios, avaros, afeminados, negligentes y descuidados en el importante negocio de su salvacion; de todo lo que resulta que los filósofos mundanos carecen de noticias exactas para la clara inteligencia, explicacion y aplicacion de las máximas y palabras del Evangelio con los principios de la sana y santa moral. Resulta tambien que toda la doctrina de este pasaje, gira sobre la máxima de la generosidad y beneficencia reciproca de los hombres; sobre el gran precepto afirmativo del amor fraternal, y el negativo de no desear ni hacer mal á nadie, ni en su honor, ni en su persona, ni en sus bienes y propiedades. Nadie puede ignorar cuán sagrado es, segun el legislador de los judíos, el derecho de propiedad, y el rigor con que se procedia contra los que robaban á sus hermanos ó los defraudaban en sus bienes; injusticia que solo se reparaba entonces, como ahora, por la restitucion ó la completa indemnizacion. En otro lugar tendremos ocasion de ver lo que esta prescribia.

Con estas doctrinas tan justas, equitativas y santas, parece que Jesucristo queria decir á sus discípulos, á las turbas que le seguian, y mas particularmente á los escribas y fariseos: Yo os hablo de la justicia que debeis observar en adquirir los bienes de la tierra, del desapego que conviene conservar en el uso de ellos, de la necesidad de desprenderse de los mal adquiridos, y de la obligacion de repararlos á los pobres, si no se pueden entregar á aquellos á quienes pertenecen. Esta no es nueva ley; vosotros despreciáis la antigua y yo la establezco de nuevo; y añade: Que de los bienes que legítimamente os debieron pertenecer, estais obligados á dar parte á los que tienen necesidad, y cualquiera que se dispensase de este precepto será eternamente condenado. ¿Direis acaso que tambien en esto soy contrario á Moisés y á los profetas? ¿Pues qué, la ley toda entera no habia prometido de parte de Dios los bienes temporales?

con la condicion de ser desde luego equitativos con vuestros hermanos y mas caritativos para con los pobres? Escuchad sobre esto la parábola que os voy á proponer; ella encierra lo que conviene creer y practicar bajo el Evangelio, y no hallareis que en cosa alguna se aparte de lo que debéis de creer y practicar bajo la ley.

Un hombre rico vivía en medio de vuestro pueblo; se vestía de púrpura y Holanda fina; se le servía á la mesa todos los días con esplendidez y magnificencia; este es un retrato de los ciudadanos de Babilonia, esto es, de los amadores del mundo que viven pegados á los bienes terrenos, descuidados del amor de Dios, olvidados é ingratos á sus dones enteramente apartados del espíritu de mortificación y penitencia. No es culpa la riqueza dada por Dios, lo es sí el fomentarse con ella el orgullo y el deleite. Los bienes los da Dios, para que tomando de ellos lo que exige la necesidad y una decencia bien entendida, repartamos lo sobrante á los pobres segun las leyes y los fines de la Providencia. Dios es el Señor de todos los bienes; al hombre no es mas que depositario y administrador de ellos; á Dios se roban sus fueros si de este depósito usamos contra su intencion. No es malo vestir graná y Holanda y usar otras ropas y muebles preciosos cuando esto lo pide el estado, el tiempo ó alguna otra causa justa. Mas gastar en esto sin necesidad, por pura vanidad ó por otros fines torcidos, es ser el rico ladrón del pobre. Porque del pobre es todo lo que mirando con cordura y juicio, segun Dios, no le hace falta al rico para su verdadera decencia. Por esta medida se medirán todos esos gastos locos y excesivos con los que pudieran mantenerse muchos años casas enteras de pobres, los que en manera alguna serán admitidos como justos en el tribunal de Dios. Y estos son los originales representados en el rico del presente Evangelio, el que no era sino una verdadera copia del de los fariseos. Avaros y carnales despreciaban á Jesucristo y sus doctrinas, sin excusarse de decir en público que aconsejaba y mandaba cosas enteramente contrarias á la ley y los profetas, puesto que personas muy ricas habian sido muy gratas y aceptas á Dios y á los observadores de la ley, y se les prometian en ella bienes temporales: sin atender que como aquella se habian dado para hombres carnales, se les ofrecian cosas menores; y como el Evangelio se da

ba para personas que habian de renunciar la carne y vivir con arreglo á las leyes del espíritu, se les prometian cosas mayores, por cuya razon era la diferencia igual entre las promesas hechas á los observadores de la ley y del Evangelio, asi como eran tambien igualmente distantes los preceptos que la una y en el otro se les imponian. En la ley se habia dicho: *Si me amáis y me oyereis, comereis los bienes de la tierra.* Y en el Evangelio se dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* En la mala inteligencia pues del primer ofrecimiento, estribaba la aberracion de los fariseos, porque la ley no prometia los bienes temporales como el premio principal por el acto de virtud que se practicaba, sino que los prometia para que se sobreentendiesen en su ofrecimiento los bienes espirituales y eternos, que eran los principalmente designados en aquellos.

Cada día tenia el rico, dice el Evangelio, un espléndido banquete. La buena mesa concilia la admiracion y la alabanza del mundo; pero en muchas ocasiones se evita tambien la indignacion y la venganza de los pueblos cuando estos llegan á comprender que lo que se gasta superfluamente en los banquetes dando á comer á los que no lo necesitan, es el resultado del robo que se ha hecho del fruto de sus sudores y trabajos. No son dignos de cristianos los convites donde no resplandece la caridad, sino la delicadeza de los manjares y la finura, el arte, el gusto exquisito y todo lo que regala la carne y atiza sus fuegos. Detéstanse los grandes vicios que nacen de estas mesas, y sin embargo, el que las da es respetado como un bienhechor de la sociedad. Esta inconsecuencia ni siquiera la advierte el mundo; la religion la conoce, la detesta y la condena, y nos sugiere los medios llanos y fáciles de precaverla. Dios, para quien nada está oculto, conoce bien el corazon del hombre y descubre toda la iniquidad que en él se encierra; por esto, con esta parábola condenaba en público aquella de que estaba lleno el corazon de los fariseos, y así es como nota san Gregorio [1], que no da á conocer el rico á quien se refiere, por su propio nombre, como expresa

[1] Div. Gregor. Hom. in Evangel.

el de Lázaro mendigo que pedía á su puerta. Al rico une un pobre, como contraponiendo el uno al otro; el rico, temporalmente es más que el pobre, y este espiritualmente es más que el rico; por cuya razón decía san Crisóstomo [1]: Mientras el rico sustenta al pobre, es también sustentado por el pobre mismo. Hácese mención del nombre del pobre porque era conocido y aprobado por Dios; así es, que á los pobres se dice: *Gozaos y alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos*. Lázaro, pobre y humilde, es digno de ser nombrado en el Evangelio, pero al rico no le cabe este honor. Los nombres de los pobres que sirven á Dios con humildad y paciencia están escritos en el libro de su reino; los de los ricos que á los pobres insultan y desprecian, y usan mal de sus riquezas, están consignados en el libro del diablo. ¡Qué grande es la diferencia que hay entre las leyes profanas del mundo y la ley benignísima de Dios! Los ricos son célebres en el mundo por sus nombres; los de los pobres están ocultos, y en el mundo no son conocidos; por esto en el Evangelio se calla el nombre del rico y se expresa el del pobre.

Disposicion es de Dios que apenas halla un rico en el mundo que tenga á sus puertas un Lázaro. Con la vista de la miseria ajena quiere Dios ablandar las entrañas de bronce del rico orgulloso y soberbio. Si comparase el lujo de su casa con la escasez de aquella pobre familia que vive junto á ella, no podria menos de advertir el horrible contraste que forma á los ojos de Dios la multitud y delicadeza de sus vestidos con la desnudez de los pobres; su hartura con la hambre de los miserables, y su regalo con la necesidad de los mendigos. No es extraño que con este motivo exclame el Crisóstomo al contemplar la dureza del rico y la miseria de Lázaro, y diga: ¡Oh, tú, el mas miserable de los hombres, por mas dichoso que presumas ser, porque entrando y saliendo por la puerta de tu casa viendo al infeliz Lázaro tendido en ella lleno de llagas, cubierto de andrajos y muerto de hambre, no contemplas en él la muerte que te espera y te mueves á compasion! Si no consideras los pre-

[1] Div. Crisostom. Hom. de Divite.

ceptos de Dios, ni temes sus amenazas, compadécete al menos de ti mismo contemplanado tu condicion mortal, y teme no te veas bien pronto en igual caso por un juicio terrible del Altísimo. Para Lázaro hubiera sido un gran bien y un consuelo muy singular poderse mantener de las migajas que caian de la mesa del rico regalado; pero en la casa de los hombres sin compasion ni piedad, presto aprenden los criados la dureza de sus amos. Los mismos sirvientes despreciaban al pobre Lázaro, y ninguno pensaba en darle ninguna cosa de las sobras mas despreciables. Todas se echaban á los perros que iban después á lamer sus llagas. Conociendo el pobre la dureza del rico, se contentaba con desear las sobras de su mesa, y con todo no se atrevia á pedirselas. Clama al cielo el hambre de los pobres contra el olvido de los que pudieran matarla. El deseo de Lázaro se limitaba á socorrer mezquinamente su necesidad; el rico no tenia mas que el de aumentar su tesoro. Infinito es casi siempre el deseo del pobre, porque es siempre insaciable la avaricia del rico. No hay desdicha ni pobreza mayor que la del avaro: los desperdicios y desechos que le sobran después de regalada su carne y satisfecha su vanidad, todavia le hacen falta para satisfacer su codicia. Mas piadoso es con sus vicios, que con la ajena miseria. ¡Qué mayor prueba de que el avaro es el enemigo público de la sociedad? Triste es á los ojos del mundo la condicion del padre; uno le despoja, otro le persigue, otro le insulta, los mas le desprecian: ¡qué seria del pobre si no le consolase la esperanza del premio eterno, que al buen uso de la pobreza tiene Dios prometido?

Clamaba al cielo, no la voz de Lázaro, sino el hambre que le salia al rostro; mas aun este grito de la necesidad era poco para despertar al avaro y arrancar su corazon de las gavetas donde estaba encerrado y preso. Llagó Dios el cuerpo de Lázaro para abrir el corazon del rico por las averturas de las llagas, pero todo fué en vano. El fin desventurado del rico perverso acredita que atesoró para el suelo y no para el cielo. Las fieras fueron mas humanas para el pobre que su propio amo. Engordaba este sus perros y negaba las sobras de su mesa al mendigo. ¡Ah, que parece que la es-

cena que se representaba en la casa de aquel rico se ha trasladado á las de muchos de nuestros días! ¿En cuántas suenan por dentro los ladridos de los perros, y se oyen por fuera desatendidos los clamores de los pobres hambrientos? Muy bien y con grande oportunidad dijo el Crisóstomo, que los perros y los caballos han de ser en el tribunal de Dios fiscales y acusadores de muchos ricos. Ni Lázaro podía arrojar de sí los perros, ni tampoco había un portero ó cuidador que los alejase; de modo, que aunque le hubiesen mordido, nadie hubiera cuidado de defenderlo.

Llevó Lázaro con paciencia sus trabajos y murió luego. Su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham, fué recibida entre los buenos y piadosos israelitas en el lugar del descanso y esperanza dulce de una felicidad consumada. Tan cierto es que la felicidad del hombre no puede medirse por lo que pasa en la vida presente. Debo esperar un poco. La muerte dirá bien presto quién es el desdichado y quién el dichoso. Despegados los pobres de los bienes terrenos, tienen el corazón mas lejano del mundo y mas dispuesto á unirse con aquel que con su muerte venció al mundo. Murió Lázaro, y de mendigo se hizo rico. No bastaba un ángel para llevar á un pobre, por esto fueron enviados muchos para que formasen un coro de alegría. Cada uno de los ángeles se alegra de tocar una carga tan santa; con gusto la llevan porque reciben un gran gozo al llevar los hombres al cielo. Murió tambien el rico y el infierno fué su sepultura. Condenado á no salir de allí jamás y padeciendo todo el rigor de los suplicios eternos, levantó los ojos y alcanzó á ver á lo lejos á su padre Abraham, en cuyo seno descansaba Lázaro. Este pasar desde la cama blanda y desde la opulencia del obsequio del mundo al fuego eterno, al gemir inconsolable en el seno de la miseria y de la ignominia, y no para un día ni para un año, sino para siempre; es cosa que solo imaginada estremece al corazón mas fuerte; ¿qué será verlo uno en sí mismo? ¿Qué es de nuestra fe si no precavemos este trago amargo ahora que podemos borrar nuestras culpas con la penitencia y redimirnos con la limosna? Este rico, como pariaquiano del diablo, fué llevado al cementerio del infierno por los propios demonios, y allí fué sepultado sin

preces, sin incienso, sin agua bendita, á la manera que son sepultados en la tierra los animales irracionales, segun el dicho de Jeremías [1], el que hablando de los réprobos dice: *Serán sepultados con el funeral de los borricos*. Desuéllese después de muertos, su piel se entrega á su dueño, sus carnes son comidas de los perros, de las aves de la rapaña y de las fieras, y sus huesos son entregados á las lluvias, á los granizos, y á los rayos abrasadores del sol para que sean consumidos. Así tambien cuando muere un malvado, sus herederos poseen sus bienes, los gusanos consumen sus carnes y los suplicios infernales atormentan su alma, que siendo inmortal puede en cierto modo estar representada en los huesos que son de difícil consunción.

El tormento abrió los ojos que antes habian estado cerrados por la culpa. Mas tarde levanta los ojos á lo alto, dice el Crisólogo [2], el que siempre los tuvo clavados en el suelo. Esos ojos tuyos, oh rico, son tus acusadores. ¿Ahora miras el premio debido á la virtud? Por qué no lo miraste cuando podias aspirar á él? Ahora irritan al Juez esos mismos ojos con que debieras haberlo aplacado. Los abrió, pero fué para mayor tormento tuyo. Fijólos en Abraham, de quien era hijo, y le habia sido compañero en las riquezas, pero no en la caridad; por esto fueron sus ojos fiscales de su dureza, delatores de su impiedad, testigos de su crueldad, y vió en su seno al mendigo á quien habia despreciado. Aunque el lugar que se llamaba seno de Abraham fuese un lugar muy apartado del infierno, no era con todo un lugar de tinieblas, sino de luz, por la esperanza de la futura claridad que habian de gozar los que allí estaban detenidos. No se sentía allí ni padecian los que en aquel lugar se hallaban, alguna pena material y en él habian de descansar hasta el descendimiento de Jesucristo á los infiernos: en razon de esta tranquilidad, y como descanso que allí gozaban, llamábase seno, así como en el seno del mar no se experimentan las tempestuosas inquietudes que se fraguan en su superficie por la furiosa agitación de los vientos; y se apellidaba de Abraham, porque él fué el padre primero de los cre-

[1] Hierem. cap. 22.

[2] Div. Petrus Crisolog. Sermon. 122.

yentes, y el que primero predicó públicamente la fe de un Dios. A este lugar llamó Job lugar de tinieblas, respecto á la vision divina, porque tinieblas son las que allí habia, comparadas con la luz del Cordero que ilumina los espacios eternos de la gloria.

La vista de Abraham y de Lázaro acrecieron sobremanera las penas del malaventurado rico, el que empezó á clamar: Abraham, padre mio, tened piedad de mí; enviad á Lázaro en mi socorro. Que moje la extremidad de su dedo en el agua y venga á refrigerar mi lengua, pues padezco cruelmente en esta llama. Este clamor denota la vehemencia de los tormentos. En vano clamarán allá los que desecharon los temores de acá. ¿Burlaste aquí con tu desprecio la voz del Señor? Vana será la tuya en el infierno. Ya no hay perdon para el que llega á caer en manos de la eterna justicia. ¿Cómo tendrás ánimo para llamar Padre al que desprecias ahora en sus pobres? En vano pides la misericordia que te negaste tú mismo negándola al pobre. Ahora te confiesas miserable. ¿Qué se han hecho las riquezas en que pusiste tu confianza? No serás libre de la eterna desdicha, pues quisiste aumentar la momentánea felicidad lanzando tus entrañas á la agena indigencia. Ahora echas tú mismo de ver, que desoyendo los suspiros de Lázaro cerraste los oídos de tu Padre para que no oyese los tuyos. No esperes, oh rico, que envíe Abraham al lugar de tu tormento al pobre que no quisiste alimentar con las migajas de tu mesa. Rico, ¿y pides esa gota de agua? Esa es la que te hace cruel; esa es la que negada por ti secó el paisador de Lázaro, porque para el refrigerio de ese pobre bastaba una gota de agua y una migaja de pan que sobraba de tu mesa. No tuvieras ahora sed si hubieras dado al sediento esa sola gota que pides. Acusador es de tu humanidad ese solo mendrugo del que pende el alimento y la vida del pobre. Sobre lo que dice san Basilio [1]: Huyamos cuanto podamos las delicias del mundo y la abundancia de comidas, no sea cosa que atormentados en las llamas busquemos una gota de agua y ningún consuelo consigamos. Pareca que este rico estuvo lleno de vicios; en su cora-

[1] Div. Basilias de Laudibus jejunii.

zon habitaba la avaricia, no porque tenia riquezas, sino porque las retenia avaramente y las expendia de mil ilícitas maneras. En él abundó la vanagloria, lo que se conoce en la preciosidad de los vestidos que usaba. Ni tampoco le faltó la gula, pues comía diariamente con esplendidez. Y sobre todo, se acreditó de falto de caridad y misericordia, pues no la tuvo con Lázaro, llagado y mendigo.

A su clamor no podia menos de responderle Abraham: *Acuérdate, hijo, que recibiste los bienes de tu vida, y Lázaro no tuvo sino males.* Hijo le llama para que conozca la bondad del Padre que perdió, y la justicia con que es por él castigado. Gran desdicha es que recibiendo el hombre de Dios bien por mal, le vuelva mal por bien. A Dios retorna los bienes temporales el que usa bien de ellos, distribuyéndolos con prudencia cristiana, segun las leyes de la caridad y de la justicia. Señal suele ser de condenacion la prosperidad temporal en los malos. Patrimonio son de los réprobos las riquezas atesoradas con ansia, amadas con apego y gastadas en lo que fomenta los vicios. Lázaro recibió males en la vida, porque esta es la herencia de los escogidos. Para los pobres reservó Dios la pobreza, la enfermedad, la deshonra: dichoso pues el que con paciencia sabe sufrirlos todos. Trocáronse las suertes y se vió que era muy distinto el premio que se daba á la calamidad temporal sufrida con paciencia, del que recaia sobre el corazón que habia poseído con apego los bienes temporales. Oigan esto, dice san Agustín [1], todos aquellos terrenos y miserables á quien ahora cegó el polvo de la tierra, porque si no tendrán que oírlo después en medio de la tortura atroz que sufrirá su entendimiento. Oigan estas cosas los ricos que no quieren ser misericordiosos; oigan las penas y los suplicios con que cargan en el infierno los que en la tierra no quieren dar socorros al pobre. Oigan á este cuando se goza, oigan á aquel cuando sufre entre abrasadoras llamas tormentos indecibles. Compárense unas cosas con otras; por las riquezas se dan tormentos, por la pobreza se dan consuelos, por la púrpura se dan las lla-

[1] Div. August. Serm. 23.

mas, por la desnudez el vestido de la gloria; las penas que se reciben son en todo proporcionadas á los goces que tuvieron.

No solo se excusó Abraham por no enviar á Lázaro al rico, diciéndole que se acordase que habia recibido los bienes en su vida y aquel los males, sino que le añadió: Además de esto, hay entre vosotros y nosotros un caso grandísimo, una sima espantosa y formidable. En verdad que esta sima es inaccesible, porque las puertas de la misericordia están cerradas para siempre al que está condenado á vivir á la parte de mas allá. Y esta sima es insuperable, porque es inmutable la sentencia: ya no hay tiempo ni lugar para el mérito, ni esperanza de que vaya el corazón al centro para que fué criado. Si quieres pues, oh hombre, reinar con Cristo, elige la pobreza con él mismo, y descansarás con Lázaro el mendigo. Nadie puede alegrarse con el siglo y reinar con el Señor. El que quiere gloriarse con el rico, prepárese para padecer después entre las llamas del infierno, y para sufrir por un gozo momentáneo un incendio perpetuo.

Desesperado el rico de alcanzar para sí el consuelo que necesitaba, lo pidió á Abraham para cinco hermanos que tenia, diciéndole: Rúgote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, y deseo se les haga saber lo mucho que aquí padezco, no sea acaso vengan tambien á este lugar de tormentos y sean castigados como yo por la dureza de sus corazones, y sus padecimientos vengan á aumentar los míos. No deseaba el bien de sus hermanos por caridad, ni aun por el amor natural que nace del deudo, sino por evitar el nuevo tormento que le resultaria de verse acompañado en el fuego infernal por los que fueron imitadores de sus vicios y herederos de la riqueza con que los fomentaban. Mal presume alcanzar penitencia para los otros el que tan cruel fué para sí mismo. ¿Y qué mella hará en tus hermanos con sus palabras el que con sus llagas no te ablandó á tí? A Moisés tienen y á los profetas, le dijo Abraham; díganlos si quieren. Pero si despreciaron los documentos celestiales dados por los profetas de parte de Dios, si desestimaron las maravillas que obró por Moisés, ¿que caso habian de hacer de un pobre andrajoso y llagado? Al rico se le

echó en cara haber despreciado á Moisés y á los profetas; ¿qué esperas tú después de haber despreciado á Cristo y á sus apóstoles? Ni bastó esta repulsa para acallar los remordimientos y los gritos de desesperacion del rico condenado; y así volvió á instarlo diciendo: No, padre Abraham; si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. De esta manera discurren los impíos en aquel lugar de penas después de haberse burlado en la tierra de la credulidad de los fieles; pero Abraham, que no pensaba de la misma manera que el mal rico, le respondió por última vez, le desengañó y dijo: No, el socorro que pides para tus hermanos no les aprovechará, pues los que no creen ni á Moisés ni á los profetas, tampoco darian crédito á un hombre que resucitase y volviese otra vez al mundo. Como este rico son todos los impenitentes. Párecelos que se volverían á Dios si les diese un aviso extraordinario, y entre tanto desprecian la ley que tienen á la vista. ¿Qué caso harías de un condenado, si no temes al que le condenó? ¿Qué importa que no veas el infierno si tienes fe de la divina Justicia? ¿Cómo finges ignorar lo que la religion te enseña? Si no crees al que bajó del cielo, ¿cómo has de creer al que viniese del infierno? Cumplióse esta profecía de Abraham en los judíos, á quienes no movieron los milagros de Moisés ni los muertos resucitados por Elías y Eliseo, ni Lázaro, á quien el mismo Cristo sacó del sepulcro, ni los difuntos que se aparecieron en la santa ciudad al tiempo de su pasión; y lo que es mas, ni la clarísima é indubitable resurreccion del mismo Cristo, ni las estupendas maravillas que en ella se obraron. Los malos cristianos se guardan muy bien de decir que no creen; pero se desentienden de las pruebas patentes con que es confirmada la verdad que condena sus vicios. Todo el misterio es que quisieran pecar sin el remordimiento que les hace amarga la culpa. El que ama la ley no busca pruebas de su equidad; el que en todo busca á Dios, fácilmente se fia de su palabra.

Bien se ve que los discursos de Abraham y el rico avariento, que el Señor intercaló en esta parábola, son una exposicion clara, recta y elocuente de los sentimientos y afectos interiores que tienen verdaderamente las almas de los santos y de los condenados, pero que

no se comunican los unos á los otros. La obligacion estrecha de los ricos de hacer limosna á los pobres, y de tomar sobre sus propias conveniencias, y aun sobre lo que ellos llaman voluntariamente gastos necesarios, así como el socorrerlos en sus verdaderas necesidades, son igualmente notorias, como asimismo el castigo del infierno inevitable que aguarda á los ricos duros y sin compasion; la realidad y la eternidad del fuego que quema las almas condenadas, y en fin, la bondad inmensa de Dios siempre pronta á premiar á los que en él creen y esperan, son otros tantos dogmas que Jesucristo repite á los fariseos con toda asercion, y sobre los cuales desafía su Majestad á que le muestren que en el Evangelio innova, exagera ó perjudica la ley; sobre todo, lo que dejan los incrédulos sin contestacion, prefiriendo un silencio vergonzoso á la confesion ingenua de su engaño y á la abjuracion de sus errores; y por consiguiente, el ser combatidos interiormente por sus vergonzosas pasiones antes que someterse al suavísimo yugo de la nueva fe y de la nueva ley que por el Salvador se les anunciaba.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, tú que eres el grande y sumo Padre de familias, tú que me llamaste en la primera hora de mi mañana para que trabajase en tu viña, tú que en mi juventud me buscaste misericordioso y me ofreciste largo premio, á fin de que me afanase con esmerada solicitud en el cultivo de mi alma, verdadera viña tuya, graba en mi pecho la doctrina que me has enseñado en la santa parábola de los obreros que á tu viña enviaste, para que temiendo siempre mi miseria y fiándome de tu misericordia, trabajando con preservancia en el negocio de mi eterna salud, merezca el galardón y premio de tus escogidos. Enséñame tambien la santa grangería de la caridad, que convierte en precio de la gloria eterna la escoria de los bienes temporales; y ya que he sido tan negligente en darte cuenta exacta de los grandes bienes de naturaleza y de gracia que me has confiado, haz que desde hoy en adelante asis-

ta de obra y con todo mi corazón á toda suerte de necesitados, aspirando por el ejercicio de la misericordia á poseerte á tí, oh Dios mio y mi sumo bien, cuya posesion es la verdadera riqueza y cuya privacion la mas triste y verdadera pobreza. Y por último, haz que cuanto antes procure la correccion de mi vida, caminando sin dilacion por el sendero de la penitencia; no permitas, Señor y Dios mio, que convierta en cebadero de mi vanidad y en mayor apego á la miseria del mundo, los bienes temporales que me concedes para socorro de la agena necesidad. Inspírame un santo horror á la pena eterna de los condenados, y mucho mayor al pecado que á ella conoce. Sé tú, oh Dios mio, mi norte, mi luz y mi guía, para que á tí solo oiga, á tí solo siga y á tí solo ame, y así eternamente en el cielo te posea y alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al vigésimo de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 16; y al capítulo XVI de san Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 12, y desde el 19 hasta el 31, todos inclusiva.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa de la Dominica de Septuagésima, desde el versículo 1.º hasta el 16.

Del texto de san Lucas para el Evangelio de la Dominica octava después de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 9. Y del mismo texto para el Evangelio de la misa del jueves de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 19 hasta el 31, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEPTUAGESIMA.

San Mateo, cap. XX, vs. 1 al 16.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Semojante es el reino de los cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña. Y habiéndose ajusta-

do con ellos en un denario por todo el día, los envió á su viña. Habiendo salido cerca de la hora de tertia, vió otros que estaban en la plaza ociosos y les dijo: Id también vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Salíó otra vez cerca de la hora sexta y nona é hizo lo mismo. Cerca de la undécima volvió á salir, y halló otros que estaban allí sin hacer nada, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Dijéronle: Porque nadie nos ha tomado á jornal. Dijoles: Id también vosotros á mi viña. Llegada la tarde, dijo el Señor de la viña á su procurador: Llama á los trabajadores y págalos el jornal, comenzando por los últimos hasta los primeros. Habiendo pues venido los que fueron cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y viniendo los primeros estaban creyendo que recibirían mas; pero no recibió cada uno sino un denario. Y al tomarle murmuraban contra el Padre de familias, diciendo: Estos últimos han trabajado una hora y los has igualado con nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondiendo á uno de ellos dijo: Amigo, no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo por un denario? Toma lo tuyo y vete, que á este último quiero darle lo mismo que á ti. ¿Por ventura, no me es lícito hacer lo que quiero? ¿Es malo tu ojo porque yo soy bueno? De esta suerte los últimos serán los primeros y los primeros últimos, porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA OCTAVA DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XVI, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico, el cual tenía un mayordomo, y este fué acusado ante él de haber disipado sus bienes. Llamólo él y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de tí? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás administrar mis bienes. Entonces el mayordomo dijo para sí: Qué haré que mi señor me quite la mayordomía? Cavar no

puedo; mendigar, tengo vergüenza. Yo sé lo que haré, para que cuando fuere separado de la mayordomía me reciban en sus casas. Y llamando á cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi señor? Y él dijo: Cien pellejos de acseite. Dijole él: Toma tu obligacion, y sientate presto y escribe cincuenta. Después dijo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Dijole él: Toma tu cédula y escribe ochenta. Y alabó el señor al mayordomo malo porque habia obrado con prudencia; porque los hijos de este siglo son mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz. Por tanto os digo: Hacedos amigos con las riquezas de la maldad, para que cuando vengais á menos os reciban en las moradas eternas.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE
CEARESMA.

San Lucas, cap. XVI, vs. 19 al 31.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día un espléndido banquete. Había también un mendigo llamado Lázaro echado á su puerta, lleno de llagas, deseando matar el hambre con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; mas los perros se llegaban á él y lamian sus llagas. Sucedió pues que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham, y murió también el rico y fué sepultado en el infierno. Y desde los tormentos en que estaba, levantando los ojos vió lejos á Abraham y á Lázaro en su seno. Y gritando dijo: Padre Abraham; apiádate de mí, y envía á Lázaro que se moje la punta del dedo en agua para refrescarme la lengua, porque soy atormentado en esta llama. Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro no tuvo sino males; mas ahora es este consolado y tú atormentado. Y además de esto, entre vosotros y nosotros hay una gran sima, de suerte que los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de allá pasar aquí. Dijo entonces el rico: Rué-

gote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Dijo Abraham: A Moisés y á los profetas tienen, oiganlos; él entonces dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los nuestros fuere á ellos, harán penitencia. Mas Abraham le dijo: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aun cuando resucitare alguno de los muertos.

CAPITULO XV.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

Después de haber dado Jesús á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus apóstoles y llegó cerca de Bethania, aldea distante de Jerusalem como quince estadios, que componen á lo mas una legua. No todos los expositores sacros son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que después de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y después de haber resuelto la peticion de la madre del Zebedeo y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta averiguacion, porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia, decimos con el Evangelio, que recibió Jesús la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de

gote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Dijo Abraham: A Moisés y á los profetas tienen, oiganlos; él entonces dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los nuestros fuere á ellos, harán penitencia. Mas Abraham le dijo: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán, aun cuando resucitare alguno de los muertos.

CAPITULO XV.

RESUCITA EL SEÑOR A LAZARO; CONJURANSE CONTRA EL LOS PONTÍFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFAS LA CONVENIENCIA DE SU MUERTE.

Después de haber dado Jesús á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus apóstoles y llegó cerca de Bethania, aldea distante de Jerusalem como quince estadios, que componen á lo mas una legua. No todos los expositores sacros son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que después de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y después de haber resuelto la peticion de la madre del Zebedeo y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta averiguacion, porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia, decimos con el Evangelio, que recibió Jesús la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de

aquel, asustadas con el peligro en que se hallaba, y seguras de la amistad de Jesús para con el enfermo. La confianza y la discrecion brillan admirablemente en las cortas palabras con que Marta y María hicieron saber al Salvador la enfermedad de su hermano, y pueden mirarse como la mas elocuente de todas las súplicas. Señor, le dijeron, *el que vos amais se halla enfermo*. Basta saber para amante verdadero la necesidad de la persona amada, porque el que abandona su prójimo en la necesidad y no le socorre, ni es amigo ni le ama. Así es que como advierte san Agustín [1], no le dijeron ven y sánale. No se atrevieron tampoco á decirle, manda que sea hecho sano desde este mismo lugar donde te hallas, sino que se contentaron con decirle: *El que tú amas está malo*; porque firmemente persuadidas en su corazón de su amor, creían muy suficiente darle noticia de su enfermedad para que desde luego lo sanase; bien fuese desde el lugar donde se hallaba, bien fuese pasando personalmente á visitarlo.

San Crisóstomo sobre este mismo lugar añade [2]: No marcharon las hermanas á ver á Cristo, porque confiaban extremadamente en él y se lo impedían las lágrimas; por esto se contentaron con enviarle un nuncio con la triste noticia de la enfermedad de su hermano, no dudando que esta era muy bastante para atraerle, en lo que no se engañaron. Jesús amaba á Lázaro, y estas dos hermanas suyas eran muy queridas del Señor, por su fe, su celo, su ternura y su adhesión respetuosa á su persona. Sus almas y su corazón eran un modelo bellissimo de virtud; pero con todo, quiso el Señor probarlas en esta ocasion con una prueba durísima. Cumplió el mensajero su encargo, y en muy pocas palabras le respondió el Salvador: *Id y decid de mi parte á las que os han enviado, que la enfermedad de su hermano de que me dan aviso, no es de muerte*; esto es, que Dios no se la ha enviado para sacarlo de este mundo, sino es para tener ocasion de que resplandezca su gloria y glorificar á su Hijo; con lo que ya les indicaba claramente Jesús que este suceso tendría grandes consecuencias, aunque ellas no pudieran penetrarlas. Su hermano habia muerto pocas horas después de la partida

[1] Tract. 49 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 61 in Joann.

del correo; y como el sábado debía empezar la tarde del mismo día, que era el viernes, se vieron precisados á enterrarlo y meterlo en el sepulcro antes del fin del día.

El amar el Señor á Lázaro denota el celo de caridad con que vino al mundo en busca de las almas perdidas, porque si no amara á los pecadores, no hubiera bajado del cielo á la tierra. Aquí se ve cuánto ofenden á la bondad del Señor los que en la tribulacion, en la tentacion y aun caidos en la culpa desconfían de aquella. ¿Pecaste? Levanta los ojos al cielo y di al Señor con fe y con humildad: *El que amas está enfermo*; qué mas te diré, Señor? Pues me tienes amor, basta que sepas mi gran miseria. Al que ames no lo huyas el cuerpo si de veras te busca.

El ruego de las dos hermanas da á entender que á la oracion de la Iglesia y de sus hijos concede Dios la conversion de los pecadores. Este ejemplo debe avivar en nosotros confianza y fervor para implorar el remedio de tantos miserables como hay sepultados en grandes vicios en el seno mismo de la Iglesia. Nuestra poca fe es la que no nos deja alcanzar de Dios la conversion de los grandes pecadores. No tenemos ánimo para pedir á Dios esta altísima merced, porque la miramos como imposible ó la pedimos con tibieza, porque no tenemos la idea que debiéramos del poder de la gracia; ¡harta miseria es la nuestra! Tenemos salir de las peticiones comunes, porque no creemos que sean cosas dignas de Dios las que no son proporcionadas á los pensamientos de los hombres.

No ignoraba el soberano Maestro algunas de las circunstancias que pasaban en Bethania, aunque dilatase el consuelo á sus dos fervorosas discípulas. A las almas mas amadas es á las que destina Dios las grandes aflicciones, porque para ellas prepara los grandes favores. Dos dias enteros permaneció Jesús en aquel mismo parage, donde se hallaba después de haber recibido la noticia de la enfermedad de su amigo, y cerciorado como estaba de su muerte, pues resuelto á obrar en la resurreccion de Lázaro y á las puertas de Jerusalem, un prodigio tan estupendo que confundiese la incredulidad de la Sinagoga si no queria abrir los ojos y dejarse convencer, que era que á las de la enfermedad y de la muerte se añadiese la putrefaccion y corrupcion en el sepulcro. Tres dias hacia que estaba

Lázaro en él, y quería Jesús resucitarlo al punto. De paso había dicho una palabra á sus discípulos de la enfermedad de su amigo; pero no les había hablado de su muerte ni de los designios que tenía sobre este suceso; sin embargo, les dijo: Vamos otra vez á la Judea; y ellos le replicaron: Señor, ¿no hace dos meses que los judíos os buscaban para apedrearos, y teneis la resolución hecha de volver á un país donde los magnates están declarados contra vos? Pero Jesús les respondió: Doce horas tiene el día; cualquiera que caminar en este tiempo, puede evitar los malos pasos, porque ve la luz de este mundo. Por el contrario, si un caminante se empeña en caminar de noche, tropieza y corre riesgo de alguna caída, porque no le alumbra el sol y camina en tinieblas. Lo que fué decirles: Bien debéis saber que respecto de mí no hay sucesión de luz y de tinieblas. Yo sé y yo veo en cada instante lo que me ha de suceder. El conocimiento que tengo de lo presente y de lo venidero, hace en mí las veces del sol, y dirige todos mis pasos y resoluciones. No harán los judíos cosa contra mí que yo no tenga prevista. Vosotros debéis seguirme confiados. Continuemos nuestro camino sin inquietud, y no nos apartemos de él. Nuestro amigo Lázaro duerme y yo voy á despertarle. A lo que repudieron sus apóstoles: Si duerme, no hay duda que lo pasa mejor y tal vez está ya bueno.

Quedó dos días, dice san Agustín, en el lugar donde se hallaba después que recibió la noticia, para que dilatando el ir á darle la salud pudiese mejor resucitarle después. Esperó para la mayor certeza y evidencia del milagro, y para que después de cuatro días cumplidos fuese mas maravillosa y gloriosa la resurrección. Como podía resucitarle, dijo el Señor que dormía; para los que no tenían este poder estaba verdaderamente muerto. Mas fácil es á Cristo resucitar á un muerto corrompido en el sepulcro, que á otro despertarle de su sueño cuando duerme en el lecho. Esta palabra sueño ó dormicion tiene muchas acepciones en las Escrituras santas; tómase algunas veces el sueño natural, como de Job se dice *dormia seguro* [1]. En otras se toma por el sueño de la muerte, como cuando dice san Pablo: No queremos, hermanos, dejaros en ignorancia

[1] Job. cap. 11.

porque no os entristezcáis del modo que suelen los demás hombres que no tienen esperanza de la vida eterna [1]. Otras en fin se toma por la negligencia ó descuido de alguna cosa, como cuando dice David: *No duermine ni dormirá el que vela en la custodia y defensa de Israel*. Hablaba Jesucristo con el nombre de sueño de la muerte de Lázaro. Este modo de hablar figurativo, principalmente respecto de aquellos cuya muerte era reciente, convenia aun mucho mejor á Lázaro, cuya muerte pasajera iba á ser vencida con una resurrección gloriosa, explicada con la expresión de despertar. El ánimo de Jesucristo era muy distinto del de sus apóstoles; y así es que nada entendieron ellos, ni con respecto á Lázaro ni con respecto á la reprensión que en cierta manera les daba de regresar á Jerusalén contra su opinión y dictámen; por lo que les dijo: Vosotros no comprendéis lo que yo he querido manifestaros; por tanto, os digo claramente que Lázaro ha muerto, y esta muerte es la que yo llamo su sueño; y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creáis, pero vamos á él. Lo que fué decirles: Bien sabéis que yo amaba á este fiel israelita; pero no obstante mi amistad para con él, estoy gustoso de no haberme hallado en Bethania durante su peligro, y de no haber impedido las consecuencias, como vosotros me habíais rogado que lo hiciera; y habéis de saber que por vosotros es por quienes me alegro de esto, pues creéis con mas seguridad que yo soy Cristo é Hijo de Dios. Vamos á Bethania, que allí seréis testigos de la gloria de vuestro Maestro.

Dice san Crisóstomo que Jesucristo se expresó así con sus apóstoles para que comenzasen á admirarse viendo que el Señor le llamaba muerto, cuando ni lo había visto morir ni nadie le había anunciado su muerte; y para que conociendo que nada se le escondía, creyesen mas firmemente en él y tuviesen en él mas confianza. Uno de los doce llamado *Tomás* por su nombre hebreo, á quien los griegos conocían con el de *Dydimo*, no pudo contenerse al oír á Jesús; y volviéndose á sus discipulos les dijo: Nuestro Maestro corre á la muerte, no le abandonemos; vamos á morir con él. A la sazón se juzgó Tomás con ánimo y resolución grande, exhortando

[1] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Tesalon. cap. 4. v. 12.

á los otros á que le siguiesen, exponiéndose como él á todo, uniéndose á las disposiciones de su corazón y á su espíritu de sacrificio; pero luego experimentó que no era tan intrépido como se le suponía. Continuaron Jesús y sus discípulos su marcha hasta Jerusalén, y durante el camino se les agregó una multitud de fieles deseosos de oír sus discursos y de presenciar sus milagros, hasta que llegaron por fin al lugar donde había de obrar uno de los más singulares y extraordinarios que jamás había obrado.

Es innegable que si hubiera habido en los judíos menos incredulidad y prevención contra Jesús, era esta la ocasión más favorable para que hubiesen creído en él. Pero Jerusalén estaba gobernada por hombres ambiciosos; los sabios estaban preocupados, los sacerdotes eran interesados y envidiosos, y el pueblo estaba corrompido; por consiguiente, el gran milagro debía irritarles más, conmovierlos estas pasiones, y obligarles á pedir con más tumultuosa agitación la muerte de Jesús.

El castillo de Bethania se hallaba por otra parte inundado de habitantes de Jerusalén que habían ido á visitar á María y á Marta, las que eran personas muy considerables en la ciudad, y á las que por tanto debían ofrecer obsequios y condolerse con ellas sobre la muerte de su hermano. Pero esta continuación de visitas y la manifestación de estas atenciones eran un consuelo muy triste é ineficaz respecto del que se prometían de Jesús cuando le dieron parte de sus temores. Al tiempo que se anunció á las desconsoladas hermanas la proximidad del consolador verdadero, sin atender Marta que la casa estaba llena de los personajes más ilustres de Jerusalén, se levantó con la mayor precipitación, corrió á buscar al Maestro divino, y tan luego como le vio se arrojó á sus pies, y desechando en un mar de lágrimas le dijo: *¡Ah, Señor! qué desdicha para nosotras el que no hayas estado aquí durante la enfermedad de mi hermano! Vos le habíais dado la salud con sola una de vuestras palabras. Vos no habíais permitido que muriese á nuestra vista. Lo que fué darle quejas amorosas y decirle: ¿Qué hacíais entonces? ¿Y cómo nos habéis faltado en una necesidad tan grande? Pero ya os veo y con eso me consuelo. Bien sé lo que podeis; no he olvidado la respuesta que enviásteis. Dios no os niega cosa alguna de*

cuanto le pedís. San Crisóstomo advierte que al marchar Marta esta vez hacia Jesucristo no llevó consigo á su hermana María, porque quería hablarle particularmente y referirle todo lo que había pasado; cuando empero después de esta primera entrevista sintió más reanimada la esperanza de su corazón, entonces fué y llamó en secreto á su hermana María y la dijo: *Aquí está el Maestro y te llama.* Y san Agustín nota, que llamar en silencio Marta á su hermana María, fué para que no se marchasen los judíos que habían concurrido de Jerusalén al castillo de Bethania, y tuviesen ocasión de ser testigos del milagro.

La indicación de Marta á María bastó para que se levantase inmediatamente y fuese en busca de Jesús, lo que visto por los concurrentes la fueron siguiendo, firmemente persuadidos de que se iba al sepulcro de su hermano para llorar. Su admiración empero y su sorpresa crecieron de punto cuanto vieron que se arrojaba á los pies del Maestro divino. Su Majestad no había dado un paso con sus discípulos, y permanecía en el mismo paraje donde Marta le había hablado, pues no quería entrar en el castillo de los hermanos hasta después de haber resucitado á su amigo; y María, que sabía que Jesús era el consolador verdadero de las almas, arrojándose á sus pies le habló casi con las mismas expresiones con que lo había verificado Marta. El Señor respondió á entrambas con una verdad general, que aunque dejaba entrever su intención, no la descubría del todo. Tu hermano resucitará, había dicho á Marta; y ella había respondido: *Sí que resucitará en el día novísimo, esto es, al tiempo de la resurrección general de todos los muertos; así lo crea, y esta es la creencia de todo Israel. También debes saber, continuó Jesús, que yo soy la resurrección y la vida; que cualquiera que cree en mí, aunque experimente una muerte transitoria en la tierra, vivirá eternamente en el cielo. Que cualquiera que vive y cree en mí, pasará por la muerte, pero yo le resucitaré y vivirá eternamente en la gloria.* ¿Crees esto? dijo el Señor á Marta. *Sí, Señor, respondió ella; yo lo creo, y creo también que sois el Cristo Hijo de Dios vivo que habéis venido al mundo.*

Parece muy natural que estas fuesen las expresiones con que después de la muerte de su hermano se consolaban Marta y María en

la auserción de Jesús, puesto que sus expresiones al Salvador parecían dictadas por un mismo espíritu; pero como ambas á dos vivían de la fe, no tenían necesidad de concertarse y convenirse para producirse con un mismo lenguaje. Pero es preciso confesar que el carácter de María tenía alguna cosa de mas vivo y mas tierno, su corazón era sin duda mas sensible, y la gracia que en ella hacia obrar á la naturaleza la habia perfeccionado sin destruirla. Las lágrimas se le saltaron de los ojos tan luego como Jesús tomó en boca el nombre de su hermano, y bien presto se vió bañada de ellas, y los judíos que la habian seguido tampoco pudieron menos de llorar. Enterneciéndose sobremanera el corazón de Jesús al ver la ternura de María y la conmoción interior de cuantos se hallaban presentes, aunque conocia bien que era cosa inútil para la multitud de aquellos hombres endurecidos el ir á obrar á su vista el mayor de los milagros que hasta entonces habia obrado. No desconoció Jesús que si bien por entonces guardaban á su vista atención y urbanidad, bien presto mirarian á su adorable persona como á objeto de insultos y de desprecio, después de haber sido testigos de un prodigio sin ejemplo. Sin duda por esto se sobrecogió el Señor á su vista, exhaló un vehemente suspiro que nacia del fondo de su corazón, se entregó á una especie de turbación extraordinaria, la que quiso se notara en su semblante, y después de algunos momentos manifestó serenarse de un sobresalto que no habia querido suprimir, y dijo á los presentes con ademán modesto á la par que imponente y tranquilo: *Mostradme el lugar donde le enterrásteis.* Venid, Señor, y vereis, le respondieron. Mas al llegar Jesús cerca del sepulcro, dejó correr algunas lágrimas de sus divinas pupilas. Lección importante por la que nos enseña que si nos está mandada la sumisión y conformidad en la muerte de los amigos, no nos están vedadas las lágrimas.

Notables eran las de Jesús, por consiguiente no podian pasar desapercibidas por unos hombres que sin duda tenían en ellas la mejor parte, aunque no lo pensaban; pero ni conocieron su motivo ni su precio; y atribuyéndolas á un amor puramente humano, se dedician los unos á los otros: *¿Ved ahí cómo le amaba.* Poseídos otros del espíritu de blasfemia y de odio implacable del que debían avergonzarse, decíanse entre sí con desenfadado sarcasmo: ¿Este hom-

bre que obra tantos milagros y que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, no podia haber impedido que su amigo muriese? Como si dijeran: Nos engañó en el primer prodigio, ó si no que nos diga, ¿de dónde proviene el que le falten las fuerzas para obrar uno en la presente necesidad? Por mas llenos de humildad que parezcan estos discursos de los judíos, es innegable que injuriaban atrozmente la omnipotencia y la bondad de Jesús, y excitaron de nuevo en indignación. Suspiró otra vez, pero al parecer poseído de enojo, viéndose cercano á obrar un prodigio grande y extraordinario, pero que habia de hacer poca ó ninguna mella en el corazón de los incrédulos. Caminó hacia el sepulcro, que estaba cerrado con una enorme piedra, poseído empero de aquel funesto pensamiento que lo afligia, y al llegar al lugar oportuno detúvose y mandó que se abriera el sepulcro. Marta, la mayor de las dos hermanas, poseída de un dolor acervo y deramando abundantes lágrimas, se arrojó á los pies del Salvador y le dijo: ¡Ah! ¡Señor, que es lo que vais á hacer? Mi hermano está muerto cuatro días hace, y el hedor de su cuerpo ha de ser insufrible. Ni dexó Jesús ni condenó severamente la santa intención de Marta; pero reprendió su poca fe y la dijo: ¡No te acuerdas que te dije que si tenéis fe vereis cómo Dios será glorificado?

Esta reprensión amorosa no pudo menos de enardecer el corazón de Marta, obligándola á que ella misma diese el mayor impulso para que se ejecutasen con mayor presteza las órdenes del Salvador. Levantóse la piedra que cerraba el sepulcro, y tambien levantó Jesús sus ojos y su corazón al cielo; y dirigió á presencia de todos, en alta voz, esta tierna súplica y acción de gracias á su Eterno Padre, diciendo: *Padre mio, yo os doy gracias porque me habeis oído y concedido lo que os he suplicado en el secreto de mi corazón.* Yo sé bien que vos me oís siempre que á vos me dirijo y quiero ser oído; pero yo no lo deseo sino es por conformarme con vuestra voluntad; y como este pueblo que va á ser testigo de vuestro poder y del mio no está bastante instruido, quiero enseñarle que vos sois el que habeis oído mi petición, para que así conozca que sois vos el que me habeis enviado, y que siendo vuestro Hijo Dios, como vos, nada negáis á sus deseos.

La Majestad y la grandeza resplandecían en el tono amistoso y firmeza de voz con que Jesús hablaba. La divinidad se iba pintando y se traslucía en su semblante. Abierto ya el sepulcro se descubría en él por entre los lienzos en que estaba envuelto el cadáver sepultado de cuatro días, y despidiendo un hedor mortífero. Poseídos de un terror espantoso y sobrecogidos de un horror secreto, ni aun á respirar se atrevían todos los que estaban presentes. Solos los discípulos, acostumbrados á los milagros, se prometían sin duda ver en breve el mayor que jamás habían visto. Atónitas Marta y María lo esperaban con fe: los enemigos de Jesús lo estaban previendo y lo temían. El Hijo de Dios lo mandó y se abrió al instante. Levantó Jesús la voz, y con el tono y el imperio de la omnipotencia que solo convenia á su Majestad sobre la tierra, pronunció clara y distintamente estas tres palabras: *Lázaro, ven afuera.* Tenía el difunto atado con cintas sus pies y sus manos: cubierto estaba su rostro con un sudario, y todo su cuerpo envuelto en un lienzo. En este estado se levanta Lázaro, obediente á la voz de su Dios y Señor, y se deja ver lleno de vida y de salud. El que en los días de la creación soltó su aliento divino, abrió su boca eterna, y dijo, y todo quedó hecho; y mandó, y todo quedó criado; bien podía al imperio de su voz reanimar la tierra podrida, y hacer que cobrase nuevos alientos de vida. La Majestad y la grandeza de Dios brillan en el cielo y en la tierra, en la creación del mundo y en la resurrección de Lázaro, y con semejantes obras atestigua el Señor su omnipotencia y poder. Que lo desaten, dijo Jesús, y que lo dejen en libertad para que camine. Fue obedecido el Salvador, y Lázaro se juntó con la comitiva y caminó con ella á su casa de Bethania.

Cuando los Evangelistas sagrados cubren con el velo del silencio las esclarecidas páginas de este suceso admirable, y nada nos dicen de los afectos y sentimientos del inerte resucitado, del gozo y alegría de las dos hermanas, de los trasportes y demostraciones de su reconocimiento, y de lo que se afianzó la fe en sus corazones, en los de los apóstoles, y en los de otra porción crecida de los judíos de los que se hallaban presentes, justo es que nos sometamos también nosotros á los designios de la Providencia y que no entremos en la investigación de aquello que el Salvador quiso dejar como muy natu-

ral á la reflexión y consideración de todos los que se hallaron presentes y de cuantos pudiesen llegar á tener noticia del prodigio que había obrado. Por lo que mira á muchos de los judíos que habían pasado á Bethania para consolar á Marta y á María, no cabe duda fué para ellos un favor muy precioso el haberlos escogido el Señor para testigos de un suceso tan importante y decisivo. Muchos de ellos se rindieron inmediatamente á la impresión de la gracia; creyeron en Jesucristo como enviado é Hijo de Dios anunciado por los profetas, y aun algunos de ellos persuadidos que tenían en su mano una arma poderosa para vencer la incredulidad mas obstinada, corrieron á buscar á los fariseos, refiriéndoles circunstanciada y detalladamente cuanto acababan de presenciar y de ver. Nosotros hemos visto, dirían, lo que acaba de ejecutar Jesús Nazareno, á quien perseguís. Ha dado la vida á Lázaro, difunto de cuatro días, encerrado y corrompido en el sepulcro. Un milagro tan grande pone fuera de duda la divinidad de su persona; nosotros nos hemos inscrito en el número de sus discípulos, y hacemos alarde de creer en él.

Reflexiones tan juiciosas fundadas en un hecho tan glorioso como reciente y público, hubiera sin duda convencido á cualesquiera incrédulos con tal que conservasen algo de buena fe, asistiesen al predominio de la razón y no se negasen á creer aquello para cuya justificación se presentaban todos los motivos, para justificar la credibilidad. Solo consiguieron irritar mas y mas á unos hombres envidiosos, determinados por interés y por pasión á no creer pruebas algunas concluyentes en favor de un rival á quien querían perder. Así fué que instruidos los pontífices del milagro y asustados por sus consecuencias que preveían, juntaron un gran consejo, donde hicieron entrar á los pontífices y fariseos, y á todas las cabezas de la religión judaica, el que fué presidido por Caifás, que era su pontífice. ¿Qué importa que nada tuviesen ellos directamente contra la persona del Salvador, si estaban pegados al amor de las cosas presentes y al deseo de conservarlas? Solo esto bastaba para que persiguiesen á Cristo. El que está dominado del amor de las cosas presentes y visibles á riesgo de no aventurar la esperanza ó la posesión de estas cosas, olvida los bienes invisibles, cuales son la verdad, la justicia, los intereses de Dios, y desprecia el temor de los

males venideros con que amenaza Dios al mismo. Aun los mundanos suelen sacar la cara por Cristo, pero es cuando ayuda ó conviene al logro de sus deseos ó cuadra con sus pasiones.

En este concilio ó Sanhedrin fué donde quedó resuelta la muerte de Cristo, y ved ahí los términos con que se explicó el que abrió la conferencia: Nosotros estamos quietos y tranquilos, y miramos con indiferencia el objeto mas digno de nuestras peccaciones, y el que pide mas seria atencion y vigilancia. ¿Qué hacemos y por qué dilatamos el tomar una resolución que piden las circunstancias? Este hombre llamado Jesús, á quien inútilmente tanto tiempo ha procuramos desacreditar, va teniendo cada dia mayor estimacion en todos los espíritus del pueblo. El hace milagros sin número, no oímos hablar de otra cosa, y ahora recientemente acaba de resucitar á un muerto de cuatro dias. ¿Qué haremos? Por desprecio llaman hombre solamente al que sus obras mostraban tambien que era Dios. No decian, creamos, sino ¿qué hacemos? Confesaban la resurreccion de Lázaro, mas de ella hacian armas para consumar el proyecto inicuo que tenían maquinado contra su autor. Bien veían ellos que tales maravillas solo podia obrarlas quien tuviese de su parte la aprobacion de Dios y estuviere animado de la piedad, de la verdad y de la justicia; pero el justo que así obraba, el Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero, tenia contra sí el haberse declarado contra las leyes mundanas que gobernaban á los miembros de aquel concilio. ¿Qué extraño será que sea juzgado en él, no por la rectitud de la ley de Dios, sino por el interés personal, por el odio de la verdad y la envidia? Así es, que aunque atendido el preámbulo del concilio naturalmente, no podia salir de él sino una determinacion pacífica y muy honrosa al Hijo de Dios, sucedió todo lo contrario.

Cuando la injusticia, la venganza y el odio presiden los consejos y deliberaciones de los hombres, no pueden ser estas sino insensatas y sanguinarias, cubriéndose ordinariamente con el manto de la libertad y con el velo del bien público. Si dejamos, decían, por mas largo tiempo la libertad y la vida á este hombre, todo el mundo creerá en él como acababan de hacerlo muchos de nuestros convecinados que han visto la resurreccion de Lázaro, y el pueblo se unirá para hacer su rey á Jesús Nazareno, y sucederá que indignados los

romanos vendrán en gruesos ejércitos, destruirán nuestra ciudad, nos quitarán nuestros destinos, despoblarán el país de sus antiguos habitantes, á todos nos pasarán á cuchillo, y no será mas Palestina la tierra del pueblo de Dios. Otros males mayores y mas duros pudieran ellos temer de no proteger á Cristo; pero estos males no eran visibles ni presentes, y así no cabían en el temor del hombre carnal, que solo teme los infortunios y calamidades que tiene á la vista, porque solo ama los bienes y deleites caducos y transitorios. ¿Mas qué puede el hombre contra los consejos de Dios? ¿Queréis matarle para que no crean en él, y cabalmente su muerte ha de plantar la fe en la tierra? ¿No veis lo que está escrito en Isaías: Si diere la vida por el pecado, verá una larga posteridad [1]? ¿Qué posteridad es esta, sino la descendencia del verdadero Abraham, padre de los espirituales creyentes? Levantado en esa cruz donde le queréis enclavar, atraerá todas las cosas á sí. Ese será el trono de la misericordia para los miserables, fuente de todas las bendiciones, instrumento de la redencion, árbol de la vida; desde ese tribunal será juzgado el mundo cuyos partidarios sois vosotros, y destruido su príncipe de quien sois ministros.

Temíase segun ellos mismos indicaban que viniesen los romanos, porque si el pueblo hubiese dado en la idea de proclamarlo rey, habrían infringido el mandato que de ellos tenían, de no poder nombrarse rey sin su intervencion, de donde nacia el temor mas que respeto de contradecir al César. Con esta ceguedad no conocian habia llegado el tiempo predicho por los profetas. Si temian al César y le respetaban como emperador y rey, y de él habian de recibir el que les gobernase, ¿dónde habia ido á parar el poder de la Judea, y dónde estaba el cetro de la casa de Judá? Temian que si todos creyesen en Cristo no quedaria gente bastante para defender la ciudad y el templo contra el poder de los romanos, porque miraban á Cristo y á sus doctrinas como contrarias á la ley de Moisés y á las de su nacion y país. Temían y consultaban entre sí, pero entonces se verificó el dicho de David: Allí temblaron de temor donde no habia que temer [2]. Si hubiesen creído en Cristo

[1] Isaías, cap. 53, v. 10.

[2] Ps. 13, v.

y no lo hubiesen muerto, no hubieran perdido ni su lugar ni su gente; pero porque no temieron matarle, por esto todo lo perdieron. Los romanos no les quitaron su dominio hasta después de la pasión y muerte, y de la glorificación de Jesús. Temieron perder las cosas temporales y no cuidaron de las eternas, y así perdieron las unas y las otras. El temor de los fariseos era vano y de todo punto inverosímil, y ellos mismos lo confesaban, pues decían: *Si lo dejamos así todos creerán en él.* El temor era pues el que creyesen en Jesús. ¡Insensatos! Ignoraban que el que daba vista á los ciegos, vida á los muertos y gracia á tantos de su gente para que creyesen en él y le siguiesen, podía también atraer á sí á los romanos y hacer que lo creyeran? ¿Y esta es la desolación tan temida que creyéndole á él y no á vosotros, quede arrimada esa miserable reputación que os grangeais con la hipocresía? No conocieron bien los incrédulos hasta en adelante la inconsecuencia de su razonamiento y la verdad de las predicciones contrarias que les hacía Jesucristo. No por haber reconocido á su rey verdadero, sino es por haberlo desconocido, fueron oprimidos de todos los males que manifestaban temer.

Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice en aquel año, tomó la palabra, y en razón y uso de su autoridad les dijo: *Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que conviene que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nación.* Profecía fatal y principio funestísimo, de donde ha nacido en miles de ocasiones el que inocentes y justos, que regularmente siempre son los menos, hayan perecido en manos de los perversos é injustos, que por lo ordinario siempre son los mas. El bien común, dicen, es preferible al particular; por lo que importa poco que perezca uno para que se salve la comunidad. La envidia y la saña contra Jesús trastornaron su juicio y razón, porque en ningún caso ni ocasión es lícito matar al inocente y justo; pues con esto, lejos de procurarse el bien común, se procuran los medios de destruir por lo que aquel mismo mal que creían evitar por la muerte de Cristo, vino sobre ellos porque la verificaron. En pena de este pecado entraron los romanos en Jerusalem cuarenta y dos años después de la pasión de Cristo, y destruyeron completamente la Sinagoga, la ciudad y el

templo. Para Caifás era delito andar en dudas y deliberaciones para volver este caso. En la balanza de su corazón pesaba mas el interés personal y el dictamen de las pasiones, que la causa de la justicia y el peso de la verdad; el miedo incierto de la ruina temporal, que el temor sólido y fundado de los juicios de Dios. Y así trató de necios á los que se detenían un punto en resolver la importantísima cuestión que les había presentado. Astuto y sagaz como los falsos políticos y hombres de mala fe, doró sus aficiones, resentimientos y odios personales con los pretextos del bien público, de la tranquilidad del Estado y del adelantamiento de la nación. Como si no fuese posible que aun los que atienden al bien común no estuviesen expuestos á preferir los intereses materiales y personales á las leyes de la verdad y de la justicia, siendo como es muy fácil que los hombres de autoridad atropellen sin escrúpulo alguno la ley de Dios, teniendo aun la osadía de pretender gracias por ello.

Orgullosa Caifás por la concepción de su plan infernal, creyó cumpliría con los deberes de honor y de justicia, si á la felicidad imaginaria del pueblo sacrificaba la inocencia, la santidad y la justicia de su verdadero Libertador. Sea ó no justo, decía, sea ó no profeta, sea ó no el Cristo prometido en la ley, nada importa. El creer en Jesús puede desagradar á los romanos, esto es lo que interesa, pues no creamos en él. Para la gente carnal, mas temible era desagradar á un pueblo idólatra, que al verdadero Dios. Mayor mal es la pérdida de los bienes del mundo que la de la eterna felicidad. Porque moviéndose en todo por el interés de las pasiones y por el amor de las cosas presentes, no hacen caso de la ley de Dios ni de las razones espirituales que inspira la fe acerca de las cosas venideras. Pero cuando Caifás pronunció este oráculo, que se dirigía á condenar á muerte al mas Santo de los hombres, pronunció sin entenderlo un misterio profético, el cual jamás lo hubiera pronunciado si lo hubiese conocido. Hablaba Dios por aquella boca sacerdotal como por la boca de uno de sus ministros, que en medio de ser indigno de la dignidad que poseía, profetizaba y decía la verdad por solo el carácter que tenía. Hablaba bien y pensaba mal; su entendimiento estaba ciego y su corazón apasionado; pero se ha-

bia reservado el Dueño soberano el dominio y manejo de su lengua; y porque el mal sacerdote se había revestido de la dignidad pontifical, á él era á quien tocaba pronunciar los oráculos, y vino á ser profeta sin quererlo ser, y aun sin saber que lo era. El y todos los de su consejo tenían la desolacion de su país mas que la pérdida de sus almas. Por lo menos este temor falso ó verdadero fué el pretexto que tomaron para determinar entré si mismos desde aquel día que era preciso que Jesús muriese.

No siempre es la profecía, dice san Agustín [1], una señal manifiesta de santidad, como se ve en Caifás. Honró Dios en este mal pontífice la alteza de su dignidad, sirviéndose de su injusto juicio para anunciar por su boca el sacrificio del Hijo del hombre, y el fruto de aquella muerte que había de convertir un gran número de judíos y agregar los gentiles á la unidad, á la santidad y á la universalidad de la fe. Santo es el sacerdocio aun en los que lo profanan con sus malas costumbres; respetable y digna de crédito es la verdad aun en boca de los que la persiguen. Segun él era conveniente que Jesucristo muriese por su nacion, y no solamente por su nacion, como notó el historiador sagrado, si no es para juntar de la dispersion á todos los hijos de Dios para unirlos en su Iglesia, comprado á precio de su sangre, y para hacer entrar á todas las naciones en un mismo redil y bajo la conducta de un mismo Pastor. Este era el sentido de las palabras de Caifás, segun él profetizaba, lo que estaba muy lejos de su corazon. Anás, su suegro y su colega en el pontificado, no tuvo como él el don de profecía. No porque no se hallase elevado á la misma dignidad que su yerno, y porque esta dignidad no fuese perpétua, sino es porque no ejercia las funciones principales de ella durante aquel año, que segun la opinion mas probable era el treinta y tres y último de la vida de Cristo.

No era una ordenacion ú ordenanza de la ley el que hubiese dos pontífices que fuesen alteruando por años en las principales funciones del sacerdocio, sino un efecto de la ambicion de los judíos y de la avaricia de los romanos, porque con arrogio á aquella no debía haber mas que un sumo sacerdote, y este debía serlo por toda la vi-

[1] Div. Augus. Tract. 49 in Joann.

da, pero como los romanos se habían apropiado el derecho de nombrarlo, nombraban uno, dos ó mas, segun era el número de pretendientes y el tanto que pagaban para obtener aquella suprema dignidad. Anás y Caifás turnaban por un año en el ejercicio; el que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la Expiacion, era el pontífice del año corriente, de manera que se miraban como pontífices que alternaban, no en cuanto á la dignidad, que nunca perdian, sino es por lo que toca á las funciones que ejercian por su turno. La prodiccion de Caifás excitó la cólera y la indignacion de todos, y se pronunció la sentencia de muerte contra Jesús, siendo muy digno de notar que en aquel concilio entraron los hombres de mayor reputacion, ciencia, sabiduria, y de mayor virtud al parecer que había en Jerusalem.

Estos hombres, presumidos de sabios, olvidaron repentinamente un crecido número de profecías y un cúmulo inmenso de milagros que cada dia se obraban á su vista, y que por lo mismo no se podían contradecir; y se tomó la impia resolucion de hacer morir injustamente al Profeta mas grande que jamás había visto su nacion. Olvidaron que aquel hombre se llamaba Cristo, que había aparecido con todas sus señales y en el tiempo mismo en que se esperaba, y apoyaron su resolucion con los motivos mas capaces de hacer respetable la persona y los dias de aquel, y lograr que fuese adorado por Hijo de Dios. ¡Cuánto pues no deberán temerse los consejos y las resoluciones de los hombres, cuando la pasion, las preocupaciones y el interés toman el lugar que en su corazon debieran tener la justicia, la razon y las reglas que la religion sugiere, para que nunca la virtud y la inocencia sean atropelladas por la injusticia y la sinrazon! Los pueblos se ven corrompidos con la apariencia de la autoridad, y suponiendo que sin exámen alguno que la justicia reside donde debía hallarse, se extravían fácilmente por los depravados consejos de los que se ingieren á conducirlos y gobernarlos. Este fué uno, y acaso el mas firme apoyo de ejecutar la maldad, mucho tiempo antes proyectada. Los fariseos tenían muy adentro del corazon el deseo de acabar con Jesús; el senado amenazaba con severísimas penas al que creyese que él era el Mesías; los sacerdotes y los doctores de la ley le habían armado mil lazos para sacarle reo

de Estado y de religion; y aunque hasta entonces nada habian resuelto por temor al mismo pueblo, inflamados los ánimos por la profecía de Caifás, cambiaron repentinamente todos sus corazones. Lo que antes solo era un proyecto ó deseo de matar á Jesús, se convirtió en una resolución absoluta que trataron desde luego de poner por obra. ¡Oh, y cuánto influye en la desmoralización de un pueblo y de los magistrados subalternos el escándalo que en muchas ocasiones da el que preside, con sus malos consejos y doctrinas! No es extraño que al contemplarlo san Agustín exclame y diga: ¡Oh consejo detestable! ¡Oh pésimos jefes del pueblo! ¡Oh perversísimos consejeros! ¡Qué haceis, miserablés! ¡Qué furor tan extraordinario es el que os agita? ¡Qué ordenación es esta tan atroz! ¡Qué resolución y qué propósito? ¡Qué causa, en fin, es la que os mueve á una tan espantosa conjuración contra Jesucristo? ¡No está el mismo por ventura en medio de vosotros, aunque no lo conocéis, y entiende todas vuestras palabras y escurridia todos vuestros mas ocultos pensamientos! Sucederá, sí, como determinásteis, pero no será por vuestra deliberación, sino porque llegó la hora, y el Padre lo entregará en vuestras manos.

En efecto, muchos siglos hacia que el Espíritu de Dios habia confiado á las Escrituras la predicción circunstanciada de los horrores groseros de este tribunal, incompetente en punto del Mesías futuro. Según los oráculos de los profetas, convenia creer que Jesucristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el senado de su nación. Los violentos procederes de la Sinagoga contra su verdadero rey, previstos y anunciados como una de las señales con que debían reconocerle, no formaban prescripción alguna admisible contra sus legítimas pretensiones, y eran una condenación clara de aquellos de quien nacían. En falta de la autoridad de un tribunal que diese á conocer con toda claridad al Mesías enviado, autorizándole tan completamente sus doctrinas y los portentos y milagros que obraba, pertenecía á Dios hacer tan evidentemente creíble la misión de su Hijo, que no podia ser dudosa ni sospechosa á personas de un corazón recto y de buena voluntad. A los judíos que conocían y sabían el tiempo señalado para la venida de Cristo, tocaba estudiar y considerar bien á Je-

sús, que se daba públicamente por el Mesías anunciado y por el Legislador prometido. Mas de treinta y dos años hacia que habia venido Jesús al mundo en el tiempo preciso en que era el Mesías esperado. Era Hijo de una Virgen; su nacimiento habia sido anunciado á los judíos y á los gentiles; se habia dado á conocer en medio de las naciones idólatras, y en toda su vida no habia hecho otra cosa sino perfeccionar en su persona el retrato entero de Cristo, con su doctrina, con su santidad, con sus milagros y con el cumplimiento literal de todas las profecías que miraban á aquella. Las almas crédulas y sencillas, los hombres de buena fe y todas las personas que tenían en su corazón el espíritu de la ley, no le negaron la confianza pública; no obstante eso, aun no estaba todo concluido, y la resurrección de un muerto de cuatro días y corrompido en el sepulcro elevaba todos los antecedentes de Jesús al grado mas alto de la evidencia, para que fuese reconocido por el Mesías. Pero el último golpe decisivo era la muerte de Cristo en una cruz, ordenada por la Sinagoga, padecida de mano de los extrajeros, acompañada de las circunstancias profetizadas, seguida después de tres días de su gloriosa resurrección, y coronada con la ascensión á la diestra de su Padre. Esta era puntualmente la señal del profeta Jonás, la que llamaba sin cesar á los espíritus que en su tiempo se tenían por fuertes, y á los incrédulos de su nación, la que verificada, ninguna duda debia quedarles de que aquel era el Mesías por quien tanto sus padres habian suspirado.

Aunque esta hora y este tiempo se acercaba mucho, no habia llegado; y convenia manifestar que se tomaban precauciones para evitar la persecución de los judíos. Después de la resurrección de Lázaro, salió de los contornos de Jerusalén, donde nadie lo juzgaba seguro contra las sorpresas y la violencia de una liga casi general. Dijo la casa donde habia obrado aquel tan interesante y ruidoso prodigio, y resuelto á volver á ella después de algunos días, pasó á un paraje que se llamaba los Desiertos de Judea, donde se hallaba la pequeña ciudad Epifron, distante de la capital cerca de ocho horas de camino. El Adán terreno quiso esconderse de Dios; el Adán celestial se esconde de los hombres. El primero mostró en

su fuga el espanto y terror que le había causado su inobediencia; el segundo se ausenta con infinito poder para aguardar el tiempo del sacrificio que el Padre había determinado. Gran consuelo es para los defensores de la verdad ver á la verdad misma oculta, fugitiva, blasfemada y perseguida de muerte. Este ha sido el gozo de los mártires, este el regalo de los confesores de Cristo, este es ahora y será siempre el aliento de aquellos que por conseguirle á él se aventuran al odio y á la persecucion del mundo que es su enemigo. Envidiable empero es la ciudad que acoge á Cristo perseguido; imitanla los cristianos celosos que defienden la causa de Dios contra las sátiras de la gente libre que tan de sobra anda por el mundo. Espantoso juicio es ese; pasar Cristo de los campos fértiles de la Judea á la tierra seca y estéril de los gentiles, para derramar en ella la fecundidad de la gracia que había desmerecido la Sinagoga. ¡Ay del odio y de la ojeriza contra la verdad! Pecado es este enormouso, el cual suele castigar Dios con la ceguedad y dureza penal, que es como un correo de la final impenitencia. Si el hombre cuyo corazon anda extraviado, y niega voluntariamente la verdad, ó la repudia y la abandona después que tuvo la dicha de conocerla, fuese capaz de comprender toda la terribilidad de esta espantosa amenaza, seguramente que abandonaria su error y volveria reconocido á buscar á Jesucristo para unirse estrechamente con él. No pertenecen á la escuela del Salvador los que le abandonan en los tiempos ásperos, y no se unen mas íntimamente con él cuando se encona y sube de punto la ira y el furor de sus enemigos. Ejemplo nuestro fué el apartarse Cristo á la soledad en los dias próximos á su muerte. ¿Cómo nos prometemos morir cristianamente si con Cristo y como Cristo no nos preparamos? Un grano pequeño produce un grande árbol; así es como siempre debemos adelantar y crecer. Un hijo debe semejar á su padre, una imagen á su original, un efecto á su causa, un discípulo á su maestro, un soldado á su capitán. Sed perfectos, como vuestro Padre es perfecto; haced, dice nuestro grande Capitán, lo que veis que yo hago; escuchad mis palabras é imitad mis ejemplos. El que no se aprovecha en la escuela de Jesucristo, no merece ser su discípulo.

Es necesario trabajar mucho para llegar á la perfeccion y gozar de la tranquilidad del espíritu. Dios posee su felicidad sin movimiento ni fatiga; pero el hombre no consigue la suya sin muchos afanes. Nunca será feliz como no se haga mucha violencia. Jesucristo huye y al parecer se esconde antes de entrar en lucha con la muerte. Prepárate con la huida del mundo para cuando llegue aquella hora, y vencerás en ella.

ORACION.

Benignísimo Jesús, que te dignaste resucitar á Lázaro después de cuatro dias de muerto y corrompido en el sepulcro, que le hiciste desatar las ligaduras con que estaba atado para que pudiese caminar con libertad; muéstrame, te ruego, tus entrañas de misericordia sobre este pecador miserable, atado con las ligaduras de la mala costumbre, sepultado y corrompido en el fetido sepulcro del pecado; y ya que por el grande amor que tenias á tu amigo llorando sobre su sepulcro, sean tus lágrimas, oh Jesús mío, principio del dolor con que debo yo llorar mis pecados. No llore mas desde hoy en adelante por la carestia y falta de los bienes terrenos, sino la pérdida de tu gracia y de tu amor, por la cual estoy muerto á tus ojos. Ven á mí, Señor; ven á esta alma redimida por tí. Ven y sácame del sepulcro de la muerte y del seno de la podredumbre donde me halló sumergido, para que reviva con la benigna influencia de tu gracia. Tú eres, Señor, el Angel del gran consejo, y sin embargo permítete que se reúna contra tí el consejo de los malignantes, á los que no quisiste resistir con tu omnipotencia, prefiriendo darme el ejemplo de huir por el camino de la resignacion y de la paciencia; no me abandones pues en las aflicciones y penalidades de la vida, dirigiéndome por el camino recto cuando fueren errados mis juicios, y librándome de ser juzgado por los consejos inicuos y temerarios de los hombres. Séale yo, Jesús mío, compañero fiel en la persecucion que padoces de parte del mundo, para que viviendo constantemente unido á tí en esta vida por gracia, merezca al salir de ella poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al undécimo del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 54.

La Iglesia usa de este mismo texto para el Evangelio del viernes de la cuarta semana de Cuaresma, desde el versículo 1 hasta el 45.

Y para el Evangelio de la misa del viernes de Pasión, desde el versículo 47 hasta el 54, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA CUARTA SEMANA
DE CUARESMA.

San Juan, cap. XI, vs. 1 al 45.

En aquel tiempo estaba malo un hombre llamado Lázaro, de Bethania, aldea de María y Marta, sus hermanas (y María era la que ungió al Señor con el unguento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo). Envióntele pues á decir sus hermanas: Señor, mira que el que amas está enfermo. Oyendo esto Jesús les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios. Amaba Jesús á Marta, y á su hermana María, y á Lázaro. Habiendo pues oído que estaba enfermo, se detuvo aun dos días en aquel lugar. Después de esto dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Dícenle los discípulos: Maestro, hace poco que los judíos te querían apedrear, ¿y vas allá otra vez? Respondió Jesús: ¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anduviere de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto añadió: Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy yo á despertarle del sueño. Dijéronle sus discípulos: Señor, si duerme, sano estará. Había dicho esto Jesús de la muerte de Lázaro, mas ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro es muerto, y yo por vosotros me alegro de no haberme encontrado allí para que creáis. Pero vamos allí, dijo entonces Tomás, llamado Didimo, á sus discipulos: vamos también nosotros á mo-

rir con él. Llegó pues Jesús y halló que había cuatro días que estaba en el sepulcro (distaba Bethania de Jerusalem como quince estadios). Y habían ido muchos judíos á consolar á Marta y á María por la muerte de su hermano. Marta pues, luego que oyó que Jesús venía, le salió al camino, y María se quedó en casa. Dijo pues Marta á Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; mas también sé que aun ahora todo lo que pidiere á Dios te lo concederá Dios. Dícete Jesús: Resucitará tu hermano. Dícete Marta: Sé que resucitará en la resurrección, en el postrero día. Dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente. ¿Crees esto? Dijo: Sí, Señor; creído tengo que tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Dicho esto se fué y llamó en secreto á María su hermana diciendo: Aquí está el Maestro y te llama. Ella, oído esto, levántase al punto y viene á él; porque aun no había llegado Jesús á la aldea, mas todavía estaba en el sitio donde Marta le salió á recibir. Entonces los judíos que estaban con ella en casa consolándola, como vieron que María tan de prisa se había levantado y salido, la siguieron diciendo: ¿Qué, va al sepulcro á llorar allí? María pues, habiendo llegado á donde estaba Jesús, viéndole, se le echó á los pies y le dice: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Jesús entonces viéndola llorar, y á los judíos que habían ido con ella tambien llorando, conmoviéndose en el espíritu y se turbó asimismo y dijo: ¿Dónde le pasasteis? Dícenle: Señor, ven y velo. Y lloró Jesús. Y dijeron los judíos: Mirad cómo lo amaba. Y algunos de ellos dijeron: Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber hecho que este no muriese? Y Jesús, conmoviéndose otra vez en sí mismo, fué al sepulcro. Esto era una cueva, la cual tenía una losa encima. Dijo Jesús: Quitad la losa. Dícete María: Señor, hiede ya, que es de cuatro días. Dícete Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa, y Jesús, levantando otra vez los ojos dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído. Bien sabía yo que siempre me oyes, mas por la gente que es-

tá en mi derredor lo dije, y para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto clamó en alta voz: Lázaro, ven fuera; y al punto salió el que había muerto, atados los piés y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Díjoles Jesús: Desatadle y déjadle ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEMANA DE PASION.

San Juan, cap. XI, vs. 47 al 54.

En aquel tiempo los pontífices y los fariseos juntaron concilio contra Jesús y dijeron: ¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos, y arruinarán nuestro pueblo y nuestra nación. Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la nación. Pero esto no lo dijo de suyo; mas como era pontífice aquel año, profetizó que Jesucristo había de morir por la nación, y no solo por aquella nación, mas también para que juntasen en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día maquinaban cómo matarían á Jesús. De manera que Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, mas fué á la tierra que está junto al desierto á una ciudad que se llamaba Ephrem, y allí se estaba con sus discípulos.

CAPITULO XVI.

CURA EL SEÑOR A DIEZ LEPROSOS: LOS SAMARITANOS SE NEGAN A RECIBIRLE.

Corrían con mucha velocidad los días, y los sucesos de la vida de Jesús se multiplicaban también con la mayor rapidez, porque quería dejar perfectamente consumada la obra que su Padre le había confiado, dándose á conocer á judíos y á gentiles, á paganos é idólatras, y á todas las naciones de la tierra, cualquiera que fuese la oscuridad y la sombra en que viviesen. No sabemos á qué distancia de la ciudad santa se encontraría Jesús cuando obró otro de los mas singulares prodigios que acostumbraba en beneficio de diez desventurados, cuyos actos de caridad y beneficencia eran el único alivio que concedía, á las fatigas de sus viajes, que no por eso dejaba de emplear en obsequio de la instrucción de cuantos le acompañaban y seguían. Había pasado Jesús por en medio de Samaria y de Galilea, cuando llegando á un borgo ó cantón de esta última provincia, le salieron al encuentro diez leprosos, aunque sin acercarse á él, porque la ley lo prohibía, y levantando cuanto pudieran

tá en mi derredor lo dije, y para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto clamó en alta voz: Lázaro, ven fuera; y al punto salió el que había muerto, atados los piés y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Díjoles Jesús: Desatadle y déjadle ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEMANA DE PASION.

San Juan, cap. XI, vs. 47 al 54.

En aquel tiempo los pontífices y los fariseos juntaron concilio contra Jesús y dijeron: ¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos, y arruinarán nuestro pueblo y nuestra nación. Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la nación. Pero esto no lo dijo de suyo; mas como era pontífice aquel año, profetizó que Jesucristo había de morir por la nación, y no solo por aquella nación, mas también para que juntasen en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día maquinaban cómo matarían á Jesús. De manera que Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, mas fué á la tierra que está junto al desierto á una ciudad que se llamaba Ephrem, y allí se estaba con sus discípulos.

CAPITULO XVI.

CURA EL SEÑOR A DIEZ LEPROSOS: LOS SAMARITANOS SE NEGAN A RECIBIRLE.

Corrían con mucha velocidad los días, y los sucesos de la vida de Jesús se multiplicaban también con la mayor rapidez, porque quería dejar perfectamente consumada la obra que su Padre le había confiado, dándose á conocer á judíos y á gentiles, á paganos é idólatras, y á todas las naciones de la tierra, cualquiera que fuese la oscuridad y la sombra en que viviesen. No sabemos á qué distancia de la ciudad santa se encontraría Jesús cuando obró otro de los mas singulares prodigios que acostumbraba en beneficio de diez desventurados, cuyos actos de caridad y beneficencia eran el único alivio que concedía, á las fatigas de sus viajes, que no por eso dejaba de emplear en obsequio de la instrucción de cuantos le acompañaban y seguían. Había pasado Jesús por en medio de Samaria y de Galilea, cuando llegando á un borgo ó cantón de esta última provincia, le salieron al encuentro diez leprosos, aunque sin acercarse á él, porque la ley lo prohibía, y levantando cuanto pudieran

la voz, dijeron: *Jesús, Maestro y doctor de Israel, tened piedad de nosotros.*

Segun la narracion de san Lucas, parece que no todos eran de una misma religion, aunque los habia juntado la miseria comun, y el deseo de recobrar la salud los impelia á buscar con afan al unico que podia dársela. No habia comercio ó comunión entre judíos y samaritanos, pero habia pasado Jesús por medio de ambas ciudades; y como siempre la fama de sus milagros era el clarín sonoro que le precedia, de una y otra habian acudido á él los necesitados á quienes habia hermanado el mismo padecer. Maravillanos el ver á esta multitud de leprosos, y no nos espanta el mayor número de pecadores que ellos representaban. ¡Cuántos de estos se unen en los afectos y en los proyectos malos, y cuán pocos para solicitar y pedir su remedio! Si tanto asco causa la lepra á los ojos del cuerpo, ¡qué honra nos causaria el pecado si supiésemos contemplarle con viva fe? ¡Y quién podría sufrir la presencia de tantas gentes como viven en pecado mortal, si quitásemos el velo de todas las apariencias que deslumbran los ojos de la carne, y se mostrase la lepra espiritual que tiene su corazón tan aseado y desfigurado? Mandar la ley que nadie tuviese comercio con los leprosos, y que fuesen echados de los pueblos. Tan triste era su condicion como la de los difuntos. Viva imagen de un cristiano que peca, el cual es arrojado de la verdadera Jerusalem su patria, desmerece el nombre de hijo de Dios, y ya no pertenece á los que viven del Espíritu de Dios que es su gracia, sino á los muertos que viven del espíritu del mundo. ¡Qué diremos del que teniendo en sí y tal vez amando la lepra del pecado quiere ser admitido entre los limpios á la participacion de los santos misterios? No es extraño que aquellos leprosos que estos otros representaban, arrojados de la ciudad clamasen al Salvador en alta voz; pues ningún otro recurso le queda al miserable, sino la agena misericordia.

Fueron oídas sus súplicas, y el Salvador, que hace alarde de consolar á los que á él acuden, no tardó ni un solo instante en prodigarles el que le pedian, y les dijo: *Id, mostraos á los sacerdotes.* Sucedió esto cuando ya el Salvador por causa de Jús había co-

menzado á disimular su potestad en la operacion de los milagros. Por lo mismo, sin dejar que llegasen á él, se contentó con decirles en alta voz que se presentasen á los sacerdotes, los cuales solo tenían derecho para juzgar de la curacion de la lepra, y restablecer á los leprosos en la sociedad civil, después de expiados por medio del sacrificio. Por consiguiente, parecia suponer la orden de Jesús que ya estaban curados. En verdad no lo estaban, pero la idea que tenían del poder y de la sabiduría del Médico cuyo socorro habian impiorado, les hizo juzgar que lo estarían antes de su arribo, en lo que no se equivocaron, pues caminando con esta confianza, estando aun en el camino, desapareció la lepra.

El Evangelista no nos dice sino que Jesús los miró y los curó. Esta es aquella mirada de la infinita piedad que humilla el corazón y le deja taladrado de dolor y convertido. A la vista y mirada de Jesús sucedió el mandato; pero es preciso advertir que habia precedido la súplica, esto es, la oracion. Esta fué oída y bien despachada, porque la acompañaba la sumision y la siguió la pronta obediencia, lo que nos enseña que es vana la oracion si no está acompañada de la humildad, y que es estéril é infructuosa la penitencia que no se sujeta á las leyes y al orden que tiene establecido la Iglesia. El milagro de la curacion no les impidió el obedecer la orden que habian recibido. Presentáronse á los sacerdotes é hicieron autentificar su cura, separándose después; y uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios á presencia de todos los que acompañaban al Salvador, dándole gracias en alta voz. ¡Cuántos abren la boca para pedir á Dios, y cuán pocos para darle gracias! Muy escaso anda entre los fieles el espíritu de gratitud; oremos por nuestros intereses, pero sin cuidar de que resulte á Dios la gloria que por tantos títulos se le debe. Nada mas propio que orar cuando se ve uno atribulado; pero nada mas justo que dar gracias cuando es atendido, y procurar no desmerecer la misericordia de aquel que premia suficientemente, vista la gratitud y la perseverancia.

El agradecido volvía por el camino alabando á Dios. No era su alabanza vana y su gratitud fingida, pues que en llegando á la pre-

sencia de su bienhechor se postró á sus piés, pegó su rostio contra la tierra y dió las mayores inuestras de agradecimiento. ¡Qué bien parece á los piés de su bienhechor el hombre que confiesa su indignidad y ensalte el bien que ha recibido! Si no es completo el agradecimiento que no va acompañado de la humildad, ¡qué diremos de los que viviendo en pecado se juzgan acreedores á la gracia de Dios y cuentan con ella para el fin de su vida? Lo que es enropo mas admirable y digno de reparo es que el que manifestó tanta gratitud era samaritano, esto es, uno de aquellos hombres que trataban los judíos de extranjeros y de cismáticos; porque aunque descendientes de Jacob, se habia emancipado de la dominacion de Judea, y no reconocían la obligacion impuesta á todos los israelitas de adorar á Dios y ofrecerle sacrificios en su templo de Jerusalem. No son siempre mas agradecidos á Dios y mas humildes los que por educacion ó profesion están consagrados á él largos años. Cayeron en la ingratitud los otros nueve judíos que la condenaban, porque engañados por los sacerdotes á quienes se presentaron, no atribuyeron su curacion al milagro que Jesús habia obrado con ellos, sino á la observancia de la ley, presentándose á los sacerdotes.

Viendo Jesucristo á sus piés solo un samaritano, manifestó la extrañeza que le causaba esta novedad y dijo: ¿No eran diez los que yo he limpiado de la lepra? ¿Dónde quedan los otros nueve? No pregunta el Señor como ignorando, aunque bajo este concepto pregunta por los ingratos doliéndose de su ingratitud, y buscándoles da á entender que le son desconocidos, esto es, reprobados. Así como el ingrato no reconoce el beneficio recibido de Dios, así tambien desconoce el Señor al ingrato que le desprecia y se hace como olvidadizo del beneficio recibido. ¿Quién no tiene la falta de fe y la sobra de orgullo de donde nació esta dureza judaica? Por la falta de fe desconocieron los judíos el valor de los dones de Dios, y no cuidaron de agradecerlos como debian. El samaritano fiel, agradecido y humilde, condena á los judíos soberbios, desconocidos é ingratos; por esto al contemplarle Jesús rendido á sus piés le dijo: Levántate y vuélvete á tu casa; tu fe es la que te ha salvado. Obedeció el leproso, y segun la palabra del Médico omnipotente el

debió el milagro á su fé y á su confianza, lugar tenemos de presumir que en adelante aun mereció favores mas grandes por su agradecimiento, y que este hizo de él uno de los mas fieles discípulos de su libertador.

Como Jesucristo queria andar muchas veces por los caminos y entrar en las ciudades ignorado y desconocido, en otras parece que preferia entrar en ellas con todo conocimiento de sus habitantes, y así fué que queriendo pasar por última vez por la ciudad de Samaria con el objeto de dar á los samaritanos otras grandes é importantes lecciones, envió á dos de sus apóstoles, á saber, Jaime y Juan, para que le preparasen hospedaje. De esta ciudad, en otro tiempo tan populosa, apenas quedó hoy rastro ó vestigio alguno. Ni una sola casa se registra en el anchuroso espacio que ella ocupó, y tan solo se observan en su distrito dos pequeñas iglesias; una sobre la eminencia de un monte en el mismo lugar que antes ocupaba el palacio de sus reyes, y la otra edificada en honor de san Juan Bautista, en la que fué sepultado el santo precursor entre los cadáveres de los profetas Abdías y Eliseo. Envidiosos los samaritanos de las glorias del templo de Jerusalem, y enemigos de todos los que concurrían allí para adorar á Dios, aborrecían á Jesús, no solo porque sabian el gran respeto que tenia á la ciudad santa y al templo, sino porque le veian inclinado á marchar allí con motivo de la celebracion de la última pascua, por lo que no quisieron recibirle en su ciudad ni aun darle hospedaje; sobre lo que dice san Gerónimo [1]: Entre los samaritanos y los judíos habia una gran discordancia sobre el lugar donde habian de dar culto y adoracion á Dios. Los samaritanos preferian el monte *Garizim* á Jerusalem, y viendo que Jesús marchaba á esta ciudad, á la que miraban como á su rival y enemiga, no quisieron recibirle, aunque parece que esto puede tener otra inteligencia. Puede decirse que fué voluntad del Señor Dios su Padre el que no fuese recibida por los samaritanos, puesto que marchaba á Jerusalem para padecer y derramar su sangre, no fuese cosa que entretenido con la recepcion que los samaritanos le hiciesen, y ocupado en su ensenanza, difiriese el día de la pasion

[1] Div. Hieronim. quest. 5 ad Agliciam.

que habia venido á sufrir por los hombres. Así que, si marchando Jesús á Jerusalem lo resistieron los samaritanos, también debes pensar tú que si al cielo quieres dirigir tus pasos, tendrás en la tierra rñas, odios y discordias que te harán la guerra, pero no desmayes y en cuanto puedas procura ser te útil á tí mismo.

No se alteró por esta repulsa el corazón mansísimo del Salvador, sino que quedó en medio de la mayor tranquilidad para darnos ejemplo de que cualquiera que sea la tribulación que contra nosotros el mundo levanta, debemos acudir á él que es nuestro gozo y nuestra salud, animándonos con su ejemplo á padecer y sufrir con la mayor buena voluntad y alegría. Prueba es de un corazón pacífico y verdaderamente resignado y conforme con la voluntad de Dios, sentir pena cuando con gozos el mundo nos regala, y alegrarnos con cualesquiera pena y aflicciones con que quiere afligirnos. El modo de dulcificar nuestras penas es unir las con las de Cristo; y como estas son siempre infinitamente mayores que las que pueden sobrevénirnos, unidas las nuestras con aquellas, nos parecerán siempre sobremedida dulces.

Los dos apóstoles, Jaime y Juan, se enardecieron en extremo; y viendo la ingratitude de los samaritanos para con su Maestro, le dijeron de esta manera: Señor, ¿quieres que digamos baje fuego del cielo y consuma á estos que no han querido recibirte? ¡Oh, cuánta y cuán grande era la fe que tenían en Jesús, pues creían que con solo pedirle este permiso era muy suficiente para que se viese verificado su deseo! Pero Jesús estaba muy lejos de pensar como ellos; y si en otro tiempo fué con este motivo alabado el celo de Elías, en esta ocasión fué altamente reprobado en el de sus apóstoles. No era la caridad, ni el amor á la corrección verdadera, ni el deseo de ver acabada la malicia de aquel pueblo lo que su celo dirigía, sino mas bien la impaciencia y la indiscreción, y el deseo de la venganza. Por esto Jesús, mirándolos con rostro airado les dijo: No sabéis á qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre cuyo ejemplo de mansedumbre y lenidad debéis imitar, no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos. Significándoles con esto que siempre es indiscreto el celo si no lo modera una discreta volun-

tad. Y el venerable Beda en la exposicion de este lugar dice [1]: Les ha dicho el Señor: ¿No sabéis á qué espíritu pertenecéis? porque pertenecéis al Espíritu Santo, que es bueno y suave; y como no reconocéis bien que estais marcados con este Espíritu de amor y de paz, por esto queréis tomar una venganza por el espíritu de odio, lo que de ninguna manera es lícito á los siervos de Dios, y les añadió: El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas por el rigor de su justicia imponiéndolas desde luego la pena de muerte como vosotros deseais, sino que ha venido para salvarlas por la misericordia y por la relajacion de la pena; esto es lo que mas conviene para los miserables, pues mas pronto se salvan por el amor que por el rigor. Y san Crisóstomo concluye [2]: Jamás provoquemos la venganza contra otro, porque nosotros mismos aflamos la espalda y abrimos mayor herida en el seno de nuestro propio corazón. Si alguno nos afligió y causó algun daño y queremos vengarnos de él, no nos vengueemos. La mejor venganza es no vengarnos aunque podamos. Si no te vengas, haces á Dios enemigo del que te ofendió y serás vengado á su tiempo, pues á su pueblo dijo Dios: "Mia es la venganza y yo les daré el pago á su tiempo para derro-
"car su pié: cerca está ya el día de su perdicion, y ese plazo viene
"volando. Ved como yo soy el solo y único Dios, y como no hay
"otro fuera de mí. Yo mato y yo doy vida; yo hiero, yo curo, y
"no hay quien pueda librar á nadie de mi poder. Alzaré mi ma-
"no al cielo y diré: Vivo yo para siempre; que si aguzare mi espa-
"da y la hiciere como el rayo, y empuñare en mi mano la justicia,
"tomaré venganza de mis enemigos y daré el pago á los que me
"aborrecen. Ensalzad, oh naciones, á su pueblo, porque el Señor
"vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus ene-
"migos, y derramará su misericordia sobre la tierra del pueblo su-
"yo [3]."

El Señor pues, que anunció con toda claridad que todas las cosas cedían á su vista, es el que así habla y esto dice. Si pues tú aborreces á aquel que contra tí pecó y de él quieres tomar venganza,

[1] Ven. Bed. in cap. 9 Lucæ.

[2] Div. Crisostom. Hom. 50 in Joann.

[3] Deutor. cap. 32, v. 36 et seqs.

¡por qué no adviertes que con esto pecas y caes en la misma pena que condenas! Si fueses por tanto insultado, á nadie insultes; si fueses herido, á nadie hieras; si te vieses molesto y afligido, á nadie alijas ni molestes, porque si lo contrario hirieres, ninguna ventaja para tí reportas, antes bien te haces en todo semejante á aquel á quien condenas. Nunca un mal sanó á otro mal; todos los males se curan con sus contrarios. El contrario de la venganza es la caridad, siempre mansa, humilde y afable.

ORACION.

Dulcísimo Jesús y amantísimo Padre mío; yo, miserable leproso, cubierto con la asquerosa variedad de mis pecados, vengo á tí, piadosísimo Médico, confiado en la multitud de tus misericordias: yo, sucio y manchado, corro á tí, que eres limpio y purísimo, para que te dignes sanar mi enfermedad, lavar mi fealdad y dirigirme por el camino de la salud. Concédeme que siempre tenga presentes tus beneficios y que te dé continuas gracias por los muchos que me has dispensado. Dóteles por mí la bienaventurada la Virgen María y todos los santos y ciudadanos del cielo, juntamente con todas las criaturas de la tierra. Acaba, Señor, esta obra que tú mismo has empezado, y puesto que no te vengaste de los samaritanos que se negaron á recibirte, sino que sufriendolo con paciencia y humildad te marchaste á otro lugar, no me condenes á esta pena, aunque alguna vez por mis culpas y pecados te arroje de mí; antes al contrario, llámame con tu misericordia, admíteme con tu amor, úneme contigo con la gracia, y no permítas que vuelva á hacerme indigno de tu dulce compañía. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XVII de san Lucas, desde el versículo 11 hasta el 19; y al IX del mismo, desde el versículo 15 el 56, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del capítulo XVII como propio de la misa de la Dominica decimatercia después de Pentecostés; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DECIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XVII, vs. 11 al 19.

En aquel tiempo, yendo Jesús á Jerusalem, pasaba por medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en una aldea le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz diciendo: Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros. Luego que los vió les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y aconteció que yendo ellos, quedaron limpios. Entonces el uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios en alta voz, y se prostró á sus pies, rostro por tierra, dándole gracias, y este era samaritano. Y respondiendo Jesús dijo: ¿No son diez los que han quedado limpios? ¿Pues los nueve dónde están? No hubo quien volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero, y le dijo: Levántate, vete, tu fe te ha salvado.

CAPITULO XVII.

CONTESTA JESUS A LA PETICION DE LA MADRE DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO; DA VISTA A UN CIEGO ANTES DE ENTRAR EN JERICÓ; LLAMA DESPUES A SAQUEO, Y AL SALIR DE DICHA CIUDAD ILUMINA A OTROS DOS CIEGOS.

Cosas hay en el mundo que cuanto mas se presentan á la vista y consideracion de los hombres, tanto mas oscuras é irrealizables les parecen, ya porque miradas por una parte, son, ó al menos parecen absurdas, ya porque contempladas por otra no ofrecen á la consideracion humana mas que motivos de incredulidad. Una de estas era la pasion del Hijo de Dios tantas veces anunciada por el mismo á sus apóstoles, con tan minuciosos detalles, que no se comprende cómo podian dudar de ella ni un solo instante, viendo que Jesús autorizaba y confirmaba sus doctrinas con milagros, los mas palpantes, y estando ya la predicción tan cerca de cumplirse. Con todo eso, ellos dudaban, ó por mejor decir, no entendieron cosa alguna de lo que su divino Maestro les decia. La vista de tantos horrores era para ellos un enigma inexplicable. Entre sí imagina-

ban que las palabras del Señor podian tener algun sentido misterioso, y se lisongeaban que el tiempo y las circunstancias se lo aclararian. De esta manera interpretaban siempre lo que en algunas ocasiones les decia de afrentas que iba á recibir, de azotes de muerte y de cruz. Como no habian aprendido aun á amarla, no gustaban oír hablar de ella; y como amaban la honra, pensaban con mucha frecuencia en ser antepuestos y valer mas que los demás; y como por otra parte es el amor propio tan ingenioso, que así como sabe desfigurar lo que le asusta, así tambien sabe engrandecer lo que le lisongea, estaban firmemente persuadidos que de cualquier manera que sucediesen y debiesen entenderse las cosas, ya estaban tocando el momento de ver el reino de Israel restablecerse á su antiguo esplendor; de cuyas ideas no se desengañaron durante la vida de Jesucristo.

Empapados pues como estaban de ellas, hablaron un dia los dos hijos del Zebedeo, Juan y Diego, á su madre [1] para que pudiese al Salvador para ellos una cosa que mostraba bien su inclinacion á reinar. Instruida esta mujer por sus hijos, se presentó al Salvador, le adoró con respeto y le suplicó tuviese á bien concederle una gracia que le iba á pedir. Condescendió su Majestad con su súplica, y aun la manifestó la complacencia que tendria en que lo pidiese. Animada con esta oferta, y mas persuadida no solo por las relaciones de parentesco, sino tambien porque era una de aquellas mujeres devotas que de ordinario iban en seguimiento de Jesús y de sus discípulos, tanto para oír las doctrinas del Salvador, cuanto para servirles en todo aquello que pudieran necesitar unos caminantes que siempre estaban en movimiento y no tenían morada fija sobre la tierra, la dijo: *Disponed, Señor, que mis hijos, á quienes estais viendo, tengan los dos primeros lugares ó asientos en vuestro reino, y que cuando entráreis en posesion de vuestra gloria, el uno se siente á vuestra diestra y el otro á vuestra siniestra, sin que por consiguiente sea permitido á alguno de los otros discípulos pretender preferencia sobre ellos.* Pudo bien suceder, que la espe-

[1] Div. August. lib. 2 de Consens. Evangelis. cap. 64 et alii.

cie de los doce tronos sobre los cuales había dicho Jesús poco tiempo antes que se sentarían sus apóstoles después de su resurrección para juzgar las doce tribus de Israel, diesen motivo á la pretensión de los hijos y á la petición de la madre; por lo que escuchando el Salvador con paciencia el discurso de Salomé, que sin duda no sabía cuál era el reino que venía á establecer, ni qué sillas eran las que en él preparaba á sus apóstoles, ni menos la vereda empinada y frágil por donde habían de subir á ellas, sin desairar á la madre dirigió su respuesta á los hijos y los trató, no como merecía su ambición, sino con la mayor amabilidad y ternura, haciéndoles ver cuán ageno estaba de tener el modo de pensar que ellos, y así les dijo: Vosotros no sabéis lo que pedís. Dais bien á entender según esto, que no habeis entendido aun qué cosa es un gran reino, cuáles son sus primeros puestos, y por qué medios se sube á ellos; y así les añadió: *¿Tendréis aliento para beber vosotros el cáliz que yo voy á beber? ¿O para ser bautizados con el bautismo con que yo he de serlo?* En el nombre de bautismo entendía el Salvador el de la sangre que debía de derramar, y por el cáliz explicaba su muerte sobre la cruz. Bien conocieron los dos discípulos que el Señor quería hacer prueba de su generosidad, y así ambos á dos le respondieron con mucha prontitud: *Señor, podemos.* Mostróles el camino para llegar, no á las sillas que ellos pedían, sino á las que les convenia; lo que fué decirles: Si quereis llegar á donde voy yo, debéis andar por el camino que yo ando. Soy Hijo de Dios y camino por la senda de la humildad. Bajé de lo alto, y humillado volveré á subir. Para llegar al monte es preciso subir desde la profundidad del valle. Si aspirais á la silla de la gloria, habeis de beber primero el cáliz de la humildad [1].

A pesar de esto no puede menos de admirar la contestacion de los apóstoles, diciendo á Jesús que podrian beber como él el cáliz amargo de la pasión y muerte; porque según la idea del mismo san Agustín, fué esta respuesta como la promesa que hizo Pedro á Cristo, de que no se apartaría de él hasta la muerte, la cual bien presto

[1] Div. August. Serm. 329.

fué quebrantada con dos palabras que le dijo una pobre mujer [1], aunque parece que la respuesta de Pedro nacia de la caridad y no de la ambición. Presumían alcanzar lo que deseaban, mas no reparaban en la flaqueza que tenían para llegar á lo que neciamente pedían. La ambición los cegó para que no viesen su flaqueza; disminuyó en ellos el temor, y dióles corazon para prometer lo que no podían cumplir por sí mismos; sin embargo, la respuesta de Jesús afirmó hasta cierto punto la fortaleza de su corazon, pues les dijo: *Ciertamente que beberéis mi cáliz.* No dijo vuestro cáliz, sino el mio. Y fué como si dijera: Padecereis y morireis por mí, porque al mártir no lo hace la pena, sino la causa. Esta respuesta del Salvador puede considerarse como otra nueva revelacion de su pasión y muerte, hecha en particular á sus parientes mas cercanos; por lo que dice san Crisóstomo [2]: Conveniente era que el Señor revelase este misterio á sus parientes mas inmediatos, pues la gloria de Dios y la salud de los hombres está cifrada en la pasión y muerte de Cristo. Ninguna cosa hay que mas derechamente pertenezca á los hombres, que la muerte de su Redentor; ni tampoco hay otra por la que mayores gracias debamos dar á Dios, que la muerte de su Hijo.

Tampoco es extraño que así particularmente quisiera hacer á sus mas amados amigos esta revelacion importantísima, pues las acciones grandes solo á los grandes amigos deben revelarse; y era tan necesaria esta revelacion, cuanto convenia que los apóstoles estuviesen perfectamente cerciorados de lo que había de suceder, para que supiesen padecía voluntariamente, y para que no dudasen de que había de resucitar. Sin duda por el temor de la pasión tantas veces predicha y anunciada por Jesús, resistían los discípulos que su Maestro subiese á la ciudad santa y elevada; pero allí se encaminaba el Señor con todos los afectos de su corazon, y aun desde lejos dirigía á la ciudad amada los mas tiernos y ardientes coloquios. Había venido para obrar la salud de todo el universo, según la expresion de la Escritura, y Jerusalem está situada en medio de la

[1] Id. in Ps. 102, et Serm. 3, n. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 35 Oper. imperfect.

tierra, para que como desde un centro se dirigiesen los rayos de luz y los ríos de sangre, á iluminar y regar toda la tierra. A la parte del Oriente de Jerusalem está situada la Arabia, la que en tiempo de los hijos de Israel era una soledad vastísima y un desierto casi intranitable, por el que detuvo Dios á los hijos de su pueblo por espacio de cuarenta años, haciéndoles llover el maná del cielo, y manar el agua de la peña, cuya Arabia está dividida de la Judea por el mar Muerto. A la parte del mediodía de Jerusalem se registra el Egipto con todas sus vastas regiones, por cuya razón, al sacar Dios á los hijos de Israel de la esclavitud de aquella ciudad, y dirigiéndolos por el camino del desierto, que es el de la Arabia, les hizo dar una vuelta tan espantosa. Por la parte de Occidente está circumbalada por el mar Grande, y por la de Septentrion lo está por la Siria y el mar Ciprio, de lo que concluye estar la ciudad santa colocada en medio de la tierra; y como el que preside y manda ocupa el sitio de preferencia, que es el del medio ó el centro, por esta razón el Dominador de toda la tierra padeció en medio de ella. Los apóstoles, que habian de predicar el Evangelio por todo el mundo, habian de partir desde el centro á la circunferencia, llevando el estandarte de la cruz y el signo de la redención á las extremidades de la tierra; y padeciendo en todas partes persecuciones y martirios por la fe del Salvador, se habian de sentar á su derecha é izquierda bebiendo el cáliz amargo de su pasión. Pero entrando en el secreto misterioso de la contestación de Jesús á sus apóstoles, se nos descubre con mas extensión esta interesantísima idea que ella encerraba, pues les dijo: El que os senteis á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca á mí concedérselo, sino es para aquellos á quienes está preparado por mi Padre. Lo que significa segun san Crisóstomo [1], que el Señor no queria hablar con ellos de honores y coronas, sino de agonías, sudores y muerte, como si les dijera: No es este tiempo de hablar de premios, sino de luchas, de peligros y de muerte; porque nadie puede reinar con Cristo si antes no padece con Cristo. Determinó Dios que ninguno llegue á su reino si

[1] Div. Crisostom. Hom. 86 in Math.

no fuese mercedor y digno de ello. Como no es aceptador de personas sino de méritos, á ninguno da la salud y vida eterna si no la merece, porque la igualdad del amor, como dice san Agustín [1], no permite la acepción de personas. Y el venerable Beda añade: No me toca á mí concedérselo, porque no puedo concederlo á los soberbios, y soberbios sois ahora. Ellos podian replicar: Seremos humildes; y Cristo les podia repetir: Pero ya no sereis vosotros. No premia Cristo la sangre, sino la virtud. A Cristo ignoran los que no saben esta filosofía. Infieles son y traidores los que estando imbuídos en ella, no tienen ánimo para ponerla por obra [2].

Así mortificados, no insistieron mas los dos apóstoles; pero no bastó esto para apaciguar la indignación de los otros diez, que habiéndose hallado presentes y entendido la pretensión hecha empezaban á murmurar, hasta que llamados por el Señor y haciéndoles un admirable razonamiento sobre aquel asunto, calmó enteramente sus espíritus. Juntólos al rededor de sí, y como Maestro amoroso les dijo: *Bien sabéis cómo se portan los príncipes y los reyes de las gentes: gobiernan con imperio, dominan á sus súbditos, y á las veces los tratan como esclavos.* Lo que fué decirles: ¡Acaso vosotros habeis aprendido en mi escuela que este sea el modelo que os debais proponer? No ha de ser así vuestra conducta; antes bien cualquiera que entre vosotros quiera ser mayor en los ojos de Dios, debe ser el mas pequeño y siervo de todos los demás; pues no mandando, sino sirviendo á sus hermanos, es como se consiguen los primeros lugares en mi reino. El ejemplar lo teneis á la vista: *El Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino es á servir y á dar su vida por la redención de muchos.*

Jesucristo, á quien la necesidad de instruir á sus apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á seguir su camino con la misma diligencia que antes, y llegó hasta cerca de una llanura muy grande extendida á uno y otro lado del Jordan, en la que se hallaba una ciudad de muy gloriosos recuerdos para los hijos de Judá, la que se llamaba Jericó. Conforme se iba acercando, iban acudiendo á su

[1] Div. August. lib. 1.º de Trinit. cap. 12.

[2] Ven. Bed. in cap. 10 Marci.

Majestad los habitantes de la campiña, y bien presto se halló rodeado de un cortejo numeroso. Jericó distaba dos leguas del Jordán y siete de Jerusalén; y habiendo sido en otro tiempo tan célebre, se halla hoy arrasada hasta en sus cimientos, conservándose solamente la casa de Raab en testimonio y señal de su fe, cuyas paredes todavía permanecen si están cubiertas con algún techo. En las inmediaciones de dicha ciudad se conserva asimismo aquella preciosa fuente, cuyas aguas eran amargas para beber, y esterilizaban la tierra que con ellas se regaba, las que Eliseo convirtió en dulces para beber, haciéndolas féculas para regar. Esta fuente nace bajo el monte *Querentana*, que dista dos millas de aquella misma ciudad. A ella pues se encaminaba el Señor para sanar, como dice san Gerónimo [1], muchos enfermos que en ella había, y antes encontró en el camino un pobre ciego que estaba pidiendo limosna á los que pasaban. Por el grande movimiento y prisa que manifestaban los transeúntes, conoció que no muy lejos de él sucedía algún suceso grande; y habiendo preguntado qué era aquello, se le contestó que era Jesús Nazareno el que pasaba por el llano de Jericó, acompañado de un gran concurso de gente que iba en su seguimiento. Era Jesús conocido en todo el país, y aun los extranjeros de los cuales podía ser este ciego, sabían que él era Hijo ó heredero de David, prometido á su nación por su Cristo y por su Rey. Los pobres y afligidos sabían también mejor cuál era para con ellos su compasión, y ninguno dudaba de su poder.

Grandes son los misterios que empiezan á descubrirse de nuevo. Jericó representa al mundo, el ciego las tinieblas espirituales del hombre. Dolémosnos de que nos falten ojos para ver las cosas corporales que nos pierden, y no sentimos que nos falten ojos espirituales para conocernos á nosotros mismos, para ver la verdad y distinguir el camino de la salvación. La ceguera del corazón hace que el hombre esté de asiento en los caminos del mundo, que son los que conducen á la perdición eterna: ¿y quién nos sacará de ellos? ¿Por ventura los otros ciegos que por ellos caminan? ¡Ah! Esos nos

[1] Div. Hieronim. in cap. 10 Marci.

asegurarán mas en la miseria, y harán mas duradera y estable nuestra ceguera. Solo aquel nos salvará, que pasa por junto á Jericó para llevarnos á Jerusalén.

Tampoco es extraño que el ciego pidiese limosna, porque la miseria y la ceguera espiritual andan siempre juntas. La gran miseria del hombre no consiste tanto en no tener nada y en estar necesitado de todo, como en no tener ojos para ver su pobreza, y en cerrarse él mismo con su orgullo los tesoros de la divina misericordia. La curiosidad del ciego también fué un don de Cristo. Muchas cosas parecen casuales en la vida, y el orden de la gracia ayudan poderosamente á nuestra santificación. Dichosa fué para el ciego la calamidad temporal que le sirvió de ocasión para buscar y conocer á Cristo, y expetimentar en sí la grandeza de su misericordia. Lleno pues de confianza empezó á clamar con todas sus fuerzas y á decir: *Jerús, Hijo de David, tened misericordia de mí.*

Muy bien oyó el amoroso Salvador los clamores del ciego, pero no parecía estar movido de ellos; por lo que el desventurado los redoblaba sin cesar. Los que iban en frente de la tropa y creían que el Señor caminaba al parecer sin atenderle, le reprendieron y mandaron callar. Clama por la cura el que conoce la enfermedad, desea la salud y está seguro de la habilidad y de la bondad del médico. Vivísimo es el clamor de la fe cuando nace de las entrañas de la humildad. Este grito es el principio de la curación y la prenda del perfecto restablecimiento; y como el demonio no ignora que por el clamor de la oración pierde en nosotros su reino y su dominio, por esto hace que á los clamores de nuestro espíritu los sofóquen las sugestiones y tentaciones, imposibilitándonos para que clamemos á Dios. Como el ciego se hizo sordo á todas las razones y amenazas de los que querían impedir su grito, así también debemos hacernos sordos á las amenazas y sugestiones del infierno, clamando á Dios con tanto mas fervor, cuanto mayor es la tentación con que el demonio nos amenaza y fatiga. El Señor estaba mas complacido del ciego de lo que manifestaba. Y así, habiendo llegado frente del humilde suplicante, que cada vez arreciaba mas su voz y clamaba con mas fe, se detuvo su Majestad y mandó que se lo trajesen. La hu-

milde y constante oración animada por la fe, alentada con la esperanza, y brillante con el fuego de la caridad ó del amor, detuvo los pasos de Cristo, porque de asiento está su misericordia sobre todos los que le invocan con espíritu de verdad. El mandamiento de Cristo fué una canonización de la fe del ciego, y el disponer que se lo trajesen fué la primera intimación que le hizo de que para seguirle á él debía renunciar el mundo; y bien podía y debía hacerlo, porque Cristo le atendió cuando el mundo reprendía su clamor. Siempre se opone el mundo á los que buscan á Cristo!

Luego que el Salvador tuvo cerca de sí al ciego miserable, le dijo: *¿Qué es lo que quieres que haga contigo? Señor, respondió el ciego; en el estado que me hallo, ¿qué puedo yo querer, sino es que hagáis que vea?* No pidió riquezas ni honras del siglo, sino ojos para ver. Inspiróle el deseo de la salud, y le preguntó después qué quería. Obra es de la gracia el consentimiento que presta el hombre para salvar de sus vicios. *¿Qué es todo el mundo para el que no ve en sí la esclavitud y la necesidad del rescate?* Sin embargo, lle- no está el mundo de ciegos que no desean ver, que aman la ceguera y aborrecen la luz. Con mayor ansia desea Cristo darnos los ojos del corazón que al otro los del cuerpo; mas porque amamos los vicios y deseamos permanecer en ellos, no queremos la luz que nos hace ver su fealdad y nos estrecha á buscar á Cristo.

Como el ciego estaba animado de la fe, manifestóle Jesús que eran iguales sus deseos, y le dijo: *También quiero yo que veas; abre los ojos y mira; tu fe es la que te ha dado la vista.* El milagro se obró en un momento; premió Cristo un don con otro don, la fe con la vista. La gracia crea la fe, la fe invoca y atrae la misericordia y la asocia á la omnipotencia. La misma palabra que sacó de la nada el mundo, crea en el hombre un corazón nuevo, truena sus tinieblas en luz, y da al esclavo la libertad verdadera. *¿Para qué te alumbra Dios, sino para que veas y cumplas las obligaciones de la religión, para que le conozcas á él y le ames; para que avives la fe con las obras, y en todo lugar y tiempo tengas delante de los ojos á Jesucristo, obedeciendo su ley é imitando su obra?* Por esto tan luego como el ciego se halló de vista clara, no dilató el manifestar

su reconocimiento. Fué en seguimiento del Salvador, exaltando las grandezas de Dios. Toda la tropa que acompañaba á Jesús, movida como era razón de una maravilla tan grande, dió públicamente gracias al Señor en el mismo lugar donde se había obrado; porque el corazón agradecido se va siempre tras los ojos alumbrados con la luz de Cristo. *¿De qué le sirve al caminante el día si no anda en él? ¿Qué importa que la fe alumbre sus ojos, si sus piés no los mueve el amor? ¿Ni en qué se conocerá que se echó la ceguera del alma, si no se sigue á Cristo?* Para seguirle es necesario darle gloria, y se la da aquel que con sus obras acredita la santidad de su ley y ensalza la grandeza de su misericordia. Los amadores del mundo niegan la gloria de Cristo, y la dan al mundo á quien aman. No se da gloria á Dios porque no se contemplan perfectamente sus obras. Los que admiraron la iluminación del ciego, contemplaron la obra portentosa que acababan de ver, y no pudieron menos de prorumpir en alabanzas del Señor.

No pasó el Señor mucho mas adelante aquel día, retiróse por la noche hacia los contornos de Jericó, y pasó tres dias recorriendo aquel país, derramando en todas partes como solia, pruebas singu- larísimas é inequívocas de su bondad. Entró por fin el tercero en la ciudad acompañado de una grande multitud de pueblo: un hombre rico que hacia largo tiempo que deseaba ver á Jesús y que le tenía por el gran Profeta de Israel, fué avisado de su paso y le salió al encuentro para verle. Era este uno de los principales publicanos del país, rico, como lo llegan á ser los publicanos de su profesión; pero era de muy baja estatura, y así permanecía como encerrado y aprisionado entre la muchedumbre, siendo inútiles todas sus diligencias para ver al Salvador. *¿Cuán cierto es que el ruido y trojel de los negocios del mundo es un impedimento cierto y casi insuperable para ver y conocer á Cristo!* La estatura de Zaqueo es imá- gen de la insuficiencia del hombre para hacer, desear y pensar cosa alguna que le lleve al conocimiento de Cristo. Viéndose pues Zaqueo en este estado, tiene la feliz ocurrencia de subirse á lo alto de un sicómoro, por cuya intermediación habia de pasar Jesús para tener el gusto de verle. Tuvo la dicha de ver y de ser visto del

Salvador, porque la gracia se adelanta á la naturaleza, le da pía para que corra en busca de su remedio y la eleva sobre sí misma; para que sobrepujando á los impedimentos de la humana corrupción, conozca al que es principio de su curacion; así fué no solamente mirado, sino tambien llamado del Salvador por su propio nombre. Mandóle bajar prontamente, y con semblante muy agradable le dijo: Que para darle gusto entero y que pudiera gozar úspacio de su presencia, quería hospedarse aquel día en su casa, porque así convenia.

De los judíos, dice san Ambrosio [1], hizo paso el Salvador para llegar á los gentiles. Y como pasaba de todos los pueblos, haciendo bien á todos, preparando los hombres para la adopcion de Hijo de Dios que habia de obrar en ellos muriendo, Jericó no habia de ser la ciudad abandonada del Señor, en la que no diese muestras inequívocas de su natural clemencia, estando tan cerca de la muerte. Zaqueo era el publicano, nuevo fruto del tiempo nuevo, en el cual se habia de cumplir misteriosamente lo que estaba escrito en los cánticos sagrados: *La higuera produjo sus higos* [2]; porque el sí como era una especie de higuera, y Cristo vino á la heredad del mundo para que los árboles produjesen hombres y no fruta, como asegura el mismo san Ambrosio. A Natanael vió Cristo debajo de la higuera, porque aun estaba fuera de la ley [3]; á Zaqueo empero encima de la higuera, porque ya estaba sobre la ley. Aquel era para Cristo aculfo defensor, este era público predicador. Aquel buscaba aun á Cristo en la ley, este otro, superior á la ley, dejaba lo suyo y seguia al Señor.

Como no aspiraba Zaqueo á tan alta dicha, como era la tener á Cristo hospedado en su casa, y conoció cuán horrosa y ventajosa era para él la bondad y dignacion del Salvador divino, bajó precipitadamente del árbol, lleno de alegría, en señal de que aceptaba la propuesta de Jesús, condújole inmediatamente á su casa y lo trató con el mayor aprecio y veneracion. La gracia es pronta, no sufre

[1] Div. Ambros. in cap. 19 Lucæ.

[2] Cant. 1, v. 13.

[3] Joan. cap. 1, v. 48.

dilacion ni obedece con alegría. El humilde solo desea subir al árbol de la fe, para adelantar en el conocimiento y en el amor de Cristo, y para ejercitarse después en la misericordia.

Siempre es el pueblo veleidoso é inconstante, y tan pronto aprecia como desprecia; tan pronto admira y aplaude, como murmura y critica; y rara vez deja de suceder que lo que es hoy para él motivo de aprecio, no lo sea muy pronto de insulto y desprecio; y así sucedió puntualmente en esta ocasion. Todos los que vieron el obsequio y singular favor que Jesús dispensó á Zaqueo, empezaron á murmurar porque iba á hospedarse en casa de un publicano, como si este hecho fuese una pública aprobacion de sus pecados. Era esta una calumnia muy grosera para que mereciese la refutacion de Jesús. Zaqueo respondió victoriosamente á ella con hechos grandiosos y admirables, y justificó al mismo tiempo el proceder del Salvador, haciendo ver que habia ido á visitarle con el intento de convertirle. La sabiduría de la carne juzga siempre por lo que se ve; y como no puede sondear las interioridades del espíritu ni comprender los arcanos de la providencia y sabiduría de Dios, trueca con mucha facilidad las ideas de las cosas que tiene á su vista, y así se engañó en la que habia formado por haber ido el Salvador á la casa del publicano. Después de haber oido Zaqueo con la mayor atencion las dulces reconvençiones de Jesús, para confusion de los que habian murmurado, le dijo de esta manera: Señor, yo confieso delante de los que están aquí presentes y me conocen que soy un grande pecador. Nada tengo que alegar en mi defensa, y Dios no quiere que aumente el número de mis pecados, exensándolos. Si hasta ahora he escandalizado al público, quiero se sepan las resoluciones que tomo para en adelante. *De todo lo que poseo destino la mitad para los pobres: arreglaré mis cuentas, y después de examinadas daré cuatro veces mas de lo que pueda haber quitado á cualquiera que hubiere defraudado alguna cosa.* En verdad que solo la mano de Dios podia obrar en el corazon del hombre una mudanza tan prodigiosa y repentina, substituyendo en él tan heróicos y sublimes deseos y resoluciones, no habiendo tenido en su vida otro pensamiento mas que el de amontonar riquezas. Este pensamien-

to de Zaqueo no pudo menos de ser aprobado por Jesucristo, condenando entonces con su aprobacion como condenarán algun dia con su juicio y justicia la dureza de algunos ricos, que no solo resisten dar á los pobres de lo superfluo que en sus casas tienen, sino tambien el restituir lo mal adquirido. A la confesion del pecado no quiso diferir Jesucristo el remedio, y quiso tambien que la satisfaccion fuese la mitad mayor; por lo que testificó el mismo Salvador delante de todo el mundo la satisfaccion que tenia de aquel pecador arrepentido, diciendo: *que aquel era dia de salud para la casa de Zaqueo*; que aquel publicano era un verdadero hijo de Abraham, y que él entraba en su casa para librarle de su mal estado.

Condenó aquí el Salvador la temeraria murmuracion de los fariseos, y premió la fe obediente y humilde del publicano contándole entre los hijos de la promesa. Mas no entendieron aquellos murmuradores el misterio de la gracia cristiana que agrega á la raza de Abraham las familias de los gentiles, y de ambos pueblos hace uno solo unido con la llave maestra de la piedra angular que es Jesucristo; todo lo que fué como decir á los que se hallaban presentes: Este es el momento en que la fe de Zaqueo, su obediencia á las órdenes de Dios, su equidad, su desinterés y su caridad, han hecho de él un hijo verdadero de Abraham. Tambien es uno de aquellos por quien el Hijo del hombre ha venido á instruir y enseñar en su persona, y á ejercer su ministerio sobre la tierra. Pues ha sido enviado el Hijo primogénito de los hijos de los hombres á todos los parajes de la Palestina, para ir á buscar desde luego por sí mismo, recoger y salvar las ovejas que estaban perdidas de la casa de Israel. El Hijo del hombre que ha venido á buscarnos y salvarnos es Jesucristo, que es la luz de nuestras tinieblas, medicina de nuestros males, camino de nuestro desierto, amparo, seguridad, adelantamiento, perfeccion, principio y término de nuestra vida: así que, por adelantados que estemos en el camino de la perfeccion, si queremos no desmerecer la gracia medicinal y la perseverancia final, es preciso crearnos siempre que pertenecemos al número de los que han perecido. El venerable Beda sobre este pasaje dice [1]: Esta es aque-

[1] Ven. Bed. in cap. 19 Lucæ.

lla necesidad que el publicano convierte en sabiduría cogiéndola del sicómoro, como quien coge fruto del árbol de la vida, puesto que aparece después tan sabio cuanto fué necio anteriormente. Sabiduría es devolver con usura las cosas defraudadas, restituyéndolas á su legítimo dueño; sabiduría es renunciar las cosas propias y despreciar las visibles para conseguir las invisibles; renunciarse á sí mismo y desear morir para vivir después y reinar con Jesucristo; y sabiduría es en fin seguir constantemente las pisadas de aquel que nos dice: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres; y si quieres alcanzar el reino de los cielos, toma tu cruz y sígueme*: para esto vine, dice Dios, del cielo á la tierra tomando carne y haciéndome hombre, para buscar con la doctrina y salvar por la gracia lo que estaba perdido por la culpa. Perdida tenia el hombre la inocencia de su naturaleza, la semejanza de la gracia, la adopcion de la gloria. Por lo primero es comparado á la oveja perdida; por lo segundo, á la dracma tambien perdida; por lo tercero al hijo pródigo. Estas tres cosas vino á reparar Jesucristo; y así nos dijo por san Lucas: *No viene para llamar á los justos, sino los pecadores á penitencia*; sobre lo que nos dice san Crisóstomo [1], esto es, lo mismo que si el Salvador hubiere dicho á las turbas y á los fariseos que murmuraban: ¿Por qué me acriminas si vengo á justificar los pecadores? Tan lejos está de mí el tenerles odio, que vine al mundo por el amor que les tengo. Para sanarlos vine como médico, y no como juez para condenarlos; por esto me hago convidado de los enfermos, y padezco, y sufro el hedor intolerable que exhalan, para prestarles el remedio que necesitan. En verdad que es benigno y pío el Maestro divino, que acalla la murmuracion de las turbas con la explanation de los misterios que no comprendian ellos, enseñándoles que la busca y el remedio de los pecadores era el importantísimo negocio que su Padre le habia confiado.

Después de todo esto salió Jesús otra vez de Jericó acompañado de una multitud de turbas que deseaban oír por mas tiempo sus doctrinas, y emprendió su marcha por el camino del desierto para po-

[1] Div. Crisostom. in cap. 9 Math.

der explayar con mas desahogo los amorosos afectos de su corazon en bien de aquella inmensa multitud que deseaba nutrir su espíritu con lo abundancia de consoladoras doctrinas que de su boca salían. Digna es de oírse la importante reflexion que con este motivo hace san Crisóstomo [1]: Nada atestigua tanto la afanosa solicitud de un labrador, como la abundancia de la mies que coge de sus campos; pues así tambien nada justifica mas la celosa constancia de un doctor, como el frecuente y numeroso auditorio. A ninguno de los que seguían á Cristo detenía lo trabajoso del camino, porque el amor espiritual y verdadero nunca siente cansancio ni fatiga. A ninguno tetraía la solicitud ni cuidado de los bienes que poseía en la tierra, porque entraba por la puerta de la posesion del reino celestial. Porque en verdad no tiene sobre la tierra bien alguno que verdaderamente ame el que empezó á gustar de los bienes celestiales; porque así como el que gustó una vez manjares delicados, y se alimentó mucho tiempo de ellos, después le parece insípido y grosero el alimento comun, así tambien el que llegó á gustar una vez la dulzura de los manjares de Cristo, después se fastidia y no encuentra sabor grato al paladar de su espíritu en ninguno de los manjares de la tierra. En verdad que Jesucristo fué en esta ocasion aquella bella rosa que amaneció en los lindos campos de Jericó, tan celebrada por Salomon en los libros de su sabiduría; rosa blanca por la santidad de su justicia, y encarnada por la sangre de su passion. Y así como la fragancia de la rosa se percibe desde lejos, y antes que se halle ó vea ya parece que se tiene, porque su olor se percibe, así pasando tambien el Señor por los caminos de Jericó, dos ciegos que en ellos habia percibieron la fragancia de su divinidad antes que experimentasen los efectos de su poder.

Feliz fué para aquellos dos infelices el rumor que oyeron ocasionado por la multitud de las turbas que seguían á Jesús. Muchos reyes y profetas quisieron oírle y no pudieron; pero ellos, que tuvieron la dicha de percibirle, empezaron á clamar: *Señor, Hijo de David, ten compasion de nosotros.* No quedaron defraudadas sus esperanzas, y el Señor mandó que los presentasen á él. Uno de

[1] Div. Crisostom. Hom. 36 Oper. imperfect.

ellos, mas conocido que el otro, se llamaba *Bartimeo*, esto es, *el hijo de Timeo*, á quien habian querido hacer callar muchos de los que pasaban porque gritaba mas que su compañero, repitiendo claramente el grito de la misericordia; mas habiendo oído que Jesús habia mandado se los presentasen, las mismas turbas se acercaban á él y le decían: Levántate y ten buena esperanza, pues ese hombre te llama. Al oír esto el ciego, saltando de alegría, soltó su manto y caminó corriendo con su compañero hacia el Salvador, el que antes de concederles lo que deseaban, les preguntó *¿qué era lo que pedían?* Respondieron sin detenerse: *Señor, abridnos los ojos, dadnos vista.* El Médico soberano, que no se hacia de rogar mucho cuando los que le suplicaban estaban animados de verdadera fe, conociendo que aquellos dos desventurados la tenían verdadera, movido á compasion, les tocó los ojos con su mano omnipotente y les dijo: *Ya podeis mirar; vuestra fe los ha dado la salud, y al mismo tiempo recobraron la vista.* Clamaron bien y rogaron oportunamente, porque clamaron y rogaron á la fuente de la luz, y por esto fueron en el instante iluminados. Como hombres los tocó el Señor, y los sanó como Dios. Cuando le llamaron Hijo de David, estuvo como suspensa la sanidad; pero cuando le apellidaron Señor, se les concedió la salud, para que conocieran que no les salvaba el Hijo de David, sino el Hijo de Dios. El que al Señor corre y le invoca con fe como los ciegos, experimenta en su corazon lo que ellos probaron en su cuerpo. Oye con fruto la voz del Señor que le llama, y experimenta en sí el tacto de la gracia, y queda iluminado por los elogios de la santa doctrina, consolado interiormente por los carismas de la gracia y fortalecido por los sacramentos de la Iglesia; con lo que queda hábil y expedito como aquellos ciegos para seguir á Cristo y publicar sus misericordias.

Orígenes asegura que por estos dos ciegos están representados los dos pueblos, el gentil y el judío [1]: el gentil, que estaba ciego por la idolatría; el judío, que lo estaba por la perversidad de los malas doctrinas que le enseñaban los escribas y fariseos; quebrantando los preceptos de Dios por las tradiciones humanas; y así como los cie-

[1] Origen. Tract. 13 in Math.

gós estaban sentados á la parte opuesta al camino, así estos dos pueblos lo estaban también, porque aunque al parecer tenían noticia de la ley, ignoraban el verdadero camino que es Cristo. Sanó primero el Señor un ciego antes de entrar en Jericó, y después dos al salir de dicha ciudad, con lo que quiso instruirnos, según dice el venerable Beda [1], en que llamó un pueblo antes de su pasión, y dos después de su resurrección y ascensión á los cielos, y por medio de los apóstoles manifestó con toda claridad á los judíos y gentiles, los arcanos incomprensibles de la unión de la divinidad con la humanidad, y de su sacratísima pasión y muerte.

ORACION.

Amantísimo Salvador y benignísimo Padre Señor mío Jesucristo, que por nuestra salud quisiste beber el cáliz amarguísimo de tu pasión y ser bautizado con el bautismo de tu preciosa sangre, para enseñarnos que habías venido al mundo, no para dominar y mandar, sino para ser humilde servidor de todas las criaturas y dar tu vida por la redención de todas ellas, ensalzándolas desde el abismo de la muerte y condenación eterna, hasta el trono de la adopción de hijos tuyos, asegurándoles el gozo de la ventura sin fin; dignate abrir mis ojos para que conozca que eres tú el amor eterno de las almas y que quieres introducir las en tu reino, que es todo de paz, en el que reinas tú como príncipe de ella. Dame amor á la cruz por donde se va al reino, y desprecio de la vanidad del mundo que conduce á la perdición y privación de los gozos de tu reino; y puesto que no hay en ti aceptación de personas, que á todas igualmente miras, de todas te compadeceas y á todas quieras salvar, mírame con atención y vérdas que soy ciego en el entendimiento y en el corazón, pero que estoy llamando como miserable á la puerta del tuyo, para que me admitas á tu amistad y gracia y destierres las tinieblas de la ignorancia y el pecado que me apartan de ti que eres luz verdadera. Compadécete de mí, Señor, pues me das á conocer mi miseria; cúrame de ella y no dejes

[1] Ven. Ved. in cap. 10 Marci.

tu obra á medio acabar. Alámbrame para que te vea, atrámeme para que te siga, humíllame para que te alabe. Tú sabes cuál es mi deseo; quiero conocerte, amarte y caminar en pos de ti hasta el fin de mi vida, con los pies del amor, con las alas del fervor y con el aliento de tu divina gracia. Yo soy la oveja que tú buscas representada en Zaqueo, y el enfermo que quieres sanar. Conozco yo la necesidad que tengo de ti, y amo esa bondad tuya que me viene á buscar; ella sola vence mi maldad, se anticipa á mi deseo y me pone en el corazón los afectos con que debo pedirte la medicina para sanar mi dolencia. Sáname, Señor, y quedaré sano; límpiame, y quedaré limpio, y será mi corazón preparado por tu gracia, digna habitación para hospedarte y recibirme, y guiado entonces por ti, te seguiré por la imitación todos los días de mi vida, y mereceré después poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XX del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 20 al 23; al XVIII del Evangelio de san Lucas, desde el versículo 35 al 53, y al XIX del mismo, desde el versículo 1.º hasta el 10, todos inclusive. Conténtanos san Marcos en el capítulo X, desde el versículo 32 al 52, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como Evangelio de la misa del día 25 de julio, en que celebra la festividad de Santiago apóstol, desde el versículo 20 al 23. Del texto del capítulo XVIII del Evangelio de san Lucas, como parte del de la misa de la Dominica de quincuagésima, desde el versículo 35 hasta el 43. Y del texto del mismo Evangelista en el capítulo XIX, desde el versículo 1.º hasta el 10, para la misa de la dedicación de la Iglesia al Salvador ó de san Juan de Letrán, en el día 9 de noviembre, y para la misa del común de la dedicación de todas las iglesias; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SANTIAGO APÓSTOL A 25
DE JULIO.

San Mateo, cap. XX, v. 1.º

En aquel tiempo se llegó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. Y él le dijo: ¿Qué quieres? Dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra y otro á la siniestra en tu reino. Jesús entonces respondiendo, dijo: No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? Dícenlo, podemos. Dijo: El cáliz de cierto lo beberéis; mas el que os sentéis á mi diestra ó á mi siniestra, no me toca á mí concedérselo, si no es para aquellos á quienes está preparado [por mi Padre].

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DE QUINCAGESIMA.

San Lucas, cap. XVIII, v. 1.º

En aquel tiempo tomó Jesús á los doce apóstoles y les dijo: Veis aquí que subimos á Jerusalén, y allí se cumplirá todo cuanto los profetas han escrito del Hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y después que le hayan azotado, le matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos ninguna de estas cosas entendieron, y esto razonamiento les era escondido y no entendían lo que les decía. Sucedió pues que al acercarse á Jericó, un ciego que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna, oyendo pasar la gente, preguntó qué era aquello. Dijéronle que pasaba por allí Jesús Nazareno. Entonces gritó él diciendo: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Paróse entonces Jesús y mandó que se le trajese. Y habiéndose llegado le preguntó: ¿Qué

quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Dijo Jesús: Ves, tu fe te ha salvado. Y al punto vió y fué en su seguimiento dando gloria á Dios. Y todo el pueblo al ver esto alabó al Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA
DEL SALVADOR A 9 DE NOVIEMBRE.

San Lucas, cap. XIX, v. 1.º

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús, iba por medio de Jericó, y he aquí un hombre rico llamado Zaqueo, que era cabeza de los alcahaleros, el cual deseaba ver á Jesús para conocerle, y no podia por causa de la mucha gente, porque era de pequeña estatura. Y adelantándose corriendo subió á un sicómoro para verle, porque habia de pasar por allí. Habiendo llegado Jesús á este lugar, levantando los ojos le vió y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque conviene me hospede yo en tu casa. Y bajó él á toda prisa y le recibió con gozo. Todos los que vieron esto murmuraban diciendo: Que habia ido á hospedarse en casa de un hombre pecador. Zaqueo entonces, puesto delante del Señor, le dijo: Señor, la mitad de mis bienes doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, se lo restituyo cuatro doblado. Dijo Jesús: Esta casa ha recibido hoy la salud, porque tambien este es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.

CAPITULO XVIII.

ES RECIBIDO JESUS EN EL CASTILLO DE BETHANIA POR MARTA Y MARÍA; Y CONVIDADO A COMER EN CASA POR LAZARO, SU HERMANO, DERRAMA MARÍA EL UNGUENTO SOBRE SU CABEZA.

Acercábase por instantes el momento de la pasión y muerte de Jesús, y quería su Majestad que tuviese esta toda la publicidad que anunciaban los profetas y que pedía el cumplimiento de las profecías. El lunes había partido el Señor de Efen y dado su vuelta por la llanura, ciudad y desiertos de Jericó, para volver á Bethania el viernes. En esta marcha estuvieron poco conformes los designios de Jesús con las ideas de los apóstoles: persuadiéronse estos que el Salvador quería aquel día ir á Jerusalem, ó por lo menos á la casa de Lázaro, á quien había resucitado; pero el Señor dispuso las cosas de manera que al acercarse al burgo de Bethania ya venía la noche, y empezaba el sábado al ponerse el sol; respetó la ley del santo descanso, y no pasó del paraje donde le cogió; al día siguiente por la tarde en que cesaba la obligación del sábado, llegó á Bethania al entrar la noche. Esta detención de Jesús tan cerca de

aquel lugar, había esparcido la noticia de su llegada, y los judíos, deseosos de ver al Salvador y á Lázaro, á quien había resucitado, corrieron en tropel al castillo donde moraba el amigo de Jesús. Era en verdad un espectáculo digno de la mayor admiración ver en una misma casa á un hombre tan poderoso que resucitaba á los muertos de cuatro días corrompidos ya en el sepulcro, y al que era tan dichoso, que no solo había recibido de aquel esta gracia singularísima, sino que tenía también la dicha de hospedar en ella al amantísimo Bienhechor que le había vuelto la vida.

Si se considera la ardentísima caridad de Jesús con respecto á Lázaro, será fácil de comprender el motivo por qué este dispuso, según se cree, aquella cena que el mismo Evangelio llama *grande*, para obsequiar á su Bienhechor; porque si la gratitud, aun por pequeños favores, es hija de pechos nobles y está bien en todas las personas, cae mucho mejor en las de hidalguía y nobleza que recibieron los mas extraordinarios y señalados. Surge empero de ahí una dificultad, al parecer no pequeña, que es preciso esclarecer. San Juan, á quien seguimos en este capítulo, da á entender, aunque no lo dice claramente, que este hospedaje y cena fueron en casa de Lázaro, puesto que asegura que esta venida de Jesús á Bethania fué seis días antes de la Pascua, los que deben contarse íntegros desde el sábado, que coincidió en aquel año con el día ocho del mes *Nisan*, equivalente al 28 de nuestro marzo, hasta la sexta ó viernes, en cuya tarde empezaba la Pascua; y designando las personas que figuraron en esta ocasión, solo nombra Marta, María y Lázaro. Esta circunstancia y otras anotadas oportuna y ligeramente por el Evangelista, prueban que este pasaje histórico no es idéntico ni debe confundirse con el que refieren san Mateo y san Marcos; á saber, sobre el hospedaje y banquete que se hizo al Señor también en Bethania y en casa de *Simón el leproso*, porque esto sucedió dos días antes de los ácidos y de la Pascua, esto es, el miércoles ó la feria cuarta siguiente.

A mas de esto añade san Juan: *Que habiendo tomado María una libra de precioso bálsamo, ungió con este unguento los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos.* San Marcos dice: *Que hallán-*

dose Jesús en Bethania en casa de Simón el leproso, estando sentado á la mesa, vino una mujer con un alabastro (supónese vaso ó redoma), lleno de ungüento ó perfume hecho de la espiga del nardo, de mucho precio; y quebrado el alabastro, derramó el bálsamo sobre la cabeza de Jesús [1]; y lo mismo y casi con las mismas palabras dice san Mateo [2]. Luego por la propia narración de los Evangelistas se demuestra que hubo en Bethania dos cenas ó convites para Jesús en el espacio de seis días: la primera en casa de Lázaro y la segunda en casa de Simón el leproso, puesto que aquella fué seis días antes de la pascua y esta solo lo fué dos, pudiendo muy bien suceder que en la una y en la otra se repitiese el afectuoso obsequio de María á su amantísimo Maestro, porque como mas contemplativa y dada á la oración, pudo tal vez tener mayores revelaciones y comprender con mas claridad la proximidad de la muerte de Jesús, con cuyo motivo desearia sin duda prodigarle mayores consuelos. Sin que contradiga ni repugne á esta explicación el que en una y en otra ocasión promitiese el discípulo traidor en amargas y violentas censuras contra la caritativa acción de María, porque siempre fué infiel, pérfido y ávaro; y abusando constantemente como todos los hipócritas y malvados de la piedad y religión para ocultar sus vicios, trataba de disfrazar su codicia con máscara de celo y de caridad.

Vino Jesús á Bethania, esto es, á la casa de la obediencia, en cuanto á la causa de la pasión, porque se hizo obediente á su Eterno Padre hasta la muerte, y muerte de cruz; y en cuanto al fruto de la pasión, que consiguen solo aquellos que á él obedecen, según lo dijo san Pablo [3]: "Aunque era Hijo de Dios, aprendió como hombre á obedecer; y así consumado á sacrificado en la cruz, vino á ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen." Y san Gerónimo glosó también en el mismo sentido el texto de san Marcos, y dijo [4]: "Habiendo de padecer el Señor por to-

[1] Marci. cap. 14, v. 3.

[2] Math. cap. 26, vs. 6 et 7.

[3] Div. Paul. Ep. 2.ª ad Hebræos, cap. 5, v. 9.

[4] Div. Hieronim. in cap. 14 Marci.

"de el mundo y de derrimir con su sangre todas las naciones, vino "y moró en Bethania en la casa de la obediencia, porque el cachorro de los ciervos siempre vuelve á la cama ó á la madriguera "de donde salió, y el Hijo obediente á su Padre hasta la muerte, "exige de nosotros obediencia." El venir á la casa donde habia muerto Lázaro y al que resucitó, fué asimismo para demostrar que los que se hallan muertos por la culpa en aquella misma casa, resucitan también para caminar por el camino de la justicia; y que allí prepararon una gran cena para Jesús, tampoco carece de misterio, porque recibe el Señor grandes fuerzas recogido con nuestra obediencia. Servia la solícita Marta al Señor, Lázaro comía en la mesa y María derramaba el bálsamo á sus pies; porque la obediencia es activa y solícita; es á la par sossegada, frugal y modesta, y sobremanera ardorosa y contemplativa, cuyas bellas condiciones estaban perfectamente representadas en los tres hermanos que habitan en la casa de la obediencia.

No son solos empero estos los misterios que encierran y se descubren en la ida de Jesús á Bethania seis días antes de la pascua. Seis días antes de consumar las obras de la redención fué á la casa de la obediencia el que empleó seis días en las obras de la creación. En el sexto día creó al hombre, y le redimió en la sexta edad del mundo, en la feria sexta y en la hora de sexta. Aquella cena que se celebró seis días antes, fué obra del amor de Lázaro, de Marta y de María, y representó la fe de la nueva Iglesia, que es obra toda del amor, y se celebró muy oportunamente en Bethania, casa de la obediencia, porque la Iglesia es la casa verdadera, la oficina y el asilo de la obediencia, y en ella solo se hallan los verdaderos obedientes, que son los que obedecen por amor. Los que obedecen por la fuerza ó por el temor, resisten con la voluntad y obedecen en la apariencia; por esto dice el Sabio: *Que solo el varón obediente cantará la victoria.* El que obedece de veras, camina alegre al martirio, obedece á Dios y triunfa del tirano, de los tormentos y de la muerte; pero el que niega á Dios por obedecer al tirano, le obedece por temor y á la fuerza, y pierde el mérito, la salud y la vida.

Tres eran los hermanos que se hallaban en el castillo de Betha-

nia, y cada uno preparó los obsequios á su modo para recibir al divino huésped. Lázaro hizo las provisiones, Marta las condimentó y sirvió á la mesa, y María preparó una libra de unguento de espiga de nardo, que era el mas precioso y el de mas valor que se conocia. Luego que el Salvador se sentó á la mesa, se acercó á su Majestad, se arrojó á sus piés, los roció con el bálsamo y se los limpió con sus cabellos. ¡Qué ejemplo tan altísimo y digno del examen y atención de todas las criaturas! Esta unción es la viva imagen del celo por el culto de Dios, y tambien de la largueza con que debemos socorrer á los pobres y amar á nuestros hermanos! No hay duda que muchos de los gastos exteriores hechos en algunas ocasiones para honrar á Cristo, estarian muy bien empleados en alimentar á sus miembros; pero hay lances extraordinarios en que es sobremanera loable la profusion en el culto, y seria la escasez muy reprehensible. En tal caso se andaria corto con Cristo, so pretexto de remediar á sus miembros. Solo el autor de la caridad puede darnos á conocer cuándo, cómo y hasta qué punto se nos permite este exceso; pero siempre será mostrar muy poco amor á Dios y á su religion, quien da por perdido lo que se gasta en el culto externo. Los que en este punto andan escasos y miserables con Cristo, pongan los ojos en el valor y la autoridad que dió él á este culto externo, aceptándole y dándole por bueno cuando trataba de establecer la adoracion interior del espíritu. Cercénase hoy á Cristo y á su Iglesia, al culto y á sus ministros, todo aquello que puede hacer aparecer grandes los misterios augustos de la religion del Crucificado, y dar á sus ministros, prestigio, reputacion y autoridad; y se reviste á los grandes tanto prestigio, decoracion y fausto, que solo les falta recibir en la tierra los incienso y honores debidos únicamente á la Divinidad.

¿Pero cuánto se bajaría su orgullo si considerasen bien la humildad y tierna accion de María? Derramó el bálsamo á los piés de Cristo; pero para derramarlo rompió el alabastro, y después los limpió con sus cabellos. ¿Por qué no derramas tú los efectos de tu corazon á los piés del Redentor? ¿Por que no tienes valor para quebrarle? ¿Por qué no te determinas á romper las duras y viles cade-

nas que lo tienen aprisionado? ¿Por qué no te presentas para llover á sus piés con la mayor amargura, y enjugar después tus lágrimas con los afectos del amor y de la mas ardiente caridad? ¿Te ha ocurrido pensar siquiera qué significacion misteriosa tienen los cabellos hermosos de María? Mira bien lo que son los cabellos de la cabeza. No son mas que sobras y superfluidades del cuerpo. Piés de Cristo son los pobres, y cabellos tuyos los bienes que tienes sobrantes: con la buena vida unge los piés de Jesús siguiendo sus huellas, con la limosna los limpias. Oye pues lo que dice san Agustín: *No preguntes lo que has de hacer de tus superfluidades*; lo que á ti te sobra, á los piés de Cristo hace falta. Tal vez con este motivo hizo escribir el Señor á su Evangelista: *Lo que disteis á uno de mis pequeños, á mí me lo disteis*; derramásteis sobre la cabeza de los pobres los consuelos, llenásteis su seno de mendrugos, cubristeis su desnudez con vuestros vestidos superfluos; pero sabed que con ello me obsequiásteis, y yo como propio, recibí el obsequio. María se acercó á Jesús como necesitada á la fuente de la misericordia para lavar sus culpas, y la encontró derramando sobre ella raudales con abundancia. Rompió el alabastro, porque habia roto ya la dureza de su corazon, y la casa se llenó de la fragancia del unguento, como el corazon se llena tambien de aroma de la gracia cuando el Señor derrama sobre él la misericordia. Buen olor derrama por todas partes la criatura cuando es santa en sus costumbres, modesta en sus acciones, prudente en sus palabras, y se presenta en todas partes como un modelo de edificacion; así pudo muy bien decir san Pablo de sí mismo, que ora en todas partes buen olor de Cristo [1], pues por su predicacion y ejemplo se esparcia la fragancia de la noticia de Dios por todo el mundo. Nunca María pudo emplear mejor el bálsamo precioso que tenia guardado; sin embargo, la accion no fué aprobada por todos los que se hallaban presentes; siendo mas de admirar que la critica naciesen de donde menos debia esperarse, á saber, de Judas Iscariote, de aquel discípulo que habia de entregar á Jesús en manos de sus enemigos; por lo que di-

[1] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 2, vs. 14 et 15.

jo: *¿Por qué no se ha vendido este ungiendo por trescientos denarios, y se ha repartido esta cantidad entre los pobres?* Adviértase que el valor del denario ascendía á poco mas que el de un real de plata ó dos reales vellón de nuestra moneda, y que por consiguiente podría ser la suma total de poco mas de dos onzas de oro. Hablaba empero de esta manera, no porque él se cuidase de los pobres, ni por un afecto de amor ó de misericordia para los necesitados, sino porque era ladrón y tenía la bolsa, y era depositario de las limosnas que recibía para la manutención del Señor y de sus discípulos, y quitaba y defraudaba de las sumas que se echaban en ellas. Aparentaba caridad para con los pobres el que dentro de pocos días había de entregar al hombre Dios en manos de sus enemigos. El que era aun contado en el número de los apóstoles, fué el mismo que se atrevió á criticar la generosa liberalidad de esta ferviente y amante discípula. ¡Oh, y cuántos imitadores tiene entre los cristianos de nuestros días la sacrilega murmuración del discípulo traidor! La liberalidad con que algunas personas piadosas procuran mantener la magnificencia del culto divino, es generalmente murmurada por la irreligion secreta, por la avaricia oculta y por la hipocresía de la impiedad que se cubre con los afectos de una caridad sincera y de la compasión de los pobres. No se murmura ni se reprende en favor de los necesitados el lujo asiático de los palacios de los reyes, el fausto superfluo de los de los grandes, el exceso en los vestidos, la superabundancia y lujo de los distintivos de librea, los magníficos trenes de caballos con que se sale á los paseos, la suntuosidad y frecuencia de los convites y la excesiva profusión de las comidas y bebidas, y se mira con dolor, pretextándose el amor de los pobres, el que un cristiano se interesa por la decencia de los salones.

Si de esto lujo y aparato exterior con que se pretende rodear las criaturas para dar mas importancia á su autoridad y persona, se entra en el exámen y registro de sus salas, gabinetes, estrados, y hasta tal vez de las cuadras y caballerizas de sus caballos, por todas partes se verá, no solo la suntuosidad, sino hasta la prodigalidad en el oro y las piedras preciosas, sin que para esto se tenga nunca cuenta alguna con la compasión de los miserables. ¿Y será posible ha-

ya de entrar precisamente esta compasión cuando se atiende á la decencia de la casa del Señor, á quien lo debemos todo y á quien vemos frecuentemente alojado hasta con indecencia en el estrecho recinto de un pequeño tabernáculo? ¿Será posible que tanto esplendor se busque, tanta magnificencia se gaste y tanto oro se expendá para dar prestigio á un vil gusanillo de la tierra, y tampoco se cuide de dárlo á Aquel que todo lo llena con su majestad y grandeza, todo lo dispone con su providencia adorable, todo lo engalana y hermosea con su sabiduría inmensa, y que en fin, á todos compró y redimió con su sangre? Quien habló en Jódas fué en efecto la páfida impiedad, y su codiciosa avaricia autorizó su locución. Un solo murmurador basta para turbar la paz de una familia, el reposo de una nación, y estorbar en ella el fruto de buen ejemplo. No hay obra, por buena que sea, que no esté expuesta á la maledicencia y á la calumnia: mil veces se cubre la asquerosa envidia con el manto preciosísimo de la caridad. El mundo, representado en Jódas, trueca fácilmente los nombres de las cosas: al fervor llama indiscreción, al celo llama enojo, y á las lágrimas de la penitencia y á los suspiros del arrepentimiento apellida susurros de la hipocresía. ¿Qué entiende el mundo de las cosas de Dios? ¿Qué tiene que ver su espíritu con el espíritu de Dios? Ninguna conexión hay entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y la mentira. Dios es la luz y la verdad; el mundo, las tinieblas y la mentira. Solo él pues puede condenar á los que no siguen sus máximas y á los que emplean sus fuerzas, su salud y sus bienes en servir y seguir á Cristo.

De lo dicho hasta aquí se infiere claramente que Judas era un hombre malo y que su corazón estaba lleno de iniquidad; y aunque seguía á Cristo, no le seguía con el corazón; sino solamente con el cuerpo, como advierte san Agustín. Llenaba el número de los doce apóstoles, mas no era para él la bienaventuranza apostólica; solo en la apariencia era el duodécimo. Cayendo él y sucediéndole otro, fué suplida la verdad apostólica y permaneció entero el número. De aquí empero resalta una consideración importantísima y un ejemplo admirable que no debe pasar desapercibido: ¡qué nos da á entender Cristo sufriendo entre sus apóstoles á un hombre tan per-

dido como Judas? No otra cosa sino que debemos tolerar á los malos por no sufrir que se lacere ó divida el cuerpo de Cristo. Mira á Judas entre los apóstoles y al ladrón entre los santos: con aquellos estaba el discípulo murmurador, pero no los contaminaba. De un manto pan comieron Pedro y Judas: Pedro comió el de la vida y Judas su condenación. Así se verifica que lo que es motivo de gozo y ocasión de la salud eterna para el que es fiel á Dios, lo es de desgracia y eterna condenación para el que le es infiel. No obstante, para justificar la inocencia de María, no reveló Jesús el delito oculto de Judas. Alabó públicamente á la acusada y llamó la mala disposición del culpado. Dejad, dijo á esta fervorosa israelita, ungir mis pies el día de hoy con ese bálsamo precioso y exquisito. No obstante, ella puede gastarlo con economía y guardar lo que quedare para honrar mi sepultura. Por lo que mira á los pobres, cuyo interés se manifiesta llegar al corazón, yo los amo y no quiero que se dejen de atender. Pero jamás dejareis de tener pobres á quienes socorrer con vuestras limosnas, y no siempre me tendreis á mí en estado de recibir semejantes demostraciones de afecto y de respeto.

En estas doctrinas de Cristo se ve claramente demostrado cuán peligroso es para la criatura el manejo de las riquezas temporales, viendo que Judas, destinado para este encargo, aun viviendo entre los apóstoles, se pierde miserable. También para consuelo nuestro se nos descubre que la virtud calumniada siempre puede estar segura de que tendrá á Cristo por su defensor. A él le toca defender á los suyos y á estos sufrir callando, á imitación de su Majestad, el juicio inicuo del mundo, mientras el interés de la verdad ó la deuda de la caridad no los obligue á defenderse. En verdad que es muy lisonjero para enamorar el corazón de la criatura, el tierno afecto con que Cristo celebra el obsequio de María, pues con tanta anticipación fué honrado en ella el misterio de su sepultura. Sus últimas palabras fueron un anuncio claro de la proximidad de su muerte, el que no pudo dejar de afligir y desconsolar el corazón de los que se hallaban presentes. No obstante, parece que ninguno atendió con bastante seriedad á esta tan franca manifestación; por manera que los judíos que lo oyeron, habiendo vuelto á Jerusalén

llenos de fe y confianza, no pudieron disimular los afectos y sentimientos de que se hallaron poseídos sus corazones; y si se ha de juzgar por las consecuencias que tuvieron algunas disputas contra los incrédulos, mediante las que se separaron algunos de la escuela de los fariseos, y creyeron que Jesús era el Mesías prometido, y tenían á gloria el ser contados en el número de sus discípulos, se podrá concluir sin temor de equivocarse, que ellos dieron un grande impulso para que se cumpliese cuanto antes aquella interesante profecía.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habiendo de padecer, por todo el mundo veniste á morar por algún tiempo á Betania, esto es, en la casa de la obediencia, y quisiste cenar allí, permitiendo que tus pies fuesen ungidos con un bálsamo precioso; dame fe, para que perseverando en la verdadera obediencia, entienda los misterios y ejemplos admirables que se encerraron en aquel convite. Sepa yo, Señor, honrarte en el tiempo de tu humillación; sepa emplear los bienes que recibo como dones de tu largueza, en obsequio tuyo, y en socorro y alivio de tus miembros, no sacrificando mas algo de estos desde hoy en adelante en servicio de mis pasiones, sino el de la caridad que debo á mis prójimos. No permitas que haga caso de los juicios y pareceres del mundo cuando se trata de servirte á tí, sino que enteramente me dedique al cumplimiento de tus leyes, sin apartarme jamás de las prácticas de piedad que tu santa religión me enseña, para que obedeciéndote en todo y siguiendo en todo tus máximas y preceptos, llegue por su cumplimiento á poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XII del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1.º hasta el 9.

La Iglesia usa de este texto para el Evangelio de la misa del lunes Santo ó del domingo de Ramos; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES SANTO.

San Juan, cap. XII, vs. 1 al 12.

Seis días antes de la Pascua vino Jesús á Bethania, donde Lázaro había muerto, al que resucitó Jesús, é hicieronle allí una cena, y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de ungüento de nardo puro de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y limpió después con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del ungüento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos dineros y se ha dado á los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviese á su cargo el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejádla que lo aproveche para el día de mi sepultura, porque á los pobres siempre los teneis con vosotros, mas á mí no siempre me teneis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de los judíos que estaba en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesús, mas también por ver á Lázaro, al cual había resucitado de entre los muertos.

CAPITULO XIX.

ENTRA JESUS TRIUNFANTE EN JERUSALEN SENTADO SOBRE UNA JUMENTILLA, Y AUNQUE ES BIEN RECIBIDO, LLORA DESPUES SOBRE LA CIUDAD, PRESAGIANDO SU RUINA.

Jamás vieron los siglos un espectáculo tan grandioso é imponente y tan digno de atención como fué el de la entrada gloriosa de Jesucristo en la ciudad santa, porque ella era el anuncio claro de la victoria que iba á conseguir contra la vanidad del mundo y la tiranía del infierno. Ella era la figura del señorío espiritual que ejerce en su Iglesia y en las almas de los justos; ella era la escuela de los que buscan la gloria en la humillación, porque era la afrenta de los que solo quieren ser exaltados por los caminos de la humana soberbia. Confúndanse por tanto todos los grandes y poderosos de la tierra en medio del ostentoso aparato con que procuran encubrir las miserias que los igualan con los otros hombres. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, el Repartidor de los cetros y los imperios, el que arroja los potentados de su trono y los confunde entre el polvo de la tierra, el que eleva á los pequeñuelos y humildes y los sienta entre los tronos de su eterno imperio, el

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES SANTO.

San Juan, cap. XII, vs. 1 al 12.

Seis días antes de la Pascua vino Jesús á Bethania, donde Lázaro había muerto, al que resucitó Jesús, é hicieronle allí una cena, y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y limpió después con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del unguento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos dineros y se ha dado á los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviese á su cargo el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejádla que lo aproveche para el día de mi sepultura, porque á los pobres siempre los teneis con vosotros, mas á mí no siempre me teneis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de los judíos que estaba en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesús, mas tambien por ver á Lázaro, al cual había resucitado de entre los muertos.

CAPITULO XIX.

ENTRA JESUS TRIUNFANTE EN JERUSALEN SENTADO SOBRE UNA JUMENTILLA, Y AUNQUE ES BIEN RECIBIDO, LLORA DESPUES SOBRE LA CIUDAD, PRESAGIANDO SU RUINA.

Jamás vieron los siglos un espectáculo tan grandioso é imponente y tan digno de atención como fué el de la entrada gloriosa de Jesucristo en la ciudad santa, porque ella era el anuncio claro de la victoria que iba á conseguir contra la vanidad del mundo y la tiranía del infierno. Ella era la figura del señorío espiritual que ejerce en su Iglesia y en las almas de los justos; ella era la escuela de los que buscan la gloria en la humillación, porque era la afrenta de los que solo quieren ser exaltados por los caminos de la humana soberbia. Confúndanse por tanto todos los grandes y poderosos de la tierra en medio del ostentoso aparato con que procuran encubrir las miserias que los igualan con los otros hombres. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, el Repartidor de los cetros y los imperios, el que arroja los potentados de su trono y los confunde entre el polvo de la tierra, el que eleva á los pequeñuelos y humildes y los sienta entre los tronos de su eterno imperio, el

Rey, en fin, de los cielos y tierra, adornado no con la diadema y el cetro de su omnipotencia, sino con el velo misterioso de la simplicidad y pobreza, muestra que viene al mundo como príncipe de los humildes, á destruir el reino de la soberbia y á condenar todas las leyes de vanidad y orgullo que sirven de gobierno á los hijos del siglo. Apréstase para entrar en Jerusalem de una manera nueva y poco acostumbrada, pero predicha y anunciada por los profetas: así instando la Pascua en que se inmolaba el Cordero, él mismo como cordero verdadero que debía ser sacrificado por los pecados del mundo, se acercó voluntariamente al lugar de la pasión, acreditando con este hecho que estaba muy dispuesto á humillarse y á obedecer á su Padre hasta la muerte mas acerba y afrentosa que jamás se hubiese visto.

Estaba mandada en la ley que desde la luna décima del primer mes tomasen un cordero todos los hijos de Israel y lo guardasen en su casa hasta la luna décimaquarta del mismo, en cuya víspera debían matarle; y así fué que el verdadero Cordero sin mancha, escogido el primero, y primogénito entre todos los rebaños, y elegido de entre millares, que había de ser sacrificado por la santificación del pueblo; unos días antes del sacrificio, esto es, en la luna décima, subió á Jerusalem para que la verdad correspondiese á la significación de la figura; por cuya razón se llamaba también Bethania lugar de *aflicción, de exaudición y de respuesta*; ¿pero de quién? De Cristo y de nosotros. Lugar de aflicción para Cristo, porque le pareció muy grande el Salvador con las unciones que le suministró María en su propia casa, y en las de Simón leproso, con las que se designan claramente su muerte y su sepultura; por cuya razón debemos también nosotros adigirnos en nuestros corazones, no solo con la memoria de la pasión de Cristo, sino con la de nuestros propios delitos, por los que padeció el Señor. Infiérese de aquí que debemos implorar su misericordia, seguros de que nos oirá Aquel que padeció y murió por nosotros antes que existiésemos. Tan bondadoso Señor nos responderá con la unción de su misericordia, de su gracia y de sus dones, y nos hará dignos de percibir el fruto de sus misterios, para que imitemos en todo su pronta y perfecta obediencia á las disposiciones de su eterna bondad. Con esta sencilla in-

dicación conocemos con toda claridad el motivo por qué deado Efron había marchado Jesús á Bethania, y permaneciendo allí no se había desdenado de recibir los reverentes obsequios que Lázaro y Simón el leproso le habían prevenido en sus respectivas casas, enviando desde la de este último dos de sus discípulos hasta Bethphage, que está al pié del monte de las Olivas, para que se empuzasen á cumplir las disposiciones de la voluntad de su Eterno Padre.

No ignoraba Jesús que después de la resurrección de Lázaro, desesperados los príncipes de los sacerdotes por el progreso que la fe hacía en los pueblos, se determinaron á cortar de un golpe todas las raíces. Lázaro, resucitado á las puertas de Jerusalem, que se dejaba ver de todos, que de todos era conocido y con todos hablaba, era el objeto mas á propósito para llamar la atención de todos y persuadir la verdad. El convencimiento que causaba su vista, no tenía réplica; y ya resueltos los fariseos en dar la muerte á Cristo, pensaron también y convinieron en quitar la vida á Lázaro, y sumergirle otra vez en el sepulcro de donde Jesús lo había sacado. Formado el proyecto de un deicidio, no les arredraba un nuevo pecado de asesinato. Complicándose cada vez mas la situación, los individuos del Sanhedrin decían sin rebozo que preparaban un suceso decisivo; y al contemplar las medidas violentas que en Jerusalem se tomaban, todos conocían la determinación de los fariseos de acabar con el Salvador. Habíase de cumplir la profecía triste de David, y los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, los príncipes del pueblo, cuantos tenían algún nombre en Jerusalem, y todo lo que podía llamarse la corte de aquel tiempo, conviene á saber, dos pontífices envidiosos y un consejo tan ambicioso como violento; todos obraban de concierto y caminaban arrebatadamente á su término. Para lograr sus fines, inflamaban personalmente los ánimos de los habitantes de la capital, y sus emisarios eran como teas incendiarias que recorrían aquella y las demás provincias donde podía haber llegado la noticia de Jesús, previniéndolas traicionablemente contra él. Por todas partes sembraban ruidores calumniosos contra su persona y doctrina; y como sus continuos milagros era un embarazo del que no podían deshacerse, los atribuían á comercio con el infierno. Para alarmar al pueblo contra su Dios y

Señor, lo amenazaban con las armas de los romanos y con la ira del cielo, sin despreciar algunos de cuantos medios de iniquidad les sugería su astuta hipocresía y su refinada malicia. Era tal la disposición de las cosas de Jerusalén y la complicación del plan que habían adoptado, que solo un milagro de su omnipotencia podía haberlo desbaratado; lo que estaba muy lejos de practicar Jesús, pues se acercaba la hora de su muerte y de su triunfo, que desde la eternidad estaba determinada por su Eterno Padre.

En cumplimiento pues de ella, envió á sus dos discípulos á la aldea que tenía á su vista, y como señor y profeta les dijo: *Marchad allá, y á la entrada del lugar, encontrareis una burra con su pollina que nadie ha montado aun; desatadlos y traédmelos aquí; y si alguno os dijere alguna cosa, esto es, cuál es vuestro intento y con qué derecho disponéis de aquellas animales, solamente respondereis: El Señor los necesita; con lo que, sin hallar otra oposición, os dejarán ejecutar mis órdenes.*

Sucedió todo como Jesús había dicho, y entonces fué cuando se cumplió el oráculo del profeta Zacarías, que representando al Mesías haciendo su entrada en la capital del reino entre las aclamaciones y aplausos de las hijas de Sion, les pone delante á este Señor como un rey que gana los corazones con dulzura y humildad, pues viene á ellas con un equipaje pobre, conducido en una caballería prestada y común en el país, diciendo: *Decid á la hija de Sion: Ved aquí á tu Rey que viene á tí con espíritu de mansedumbre, sentado sobre una pollina, y sobre el hijo de la que ha llevado el yugo, ó lo que es lo mismo en la realidad, no quieras temer, hija de Sion; mira á tu Rey que viene sentado sobre el jumento, hijo de la pollina.* Los apóstoles y demás discípulos del Señor no habían aplicado hasta entonces á la persona del Mesías estas palabras proféticas. Mas cuando estuvo Jesús en posesión de su gloria, tiempo al cual estaba reservada la comunicación de su espíritu y la perfecta inteligencia de las Escrituras, conocieron perfectamente que este oráculo miraba á la persona de su Maestro, y que cuando obedecían sus órdenes, entonces trabajaban en cumplimiento de las profecías.

Después que los apóstoles hubieron cumplido con diligencia las

órdenes de su Señor y Dios, sin encontrar ninguna especie de resistencia ni oposición de parte de los hombres, viendo que el Señor se disponía para hacer su entrada con pompa y magnificencia en la ciudad santa, adornaron lo mejor que pudieron el jumento, formando con sus capas una especie de gualdrapa ó aparejo, y en seguida le hicieron montar sobre él. No podía extrañarse en el país el que Jesús se sirviera en esta ocasión de aquel jumentillo, puesto que los grandes y pequeños de la ciudad lo usaban con indiferencia, y nada tenía por consiguiente, *ni de bajo, ni de soberbio*, pero sí mucho de extraordinario, puesto que Jesús había hecho hasta entonces todos sus viajes á pie en compañía de sus apóstoles. Mas en este día quiso que su pueblo le reconociese por Rey y pacífico, que entraba en la capital á la manera de sus antiguos jueces y conductores.

Marchaba así y la seguía una gran tropa de fieles israelitas, de los que muchos le habían acompañado desde Jericó; otros eran habitantes de Jerusalén y de las aldeas vecinas, que habían visto con sus ojos la resurrección de Lázaro; otros eran gentiles temerosos de Dios, que en los días de su solemnidad venían á Jerusalén á adorar al Señor, y otros, en fin, avisados de su marcha, le habían salido al encuentro, mostrando su veneración y amor á su Rey y Mesías, porque no participaban de las preocupaciones de los escribas y fariseos, y todos tendían sus vestidos á lo largo del camino por donde había de pasar, mientras que otros, cortando ramas de árboles, le alfombraban con su verdura, y otros muchos venían de la ciudad con palmas en las manos para recibirle, clamando todos con entusiasmo y alegría: *Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor.* Jamás se vió en la tierra un espectáculo mas digno de atención. Este fué sin duda el milagro mas asombroso y acaso el menos notado que se reservó hacer en medio de otros muchos mas comunes que parecen ejecutados sin cuidado y como por costumbre. Presentóse el Señor aclamado como vencedor de la muerte, que ha de matar muriendo, y del pecado que ha de vencer, padeciendo como malhechor. En medio de los aplausos de un pueblo inmenso entra triunfante en la ciudad, donde los magnates y poderosos, le odian y aborrecen, y maquinan su muerte; y en medio de tanto furor y conjuración conserva su libertad, su

independencia, su autoridad toda entera para obrar y hablar, y detiene la tempestad y la mantiene suspensa sobre su cabeza hasta el momento preciso en que su Padre lo ha de entregar al poder de las tinieblas; y permite que este triunfo irrite á sus enemigos, para que la saña del infierno ayude á la redención del linaje humano. Los gritos de loor y gloria se repiten por todas partes, y las tropas de hombres, de mujeres y de niños, que preceden y siguen el cortejo, no cesan de repetir: "Honra, gloria y bendición al Hijo de David." Bendito sea de Dios el que nos viene en nombre del Señor. "Hoy os ha dado la salud por nuestro Rey, que viene á nosotros en nombre del que habita en los cielos. El Señor se ha reconciliado con nosotros. La paz se ha concluido entre el cielo y la tierra. Ya vamos á ver levantarse con esplendor la inocencia de nuestro pueblo y la gloria del reino de nuestro Padre David. Que sea un reinado de bendición. Honra, gloria y alabanza al Altísimo." ¡Oh, con qué mansedumbre y suavidad se presenta el Todopoderoso á los que están maquinando mil medios de quitarle la honra y la vida! Jamás los discípulos de Jesús y el número de fieles que creía en él habían tenido más esperanza de su próxima libertad. Nunca los apóstoles se habían lisonjeado á su parecer con más certeza á las conjeturas que habían formado sobre la próxima grandeza de su Maestro. Los mismos escribas y fariseos se estremecieron y temblaron y comenzaron á desconfiar del éxito feliz de sus maquinaciones. Contaban para ellas con el pueblo, y al ver los obsequios que este prodigaba á Jesús, temieron que desengañado, los abandonase. Ocultos y como escondidos habían contemplado el triunfo; la desesperación y la rabia se habían apoderado otra vez de su corazón; y juntándose en un nuevo Sanhedrín, se decían los unos á los otros: *¿No veis que nada conseguimos? Todo el mundo se va tras ese hombre; públicamente se manifiesta la adhesión á su persona, y le siguen como al Mesías, como á Cristo y como á rey de Israel.*

Mientras los escribas y fariseos se entregaban á la desesperación, y poseídos de nuevo coraje y rabia maquinaban nuevos proyectos para vengarse del mas manso y pacífico de todos los hombres, el Dios de Abraham inspiraba á los descendientes de aquel esclavici-

do patriarca nuevos cánticos de loor y alabanza en obsequio de su único Hijo, para que llegase á noticia de todos que él era el deseado de los collados eternos, el suspirado de los antiguos padres, la esperanza de todas las naciones y el Hijo de Dios que venia para obrar la redención en medio de la ciudad santa, y le decían: "*Reyes eres de reyes desde la eternidad; eterno es tu reino, y no de este mundo. Por tí viene á mí tu reino; con tu poder reconcilias al mundo con Dios y pones paz en los cielos y en la tierra. Todas las criaturas cantan hosanna al Hijo de David, llega este clamor hasta las extremidades de la tierra y sube hasta lo mas alto del empíreo. Los árboles te honran prestando sus ramas; hácese lenguas los bosques; obedeciente las obras de tus manos; ríndense á tí los animales y las cosas insensibles; lo invisible y lo visible, doblando la rodilla te adoran. Reconóctete el hombre por su Criador y reparador; llama dichosa su culpa porque mereció que entrases hoy á lavarla con tu preciosa sangre. Tó sacas alabanza de la boca de los niños; los humildes publican la gloria tuya que tratan de oprimir los soberbios. Bendicente los agradecidos, maldicen de tí los ingratos. Acompañante los sencillos, huyen de tí los vanos. Porque eres Rey pobre y humilde, tu alivio es la pobreza de corazón, tu fausto la mansedumbre, tus proyectos el desprecio del mundo, la cruz el blanco y término de tu camino. Bendito seas, ¡oh Rey de Israel! Hosanna al Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.*"

Nada podía haber mas funesto para los escribas y fariseos; ningún contratiempo podía presentárseles mas estorbador y enfadoso; ningunas otras circunstancias menos á propósito para fomentar una violencia; sin embargo, obligaron á algunos de los suyos á que se mezclasen con la muchedumbre, mientras ellos tuvieron la osadía de presentarse á Jesús y decirle: Maestro, reprende á tus discípulos y ordénalos que se contengan. Como quien dice: Ya veis mejor que nosotros las consecuencias que pueden tener estos movimientos populares; los que os acompañan no guardan medidas algunas, no prevén las cosas; ellos dicen que vos sois Cristo y os proclaman abiertamente por su Rey. ¿Qué recelos no tendrán los romanos y á cuanto nos exponeis? En vano seria, respondió Jesús, im-

poner silencio á mis discípulos. Cuando yo los hiciera callar, habrían las piedras en su lugar y clamarian mas alto que ellos. Con cuya contestacion se vieron precisados los fariseos á contentarse y callar, porque la ocasion era muy poco favorable para llevar adelante sus planes. Continuaron por consiguiente las cosas como habian empezado. Se aumentaron las aclamaciones, y los envidiosos no pudieron menos de experimentar toda la mortificacion que les causaban tan grandes obsequios tributados públicamente á aquel á quien tan de veras ellos aborrecian.

No puede negarse que dijo muy oportunamente san Agustín, que en muchos de los parajes que se registraban en el Evangelio, habia tantos sacramentos como misterios que estaban escondidos bajo las palabras mas triviales y sencillas, y aun bajo las que al parecer eran mas insignificantes, lo que se confirma en el texto de este Evangelio; y en verdad, quién puede ponderar debidamente la prontitud de la obediencia á la voz del Maestro divino de aquellos dos apóstoles á quienes envió el Señor en busca de la asna y del pollino? Flacos eran é imperfectos; pero su obediencia rayó en esta ocasion hasta el heroísmo. En las palabras y aun en los procedimientos de algunos ellos se vieron alguna vez muestras de envidia, de ambicion y hasta de temeridad; mas en la obediencia y docilidad fueron constantes y perfectos. La voz del Señor halló siempre en ellos la razon sumisa y el corazon abierto, y no fué pequeña prueba aventurarse á los deuestos é insultos de los hombres, y acaso á ser tenidos por ladrones por obedecer á Jesús. ¿Qué dirán á esto aquellos que con frívolos pretextos resisten obedecer los preceptos de la ley santa del Señor, y aparentando temores impropios de cristismo, se recatan de cumplir á la vista de otros hasta los preceptos de la Iglesia? ¿Y qué dirán sobre todo aquellos ministros tibios, y aquellos sucesores de los apóstoles, que por medio de las persecuciones temporales y por no incurrir en la indignacion de los poderosos del siglo, descuidan el cumplimiento de sus mas sagrados deberes?

Otra consideracion no menos importante y digna se halla en la instruccion que Jesús da á los apóstoles. Atados estaban la asna y el pollino. Aquella era símbolo del pueblo judaico que habia

traído mucho tiempo sobre sí el yugo pesado de la ley, y el pollino denotaba el pueblo gentil sin yugo alguno, abandonado al parecer á sí mismo y á los antojos de una inquieta y desenfrenada libertad; y á la una y al otro manda Jesucristo desatar y llevarlos á su presencia. A todos desató con su muerte de las ataduras del pecado. Los apóstoles descargaron á los judíos, por medio de la predicacion del Evangelio, de la ley de Moisés, que habia quedado enteramente abolida, rubricando el Salvador con su sangre la sancion de la nueva ley, y anunciaron á los gentiles la libertad que Cristo les compró. La criatura tiene en sí misma la figura de aquellos dos animales en las dos partes de que consta; el espíritu, que sirve á la ley de Dios, y la carne, que no quiere mas que la ley del pecado; aprisionada por este y atada á las pasiones que le dominan, debe adquirir su soltura, la que han de proporcionarle los sucesores y herederos del misterio santo de los apóstoles, poniendo especialísimo cuidado en buscarlas, desatarlas y presentarlas al Señor. Nunca debieran olvidarse estas tres importantísimas y misteriosas palabras: *Hallareis una asna y un pollino atados; desatadlos y traedlos á mí.*

A este tremendo precepto añadió Jesucristo otra expresion no menos misteriosa y digna de nuestra atencion, cual fué el decirles: *Si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará.* Porque en verdad, ella indica el poder omnipotente é irresistible del Señor, el dominio universal que ejerce y tiene sobre todas las cosas, pues solo él es el que puedo decir: *Mias son todas;* y sobre todo, indica la inutilidad de la resistencia que todas las criaturas de la tierra oponen á las disposiciones del Señor. La prontitud con que aquellas gentes, con ser pobres á lo que parece, dieron lo que les pedía el Señor, condena la dureza de algunos ricos que se resisten á dar lo que les sobra, aun cuando los pobres de Jesucristo dicen que lo han menester.

A mas de las misteriosas significaciones hasta aquí expresadas, deben notarse en primera linea las que indican la miseria de todo el mundo antes de la venida de Cristo. Judíos y gentiles estaban atados; mas ni unos ni otros conocian su cautiverio. El judío se creia libre porque era hijo de Abraham; el gentil tambien se conceptuaba

tal, porque á nadie reconocía por Señor en el mundo; estaba, como dice san Pablo, sin Cristo y sin Dios [1]. El judío soberbio con la falsa justicia se desdenaba de la verdadera. El gentil engañado con la falsa sabiduría, despreciaba á la verdadera como necedad, y unos y otros estaban atados á la parte de afuera de la puerta, sin aliento, sin abrigo, sin que nadie tuviese lástima de su indigencia. Tenían dueños, pero indolentes é interesados, solícitos de su propia honra, y no del bien ajeno que los dominaban, y no los alimentaban; y que si alguna vez hablaron acerca de ellos, fué para oponerse á su libertad y quitarles la gloria de ser llevados á Cristo por los apóstoles; pero ni los sacerdotes entre los judíos, ni los príncipes entre los gentiles, tenían derecho para oponerse á la libertad espiritual que Jesucristo venía á dar al mundo entero; mas así los unos como los otros, abusando de su autoridad, se valieron de ella para retardar la predicación del Evangelio y para estorbar que los apóstoles, en nombre de Cristo y con el poder de su gracia, pusiesen en libertad á los que tenía atados y tiranizados el príncipe de este mundo.

También es misterioso sobremanera la imposición de los vestidos de los apóstoles sobre la juventilla que había de montar el Señor, porque era el símbolo de su doctrina, de su fe y de la pureza y santidad de su vida; joyas preciosísimas que guardan sus sucesores como guardó Eliseo el manto de Elías, preparando y adornando con aquellas las almas donde ha de hacer asiento Jesucristo, para ser cooperadores de su santificación y hacerles amable el yugo del Evangelio. Indicio es también del desinterés y ardiente caridad de los apóstoles la prontitud con que se desnudaron de sus ropas para preparar el asiento al Salvador, y en ello se ve practicada la obligación en que estamos todos los fieles, cada uno en su respectivo estado, de despojarnos y desprendernos de todo para disponer las almas á que reciban á Cristo, de cubrir sus pecados con el secreto, sus flaquezas con la mansedumbre y sus afrentas con la anticipada caridad. Solo así toma asiento Jesucristo en el corazón de las criaturas. Pero también es preciso considerar la facilidad con que el ju-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 2, v. 12.

mentillo indómito, juntamente con la asnila, se sujetaron á Cristo, porque en ella se descubre la suavidad y la prontitud con que la gracia señorea y domina al hombre, lo que también se demostró en todas las ocasiones en que el Señor llamó de alguna manera particular á los gentiles. Los Magos del Oriente obedecen y siguen con prontitud la estrella que á Belen los conduce, y el annuco de la reina de Candaces advierte por su compañero á Felipe, acepta la explicación del pasaje de la Escritura que no comprendía, y recibe inmediatamente de mano del apóstol el bautismo saludable, reconociendo á Dios por su Señor y admitiendo con prontitud y docilidad el yugo suave del Evangelio.

Caminaba el Señor, y el pueblo gritaba hosanna al Hijo de David: estas alabanzas hubieran sido de mucho consuelo para Jesús si no hubiera tenido presentes los oprobios que á ellas debían de seguirse después de algunos días, y las demás terribles consecuencias cuyo origen le era bien conocido. Habiendo llegado á vista de Jerusalén, poniendo sus ojos sobre la ciudad ingrata, que amaba como á la principal porción del campo que le había confiado el gran Padre de familias, dió libre corriente á sus lágrimas divinas. No se dejó deslumbrar del esplendor de su triunfo ni transportarse de alegría por una pompa tan magnífica. Con este ejemplo nos enseñó lo que ya nos había dicho por boca del Sabio, á saber: Que no nos olvidemos en los días alegres de los días tristes; que debemos siempre tener delante de los ojos la imagen de la muerte, de la vanidad del mundo y de la constancia de las criaturas. Por lo mismo, quiso que aprendiésemos que no hay afecto de que pueda el cristiano sacar mejor partido que la tristeza y el llanto. Lloró Cristo, no como suelen los hombres, por flaqueza, por temor, por interés ó por hipocresía; lloró la ceguera y la ingratitude de su pueblo, la facilidad con que iban á echar sobre sí todo el lleno de la ira divina, y el castigo que ya les iba á las alcanceras. Lágrimas que bañaron aquellas mejillas, que son el gozo y la alegría del cielo, no podían ser sino de celo por la gloria de Dios y de perfecta caridad para la salvación de las almas.

Lloró, y como si no quisiese llorar solo, porque lloraba sobre la ingratitude de su ciudad amada, volviéndose á los que podían oír su

voz, y exclamó diciendo: Si hubieras reconocido, ciudad infortunada, esto es, si en tus profetas, ó por lo menos en estos dias para tí pacíficos y tranquilos, quisieras aprender lo que ignoras y yo conozco, ¡qué otra cosa fuera para tí! Lo que fué decir: Sin duda harías penitencia en ceniza y en silencio como los ninivitas; pero tú te ciegas y te endureces y no quieres creer que estás amenazada de una muy grande y próxima calamidad y desolacion.

Qué diferentes, encontrados y opuestos son los pensamientos de Jesús á los pensamientos de los hombres! Nada hay mas grato á un enemigo que el placer de la venganza. Los escribas y fariseos lo eran de Jesús y deseaban vengarse de él; y sin embargo, el Salvador amantísimo lloraba sobre la ciudad ingrata y se estremecía á su vista de los castigos que su divino Padre iba á descargar sobre ellos por haberle perseguido hasta la muerte. Alegrábanse los pecadores en su pecado, los traidores en su obstinacion y dureza, y los verdugos en los tormentos y la muerte que habian de dar al Redentor del mundo; y este, que deseaba la cruz, los tormentos y la muerte por salvar á los hombres, derramaba abundantes lágrimas, conociendo la monstruosa ingratitud de que estaban llenos. ¡Cuántos se pierden por no conocer el tiempo ni los caminos de la salud! ¡Cuántos por descuidarse en orden á los medios eficaces de su santificacion! ¡Cuántos por abusar de los dones de Dios ó por no aprovechar los momentos felices en que el Señor los convida con su proteccion y su gracia! ¡Qué importa la falsa paz que el pecador cree gozar porque tiene tranquilidad y contento exterior, si interiormente está en gracia de Dios? ¡Qué puede esperar sino que tras este dia de tranquilidad que á su parecer disfruta, venga el dia de Dios grande y terrible en que el Altísimo ponga por obra su venganza? Ira es de Dios y castigo espantoso la falsa paz que halla el malo en el deleite, en el olvido de su propia dureza y en el desprecio de la necesidad ajena. ¡Qué tiene que ver esta paz engañosa de las pasiones, con la sólida y verdadera de la cruz con que Dios visita, consuela y alimenta á sus siervos! ¡Oh corazón de Jesús! ¡Qué tierno es y compasivo! En verdad que no puede ver los males de sus hijos sin desearles y procurarles el oportuno remedio.

Abiéronse al parecer las entrañas de misericordia del Salvador en

beneficio y favor de su pueblo, y no pudo menos de indicarle que los misterios de la justicia de su Padre estaban escondidos á su vista. Guerra tenia Dios con aquel pueblo que estando lejos de la verdadera paz no lo conocia. Jerusalem es figura de un alma rebelde que resiste á Dios, que rehusa sus gracias, que sofoca sus inspiraciones, que desprecia sus mandamientos, que no hace caso de sus promesas, que se burla de sus amenazas, que no piensa en llorar los pecados pasados, ni en cumplirse de los presentes, ni procaerse de los futuros; no atiende ni á la misericordia de Dios que lo excita de sus brazos, ni á su justicia divina que le prepara castigos, ni á la vida presente que se acaba y huye, ni á la muerte que se acerca, ni al juicio en que ha de comparecer; todo está escondido á sus ojos. No reconoce las visitas que Dios le hace, sumiéndole en la escasez cuando nadaba en la abundancia, y envolviéndole en cruda y horrible guerra cuando se creia gozar de paz. ¿Quién habrá que si se pone á examinar detenidamente todas las cosas que le suceden, pueda ni siquiera contar las continuas visitas que Dios le hace? ¿Y quién habrá que si entra en cuenta consigo mismo pueda desconocer las voces que Dios le da para atraerle á sí y para despertar en su corazón la gratitud, la viva fe, la confianza en su bondad y el temor saludable de sus juicios para desprendernos del mundo y unirnos con él por el amor? ¡Mas ay de nosotros, ignorantes, ciegos y estúpidos, que no solo dejamos pasar á Dios por delante de nuestras puertas, sino que cuando quiere metérsenos en casa, se lo estorbamos por mil medios con la mas grosera descortesia! ¡Qué seré nosotros si no hacemos pronta y fervorosa penitencia?

San Gregorio dice [1]: Que lo que hizo una vez el Señor sobre la ciudad ingrata, lo hace cada dia en la Iglesia sobre los que llamó á la ítima dignidad de hijos suyos, porque desconocen la tristísima poscion en que se hallan. Llora sobre los réprobos, los que desconocen el motivo porque son reprobados, y así se alegran y perseveran en el camino de la perdicion, aun cuando les amenaza la condenacion eterna, porque los tormentos que les esperan están escondidos á sus ojos. Vendrán dias malos sobre ellos cuando llegue el

[1] *Iv. Gregor. Hom. 29 in Evangel.*

de la venganza eterna, porque no conocieron el tiempo de su visita, esto es, aquel en que Dios los visitó. Visita Dios las almas perversas cada día con sus preceptos, alguna vez con los castigos, con mucha frecuencia con los milagros, para que oyendo lo que no sabía, ó se arrepienta por medio de la conjuncion, ó vencida por los beneficios, se avergüence de la mala correspondencia que da al Señor. Pero como poseída por la sabiduría desprecia el castigo y el milagro, desconoce el tiempo de su visita, y al fin de su vida es entregada á aquellos enemigos suyos, con los que estuvo unida en perpetua sociedad mientras vivía. Vendrán, dijo el Señor á Jerusalem, días sobre tí en los que tus enemigos te rodearán de triucherías y te cercarán, y te estrecharán por todas partes. Rodeado está el pecador y circuido por todas partes por las pérdidas sugestiones del enemigo, por los interiores estímulos de la carne y por la inflamacion y preocupacion de todos los deleites y pasiones. Rodeado está por la flaqueza y debilidad de su propia naturaleza. Angustiado y afligido por el temor de su conciencia. ¿Y qué puede esperar sino justicia el que no se aprovecha de la piedad? Esta espantosa ruina de la Jerusalem material es un ligero borron del horrible estrago que hacen la culpa y el pecado en la Jerusalem espiritual de nuestra alma, y del castigo que para la otra vida le tiene Dios guardado; y así dijo á la Jerusalem material: Te destruirán enteramente á tí y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita. La Jerusalem espiritual es arrojada por tierra cuando consiente en su interior la perpetracion del crimen. Sus hijos, que son las buenas obras, quedan enteramente mortificados por aquel, y no queda en ella piedra sobre piedra cuando á causa de la desconfianza se entregan á la desesperacion. Vallada está entonces y siempre rodeada de demonios constreñida y oprimida por los pecados, y enteramente postrada y destruida, sin que quede en ella piedra sobre piedra, cuando es entregada á las llamas inextinguibles. Nada hay mas que merezca ser destruido tan pronta y terriblemente como el que se levanta á mayores contra Dios y destruye con mano sacrilega y atrevida el templo material donde es adorado de sus fieles hijos, ó el templo espiritual donde recibe los incienso y adoraciones de la masa pura y

fervorosa caridad. Las gracias y las virtudes son las piedras con que levanta Dios y labra el edificio de nuestro corazon. El que profana en sí el templo del Espíritu Santo y no repara esta profanacion con la penitencia, ¿qué puede prometerse ni esperar, sino ser para siempre templo del demonio? Destruyó Dios el templo y la santa ciudad, no solo para castigar el pecado de los judíos, sino tambien para quitarles la ocasion de permanecer en el judaismo; y misteriosamente para denotar que habian sido abolidos los antiguos sacrificios, y habia desaparecido el culto judaico.

No es extraño pues que teniendo presentes el Señor estos terribles castigos de su justicia que irremisiblemente habian de venir sobre la ciudad ingrata á causa de su obstinacion y dureza, llorase sobre ella. Cuatro veces lloró el Señor en los días de su vida, cubriéndose con el manto de nuestra carne frágil y enfermiza, sin que se lea que ni una sola vez se rió. Cuatro veces lloró, porque en aquellas lágrimas mortales tuvimos nosotros como cuatro manantiales y fuentes inagotables de su misericordia; y aunque lloró cuatro veces, sintió mientras vivió esta vida mortal, los motivos que aquellas lágrimas le arrancaron. Lloró naciendo sobre la misericordia comun y la desgracia universal de todos los que nacen. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, aunque sabia que habia de resucitarle, porque no ignoraba la dificultosa resurreccion de todos los pecadores muertos por la culpa á la vida de la gracia: lloró á la vista de Jerusalem, porque tenia presentes sus iniquidades y el cúmulo inmenso de sus ingratitudes; los pecados de los hijos de la nueva Iglesia y los de la vieja, juntamente con la de todas las edades y siglos, y lloró, en fin en la cruz sobre todos y cada uno de los hombres, porque previó lo infructuoso que habia de ser su pasion para muchos de ellos. Fueron empero oídas del Padre sus lágrimas clamorosas para conciliar su misericordia y merecer para todos la gracia preveniente y excitante; para sanar las miserias de los mortales, para borrar los pecados de todos y para merecernos la gracia y la gloria sempiterna.

Otro efecto á mas de todos los dichos y otra muy ventajosa utilidad, nos reportaron las lágrimas de nuestro amantísimo Jesús, y fueron el que en vista de ellas se excitase en nuestro corazon un dolor vivísimo por nuestros pecados y por los de nuestros prójimos

consiguiendo tambien por aquellas el don de lágrimas que necesitamos para arrepentirnos de nuestras culpas y flaquezas; y ya que no sea el de las interiores y exteriores, por lo menos el de aquellas indispensablemente necesarias para dar testimonio de nuestra contrición y que confirma en nosotros el acto de la verdadera penitencia. Miremos pues bien á nuestro amantísimo Jesús llorando sobre Jerusalem y aplicando sus lágrimas á la Jerusalem espiritual de nuestra alma; lloremos tambien con él larga, fuerte, abundantemente, porque solo así podrá corresponder nuestro llanto al llanto del Hijo de Dios. Lloraba Jesús con amargura de su corazón contemplando el peligro temporal y eterno de los desgraciados hijos de Judá, porque no conocieron el tiempo de su visitación, esto es, cuando por medio del misterio de su eucaristia los visitó viniendo desde lo alto, y le desconocieron á él, no solo depreciando su predicación, sino persiguiéndole hasta la muerte, y muerte afrentosa de cruz.

Esta clarísima profecía se cumplió en todas sus partes, y Jerusalem fué asolada y destruida como treinta y siete años después de la muerte de Jesucristo, ó muy cerca del año setenta del primer siglo cristiano. El emperador Tito fué el ejecutor de esta sentencia pronunciada por la justicia divina contra la ciudad deicida. Las calamidades empero que experimentó el pueblo hebreo en la ruina de Jerusalem y antes y después de ella, fueron tales y de tanta magnitud y consecuencia, que si el principal historiador de estos horribles acontecimientos no fuera de tanta autoridad, tan sabio y respetable, y á mas testigo de vista, que á todo se halló presente, no se podía creer. Este historiador fué Josefo, de nacion y profesion judío; uno de los hombres mas raros de su edad en elocuencia, prudencia, conocimiento de las Escrituras, y sobre todo, en magnanimidad y valor; pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de *Yotapata* contra el poder de los romanos por espacio de cuarenta y siete dias; y muertos todos los hombres de valor, parece que la Providencia quiso guardarlo para que escribiese esta guerra de los judíos, como lo hizo. Porque nadie la pudiera escribir ni con mas verdad, ni con mas elocuencia, ni con menos sospechas de parcialidad; pues él mismo dice al principio de su escrito, que era hijo, de

Masias, ciudadano y sacerdote de Jerusalem, y que en la primera y segunda conquista peleó contra los romanos. Durísimo pues, malvado y sobre impío ha de ser el corazón que permanezca insensible y obstinado á vista de las lágrimas de Jesús y del motivo que las produce y causa. Desventurado de aquel que circuido de miserias y de parados, se alegra y rie cuando sobre él llora la sabiduría del Padre. Frenético ha de ser y sobriamente furioso el que permanece impávido al ver llorar al Médico que conoce toda la gravedad y extension de la fiebre que le devora; llora pues tú con llanto amargo, como si llorases sobre la muerte de tu unigénito. Salgan á torrentes las lágrimas de tus ojos por el dia y por la noche, sin permitir un momento de descanso ni consentir que se cierre la pupila de tu ojo. Mira tambien á los discípulos de Jesús que le siguen con la mayor moderacion y reverencia sin poder contener las lágrimas que de sus ojos salian al ver las que brotaban de las de su divino Maestro, y llorando tú igualmente tus culpas y pecados espera lograr el copioso fruto que á todos merecieron las del divino Salvador.

ORACION.

Amantísimo Padre y dulcísimo Jesús, Redentor y Salvador mio, que tan voluntariamente y con tanta ansia caminaste hácia la ciudad ingrata donde te esperaban tantas amarguras, tantos tormentos y, por último la cruz, en la que habias de morir para cicatrizar y curar la espantosa herida que por la culpa y el pecado estaba abierta en el corazón de la criatura, y que viniendo á Jerusalem seis dias antes de la Pascua quisiste manifestar no solo tu elocuencia, sino tambien la omnipotencia de que estabas revestido, disponiendo que te recibiesen con ramos y palmas, confesando tu majestad y cantando himnos de loor y alabanza á tu divinidad, diciendo el pueblo fiel: Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor; ruegote por las entrañas de tu misericordia, me permitas acercarme á tí y seguirlo constantemente con la esperanza de vivir siempre unido contigo y de pertenecer eternamente á tu reino. Por las lágrimas, Señor, que derramaste sobre

la ciudad ingrata, concédeme la gracia de que lllore constantemente mis culpas y pecados para que sea digno de reinar contigo por eternidades de eternidades en la patria celestial. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXI del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 9, y al XIX de san Lucas, desde el versículo 29 hasta el 44, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el último Evangelio de la misa del domingo de Ramos, desde el versículo 1.º hasta el 9, y del texto de san Lucas como parte del Evangelio de la misa de la Dominica novena después de Pentecostes, desde el versículo 44 hasta el 54. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS.

San Mateo, cap. XXI, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo, habiéndose acercado Jesús á Jerusalem y llegado á Betfage junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está en frente de vosotros y luego hallareis una asna atada y un pollino con ella; desatadla y tráedmela, y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor y luego los dejará. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que fué dicho por el Profeta: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey viene para tí manso, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de yugo. Y los discípulos fueron é hicieron como Jesús les mandó. Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Mucha gente tendía sus vestidos en el camino, y otros cortando ramos de árboles los echaban por el camino. Y el pueblo que iba delante y detrás clamaba diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA NONA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XXI, vs. 41 al 44.

En aquel tiempo, llegando Jesús cerca de Jerusalem, al ver la ciudad lloró sobre ella diciendo: ¡Oh, si entendieses tú á lo menos en este día tuyo lo que pudiera acarrearle la paz! Mas ahora está todo escondido á tus ojos. Porque vendrán días sobre tí en que tus enemigos te rodearán de trincheras, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te destruirán enteramente á tí y á tus hijos los que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

CAPITULO XX.

ARROJA JESUS POR SEGUNDA VEZ A LOS QUE COMPRAN Y VENDEN EN EL ATRIO DEL TEMPLO: ECHA LA VIUDA DOS MONEDAS DE COBRE EN EL GAZOPHILACIO, Y EXPLICA LA PARABOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO.

Siguiendo constantemente Jesús su marcha, llegó á la ciudad santa, mostrando en sus lágrimas el dolor que tenía por la pérdida de su nación. Entró en ella con triunfo por la puerta dorada que estaba á los pies del templo y á la parte del valle de Josafat; pero como entraba para salvar á todos, conmovióse y maravillóse la ciudad diciendo: ¿Quién es este? significando con esto que cuando el Redentor del mundo entrase en Jerusalem, celeste, triunfante del infierno y de la muerte, habian de preguntarse los ángeles en el cielo: ¿Quién es este Rey de gloria? Por lo cual dice Orígenes [1]: Cuando entró el Señor en la verdadera Jerusalem del cielo, maravilladas las virtudes celestiales, se preguntaban y decían:

[1] Origen. Tract. 15 in Math.

¿Quién es este Rey de gloria? Y al entrar en Jerusalem terrestre también se preguntaban las potestades de la tierra poseídas de terror y espanto: ¿Quién es este? Como si dijese: Este no es tal ni tan grande, que merezca las honras y recibimiento que se le hacen. A su despecho y pesar veían el concurso tan grande de gentes que habia salido á recibirle, ignorando por cierto la gran dignidad y la divinidad de aquel que recibía con tantas alabanzas y cánticos, hasta entonces no usados, por lo que dijo san Crisóstomo [1]: Con mucha razón se conmovían y maravillaban los principales de Jerusalem, pues aborreciendo á Cristo lo veían ensalzado y alabado con su propio nombre, sin que supiesen lo que pronunciaban, porque los dirigía é impulsaba la mano del Eterno que dirige todas las cosas con oportunidad y acierto. El azoramiento de los príncipes se comunicó á una gran parte de la ciudad, y partiendo todos del mismo temor, dirigían á las turbas que victoreaban á Jesús la misma pregunta que indicaba su miedo: ¿Quién es este? El pueblo sencillo y fiel respondía la verdad que aquellos no querían oír, y la repetían sin saber lo que pronunciaba, diciendo: Este es Jesús, profeta de Nazareth de Galilea, y aun es Señor de los profetas, por cuya razón debe ser honrado mas que todos ellos. La confesion de la verdad salió de la boca de los sencillos, y las alabanzas de Dios de los pequeños ó menores, para que después la aprendan y pronuncien los mayores. Sobre lo cual dice san Gerónimo [2]: Dudosos en la fe los príncipes y mayores de Judea, preguntan para satisfacer sus dudas voluntarias, y confiesan la verdad católica los pequeños del pueblo, y los que eran tenidos en menor estimación. Como se habia apeado Jesús á la puerta del templo, entró inmediatamente en él, y percibiendo los abusos que toleraban los sacerdotes y los magistrados, los reprobó con toda la autoridad conveniente á la dignidad de su persona y á la extension de su mision. Conviene empero saber cuál fuese este lugar donde entró repentinamente Jesús antes de referir lo que en él pasó.

Dividióse el templo en dos partes; la una se llamaba *el Santo*,

[1] Div. Crisostom. Hom. 38 Oper. imperfect.

[2] Div. Hieronim. in cap. 21 Math.

en la que se hallaba el altar del incienso ó del *Thimiamu*, el que estaba cubierto de oro, la mesa donde se colocaban los panes de proposicion y el candelabro; la otra parte se llamaba el *Santa Santorum*, donde estaba el arca del Testamento y los dos Jerubines. En lo que se llamaba el Santo, entraban cada día los sacerdotes á ofrecer el incienso, sin que se permitiese la entrada á otras personas. En el *Santa Sanctorum* entraba solamente el sumo sacerdote, y solo una vez al año. Antes de entrar en estas dos partes del templo, había una plaza cuadrada cerrada con una muralla, la que se llamaba el atrio de los sacerdotes, en la cual bajo un hermoso templete se hallaba colocado el altar de los holocaustos, el que estaba cubierto de bronce: en esta plaza ó atrio entraban no solo los sacerdotes, sino también los levitas y todos los que estaban destinados para la matación, escorcion y ablucion de las víctimas; pero las personas vulgares no tenían entrada en ella, sino que en la puerta de aquel atrio ofrecían los animales vivos á los sacerdotes. En ninguno de estos dos lugares entró Cristo, porque no era reputado por sacerdote ni por levita. A mas de los dichos, se hallaban otros dos donde los hombres permanecían en oracion en uno de ellos, y en el otro las mujeres; y estos dos atrios eran vulgarmente conocidos con el nombre de templo, debiéndose entender el uno de estos cuando se dice que Jesús entró en el templo.

Por tres razones principales dice el venerable Beda [1] entró Jesús repentinamente en el templo. La primera, para enseñarnos la forma de religion que debemos seguir, á fin de que sepamos que antes de emprender un negocio, sea el que fuere, y mas particularmente si fuese arduo, debemos acudir ante todo á la casa de la oracion, para que entregados á Dios por medio de ella, se encaminen todas nuestras cosas á la mayor gloria y al aprovechamiento espiritual de nuestra alma. Segundo, porque como el lugar era público, pudiese ser hallado con mas facilidad, manifestando que no iba á padecer forzadamente, sino por su propia voluntad. Y tercero, para demostrar que la ruina de la ciudad y del pueblo, por la que

[1] Ven. Ved. in cap. 21 Math.

tanto habia llorado, provenia en gran parte de la maldad de los sacerdotes, y de allí nacia tambien la raíz primordial de la predición.

Quiso el Señor hacer hasta cierto punto públicos estos motivos entrando repentinamente en el templo después de haber anunciado los grandes males y calamidades que á Jerusalem amenazaban, arrojando de él los que allí compraban y vendían, en señal de que indignos los sacerdotes de ejercer su altísima dignidad y oficio, tambien un día serian arrojados del templo, á saber, cuando la ciudad fuese enteramente destruida, y cuando con el templo pereciese el pueblo á causa del mal ejemplo y doctrina de los malos sacerdotes. La ambicion y la avaricia de estos fué la causa de la destrucción y perdicion de los judíos. Alimentados los sacerdotes por su avaricia, vendían por su cuenta en los pórticos y atrios del templo, de toda clase de hostias, víctimas y oblacones, para que no sucediese que viniendo las gentes á ofrecer algo al Señor, no encontrando prontamente y á la mano quien les vendiese, se marchasen sin presentar alguna ofrenda á Dios; y esto lo hacían vendiendo tambien una y otra vez lo que se les habia comprado y ofrecido al Señor; y para que los pobres no tuviesen excusa alguna para dejar de comprar aquello que querian ofrecer, tenían tambien allí colocadas mesas de cambiantes, que bajo recibo les prestaban la cantidad necesaria para la compra de las víctimas con la esperanza de algun premio ó usura; sin reparar que esto era lo que expresamente estaba prohibido por Dios á los hijos de Judá por boca del profeta Ezequiel diciendo [1]: No recibiréis usura ni ninguna sobesundancia ó lucro por lo que prestásteis á vuestros hermanos. Hacednos advertir los intérpretes de la Escritura santa, que la primera y la última vez que entró el Salvador en el templo después de su bautismo, mostró grande enojo contra la irreverencia con que los judíos lo profanaban. ¡Oh, si este ejemplo avivase el celo de los que no solo pueden, sino que deben desterrar de nuestros templos la inmodestia y la descompostura que siempre están como forcejeando por apoderarse de la casa misma de la oracion! No puede mirar con indife-

[1] Ezechiel. cap. 22.

rencia esta profanacion el que es verdaderamente llamado de Dios al ministerio eclesiástico, cuyo fin es el santificar el nombre de Dios y salvar las almas, pues nada destruye tanto la Iglesia del Señor, dice san Crisóstomo [1], como el que los clérigos sean peores que los legos.

Viendo pues Jesús convertida la casa de su Padre en casa de negociacion, de usura y de láctocinios, enardecido su espíritu é inflamado con el fuego del celo santo que le carcomía y devoraba, hizo un látigo de algunos cordeles y empezó á arrojar á los que compraban y vendian en el templo; echó á rodar todas las cosas que habian de servir para hostias, las mesas de los cambiantes, y rompió las jaulas de los que vendian palomas; ni permitió que se pasasen de una á otra parte del templo los vasos y demás cosas que no estaban ofrecidas y consagradas al Señor, y en fin, todo lo que no servia al culto divino y no habia sido antes consagrado á ofrecido á Dios, lo arrojó y no consintió que se entrase otra vez dentro. La indignacion de Jesús aparece en todo su lleno en las palabras que pronuncia: Escrito está, dice á los mercaderes y profanadores del templo, *mi casa es de oracion, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones*. Si eran ladrones á los ojos de Dios los que hacian aquellas acciones comunes y ordinarias, en aquel templo que solo contenia una vislumbre de nuestros misterios, ¿qué nombre merecerán las personas que con entretenimientos profanos, inútiles y pecaminosos, con acciones y palabras inmodestas, con escandalosa desnudez y con vanos y extravagantes ademanes profanan las iglesias donde reside el mismo Salvador y se ofrece su sacrificio? De Dios se burlan los que van á pecar á donde debieran ir á llorar, los que convierten la casa de la oracion en teatro de prostitucion, y los que buscan la ira en la esorería de la misericordia. ¿Qué terrible castigo espera á semejantes profanadores! San Crisóstomo lo comprendió y dió á conocer con las siguientes significativas palabras: En el templo sufrió Cristo con paciencia las injurias que se dirigieron contra su persona, pero castigó terriblemente las que se dirigian contra su Padre.

[2] Div. Crisostom. Hom. 40 Oper. imperfect.

La flagelacion que Jesucristo practicó por su propia mano en esta ocasion contra los que él llamó ladrones en la casa de su Padre, y al modo con que los arrojó del templo, estuvieron antiguamente prefigurados en la muy terrible y espantosa que verificó contra Heliodoro, que entró con mano armada en él para robar todas sus riquezas; sin embargo, hay circunstancias muy dignas de ser notadas. Heliodoro fué azotado por los ángeles; los profanadores del templo lo fueron en esta ocasion por Jesucristo. Aquel sufrió los azotes por el saqueo del templo; los judíos lo sufrieron por la palacion de sus usuras; y fueron llamados ladrones, porque no cuidaban sino de sus lucros temporales, sin reparar en lo reprobado del modo con que los procuraban. Y Jesucristo quedó sereno y tranquilo, enseñando no solo aquel dia, sino todos los demás, en el recinto del templo mismo. Habló en esta ocasion y obró Jesucristo con tal aire de autoridad y grandeza, que daba bien á entender era mucho mas que hombre, pues hallándose solo y sin armas en medio de sus enemigos, se hacia temer de tal suerte, que nadie se atrevió á hacerle resistencia ni á quejarse de tan severo tratamiento.

En esta ocasion acudieron y se acercaron al Señor en el templo, ciegos, cojos y otras varias clases de enfermos, y empezó á curar á todos. Estas misericordias del Señor producian diversos y muy encontrados efectos en los ánimos de todos los que se hallaban presentes. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas se exasperaban é irritaban cada vez mas, al mismo tiempo que los creólos sencillos y niños le prodigaban milles de bendiciones y alabanzas, cantando llenos de contento y alegría: *Hosanna al Hijo de David*. Al oír esto los príncipes de los sacerdotes y los jueces del pueblo que se llamaban ancianos, fueron á encontrar al Salvador con una tropa de escribas y fariseos para reprenderle porque permitia aquel tumulto; y llenos de enojo é indignacion le dijeron: ¡Oyes lo que estos dicen! Si, les contestó Jesús; ¿pues qué, nunca habeis oído lo que cantó el profeta? *De la boca de los niños y de los que maman obtulistis, ¡oh Señor! completa y perfecta alabanza* [1]; con cuya

[1] Psal. 8, vs. 3 e. 4.

respuesta no esperada les cerró las bocas y les obligó á callar. A pesar de tantos milagros como el Señor había hecho delante de ellos, no creían en él, verificándose el oráculo pronunciado por boca del profeta Isaías que dice: Señor, ¿quién creerá á nuestro dicho, á nuestra predicación [1]? *¿A quién será descubierto y manifestado el brazo, la fortaleza de Dios? En vano extendi mis manos al pueblo incrédulo y rebelde, que anda por caminos no buenos, en pos de sus pensamientos y de sus pecados* [2]. Ellos no podían creer por el motivo que antes había manifestado el mismo profeta cuando le dijo el Señor: Anda, y di á este pueblo, profetízale: *Vosotros oíreis y no entenderéis; veréis y no miraréis, no advertiréis. Ciega, embota el corazón de este pueblo; agrava y entorpece sus oídos; ciega sus ojos para que no vean con ellos, ni oigan con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se conviertan, ni yo los sane, ni hayan salud de mí* [3].

Estas cosas pronunció Isaías cuando vió en espíritu profético la gloria de Cristo y habló de él. Con efecto, dió Dios á los judíos un espíritu de vértigo y soporoso, ojos con que no vean y oídos con que no oigan; ceguera y contumacia en que han perseverado hasta el día de hoy. Y David dijo también: *Convértaseles su mesa en lazo y en red, y en tropezadero y ocasión de ruina, por castigo de su merecido. Oscurecidos sean sus ojos para que no vean. Haz que anden siempre agobiados, obligándoles á llevar enorme peso sobre sus espaldas, y que vayan con la cabeza inclinada al suelo, como bestias de carga* [4]. Mas á pesar de todo, los sacerdotes, los ancianos y los escribas y fariseos se atrevieron á preguntar á Jesús: ¿Con qué potestad hacías aquellas cosas, abrogándote una autoridad que decían no tener? No pudiendo contestar directamente al Señor ni justificar el descuido que demostraban en el desempeño del ministerio sacerdotal por su criminal tolerancia en las irreverencias y acciones indecorosas que permitían en el santuario y casa de Dios, creyeron eludir todas las dificultades, repudiando de esta manera la

[1] Isaías, cap. 53, v. 1.

[2] Idem, cap. 65, v. 2.

[3] Idem, cap. 6, vs. 9 et 10.

[4] Ps. 60, vs. 23 et 24.

conducta de Jesús con los profanadores del templo. Necia sin duda, á la par que atrevida y temeraria, fué en esta ocasión la conducta de los sacerdotes y magistrados, pues no podían ignorar que Jesucristo había probado en mil ocasiones ante ellos mismos su divina misión por el cumplimiento de las profecías, por sus heroicas virtudes y por sus milagros, que jamás pudieron negar. Sabían que el Señor había demostrado que concurrían en su persona todas las calidades y atribuciones del Mesías, y que debía gozar de la autoridad de rey, de profeta y de legislador, semejante á Moisés; y así no es extraño que viéndose tan directamente atacados, acudieron á querer reprender á Jesús por no confesar su criminalidad.

Tampoco puede deducirse de la conducta que en esta y en otra ocasión manifestó el Salvador de los hombres, que su carácter no fuese sumamente manso, dulce, benigno, prudente y tolerante; puesto que la severidad que usó contra aquellos traficantes, no fué un acto de dureza, ni de cólera, ni de violencia, sino de celo y autoridad legítima y divina. Es innegable que Jesucristo conservó siempre su dignidad, y aquella actitud grave y majestuosa cual conviene á un hombre Dios que descendió del cielo para instruir y corregir, y no para adular, ni seducir, ni tolerar los abusos. Los comerciantes podían hacer su tráfico fuera del templo; pero tener sus mesas de cambio, vender animales y excitar ruidos y estrépitos en el interior de aquel, era una criminal profanación del santuario, la que no podía permitirse sin una notoria contravención de la ley. Vanamente los sacerdotes y magistrados permitían esta negociación con pretexto de la comodidad de los sacrificios. El Dios á quien se ofrecían y cuyo era el templo, podía sin duda, aunque oculto bajo la figura humana, destruir esta profanación.

Después de esto sentóse Jesús á la vista del Gazar-filiacio, y observaba con detención los que se acercaban al arca para depositar en ella sus ofrendas; y habiendo visto algunos ricos que metían en ellas varias monedas de plata, divisó una pobre viuda que arrojó en la misma dos monedas de cobre, las que había adquirido á fuerza de sudores y de trabajos; por lo que dijo á sus discípulos: Que aquella pobre mujer había ofrecido mas que todos los ricos, porque ha-

bia dado no solo lo que para ella era necesario, sino que seguramente la haria falta para su comida, y que los otros habian ofrecido de lo que tenian de sobra y de ninguna manera les habia de hacer falta. Adviértase empero que no dijo que dieron *lo que les sobraba*, sino *de lo que les sobraba*; para demostrar que no dieron todo lo superfluo, sino una parte muy pequeña de lo superfluo. Los sacerdotes, como estaban poseidos de la avaricia, enseñaban, que aquel que ofrecia mas en el templo, absolutamente hablando, este era el que tenia el mayor mérito, lo que es falso; porque la cantidad del mérito no se estima absolutamente por la cantidad del don, sino comparativamente por la facultad del que da, por la prontitud con que da, y por la voluntad y devocion con que lo ofrece á Dios; de lo que se infiere que segun la doctrina de los sacerdotes, muchos ricos arrojaban muchas y grandes ofrendas; pero segun la de Cristo, esta pobre viuda fué la que dió mas, consideradas sus facultades y buena voluntad; sobre lo que dice san Jerónimo: No considera Dios el *cuánto*, sino *de cuánto*, y con qué voluntad y devocion dieres [1]; no mira el valor de la moneda, sino el de la devocion; no la cantidad, sino la caridad, para que pueda decirse que es mas generoso y grande el don que se dió con mayor deseo y fervor. La viuda dió lo que pudo, y deseó dar mas de lo que podia; por esto, su don fué mas acepto á Dios y mereció la aprobacion de Cristo. Y así como los dos dineros ó monedas de cobre que aquella metió en la arca agradaron á Dios mas que todos los dones, así tambien el amor de Dios y del prójimo, criatura que la debe conservar siempre en el arca de su corazon, agradan á Dios mas que todos los dones y ofrendas que se le presentan en público, para hacer alarde de una exterior y aparente devocion.

Con este motivo y con desco de hacer una justa aplicacion de esta doctrina de Jesús, dijo san Gregorio: Lo que principalmente mira Dios nuestro Señor, es el corazon con que le ofresces el don; y no repara tanto en el valor ó preciosidad de la dádiva, ni tiene en consideracion cuán grande sea la cosa que se le ofreciere en sacrificio!

[1] Div. Hieronim in cap. 12 Marci.

y lo que mas mira es la voluntad con que se le da. Esta viuda pobre es el alma del hombre, que libre ya del enemigo con quien estaba unida, pone en el tesoro del templo dos dineros, que son la carne y el espíritu; la carne por la abstinencia y el espíritu por la humildad; y así puede decir al Señor, que dió por su servicio todo aquello de que se habia de sustentar, no dejando de su hacienda ninguna cosa al mundo. Y el venerable B da dice [1]: Que esto moralmente nos enseña cuánto son aceptos á Dios cualesquiera dones que de buen corazon le ofrecemos, por pequeños que sean. Los ricos que echaban sus ofrendas en el arca, significaban los judíos altivos y presuntuosos, los que segun su propio pensamiento guardaban la justicia de la ley; y esta viuda pobre significa la simplicidad y pureza de la Iglesia, que se llama pobrecilla porque aparta de sí misma el espíritu de la soberbia y la codicia de los bienes temporales. Llámase viuda, porque su esposo Jesucristo Señor nuestro padeció muerte por ella; y pone en el Gazophilacio, que es el arca del tesoro, dos dineros de cobre, para que se entienda que en el acatamiento de la divina Majestad, con el amor de Dios y del prójimo, trae y pone dones de verdadera fe y de oracion perseverante, los que tiene por menudos y pequenuelos en consideracion á su propia humildad; por lo que son mas gratos á Dios que todas las obras de los antiguos hebreos.

Para declarar con mas propiedad y extension este sentido moral y necesario, propuso el Señor á los que se hallaban presentes la siguiente parábola, habiendo advertido que algunos de ellos presumian de sí como justos y despreciaban á los demás. Dos hombres subieron al templo á orar, el uno fariseo y el otro publicano. Con esta sola indicacion ya descubrió toda su tendencia, y los fariseos pusieron el mayor cuidado en la relacion que iba á hacerles el Salvador, puesto que conociendo su espíritu y sabiendo por la experiencia que todas sus doctrinas se dirigian á descubrir y condenar la hipocresía de los fariseos, no podian menos de esperar en esta ocasion una reprimenda formidable. Después de haber establecido Jesu-

[1] Ven. Béd. in cap. 18 Luce.

cristo una de las principales condiciones de la oracion, cual era la perseverancia, quiso enseñar la otra no menos necesaria, cual es la humildad y la desconfianza de nuestros propios méritos, porque deseaba curar la soberbia de los unos y vindicar á los otros del menosprecio que recibian de los hipócritas fariseos. Es muy de notar que dijo Jesús que aquellos dos personajes subian al templo para orar, porque como la oracion es elevacion del entendimiento y del corazon á Dios, para obrar bien es preciso que la criatura se levante con el corazon y espíritu, y con todas las potencias de su alma, para pedirle con humildad los dones y gracias que necesita, para mirar con desprecio á la tierra y todo lo que á ella pertenece. En vano ora el que no está intimamente persuadido de su flaqueza y de su pobreza; porque este tal viendó en sí mérito y no pecado, no se creerá necesitado de la gracia y misericordia de Cristo. Por otra parte, el mismo orgullo que le ciega para no ver su miseria, dispierta en él cierta temeridad é injusticia para graduar las obras ajenas de pecado notorio, de hipocresía ó de supersticion. Por donde se ve que en los soberbios crece á un mismo tiempo la presuncion de sí mismos y el desprecio de los demás.

Con decir Jesús que el uno era fariseo y el otro publicano, ya denotó la estimacion diversa que uno y otro habian de tener de sí mismos; y dejó tambien traslucir que á la par de sus creencias y posicion habian de ser tambien diversas sus súplicas. El fariseo, en lugar de hacer oracion y humillarse á la presencia del Señor para hacerla, permanecia en pie con la cabeza levantada, y mostrando en su postura y ademanes, y aun en el lugar que habia elegido para orar, toda la altivez y soberbia de su corazon. Su súplica era su elogio, y decia entre sí: Gracias os doy, Señor, porque no soy como los demás hombres, y particularmente como este publicano; pues él y los otros son ladrones, injustos, adúlteros; mas yo tengo una vida irreprochable: ayuno dos veces á la semana y pago exactamente el diezmo de todos mis bienes. El publicano empero, que se miraba como un pecador publico, se quedó en lo último del templo; y sin atreverse á levantar los ojos al cielo, dáltase golpes de pechos y decia: Perdonad, Dios, á este miserable pecador. En las palabras del fariseo resalta en primer lugar su altísima soberbia, prefiriendo-

se á todos los hombres, condenándolos á todos con temeridad, y particularmente á uno, cuyo exterior edificaba y cuyo interior no conocia. En las del publicano resaltaba la humildad y la pronunciacion de su propia sentencia, acusándose y condenándose, implorando sin embargo con confianza la misericordia de Dios. El fariseo se olvidó de que el justo en el principio de su oracion debe acensarse á sí mismo, y por esto su oracion fué desatendida; y el publicano, que la empezó acusándose á sí mismo, fué atendido y bien despachado; sobre lo que dice el venerable Beda: De las palabras del fariseo activo, por las cuales mereció ser humillado y abatido, debemos advertir, para que seamos ensalzados, que así como aquel, considerando los vicios de sus hermanos y enamorado de sus propias virtudes se ensobreció para su caída, así nosotros reparemos por el contrario, no solo en nuestra tibieza, sino tambien en las virtudes de los demás, á fin de que humillándonos con esta consideracion, de nuestra humildad se nos siga la gloria. El publicano estando lejos no queria levantar los ojos, pero heria sus pechos: á la herida correspondia el amor que salia de ellos, pidiendo piedad y misericordia; y por esto, hiriendo juntamente el corazon, que era la fuente y el origen de su mal, deseaba y pedia que de allí donde habian nacido los vicios naciesen todas las virtudes. Sobre esto mismo nota tambien san Agustín, que el publicano en medio de su clamor conocia y confesaba su delito, diciendo á Dios: Dios mio, usa de misericordia con este pecador, y no mires los defectos de este corazon malo; mas perdóname mis pecados y usa de clemencia conmigo, que ninguna cosa hay en mí que te pueda agradar ni por donde merezca yo conseguir tu perdón; porque siempre pequé contra tí con mi corazon, con mi cuerpo, con mis pensamientos y con mis palabras y obras: soy peor que todos y no puedo salvarme sino por sola tu clemencia y misericordia [1].

Si alguno quisiera preguntar por qué se acusaba el publicano con tanta humildad, y tan á voz en grito publicaba sus defectos, y qué fruto esperaba de esta tan publica acusacion, se le podrá decir que no esperaba otra cosa mas que su propia absolucion y justificacion,

[1] Div. August. Sermon. 36 de Verb. Dom.

lo que no solo le fué concedido, sino que el mismo Jesucristo hizo público su arrepentimiento y justificación, diciendo: *Este publicano salió justificando*; esto es, de malo salió justo y en gracia, y el fariseo volvió á su casa con sus pecados. Con razon quedó justificando el publicano y no el fariseo; esto solo tenia una justicia aparente por causa de su presunción, y aquel la tenia verdadera por su humildad. Justificábase el fariseo en sí mismo por sus obras, y el Señor justificaba al publicano por el mérito de su fe. Aquel se vanagloriaba con soberbia, y este confesaba sus culpas con toda humildad; por lo que dice san Agustín: Mejor es en los males hechos la confesión humilde, que en las buenas obras la presuntuosa glorificación. Por cuya razon se dice: Que es mejor el pecador humilde que el justo soberbio; porque luego que el justo se ensorbece, deja de ser justo y empieza á ser soberbio; con lo que queda confundida la soberbia humana para que jamás presuman los hombres de su merecimiento.

Cuanta confianza da de perdon de sus culpas y pecados este penitente publicano á los que hacen de los suyos verdadera penitencia, conociendo, llorando y confesándolos, lo dió á entender san Ambrosio con las siguientes palabras: Trajo el Señor esta parábola explicándonos el modo con que el publicano y el fariseo oraban en el templo, para enseñarnos que si el soberbio tuviese todas las otras virtudes, menos la humildad, le ofende mas con ellas que el pecador humilde que nada presume de sí, antes reconoce sus miserias, porque el demonio siempre procura engañar con alardes de presunción á los que con toda diligencia se dieron á las buenas costumbres. Mucho trabajó aquel fariseo por no ser injusto, y por no adular, y por no pecar como pecaba el publicano; pero aunque pagó los diezmos de todas las cosas que tenia, y ganaba y aunque ayudó dos veces á la semana, le engañó el enemigo; hirióle con una profunda y grave llaga, de manera que hecho presuntuoso dentro de sí mismo, en lo que creía ser mas digno de alabanza, fué juzgado por Cristo digno de mayor reprensión. Nadie pues se glorie en sus buenas obras, sino solo en la gracia de Dios, confiando en él con toda humildad. Por lo que dice el citado padre: Cuando te llegares á la presencia del Señor para pedirle mercedes, póstrate en tierra co-

mo siervo humilde en su divina presencia, y nada le pidas fundado en la gracia de tus merecimientos: si en el fondo de tu corazón reconocieres haber hecho alguna buena obra, encúbrela, para que guardando silencio sobre ella, te la pague el Señor de muchas maneras y con la mayor abundancia, acordándote del publicano para que halles perdon como le halló él. Para que te puedas salvar, desecha de tí la presunción de los propios méritos, porque esta pudiera derribarte de los mas altos cielos, y abrázate con la humildad, que puede levantarse hasta el cielo aunque estés puesto en el profundo abismo de tus pecados. Esta humildad dió la vida eterna al publicano, y el fariseo quedó condenado por no poseerla. Ella llevó al ladrón al paraíso antes que á los apóstoles, y la soberbia de los ángeles los lanzó en el profundo de la perdición eterna. Procuremos pues ser sobremanera humildes y lanzar de nosotros la soberbia, conociendo tan claramente los contrarios efectos que cada una de estas dos cosas al hombre acarrea.

ORACION.

Dulcísimo Padre y celosísimo defensor de todos los que en tí esperan: no permitas que esta preciosísima virtud del celo santo falte nunca á tus ministros, para que sean fuertes en sostener la gloria que de justicia te se debe, y firmes y celosos en mantener el decoro de tu santa Iglesia, que es tu casa y la de tu Padre que habita en los cielos. Dios de la justicia, no permitas que continen por mas tiempo los escándalos y las injurias que recibes de aquellos que debían servirte con mas pureza y amarle con mas intenso ardor. Nunca tenga lugar entre los cristianos el abominable comercio que los hijos de la impiedad quieren haver á peso de dinero en el recinto de tu santo templo. Azota, Señor, y castiga á los que le profanan, y haz que giman y lloren todos los que destruyen el templo espiritual de sus almas, donde tú quieres habitar. Y pues eres poderoso, otórgame á mí, polvrecillo desamparado del mundo, el que sea remediado en su presencia, y que los dos dineros, que son el cuer-

po y el alma que de tí tengo recibidos, te los pueda ofrecer con devoción, y servir y agradecer con entrambos. Ten misericordia de este tu siervo humillado, para que jamás me glorie en mis merecimientos, sino que conociendo y confesando mis culpas y arrojándome de ellas, merezca recibir los auxilios de tu clemencia. Mirame con aquellos ojos de misericordia con que miraste al publicano, de manera que haya en mí verdadera humildad de corazón y de obras, y merezca ser justificado en tu divina presencia y ensalzado eternamente con los humildes en el templo santo de tu gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX de san Lucas, desde el versículo 45 hasta el 47. Y al XVIII del mismo, desde el versículo 9 hasta el 14. Al XXI de san Mateo, desde el versículo 10 hasta el 17; y al XI de san Marcos, desde el versículo 15 hasta el 18, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del capítulo XIX de san Lucas, como parte del Evangelio de la misa de la Dominica IX después de Pentecostés. Y de el del capítulo XVIII, para el Evangelio de la Dominica X también después de Pentecostés, desde el versículo 9 al 14; y de el de san Mateo para el de la misa de la feria III después de la Dominica primera de Cuaresma; unos y otros dicen así:

CONTINUACION DEL EVANGELIO DE LA DOMÍNICA NONA DESPUES DE PENTECOSTES, EL QUE SE EMPEZÓ EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

San Lucas, cap. XIX, vs. 45 al 47.

Y entrando Jesús en el templo, comenzó á echar fuera á los que vendían en él y compraban, diciéndoles: Escrito está: mi casa es casa de oración, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Y estaba enseñando todos los días en el templo.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DECIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XVIII, vs. 9 al 14.

En aquel tiempo dijo Jesús á algunos que presumían de sí como justos y despreciaban á los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo en pie oraba para sí de este modo: Gracias te doy, ¡oh Dios! que no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces á la semana; doy el diezmo de todo lo que poseo. Mas el publicano quedándose lejos y no osando alzar los ojos al cielo, se hería el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ten misericordia de mí, pecador. En verdad os digo que este bajó á su casa justificado y no el otro. Porque cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA TERCERA DESPUES DE LA DOMÍNICA PRIMERA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXI, vs. 10 al 17.

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad diciendo: ¿Quién es este? Y la gente que iba con él, respondía: Este es Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea. Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera todos los que vendían y compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambiadores y las sillas de los que vendían palomas, diciendo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Entonces se llegaron á él ciegos y cojos en el

templo y los sanó. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que habia hecho, y á los muchachos que á gritos decian en el templo: Hosanna al Hijo de David, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Díjoles Jesús: Sí. ¿Nunca habeis leído aquellas palabras: De la boca de los niños y de los que maman sacaste alabanza perfecta? Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad á Bethania, y allí hizo morada.

CAPITULO XXI.

MALDICE EL SEÑOR UNA HIGUERA PORQUE NO HALLÓ FRUTO EN
ELLA; PARABOLA DEL GRANO DE TRIGO, Y DE EL DESTRONAMIENTO
DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO.

Llegó la tarde de aquel día que habia pasado el Señor dando santos y saludables consejos, no solo á sus apóstoles y discípulos, sino á todos los concurrentes al templo, y muy particularmente á los escribas y fariseos, que abrasados de envidia meditaban sin cesar el modo como habian de deshacerse de la persona del Maestro divino; y habiendo registrado cuidadosamente el templo y observado por todas partes á ver si se cometia en él algun desorden, viendo que se acercaba la noche y que nadie le ofrecia su casa en todo Jerusalem, resolvió castigarla apartándose de ella; porque en verdad es un castigo durísimo la separacion de Jesús; aunque sea momentánea y por poco tiempo. Volvióse prontamente con sus discípulos á Bethania, en donde comió muy poco, pero sin permitirse descansar ni hacer larga mansion en aquel lugar; pues al otro día muy por la mañana salió de allí y emprendió otra vez el camino de Jerusa-

templo y los sanó. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que habia hecho, y á los muchachos que á gritos decian en el templo: Hosanna al Hijo de David, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Díjoles Jesús: Sí. ¿Nunca habeis leído aquellas palabras: De la boca de los niños y de los que maman sacaste alabanza perfecta? Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad á Bethania, y allí hizo morada.

CAPITULO XXI.

MALDICE EL SEÑOR UNA HIGUERA PORQUE NO HALLÓ FRUTO EN
ELLA; PARABOLA DEL GRANO DE TRIGO, Y DE EL DESTRONAMIENTO
DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO.

Llegó la tarde de aquel día que habia pasado el Señor dando santos y saludables consejos, no solo á sus apóstoles y discípulos, sino á todos los concurrentes al templo, y muy particularmente á los escribas y fariseos, que abrasados de envidia meditaban sin cesar el modo como habian de deshacerse de la persona del Maestro divino; y habiendo registrado cuidadosamente el templo y observado por todas partes á ver si se cometia en él algun desorden, viendo que se acercaba la noche y que nadie le ofrecia su casa en todo Jerusalem, resolvió castigarla apartándose de ella; porque en verdad es un castigo durísimo la separacion de Jesús; aunque sea momentánea y por poco tiempo. Volvióse prontamente con sus discípulos á Bethania, en donde comió muy poco, pero sin permitirse descansar ni hacer larga mansion en aquel lugar; pues al otro día muy por la mañana salió de allí y emprendió otra vez el camino de Jerusa-

len, acompañado de sus discípulos. Como este día era el último destinado para la instrucción de cuantos le seguían, se aprovechó de todos los momentos y ocasiones para darles los documentos mas interesantes.

Poco tiempo después de su salida de Bethania, vió desde lejos una higuera plantada á la orilla del camino, cubierta de pomposas hojas, pero sin fruto alguno, y se encaminó hácia ella. Su intento al parecer era el de coger algun fruto, aunque en realidad no era tiempo oportuno de tenerle; y viendo que efectivamente no lo tenia, se manifestó como sentido y enojado contra el árbol infructífero; y volviéndose á él, en tono que le oyeron los discípulos y cuantos le seguían, dijo: *Nunca jamás nazca fruto de tí alguno desde ahora y para siempre; nadie coma de tí fruto jamás.* y al momento se secó, aunque no se conoció repentinamente aquel estrago, por haber quedado con hojas hasta el otro día por la mañana. La higuera á quien echó el Señor esta terrible maldición, era figura de la Sinagoga, que aun en sus últimos tiempos conservaba el exterior de piedad y las ceremonias de la religion; estas eran las hojas de que estaba el árbol adornado, pero no llevaba fruto; y por tanto, sin efecto alguno habia predicado el Señor, y predicaba aun á la vista de los escribas, fariseos, doctores y sacerdotes; y comido su corazón de celo por la salud de los hijos de Israel, maldijo el árbol infructuoso vacío de frutos de justicia y de toda especie de virtud, el que con su sombra impedía tambien á los demás que creyesen en el Señor y que los diesen en el tiempo oportuno.

Tambien bajo este símbolo misterioso declaró á su apóstol que la Sinagoga no solo habia abusado y abusaría de todos sus cuidados, sino tambien del celo y afanes apostólicos de todos ellos; y que viniendo á ser una heredad infructuosa para el cielo, sería en adelante privada del conocimiento de las verdades evangélicas, y ya no produciría buenas obras meritorias de una eterna felicidad. Los discípulos del Señor comprendieron bien el sentido y significacion de esta figura cuando reflexionaron y recogieron con cuidado todas sus circunstancias en la historia de su Maestro divino. Pero cuando pasaban las cosas delante de sus ojos, no llegaron tan allá en su inteligencia ni comprendieron entonces los principales desig-

nios de la providencia adorable del Salvador; así es, dice san Crisóstomo [1], que maldijo el Señor la higuera, no porque no hallase fruto en ella, porque no era tiempo de higos, sino para enseñar á sus discípulos é inspirarles confianza y fe, á fin de que en vista de aquel milagro conociesen tambien que si quisiera podría secar y exterminar en un momento los judíos que le perseguían; y san Jerónimo añade [2]: Habiendo de padecer Jesús por la salud de todos los pueblos, y llevar sobre sus propios hombros el escándalo de la cruz hasta la cima del monte del sacrificio, quiso reforzar la fe en el corazón de sus discípulos con aquel prodigio anticipado que les aseguraba de su poder y autoridad, y de que por grande que fuese el de la Sinagoga, hubiera sido siempre muy insignificante é inútil para oponerse al de su Majestad.

Después de este acontecimiento se encaminó su Majestad al templo, donde se habian reunido una porción de gentiles que habian subido á Jerusalem para adorar allí al Señor en el día de fiesta. Estos, que habian oído la fama de la doctrina de Jesús y la relación de los muchos milagros que obraba, juzgándose indignos de presentarse por sí mismos á un hombre tan santo, tan poderoso y tan digno de ser respetado, acercáronse á Felipe y le dijeron: *Tenemos deseos de ver á Jesús.* No sin falta de misterio se acercaron primero á Felipe, porque este fué el primero que anunció el Salvador á los gentiles, esto es, á los samaritanos. En estos gentiles estaba representada la conversion de todos ellos, que en poco tiempo se habia de verificar, y que por su ministerio y trabajos se habian de inflamar en ardentísimos deseos de ver á Jesús glorificado en la patria. Felipe dió la noticia á Andrés, el que como primero entre los llamados, tenía al parecer mas familiaridad con el Señor, y porque tambien habiéndose Felipe convertido por las noticias que Andrés le habia dado, deseaba obrar en esta ocasion con su parecer y consejo, y habiendo confabulado los dos entre sí, de comun acuerdo y acompañados el uno del otro, fueron á dar la noticia al Salvador. Oído Jesús benignamente la devota súplica de los gentiles que estaban ya dispuestos para creer y viendo que ellos se acerca-

[1] Div. Crisostom. Hom. 68 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 21 Math.

ban para recibir la fe, y que en ellos había de tener principio la conversión de los gentiles, no solo les concedió el permiso que pedían, sino que comenzó á anunciarles con claridad, que estaba muy cercano el tiempo de su pasión, después de la que los gentiles habían de ser inmediatamente recibidos al conocimiento de la verdad; y levantando su corazón enardecido é inflamado con el fuego del amor y de la caridad eterna con que amaba á los hombres hasta el seno de su Eterno Padre, le dijo: *Llegó la hora de que sea clarificado el Hijo del hombre*; como si dijera: Los judíos no quieren creer siendo así que vine á predicarles para que fuesen los primeros llamados; mas ya que ellos desprecian el singularísimo beneficio que vine á hacerles, creará en mí la plenitud de las gentes cuyas primicias ya se me presentan, y el Hijo del hombre será clarificado á la presencia de todas ellas.

En efecto, el Hijo del hombre fué clarificado en su pasión y dando á conocer por su propio Padre, como Dios, Redentor y Salvador de los hombres, por los grandes prodigios y signos que se vieron en los cielos, en el sol, en la luna y las estrellas, y en toda la superficie de la tierra; fué clarificado en su resurrección gloriosa y en su majestuosa ascensión á los cielos. Y en fin, fué clarificado en la conversión de los gentiles, porque su magnificencia y su gloria, su santidad y virtud, su sabiduría infinita y su omnipotencia sin término, se predicaban y anuncian en toda la redondez de la tierra. Por último, con motivo de la súplica de los gentiles y respondiendo á ella, después de haber dicho que ya era llegado el tiempo de ser glorificado, naciendo su gloria de su afrentosa muerte, les propuso en confirmación de esta verdad la siguiente semejanza: *Si el grano de trigo caído en la tierra no muere, se quedará solo.*

Contraponen el Señor á la gloria de su buena fama las afrentas y dolores en que luego había de verse, y con divina elocuencia se compara al grano de trigo, el cual después que se siembra hasta que se coge, pasa á nuestro modo de ver por innumerables martirios. Primero es enterrado, después se pudre, y así se dispone para echar caña y hojas: en naciendo, queda sujeto á otras mil injurias, el hiello le quema, el aire le combate, el sol le seca, el caminante le pisa y el ganado le padece. Ni aun paran aquí sus tormentos: llegado á

sazon le sobrevienen otros nuevos: le siegan, le trillan, le aventan, le acriban, le muelen hasta hacerlo harina, y aun después se traban con agua, le amasan y le cuecen á vivo fuego en el horno. Por donde se ve cómo en esta sola comparación encerró Jesucristo los grandes y crueles martirios que pasó desde su nacimiento hasta su muerte, los cuales son tantos, que lo que de esto escribieron los Evangelistas, tuvo san Gerónimo por cifra de lo que ello fué en realidad. Pues así como el grano de trigo si no muere en sembrándole, no da fruto, antes queda solo y no multiplica, así, dice Cristo, si yo no muero, quedaré solo; perfecto como grano de trigo, pero el linaje humano quedará sin redimir, supuesto que tengo determinado rescatarle por este medio.

Después de esta sencilla aunque minuciosa explicación de este pasaje del Evangelio, es asimismo preciso advertir que los que quisieren llegar á la gloria de Cristo, han de tratar ante todas cosas de ser granos de trigo de su era, por la cual son significados los justos, y no paja destinada al fuego infernal; así, si el grano de trigo muere, fructifica abundantemente. ¿Quién de los judíos no se prometía que muerto Cristo se había de acabar su nueva escuela y la congregación que había formado? ¿Y quién no creía que herido de muerte el Pastor se dispersarían de tal manera las ovejas que no volviesen á juntarse jamás? Esto se prometían los judíos, cuyo proyecto no era menos que borrar el nombre del Salvador de entre los vivientes, de suerte que no quedase de él rastro ni memoria. Pero así como muerto José, los hijos de Israel se multiplicaron sobremedura y crecieron en riqueza y prosperidad, de modo que de su descendencia se llenó toda la tierra, así también muerto Cristo creció la Iglesia, no solamente en el número de los fieles, sino en las riquezas de la santidad. Estos oráculos son un hermoso comentario de las graves palabras de Jesucristo, en las que aparecen con toda claridad la vocación de los gentiles, la conversión del mundo y la santificación de los hombres, que tanta gloria ha dado á su Redentor, la que es el objeto de tantas hermosas profecías, que no podían verificarse sino por la pasión de Cristo. Fué necesario que muriese el Salvador para adquirir el nuevo pueblo y la numerosa posteridad que se había prometido, y para que su pasión diese otros

muchos copiosísimos y abundantes frutos, pues dió los de la remisión de todos los pecados, los de la conversión de todos los gentiles y los del mas cumplido gozo en el reino de los cielos.

Porque Jesucristo se comparó á sí mismo al grano de trigo, y él era purísimo y perfectísimo, quedó la costumbre en la Iglesia de hacer el pan para convertirle en el cuerpo de Cristo, mediante las palabras sacramentales, de trigo puro, sin mezcla de alguna otra especie; y como no basta para dar fruto que el grano de trigo caiga en la tierra, sino que el labrador lo cubra, prodijo en su semejanza no solo su pasión y muerte, sino su sepultura y resurrección, dejándonos á todos los sublimes ejemplos de humildad, resignación, conformidad y obediencia á la voluntad de su Eterno Padre que debemos imitar, para que en todo y por todo siguiésemos constantemente sus pasos; á este fin les añadió en seguida: *El que ama su vida la perderá; esto es, el que la ama desordenadamente.* El que ama su alma mas que la gloria de Dios, que la virtud y la justicia, este es el que la perderá; y el que la aborrece en este mundo, la guarda y la conserva para la vida eterna.

Con esta nueva expresion amplió el Señor ó extendió mas su primera doctrina, extendiendo á todos los fieles lo que de sí mismo habia dicho bajo la semejanza del grano de trigo, dándoles á entender muy claramente, que si habia de llevar fruto, habia de ofrecerse al rigor y mal tratamiento de su carne, y si fuese menester, á la misma muerte, á trueque de gozar la vida bienaventurada y sin fin. También puede esta sublime sentencia tener otro sentido muy parecido á este, aunque enteramente diverso, y es: El que ama su vida, y los goces y deleites de ella mas que á Dios; el que quiere llenar todos sus gustos, aunque sea atropellando con la ley del Señor, está tan lejos de amar su alma y su vida, que por el contrario, la aborrece y la pierde. Dando se ve que no hay aborrecimiento que mas daño cause, que el amor falso que muchos se tienen á sí mismos y á otros. Muchos aman á otros porque en sus bienes ó en sus personas hallan cebadero de sus dañadas pasiones, y así lo que aman de verdad es el vicio; ese es el que tienen por amigo, al cual y á sí mismos pierden con ese amor; por lo que dijo san Agustín [1]:

[1] Div. August. Tract. 51 in Joann.

Si amaste mal, entonces aborreciste; si aborreciste bien, entonces amaste: felices los que aborrecieron guardando los preceptos del Señor, porque entonces seguros están de no perder por el amor.

Excelentísima, perfectísima regla del amor y del aborrecimiento que el hombre debe tenerse á sí mismo; aborrecerse creyendo que se ama; perderse creyendo que se gana, y ganarse juzgando que se pierde, y amarse mas y mas cuanto mas se aborrece. San Crisóstomo dice: Que ninguna cosa declara tan bien estas palabras, *el que ama su alma la perderá*, como aquel otro dicho de san Mateo: *Niéguese á sí mismo y sigame.* Lo que uno hace cuando niega á otro, que es desconocerle, dejarle, hacer poco caso de él, eso ha de hacer para negarse á sí mismo, decir no á todos sus malos deseos, desconocer y abandonar aquellas cosas que tiran á separarle de Dios, no hacer caso de la burlería y vanidad del mundo, y atenerse solamente á lo que da fuerza y vigor al espíritu. Aborreciémonos pues en lo menos, que es en lo de la tierra que perece, y amémonos en lo mas, que es el cielo, que siempre dura. A esto nos convidó y aun nos brinda todos los días Jesucristo diciendo: *Si alguno me sirve*, esto es, *el que aspira á ser mi siervo, sigame, y donde yo estuviere, allí estará mi servidor: al que me sirviere, mi Padre lo honrará.* Como si dijera: El que trata de ser mi siervo, ha de comenzar su servicio por seguirme á mí; todos los pasos que diere fuera de esta senda son perdidos, porque al Padre nadie llega sino por mí; y añadiendo, donde yo estuviere, allí estará también mi servidor, da una prueba de la gloria de su alma, suponiéndola ya en posesion de la bienaventuranza que promete á sus siervos, y de la gran merced que recibirán siendo admitidos en la cámara del Altísimo Rey su Eterno Padre. Esta es la hora que les preparó, superior á todo humano deseo: esto sobra para que los hombres anduviesen siempre afanados en el seguimiento de la virtud, puesto que aun en la tierra harían un Padre que sean honrados. El apóstol desenvolvió esta especie de enigma evangélico, y amplió unas máximas tan fecundas en reflexiones.

Cogerá el hombre, dijo, todo lo que sembrare [1]. El que siem-

[1] Ep. ad Galat. cap. 6, v. 8.

bra en la carne, de la carne cegará la corrupción; mas el que siembra en el espíritu, de él segará la vida eterna. La prudencia, la sabiduría carnal y mundana es muerte; pero la prudencia del espíritu es vida y paz [1]; así que, los carnales no pueden agradar á Dios. Sabed pues, hermanos, que no somos deudores, no estamos obligados á vivir conforme á los afectos y deseos desordenados de la carne, porque si viviéreis conforme á ella, moriréis; empero si con la fuerza del espíritu mortificáreis las obras de la carne, viviréis [2]. Los que son de Cristo, crucificaron la carne con sus vicios, malos resabios y afectos. Porque la concupiscencia carnal, los conatos y deseos de la carne, pugnan contra el espíritu, y este está en contradicción con la carne. Bien manifiestas son las obras de la carne... de las cuales os predicó, que los que tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios [3]. Mortificad pues los miembros de vuestro cuerpo terreno, morid á la sensualidad despojándoos del hombre viejo con sus actos, y vistiéndoos del nuevo, el cual por el conocimiento, por la fe y gracia del Espíritu Santo, es renovado y restituido á su primitiva dignidad, y hecho conforme á la imagen del que lo crió [4]. Así que, corramos con constancia y paciencia al premio que nos es prometido, fijando nuestros ojos en el autor y consumidor de nuestra fe, Cristo Jesús, cuya gloria fué fruto de su humillación hasta la muerte, y muerte de cruz [5].

Después de todo esto, parece que quiso en esta ocasión experimentar el Señor para consuelo de sus siervos los sentimientos naturales que excita en todos los hombres la vista de un peligro inminente y los horrores de una muerte próxima, y así continuó diciendo á sus discípulos: *Mi alma está conturbada ahora*; lo que fué darles á entender que conocía todo el horror de las penas que le esperaban, las que en aquel momento se habían presentado tan vivas á su espíritu, que estaba poseído de temblo y de susto. En cuya consecuencia añadió: *¿Y qué diré?* Esto es, ¿á quién dirigirá

[1] Id. ad Rom. cap. 6, vs. 6 et 8.

[2] Id. id. vs. 12 et 13.

[3] Id. ad Galat. cap. 5, vs. 17, 19, 25.

[4] Id. ad Colosen. cap. 3, vs. 5, 9, 10.

[5] Id. ad Hebreos. cap. 12, vs. 1 et 2.

mi voz? A vos es, oh Padre mio, á quien acudo en medio del horror y espanto que me han sobrecogido. Sálvame, si es posible, de la hora que veo que se acerca. Pero no, que no he venido al mundo para evitar los horrores de esta hora, sino es para sacrificarme á vuestras órdenes. Aceptad mi sumisión perfecta á vuestra voluntad, y glorificad á vuestro santo nombre. Daos á conocer á vuestras criaturas, oh Padre mio; manifestad á todos los pueblos de la tierra la grandeza de vuestro nombre, puesto que quereis que los trabajos de mi vida y las ignominias de mi muerte sirvan á vuestra mayor gloria. Por tanto, para consolarle y sostenerle contra sus temores, solamente le respondió su Eterno Padre sobre su petición absoluta, y cuando acabó Jesús de pronunciar aquellas últimas palabras, *glorificad Padre mio, á vuestro nombre*, se dejó oír una voz que salía de una nube, diciendo: *Ya he clarificado mi nombre y lo clarificaré segunda vez*. Que fué decir: Hijo mio, yo te he oído y siempre te oiré. Dios ha sido glorificado y adorado entre los judíos, y en adelante lo será entre las naciones. Ya he sido glorificado bajo el reinado de la ley, y lo seré de un modo mas digno bajo el Evangelio. Ya he sido honrado de tí por la obediencia que me rindes, y lo seré aun mas por la que me vas á rendir.

La muchedumbre que se hallaba presente y había oído la voz que era fuerte y espantosa, imaginó que pudiera ser trueno; otros decían: Algun ángel le ha hablado. Tal era la turbación de los circunstantes. No era extraño que no entendiendo los gentiles el sentido de algunas palabras pronunciadas en la lengua común á los judíos, pero extraña para ellos, juzgasen que había tronado, y que los judíos que percibieron clara y distintamente las palabras articuladas, las atribuyesen á algun ángel del cielo. Mas Jesús tomó en seguida la palabra y les dijo: *No por mí ha bajado esta voz del cielo, sino es por vosotros*; esto es, para vuestra instrucción y edificación, para que me reconozcáis por el Hijo de Dios, cuyos ruidos oye mi Padre celestial. *Sabed empero que se acerca el juicio del mundo, y que el príncipe de este mundo va á ser echado fuera*. Ahora los hombres serán vindicados, reintegrados en sus derechos y restituidos de su verdadera libertad. Ahora el príncipe de este mundo perderá todo su señorío é imperio. Parece muy verosímil que en

estas palabras entendiase y quisiese denotar muy particularmente el Salvador á la Sinagoga, y á todos sus magistrados que en lo sucesivo no emplearon su dominacion sino en escándalo de sus súbditos. Así es como se explican los apóstoles muchas veces en sus escritos, siguiendo el modelo de su divino Maestro. Vese pues con claridad que no habló Jesucristo en esta ocasion del juicio final en que han de ser juzgados los vivos y los muertos, y separados los buenos de los malos para recibir cada uno el premio ó el castigo debido á sus obras, sino del juicio hecho por el Padre á favor de los hombres, contra el demonio que los tenia avasallados y aherrojados con cadenas en misera servidumbre. En este juicio es Jesucristo abogado de los hombres y no juez; aquí se da la sentencia segun la misericordia del juez, y no segun la conciencia del reo; aquí vence el defensor al opositor, el abogado al acusador; al tirano vence el legítimo Rey y Señor. Llegado es el tiempo, de hacer justicia á los oprimidos, de sacar la cara por los desvalidos, de enjugar las lágrimas de los afligidos. Hace Dios gala de quebrantar la soberbia de los altos y poderosos del mundo que de su poder y autoridad se valen para aumentar la miseria y la pobreza, y tal vez los vicios de los inferiores; ¡por qué desgracia del mundo no instarán en esto á Dios los príncipes y poderosos de la tierra, y los que tienen sobre ella mando y autoridad, y están encargados de la administracion de justicia?

Asimismo debe entenderse, que desde el tiempo de la pasion de Jesús se hizo un verdadero juicio y separacion de los fieles que creian, de los infieles obstinados contra la fe; pero en el futuro se pronunciará la sentencia de condenacion contra los infieles, y la de premio y recompensa en favor de los que creyeron. Así pues como expositando y aclarando su dicho primero, añadió: *Ahora el príncipe de este mundo*, esto es, el príncipe de los amadores del mundo y de los malos hombres que habitan en el mundo, cual es el diablo, que desde Adán hasta ahora fué señor y todavía domina en los malos entregados al mundo, porque viviendo con arreglo al mundo se le sujetan voluntariamente por el pecado, *será echado fuera*; esto es, perderá en este juicio el poder y la libertad que tenia de arrebatar á los hombres y llevarlos en pos de sí para esclavizarlos

vizarlos y oprimirlos, porque por Cristo y por la virtud de su pasion se abrió la puerta de la gloria, y el diablo no puede impedir ya á nadie como antes hacia, la consecucion de esta dicha, pues por Cristo y su pasion se dió al hombre la virtud para resistir á su enemigo y la fortaleza para vencerle; así se echa fuera al príncipe de este mundo, como fué desterrado del cielo por su soberbia. De allí arrojado, se apoderó con tiranía y crueldad del atrio del paraíso, que es este mundo, é inspirando la idolatría á los pueblos destruyó el culto del verdadero Dios. No solo la idolatría, mas las pasiones tambien y los vicios, como torbellino impetuoso, tenían asolada la tierra. De esta suerte fué el mundo morada y reino del demonio, hasta que lo despojó de él el mismo que fué el brazo y la fortaleza del Padre, sujetando con dureza á aquel que no quiere verse dominado por la caridad, enseñándonos al mismo tiempo á todos el modo de despegarnos del nocivo amor á la exaltacion y grandeza del mundo, por el gran misterio de su anonadamiento en su pasion y muerte de cruz.

En Cristo, verdadero Dios y hombre, se ve una mezcla maravillosa que tiene y tendrá siempre atónitos á los que en la tierra tenemos fe de este misterio altísimo, y aun á los espíritus bienaventurados que gozan de su claridad en el cielo. Descúbrense en él carne con condiciones de Dios, y Dios con condiciones de carne; divinidad y humanidad juntas, hombre Dios de padre y de madre, y sin padre y sin madre, sin madre en el cielo y sin padre en la tierra; el Eterno nacido en tiempo, y el Hijo en quien nació todo el edificio del mundo, nacido entre los del mundo como hijo. En él triunfó la verdad, quedó honrada la humildad, reinó la caridad, resplandeció la misericordia y fué santificada la humanidad. Desterró Cristo del mundo á su príncipe desarmándole de su poder, y venciendo la concupiscencia del hombre en quien tiene puesta la esperanza de su victoria. Flaco es el demonio si el hombre no se le entrega por medio de sus malos afectos; y así echó fuera al príncipe de este mundo el que hizo á los hombres de malos buenos, y trocó la tiranía de la concupiscencia en el yugo suave y dulce de la caridad. El palanque de esta victoria fué la santa cruz, en la cual con lo sumo de la ignominia y flaqueza, con lo mas apurado

de los trabajos y tormentos, con la muerte infame á que le condenó la gente vil y foragida, empleando el Redentor, venció al que es caudillo y príncipe de todo lo soberbio. Dos son los juzgados en este juicio, Cristo y el mundo. El mundo juzga á Cristo tratándole de loco y de engañador, persiguiéndole, dándole muerte, deseando borrar hasta su memoria. Cristo juzga al mundo venciendo á su príncipe, condenando las obras de las tinieblas, castigando á los que huyen de la luz de la verdad y del fuego de la caridad, con el azote de la eterna justicia. El mundo juzga á Cristo, y este tina del mundo. Cristo humillado vence la soberbia; atormentado condena el deleite; afrentado mejora la honra; muerto restablece la vida. Cristo á los ojos del mundo es la escoria de los hombres; á los ojos de la fe, es Redentor de todos ellos. Desde el madero donde es enclavado reina como Príncipe, y Señor y Salvador del mundo, y así añadió en seguida: *Y yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas.* Así será glorificado el Hijo del hombre, desde que permita ser elevado de la tierra en el sentido que tantas veces tiene profetizado.

Estas últimas palabras del Salvador necesitan una particular explicación: *Si yo soy levantado de la tierra.* No duda que ha de suceder indefectiblemente aquello que ha venido á cumplir. *Exaltado*, esto es, clavado en la cruz. *Atraeré á mí todas las cosas;* esto es, los hombres elegidos y predestinados para la salud, de lo que está excluido el diablo, y será cabeza de aquellos miembros, despojando á aquel que engañando injustamente al hombre primero le despojó de su hermosura y de su gracia. Con estas expresiones dió también las señas mas puntuales de su triunfo, denotando la muerte de que había de morir y demostrando que para vencer al demonio no haría gala de las armas de su poder, sino de la humillación y de la cruz. Llama exaltación á su crucifixión, no ya porque el Crucificado era levantado en alto, sino porque la cruz era delante de Dios principio de la verdadera gloria y exaltación nuestra. Cristo exaltado y honrado en la cruz, el hombre pecador hecho salvo por medio de la cruz, misterios son que no entiende la carne; adóralos la fe, reconociendo la caridad con que la cabeza crucificada atrae á sí y uno consigo á los miembros. Cristo en la

cruz unió consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos; digamos, se fecundó de todos y los cerró todos en sí para que en la muerte que padecía en su carne pasible, muriese la carne de ellos mala y pecadora, y por eso condenada á la muerte; y para que renaciendo el glorioso después, renaciesen también ellos en él á la vida de justicia y de gloria. Por último, fué exaltado el Señor en el aire y elevado en la cruz, para enseñarnos que así como el aire es común á todos los hombres, así su pasión y muerte era también común á todos ellos: las pasiones, tormentos y martirios de los otros santos fueron propias de cada uno de ellos; pero la pasión de Cristo fué común y universal, porque con ella quiso merecer la salvación de todos; y así como el aire es el medio entre el cielo y la tierra, así Cristo también muriendo en el aire demostró que era el mediador entre Dios y el hombre.

Los judíos comprendieron con alguna claridad parte de lo que el Salvador acababa de manifestarles con su discurso; y avanzando en los pensamientos de iniquidad que habían concebido contra él, para convencerle en cierto modo de poco veráz, le dijeron: Nosotros sabemos por la ley que Cristo y su reinado durarán eternamente. ¿Cómo pues vos que os dais por Cristo os adelantáis á decir que el Hijo del hombre será levantado de la tierra? ¿No significa esto en vuestro lenguaje que será crucificado? Y siéndolo, ¿no es claro que no permanecerá para siempre? El título del Hijo del hombre ó de primogénito de los hijos de los hombres, ¿no es propio de Cristo? Hablando vos mismo del Hijo del hombre, ¿no es de Cristo de quien nos habláis? y Cristo, ¿no ha de permanecer para siempre? Decidnos pues, ¿cuál es el Hijo del hombre que no ha de permanecer para siempre?

Si los judíos menos carnales hubiesen registrado bien las Escrituras, esto es, la ley y los profetas, hubieran observado que si era cierto que Cristo y su reinado habían de durar eternamente, no lo era menos que Cristo ó el Hijo del hombre por excelencia sería levantado de la tierra y moriría en una cruz. Después de esta muerte vergonzosa, constaba también que había de resucitar y vivir eternamente en el cielo, y reinar hasta el fin de los siglos en la Iglesia que había comprado con el precio de su vida y adquirido con su

sangre. Pero los doctores de la Sinagoga no lo entendían así, y llenos de ambición explicaban todo lo que las Escrituras contenían de grande y magnífico con respecto al Mesías, y apartaban de su persona todo cuanto aquellas anunciaban de humilde, penoso y triste. Las turbas á quienes Jesucristo debía responder, no estaban aun dispuestas para una instrucción tan grande como necesitaban, y por esto les dijo: *Aun hay en vosotros muy poca luz; caminad sin embargo con ella mientras os alumbrá para que no os sobrecojan las tinieblas.* Lo que fué decirles: Por un poco de tiempo estará aun con vosotros la luz. Esta luz soy yo, y con ella conoceréis aun que el Cristo permanecerá eternamente. Apresuraos, acercaos, mirad bien lo que solo se ve con el resplandor de esta antorcha. Entended el misterio del Salvador, no á medias, sino todo él, que su muerte no es incompatible con su victoria; que con ella ha de establecer para siempre su reino; que su sangre ha de ser el rescate de los cautivos, su cruz la exaltación de los afrentados, su muerte la unión de los dispersos. Las tinieblas os sobrecojerán, si de tal manera creéis la eternidad de Cristo, que neguéis en él la humillación de la muerte. Bien sabéis lo que dice el proverbio, que el que camina de noche no sabe por dónde va ni á dónde pone el pie.

Ya tenía dicho el Salvador que él era la luz del mundo; ahora les aconseja que mientras logran esa luz, crean en ella; esto es, mientras él les habla y les instruye para que tengan la dicha de llegar á ser hijos de la luz. Entre los judíos, con quienes se explicaba con tanta benignidad el Maestro divino, se contaban algunos fieles, pero no lo eran todos. Allí se hallaba un número grande de la conspiración de los fariseos prontos á autoinarse y á levantar sediciones y tumultos, á pesar de la solemnidad de un día tan glorioso para Jesucristo, pues ya ni podían disimular sus intenciones ni ocultar las tramas incógnitas que contra él tenían preparadas; por lo que el Salvador amantísimo se apartó de entre ellos y se escondió.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, concédeme la dicha de que como verdadero discípulo tuyo, no solo tenga hojas verdes en mi corazón,

esto es, palabras y estimación y aprecio de la justicia, sino también frutos; esto es, obras de justicia y virtud, para que jamás merezca tus maldiciones. No me niegues la dicha de que te siga con todo el afecto de mi alma como verdadero ministro tuyo, para que donde tú estás merezca yo estar también. Llámame, Señor, y arrástrame en pos de ti, y no permítas que me arrastre la dulzura del siglo, sino la inapreciable suavidad de tu amor. Sea siempre contigo mi intención en el cielo, y asístame continuamente tu protección en la tierra. Haz, Señor, que me una inseparablemente contigo, que te sirva con perseverancia, que te busque con fidelidad, para que felizmente te halle y eternamente te posea, Dios, Rey y Señor mío. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XII del Evangelio de san Juan, desde el versículo 10 hasta el 36; al XXI de san Mateo, desde el versículo 15 hasta el 29; y al XI de san Marcos, desde el versículo 13 hasta el 14, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Juan para el Evangelio de la misa del sábado de Pasión, y después usa también de varios trozos de este mismo Evangelio para la misa de algunos santos obispos y mártires, y para la del día de la Exaltación de la santa Cruz, á 14 de setiembre; dice así:

EVANGELIO PARA LA MISA DEL SABADO DE PASION.

San Juan, cap. XII, vs. 10 al 36.

En aquel tiempo determinaron los príncipes de los sacerdotes matar también á Lázaro, porque muchos por causa de él se apartaban de los judíos y creían en Jesús. Al día siguiente muchas gentes que habían acudido á la fiesta, oyendo que venía Jesús á Jerusalén, tomaron ramas de palmas, y le salieron á recibir, y clamaban: Hosanna, bendito el Rey de Israel que viene en nombre del Señor. Y halló Jesús un jumentillo y se sentó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey, viene sentado sobre un jumentillo. Esto no lo entendieron sus discípulos primero; mas cuando Jesús fué glorificado, entonces se acordaron que estas cosas es-

taban escritas de él y que á él fueron hechas. La gente que estaba con él daba testimonio de cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Por eso salió el pueblo á recibirle, porque oyeron que había hecho este milagro. Decíanse pues unos á otros los fariseos: ¿Veis que nada adelantamos? Mirad cómo todo el mundo se va tras él. Hallábanse allí muchos gentiles de los que habían subido á adorar en el día de la fiesta. Llegáronse estos á Felipe, que era de Bethsaida de Galilea; y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver á Jesús. Vino Felipe y dijo á Andrés, y después Andrés y Felipe lo dijeron á Jesús. Y Jesús les respondió diciendo: Llegada es la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo: Si el grano de trigo caído en la tierra no muere, se queda solo; mas si muere, fructifica abundantemente. El que ama su alma, la perderá, y el que aborrece á su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna. El que me sirve sígame; y donde yo estoy, allí estará también el que me sirve. El que me sirviera será honrado por mi Padre. Ahora es turbada mi alma. ¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para eso he llegado á esta hora, Padre; glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo que dijo: Lo he glorificado y todavía le glorificaré. El pueblo que estaba presente y la había oído, decía que había sido trueno. Otros decían: Algun ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido por mí esta vez, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será echado fuera el príncipe de este mundo. Y yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. Decía esto señalando la muerte de que había de morir. Respondióle la plebe: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece eternamente. ¿Pues cómo dices tú: Conviene que el Hijo del hombre sea levantado en alto? ¿Quién es este Hijo del hombre? Dijoles Jesús: Ann está con vosotros por un poco de tiempo la luz. Caminad mientras tenéis luz para que no os sobrecojan las tinieblas, porque el que anda en tinieblas no sabe á dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz. Estas cosas habló Jesús y se fué y se escondió de ellos.

DESCRIPCION DE JERUSALEN.

Todos los viajeros y todos los escritores, exceptuando solo á Lamartine, cuya imaginación es tan poética y cuyo corazón tan indulgente, de manera que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el más hermoso aspecto, están acordes en llamar á Jerusalem lugar de desolación. Piedras, arena, conizas y algunos arbustos espinosos, he aquí lo que los antiguos y modernos han visto en ella.

Las calles de Jerusalem son regulares, rectas, bien empedradas, algunas veces con anillos; pero tristes, estrechas, y casi todas ofrecen un plano inclinado. Las casas por lo regular son de dos ó tres pisos, con muy pocas ventanas; tienen muy bajas las puertas, unidas las fachadas, y están construidas simplemente con piedras sin el menor ornato, de manera que cuando recorre uno las calles, cree internarse en los corredores ó galerías de una cárcel inmensa; en una palabra, se reconoce ser cierta la pintura que de la ciudad santa nos ha dejado Jeremías. ¡Qué contraste con las calles de la Meca, tan bien adornadas y tan alegres! pero la reina de las naciones es hoy día una viuda, como dice la Escritura.

Al propio tiempo fuerza es conocer cómo esta ciudad lleva un carácter de desolación enteramente peculiar que en vano se buscaría en la soledad de las demás ciudades arruinadas.

Jerusalem es triste, dice Chateaubriand; pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas; la soledad de Sion, cubierta de luto, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nuestras reflexiones de la edad madura y con nuestros pensamientos de la tumba: no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que uno sienta latir su corazón. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan con las imágenes de la misericordia y de la salvación, una muchedumbre arrastrada por el furor, el justo condegado, la traición que se castiga á sí misma, el arrepentimiento, la compasión, la adhesión mas firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes mas sublimes, el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo y la esperanza que de él desciende, he aquí lo que se en-

cuenta en medio de las ruinas de Jerusalem; vemos nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia. En estos sitios en que un Dios murió con nuestra vida y murió de nuestra muerte, todo parece explicar la humana condición. Por esto sentimos tanto abandonar la ciudad santa, en cierto modo como si abandonásemos la existencia que, á pesar de decirse sepultada en un valle de lágrimas, halla atractivos en el mismo dolor.

Al hablar Michand de la primavera en Jerusalem, dice: En esta ciudad, como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde yerba; no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora de año; solo algunas tórtolas rumpían sobre las palmeras de la casa de Caifás y sobre los altos árboles cercados á la puerta de Sion. . . . La primavera de Jerusalem no tiene nada de alegre.

Vemos ahora cómo el tierno Lamartine nos describe en octubre la ciudad santa.

A la izquierda de nuestro horizonte, viniendo del desierto de San Juan Bautista, á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las amarillas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una pequeña colina. Detrás asomaba una ciudad formando declive á lo largo de ambos lados de la colina; por precisión debía ser Jerusalem. Nos creíamos mas distantes de la ciudad, y todos nosotros sin atrevernos á preguntar nada al guía, temiendo ver destruida nuestra ilusión, gozábamos en silencio de esta vista cuando todo al rededor nos estaba hablando de Jerusalem. Efectivamente era ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparición. Un paso mas que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veíamos á nuestros pies, nos la haría sin duda perder de vista.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalem puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin tector, sin grandiosidad, algunos pedruscos pardos, y de trecho en trecho alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los campos escarpados de la colina; las murallas y las torres parias de las fortificaciones de la ciudad, apareciendo á lo lejos so-

bre la cumbre de Sion: tal es el aspecto que ofrece la tierra. El cielo se presenta puro y profundo, sin que jamás por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia vase una especie de abismo que desciende de entre montañas negras, y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo de viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningún pájaro que haga oír sus trinos en los caminos ni en los campos. . . . Tal es Jerusalem.

A pesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la religion, y á pesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la población, esas altas murallas desiertas, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todos presentan un conjunto melancólico, pero al mismo tiempo se reconoce que nada es mas propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

Pero cuando uno está en lo interior, dice otro viajero sexagenario, esa apariencia de grandiosidad que á lo lejos se nos ofrece, esa ilusión que produce por un momento el imponente aspecto de las cúpulas, de las mezquitas y de los minaretes que dominan los restantes edificios, todo se desvanece, y Jerusalem no parece mas de lo que es en realidad, una ciudad de escombros y de ruinas. Sus casas cuadradas, por lo regular pequeñas, bajas y sin ventanas por la parte interior, cubiertas de un techo llano á manera de azotea, encima del cual se eleva alguna vez una pequeña rotunda, se parecen, mas que una habitación, á un conjunto de piedras amontonadas para construirse, y hacen en verdad el mas triste efecto.

La población de Jerusalem se compone de musulmanes, de griegos, armenios, de católicos, de coptos y de abisinios: la industria y el comercio ofrecen poco recurso á la ciudad; las rocas y las montañas que la rodean no conocieron jamás las mieses. Cada uno vive de su creencia. No tiene el Oriente secta ni tribu que no envíe limosnas á Jerusalem; los peregrinos armenios y griegos llevan allí considerables sumas, de manera que los dones y las ofrendas de la devoción sostienen á la vez la población cristiana y la judía: los musulmanes se aprovechan de todos estos tesoros enviados por la piedad; de manera que cada secta vive de la fe que profesa, y puede decirse que los incrédulos viven y se enriquecen á costa de la fe de todos.

Para estudiar la fisonomía de Jerusalem, fuerza será observar cada pueblo en particular. Los hebreos de la ciudad santa habitan el cuartel mas sucio, situado cerca de la puerta Esterquilina ó sea de las *imandices*, llamada hoy día puerta de los Mangrabinos: separados de las demás sectas y aun ellos mismos divididos en dos facciones enemigas, tristemente reunidos en sus Sinagogas y vueltos los ojos al valle de Josafat, comen su pan en la aflicción y beben su agua con espanto. Al verles en sus reducidas y sucias moradas, concócese que no han venido á Jerusalem para vivir dichosos, y ni para vivir siquiere, sino solo para poder descansar en el fúnebre valle, esperando la época del juicio final. Llegan á Jerusalem judíos de todas las comarcas de la tierra, y ninguno sale; la mayor parte son ancianos cuya existencia ha perdonado el tiempo y que no piensan ya en las cosas de la vida. Jerusalem cuenta muchos judíos que pasan de los ciento y de los ciento veinte años.

Los armenios y los griegos son en Jerusalem lo que en todas partes. A pesar de que ambos pueblos conocen el comercio en todos sus ramos, no podrían sostenerse en la ciudad santa si no les accorriese la devoción de los peregrinos. El cuartel de los armenios, situado sobre el monte Sion, es el mas hermoso de Jerusalem. Esta nacion, que no tiene territorio ni hogar doméstico; y que vive errante y dispersa sobre los hijos de Israel, da muestras de su poder y de su crédito; y parece prosperar cada día mas en medio de las ruinas y miserias del Oriente. Siguiendo el camino de Jerusalem, no se encuentran mas que carabanas de armenios que acuden de todas partes del imperio otomano y aun de la Persia, llevando consigo sus riquezas.

Los griegos habitan al rededor de la iglesia del santo sepulcro, lo que es para ellos un consuelo cuando piensan en las calamidades de su patria. Perseguidos en todas las comarcas musulmanas, no envidian á Jerusalem ninguna ofrenda, y sus peregrinos habian olvidado el camino de Sion. Solo en 1831, protegidos por el pabellon ruso, fué cuando visitaron de nuevo la Tierra Santa. Hoy día llegan en gran número del Asia menor, de las orillas del Helesponto, y aun de Stamboul; han conservado su antiguo carácter, y si algun asomo de alegría reina en la triste Jerusalem, será preciso buscarle entre los griegos, pues si bien son mas supersticiosos que las demás sectas, cuenta sin embargo hombres instruidos entre los individuos de su alto clero.

En medio de este concurso de opuestas y rivales creencias, hay una que

domina todas las demás, y es por cierto la mas celosa é intolerante: los musulmanes se dan en todo un aire de arios. La poblacion musulmana es turbulenta é inquieta, y no puede sufrir yugo para si ni libertad para los demás. Cada uno de esos incrédulos tiene derecho para ultrajar en la calle y aun en sus casas á los cristianos y á los judíos, sin que estos puedan quejarse ni obtener reparacion. Y lo mas singular es que esos musulmanes oran juntos con los cristianos y con los judíos, venerando mucho los lugares sagrados: encuéntranse en la Biblia y en el Evangelio algunos nombres respetados por los hijos del mahometismo. Todas esas poblaciones enemigas son regidas por un Mutzelin, un Cadi, un Subeadi, encargados de la policia, y un Mufti encargado de las mezquitas y de la observancia de los preceptos religiosos: todos van á una tratándose de sacar dinero de los sectarios de las distintas religiones. La ciudad obedece al bajá de San Joan de Acre.

En todos tiempos ha sido el monte Olivete un objeto que ha herido vivamente la imaginacion de los cristianos: en los primeros siglos de la Iglesia se descubrían en la montaña fuegos milagrosos, y los peregrinos de los siglos nueve y diez creían ver renovarse la escena gloriosa de la ascension del Salvador. Algunos, al llegar á la cumbre de la montaña, se postraban de rodillas, extendían los brazos en forma de cruz, y derramando lágrimas pedían al cielo que les librase de la cárcel del cuerpo en el mismo sitio desde el cual Jesús se elevó al cielo. El cronista Clabér habla de un peregrino de Autun, á quien Dios llamó á la morada de los elegidos el día mismo en que habia orado sobre el monte Olivete. Allí es donde se detuvo la procesion de los cruzados antes del último asalto de Jerusalem, y por cierto que el aspecto de la ciudad santa debió inflamar el entusiasmo heroico de los campaneros de Godofredo, mas aun que los discursos de los clérigos y de los obispos. Jerusalem conserva el monte Olivete como última gloria, como una diadema radiante que corona toda la liza de Sion.

A cada paso que se des trepan por él, va descubriéndose un nuevo cuartel é un nuevo edificio de Jerusalem, de manera que sin exageracion se podrían ir contando todas las casas. Mas allá de las dos mezquitas y del sitio de donde se elevó el templo, extiéndese toda la ciudad santa, sin que perdamos de ella un techo, ni una piedra, como si fuese el plan de una ciudad en relieve que un artista nos presentase sobre una mesa. Esta ciudad, añade Lamartine, no es como nos lo han querido figurar, un conjunto informe y confuso de ruinas y de cenizas, sobre las cuales se hayan echado

algunas caballerías árabes ó plantado algunas tiendas de beduinos; no son como Atenas, un caos de polvo y de murallas derrocadas, donde en vano busca el viajero la sombra de los edificios, el pavimento de las calles y el aspecto de una población. es una ciudad brillante que presenta noblemente todavía sus murallas intactas y dentelladas, su mezquita azul con sus columnatas blancas, y sus minaretes de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales refleja la luz del sol de otoño; por fin, en medio de ese océano de casas y de esa nube de pequeñas cúpulas que las cubren, levántase otra cúpula negra, más ancha que las demás, dominada á su vez por otra blanca: es el santo Sepulcro y el Calvario, confundidos ambos y como nadando en el inmenso laberinto de edificios y de casas que los rodean. Tal es la ciudad vista de lo alto de aquella montaña, apareciendo como si fuese la Jerusalén nueva que renace brillante del seno del desierto. Es el más magnífico panorama que pueda presentarse de una ciudad que ya no existe, pero que parece existir como si estuviera llena de vida y de juventud; y sin embargo, si se la mira atentamente, se conoce que todo ello no es en realidad más que una bella visión de la ciudad de David y de Salomón. Ningún ruido sale de sus plazas y de sus calles, ningún camino conduce á sus puertas del Oriente y del Occidente, del Mediodía y del Setentrion; solo algunas sendas serpentean al azar por entre las rocas, descubriéndose algunos árabes casi desnudos, algunos habitantes de Damasco que conducen sus camellos, ó algunas mujeres de Belén ó de Jericó que traen consigo una cesta llena de uvas de Engaddi, que van á vender por la mañana á las puertas de la ciudad. A la izquierda del templo y de las murallas de Jerusalén, forma la colina un declive, se extiende con suave vertiente, y á unos cien pasos de la ciudad nos presenta una mezquita y un grupo de edificios turcos. ¡Es la montaña de Sion! ¡es el palacio y la tumba de David!

Cuando el espectador está colocado sobre el monte Olivete, si entra en consideraciones puramente religiosas, no puede menos de recordar con terror que aquel es el sitio donde Jesucristo, sentado á vista del templo, habló á sus discípulos de las espantosas señales que debían preceder á la destrucción de este edificio sagrado, donde echó los ojos sobre esa ciudad degradada y lloró por las calamidades que la amenazaban: seguramente que no podía elegirse sitio más imponente para lanzar contra Jerusalén el anatema.

Después de haber mirado á vista de pájaro el interior de una ciudad que á ninguna otra se parece bajo el aspecto político y religioso, no será inútil

y sin interés ver el conjunto que presentan las murallas que la rodean. No vamos á juzgar de una plaza fuerte; solo nos toca ver una especie de campo fortificado desde muchos siglos, en medio de una llanura estéril; una barrera opuesta á la rapacidad de los árabes del desierto: sobre todo, es curioso pensar que á corta diferencia tenemos delante la misma línea de murallas que bajo formas diversas, con principios de diferente arquitectura y en épocas bien distantes, ha visto tantos enemigos, recibido tantos ataques, y que á pesar del trascurso del tiempo guarda todavía tesoros inestimables á los ojos de los cristianos. Los turcos conservan regularmente esas fortificaciones para llamarse dueños de Jerusalén, recoger algunos miserables tributos y vendimiar á los que van á visitar sus ruinas.

El recinto actual de Jerusalén, que comprende el espacio de una legua, es casi cuadrado. Pero las murallas no ofrecen una línea perfectamente recta más que por la parte de Oriente, pues sus demás fachadas son irregulares. Su altura es de unos ciento veinte pies sobre treinta de ancho con torres cuadradas de trecho en trecho y siete puertas principales. La de la *Bien Amada* conduce á Belén; las demás llevan el nombre del *Profeta David*, la *Puerta dorada*, hoy día amurallada, la de la *Santa Virgen*, la de la *Aurora*, la de *Damasco* y la de los *Berberiscos*. Al Occidente se descubre un castillo con algunas torres rodondas de un foro, ó por mejor decir de una profunda zanja, donde de distancia en distancia se descubren las piedras que sostuvieron la antigua morada de Herodes: lleva el nombre de castillo de los *Pisanos*. Es sabido que estos se distinguieron mucho en la época de las cruzadas. Hoy día sirven de cuartel para el Agá y sus tropas. Al Norte se prolonga la muralla hasta el valle de Josafat.

Recordando los diez y ocho sitios y saqueos que ha sufrido Jerusalén, puede uno formarse idea de la frecuente reconstrucción de sus fortificaciones, ya más ó menos elevadas y grandiosas, ya más ó menos sólidas y sobre un plan más ó menos vasto. Pero la destrucción más completa de las murallas de una ciudad que había condenado á muerte á los profetas y desconocido al Mesías, tuvo lugar el año setenta de la era cristiana, reinando Vespasiano. Desplomáronse sus triples líneas de fortificación en el espacio de cinco meses que duró el sitio, y abrieron paso al vencedor sobre montones de caláveras y de moribundos. Las llamas incendiaron lo que las máquinas de guerra habían dejado en pie, y el arado pasó sobre los cimientos del templo. Entonces se cumplieron las profecías: "Te estrecha-

rán tus enemigos, te destruirán á ti y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra, porque has desconocido á tu Dios:" predicción que llevaba la fecha de seiscientos años antes de su espantoso cumplimiento.

Las murallas actuales, á las cuales ha dado Chateaubriand tres vueltas á pie como Jonás al redor de Ninive, presentan cuatro lados á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo, cuyo principal lienzo corre de Oriente á Occidente. Daville prueba con medidas y posiciones locales que la antigua ciudad de los judíos no podía ser mucho mas grande que la moderna, pues ocupaba el mismo sitio, con sola la diferencia de que comprendía toda la montaña de Sion y dejaba en las afueras el Calvario. Las murallas que existen hoy día son obra de Soliman, por los años de 1534, como lo prueban las inscripciones turcas que se descubren en ellas. Se ha dicho que la idea de Soliman era de comprender la montaña de Sion dentro del círculo de Jerusalem y que conderó á muerte al arquitecto por no haber ejecutado sus órdenes. Pero nada prueba esta barbarie, pues la ciudad está casi dominada por todas partes, de manera que para poder resistir á un ejército regular seria preciso construir muchas obras al Oeste y al Norte, así como una ciudadela sobre el monte Olivete.

En su conjunto, ese incompleto estado de las fortificaciones de la ciudad santa, es lo que lo acarrea males sin cuento, pues todos los años unas tropas atrevidas excitadas con el cebo de tesoros que creen considerables y que no lo son en realidad, y animadas del orgullo de reinar sobre escombros y piedras cuyo nombre resuena todavía por la tierra y que son visitados con respeto por todos los pueblos, pueden impunemente hacer tentativas contra ella.

Rodenn á Jerusalem algunos monumentos que recuerdan grandes cosas: vease el sepulcro de la Virgen abierto en el seno de una roca, y al cual se sube por una escalera de cincuenta escalones: en la misma montaña se hallan tambien abiertos á escopo las sepulturas de Ana, de Joaquín y de José: si estos monumentos no fuesen realmente edificadas para las personas cuyos nombres llevan, no por eso dejan de ser notables. Por otro lado, sería difícil fijar á qué siglo pertenecen. Al pié del santuario de la Virgen se ve el huerto de las Olivas, tan célebre en la historia de la pasión: tiene ocho olivos; segun la tradición, existían ya cuando Cristo espiró en la cruz. Una parte del aceite que se extrae del fruto de estos árboles venerables, alimentaba una de las lámparas del santo sepulcro, y la otra se enviaba como un don precioso á los monarcas bienhechores de la Tierra santa: hoy

los frailes del convento latino se reparten las aceitunas, y de sus huesos hacen rosarios, que tienen gran valor para las almas piadosas. En el mismo valle se hallan los sepulcros de los reyes abiertos en la roca; pero su arquitectura, que es de órden jónico, desmiente la antigüedad que se les atribuye. El cementerio de los judíos está situado en el valle de Josafat, donde aspiran á reposar después de su muerte los israelitas refugiados en todas las naciones. El aspecto de este valle es sumamente triste, como dice Chateaubriand; el lado occidental presenta un acantilado de creta, que sostiene las murallas góticas de la ciudad, por encima de las cuales se ve Jerusalem. El monte Olivete y la montaña del Escándalo forman el lado oriental. Estas dos montañas son casi peladas y de un color rojo oscuro; en sus flancos desiertos se ven acá y allá algunas villas, algunos bosques de acebuches, baldíos cubiertos de hisopo, capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En el fondo del valle se descubre un puente de un solo ojo construido sobre el torrente Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos situado al pié del monte del Escándalo, nombrado así á causa de la idolatría de Salomon, se parecen á un monton de escombros, y debajo del pueblo árabe de Silvan apenas se acierta á distinguir las casuchas de esta aldea de los sepulcros que la rodean. Al ver la tristeza de Jerusalem ó al contemplar la soledad de las montañas, en que apenas se ven algunos vientos; al ver el desórden de todos los sepulcros caídos, hechos pedrazos, semiabiertos, no parece sino que la trompeta del juicio ha sonado ya y que los muertos van á resucitar en el valle de Josafat. La piscina ó fuente de Silot está al extremo del valle de Josafat, el agua salta de una roca, pero no mana mas que de tres en tres días, y cae en un estanque de veinte pies de largo y diez de profundo, al cual se baja por una escalera de muchas gradas. Cerca de Silot y hacia Levante, se eleva la montaña de Sion, una parte de la cual está dentro del recinto de Jerusalem; la cima de este montecito presenta las ruinas de tres monumentos que suponen haber sido el santo cenáculo, la casa de Caifás y el sepulcro ó palacio de David; pero nada certifica la certeza de tales tradiciones.

CAPITULO XXII.

CONFUNDE JESÚS A LOS ESCRIBAS Y FARISEOS EN TODAS LAS PREGUNTAS QUE LE HACEN, Y LES PRESENTA LA PARÁBOLA DEL PADRE DE FAMILIAS QUE PLANTÓ SU VIÑA Y LA ARRENDÓ A UNOS COLONOS, QUE DESPUÉS ASESINARON AL LEGÍTIMO HEREDERO.

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, se escondió Jesús de la presencia de sus perseguidores, esto es, de los escribas y fariseos, después que para engañarles enteramente y arrancar la obediencia y dureza de sus corazones, les había dado los importantes documentos que hemos referido; y al regresar muy temprano á la ciudad santa, volviendo á pasar por el mismo camino que habían andado el día anterior, observó Pedro que por lo regular era el que examinaba al parecer con mas atención los ancaos que pasaban á su vista, que la higuera que se había maldecido en la mañana precedente estaba enteramente seca; y volviéndose á Jesús le dijo: Maestro, mirad la higuera á quien echásteis vuestra maldición: ved cómo ha caído sobre ella, pues está seca. Jesús, que veía á todos sus apóstoles igualmente admirados, dió una respuesta á Pedro, común empero á todos, que ya les había dado en otra ocasión, y les

dijo: De verdad os digo, que si tuviéreis una perfecta confianza en Dios, si os persuadiéreis sin dudar que conseguireis de mi Padre todo lo que le pidiéreis en mi nombre, si orais sin hesitación, sin dudas y sin inquietudes sobre el efecto, no solamente hareis en una higuera lo que yo acabo de ejecutar á vuestra vista, sino es que si dijérais á este monte: Retírate de ahí y arrojáte en el mar, se cumplirán vuestros deseos. Creed pues que conseguireis en la oración cuanto quisiéreis conseguir: creed que Dios no os negará cosa alguna de cuanto solicitáreis por mi medio para el progreso de vuestros trabajos apostólicos ó para vuestro adelantamiento en la virtud, pues nada hay imposible para Dios y todo se concede á una réplica hecha con fe y con aquella caridad que enseña á perdonar las injurias, antes de pedir á Dios pordon de las propias ofensas.

Como eran ya casi los últimos momentos de la vida de Jesús, parece que se aumentaba el ardor de su celo á proporción que se acercaba su fin, del mismo modo que una antorcha se aviva mas cuando está mas cerca de espirar su llama: por eso ponía tanto cuidado en inspirar á sus apóstoles y discípulos la idea de que conservasen siempre ardientes las antorchas de la fe y de la caridad. Y después de haberles dado en el camino estas santas instrucciones, entrando en Jerusalem, marchó en derecha á la casa de Dios; en ella se pasó algun tiempo, y poco después se halló rodeado de una multitud de pueblo á quien se puso á explicar de nuevo los misterios de la salud. Mas apenas hubo empezado, cuando los principales de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, se presentaron para oponerse abiertamente al ejercicio de su ministerio. Ellos pretendían convencer al Señor que usurpaba sus derechos y que se arrogaba las funciones que á ellos pertenecian, con desprecio del tribunal legítimo; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: Se acercaron, no para ser enseñados con el pueblo, sino para tirar lazos y acechanzas contra el que enseñaba. Se acercaron cuando enseñaba, esto es, cuando en manera alguna podian impedirle, y los que se acercaron eran los principes de los sacerdotes, á quienes no podia servir de disculpa la ignorancia, y eran tambien los ancia-

[1] Div. Crisostom. Hom. 33 Oper. imperfect.

cianos del pueblo de quienes salia la inquietud, en vez de salir de ellos el buen ejemplo y la luz. Confabulaban, y discurrían entre sí y decían: nosotros somos las columnas del templo, y ved ahí que sobre él descansa ya toda la Iglesia: nosotros somos la lengua visible de las Escrituras que callan, y la suya resuena armoniosamente en medio del templo, por lo que nosotros nos vemos precisados á callar como cítaras destempladas; nosotros fuimos padres, y este engendra ahora hijos haciéndonos á nosotros enteramente estériles: ¡oh, y cuánto nos envileceinos á la vista del pueblo! por lo que con el fin de excitar algún tumulto en el lugar santo contra el que se había declarado su defensor y custodia, se acercaron á él y le dijeron: ¿En nombre de quién haceis en este lugar santo lo que tenéis atrevimiento para ejecutar á nuestra vista? Predicar públicamente, enseñar á los pueblos, reformat los abusos y arreglar la policía del templo, estos son otros tantos actos de jurisdicción que piden un poder que debéis tener de nosotros y que no habeis recibido; decidnos pues, ¿quién os ha dado potestad para eso, y con qué facultad lo ejecutais?

Mal prevenidos contra Cristo y extremadamente furiosos, entendían y querían persuadir al pueblo que obraba en todo por virtud del diablo, como ya en otra ocasión lo habían asegurado diciendo que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebub, príncipe de todos ellos. Jesús empero, conociendo toda su malicia, no quiso contestarles, sino que puso una objeción á otra y un argumento á otro, como quien quiere sacar un clavo con otro, para refutar con mas energía todas sus calumnias, pues no eran otra cosa sus malignas preguntas. Era preciso estar muy ciegos y endurecidos para no reconocer el gran poder y autoridad de que Jesús se hallaba revestido en el esplendor de sus milagros, en la santidad de su vida, en la sublimidad de su doctrina, en los testimonios públicos de su Padre celestial, y en el cumplimiento de los oráculos proféticos que anunciaban al Mesías; por consiguiente, no dudando que los que convenían eran hombres apasionados, puesto que olvidaban ó aparentaban desconocer hechos tan públicos, quiso cerrarles enteramente la boca contraponiendo á su ambiciosa audacia la respetuosa docilidad de su doctrina, y otros hechos que no hacia mucho tiempo habían pasado á su vista.

Vosotros me preguntais, les respondió el Señor, con qué autoridad obró á vuestra vista como celador del decoro de la casa de mi Padre y como doctor y maestro de este pueblo: no rehusó ni rehusaré el responderos; pero antes es preciso contesteis vosotros como maestros que sois y doctores de la ley, á una pregunta que quiero haceros: si respondeis sincera y francamente, yo os diré también por mi parte la autoridad con que ejerzo mi misión; decidnos pues: ¿El bautismo de Juan, de dónde era, del cielo ó de los hombres? Lo que fué decirles: El Bautista predicó en medio de este pueblo y estableció un bautismo de penitencia que le visteis administrar á cuantos se lo iban á pedir: el ejercicio y práctica de esta nueva institución, ¿lo ejecutaba Juan por autoridad de Dios ó por impresión y movimiento de su propio espíritu? Sin embargo, es indudable que no obraba con vuestras órdenes ni con vuestro permiso, pues muy lejos de tener vuestra aprobación, lo perseguisteis con furor, y vuestras persecuciones lo precisaron á retirarse á Galilea y le ocasionaron su prisión y su muerte. Claro es pues que en su predicación y bautismo no obraba sino es por la autoridad de Dios ó por la suya propia: ¿á cuál de estas dos os atendreis vosotros?

No esperaban ellos este retruque de parte de Jesús, y así se hallaron corridos, confusos y avergonzados á la presencia del pueblo, al que con su pretendida sabiduría y autoridad querían confundir y aterrar y conociendo las fatales consecuencias á que se habían expuesto, se apartaron algún tanto de la muchedumbre para deliberar entre sí y convenir en una respuesta uniforme. Si respondemos, decían entre sí, que el ministerio de Juan venía del cielo y estaba autorizado por Dios, se aprovechará este hombre de nuestra confesión y nos vencerá en la contienda, pues no dejará de decirnos: ¿por qué razón no le dimos crédito, siendo así que nos declaró unas de una vez que él era el Cristo ó Hijo de Dios? Y si le decimos que el Bautista no había recibido su misión de lo alto, que era un hombre sin carácter, y que los que le seguían no eran mas que unos hombres veleidosos, crédulos ó sencillos, aunque no tenga por qué aplaudirse de los elogios que le tributó, nos exponemos á que el pueblo se enfurezca, y tal vez llegue hasta el exceso de apedreamos como blasfemos, siendo como es cierto, que todavía conser-

va aquel entre la muchedumbre muchos partidarios y admiradores que le veneran, al menos como un gran profeta suscitado por Dios, y no han de llevar á bien que lastime ó menoscabe la reputación de un hombre tan grande y eminente. Conocieron por tanto, dice el venerable Beda [1], que la sabiduría infinita de Jesús les había armado un lazo del que no podían evadirse á cualquiera parte que se acogiesen; ó habían de confesar la verdad, ó habían de sufrir el desprecio y las amenazas del pueblo; agudieron á la mentira, á la simulación y á la perfidia, y con un ademán de desprecio respondieron al Señor: No sabemos de dónde vino el bautismo, ni el ministerio de Juan, ni tenemos tampoco obligación de responder á vuestras preguntas; vos sois el que debéis contestar á las nuestras, y por lo mismo os pudimos enojar de vuestra conducta y de la autoridad que os usurpáis.

Respondieron misteriosamente á Jesús, y el Señor, que no se creyó obligado á satisfacer sus nuevas réplicas, les dijo: Pues si vosotros no sabéis con qué autoridad predicó Juan entre vosotros y bautizó, y con decir esto os creéis desobligados de satisfacer á mi pregunta, yo no responderé á la vuestra, privándoos la potestad con que ejecutó lo que veis, ni tampoco dejaré de haceros otra pregunta que acaso no será para vosotros menos embarazosa: fundábase Jesús para proceder de este modo, en que al que pregunta se le debe contestar, al que finta se le debe confundir [2]. El preguntaba para enseñar, los escritos le tentaban con sus preguntas y querían perderle; por esto los confundió con su silencio y los confundió con su nueva pregunta. Cierta hombre tenía dos hijos, les dijo: llamé al primero ó mayor de ellos, y les mandé fuese á trabajar á su viña; pero inobediencia y desatento contestó secamente á su padre que no quería; pasado muy poco tiempo, entró en cuenta consigo mismo, reconoció su error, y avergonzado de su falta de atención y obediencia, corrió á pedirle perdón, y con no menor prontitud se marchó al trabajo; poco tiempo después llamó al segundo hijo, dióle la misma orden que al primero, y aparentando sumisión y obediencia, dejó que su padre se apartara, y en lo que menos pensó fué

[1] Ven. Bed. in cap. 11 Marci.

[2] Div. Crisostom. Hom. 30 Oper. imperfect.

en ir al trabajo. ¿Cuál de estos dos, hijos concluyó Jesucristo, os parece que cumplió con la voluntad de su padre?

No parece dudosa la contestación que habían de darle los fariseos, y mucho menos no pudiendo prever la aplicación que el Salvador había de hacer de su parábola. No hay duda, le dijeron, que el primero fué mas obediente, y el segundo fué un simulado y un hipócrita. Esto era precisamente lo que aguardaba su Majestad para confundirlos y hacer una justa aplicación de su doctrina. En verdad os digo, les replicó al momento, que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios; esto es, en la Iglesia cristiana, ó en la Iglesia militante, por la fe y la penitencia; y en la triunfante por la gloria, dejándoos á vosotros fuera por la infidelidad. El hijo primero, que aunque inobediante al principio hizo después la voluntad de su padre, es digno de misericordia; el segundo, que le despreció y no lo hizo, es digno de reprobación y castigo; que fué lo mismo que decirles: No solo los gentiles son mucho mejores que vosotros los judíos, segun el juicio que vosotros mismos habeis hecho, sino que los peores de entre los gentiles, como son los publicanos y meretrices, que entre vosotros son manifestamente de una muy torpe vida, serán á la presencia de Dios de un mérito mucho mayor que el vuestro, porque es sin comparación alguna mejor no prometer y hacer la justicia de Dios, esto es, cumplir con sus deberes á la presencia de Dios, que prometer y mentir.

San Agustín enseña [1] que la equidad ó justicia fingida es mas doble iniquidad; y este vicio es el que mas resplandecía en los sacerdotes y escribas; por esto eran semejantes al hijo segundo del Padre de familias. Hacían ostentación de ser perfectos y observantes de la ley, y tarde ó nunca las cumplían, siguiendo las tradiciones que ellos y sus padres, perversos como ellos, habían establecido, cuidando poco de observarla verdaderamente. El que los oiga pensará que estaban siempre prontos á obedecer; pero su verdadero carácter era el de la soberbia y desobediencia á los preceptos mas importantes. Este retrato les puso á la vista para confundirlos; pero conociendo que en vez de convencerse se habían de exasperar mas

[1] Div. August. in Ps. 43.

contra su persona, quiso asimismo darles á conocer que no se le escondia ninguno de los pensamientos de iniquidad que habian formado para quitarle la vida, y que sabia bien estaba ya en la víspera de caer en sus manos. Echóles en cara su ingratitud por no hacer traición á su ministerio, y no huyó de ellos como otras veces lo hizo, porque era ya llegado el tiempo de cumplir la voluntad de su Padre; por cuya razon les propuso una terrible parábola con el oritativo designio de que se aprochasen de sus últimas instrucciones.

Había, les dijo, un padre de familias cuidadoso y vigilante que plantó una viña, la cercó de un vallado fuerte y edificó en ella un lagar y una torre. Esta viña plantada por Dios era respecto de los judíos la Sinagoga, así como es la Iglesia respecto de los cristianos, y figuradamente es nuestra propia alma. Hablar de esta manera á los sacerdotes de Jerusalem, sabiendo que dentro de dos dias habian de ser los jueces que habian de juzgarle, era no solo admitir la muerte, sino ir á buscar, sin quererse disponer ni prevenir con algun remedio humano para evitarla; tan cierto es que Jesús estaba dispuesto, y cada dia se preparaba mas para cumplir la voluntad de su Padre, y prevenia á las almas buenas contra los escándalos de la cruz, haciendo patente de todos modos el gusto con que caminaba á ella por nuestro amor. Así tambien nos dió á conocer no solo la providencia adorable de Dios, sino su longaninidad y paciencia en esperar tanto tiempo, á ver si podia ablandar la perfiidia del pueblo judaico, que encerrado y puesto á cubierto bajo los muros de Jerusalem, tenia una perfecta representacion con la viña de andida por un buen vallado. El lagar colocado en medio de la viña, simbolizaba la doctrina santa y el conocimiento perfecto de la ley de Dios. La torre para su defensa era el mismo templo santo del Señor colocado en medio de la ciudad, y los ladrones ó viñeros á quienes se encargó el cultivo de la viña, eran los sacerdotes del santuario, encargados de la instruccion de los pueblos, y obligados por su oficio á velar sobre su conducta.

Si por la viña queremos entender nuestra alma, plantada por la creacion y por la santificacion, tambien veremos que por uno y otro titulo es de Dios y no nuestra: recibimos la de su mano, como pro-

rendadores para cultivarla y retornarle los frutos de las buenas obras que rindiere, ayudada de su gracia. Para ella es el mejor vallado la ley del Señor y su palabra santa; lagar el sacrificio de Cristo y los sacramentos por donde se nos comunica el mérito de su sangre. Torre la iglesia, que es la casa de la oracion, donde levantado el hombre en espíritu vive despegado del mundo, unido con Dios y protegido por él contra los enenigos de su eterna salud. Dispuesta así la viña con todo lo necesario para que reedituase, la arrendó á unos labradores que cuidasen de su cultivo; y convenido con ellos, marchó á un país extraño donde habia de permanecer por largo tiempo. Con esto quiso significarles que Dios, aunque está siempre derramando sobre su pueblo gracias saludables y lo protege con una prudencia visible, no se manifiesta ya sensiblemente á él y parece que lo abandona á la rectitud de su conciencia y á la direccion de sus guías; así en el tiempo antiguo dió á su pueblo Moisés y los profetas, y en el tiempo nuevo nos dió á sus apóstoles y á todos sus sucesores.

Llegado el tiempo de la vendida, envió á sus criados para que recogiesen el fruto que se habia reservado de su viña; pero los infelices recibieron el mas indigno tratamiento de aquellos rústicos y brutales labradores, pues al primero de los criados dieron muchos golpes, al segundo llenaron de injurias y de heridas en la cabeza, y al tercero quitaron la vida. En tres tiempos diferentes envía el dueño de la viña á sus criados y siervos para recibir los frutos que debian coger de los labradores. En otros tres tiempos en que se halló su pueblo escogida, ya floreciente bajo el imperio de sus reyes, ya gimiendo en las cadenas de la esclavitud y ya restablécido bajo sus pontífices, envió Dios á sus profetas á pedir á los sacerdotes y á los magistrados cuenta rigurosa de las almas encargadas á su cuidado y conducta. Los labradores y cultivadores infieles los insultaron, maltrataron é hicieron morir, ya con piedras, ya con el acero, sin otro delito sino el de ser los siervos del gran Padre de familias. Los sacerdotes, los magistrados y los reyes se hicieron tiranos y perseguidores de los profetas; por lo que pudo decir muy bien Jesucristo á la ciudad sangrienta: *Jerusalem, Jerusalem, que das la muerte á los profetas y apedreas á los que te envia Dios;*

cuántas veces he querido reunir en torno mio á tus hijos como la gallina junta y reúne sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste: en verdad te digo, que tu casa quedará desierta, y entrarán tus enemigos dentro de tus muros y no dejarán en ti piedra sobre piedra.

No podía sentir bien al padre de familias la insolencia de sus arrendadores; la disimuló sin embargo sin tomar venganza alguna, y se contentó con enviar otros criados; pero aunque estos fueron en mayor número que los primeros, no recibieron mejor tratamiento. Resueltos los arrendadores á no pagar cosa alguna, los maltrataron ignominiosamente de palabra; unos fueron apaleados con sumo rigor, otros fueron heridos y perseguidos con piedras, y otros quedaron muertos en el mismo puesto; y aunqu desconsolado el dueño de la viña con tantas tentativas, sin que produjeran efecto alguno, probó nuevos medios para mover el corazón de aquellos arrendadores, y después de un maduro consejo, se resolvió á arriesgar la persona que mas amaba, enviándoles su propio hijo, en quien tenia puestas todas sus esperanzas, pensando que tendrían mas respeto y consideracion con él, y que si les habían quedado algunas reliquias de humanidad, le mirarían sin duda como á una imagen suya; pero se engañó en sus juicios.

Imagen muy viva es esta manifestacion que hizo el dueño de la viña de la ternura de Dios para con los hombres. Los castiga con dolor, porque sus castigos son eternos. Sacrifica por su bien hasta su Hijo muy amado, porque aunque conozca que un gran número ha de hacer para ellos infructuoso este sacrificio por su impenitencia, traerá á muchos la salud y hará la gloria de la victima. Puede ser, dice el buen Padre, que respeten á mi Hijo. Expresion que aunque es de duda, no denota que haya en Dios alguna ignorancia de los sucesos futuros, sino que da á entender la libertad de la voluntad del hombre y la indiferencia que conserva en todas sus deliberaciones, para que nunca pueda decirse que la voluntad del hombre ha padecido violencia.

Envia el Padre de familias á su Hijo, para darnos á entender el esfuerzo grandioso del amor con que Dios Padre entregó al Hijo unigénito para tomar posesion de nuestra alma; mas con todo, co-

mo aquellos ingratos, labradores lo echamos de nuestro corazón como ellos lo arrojaron del recinto de la viña, haciendo con nuestras pasiones un convenio tan horroroso, como aquellos lo hicieron entre sí para quitarle la vida y ser dueños y poseedores de su hacienda; pero como ellos erraron, erramos tambien nosotros con mucha frecuencia, y cayendo bajo el peso formidable de la omnipotente indignacion del gran Padre de familias, perecemos, como aquel hizo perecer á los parricidas. Cuando venga pues el dueño y señor de la viña á castigar á estos homicidas, qué castigo os parece les dará? No pudieron contenerse los escribas y fariseos, que se preciaban de justos, al oir la relacion que les habia hecho Jesús, y todos al punto levantaron la voz y dijeron, que no habia castigo bastante grande para tan horribles atentados; que no debian esperar otra cosa sino la muerte, y que su suplicio debia de ser extraordinario, para que correspondiese á lo horrible del crimen. Y en fin, que el amo no dejaría de poner otros viñeros que no faltasen en llevarle los frutos de su viña y pagarle lo pactado en el tiempo convenido.

Esta era la gran profecía cuyo cumplimiento estaba ya tan cercano. Verificóse al pié de la letra cuando condenado á muerte Jesucristo por los pontífices y sacerdotes, fué conducido fuera de los muros de Jerusalem y crucificado sobre el monte destinado á su sacrificio; por cuya razon, irritado después el Eterno, vengó la muerte de su Hijo único sobre la ciudad rebelde con la de todos sus habitantes; hizo pasar de los judíos á los gentiles la fe del Mesías y la religion fundada sobre el hombre Dios, formando de ellos su Iglesia, encargándola al cuidado de sus apóstoles, los que cultivándola con los afanes y sudores y regándola hasta con su propia sangre á imitacion de su fundador y Maestro divino, recogen de ella abundantes frutos. Este es el último esfuerzo del amor con que Dios Padre entregó á su Hijo unigénito para que tomara posesion de nuestra alma y exigiera de ella los frutos debidos porque la plantó criándola y la compró redimiéndola. ¿Y quién será el hombre que tenga aliento para rebelarse contra un Padre omnipotente y terno y un Hijo tan digno de ser amado que se da todo y entrega en manos de sus enemigos, sujetándose á los dolores de una pasion la

mas acerba y de una muerte la mas afrentosa para redimirnos y salvarnos? Parece esto cosa horrible y no queda valor en humanos pechos para pensarlo tan solamente. Pero esto que se hace tan duro de creer, tan fácilmente y por cuán ligeras causas lo pone por obra la criatura! ¿Qué respeto tiene al Hijo de Dios el que lo echa fuera de su alma y lo crucifica pecando? Cuando venga pues el Señor de la vida, ¿qué hará con estos hombres?

Esta venida del Señor será en la muerte de cada uno de nosotros. ¿Qué responderá entonces el pecador al Juez inexorable? El delito es enorme y cierto; ¿cómo podrá tergiversar la acusacion de su propia conciencia? ¿Cómo engañar al que es sapientísimo? ¿Cómo torcer ó corromper al que es justísimo? ¿Cómo resistir al Omnipotente? ¡Ay! ¿cuán olvidados estamos de esta venida del Señor! Por mas que voluntariamente lo olvidemos, no nos libraremos de ella, ni tampoco nuestra sordera é insensibilidad mitigará la ira del Juez enojado. Quanto mas nos desentendamos ahora del juicio de Dios, peor nos irá en él. Por esto dice san Jerónimo [1]: Se nos dió la vida en arriendo, pero con la condicion de que hemos de dar á Dios, que es el Señor de nuestra alma, el fruto de las buenas obras y la vida toda entera en el tiempo que nos le pida; esto es, en el día de su venida y de nuestro juicio, y para que sabiendo que todo se lo debemos, nunca nos olvideemos ni de lo que hemos de hablar ni de lo que hemos de hacer.

Conocieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, los escribas y los ancianos, que esta fuerte y terrible parábola caía directamente no solo sobre ellos, sino tambien sobre sus padres, y su coraje y rabia creció hasta el extremo del furor. En efecto, señalados estaban los padres como perseguidores y asesinos de los antiguos profetas, y con iguales colores estaban ellos retratados por haber dado ocasion á la muerte del santo precursor y hallarse ya dispuestos para teñir sus manos sacrílegas con la sangre de Jesucristo, Hijo verdadero de Dios, con cuyo horrible atentado iban á echar el colmo á la impiedad de sus abuelos y á causar, precipitar y presenciarse la completa desolacion y ruina de su patria. Todas sus ma-

[1] Div. Hieronim in cap. 21 Math.

quinaciones los disponian para experimentarla, y aunque el amantísimo Jesús se las descubria con la mayor oportunidad con el santo designio de atraerles al arrepentimiento, nunca quisieron convertirse ni conocer por sus doctrinas, virtudes y milagros, que el pueblo admiraba y conocia, que él era la *pedra angular* predicha y anunciada que ellos reprobaban, sobre la cual iban á estrellarse, ó que cayendo sobre ellos, los habia de oprimir y hacer pedazos.

Cubiertos de ignominia á la presencia del pueblo, al que trataban de seducir, no respiraban sino venganza, y en el exceso de desesperacion trataban al Salvador de mentiroso é impostor; y si el temor de ser apedreados ó hechos pedazos por el mismo pueblo no los hubiera contenido, hubieran procurado apoderarse en aquel mismo instante de la persona de Jesús; pero este temor era un dique insuperable que no se atrevia á asaltar el aborrecimiento que le profesaban. Siempre que sabian su llegada á Jerusalem y su presentacion en el templo, acudian resueltos á prenderlo, y siempre se volvian sin atreverse siquiera á atrenerle. La malicia les inflamaba, la astucia les contenia, porque les hacia conocer que era muy expuesto perseguir y prender un hombre que habia ganado la voluntad del pueblo con la multitud de sus beneficios, que no podian negarse ni aun oscurecerse, y que por lo mismo era tenido y respetado, á lo menos como un gran profeta. Por cuyas razones resolvieron volver á su antigua conducta de armar lazos ocultos contra el Salvador, con los cuales se lisonjearan que perderia la confianza del pueblo, que miraban como á su mismo apoyo.

Por su boca y por su propia sentencia fueron condenados los escribas y fariseos á la presencia de Jesús y del pueblo, á quien tanto temian, puesto que á la pregunta que les habia hecho no pudieron menos de contestar que cuando viniese el propio Padre de familias á pedir cuenta á sus colonos, los castigaria severamente y arrojaria su vida á otros labradores que lo pagasen y diesen el fruto en el tiempo oportuno: tal es el convencimiento que los hombres, por malos que sean, tienen interiormente de la justicia de Dios, aunque no lo manifiesten, para poder seguir en el camino de la iniquidad que empezaron á andar. Al separarse el alma del cuerpo les abría Dios los ojos para que vean con toda claridad la razon de su

culpa y la rectitud de la divina justicia. Entonces sacarán aquella tristísima pero vana y estéril consecuencia: *luego es cierto que erramos el camino*. Lo que antes pudiera haber ayudado á la enmienda, hará entonces mas rabiosa la desesperacion. Jesús empero, que deseaba afianzar su doctrina y procurar mas bien la conversion de aquellos infelices que aumentan su desesperacion, prosiguió su discurso diciéndoles: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: *La piedra que desecharon los que edificaban vino á ser la llave maestra del ángulo*? Esta piedra es Jesucristo, cabeza de su Iglesia por su autoridad, fundamento por su palabra, y union y trabazon de ella por su espíritu. En su cuerpo enlaza y une á los judíos que le echaron de sí, y á los gentiles que no lo conocian. Despreció el mundo; y los judíos quisieron borrar su nombre de la memoria de los hombres con la muerte afrentosísima á que le condenaron; mas todo esto solo sirvió para dar cima á la grande obra de Dios en la redencion del linaje humano. Estas verdades anunciadas por los profetas, y muy particularmente por David su padre, fueron leídas muchas veces por los sacerdotes y no las entendieron; por esto continuó Jesús diciéndoles: *Se os quitará el reino de Dios y se dará á gente que rinda los frutos de él*.

Si terrible era cuanto Jesús hasta entonces habia dicho á los escribas, no eran menos espantosas estas palabras. ¡Oh! si ellos hubiesen comprendido lo que significaba arrancar de entre ellos el reino de Dios! Esta es una de las pruebas mas claras y tambien mas terribles del odio que tiene Dios al pecado. ¿Quién se dará por seguro y podrá decir, sobre mí no vendrá este castigo? Bastan á veces los pecados ocultos de un reino para que arranque Dios de él la fe y la traslade á otro, sin que alcancen para aplacar su enojo las oraciones y las virtudes públicas de muchos justos. ¡Y qué diremos y podremos esperar siendo los pecados públicos y difundiéndose de la cabeza á los miembros, y siendo el escándalo y la corrupcion general! El que cayera sobre esta piedra, despreciando los misterios del Salvador, abusando de sus dones, conspirando contra el Evangelio, ó resistiendo tomarle por regla de su vida, se hará pedazos, pues siempre son vanos los esfuerzos del hombre para conseguir estos fines. A pesar de su despecho y rabia, permanecerá la

verdad, porque el Evangelio no se dobla, ni se tuerce ni se corrompe: *podrá ser desobedecido y combatido, mas no destruido*. La verdad siempre es verdad, y esta verdad es Cristo. El que la contradijere de palabra ó de obra, se estrellará contra ella y se hará pedazos; pero aquel sobre quien ella cayera, será desmenuzado, porque ella es omnipotente y no hay quien pueda resistir el peso de su omnipotencia.

Grande fortuna hubiera sido para los sacerdotes y demás individuos de la Sinagoga, si ya que conocieron que contra ellos se dirigian las palabras de Jesús, se hubiesen aprovechado de las verdades que contenian. Misericordia es de Dios que conozcamos la verdad, y mayor aun que la apliquemos al gobierno de nuestra vida. La verdad es para nosotros: para esto vino el Salvador, para que caminemos por él, que es verdad y vida. ¡Ay de los que entienden la aplicacion de la verdad á sus costumbres y no se aprovechan de ella! El respeto á la verdad no fué lo que contruvo la cólera de los fariseos, sino el temor del pueblo. ¿Mas de qué les sirve este temor si en su corazon eran ya homicidas sacrilegos? Así tambien de poco ó nada sirve á la criatura no cometer la culpa por respeto al mundo, si la abraza, la consiente y por consiguiente la comete en su corazon. *Inmaculada es la ley del Señor, y convierte las almas; fiel es á su palabra que da la sabiduría á los pequeños*; por cuya razon decía san Pablo á los de Efeso: *sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados, y proceded según la caridad, así como Cristo nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros, ofreciéndose á Dios en ofrenda y sacrificio de suave fragancia*. . . . Nadie os engaña con vanas palabras, porque por los pecados vino la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad. No tengáis parte ninguna con ellos. Porque en otro tiempo eraís tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de la luz. Y suad que el fruto de la luz consiste en toda especie de bondad, y de justicia y de verdad.

ORACION.

Señor y Dios omnipotente, Padre universal de familias, que encomendaste á los prelados tu viña preciosísima, la Iglesia santa,

para que la cultivasen, y como buenos colonos arrancasen de las cepas, que son los fieles, las espinas y malezas de los vicios, y plantasen en su propio corazón y en el de todos la buena semilla de las virtudes, para que diesen frutos abundantes de buenas obras en toda ocasión y tiempo; haz que ayudado de tu gracia arranque del mío la punzante espina de la culpa mortal que lo mata para siempre, no solo por huir del castigo que preparas á los malos, sino por no cometer la mayor entre todas las villanías, que es dejarte á ti que eres infinitamente bueno, por abrazar lo que de ti aleja, lo que es tu mayor enemigo y es el mayor entre todos los males que pudieran sobrevenirme. Abre mi corazón para que abrigue en él la verdad, y grabada allí para siempre, no la olvide jamás y sea constantemente mi ley y la regla de mi vida. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXI de san Mateo, desde el versículo 23 al 46; al XI y XII de san Marcos, desde el 27 al 33, y desde el 1 hasta el 12; y al XX de san Lucas, desde el 1 hasta el 19, todos inclusive.


La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del viernes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 33 al 46; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXI, vs. 33 al 46.

En aquel tiempo dijo Jesús á los judíos y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Había un hombre padre de familia, el cual plantó una viña y la cercó de vallado; hizo en ella un lagar y edificó una torre, y la arrendó á unos labradores, y partiéndose lejos. Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que recibiesen sus frutos. Y los labradores, apoderándose de sus criados, al uno hirieron, al otro mataron y al otro apedrearou. Segunda vez envió otros criados mas que los primeros, é hicieron con

ellos lo mismo. Ultimamente les envió su hijo diciendo: Tendrán respeto á su hijo. Mas los labradores viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y tendremos su heredad. Y asíéndole, le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga pues el señor de la viña, ¿qué hará con estos labradores? Dícenle: A las malos castigará y perderá terriblemente, y arrendará su viña á otros labradores que le den el fruto á sus tiempos. Dijoles Jesús: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, vino á ser la llave del ángulo? El Señor es quien hizo esto, admirable es á nuestros ojos? Por lo tanto, os digo que se os quitará el reino de Dios y se dará á gente que rinda los frutos de él. Y el que cayere, sobre esta piedra se hará pedazos; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Habiendo oído los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, entendieron que hablaba de ellos. Y buscando cómo echarle mano, temieron al pueblo, porque le temian como profeta.



CAPITULO XXIII.

UN HOMBRE RICO CONVIDA A VARIOS A LAS BODAS DE SU HIJO; UNOS SE EXCUSAN Y MUCHOS RESISTEN ACUDIR AL FESTIN; EL QUE SE PRESENTA SIN EL VESTIDO DE LA BODA ES ARROJADO FUERA; CONTESTA DESPUES JESUS SATISFACTORIAMENTE A LA CUESTION QUE LE PRESENTAN SOBRE LA PAGA DEL TRIBUTO, Y A LA DE LA MUJER QUE TENIA SIETE MARIDOS, Y SATISFACE LA PETICION DEL FARISEO QUE DESEABA SABER CUAL ERA EL PRIMERO Y GRANDE MANDAMIENTO DE LA LEY.

Siempre presentaron los amadores del mundo pruebas positivas del fastidio que les causan las cosas de Dios, aunque sean las mas santas y sagradas. Aborrecen no solo á Dios Padre y á Jesucristo su único Hijo, Redentor y Salvador nuestro, sino á los siervos de este hombre Dios, el mas rico que jamás vieron los siglos, el que vino al mundo para llenarnos á todos de los dones de su gracia, de su misericordia y amor; porque viendo en ellos patente los contrarios efectos que en sus corazones produce el amor de Dios, al que en los suyos causa el amor del mundo, los miran siempre como á

los únicos testigos de su relajacion, y quisieran por lo mismo exterminarlos. ¡Qué mundo es este que aborrece enteramente á los buenos? A él pertenecen los herederos del espíritu de Cain y los imitadores de su ojeriza y envidia; á él los judíos que persiguieron á Cristo y los cristianos enemigos prácticos de su Evangelio; por esto quieren gozar de él, de sus riquezas, de sus vanas y pecaminosas carichidades, de su lujo y de su soberbia, y huyen de Dios aun cuando les convida con otros goces y deleites mas delicados, mas puros y permanentes. Para convencer pues y sacar de su error á los escribas y fariseos, y enseñarlos á ellos y á cuantos les seguian y escuchaban, les puso el Salvador una parábola, en la que les manifestó la soberana grandeza de su divina piedad, y se arguyó y contradijo la ingratitud de los judíos, que de un modo mas particular que todas las demás gentes habian sido convidados á la eterna bienaventuranza.

Un hombre, les dijo, hizo una gran cena y llamó á muchos. No hay duda que los judíos fueron primeros llamados, y lo fueron por el mismo Dios, por Moisés y por los profetas. Después lo fueron por Jesucristo y luego por los apóstoles; mas habiéndolo menospreciado todo y rhusaudo venir á reunirse con Cristo, fué preciso llamar á los gentiles, los que respondieron mas pronto al llamamiento del amor y de la gracia de Dios. Este hombre fué Jesucristo Redentor nuestro, verdadero Dios y hombre, el cual se llama hombre por la verdad de la naturaleza humana, y Dios por la divina; el que es uno por la singularidad de la persona, y dispuso la refeccion de la vida celestial y eterna, y la perpetua bienaventuranza de las almas santas en la gloria celestial y eterna. Llámase cena, porque es la última refeccion; y así como la cena se prepara para cuando se acaba y fenese el día, y después de ella ninguna otra comida se sigue, así la vida perdurable empieza en el término de la vida presente, después de la cual ninguna se sigue sino aquella. Es cena grande y soberana, porque su inmensidad no puede caber en esta vida, ni el corazón del hombre la puede comprender. A esta llamó el Señor á muchos, porque quiere su Majestad que todos los honores sean salvos y bienaventurados. A unos llamó por medio de los ángeles, á otros por los patriarcas, á otros por los profetas y á otros por

los apóstoles. Esta cena denota también la vocación de los pueblos á la fe de la encarnación, en la que Jesucristo se reunió con lazo indisoluble á la naturaleza humana, y se desposó con toda la Iglesia. Esta fué la mas estrecha, la mas tierna, la mas rica de cuantas alabanzas se habían visto en el mundo, por lo cual entendemos cuán ventajosa es al alma cristiana la íntima unión con que quiere unirse Dios con ella en su mismo Hijo por la fe y la caridad.

Había razón para suponer que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, llamados por preferencia los hijos del reino, mirarían como gloria suya el ser del número de los convidados. Pero negligentes, indóciles y rebeldes, se negaron á asistir al banquete en el que los hijos de la luz, libres de las tinieblas de la ignorancia y del error, habían de sentarse en la mesa del gran convite que el Salvador venía á establecer para todos los de la Eucaristía; porque si bien es verdad que si en muchas ocasiones se convidan los hombres á comer unos á otros por necesidad ó por deleite, en otras muchas se convidan por interés, siendo el mayor de la parte del que convida. Pero Jesucristo convida á todos á su mesa sin necesidad propia, y se da á sí mismo en manjar por pura verdad con ansia de comunicarse á todos y de hacer participantes á sus huéspedes de su eterna felicidad. ¡Por qué desgracia no comprenderán los hombres esta bondad inmensa del Señor y se apresurarán á asistir á la cena magna, á la que se les convida!

Envío el Señor á sus siervos á la hora del convite para que hicieran saber á los convidados que estaba ya todo preparado. Y dice, *á la hora de la cena*, para significar que era la edad postrera, en la que se había empezado á anunciar á todos la gracia del Evangelio. Propiamente hablando, es esta la significación de la última hora, en que debiéndose encadenar para siempre el poder del infierno, debían entrar muy en breve en la gloria perdurable los justos, que habiendo fenecido hasta entonces, habían bajado al seno de Abraham. Antes de la venida del Redentor, no estaba preparada esta cena beatífica, pues nadie podía entrar en la vida eterna por la observancia de la antigua ley; pero después que fué crucificado el Hijo de Dios, Cordero inocentísimo, fué también abierta la puerta del reino celestial, y entonces fueron enviados los apóstoles, siervos fieles y pru-

dentos, á convidar á todos los hombres para que viniesen á la cena magna, y lo fueron así como Jesucristo fué enviado por su Padre, para que por medio de su predicación y milagros, se apresurasen todos á presentarse al festín. Pero ¡oh ingratitude monstruosa de los hombres! todos se excusan, unos por palabras, otros por pensamientos y otros por obras. Dicese que se excusaron todos, para dar á entender que se excusaron los mas, á fin de que se comprenda que son pocos los que se salvan, en comparación de los muchos que se condenan; porque segun dice san Gregorio [1], muchos son los llamados á la cena, y pocos los que vienen con buenas obras. Mas ¡ay de nosotros! Pues afirma el mismo santo doctor, que cuando en el mundo convida el hombre rico, luego el pobre se apresura, y va muy presto al convite, y nosotros somos convidados al que nos hace Dios nuestro Señor, y nos excusamos de ir á él con hijos de perdición. Esta excusa es una indisposición de la mala voluntad que tienen los que no se quieren salvar, unos por soberbia y otros por vicios carnales.

A tres clases pertenecen los que se excusaron de ir al convite. Los primeros que dijeron que habían comprado una granja y que querían ir á verla, representan todos aquellos que llenos de ambición y de soberbia creen que solo nacieron para atesorar tesoros en la tierra, olvidándose de las riquezas celestiales que han de durar para siempre. Los segundos son figurados por los que entregados únicamente al lucro y comercio mundanal, desprecian el comercio de Dios y con Dios, que es el que produce las únicas y sólidas ventajas, porque su mayor y mas grande interés le cifra en proporcionar á la criatura las verdaderas riquezas permanentes en el cielo. Y los terceros que hirieron, maltrataron, y por último mataron á los siervos del Padre de familias que habían ido á llamarles, representan los herejes é incrédulos que en todos tiempos han perseguido, herido y maltratado á los pecadores y ministros del Evangelio, que impulsados por el cumplimiento de sus deberes y llevados como su divino Maestro por un celo ardiente, recorriendo hasta las extremidades de la tierra, han procurado conducir al rebaño de Jesucristo

[1] Div. Gregor. Hom. 33 in Evangelia.

las ovejas dispersas y descarriadas, para que participasen en la tierra de la de las delicias del manjar Eucarístico, y en el cielo de las inmarcesibles y eternas, y que fueron heridos, maltratados y muertos por aquellos mismos á quienes habían procurado hacer un bien tan grande.

La resistencia y excusas de los convidados muestran claramente la tolerancia de Dios y de su Iglesia, y que nadie es obligado ni llevado por la fuerza para resistir á este gran convite, porque es una union de voluntad á voluntad, de corazón á corazón, y solo queriendo y consintiendo la criatura, va á Dios y se une estrechamente con él. En la frivolidad de las excusas se echan de ver los mas frecuentes obstáculos que suelen oponer á la salvacion, cuales son la sociedad, el deleite y el orgullo que traen consigo las riquezas. La curiosidad de los sabidos y del entendimiento, el trabajo, las ocupaciones y los negocios temporales, que sofocan los pensamientos y roban el tiempo que debe dedicarse al importantísimo negocio de la salvacion.

Bien presto llegó á la noticia de aquel gran Padre de familias una conducta tan poco esperada de sus propios vasallos, en un tiempo en que pensaba colmarlos de honras. Encendido en una justa cólera, envió tropas contra los asesinos y dispuso que pereciesen todos, poniendo fuego á la ciudad y reduciéndola á cenizas. Adviértase empero, que el justo enojo que Dios en esta ocasion manifestó, no es como el enojo del hombre, una pasion ardorosa ó vengativo, ni la inflamacion de la sangre retirada al corazón, sino que es efecto ó ejecucion de lo que quiera su justicia que sea corregido y castigado; de lo que se infiere, que lo que se llama ira en Dios, es como dice san Agustín, la justicia que se hace contra el pecador por causa de su pecado; y muestra Dios castigarle justamente, por el menosprecio que hace aquel de no venir á gozar de la cena de la vida eterna que le estaba preparada, dejándola por los manjares viles y groseros con que le brinda el mundo.

Vengado así de sus enemigos, pensó aquel hombre en honrar de nuevo las bodas de su hijo y en llenar la pieza del banquet. Ya veis, dijo á sus criados, que la comida está pronta, pero los que yo había convidado se han hecho indignos de la distincion que de

ellos hacia. Id por tanto luego á los caminos y salidas de la ciudad, y convidad á mi cena á todos cuantos enocontráreis. Por los caminos y salidas de la ciudad (que por la mayor parte todos estaban cerrados con clausura) se entiende la vocacion de los judíos, los cuales estaban cerrados con las observancias y ceremonias de la ley y eran casi como ciudadanos de Dios, porque tenían su ley antigua; de los cuales algunos estaban en las plazas; que quiere decir, en la muy ancha carrera de la prosperidad y de la vida viciosa, y otros se hallaban en los barrios ó calles estrechas y cerradas, esto es, en angustura de adversidad y tribulacion, porque el barrio y la calle siempre es mas estrecho que la plaza. Fué obedecido el príncipe: se dividieron los siervos por diversas calles y caminos, juntaron á muchos, pero todavía no se llenaron todos los asientos; y volviendo el sirvo á dar cuenta á su señor de todo lo que pasaba, se manifestó este como mirado, y le dijo otra vez: Sal luego á las encrucijadas de los caminos y trae acá cuantos pobres, lisiados, cojos y ciegos enocontrares, á fin de que se llene la mesa que tengo preparada; esto es, á los que son pobres por falta de virtud, y á los tontos, que lo son por defecto de bien obrar, y á los cojos y ciegos, que lo son por falta de verdadero conocimiento; trae á todos estos: porque son humildes, tiénense por indignos del divino favor y desean entrar á la cena sacramental. Y así fué que dejados los príncipes de la Sinagoga, los sacerdotes y los legisperitos y sabios de los judíos, por en ingratitude y soberbia, como desamparados de Dios, solos los sencillos y los publicanos de aquel pueblo fueron los llamados, como está escrito en el Evangelio; por lo cual continuó san Gregorio diciendo: Porque los soberbios menosprecian venir á la cena del Rey, son llamados los pobres para gozar de ella, porque Dios elige los humildes para confusion de los que se tienen por sabios y fuertes.

De los barrios y plazas quiso el Señor que saliesen sus siervos á las encrucijadas de los caminos, para que se entendiese la vocacion de los gentiles, los cuales como hombres agrestes y salvajes andaban derramados por los caminos de la prosperidad mundana y entre los bosques y eriales de la peligrosa adversidad. Hágaseles fuer-

za para entrar, á fin de que se llene mi casa de convidados, con el fervor acelerado y con la importunidad de la predicacion; así son llamados todos á la salvacion; unas veces con servientes exhortaciones y otras con duras amenazas.

Misterioso es sin duda y digno de atencion este modo con que quiere el Señor que sean llamados á su cena los judíos y los gentiles, los primeros como rugidos y convidados, y los segundos como compelidos y forzados, porque mas suave vocacion debia bastar á los hebreos que se hallaban disciplinados por la doctrina de la ley y de los profetas que entre ellos tenian, que no debia bastar para los gentiles, sepultados entre las tinieblas de la ignorancia, de la idolatría y del mas grosero error. Y añadió: *Para que mi casa se llene de convidados*; para demostrar que por la casa se entiende la iglesia celestial, donde se celebra el convite eterno de los predestinados, cuyo número será perfectamente cumplido. Asimismo podemos decir que son compelidos y apremiados los herejes á entrar en la cena, cuando castigados y corregidos por la Iglesia, se retraen de sus herejías, ó cuando cualesquiera otros pecadores se apartan de sus pecados y errores, y fatigados por los quebrantos de la vida, desengañados y arrepentidos, vuelven al amor de Dios que habian abandonado. ¡Oh bienaventurada necesidad la que precisa al hombre á dejar el camino torcido, para entrar otra vez en el recto de donde se habia separado! Muchos son los que creen vivir seguros de gozar prosperidades en el mundo; pero cuando este les vuelve la espalda y les son adversos todos los acontecimientos, entonces renuncian el siglo, le aborrecen para siempre y se convierten de veras al Señor. Por lo cual dice san Crisóstomo [1]: Cosa es de mucho mayor trabajo vencer la codicia en tiempo de seguridad, que menospreciar las riquezas en tiempo de peligro; porque ese mismo temor del peligro que causa la displicencia y el disgusto del corazón, le da fuerzas para vencer mas fácilmente todos los afectos que antes le dominaban.

Por este medio es muy fácil de comprender el motivo porque se

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 Oper. imperfect.

perdieron muchos en tiempo de prosperidad y bonanza, y otros se ganaron en los de adversidad y trabajos, dando sus bienes y aun sus vidas por amor de Dios. Como nada se esconde al conocimiento y comprension infinita del Señor, permite muchas veces que algunos sean despojados de sus riquezas, para que libres de los cuidados de la tierra, puedan mas seguramente permanecer en Dios. Así se ve claro, que unos son llamados y menosprecian venir; de modo que aunque recibieron de Dios el don de inteligencia, no obraron segun su Majestad les habia dado á entender; otros fueron llamados y vinieron, porque obraron con arreglo á la gracia de discrecion que recibieron, y otros fueron apremiados á entrar en el convite, porque desearon huir de los muchos trabajos con que eran castigados y afligidos.

Llena la sala y ocupados los asientos, entró el Rey y vió allí un hombre que no estaba vestido con el vestido de gala; esto es, uno que tenia la fe de Cristo y no obraba como Hijo de Cristo, porque el vestido nupcial, segun san Gerónimo [1], son los preceptos del Señor y las obras que reciben su complemento de la plenitud de la ley y del Evangelio. El hombre pues que tiene fe sin obras, trae á las bodas de la Iglesia boca y dientes, olvidando la armonía de su vida y costumbres con las máximas de la fe; ó lo que es lo mismo, tiene fe pero no caridad, que es el verdadero vestido nupcial que cubre la multitud de los pecados, porque protege contra el frío secante de las tentaciones y adorna con las joyas riquísimas de los dones y de las virtudes; ó como dice san Agustín, constituye la diferencia entre los hijos del reino y de la perdicion [2]. En verdad que la caridad se llama el vestido nupcial, porque esta finó sin duda el precioso distintivo de nuestro Salvador, dice san Gregorio [3], cuando vino para celebrar las bodas con su nueva Iglesia. El que pues llevado en alas de la caridad vino á los hombres; pudo bien manifestar que esto era el vestido nupcial. Es empero preciso advertir, que así como el vestido tiene dos caras, á

[1] Div. Hieronim. in cap. 22 Math.

[2] Div. August. Tract. 9 in Ep. Joan.

[3] Div. Gregor. Hom. 38 in Evangelia.

saber, interior y exterior, así también la caridad tiene dos preceptos, que son el amor de Dios y del prójimo, las cuales ha de guardar perfectamente el que desea vestirse con el vestido nupcial, á fin de que ni por la compasión del prójimo deje la contemplación de Dios, ni que atienda tan exclusivamente á esta, que por ella se olvide enteramente del prójimo.

A este hombre pues que no traía puesto el vestido de la boda, esto es, el manto preciosísimo de la caridad, le dijo el rey: Amigo, conviene saber por la participación de la fe, mas no por las obras de la fe; amigo, por la obligación de la deuda que conmigo tienes contraída, mas no por la solución ó pago de esta misma deuda; amigo de nombre, pero no de obras; amigo en fin por la naturaleza, porque has sido formado á imagen y semejanza de Dios; cómo entraste aquí sin estar vestido con el vestido de la boda? Esto es, sin tener viva la fe por la caridad, pues sin este vestido nadie debe acercarse á la sagrada mesa eucarística, que es la cena grande, porque es muy impropio que los convidados no vistan el mismo vestido de gala que el esposo, y hay muchos que se presentan cubiertos con el asqueroso saco de la avaricia, otros vestidos con la púrpura de la soberbia, otros adornados con el manto de la vanagloria, otros cubiertos con las pieles de ovejas de la hipocresía y simulada justicia, otros empuñando las armas de la ira, otros con el hediondo vestido de la lujuria, otros flacos y macilentos, disecados por la envidia; otros muy descompuestos y negligentes, dominados por la pereza, otros tibios y flojos por la complacencia, y otros en extremo glotoneros por la voracidad de la gula; de todos los que dijo Dios por Sophonías [1]: Yo castigaré en aquel día los príncipes y los hijos del rey de Jerusalem, y á cuantos visten y viven como los extrangeros, y á todos aquellos que entran llenos de orgullo y arrogancia por los umbrales del templo, llenando de injusticias y de fraudes la casa del Señor su Dios; lo que habia hecho ya decir á Ezequiel [2], cuando bajo la alegoría de las dos ramerías le hizo describir la tor-

[1] Sophon. c. 1, vs. 9 et 10.

[2] Ezequiel. cap. 23, v. 12.

pe idolatría de Jerusalem y de Samaria, por la cual habian de ser entregadas en poder de los gentiles para su total ruina.

El desventurado no pudo menos de enmudecer y callar, ya por el gran temor que le infundió la acusación, ya por la vergüenza que le inspiró su propia iniquidad y la presencia de los demás convidados, y ya en fin porque no sabiendo lo que habia de contestar, quedó confundido sin tener que responder en su defensa, pues á Dios nadie puede responderle; y arguyendo á cada uno la propia conciencia, queda de repente convencido y mudo, con lo que se demuestra que en el último exámen no habrá excusas de ningún género. Así fué pues que en vista de su silencio, equivalente á la propia confesión del delito, dijo el Rey á los ministros de su justicia: *Atado de pies y manos arrojadle á las tinieblas exteriores*; esto es, dejándole sin potestad para obrar el bien, para volver al camino de la salud y para recobrar la gracia; arrojadle al lugar donde queda privado para siempre de la visión de Dios y fuera del ámbito de la divina misericordia. Mientras vivió, tuvo lugar para librarse de las tinieblas interiores y de las exteriores, y no quiso; las interiores, que son las mentales ó las de la ignorancia, conducen á las de la culpa, y estas á las de la pena; por cuya razón dijo san Gregorio [1]: Interiores tinieblas llamamos á la ceguedad del entendimiento; exteriores empero á la noche eterna de la condenación. Los que aquí se atan por su voluntad con las interiores; allí serán atados á la fuerza con las exteriores, y allí atará la pena á los que aquí no quisieron ser atados con las buenas obras; *allí donde no habrá mas que llanto, crugir y rechinar de dientes*; esto es, dolor en el entendimiento y en el cuerpo, á lo que se reduce toda la pena infernal, por lo que dijo Job: Pasará del frío de las aguas de nieve al mas intenso y excesivo calor [2], ya que el pecado será su compañero hasta el infierno. Se olvidará de él la misericordia divina; serán los gusanos sus delicias; no quedará memoria de él, sino que será hecho astillas como árbol infructuoso. He aquí el llanto y el crugir de dientes.

[1] Div. Gregor. Hom. 28 in Evangel.

[2] Job. cap. 24, vs. 19 et 20.

Concluyó por último el Salvador esta misteriosa parábola diciendo: De verdad os digo, que ninguno de los que fueron llamados á mi convite y rehusaron venir, gustará mi cena, ni aun la verá con sus propios ojos; solos los santos son los que la gustan y ven en la presente y en la futura vida, según lo de David [1]; Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el hombre que en él confía. Se llenará la casa del Señor con el número de los predestinados y de los hijos de salvación; mas los soberbios pecadores que llamados no quisieron venir y se excusaron, quedarán para siempre desterrados de aquella celestial compañía: ¡mucho debe temerse esta sentencia del Señor! Ninguno debe despreciar el convite ni dejar de venir á él, porque si cuando fuese llamado se excusase de venir, cuando quisiese entrar hallará cerrada la puerta y será expellido. El que no entrase debe tener por cierto que le devorará una hambre eterna, sin poderlo remediar, ni gozar jamás de la refección de la gloria, y de la eterna fricción y visión de Dios.

Confundidos quedaron como no podían menos los escribas y fariseos con las amenazas tan terribles que en las precedentes parábolas les había hecho el Salvador; y cuando debieran haberse aprovechado de tan santos y saludables documentos, agitados por la infernal malicia que los dominaba y forzados á su pesar por el temor del pueblo á abandonar por entonces la idea de prenderle, fueron según su costumbre y proyecto á concentrar los lazos que habían de armarle para hacerle odioso á los judíos, y prevenir y armar contra su persona los extraños; pero inútilmente tomaban tanto trabajo y multiplicaban sus culpas sin que les pudiesen servir para el logro de sus depravados intentos, puesto que Jesús no podía ser sorprendido y ya no estaba muy lejos la hora en que voluntariamente se había de entregar á su discreción. Ellos lo ignoraban, y por tanto iban siguiendo su plan sin perdonar afanes para lograr sus intentos: consultaron los fariseos con los herodianos y acordaron armarle celadas, á ver si podían cogerlo en algún lazo con las preguntas que pensaban dirigirle sobre si debían pagar el tributo al César ó no.

[3] Ps. 23, v. 9.

Los fariseos, dice san Crisóstomo [1], sabían que el Señor los miraba como sospechosos y cautelosos enemigos; y porque pensaron que no podrían engañarle, por mas encubierta que estuviese su malicia, acordaron enviarle sus discípulos, eligiendo de entre ellos los mas astutos como menos conocidos, los que unidos con los criados de Herodes formaron la intención de acusarle como criminal, cualquier cosa que respondiese, bien fuese en favor del César, bien en favor de la libertad de Israel. Había venido este príncipe á Jerusalén á la fiesta de la Pascua, trayendo consigo no solo criados, sino una parte de sus cortesanos y amigos: con motivo de ser íntimo amigo del emperador romano, para justificarle mas y mas de su amistad, y darle de ello público testimonio, ponía en todos sus actos, y principalmente en sus medallas, el nombre de amigo de la familia claudiana; por consiguiente, los criados de Herodes habían de ser creídos cualquiera cosa que declarasen haber dicho Jesús contra los derechos ó privilegios del César. Los fariseos, como pertenecientes al pueblo de Dios, se creían exentos de pagar el tributo á los hombres. Los herodianos, como cobradores de los impuestos con que los romanos gravaban la Judea, se creían autorizados, y en este caso amalgamados y unidos podían hacer fuerza contra Jesús con sus dichos y aseveraciones, aunque pertenecientes á bandos diametralmente opuestos, pero reunidos en perjuicio de la inocencia y de la justicia. Así se ve que el mundo y el infierno reúnen en muchas ocasiones á dos partidos enteramente contrarios en sus doctrinas, para hacerles obrar contra interés común persiguiendo el cristianismo. Sola la verdad es la que se opone al padre del error, y los que de ella se apartan, por contrarios que parezcan entre sí, pertenecen al bando del diablo.

Unidos y confabulados con este objeto los herodianos y fariseos, se encaminaron al templo, donde creyeron hallar, y en efecto hallaron, al Salvador ocupado en instruir al pueblo que no lo dejaba; y habiéndole encontrado le dijeron: *Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas con verdad el camino de Dios sin miramiento ni con-*

[1] Div. Crisostom. Hom. 71 in Math.

sideracion á respetos humanos. Con esta lisonja alaban á aquel á quien nunca quisieron creer. Maestro le llaman y desprecian su doctrina. Miserable contradiccion con que [por sus mismas palabras son cogidos los que de ellas hicieron redes para sorprender á Jesús. A estos parecen aquellos que lisonjean á los buenos en su presencia, y á sus espaldas despedazan en teramontes u buena opinion y fama, descreditando su nombre. ¡Oh, cuán lleno está el mundo de estos hombres malignantes, de los cuales debemos pedir á nuestro Dios que nos guarde! De estos dice san Agustín [1]: Dos son los linajes de los perseguidores de los hombres: el uno es de los que dicen en público las injurias, y el otro de los engañosos lisonjeros: sépase empero que causa mayor daño la lengua lisonjera, que la mano del matador. Y así, queriendo á aquellos hombres alevés engañar al Salvador, le preguntan con mansedumbre y dulzura, lisonjeándole con su verdad y su justicia, siendo así que su verdadero intento era calumniarle. También le habian alabado de desinteresado, con el objeto de que respondiese en favor de los judíos y reprobase la conducta de los herodianos. La respuesta de Jesucristo dejó confundida la orgullosa necesidad de los discípulos de la Sinagoga y la soberbia altanera de los herodianos, pues á unos y otros descubrió repentinamente con terrible aspereza, teniendo presente, no las palabras con que le habian hablado, sino la falsedad de sus conciencias perversas, enseñándonos con esto la aspereza con que debemos aborrecer á los lisonjeros.

¿Cómo es, les dijo, que venís á tentarme como atrevidos hipócritas? Llamábanle Maestro, y Jesús los trató de falsos, porque fingian lo que no eran, siendo unos en la voz y otros en las obras. Veraz es y enseña el camino de Dios sin miramiento ni acepcion de personas, el que así reprende á los que le lisonjean. El que se gobierna por el espíritu de Jesucristo, cierre sus oídos al silbido mortífero de la adulacion, no sea que esta le obligue á desviarse de la verdad y saltar á lo que debe á Dios.

Mostrádmelos, les dijo Jesús, el *Nunciama*, esto es, el dinero que se

[1] Div. August. in Ps. 69.

pagaba por el tributo de cada uno. Este dinero era de plata, y llamábase comunmente con este nombre, porque valia diez *nummos* de los que usaban en aquel tiempo; tenia en una parte el busto ó la imagen del César, y su nombre imperial de la otra; y habiéndolo tomado Jesús en su mano para confundirlos enteramente, díeles á conocer que era Dios, mostrándoles con tanta claridad los secretos de su perfidia, y les preguntó: *¿Cuya es esta imagen e inscripcion?* Preguntó, no por ignorancia, sino porque queria que ellos por su propia boca reconociesen su obligacion, y que supiesen que con su falaz hipocresia habian dado motivo á la admirable sentencia con que iba á dejarles confundidos: dijéronle, del César, y en seguida le replicó: *Dad pues al César las cosas que son del César, y las que son de Dios, dadlas á Dios;* lo que fué decirles: Dad al César el tributo por cuya obligacion confesais serle súbditos. Aquello que se le debe dar porque no es contrario á los preceptos de la ley; porque si alguna cosa de las que así se dan dañase á la fe, no sería renta que perteneciese al César, sino tributo que se pagaría al demonio. Y añadió: Y las cosas que son de Dios, dadlas á Dios, porque como dominador supremo se le deben de justicia los diezmos y las primicias, y las ofrendas y los sacrificios, como lo dice san Jerónimo [1]: Lo que practicó el mismo Salvador, mandando á san Pedro pagase por sí y por él el tributo al propio emperador en la ciudad de Cesarea, y dando á Dios las cosas que le pertenecian, haciendo en todo la voluntad de su Padre. También puede tener otra explicacion esta contestacion de Jesús. Diciendo á los judíos, dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, parece que quiso decirles: Luego este no es el tributo impuesto por Moisés. Pagad al César la moneda que viene del César; y puesto que Dios permite que le esteis sujetos en castigo del abuso que habeis hecho de vuestra independencia, vivid con él como vasallos fieles. Así lo hicisteis bajo la dominacion de los griegos y bajo el imperio de los persas. Pero no por eso dejéis de pagar á Dios lo que á él pertenece; esto es, el *medio ciclo* que le debeis segun la ley y que continúa

[1] Div. Hieronim. in cap. 32 Math.

acudiéndose entre vosotros por orden de Dios, según la medida que se conserva en el templo. El cumplimiento de esta obligación no os dispensa de aquella, porque no son incomparables.

El tributo nada tiene de opuesto á la ley divina. San Pablo le manda pagar á quien se daba. Y pues Dios es quien elevó al César al alto lugar que ocupa, á Dios da lo que debe quien paga al César lo que es suyo. Ningún vasallo mas fiel en el pago de los tributos que el verdadero cristiano. Mas como los filósofos ni quieren ser vasallos ni fieles, niegan abiertamente al Magistrado supremo el tributo que aquí manda Cristo que se le pague. Así como la imagen del César fué bastante motivo para que Jesús mandase á los judíos le pagase el tributo, así nosotros debemos pagar á Dios el tributo de nuestra alma, porque en ella está estampada la imagen de Dios. Esta imagen es memoria continua de nuestra obligación y despertador de nuestra tibieza. Si somos de Dios, si no tenemos otro principio de nuestro ser, si esta obra de sus manos la selló Dios con su imagen para que nadie ignorara que era suya, si después de borrada por el pecado vino á renovarla él con su misma sangre, claro es que debemos entregarnos á Dios todos enteros, porque suyo es todo lo que tenemos. Y así como el César no se da por pagado el tributo con una moneda falsa y adulterada, así Dios no se contenta con que le volvamos desfigurada y contrahecha con la culpa la obra que salió de sus manos hermosa y perfecta. A Dios hemos de volver el alma cuando muramos: si somos moneda legítima de Jesucristo, seremos dignos de que nos ponga en un erario y tesoro; mas si pecando hemos borrado en nosotros su imagen, seremos arrojados á las llamas destinadas á consumir la escoria del mundo, que son los pecadores.

Ningún motivo pudieron tener los judíos para ofenderse de la respuesta tan sabia y prudente y que con tanta precaución les habia dado Jesús, puesto que sufrían se fabricasen en sus tierras una moneda extranjera, ni tampoco pudieron ofenderse en lo mas mínimo los ministros del César. Y ellos eran principalmente á los que convenia atender, porque sus enemigos estaban resueltos á abandonar á Jesús á la venganza de los extranjeros, si por lisonjear el celo hi-

pócrita de los fariseos se hubiera declarado el Señor en favor de la independencia de su nación. Pero como no convenia á la gloria de su Padre ni al honor de su sacrificio que los gentiles que solamente habian de ser ejecutores de la sentencia de muerte dada contra el por la Sinagoga en aborrecimiento de su doctrina, pareciese que lo sacrificaban como á un sedicioso contra los intereses de su imperio, quiso su Majestad evitar con su infinita sabiduría este funesto escollo; y así eligió el término medio que dejó tan autorizada su santidad como su justicia.

No fué este el único y solo conflicto en que en esta ocasión quisieron colocarle los fariseos, los que habiendo salido tan mal parados con su hipócrita intenciona, se marcharon llenos de confusión, admirando á pesar de su envidia la sublime prudencia del Salvador. A los herodianos sucedieron los saduceos, nuevos enviados de la escuela farisaica, para ver si á lo menos podian desacreditar á Jesús con una cuestion bien difícil, de la que esperaban no saliese con tanta ventaja suya, como habia logrado salir de las anteriores. ¡Miserable efugio de un aborrecimiento que puede poco, pero que ciego y obstinado, nunca se crea desarmado por mas que quede vencido!

Eran los saduceos una secta de impíos que negaban la resurrección de los cuerpos, porque no creían ni la espiritualidad ni la inmortalidad de las almas; y así tan luego como el soberano Maestro hubo satisfecho á la pregunta de los fariseos, vinieron aquellos á proponerle sin dificultad en estos términos: *«Maestro, le dijeron, tenemos de Moisés una ley que dice: Si un hombre de la sangre de Jacob muere sin dejar hijos, el hermano del difunto se desposará con la viuda para dar herederos á su hermano; y el primer hijo que nazca de este matrimonio, será tenido por hijo del difunto. y por lo menos entrará en todos sus derechos y recogerá la sucesión.»* Esto supuesto le dijeron: Vivian entre nosotros siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos, el segundo por obedecer la ley, casó con la viuda de su hermano mayor y murió también sin ellos. Así sucesivamente se casó con todos, y con ninguno tuvo hijos. Nuestra dificultad consiste en saber, ¿qué sucederá en la otra vida

después de la resurrección? Pues durante su vida ella los tuvo á todos por esposos legítimos. Parece claro que con esta pregunta querían enseñar no haber resurrección, ó que si la había, resucitados todos, se habían de celebrar bodas como se celebran ahora. No hay duda que si esto hubiese de suceder así, resultaba el inconveniente grande de quién había de ser aquella verdadera esposa; pues habiéndolo sido todos en esta vida y no pudiendo serlo en la otra, sino de uno, cualquiera de ellos alegaría el mismo derecho para poseerla; por tanto, presuponian, y deseaba concluir, ser quimérica la resurrección que según la fe católica se espera. Ellos deseaban embarazar al Señor, y este no solamente los confundió, sino que destruyó su error y herejía diciéndoles:

Vosotros os engañais y errais porque no sabéis las Escrituras, y porque ignorais hasta dónde se extiende el poder de Dios: escuchad y quedareis instruidos. Los que están sobre la tierra y pasan en ella una vida breve que deben perder bien presto, continúan en ella obligaciones. Los hombres se desposan con las mujeres y estas toman marido: de esta manera se perpetúa el siglo presente y los hombres se van sucediendo los unos á los otros. Pero no es así después de la muerte. Los que mueren en desgracia de Dios no resucitarán en cuerpo y alma, sino para ser castigados en el infierno; y los que fuesen dignos de la gloria, resucitarán para gozar de una inmortalidad dichosa, y ya no estarán sujetos á los impulsos de la carne y de la sangre. Los hombres ya no tendrán mujeres ni estas maridos. Estarán exentos para siempre del imperio de la muerte; no se verá en el cielo esta continua sucesión de los unos que nacen para reemplazar á los que desaparecen. En la resurrección no habrá casamientos, sino que los hombres serán como los ángeles de Dios en el cielo. Ya se llamarán hijos suyos y no hijos de los hombres, porque resucitarán para vivir eternamente por virtud de la omnipotencia del mismo Dios.

Según dice el venerable Beda [1], por los siete maridos de aquella mujer es figurada toda la universalidad de los malos, cuya mujer es la vida y la conversacion mundana; y para destruir toda la doc-

[1] *Vea. Bed. in cap. 20 Lucas.*

trina de los saduceos, que representaban los amadores del mundo estériles y ajenos de buenas obras, porque sin duda serán arrebatados por muerte miserable antes del tiempo que ellos pensaban, les añadió: Que vivirán los hombres en el cielo como los ángeles de Dios; no porque sean ángeles en la naturaleza, sino porque serán como ellos en la propiedad de la limpieza; porque serán inmortales é incorruptibles, y porque ninguno se ha de engendrar de nuevo. Así es que no dijo Jesucristo esta expresión para que creamos que después de la resurrección han de ser los hombres espíritus angelicales, sino para enseñarnos que han de ser espirituales, y que su vida y conversacion ha de ser dotada de cumplida pureza, viendo y gozando de Dios; porque cierta cosa es que cesando la causa, cesa también el efecto que de ella se suele seguir; y como las bodas fueron ordenadas para la sucesión de los hijos que se crían para la honra y servicio de Dios, durará solamente este efecto hasta que se llene el número de los escogidos en la resurrección universal.

Después que el Salvador hubo respondido á esta pregunta falaz de los saduceos, refutando y confundiendo su herético error, les habló de la resurrección, confirmando el artículo que la asegura por la autoridad de las Escrituras santas; así es que trajo á su propósito un dicho de infalible autoridad, consignado auténticamente en el libro segundo de la ley, diciéndoles: ¿No habeis leído de la resurrección de los muertos, lo que fué dicho por el mismo Dios? Yo soy Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pues sabed que no es Dios de los muertos, sino de los vivos. Por esta autoridad probó el Señor la inmortalidad de las almas que negaban los saduceos, y por consiguiente la resurrección de los cuerpos, por cuyo medio obraron los bienes y los males. Dios no se dice Señor de las cosas que no son y carecen de ser, ó de las cosas que son nada, porque es muy verdadera y cierta la relación y el respeto de la criatura á Dios que lo crió; porque en nada no pueda fundarse esta relación. Y siendo así que Dios se llama Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob, que ya murieron, sigue que ellos permanecen, viven y son; porque no dijo Dios: Yo fui Dios de ellos, sino yo soy; como si estos patriarcas estuvieran presentes y vivos cuanto al cuerpo, de lo que se infiere que lo son cuanto al alma, y se concluye que esta nunca muere.

Por esta misma autoridad prueba también la resurrección de los cuerpos por la verdad de su justicia; porque diciendo que es Dios de Abraham y de los otros que lo sirvieron en sus cuerpos, justa cosa es que sean remunerados y satisfechos con los mismos cuerpos, en los cuales merecieron; y con este fundamento es cierto que los cuerpos y las almas de todos recibirán los bienes ó los males que en su vida y union merecieron; porque el hombre mereció ó desmereció estando juntos el alma y el cuerpo; y así es razón que en el siglo venidero sean castigados ó remunerados el uno y el otro; y esto no podría ser si no se esperase con la firmeza de la fe infalible la resurrección general de todos los cuerpos.

Este razonamiento que el Señor hizo en pocas palabras, cerró para siempre la boca á los saduceos, los cuales desde este mismo instante no se atrevieron á acometer á Jesús ni entrar otra vez en disputa con su Majestad. Todo el pueblo admiró la doctrina del Maestro soberano; y lo que es mas, mereció también la aprobacion de los escribas y fariseos, que bien presto fueron informados del suceso de la disputa. Como ellos eran extremadamente opuestos á los saduceos, tanto por el interés de su secta cuanto por los principios de su religion, y mantenian la fe de la resurrección, no pudieron contenerse sin ir en tropa á manifestar á Jesús la satisfacción que tenían del modo eficaz y sabio con que habia confundido el error de sus contrarios; y así le dijeron: *Maestro, habeis hablado admirablemente*; como quien dice: No podia combatirse ni confundir de una manera mejor la impiedad de estos temerarios, como lo habeis hecho vos con el testimonio de las Escrituras. Sin embargo, aunque al parecer manifestaban suma complacencia por ver humillados á sus enemigos, no era completo su gozo, porque habia adquirido el triunfo un hombre á quien aborrecian mas que á los ímpios de su tiempo. Envidiaron á Jesús la honra que le daba para con el pueblo este triunfo debido á su eterna sabiduría; y como tenían las consecuencias que de allí podrían resultar contra ellos, volvieron de nuevo á sus ataques. Juntáronse en concilio con deseo de vencerle ó de cogerle en alguna palabra, á cuyo efecto se le presentó uno de ellos acompañado de una gran multitud de prosélitos y maestros de la ley á ver si podrían amedrentarle; sobre lo cual dice san Crisó-

tomo [1]: Juntáronse pensando confundir ó amedrentar con multitud de personas, al que no pudieron vencer con cautelosas razones. De donde parece que lo que les faltaba de verdad y de razón lo querían suplir y confundir con el numeroso acompañamiento; mas siempre son vanos y enteramente estériles é infructuosos los proyectos de los hombres cuando se dirigen contra los de Dios.

De notar es que primero habian embestido á Jesús los fariseos y herodianos, los que confundidos entregaron sus armas y permitieron la entrada á los saduceos; y batidos y confundidos estos huyendo en vergonzosa derrota, volvieron al ataque los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, no con deseo de aprender lo que ignoraba, sino por ver si erraria en la respuesta el que todo lo sabe, cubriéndose con la capa de discípulo, tomó el oficio de tentador, y llamándole Maestro le dijo: *¿Cuál es el mandamiento grande en la ley?* Disputábase esto entonces entre los judíos. Los fariseos avaros preferian los sacrificios á la honra que á los pobres se debe; atendian á su comodidad antes que al bien de los otros. Hizo quien en esto se les opusiere; y como ambas partes alegaban sus razones, esperaban que la respuesta de Jesús diese algun motivo para reprenderle y acusarle, ó de enmendador de la ley, ó de menospreciador de las tradiciones. Mas el Salvador, dechado de los maestros de la Iglesia, no se desdolió de enseñar á sus enemigos, aunque vió la malignidad de donde nacia la pregunta; con lo que á ellos y á todos nosotros intimó en su respuesta un precepto altísimo, que es el alma de la religion. Maestro lo llamó, como hace observar san Crisóstomo, no queriendo ser su discípulo; y trata del mandamiento mayor el que no guarda ni aun el menor; siendo así que solo aquel debe preguntarse de la perfección mayor y justicia que ya cumplió y ejecutó la menor. Jesús empero, desentendiéndose de todos los antecedentes y como si ignorase toda lo que entre ellos pasaba, le respondió: El mayor y el mas grande de todos los preceptos es el que se anuncia por el Legislador, en estos términos: "Escucha, pueblo de Israel: El Señor tu Dios es solo Dios. Amarás pues al Señor tu Dios "con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con

[1] Div. Crisostom. Hom. 42. Oper. imperf.

"todas tus fuerzas." Este el primero y mayor mandato; pero hay un segundo semejante al primero, que dice: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*

No dice en la ley, *temerás*, sino *amarás*; porque el temor es propio de los siervos, y amar es propio de los hijos. Ni dijo, *conocerás*, sino *amarás*; porque conocer á Dios nuestro Señor es propio de la naturaleza humana, mas amarlo es cierta propiedad del corazón religioso y perfecto. *Amarás de todo corazón*; que quiere decir, de todo tu entendimiento, sin error, de manera que ningún error teugase en la confesión de la Divinidad; y *lo amarás con toda tu alma*, esto es, sin contradicción alguna, de manera que ninguna cosa ames que á él sea contraria. *Lo amarás de toda tu mente*; esto es, con toda tu memoria, sin olvido alguno, no acordándote de cosa que pueda apartarte de su amor. Y *lo amarás de toda tu virtud y de toda tu fortaleza*, de modo que todas tus fuerzas y todo tu poder lo sirvan, y se gasten y empleen en servirle.

Expresando su opinión el grande san Agustín [1] sobre este precepto del amor de Dios, dice: Mandado te está que ames á Dios de toda tu voluntad y de toda tu alma, y de todo tu corazón, para que pongas todos tus pensamientos, toda tu vida y todo tu entendimiento en aquel de quien recibiste y tienes todas las cosas que lo das. Según este mandamiento, ninguna cosa debe estar ociosa en nosotros, ni ninguna hemos de amar mas que á Dios, y todas las demás debemos amarlas por él; de manera que cualquiera otro bien que viniera á la presencia del corazón para ser amado, so ame con amor que se ordene á aquel fin, que es el mismo Dios, y para él solo vuele y corra con toda la fuerza del amor, porque solo entonces es el hombre bueno, cuando toda su vida se encamina y ordena al servicio y amor del bien obrero que es Dios. Amar á Dios de todo corazón es no repartir el amor en otras criaturas, sino amarlo por quien es, y á las criaturas por solo el amor de Dios. Y san Bernardo dice [2]: Amar á Dios nuestro Señor de todo corazón es ir sabiamente contra todos los malos pensamientos y contra todos los entretenimientos que nos pone el enemigo para que no seamos

[1] Div. August. lib. I de Doctrina Christiana, cap. 24.

[2] Div. Bernardi. lib. De diligendo Deo.

engañados; y amar á Dios con toda el alma, es pelear varonilmente contra los falsos deleites de la carne, á fin de que no seamos seducidos por sus sugestiones; y amar á Dios con toda nuestra mente, es caminar con ánimo decidido contra las adversidades del mundo, para que no seamos maltratados ni desmayemos con el favor de la virtud, porque estas son las tres cosas principales que mas apartan al hombre del amor de Dios, á saber: mundo, demonio y carne.

El Maestro divino dijo que este es el mandamiento mayor, mas principal y primero, porque es mandamiento de materia soberana, y es principal y primero porque se pone primero entre todos los mandamientos, y aun antes que el del amor del prójimo. Llámase grande, porque contiene lo mas grande y excelente que la criatura puede hacer; y llámase máximo ó soberano, porque lo confirma la ley evangélica ordenada y dada por el mismo Hijo de Dios Cristo Señor nuestro.

Después de esto añadió el Señor: El segundo mandamiento es semejante á este. Nótese bien que no digo igual, sino semejante; porque es de amor y de cosa que se parece á Dios nuestro Señor, cual es el hombre hecho á la imagen de Dios, y por eso le dijo *amarás á tu prójimo como á ti mismo*; lo que equivale á decir: *Amarás á tu prójimo en todo aquello que te amas á ti mismo*; esto es, en toda justicia, virtud y salud, deseándole gracia en la vida presente y gloria en el siglo venidero, como la deseas para ti mismo. Y cuando el Señor dice que el segundo mandamiento es semejante al primero, délese entender que el amor del prójimo proviene del amor de Dios; por lo cual dice san Pablo [1]: El que ama al prójimo cumple la ley, porque el amor del prójimo nace del que la criatura tiene á Dios; por cuya razón dijo san Gregorio [2]: Del amor de Dios nace el del prójimo, y este se aumenta y refuerza por aquel; y san Agustín añade [3]: Mira primero si sabes amarte á ti mismo, y hecho esto, procura amar á tu prójimo como á ti te amas; mas si aun no sabes amarte á ti mismo, no engañes al prójimo como te engañas á ti.

[1] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 13.

[2] Div. Gregor. lib. 7 Moral. cap. 11.

[3] Div. August. Sermon. 43 de Verb. Dom.

El doctor á cuya pregunta había respondido Jesús, parece que era uno de aquellos hombres que sin envidia ni pasión se hacen enemigos por puro empeño y razón de estado, y aborrecen mas por espíritu de compañía que por odio ó adversión, y por esto manifiestan en algunas ocasiones sinceridad y candor; así fué que convenido de la respuesta de Jesús, le dijo: *Maestro, habeis respondido bien.* Ninguna cosa mas verdadera que la que acabo de oír de vuestra boca, y yo hago profesion de creer como vos, que nuestro Dios es el único, y que no hay otro sino él; que es preciso le amemos con nuestro corazón, con nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, y que tambien debemos amar al prójimo como á nosotros mismos. Cumplir con toda extension este precepto, es hacer una cosa mas agradable á los ojos de Dios, que lo son todos los holocaustos y sacrificios.

No podía mirar al Salvador con indiferencia la sincera ingenuidad de aquel doctor, y así tratándole con benignidad, elogiando la sabiduría de su respuesta, y la docilidad en que lo veía, le dijo: *Segun las disposiciones en que os hallais, no estais lejos del reino de Dios.* Que fué decirle: Sois muy á propósito para abrazar la doctrina del Evangelio, que haria de vos, si quisiérais, uno de los siervos y súbditos de Dios y de su Cristo. No se le parecían empero sus colegas; ellos habian vuelto en gran número, no con ánimo de ser instruidos, sino de fatigar y sorprender en alguna palabra al que querian que fuese condenado. No obstante, como ninguna cosa le salia bien, perdieron el ánimo con la esperanza, y viéndolos el Señor abatidos, desatinados y desordenados, les hizo la última pregunta, con la que acabó de confundirlos: *¿Qué os parece, les dijo, de Cristo? ¿De quien es Hijo?* Ya que el Salvador hizo callar á los fariseos mostrando que él es la eterna sabiduría, preguntóles acerca del Mesías, no si creían que habia de venir ó que habia de nacer de la familia de David, porque esto lo sabian ellos por la Escritura, sino si creían que era solo hombre, ó Hijo de Dios y verdadero Dios y hombre. Ellos, que no se dejaban llevar del espíritu de Dios para volar sobre la corteza de la letra, dijeron que era Hijo de David, esto es, hombre y no Dios. Entonces Jesús les dijo: *¿Pues cómo es que David, á ese que vosotros tenéis por hijo su-*

yo, en espíritu le llama Señor? ¿No es mayor la autoridad de los padres que la de los hijos? El que venga después de nosotros podrá ser hijo nuestro; pero señor no, porque el señorío solo corresponde á los que están con nosotros ó son antes que nosotros.

Bien sabia Jesús que todos ellos pensaban de esta suerte, y no se detuvo en aprobar su consentimiento sobre este artículo de la tradicion y sobre la fe que de él debian á las profecías de sus padres; y así continuó reforzando su última reflexion diciéndoles: *¿Si Cristo es Hijo de David,* como hablando de él, dice: *El Señor dijo á mi Señor, siéntate á mi diestra hasta que yo ponga á tus enemigos por tarima de tus pies?* Así arguye Jesús, no para probar que Cristo no es Hijo de David, sino para corregir el error en que ellos estaban, no teniéndole por verdadero Dios, sino por puro hombre, mostrándoles que cuando David llamó Señor al Mesías antes que naciese, y Señor suyo, vió en él con la luz del espíritu alguna cosa superior á la naturaleza humana y á la dignidad de rey de la tierra que tenia. No respondieron cosa alguna los fariseos porque no sabian bastante para ello; mas hallándose como se hallaban en la fuente de la luz, de ellos dependia si no estaban perfectamente ilustrados, y su ignorancia no tenia disculpa. No respondieron, porque no podian negar la Escritura, y porque el argumento era tal, que ni siquiera les pudo ocurrir cosa alguna que responder, y desde aquel dia ninguno se atrevió á hacerle mas preguntas, y esto fué porque con el testimonio de la Escritura y con el apoyo de su propia razon quedaron convencidos y confusos. Sobre lo cual dice san Jerónimo [1]: Porque se hallaron confusos por las razones que dió en su defensa el Redentor, no le preguntaron mas sus adversarios ni le presentaron otras dudas cautelosas, sino que trataron y procuraron prenderle, y así preso lo entregaron al juez de los romanos. De aquí entenderemos que el veneno y la ponzoña de la envidia se puede ocultar alguna vez, pero mas tarde ó nunca, con gran dificultad, puede apagarse, y así muy presto vuelve de nuevo á arder.

[1] Div. Hieronim. in cap. 22 Math.

ORACION.

Señor mío, Dios y Padre mío amantísimo, que queriendo salvar a todos los hombres y colmarlos de bienes inefables, te preparaste la cena y refecion de la celestial bienaventuranza llamándolos allá de muchas maneras; no me opartes ni lances de ella, y usa conmigo de misericordia, puesto que veniste para repartir y alimentar a todos; antes bien, hazme entrar en tu festín eterno, porque soy pobre en la vida y flaco en el bien obrar, y allí me reforzaré: vísteme el vestido de la boda que es la caridad, y el hábito de las santas virtudes, para que me aparte de todo lo que es ofensa tuya; y atado de pies y manos no sea arrojado en las tinieblas exteriores é infernales. Alimbrame para entender las astucias y malicias de los engañadores; librame de ellas y enséñame a guardar siempre en mí persona la verdad de la vida, la de la doctrina y la de la justicia, á fin de que señalado por tu clemencia con tu santa imagen, pueda huir de toda conversacion carnal y mundana, y renovado según el espíritu de la gloria de la resurreccion, merezca gozar en el cielo con tus ángeles de la vida inmortal, que consiste en verte y gozarte como á Dios y Señor. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV de san Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24; al XXII de san Mateo, desde el versículo primero hasta el 46, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Lucas para el Evangelio de la misa de la Dominica segunda después de Pentecostés, versículos 16 al 24; de el de san Mateo, para el de la misa de la décimanona, también después de Pentecostés, versículos 1 al 14; para el de la vigésima segunda idem, versículos 15 al 21; y para el de la decimasétima idem, versículos 35 al 46. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos. Y á la hora de la cena

envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen, que todo estaba ya aparejado. Y comenzaron á una todos á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruégote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He tomado mujer y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su Señor de todo esto. Entonces airado el Padre de familias dijo á su siervo: Sal luego á las plazas y calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y liciados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun hay lugar. Y dijo el Señor al siervo: Sal á los caminos y á los cercados, y fuérzalos á entrar para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XIX DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 1 al 14.

En aquel tiempo hablaba Jesús á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no querían ir. Volvió á enviar otros siervos diciendo: Decid á los convidados: He aquí, mi comida tengo prevenida; muertos están ya mis toros y los animales cebados, y todas las cosas dispuestas; venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se fueron uno á su granja, otro á sus negocios, y los demás, apoderándose de sus siervos, habiéndolos ultrajado, los maltrataron. El rey, oído esto, se enojó, y habiendo enviado sus ejércitos, destruyó aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: Las bodas están prevenidas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id pues á las salidas de los caminos, y cuantos halláreis, llamadlos á las bodas. Y saliendo sus siervos por los caminos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y la sala de las bodas se llenó

de gente que se sentase á la mesa. Entró luego el rey á ver los que estaban á la mesa y vió allí un hombre que no estaba vestido de ropa nupcial. Y le dijo: ¿Cómo has entrado acá sin tener ropa de boda? Y él enmudeció. Entonces dijo el rey á los que servían: Atado de pies y manos echadle en las tinieblas exteriores; allí habrá lloro y rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XXII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 15 al 21.

En aquel tiempo, ídos los fariseos, consultaron cómo sorprenderían á Jesús con sus palabras. Y envían á él sus discípulos con los herodianos diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas con verdad el camino de Dios sin miramiento á nada, porque no tienes acepción de personas. ¿Dinos pues qué te parece? ¿es lícito pagar el tributo al César ó no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y le presentaron un dinero. Dijoles entonces Jesús: ¿Cuya es esta imagen é inscripcion? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pagad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XVII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXII, vs. 35 al 46.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, para tentarle le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Dijole Jesús: Amarás á tu Dios y Señor de todo tu corazón, y con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mandamiento mayor y primero. El segundo es semejante á este; amarás á tu prójimo como á tí mismo. Estos

dos mandamientos son la suma de toda la ley y de los profetas. Y habiéndose congregado los fariseos, les preguntó Jesús diciendo: ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es Hijo? Dícenle: De David. Díceles él: ¿Pues cómo es que David en espíritu le llama Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra hasta que ponga yo á tus enemigos por escañó de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde aquel día á hacerlo otra pregunta.

CAPITULO XXIV.

DECLARA JESUS QUE SE HAN DE OIR LAS DOCTRINAS DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, PERO QUE NO SE HAN DE IMITAR SUS OBRAS, Y A QUIENES SE DARA LA SENTENCIA DE CONDENACION ETERNA.

Fuertes son siempre á la par de amargas las impresiones que deja la verdad en el corazón poseído de orgullo y soberbia á quien se trata de engañar, lo que acredita la desatención con que los escribas y fariseos se retiraron de la presencia de Jesús; pero á una confusión siguió otra, y á un desengaño otro mayor. Ellos creían que el pueblo le seguiría aunque no fuese sino por el miedo que sus injusticias podían inspirarle; pero el pueblo del buen sentido estaba enamorado de la sabiduría de Jesús: admiraba la gravedad de sus discursos, la modestia de sus modales y la dignidad de su persona. No se cansaban de oírle, y el furor de los fariseos crecía de punto cuando se veían abandonados del pueblo, á quien acostumbraban á dar la ley. Solos con sus discípulos, y Jesús ya con el pueblo dócil que le amaba, se aprovechó de su constancia y de la fuga de sus

enemigos para prevenir á los fieles contra los malos maestros de que estaban rodeados. Era muy corto el tiempo de su vida y le convenia aprovechar todos los momentos para completar sus instrucciones; y desplegando la bandera de su caridad y celo ardentísimo de que estaba animado, les dijo: *Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; haced todo lo que os dijeren, mas no hagais conforme á sus obras.*

Sobre esta introducción del discurso de Jesús dice san Crisóstomo [1]: Después que el Señor hubo confundido con su respuesta á todos sus enemigos, patentizó á todos los que le seguían lo incorregible y rebelde de la condición de aquellos hipócritas que nunca querían confesarse rendidos, porque siempre es infructuoso un discurso en que á uno se condena si á otro no sirve de instrucción. Así pues fué esto lo mismo que si les hubiera dicho: Los escribas y fariseos han recibido la potestad de instruirnos y arreglarlos sobre la observancia de los preceptos, de los ritos y de las ceremonias de la ley. Los pontífices que os gobiernan descargan sobre estos doctores el cuidado de enseñar; seguid sus lecciones en todos los puntos que pertenecen á su ministerio, pues no ha llegado aun el día de abrogar la práctica, y conviene respetarla; y entre tanto que subsisten la Sinagoga y el templo se deben atender. Con prudencia debéis oírles y practicar lo que os enseñen, y con esto honraremos la cátedra donde se sientan; pero guardaos bien de hacer lo que ellos hacen y de imitar su porte y su conducta. Si son vuestros doctores, no siendo lo que debieran, no pueden ser vuestros ejemplares y modelos; ellos dicen desde la cátedra lo que conviene hacer, pero no hacen lo que deben ni lo que conviene. La verdad no es una que una, invariable é incorruptible, y nada pierde por malo que sea el ministro que la anuncia: díjala quien quiera, siempre es de Dios; dáosenos de parto de Dios y debemos recibirla con acatamiento por respeto al origen de donde viene, sin mirar el conducto por donde llega, pues por viciado que sea, no recibe que la ni daño alguno. Al hombre toca seguir la verdad, pero no la malicia; oiga por tanto y siga en buena hora la doctrina santa que el ministro da

[1] Div. Crisostom. Hom. 43 Oper. imperfect.

Dios le predica, pero no imite su vida si fuese mala; y si no es lícito despreciar su autoridad por las costumbres con que la desonra, tampoco lo es imitar sus malas costumbres por respeto á su dignidad.

Ellos, continuó Jesucristo, quieren adquirir mérito para con vosotros, imponiendo duros, insoportables y gravísimas cargas sobre los hombros ajenos; pero ni aun tocarlas quieren con el dedo para aliviar las molestias que causan. Por lo demás, no os engañéis; solo se ocupan en obras de exterioridad y ostentacion para alucinar y agradar á los hombres que no penetran ni pueden penetrar el interior; pero en lo que menos piensan es en agradar á Dios que examina y sondea los corazones. Estos son aquellos malos ministros del Evangelio, de quienes decia el Crisóstomo que desmienten con su vida el ejercicio de su ministerio; que dan á los otros la paz que ellos no tienen; que predicaban la fe y viven como infieles; que alaban la verdad y aman la vanidad; que recomiendan la largueza y siguen la avaricia, y que se condenan segun san Pablo en el ejercicio mismo de su ministerio. Pero de ninguna manera quiso reprender aquí el Salvador la severidad evangélica de los buenos ministros, sino la dureza fariseica de los falsos maestros; y deben advertir muy particularmente los fieles, que no son cargas pesadas, ni la observancia de los preceptos que suaviza la caridad, ni las penitencias que como satisfaccion de la pena debida por los pecados imponen los confesores; peligroso es para estos y para los almas que dirigen, ensanchar el camino que Jesucristo estrechó, y quitar ó añadir caprichosamente alguna cosa á la ley que él hizo inviolable, cargando la vida de prácticas inútiles, que mas bien contribuyen á debilitar el espíritu que siempre deben dirigir por el camino de la virtud, que á robustecerle y fortalecerle en ella.

Ni son estas solas las observaciones que el Salvador queria hacer á sus discípulos para que aprendiesen con anticipacion las grandes recomendaciones que en sí misma tiene la santidad. Bella y amable se recomienda por sí misma, y sola la conciencia abomina-ble que se aterra á la vista de la belleza de la virtud, es la que la aborrece. Pero si aun la virtud predicada y practicada por los santos, tiene pocos que de veras se abracen con ella, ¿qué será si toda

su recomendacion se reduce á palabras que desmienten después las obras y las costumbres del que las pronuncia? Los buenos ministros guardan para sí el rigor y tratan á los demás con la mas tierna y cariñosa dulzura. Compadécense de la ajena miseria; fomentan en los penitentes las semillas de la conversion, condescendiendo con ellos cuanto cabe en las leyes de la penitencia, porque si yerba el ministro imponiendo la módica, fácil ó pequeña, ¿no es mucho mejor tener que responder por haber usado de misericordia que por haber sido extremadamente cruel? Donde el Padre de familias es dispensador largo y dadivoso, no debe su mayordomo ser escaso y miserable. Si Dios es benigno, ¿cómo ha de ser austero su ministerio? ¿Quieres aparecer santo? Sé austero para contigo y benigno para los demás. Oigan los hombres que mandas cosas pequeñas, y vean como practicas las grandes. Los hipócritas por el contrario se hounan de tratar á los flacos con desmedida aspereza, y nada se les da de que se ahogue en una alma débil los principios de la santidad, á trueque de ser tenidos por exactos y celosos ministros. ¡Necios! ¡Creerán no ser conocidos! El mismo Salvador los dió á conocer cuando dijo: *Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres.*

Como los fariseos afectaban hasta el extremo una virtud que no tenían, abusaban de los mismos preceptos de la ley para aparecer virtuosos. Habia Dios mandado á su pueblo que *le amase con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas*; y al exhortarle Moisés á la observancia de este mandamiento, le habia dicho: Este y los demás mandamientos que yo te doy estarán estampados en tu corazon, los enseñarás á tus hijos, y en ellos meditarás sentado en tu casa y andando de viaje, y al acostarte y al levantarte, y los has de traer para memoria ligados en tu mano y pendientes en la frente ante tus ojos [1]; lo que quiero decir: *Siempre te acordarás de ellos, como si los tuvieses delante de los ojos ó en las manos.* Los hebreos empero tomaron materialmente estas palabras, y llevaban los mandamientos escritos en pergaminos atados en los brazos y en la frente, lo que en tiempo de los fariseos vino á

[1] Deuteronom. c. 6, vs. 6, 7 et 8.

ser como una especie de adorno que recibió el nombre griego de *Philacteria*, y este adorno fué el que precisamente reprendió el Salvador en esta ocasión, como también el demasiado ensanche que habían dado á las franjas mandadas poner en los remates de sus mantos con cintas ó listones de color de jacinto [1], para que este distintivo en el vestido les sirviera también de continuo recuerdo de los beneficios extraordinarios que habían recibido de Dios, cuyo pueblo escogido eran; y así es que dijo á sus discípulos y á las turbas fieles que lo oían:

— Observad bien los mantos y capas que usan, y en ellos vereis claramente retratada toda su vanidad é hipocresía; ellas son de una largura y amplitud extraordinaria, ensanchan además y dilatan sus franjas ó galones mas de lo común; y esta es la vanidad refinada, y un conjunto que solo tiende á excitar la pública admiración, con lo que no debeis dejaros seducir ni alucinar. Si con esto no conocéis todavía su vanidad, observadlos en los convites, en las juntas y en sus asambleas; siempre toman los lugares mas honrosos, juzgando que en todas partes se les debe dar el primer puesto. Si se dejan ver del pueblo en los patios y lugares públicos y frecuentados, vereis que anhelan porque se les salude y tribute respeto, y porque todos les den el nombre de señores y maestros; y seguramente no eran estas las lecciones que había dado el Señor á sus apóstoles y á los que después de ellos habían de ser los predicadores de su Evangelio. Destinados á un ministerio muy superior al de Moisés, quería que se distinguiesen en la humildad, porque es feísimo vicio en las personas consagradas á Dios querer preferencia hasta en los negocios de la vida civil. Para tres cosas acostumbran á juntarse los hombres, dice san Crisóstomo [2]: O para tratar negocios carnales, como sucede en las comilonas y banquetes, ó para conferenciar sobre los espirituales, como en las Sinagogas, ó para arreglar los temporales como en las plazas; y es vergonzoso que en todas partes quieran los ministros del Señor ocupar el lugar preferente, buscando en público la gloria, y que sola su voz sea la atendida. Adviértase empero que no se reprenden aquellos, dice el ve-

[1] Numeror. cap. 15, v. 38.

[2] Div. Crisostom. Hom. 43 Oper. imperfect.

nerable Beda [1], á quienes corresponden los supremos honores en razon de su dignidad y oficio, sino aquellos que ambicionan siempre los honores de la prelatura, aunque ningún derecho tengan para ellos, siendo así que conviene muchas veces ceder al respeto de los seculares, por la honra de la propia dignidad. La estimación pública deseada por vanidad, degradada en los sacerdotes la dignidad, así como el amor de la humildad los adorna y enaltece.

Yo no quiero, les añadió, que entre vosotros y en el comercio familiar que tendreis mutuamente, os deis nombres honrosos que respiren vanidad ó soberbia; no os tratéis de maestros, pues todos teneis el mismo Señor y Maestro que es Cristo. No está el vicio en merecer este nombre, sino en desearlo. Merece la doctrina adquirida con el estudio y con la oración; deséale la soberbia. No merece llamarse maestro en la Iglesia el que no lo es de humildad y de caridad. Sin estas dos virtudes toda la ciencia del mundo es un poco de viento, ni nada se puede edificar en el prójimo; se le podrá enseñar la vanidad y podrá uno ser llamado maestro de vanidad, que por cierto es bien miserable elogio. En Jesucristo pues se halla solamente el grande y verdadero magisterio: el Eterno Padre en el Jordan y en el Tabor le declaró nuestro Maestro y nos mandó que le oyéramos; nos enseñó la verdad y la práctica de todas las virtudes. El solo merece el nombre de Maestro, porque todo lo gobierna por su saber, y alumbró el corazón abriendo sus puertas é introduciendo en él la verdad, y con ella el amor con que debe ser abrazada.

Tampoco conviene que á persona alguna deis el nombre de padre en la tierra. Todos por seguirme habeis dejado á los que os dieron la vida; y todos teneis el mismo Padre en el cielo; esto solo es á quien debeis reconocer y á quien pertenece el nombre de Padre. De Jesucristo aprendimos y por él confesamos ser uno nuestro Padre celestial al que invocamos como hijos y á quien saludamos como á Padre, diciendo: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Desde que confesamos pues tener este Padre llamado con este nombre á Dios, es cosa muy fea que llamemos á un padre terreno,

[1] Ven. Bed. in cap. 20 Luc.

confusando que tenemos nuestro padre en la tierra. No quiere por esto el Señor que desconozcamos y deshonremos á aquellos que nos engendraron, sino que quiere que antepongamos á ellos. Aquel que uos crió, y que nos inscribió en el número de sus hijos, porque hijos suyos somos por la erección, y por la adopción de la gracia llamados á la posesión de su única heredad, que es el reino de los cielos. Entrañable consuelo es para los pastores y directores de las almas poder rogar por sí y por ellas al primero y mejor de todos los padres, del cual procede el nombre, la autoridad, la caridad y la providencia paternal; no solo de los padres según la carne y de los superiores y magistrados civiles, mas también de los pastores espirituales, y hasta la misión de Jesucristo y de sus ministros; por lo que decía san Gerónimo [1]: Todos los cristianos se llaman especialmente hermanos, y comunmente se llaman así á todos los hombres, como nacidos de un solo Padre Dios; y el Señor no solo prohibe desear la primacía ó primer puesto entre todos, sino que induce todos sus hijos á lo contrario diciéndoles: Aquel que entre vosotros fuese el mayor, servirá á los demás y será siervo de los siervos de Dios. Si alguno se prefiere á intenta exaltarse, Dios no dejará de humillarlo; y por el contrario, aquel que se humillare será exaltado.

No necesitaba Jesús haber visto en algunas ocasiones sobradamente manifestadas las inclinaciones de los apóstoles, para darles en la presente reglas tan fundadas en humildad. Imperfectos aun y groseros, tenían demasiada inclinación á abrogarse todas las distinciones debidas á la grandeza de su vocación, y reservadas para en adelante á su dignidad de primeros ministros del Evangelio. Nada hubiera sido mas capaz de escandalizar á los nuevos fieles, principalmente á los de la circuncisión, como el ver alguna semejanza en este punto entre los apóstoles del Mesías y los doctores de la Sinagoga. Es por tanto muy conveniente que los doctores del Evangelio guarden mucho sus medidas y atiendan con especial cuidado la flaqueza de los pequeños. ¿Quiéres ser antes que los demás en el mando? Séalo en el obsequio y en la servidumbre. La caridad inclina la alteza de la dignidad á los oficios con que es so-

[1] Div. Hieronim. contra Helvidium. tom. 2.

corrida la ajena necesidad. La mayoría que se permite desear á los ministros de la Iglesia, es vivir mas sacrificados á Dios por una verdadera humildad; mas dedicados al bien de la religion y á la salvación de las almas, por una caridad infatigable y nunca jamás ociosa. ¿Qué pastor se mirará como señor de sus ovejas, después que se hizo siervo de ellas el Señor del mundo? El ministro del Altísimo debe ser compañero de todos los que obran bien por la humildad, y debo levantarse contra los delinquentes por el celo de la justicia. El que se exaltare en la vida presente por la soberbia y la arrogancia, será humillado en la futura por la condenación y la pena; y el que se humillare en la vida presente, no con hipocresía, sino con verdad, será exaltado en la futura maravillosamente en la gloria.

La conducta de los escribas y fariseos era enteramente opuesta á las doctrinas de Jesús; por lo que viendo su Majestad divina que ellos abusaban de la posición que les daba autoridad para oprimir y engañar á los sencillos, no pudo menos de arrancarles la máscara con que se cubrían, para que conociéndolos á fondo no desoyesen las voces del Autor de la vida que les hablaba é instruía. En otras ocasiones habia fulminado el Señor mil anatemas contra los hipócritas y enemigos declarados de su Evangelio; pero en esta parece que se revisió de nueva fuerza y de mayor autoridad para descubrir toda la maldad y refinada hipocresía de los seductores de su pueblo; y así como en la antigua ley, dice Orígenes [1], se ponen bendiciones en favor de los que la observan y maldiciones contra los que la quebrantan, así tambien se ponen en el Evangelio bienaventuranzas para animar á los justos, y maldiciones contra los hipócritas pérfidos simuladores de la justicia; así pues les dijo Jesús: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque apartais á los hombres del reino de Dios! Vosotros no entrareis en él y no que-
 reis que otros entren, porque no sois súbditos de Cristo, ni permitís que lo sean los que tienen buenas disposiciones para serlo. Vosotros escandalizais con vuestros malos ejemplos á los pequeños, y con vuestras torcidas exposiciones les defraudais el conocimiento

[1] Origen. Tract. 52 in Math.

de la verdad encerrada en las Escrituras santas; y así ni entráis ni dejáis entrar en el reino de Dios á los que el Hijo del hombre ha venido á buscar para que entren en él y le poscan para siempre.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que coméis y devorais la sustancia de las viudas, consumiendo sus casas bajo el pretexto de que haceis por ellas largas oraciones. Sabed que por eso sereis juzgados con el mas terrible rigor; que contra vosotros recae rá sentencia mucho mas rigurosa, y que padecereis el mas espantoso castigo; por enya razon dice san Crisóstomo [1]: El que obra mal es digno de pena; pero el que lo obra con la capa de la religion, es digno de un castigo mucho mas terrible.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que rodeais mar y tierra para ganar un prosélito, creyendo que es la mayor conquista que podeis hacer, atraer un partidario á la ley de Moisés, y haciéndole inmediatamente odiosa esta ley é insoportable su yugo con vuestras supersticiones y falsas tradiciones, inutilizais todo vuestro trabajo, perdeis toda vuestra gloria y haceis al infeliz un mal mucho peor que el bien que creiais hacerle; ¿en qué responsabilidad tan tremenda no incurris? Cuando el étnico ó el gentil que hicisteis vuestro prosélito permanecia en su ley, erraba simplemente y solo merecia una pena; mas después que vió vuestros vicios y costumbres corrompidas, tornó por vuestra causa á la gentilidad, y se hizo prevaricador y apóstata, vendrá á ser castigado doblemente en el infierno, sufriendo allí mayores tormentos, porque al menos vosotros no fuisteis idólatras como él.

¡Ay de vosotros, guías y conductores ciegos! que decís: El jurar uno por el templo no es nada, no queda obligado al juramento; mas el que jura por el oro del templo, es deudor; está obligado á cumplir su promesa ó á pagar al templo el oro porque juró. Locos y ciegos, decid, ¿cuál es el mayor, el oro, ó el templo que santifica al oro? Y tambien decís que jurar por el altar no quiere decir nada; mas cualquiera que jurase por la ofrenda ó presente que está sobre el altar, es deudor y queda obligado; decid, ¿cuál es mayor, el presente y la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda? El que jura

[1] Div. Crisostom. Hom. 74 in Math.

por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que habita en él. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él está sentado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que diezmais la yerbabuena, el eneldo y toda clase de legumbres, pero abandonais lo mas importante de la ley, el juicio, la misericordia y la fe; el derecho y la justicia, la beneficencia, la verdad y la fidelidad; esto era necesario hacer sin omitir lo otro, porque os lo mandó ya Dios por su profeta cuando os dijo: ¡Oh hombre! yo te mostraré lo que conviene hacer y lo que pide el Señor de tí, que es el que obras con justicia y ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios [1]. ¡Guías y directores ciegos, que colais vuestra bebida por no tragar un mosquito, y os tragais sin escrúpulo un camello! Esto es, guardais hasta las mas triviales tradiciones humanas, y despreciais los preceptos divinos que sobrepujan mas esas menudencias legales, interpretadas á vuestro modo, que un camello excede á la grandeza de un mosquito. Seinejantes á estos son, dice san Crisóstomo [2], aquellos prelados y sacerdotes que son muy solícitos de sus propios honores, y poco ó nada de los de Dios; muy vigilantes para mirar aquello que les corresponde, y sobremanera fuertes en defender su derecho; y en velar y defender los de la Iglesia son sobremanera descuidados; que murmuran si el pueblo no les presenta ó defrauda sus décimas, y callan y enmudecen como pecora ingratos cuando ven á la multitud que peca contra Dios. Estos son los que con su ejemplo enseñan al pueblo á chupar ó tragar un camello, y á desechar ó arrojar un mosquito.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiais lo exterior del vaso y el plato, pero en vuestro interior estais llenos de rapacidad é inmundicia, de avaricia y de iniquidad. ¡Oh necia! ¿no sabeis que el que hizo lo de afuera, hizo asimismo lo de adentro? Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del vaso y del plato, para que tambien lo que está fuera se limpie y purifique. En es-

[1] Michem. cap. 6, v. 8.

[2] Div. Crisostom. Hom. 44 Oper. imperf.

te lugar conviene saber, que cuando los fariseos habian de subir al templo, hacian ostentacion de limpieza lavando los utensilios de su casa, los vestidos y otras cosas semejantes, pero cuidaban poco ó nada de la limpieza interior de su alma. Por fuera manifestaban á los hombres santidad y modestia en su vestido, en las franjas y adornos, en las palabras y hasta en lo prolijo y detenido de sus oraciones; pero en su interior y conciencia, en su corazon y en su alma estaban llenos de rapina por los afectos de su ambicion; rebosaban inmundicia por la voluptuosidad de su carne, y sordida avaricia por las manchas asquerosas de sus vicios; porque los que comian y bebían lo quitaban á los demás; sobre lo que dice Orígenes [1]: Con este discurso quiso el Salvador darnos á conocer que debemos darnos prisa en ser justos, no en parecerlo; porque el que quiere aparentar una justicia que no tiene, pone gran cuidado en su exterior, pero es muy negligente en lo que mas le interesa, que es el interior; así les añadió: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que exteriormente aparentan belleza, y á los hombres le parecen elegantes y hermosos, mas dentro están llenos de huesos, de cadáveres, de podre, de inmundicia. Así tambien vosotros os mostrais por afuera justos, aparentais justicia delante de los hombres, pero interiormente estais llenos de falsedad, de hipocresía, de iniquidad. A lo que aludiendo san Pablo, dijo al príncipe de los sacerdotes Ananías: Herirte ha Dios á tí, pared blanqueada. ¡Tú estás sentado para juzgarme segun la ley, y contra la ley me mandas herir [2]! Llámense sepulcros, esto es, medio-puleros, porque en lo exterior, esto es, en el vestido y en la humildad de las palabras manifiestan blancura, porqu fingen una bondad que no tienen, é interiormente llenos están de hipocresía, de vanagloria, de iniquidad y de odio á la verdad.

En esta sazón un legisperito ó doctor de la ley, no pudiendo sufrir tan fuertes reconvenções, intentó cortar el discurso al Salvador y le dijo: ¡Maestro, no adviertes que hablando de esa manera

[1] Origen. Nac. 25 in Math.

[2] Actor. cap. 23, vs. 2 et 3.

tambien nos desacreditas y afrentas? Mas Jesús sin interrumpir su discurso continuó diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificais mausoleos á los profetas y adornais los sepulcros de los justos á quienes quitaron la vida vuestros padres. Vosotros preveís que los santos y enviados de Dios serán entregados á la muerte por vuestra nacion, y no quereis que sus cuerpos queden sin sepultura; no obstante, decís: Si nosotros hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices con ellos en la muerte de los profetas. Pues llenad tambien vosotros la medida de vuestros padres; echad el colmo á sus delitos, cometiendo el enorme crimen que ya teneis meditado, de quitar la vida al justo, á vuestro Rey y Mesías. Serpientes venenosas, raza de víboras, ¿cómo evitais el fuego si no haceis penitencia? Para que trateis de abrazarla y procurar vuestra conversion, os envío profetas, sacerdotes é intérpretes de la ley, y de ellos á unos matareis y crucificareis, y á otros azotareis en vuestras sinagogas, y perseguireis de ciudad en ciudad, y los ireis á buscar hasta en los rincones mas oscuros y escondidos. De esta manera sereis responsables y se os demandará toda la sangre de los justos y de todos los profetas que se ha derramado desde el principio del mundo sobre la tierra, como si hubiese sido derramado por vuestros propias manos, desde la sangre del justo Abel hasta la del sacerdote Zacarías, hijo de Barachías, al cual matásteis entre el vestíbulo y el altar cuando iba á buscar un asilo contra vuestros furios. En verdad os digo que el castigo de tantos delitos caerá sobre la generacion ingrata é infiel que abusa de los medios de salud que se le ofrecen. Todo lo que fué decir á sus apóstoles: Este pueblo á quien yo instruyo ahora con tanto amor y que después quedará á vuestro cuidado el enseñarle, como será ingrato conmigo lo será tambien con vosotros, y por esto caerán sobre él las últimas y mas terribles venganzas del cielo.

Como todas las cosas estaban bien presentes en el ánimo de Jesús, aun aquellas que no habian de verificarse hasta la consumacion de los siglos, se conmovió sobremanera su corazon amoroso por las próximas desdichas que habian de llover sobre la ciudad infiel, y exclamó con amargura: Jerusalem, Jerusalem, que matas los

profetas y apedreas á los que vienen á tí de parte de Dios, ¿cuántas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos bajo de sus alas y no quisiste? Bien pronto quedará desierta vuestra casa, vuestro templo, vuestra ciudad, y este país se verá enteramente abandonado: derribados esos muros y esos lugares hoy tan floridos y frecuentados, todo se verá desierto y reducido á soledad. Yo os digo que desde ahora no me vereis más hasta que llegue el tiempo en que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor. Con este razonamiento se irritaron sobremanera los escribas y fariseos, empezaron á resistirle con empeño y pretendían imponerle silencio de muchas maneras, arrojándole asechanzas para hacerle caer en algún desliz ó palabra de que pudiesen acusarlo; pero el Señor determinó salir para Bethania: mas antes de partir se detuvo todavía un poco en el templo y se sentó frente al Gazofilacio, cepo ó caja de las limosnas, de la cual dice la Escritura [1]: El pontífice Yo yadá tomó una arca é hizo en la tapa un agujero, y púsole junto al altar á la mano derecha, á la entrada del templo del Señor; y allí fué donde observó Jesús, entre los que echaban en ella el dinero, á la pobre viuda que echó las dos monedas de cobre, de la que hablamos ya en el capítulo vigésimo de este tomo.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, Padre y Dios piadosísimo, concédeme la gracia de que para todo acuda á tu Iglesia santa, que es la escuela de la verdad, en la que está tu cátedra, porque tú eres su único y verdadero maestro; que en la boca de los sacerdotes escuche tu doctrina, halle tu palabra, respete tu autoridad y busque lo que me ha de llenar de tu espíritu; que en la dignidad que tienes de Padre no imite sino la caridad, con la que ayude á todos mis prójimos á crecer en la verdadera piedad. Y pues no has fundado la fe en la vida de los pastores, sino en la autoridad de la Iglesia, arráigame en el respeto y sumisión que debo á esta santa madre,

[1] Lib. 4 Reg. cap. 12, v. 9.

dara que crezca en el amor que debo á su cabeza, que es mi Señor Jesucristo. Concédeme á mas las bendiciones con que favoreces y cercas á tí los que observan tu ley, y aleja de mí las maldiciones con que anatematizas y condenas los que no la obedecen, para que revestido con el carácter de hijo tuyo y desnudo de la engañadora vestidura de la hipocresía, en el día de tu venida consiga la plenitud de tus gracias, te reciba con alegría y con tus santos y escogidos eternamente te bendiga. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 23 de san Mateo desde el versículo 1.º hasta el 39.

La Iglesia usa de este texto para el Evangelio de la misa del martes de la segunda semana de cuaresma desde el versículo 1.º hasta el 12. Y para el Evangelio de la misa del protomártir san Estévan, á 26 de diciembre, desde el versículo 34 hasta el 39, ambos inclusive; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXIII, vs. del 1.º al 12.

En aquel tiempo habló Jesús al pueblo y á sus discípulos diciéndoles: Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Guardad pues todo lo que os dijere; mas no hagais conforme á sus obras, porque dicen y no hacen; porque atan cargas pesadas é insoportables y las echan á cuestras de los hombres, mas ni con un dedo solo las quieren mover. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Por eso atan grandes filaterías muy anchas y las extienden hasta las franjas ó orlas de su vestido. Aman los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en los lugares públicos, y el ser llamados maestros por los hombres. Mas vosotros no queráis que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y á nadie llaméis padre vuestro en la tierra,

porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni queráis que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, que es Cristo. El que es mayor entre vosotros será siervo de los demás. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DÍA DEL PROTOMARTIR SAN ESTEVAN.

San Mateo, cap. XXIII, vs. 34 al 39.

En aquel tiempo decía Jesús á los escribas y fariseos: He aquí yo envío á vosotros profetas, sabios y escribas, y de ellos dareis la muerte á algunos, y les crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y les ireis persiguiendo de ciudad en ciudad para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, á quien asesinasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generación. Jerusalen, Jerusalen, que das la muerte á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados: ¡cuántas veces he procurado recoger tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no has querido! He aquí, vuestra casa quedará desierta. Porque os digo: Dentro de poco no me vereis más, hasta que digáis: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.



CAPITULO XXV.

PREDICE EL SEÑOR LAS SEÑALES QUE PRECEDERAN A SU ÚLTIMA VENIDA Y A LA PERSECUCION DEL SIGLO: DECLARA LA VENIDA AL MUNDO Y LA PERSECUCION DEL ANTECRISTO CON VARIAS PARABOLAS: AVISA A SUS APOSTOLES PARA QUE ESTEN PREVENIDOS, Y LES ANUNCIA DESPUES SU APARICION COMO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS, Y LO QUE ENTONCES SE HA DE VERIFICAR.

Después de haber dado Jesús á sus apóstoles las grandes é importantes lecciones que acabamos de ver, salió del templo, y como se encaminase fuera de la ciudad, rogáronle sus discípulos tuviese á bien volver sus ojos hacia aquel santuario augusto, que podía mirarse como una de las maravillas del mundo. Y acercándose uno de ellos á su Majestad, le dijo: Maestro, mira y considera ese magnífico y suntuoso edificio; ¡qué piedras! ¡qué piezas tan bien construidas! ¡qué solidez! ¡qué grandeza! ¡qué magnificencia en su arquitectura! ¡qué de riquezas y tesoros se encierran en él! Sin duda querían significarle que aquella obra, monumento el más bello

porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni queráis que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, que es Cristo. El que es mayor entre vosotros será siervo de los demás. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DÍA DEL PROTOMARTIR SAN ESTEVAN.

San Mateo, cap. XXIII, vs. 34 al 39.

En aquel tiempo decía Jesús á los escribas y fariseos: He aquí yo envío á vosotros profetas, sabios y escribas, y de ellos dareis la muerte á algunos, y les crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y les ireis persiguiendo de ciudad en ciudad para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, á quien asesinasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generación. Jerusalen, Jerusalen, que das la muerte á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados: ¡cuántas veces he procurado recoger tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no has querido! He aquí, vuestra casa quedará desierta. Porque os digo: Dentro de poco no me vereis mas, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.



CAPITULO XXV.

PREDICE EL SEÑOR LAS SEÑALES QUE PRECEDERAN A SU ÚLTIMA VENIDA Y A LA PERSECUCION DEL SIGLO: DECLARA LA VENIDA AL MUNDO Y LA PERSECUCION DEL ANTECRISTO CON VARIAS PARABOLAS: AVISA A SUS APOSTOLES PARA QUE ESTEN PREVENIDOS, Y LES ANUNCIA DESPUES SU APARICION COMO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS, Y LO QUE ENTONCES SE HA DE VERIFICAR.

Después de haber dado Jesús á sus apóstoles las grandes é importantes lecciones que acabamos de ver, salió del templo, y como se encaminase fuera de la ciudad, rogáronle sus discípulos tuviese á bien volver sus ojos hacia aquel santuario augusto, que podía mirarse como una de las maravillas del mundo. Y acercándose uno de ellos á su Majestad, le dijo: Maestro, mira y considera ese magnífico y suntuoso edificio; ¡qué piedras! ¡qué piezas tan bien construidas! ¡qué solidez! ¡qué grandeza! ¡qué magnificencia en su arquitectura! ¡qué de riquezas y tesoros se encierran en él! Sin duda querían significarle que aquella obra, monumento el mas bello

del universo, merecía conservarse, porque sin duda podría servir en el establecimiento de su nuevo reino. No es extraño pensasen así sus discípulos, pues aun no estaban sólidamente instruidos sobre la naturaleza del reinado de Cristo, ni eran todavía bien espirituales, ni estaban sus ideas perfectamente rectificadas. Mirólos el Señor, y abriendo su boca divina, les dió prontamente á entender la aberración en qué vivían. Vosotros miráis, les dijo, estos edificios y admiráis su magnificencia y grandeza; pero cuánto os engañáis! Contempladlos á vuestro placer; mas en verdad os digo que vendrá día, y no está lejos, en que se desmorone todo cuanto ahora os admiráis, y no quede piedra sobre piedra; todo será arruinado y hasta sus cimientos serán destruidos. En este lugar se verificará la desolación anunciada por los profetas; lo que fué como decirles, que sobre aquel lugar se verificarían las terribles amenazas que en otro tiempo les había hecho, las que habían de caer sobre las ciudades y gentes que lo desconociesen y desoyesen.

Así manifestó el Señor la venganza que había de tomar contra las ciudades nefandas; sobre ellos caerán las maldiciones que están escritas en el libro de la justicia de Dios, y borrará el Señor su nombre de debajo del cielo y le exterminará para siempre de todas las tribus de Israel, y preguntarán: ¿Por qué causa trató el Señor así esta tierra? ¿qué saña é inmenso furor es este? Y responderán: Porque quebrantarón el pacto del Señor que concertó con sus padres cuando los sacó de la tierra de Egipto, y sirvieron y adoraron á dioses ajenos, á dioses que no conocían y á quienes no pertenecían [1]. Arrancaré á Israel de sobre la faz de la tierra que le di, y de esta casa que he santificado y consagrado á mi nombre; le arrojare de mi presencia é Israel será tenido por proverbio y fábula á todos los pueblos. Y esta casa, que fué la cumbre de la gloria, cualquiera que pasare por ella se pasmará y silbará, y dirán todas las gentes: ¿Por qué se condujo así el Señor con esta tierra y con esta casa? ¿Cuál es la causa de tan gran furor? Oid ahora, príncipes de la casa de Jacob y jueces de la de Israel, que abomináis el de-

[1] Deuteronom. c. 29, vs. 20 et seqs.

cho y la justicia y pervertís la rectitud de las leyes; que levantáis edificios en Sion y en Jerusalem con injusticias y con sangre á costa del sudor del pobre inicuiamente oprimido; por vuestra causa Sion será arada como campo y Jerusalem trasformada en montones de escombros, y el monte donde están la casa y el templo, en cumbres pobladas de maleza, y todo quedará inculco é inhabitable [1].

Heridos los apóstoles con estas predicciones tan terribles, aunque al principio solo pudieron responder al Maestro con un silencio triste que indicaba con claridad el terror de que estaban poseídos, tan luego como llegaron al monte de las Olivas y vieron á Jesús que tomaba asiento en un paraje desde el cual se descubría toda la fachada del templo, se acercaron á él Pedro, Juan, Jaime y Andrés, los que como mas familiares y amados tenían con su Majestad mas confianza, y le preguntaron en secreto: Maestro, dínos, ¿cuándo acontecerán estas cosas y qué señal precederá al momento en que ha de comenzar su ejecución y cumplimiento? ¿Cuáles han de ser los signos que anuncien vuestra última venida, la desolación del mundo y el fin de los siglos? El Salvador los satisfizo y enseñó á los hombres lo que debían creer acerca de estos artículos. Les propuso muchas cosas por presagios ciertos de aquellos males, pero todos afectivos y funestos. Guardaos bien, y cuidad que nadie os engañe; no os dejéis seducir. Vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán á muchos. El tiempo está ya próximo; no váis en pos de ellos ni los sigáis. Las otras señales serán guerras y rumor de armas. Reinará el espíritu de vision en todas partes, y solamente se oirá hablar de destrucciones y muertes. Procurad preveniros de resolución y constancia entre tantas turbulencias, pues estas serán las primeras pruebas de vuestra paciencia, y el mayor golpe y mayores males se quedan para después. Desde el principio de estos alborotos se verán correr por todas partes arroyos de sangre. Los hombres, que debían amarse como hermanos, olvidarán todos los sentimientos de humildad que la naturaleza inspira aun en los mas bárbaros; se tratarán como extranjeros y enenigos,

[1] Michem. cap. 3, vs. 9 et seqs.

se excitarán entonces todas las enemistades que parecia estar ya acubadas, y las quejas se avivarán con mas ardor que nunca. Entonces se volverá á las antiguas pretensiones para tener motivos de disputas, y se levantarán ciudades contra ciudades, pueblos contra pueblos y reinos contra reinos; y habrá en diferentes parajes pestes, hambres y temblores de tierra.

Aparecerán en este tiempo fenómenos horribles y señales prodigiosas en el aire. Pero estas aún no serán sino es algunas gotas que salten del cáliz de la ira, que vuestra patria infeliz agotará enteramente: todo esto no será sino como un ensayo y principio de las desdichas, porque antes de la irrupcion de las armas romanas en la tierra de Judá, combatirá Dios contra ella con las enfermedades contagiosas y con la esterilidad de la tierra, entre tanto que corriendo ciegamente á su propia ruina, se agotará de hombres y de fuerzas por las guerras intestinas y por las sediciones domésticas; sobre lo que dice san Gregorio [1]: Por los grandes males que se dice han de preceder, se indican los grandísimos y perpetuos que necesariamente habrán de seguirse, porque deben preceder muchos y grandes males, para que estos puedan ser anuncios ciertos de otro que no ha de tener fin. Vosotros empero, discípulos míos, cogereis una buena parte de estas miserias y males públicos; os perseguirán hasta haceros morir á fuerza de tormentos. Pero no temais, que yo os haré reportar la victoria de todos vuestros enemigos, y os sugeriré cuanto sea necesario para redargüirles; pondré en vuestra boca respuestas á las que nada tendrán que oponer ni contestar; y cuando os quiten la vida por mí, no temais ni os entristezcais, porque ella es cierta y miserable; yo os daré otra sobremanera feliz y eterna.

A mas de esto, es asimismo preciso que sepais, que como hubo falsos profetas en el pueblo judaico, así habrá entre vosotros falsos doctores que introducirán encubiertamente sectas, las cuales encaminan á la perdicion, y negarán al Señor que los rescató y los compró con su sangre. Muchos sencillos seguirán la petulancia y ruinosas doctrinas de ellos, por los cuales el camino de la verdad será blaz-

[1] Div. Gregor. Hom. 35 in Evangelia.

femado; y arrastrados de la avaricia con palabras falsas y fingidas, harán tráfico y mercadería de vosotros. Estad por tanto sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, y con vanas sutilezas fundadas sobre la tradicion de los hombres, conforme á las máximas y doctrinas del mundo y no á las de Cristo [1]. No faltarán apóstatas, predicadores del error y de las doctrinas de los demonios, que teniendo la conciencia como corroida y afistulada, manarán podre y corrupcion por todas partes; y en aquellos tiempos calamitosos sembrados de peligros, serán los hombres amadores de si mismos, codiciosos, avaros, orgullosos, soberbios, blasfemos, maldicientes, inobedientes á sus padres, ingratos, malvados, crueles, insensibles, turbulentos, calumniadores, incontinentes, destemplados, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchados, amadores de los deleites mas que de Dios, mostrando, si, apariencia de piedad y religion, pero renunciada á su espíritu. De los cuales es preciso huir, porque su doctrina cunde como un cáncer. Estas guerras particulares, causadas por la ambicion del gobierno y por la oposicion de intereses, entre vecinos y pueblos nacidos de una misma saugre, serán el preludio de los últimos desastres, y como la historia profética de los últimos años de la república de los judíos y de todos los sucesos que tendrán lugar antes de la consumacion de los siglos.

Pero sin entrar en la explanation de estas guerras y combates, añadió el Señor á sus apóstoles, tambien se darán otras contra vosotros mismos, cuyos ataques serán mas furiosos conforme se acerque el fin; ved cómo se verificarán: Los judíos, enemigos irreconciliables de la nueva ley, á los cuales predicareis con el mayor celo, os perseguirán sin descanso ni tregna, y os harán morir por si mismos; y cuando juzgaren que no pueden quitaros la vida por su propia autoridad, os arrastrarán á las Sinagogas, os cargarán de prisiones, os entregarán á los gobernadores y reyes en aborrecimiento de mi nombre, cuya memoria procurarán borrar. En todas partes seréis mirados como sediciosos y criminales, porque nada os impe-

[1] Div. Paul. Ep. ad Colos. cap. 2, v. 8.

dirá ni detendrá el profesar públicamente vuestra fe y dar testimonio de mí. Desconfiad empero cuando lleguen estos momentos tristes, de todos aquellos que estén mas unidos con vosotros con los vínculos de la sangre, porque de entre ellos saldrán vuestros mas horribles perseguidores. Entregará á la muerte el hermano al hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los asesinarán. Seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes y amigos, y quitarán la vida á algunos de vosotros, y seréis aborrecidos por todas las gentes por causa de mi nombre. Aquellos discípulos vuestros que se libren del último suplicio, no dejarán de sufrir malos tratamientos y vivirán en continuos sustos.

Los reinos y naciones de que se hace mención en todos estos pasajes, son las diversas porciones en que estaba dividido el antiguo reino de Israel, como la Galilea, la Judea, Samaria, la Siria y otras. De esta manera, aunque con corta deferencia, anunció un profeta antiguo las calamidades que obligan á la tierra santa en el reinado de Asa. Estas desgracias comenzaron á multiplicarse poco después de la muerte de Jesucristo por la ambición y codicia de los presidentes y gobernadores del imperio romano; por la contrariedad de intereses entre los pueblos y entre los vecinos de un mismo pueblo, y sobre todo, por el espíritu inquieto y turbulento de los judíos. Los presidentes Pilatos, Cumanio, Félix, Albino, Gentio Floro, trataron cruelemente á muchos, y estas crueldades dieron principio á revoluciones públicas, y á que la gente se rebelase contra los magistrados del imperio, y á sediciones, guerras civiles, y á escenas mas sangrientas que las de los mismos romanos. De aquí siguieron levantamientos de gentes contra gentes, crueldades sobre crueldades, robos, muertes, pestilencias, incendios y tanta manera de desgracias, que si no fuera tan atestado é imparcial el historiador judío que las escribe como testigo de vista y autor coetáneo, parecerían increíbles.

¿Y quién podrá calentar ó reducir á guarismo los judíos muertos á hierro en estas revoluciones continuadas por espacio de treinta y cinco años? Solo en Cesarea, habiéndose levantado una horrible tempestad contra los judíos moradores de esta ciudad, fueron sacri-

ficados sobre veinte mil de ellos. En Escitópolis, estando los judíos durmiendo, sus ciudadanos mataron sobre seguro tres mil de ellos. No es fácil fijar el número de los que fueron despedazados y muertos en Ascalon, Tolemaida y Tiro. En Alejandría, habiendo mandado el presidente que las tropas acometiesen á los judíos, hicieron tan horrible matanza, que se hallaron muertos mas de cincuenta mil en el campo, sin haber perdonado á los ancianos ni á los niños, pasándolos todos á cuchillo. En Damasco, Zabulon, Jafa y otras ciudades, se verificó la misma carnicería. ¿Y qué diremos de los rios de sangre derramada en la conquista de Galilea, de cuya provincia era gobernador por los judíos el mismo historiador Josefo que esto escribe, conquista emprendida por Tito, hijo del emperador Vespasiano? ¿Qué de los desastres que experimentaron los judíos en la toma de Gadara por los romanos, en el sitio de Yotapala, que defendía el mismo historiador, y en el de Jafa y Tarqueas, en donde sacadas las mujeres y los niños, no se perdonó á ninguna edad? Era necesario para dar una idea circunstanciada de los males que sufrió la desgraciada nación, reducir á compendio todas las historias de Josefo. Sin duda que la divina Providencia lo conservó para referir los hechos que ilustran, desenvuelven y confirman la profecía de Jesucristo.

Pero así como esta predicción de Jesucristo se cumplió al pie de la letra contra los judíos, así se verificó tambien contra los apóstoles, como se lee en sus actas: Pedro y Juan predicaban al pueblo, y levantándose los sacerdotes y magistrados del templo juntamente con los saduceos, llevaron muy á mal que ensufiasen al pueblo y anunciaban en el nombre de Jesús la resurrección de los muertos; por lo que les echaron mano y les metieron en la cárcel [1]. Por mano de los apóstoles se hacían muchos milagros y prodigios en el pueblo. Con cuyo motivo levantándose el príncipe de los sacerdotes y todos los que con él estaban, prendieron á aquellos y pusieronlos en la cárcel pública [2]. El rey Herodes envió compañías de soldados para afligir y maltratar á alguno de la Iglesia, y á Jacobo, hermano de Juan, lo mató á cuchillo. Y viendo que con esto habia

[1] Actor, c. 4, vs. 1 et 3.

[2] Idem. cap. 5, vs. 12 et seqs.

agradado á los judíos, pasó adelante para prender á Pedro; y habiéndolo prendido, echólo en la cárcel entregándolo á cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno para que lo guardasen, con ánimo de sacarlo y matarlo á la presencia del pueblo, después de la Pascua [1]. Y en fin, si se registran las actas de los apóstoles, no se verán sino ejemplos confirmatorios de esta misma profecía.

Nada quiso ocultar el Salvador á sus apóstoles de lo que tendrían que padecer durante el discurso de los años, en que la Sinagoga declarada contra su Majestad, subsistiría aun, dándoles en las mismas persecuciones una como señal del establecimiento de su reino. Ved pues ahora, continuó, lo que habéis de hacer. Cuando os llevarán para ser entregados, asentad en vuestros corazones la idea de no pensar en defenderos, ni en hacer vuestra apología, ni en premeditar cómo háyais de hablar ó responder; porque yo os daré boca y sabiduría á la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Lo que os fuere otorgado en aquella hora, eso hablad, porque no sereis vosotros los que hablareis, sino el Espíritu Santo que hablará por vosotros. Y si bien sereis odiados de todos, sin embargo, ni un pelo de vuestra cabeza perecerá. Por medio de vuestra paciencia y constancia poseeréis vuestras almas y conseguireis la eterna salud. No tengáis ningún temor de las cosas que habéis de padecer. Estas tan grandes persecuciones, calamidades y desgracias, no impedirán la propagación de la fe, porque es necesario que ante todas cosas sea anunciado el Evangelio á todas las gentes. Será pues predicado este Evangelio del reino de Dios en toda tierra habitable, por testimonio á todas las naciones; de suerte que ninguna pueda pretextar ignorancia. Lo cual ya en parte se había verificado en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Por ventura, decía san Pablo [2], no han oído todos la predicación de los apóstoles? Sí, ciertamente por toda la tierra se ha extendido la fama de ellos y ha resonado su voz, y por las extremidades del orbe sus palabras. El Evangelio, escribía á los colosenses [3], ha llegado á vosotros y está propagado por todo el mundo, y fructifica y crece

[1] Idem. cap. 12, vs. 1 et 4.

[2] Ep. ad Rom. cap. 10, v. 13.

[3] Idem. ad Colos. cap. 1, v. 23.

como en vosotros desde el día que oísteis y conocísteis la gracia de Dios con verdad. El Evangelio es predicado á toda criatura existente bajo del cielo, del cual, yo, Pablo, soy constituido ministro.

Esta fué la última señal que dió Jesús á sus discípulos, manifestándoles que cuando ella se cumpliera estaría muy cercano el día de la consumación y del fin; y así les añadió: Cuando viéreis la abominación de la desolación anunciada del profeta Daniel, colocada en el lugar santo, entonces los que leen la profecía deben aplicarse á entenderla. Aunque estas palabras aluden á la destrucción de Jerusalem, reconoce san Hilario en ellas una clara profecía del Antecristo, cuya venida ha de turbar y poner en confusión las regiones del mundo. Para esta calamidad espantosa parece que vamos ya preparándonos con la flaqueza para la virtud y con el aumento de nuestra malicia. Ya comienzan á aborrecerse los hombres con mas furor, á perseguirse y á venderse unos á otros. ¿Qué extraño será que en viniendo el engañador del mundo, el enemigo de la verdad, halle abierta la puerta y hecha la cama para introducir en los corazones de los hombres todo su veneno? El odio que se tienen unos á otros los fieles, es el precursor y el aposentador del Antecristo. Para eso siembra el diablo enemistades y discordias; para eso conserva resentimientos, con los cuales embelesados los ánimos, desamparen la verdad, la justicia, la vida de la fe, y así halle él levantada la caza que se propone seguir en aquellos días. ¿Quién no tiembla al ver apresurada por la ira divina esta horrible tribulación para castigar con ella los escándalos que cunden en la Iglesia, y con especialidad la profanación de las cosas sagradas?

Quando viéreis la abominación de la desolación anunciada por Daniel; la profecía está concebida en estos términos [1]: Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad para que fenezca la prevaricación, y tenga fin el pecado, y sea expiada la iniquidad, y traída la justicia sempiterna, y cumplida y sellada la profecía, y sea ungido el Santo de los santos. . . . Así que, cuando viéreis á Jerusalem cercada de los ejércitos romanos, sabed que es llegada su destrucción. Entonces los que estuvieren en Ju-

[1] Daniel. cap. 9, vs. 24 et seqs.

dean huyan á los montes, y el que se hallare sobre la techumbre de la casa, no descienda ni entre á tomar nada de ella, y el que se hallare en el campo no vuelva atrás á tomar sus ropas, y los que estuvieren en medio de Jerusalem váyanse, y los que se hallaren en otras regiones no entren en la ciudad, porque estos son días de venganza en que se cumplirán todas las cosas que están escritas. Fuga es utilísima y necesaria para aplacar la ira de Dios huir del pecado, alejarnos de la corrupción del siglo, no dejar que se nos peguen sus costumbres y máximas. En las calamidades públicas los mas procuran salvar la hacienda, la salud ó la vida; pocos tratan de poner su alma en salvo haciendo penitencia. Amonesta Jesucristo y enseña en primer lugar á los que se hallen en la Judea, que huyan y se vayan á los montes; porque cuando venga el Antecristo, será primero recibido en la Judea que en ninguna otra parte del mundo, y por su corporal presencia será la persecucion mayor en aquella parte que en todas las demás; y dice que huyan á los montes, porque se vayan á los lugares secretos y desiertos, á donde se puedan esconder; porque por la mezcla de aquel pueblo que ha de creer en aquel hombre de pecado ó hijo de perdition, no padezcan los cristianos fuerza ó no se les pegue la infidelidad. Y los que se hallaren encima del tejado, esto es, en la eminencia y altura de la perfeccion, no descendan á tomar nada de su casa por codicia de las cosas seglares, por las cuales muchas veces son derribados los perfectos de lo alto de la perfeccion, en el tiempo de la tentacion y de las persecuciones.

Con mucha propiedad añadió Jesús en este tan importante discurso, que tampoco los que se hallasen trabajando en el campo debían volver á casa para tomar su túnica; porque los que trabajan en las buenas obras de la vida activa, no deben dejarlas para volver á las ocupaciones del siglo, que apenas pueden ser ajenas de pecado; y estas las simbolizó en la túnica, que prohibió se fuese á tomar otra vez; mas segun la propia significacion de la letra, quiso el Señor mostrar en estas palabras, que por la instancia y premura de las tribulaciones y de los males presentes, y por el temor y certidumbre que en aquel tiempo se tendrá del juicio y de los males venideros, no habrá lugar para atender á los negocios temporales, y que será

mejor que cada uno piense cómo se ha de presentar delante del supremo Juez para conseguir la vida eterna, que no en la conservacion de la hacienda que poseyero.

Mas ¡ay de las mujeres preñadas y de las que tuvieren hijos de pecho en aquellos días! A esta sentencia corresponde la otra donde llama el Señor dichosas en aquellos días á las estériles que nunca tuvieron hijos y á las fecundas que los perdieron (1). ¡Desdichada fecundidad la que solo da á luz hijos dignos de la ira de Dios! ¡Ay de los padres que caen en las manos de Dios vivo, por no evitar en sus hijos los escollos del amor dañoso ó indiscreto con que los aman! ¡De qué nos sirve aumentar ó fortalecer las aficiones del mundo, si al cabo las hemos de romper antes de morir para no perecer eternamente? ¡Oh santa prudencia la de aquellos que en tiempo oportuno se desprenden de los amores y respetos del siglo, para trabajar con desembarazo y sin trabas en su único negocio! Pone el Señor la comparacion de las mujeres preñadas, por manifestar la gran dificultad que tienen en renunciar los cuidados de la tierra los que siempre se afanaron por amontonar tesoros y riquezas en ella; por la gran dificultad que aquellas tienen en poder huir, atendida la gravedad de la preñez, y tambien las que crían, por la ocupacion y cuidados que les ocasionan los niños pequeños que tienen. Misticamente se entienden por las mujeres preñadas las que concibieron en sus corazones pensamientos de mal propósito, y por las que crían se entienden las que favorecen las malas obras que están en las acciones malas que se ejecutan; y san Agustín dice (2): Que por las mujeres preñadas se entienden los avaros que codician los bienes ajenos y tienen la esperanza de ganar riquezas en la maldad, como la mujer preñada que está en esperanza de tener generacion. Y por las que crían se entienden los que poseen lo que codician y tienen gran cuidado en acrecentar las riquezas poseídas, guardándolas y aumentándolas. Y así los corazones codiciosos de bienes temporales son como mujeres preñadas en el boscár y como las que crían en el poseer.

No son menos significativas y terribles las otras expresiones que

(1) Luc. cap. 23, v. 29.

(2) Div. August. in cap. 23 Luc.

pronunció el divino Maestro como para aclarar al parecer y dar mayor importancia á lo que hasta aquí habia dicho. *Rogad, les añadió, que vuestra huida no acontezca en invierno, ni en día de fiesta ó sábado, porque habrá angustia y apretura grande sobre la tierra, y una tribulación tan espantosa cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.* Así como las lluvias y el frío del invierno, y las incomodidades de los caminos en esta estación, retardan y entorpecen las marchas, y durante el sábado prohibía la ley á los judíos hacer largos viajes, de la misma manera deseaba también el Salvador prevenir á los apóstoles tuviesen tomadas con anticipación todas las resoluciones santas, para que su espantosa venida no les sobrecogiese en tiempo tal que ya no tuviesen lugar para prepararse. Y así fué lo mismo que si les hubiera dicho, y en su persona á todos nosotros: En el invierno ¿á dónde podeis huir? ¿á los montes? Están cubiertos de nieve, y el rigor del frío no sufre que en ellos se haga morada. En invierno los días son cortos, los caminos malos, llueve mucho, la noche cierra á lo mejor, á cada paso sobreviene un estorbo. Por otra parte, el corto viaje que según la ley y la tradición podeis hacer en sábado, harlo será que preserve del riesgo. Estas palabras, que tomadas á la letra se dirigian solamente á los judíos, puesto que la guarda del sábado no duró mas que hasta la ruina del templo, tomadas místicamente se dirigen á todas las criaturas, para que con la continua oración se anticipen á las grandes tentaciones y eviten las sorpresas de la carne con el fervor y la mortificación de los sentidos, para que huyan siempre de la desidia y languidez espiritual, pues no hay instante en que no estemos expuestos á grandes peleas; y así aunque todos los tiempos son buenos para que huyamos del siglo y de los lazos que nos arma el diablo, hay ciertos lances mas oportunos para esta fuga, los que no debemos despreciar, no sea cosa que crezcan las dificultades ó hallemos al tiempo de huir obstáculos insuperables á nuestra flaqueza. El invierno es imagen de la vejez; languida por lo común, peregrina y acompañada de mil dolencias. ¿Quién pondrá los impedimentos que halla en el hombre la conversión al fin de la vida? Encarecidamente nos pide Dios que no dejemos para entonces la renuncia del mundo y la fuga de sus engañosos pla-

ceros; pues es de temer que no se pueda en aquella hora lo que antes no se quiso; y que si se hace, sea sin fruto y sin mérito, solo por medio de la pena, esto es, por amor propio y no por verdadero deseo de servir á Dios.

La razon de que habrá entonces tribulación grande, cual nunca fué desde el principio del mundo, es porque entonces se juntarán en una todas las persecuciones de los infieles y de los herejes, y de los tiranos, y de los falsos cristianos, que soplarán todas como un viento impetuoso para que encienda la persecucion mas espantosa. Estos cuatro linajes de malos son los cuatro vientos y las cuatro bestias que vió el profeta Daniel [1] que peleaban en el mar, y entonces serán atormentados los fieles de Jesucristo por todas las partes del mundo, con tormentos no menos crueles en dolor que diversos en número. Y en aquellos países y tierras donde predicó Jesucristo y fué crucificado, serán los cristianos mucho mas atormentados y afligidos. Entonces se desatarán todos los demonios que ahora están encadenados; y así como el Antecristo será mas cruel que todos los perseguidores que hubo en el mundo, así los santos que en aquellos días vivieron, serán mas fuertes que todos los mártires pasados.

Y si no hubiesen sido acortados aquellos días, ningún hombre sería salvo; mas por causa de los escogidos serán acortados aquellos días. Esta brevedad la verificará el Señor por amor á los escogidos, porque conoce bien cuán flaca es la firmeza humana. Y acelerarla ha, según la moderacion de su eterna sabiduría y según el efecto de su misericordia; porque por la dilacion de aquellos tiempos crueles no se altere ni peligre la fe de los creyentes, y porque la malicia del perseguidor no mude el entendimiento del católico; por cuya causa no durará este cruel conflicto sino por tres años y medio. Esto es lo que hablando del reino del Antecristo dice expresamente el profeta Daniel [2]: *Durará por tiempo, y por tiempos, y por medio tiempo*; que quiere decir, la persecucion de aquella forma horrible durará tres años y medio. Llama el profeta tiempo á un año, y tiempos á los dos años, y medio tiempo al medio año, en

[1] Dan. cap. 7.

[2] Ídem. cap. 12.

los cuales reinará aquel hijo de perdition, porque otro tanto fué el tiempo que predicó su nuevo Evangelio de misericordia y amor nuestro Redentor dulcísimo. De este tiempo dice el mismo profeta Daniel hablando mas claramente: Los dias que durará el remo de la bestia disforme y muy fiera, serán mil doscientos noventa, que son tres años y medio. Y lo que dice, si no se abreviasen aquellos dias no se salvaria toda carne, debe entenderse: *No habria hombre que se pudiese salvar*. Así que, si en aquel tiempo el Señor no abreviase los dias de la persecucion, muy pocos ó casi ninguno quedaria que pudiese sufrir aquellas dolorosas premuras y tribulaciones crueles; y aunque dice que serán abreviados aquellos dias, no se entiende que hayan de ser menores en cuanto á las horas ó en cuanto á la prescucia del sol, sino porque serán pocos en número. Entonces añade el mismo Salvador: *Si alguno os dijere, mirad que aqui está el Cristo, ó allí, no lo creais*, ni querais ir allá por pasos del entendimiento, creyendo la doctrina de los que tal maldad os dijeren, ni los querais seguir con piés afectuosos de la voluntad, conformando vuestras vidas con sus costumbres, pues muchos discípulos del Antecristo han de venir á engañar al pueblo, diciendo que él es el verdadero Cristo prometido en la ley y en los profetas. *Porque se levantarán entonces falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes milagros y prodigios, hasta ser engañados, si fuese posible, los mismos escogidos*.

Cuidadosamente hace el Señor estas advertencias, porque todos aquellos mentirán, afirmando que cada uno de ellos es Cristo; mas en la verdad no serán sino antecristos, falsos cristianos, destructores de la doctrina del verdadero Cristo y sembradores de mentiras. Destruirán la doctrina de la ley y de los profetas, sacándola de su verdadero sentido, usurpando las revelaciones divinas y certificando que son alumbrados. Y estos serán el Antecristo y sus discípulos. Harán señales ó prodigios bien dignos de admiracion á los ojos de los hombres para ver si podrán inducir al error á los mismos escogidos, porque así como permitió el Señor que á los verdaderos milagros de Moisés contrapusiesen otros falsos los magos de Egipto, otro tanto permitirá en los últimos dias del mundo para acrisolar la fe de los buenos siervos y dar nuevo mérito á su constancia. Mas aun-

que parezcan tales milagros, no serán tan admirables cuanto serán mentirosos; por lo que dice san Gregorio [1]: Debemos pensar que tan grande será aquella tentacion que padecerá en aquel tiempo el corazon humano, cuanto será grande la constancia del piadoso mártir, que rendirá su cuerpo á los tormentos del tirano cuanto mas el atormentador se empeñe en hacer milagros á la presencia de los atormentados. Y san Crisóstomo añade [2]: Como en el advenio de Jesucristo obraban milagros los profetas antes que él se mostrase al mundo, y como después de su subida á los cielos los obraban los apóstoles en virtud del Espíritu Santo, así tambien en la venida del Antecristo los falsos cristianos obrarán maravillas en virtud maligno.

Quise decirós todas estas cosas, continuó Jesús, antes que vengan, para que proveais lo que sea necesario, previendo lo que ha de venir, pues que estais bien avisados. Declaró entonces á todos el Señor estas verdades, para que su consideracion nos haga humildes, vigilantes y perseverantes en la viva fe. Terrible juicio nos aguarda si no nos aprovechamos de estos avisos, grabando en el corazon los riesgos que el Señor profetiza, y preaviéndonos contra ellos con las armas de la oracion. Todo está ya dicho, todo anunciado; no podemos alegar ignorancia ni excusa; culpa es de nuestra desidia si somos alucinados ó sorprendidos por algun seductor ó falso profeta. Por tanto, si os dijeren: *He aqui que está en el desierto, no salgais; he aqui que habita en lo mas oculto de la casa, no lo creais*. Esta repeticion muestra la importancia del anuncio y el riesgo que tiene Dios de que nos haga poca mella. Con facilidad se debilita y se borra la impresion que causan de pronto las verdades eternas. Misericordia es que no se haga caso de esta horrible frialdad á que ha venido á parar el mundo, ni menos se trate de oponer á ella el fuego de la meditacion y de la oracion. *Porque como el relámpago que sale del Oriente y resplandece hasta el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre*. Así como el sol se manifiesta á los ojos de todos, y no resplandece en una sola parte, sino en todas, ni necesita anunciador niregonero, sino que en un instante y brevi-

[1] Div. Gregor. Hom. 12 in Evangel.

[2] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

simo momento de tiempo aparece en la universal redondez de la tierra, así la venida del Hijo del hombre al juicio general, será adbita, muy clara y manifiesta á todos, siendo imposible que alguno pueda dudar de ella. No aparecerá aquí ó allí, sino en todo lugar por el comun derramamiento de su claridad y de su gloria. Resplandecerá en aquel día postrero con la luz del gran vencedor, cuya claridad no tendrá fin jamás, para que en aquella noche de tristeza y amargura podamos ver la gloria de la resurreccion.

Donde quiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. Lo que significa que allá donde estuviere Cristo Redentor nuestro, cuanto á su humanidad, segun la cual ha de juzgar el mundo en forma humana y gloriosa, allí se juntarán tambien todos los santos que han de salir á recibir á Cristo nuestro Redentor, cuando venga al juicio, donde será renovada la juventud de todos ellos á semejanza de la renovacion que las águilas hacen en sí mismas. Sobre lo cual es muy de notar que Jesucristo es llamado aquí cuerpo, para significar la verdad de la carne y para demostracion de la forma corporal, en la que lo ha de ver toda criatura. Los escogidos son llamados aquí águilas por la renovacion que hará en ellos la resurreccion, y por la perfeccion y sutileza de la vista con que veremos á Cristo Redentor nuestro, sol de justicia, sin que los ojos padezcan desmayo por la terrible reverberacion de los rayos de eterna luz que saldrán del rostro de su Majestad.

Mas luego que pasen estos dias de tribulacion, se oscurecerá el sol, y la luna no despedirá su luz, y caerán las estrellas del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Anuncia por último la entera ruina y desolacion del pueblo judaico. El sol, la luna, las estrellas y las virtudes de los cielos denotan, segun algunos intérpretes, el templo, Jerusalem, las ciudades de Palestina, y la numerosa y florida nacion judaica. Algunos padres han aplicado muy oportunamente esta parte de la profecía á los sucesos que tocan á la Iglesia. Por los eclipses del sol y de la luna, por la caída de las estrellas, por la conmocion de los cielos y de sus virtudes, entienden haber denotado el Salvador los males que habian de afligir la Iglesia en el tiempo mismo de los apóstoles, y mas adelante; cuando comenzando á debilitarse el conocimiento de Cristo y de su doc-

trina oscureciéndose con la contradiccion de las pasiones algunas máximas de la moral evangélica, resfriándose la piedad, llegasen á hacerse mundanos los fieles y á pervertirse algunos maestros de la religion. Entonces porfiadamente se extenderá la consternacion por todos los pueblos de la tierra; hinchado el mar con sus furiosas ondas, como en lo mas fuerte de una violenta tempestad, llenará los corazones de temor y susto, y los hombres quedarán secos y pálidos con el temor del último golpe que amenazará al orbe entero. Las virtudes del cielo, esto es, los ángeles de Dios, se pondrán en movimiento y querrán tener parte en la destruccion de los enemigos del Señor.

Aunque la historia de la Iglesia judaica y de la cristiana es un verdadero comentario de esta profecía, sin embargo, en estas expresiones mas vivamente nos pinta Cristo la ruina universal del mundo que la de Judea. Con todo, bajo iguales ideas y casi con las mismas expresiones profetizaba Isaias á los asirios la caída de Babilonia [1], Ezequiel á los egipcios la ruina de su capital [2], y Joel á la desdichada Jerusalem, las empresas de Senacherib y los sucesos de Nabucodonosor [3]. No se ve en todos sus textos, sino es, de as cruces de ira, de indignacion y de furor; oscuridad del sol, eclipses de la luna, caídas de las estrellas, horror y tinieblas extendidas sobre toda la superficie de la tierra. Los astros del cielo que lloran y se desconsuelan, y el Señor que hace se oiga su voz frente de los ejércitos enemigos de su pueblo; y en fin, la saigue, el fuego y el humo que cubren las campiñas. Tales son las magníficas, pero tristísimas imágenes, bajo las cuales anuncia el Señor la destruccion y la ruina del mundo antes de su última y espantosa venida. *Entonces aparecerá y se verá en el cielo la seña, el estandarte del Hijo del hombre, y planificarán y prorumpirán en lamentos todas las tribus de la tierra, las cuales verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poderío, majestad y gloria.* Esto es lo que propiamente nos revela el Apocalipsis [4]. He aquí que

[1] Isaias. cap. 13, v. 9 et 10

[2] Ezequiel. cap. 22, vs. 7 et 8.

[3] Joel. cap. 2, vs. 10 et 30.

[4] Apocalyp. cap. 1, v. 7.

viene en las nubes con millones de sus santos, y todo ojo lo verá, y los que lo clavaron y trapasaron, y todas las tribus de la tierra llorarán y se lamentarán sobre él. Al mismo tiempo enviará sus ángeles con trompeta y con gran voz, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos ó ángulos de la tierra, desde los mas remotos extremos de ella hasta lo mas alto del cielo. Entonces todos, puestos los ojos en lo alto, verán descubriose el santo y terrible cetro del gran Rey, y se acordarán de que esto mismo lo habia anunciado Cristo, diciendo: Que antes de su venida habia de aparecer en el cielo la señal del Hijo del hombre, y entenderán que tras ella viene el Rey. ¡Majestuosa venida! terrible juicio! Así como en la cruz hizo Cristo el primer juicio del mundo y del príncipe que lo tenía tiranizado, así en el segundo y último juicio por medio de esta misma cruz, acabará de vencer y postrar del todo á sus enemigos.

Pero cuando estas cosas comenzaren á realizarse, nidad y levanta vuestras cabezas, por cuanto se acerca y está próxima vuestra redencion, vuestra libertad y el cumplimiento de las promesas del Evangelio. Ya sabéis cuál será bien presto el destino de esta ciudad soberbia que levanta orgullosa su cabeza hasta el cielo; pues estad ahora atentos á las señales que os doy de acercarse mi venganza, no sea cosa que quedeis envueltos en la desgracia universal. Aprended de la higuera esta parábola: Cuando ya está tierna su rama y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. Así vosotros cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca á las puertas, que va á prorrumpir con estruendo su venganza, que vuestra libertad está cerca, y que mi reino ya va á establecerse. Pasarán el cielo y la tierra, pero no faltarán las palabras que os digo. Yo os aseguro con verdad que no se acabará esta generacion; esto es, que todos los judíos que hoy viven no habrán muerto aun, y que muchos de vosotros vivirán cuando se verá que acaecen los grandes sucesos que os acabo de referir. Dejad aparte todas las cavilaciones y recelos sobre la llegada de aquel día. Vosotros sabéis que siempre hablé la verdad, y que nada digo sin conocer que aquella es la voluntad de mi Padre; de aquel día pues y de aquella hora, nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el mismo Hijo, sino el Padre solo. Que fué lo mismo que si les dijera: Este deseo es

efecto de pura curiosidad, que ni conviene ni seria provechoso satisfacer. Bien sabéis que yo nada hablo de mi propio movimiento, ni enseño sino lo que he oído de mi Padre. Constituido por él doctor, maestro y juez de los hombres, nada ignora de lo que conviene á su salud. Mas nada debo revelar de lo que mi Padre quiere que permanezca oculto. Esto es para mí como si no lo supiera.

Tened gran cuidado, velad y pedid á Dios, no os coja este tiempo cuando menos penseis: acordaos muchas veces de estos avisos, meditaolos y haced sobre ellos serias reflexiones. Tened ante todas cosas gran cuidado de que vuestros corazones no se carguen con la embriaguez, con el demasiado regalo ó con los cuidados superfluos de las cosas de este mundo. Pensad atentamente que esta fatal hora ha de decidir vuestra felicidad ó infelicidad eterna, que vendrá de repente; que todos los hombres que entonces vivieren serán sorprendidos y como cogidos en la red. Haced pues que aunque esta hora sea súbita, no os coja desprevenidos. La vigilancia y oracion continua son los medios para salvaros de todos esos males con que ha determinado el cielo castigar al mundo. De este modo os hallareis en estado de parecer con confianza delante del Hijo del hombre cuando esté sentado sobre el trono de su Majestad como juez soberano.

La venida del Hijo del hombre en los dias de su venganza, será como en otro tiempo la del diluvio en los de Noé. En los que precedieron al diluvio, los hombres celebraban festines y bodas, viviendo en seguridad y disfrutando de todos los placeres. Los prudentes avisos de aquel santo patriarca no turbaron su alegría ni los pusieron en cuidado. Llegó empero el día terrible; entró Noé en el arca que Dios le habia mandado construir, juntamente con su familia, y en aquel asilo se salvaron Noé y sus hijas, y los demás animales que en ella entraron; vino empero el diluvio, y de los demás ninguno se salvó. Ved ahí una imagen de mi aparicion repentina cuando vendré á juzgar á los hombres y á tomar venganza de mis enemigos. Asimismo sucedió en tiempo de Lot; comian, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban. Mas el día que Lot salió de Sodoma, al instante hizo Dios cayese una lluvia encendida de azufre y de batur. Todos los habitantes quedaron quema-

dos y reducidos á ceniza, y la tierra se convirtió en desierto. Tal es ahora la imagen natural de las desdichas de Jerusalem y de la sorpresa de sus habitantes. Y tal será la de todos los hombres en el día del Juicio, en que se manifestará el Hijo del hombre. Digoos que en aquella noche de que os hablo y cuyos horrores profetizo, dormirán dos hombres en una cama, harán viajes de compañía, ó trabajarán en un mismo campo; y uno será cogido y cargado de provisiones, y escapando el otro, conservará su libertad; esto es, el uno será electo y escogido y el otro reprobado. Dos mujeres estarán moliendo juntas en un mismo molino; la una será llevada cautiva y la otra quedará en completa libertad. Velad por tanto, os repito una y otra vez; pensad en vosotros y orad, porque no sabeis el día ni la hora.

Como el celo que tenía Jesús por el bien de las almas era siempre el mas vehemente y acendrado; no omitia ocasion alguna para advertir á todos el mal que les amenazaba, porque uada le dolia mas que su perdicion; pero queria se supiese que esperaba de todos los hombres lo que un amo espera de sus criados, cuando yendo á un largo viaje les deja el cuidado de la casa para que hagan todo aquello que juzgaren ser de su servicio. Encarga que estén alerta para poderle abrir la puerta luego que vuelva. Pero marcha y no deja declarado el tiempo de su regreso; todo lo que fué como decidleis: Vosotros, apóstoles míos, estad prevenidos y pronti para darme cuenta de vuestra administracion. Advertid á vuestros discípulos que no se olviden de si mismos, para que cada uno pueda hacer lo propio de su parte y darne cuenta del cumplimiento de sus obligaciones. Pues lo que á todos digo, y en particular á vosotros, es que velaís y oréis, porque no sabeis la hora en que vendrá vuestro Señor, si será por la tarde, si á la media noche, al canto del gallo ó al romper del día. Velad pues, no venga de improviso y os encuentre dormidos; yo que os amo mas que persona alguna, deseo veros tan vigilantes y pronti á partir cuando os llame vuestro Señor, como están aquellos buenos criados que tienen atados sus lomos y antorchas encendidas en la mano, semejantes á los hombres que esperan á su señor. Tres cosas les ordenó el Señor en pocas palabras. La primera, que tuviesen ceñidos sus lomos; la segunda, que turie-

sen antorchas encendidas, y la tercera, que esperasen al Señor con vigilancia. En cuanto á lo primero, es de saber que los antiguos orientales vestían de ordinario ropas largas; pero cuando se les ofrecia servir ó hacer alguna hacienda que pidiese mayor diligencia, se les prendian con gran cuidado para que no las estorbasen. Así el ángel mandó á san Pedro se las ceñiera para salir de la cárcel; san Rafael apareció á Tobías ceñidas las vestiduras en ademan de caminar, y Elías corria ceñido delante de Acab. El Salvador quiso dar á su expresion un sentido espiritual y sublime cuando dijo á sus discípulos que ceñieran los lomos, significándoles con esto que se desembrasasen de todas las cosas de la tierra que podian servirles de estorbo en el camino del cielo, y que con esta ceñidura estoviesen pronti para entrar en la pelea que habian de traer con sus enemigos. Quiso tambien con esto significar á todos el gran cuidado que debemos tener en refrenar nuestras pasiones, y que esperemos no en los hijos de los hombres que no pueden salvar, sino en Dios, que es el mismo que puede y quiere salvarnos.

En la segunda disposicion que pide el Señor á sus discípulos junto con la primera, muestra, en sentir de san Gregorio [1], las dos partes de la justicia cristiana, que son dejar de obrar mal y obrar el bien, porque la carne, mas pesada siempre que el espíritu, no solo la impide en muchas ocasiones volar al cielo, sino que en muchas las despena y hace revolver en el seno de las pasiones. Y adviértase que no dijo el Señor en vuestra mano, sino en vuestras manos, como el que pasa, dice san Bernardo [2], por un lugar ventoso, que trae con una mano la candelá y con la otra procura cubrirla porque el viento no la apague. Y en la tercera demostró la confianza con que los cristianos debían esperar la muerte como día de regocijo y de boda, porque á eso compara la hora en que nos llamará para sí. Mírese esto á buena luz, y se verá que ninguna cosa dejamos con la muerte que no merezca ser aborrecida y tenida en poco, cuando lo que se nos promete en el siglo venidero, todo ello es amable sobremedura y digno ser tenido en mucho. Dejamos tropiezos, enfermedades, engaño, miseria y falsa seguridad, y se nos promete

[1] Div. Gregor. Hom. 23 in Evangel.

[2] Div. Bernard. Serm. 3.º in Vigil. Nativit. Dom.

vida sin muerte, salud sin enfermedad, estado seguro, regalo perpetuo, gloria sin quebranto, un amontonamiento en fin de todos los bienes, sin mezcla ni sombra de mal. No quiero el Señor que lo esperemos iracundo y vengativo, riguroso y triste, sino alegre, benigno y liberal; como que viene de bodas; no quiere que su venida nos cause pavor y espanto como á los siervos malos que tienen porque temer su residencia, sino consuelo y gozo como á hijos buenos que esperan con ansia á su Padre para recibir de él tiernos y cariñosos abrazos, y por esto están en continua vela; le conocen cuando á la puerta llama y le abren con prontitud. Felices aquellos á quienes encontrare el Señor en esta vigilancia y tan atentos en observar el momento de su venida. Os aseguro en verdad que los hará sentar á la mesa, se cenará sus vestidos y los servirá en persona, teniendo gran cuidado de que no les falte cosa alguna.

Manda tan expresamente el Señor que lo esperemos velando con sumo cuidado, porque puede venir á todas horas y cogernos de sorpresa. Hasta bien sabéis vosotros, dice Judas [1], que el día del Señor, como ladrón de noche, así vendrá. Que cuando los hombres dirán paz y seguridad y cuando se crean mas seguros y tranquilos, vendrá sobre ellos la destrucción, les asaltará de improviso la calamidad como á la mujer preñada los dolores, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estais en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz y del día; no lo somos de la noche ni de las tinieblas; por tanto pues, no durmamos como los demás, antes procuremos velar y vivir con sobriedad y templanza. Si no velares, vendré á ti como ladrón, dice el Señor [2], y no sabrás á qué hora. He aquí yo vengo como ladrón; bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras para no andar desnudo y que no vean su fealdad. Y san Pedro también dice [3]: El día del Señor vendrá como ladrón de noche, en el cual los cielos pasarán, se arruinarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que hay en ella, abrasadas. Siendo pues así que todas estas cosas han de ser disueltas,

[1] Ep. Div. Jud. v. 14.

[2] Apocalyp. cap. 3, v. 3, et cap. 16, v. 15.

[3] Div. Petr. Ep. 2, cap. 3, vs. 10 et seqs.

¡cuán necesario es que vivais santa y piadosamente, esperando y apresurándoos para el advenimiento del día del Señor, en el cual los cielos encendidos y los elementos abrasados serán destruidos y como fundidos de nuevo! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, unos cielos y una tierra nueva, en las cuales mora la justicia. Por tanto, ¡oh amados! con la esperanza de estas cosas, cuidad diligentemente vivir de manera que el Señor os halle puros, imaculados é irrepreensibles, y aguardando su venida en paz. Y si viniere el amo en la segunda vigilia, ó bien en la tercera, y hallase así prontos y dispuestos á sus siervos, no hay duda que serán para siempre bienaventurados.

Después que como bienhechor solicitó propuso el Señor el premio del que vela, no podia menos de declararnos la pena del que duerme, alentándonos con este motivo á velar de continuo, que es todo el objeto de su parábola; por esto les añadió: Fijad bien en vuestra memoria lo que os digo, y tenedlo siempre presente, pues será cosa lastimosa que seais menos cuidadosos en lo que pertenece á vuestras almas, que lo son los del mundo por la seguridad y cuidados de sus casas. Si un padre de familias supiera ó llegara á entender la hora que habia de venir el ladrón, sin duda permanecería en vela para no dejarse sorprender, y no consentiría que le horadasen ó escalasen su casa; pero no sabiendo la hora fija, velaría toda la noche. Vosotros no debéis pues poner menor precaucion en lo que toca á la hora de vuestra muerte y á la venida del Hijo del hombre, vuestro Señor y vuestro Juez. Debéis tener siempre delante los ojos esta última hora, y os importa infinito prepararos bien para ella con una extrema vigilancia, supuesto que no hay cosa mas incierta ni menos conocida.

Habia oido san Pedro cuanto habia dicho el divino Maestro con la mayor atencion, y viendo que habia hecho como una suspension en su discurso, le dijo: ¡Has pronunciado, Señor, esta parábola determinadamente por nosotros ó por todos en general? En su respuesta mostró bien al Salvador que sus instrucciones miraban en general á todos los hombres, pero que deseaba sirviesen particularmente á aquellos que tenían la gran dicha de estar cerca de su persona, y que si les parecían difíciles en la ejecución, practicándolas

tendrían mas mérito y premiaría abundantemente su fidelidad; y así le respondió con tanta familiaridad y agrado, que mas parecia amigo que conversaba con sus amigos, que maestro que enseñaba á sus discípulos, y les dijo: ¿Quién es á vuestro parecer el siervo fiel y prudente á quien el Señor, en el momento de su partida, deja la superintendencia de la casa para que suminiestre á todos sus criados, durante su ausencia, las cosas necesarias para su mantenimiento? Dichoso aquel mayordomo á quien á su vuelta encuentre el amo ocupado en el cumplimiento de sus obligaciones. De verdad os digo que usará con él de confianza y le dará la administracion de todos sus bienes. Pero si un siervo distinguido de esta suerte por la elección de su amo viniere á ser infiel y negligente; si dice en su corazón mi amo no vendrá tan presto, si con este pensamiento se arroja á herir y maltratar á los otros criados; si pierde el tiempo en excesos comiendo y bebiendo con los que se embriagan, vendrá su amo en el día que no piensa y en la hora que menos esperaba; é indignado, apartará á este mal administrador y mayordomo de los bienes y negocios de su casa, y los pondrá en manos de otro, y á aquel colocará entre los impositores é hipócritas. Estado infeliz y suerte desdichada, en que no tendrá sino llanto, gemidos y erugir de dientes. Pues aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor no dispuso ni preparó las cosas, ni se condujo conforme á su voluntad, recibirá muchos azotes; mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de castigo, recibirá menos. Porque se exigirá mucho de aquel á quien mucho se ha dado, y mas se pedirá al que se confiaron muchas cosas.

Insistía fuertemente el Señor en este ejemplo, para preparar á los que le sirven con una obediencia ciega, pronta y exacta, y por esto les repeta con otros términos lo que ya les había dicho. Dios les decía, es semejante á un padre de familias que pide cuentas á algunos criados de los bienes que les ha confiado. Algunos con su industria y buena diligencia los volvieron aumentados; á estos llenó el dueño de nuevos beneficios haciéndolos participantes de la dicha que él mismo gozaba, diciendoles: Entrad en la alegría y gozo de vuestro señor. Otros huyeron del trabajo y estuvieron en una vergonzosa é inexcusable ociosidad, pues sabían bien cuánto desaba-

su señor que se ingentasen y comerciasen con su dinero; pero á estos viles criados, después de haberles despojado de la administracion de sus bienes, condenó á una cárcel perpetua, con la cual les había amenazado muchas veces. Aquí queria fuesen castigados á proporcion de los talentos que habían recibido y del conocimiento que habían tenido del buen deseo de su señor.

No hay duda que estas parábolas miran todas á nuestra instruccion y á que vivamos en el cumplimiento mas exacto de nuestras obligaciones, sin declinar al vicio y en continua vigilancia, esperando la hora del Señor, que vendrá como nuestro juez cuando no lo pensemos, á tomar cuenta de nuestra conducta y de nuestra mayordomía; esto es, del empleo que hemos hecho de los tesoros de su gracia y beneficios que ha derramado sobre nosotros. Con todo eso, atendiendo las circunstancias en que hablaba su Majestad á sus apóstoles, nos parece ser muy exacta la explicacion que de ellas acabamos de dar, atendida la doctrina de los padres y la de las Escrituras santas, y mas cuando las acompaña con otra figura que sin interrupcion sigue á esta última y parece mira al mismo fin, continuando el mismo paralelo entre galileos y judíos. Entonces, dijo el Señor á sus discípulos, esto es, cuando Dios vendrá repentinamente, segun os he profetizado, á dar fin al siglo de la ley, se hará en el reino del Mesías una distincion, cuya figura os voy á exponer; pero se ha de notar que esta primera distincion es al mismo tiempo imagen y figura de lo que sucederá en mi reino y en mi Iglesia, desde su establecimiento entre los gentiles hasta la última consumacion de los siglos.

Semejante será, les dijo, el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Por estas diez vírgenes se entienden generalmente todos los cristianos, en el sentido en que llamaban los profetas al pueblo antiguo del Señor *virgen de Israel, virgen de Judá*, y á Dios *guia de su virginidad*, por la fe no mudada que de él recibía. De un modo semejante se llaman vírgenes los cristianos, porque tienen la virginidad de la verdadera fe y porque en el bautismo se desposaron con el único Esposo celestial Jesucristo, volviendo la espalda á Satanás y á todas sus obras; por lo que en él recibimos la estola blan-

ca y la antorcha encendida, y se nos dice que guardemos nuestro bautismo, para que cuando venga Jesucristo podamos salirle al encuentro. De esta semejanza usó el apóstol para decir á los de Corinto, que por el bautismo los había incorporado con Cristo Jesús, diciendo: Os ha desposado con un varón para que os presenteis á Cristo como vírgen casta [1].

Segun la costumbre de los judíos y aun de los gentiles, tomaron las vírgenes sus lámparas y salieron á recibir los esposos. Los mozos que salían á esta fiesta, se llamaban hijos del esposo, y cuando la esposa era llevada á la casa del esposo, llevaban las doncellas que la acompañaban lámparas encendidas, como así lo cautó David [2]. Serán llevadas al rey las vírgenes en pos de ella, sus compañeras serán llevadas á ti con alegría y gran fiesta, serán llevadas al templo del rey. Claro es que fundando Jesús su parábola en esta costumbre, el esposo era Cristo; las lámparas de las vírgenes significan la fe que profesa cada uno de los cristianos y la entrega que de sí hacen al Esposo para servirle. Por el aceite se entiende en este lugar la penitencia y las obras necesarias para recibir dignamente al Esposo, sin las cuales se apaga la lámpara, porque la fe sin obras es muerta. Pero de diez que fueron entre todas, hubo cinco necias que se olvidaron prevenir aceite para cebar sus lámparas. Las otras cinco, mucho mas prudentes, tuvieron cuidado de llenar de aquel licor unos vasos y llevarlos consigo. No obstante, como tardase mucho el Esposo en venir, tuvieron tiempo para tomar algun reposo. De prudentes se acreditan los que sabiendo para qué han nacido y para qué se les da vida y el papel que hacen en la Iglesia, tratan de portarse en todo conforme á estos principios, poniendo con la ayuda de Dios los medios necesarios para salvarse. Necios son los que ó no se cuidan de la salvación, ó no atinan con los medios necesarios para llegar á ella, tales son los que tienen la conciencia como vasija quebrada, que no para en ellos deseo ni pensamiento bueno, y viven como caballos desbocados, precipitándose en el abismo insondable de los vicios.

Con el desaparecimiento de las vírgenes necias contrarió á la

[1] Div. Paul. Epist. 2.ª ad Corinth. cap. 11, v. 2.

[2] Psal. 44, vs. 16 et 18.

dencia de las sabias, quiso declarar el Señor que en su día se descubrirá lo escondido de las tinieblas, y los pensamientos y secretos de su corazón [1]. Mientras somos viadores, la exterior profesión de la fe confunde á los cristianos verdaderos con los falsos y adulterinos. Pero esta mezcla se acabará en aquel día novísimo en que los justos resplandecerán como el sol, y los pecadores quedarán como carbon denegrido en perpetuas tinieblas. Durmieronse todas las vírgenes con la tardanza del Esposo; pero á la media noche se oyó el aviso ordinario: *Ved aquí al Esposo que viene*; levantaos y salid al encuentro. Esa tardanza del esposo y dilación de su venida, es el plazo de la penitencia que se concede al pecador. En este tiempo suele disimular el Señor nuestros pecados por el dengo que tiene de que nadie se pierda [2], haciendo gala de la riquísima tesorería de su bondad para traernos seguros al camino de la penitencia. Mas esta misma longanimidad nos debe causar grande espanto, porque nos acuerda tambien la grandeza de su ira, la cual aunque tarde en empuñar la espada de la venganza, recompensa con usuras esta dilación con lo pesado y espantoso del castigo.

Todas las vírgenes quedaron dormidas, porque este es el sueño de la muerte, comun á los buenos y á los malos, á los sabios y á los necios, pues á todos comprende la pena de morir una vez, á lo cual se sigue el juicio. Á la media noche vino el esposo, un clamor precedió su venida, y del centro del clamor salía una voz que decía: Salid á recibirlo. ¡Qué pensamientos tan congojosos y terribles para el pecador miserable no representó el Señor con estas pocas palabras! El silencio de la noche y el desamparo en que el hombre se ve en medio de su holguez, son la viva imagen de lo que nos ha de suceder en la hora de la muerte. Nos veremos privados de nuestros dentos, amigos y valedores, y abandonados hasta de nuestras propias fuerzas en aquella hora triste, y sorprendidos con la repentina y no esperada venida del Señor. Es cosa digna de admiración y de lástima que estando avisados los hombres como lo están de la venida tan terrible del Juez, inciertos de cuándo ha de

[1] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 4, v. 5.

[2] Div. Petrus. Ep. 2.ª cap. 3, v. 9.

ser, ciertos de la severidad con que los ha de juzgar, diga el mismo Señor que los cogerá desapercibidos, como el lazo á la avejilla que cae en él, cómo y cuando menos lo piensa. Tan cierto es, que los pecadores siempre se hacen sordos é insensibles á llamamientos de la misericordia y de la gracia de Dios.

Levantáronse todas las vírgenes al oír el clamor, y empezaron á adornar las lámparas con flores, según era costumbre. Entonces viendo las necias que sus lámparas se apagaban, conocieron su descuido; y no teniendo ni una sola gota de aceite para avivarlas, ni sabiendo de dónde debían surtirse, empezaron á decir á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Retrató aquí el Señor muy al vivo lo que sucederá á la hora de la muerte al hombre que vivió descuidado durante su vida y no pensó en tener acopiado para entonces el aceite de las buenas obras, para que luciese sin intermisión la lámpara de su fe, sostenida por los ardores de su caridad y amor. Los justos que con tiempo se proveyeron de buenas obras, avalanzados á la cruz de Cristo con la luz de la caridad que arde en ellos, se preparan para recibir al esposo. Los malos por el contrario, viendo desaprovechado el tiempo de su vida, se aterrorizan á la vista del peligro que les amenaza, no saben qué hacerse ni á dónde acudir. Desvarío es y locura grandísima que un negocio tan grave como este y en que tanto nos va, se deje para el tiempo de mas aflicción y turbación que tiene la vida, y cuando la atención falta, el sentido se turba, y las fuerzas interiores y exteriores se decaen hasta lo sumo, alarguemos las manos á la tierra que de sí nos echa, levantemos los ojos al cielo, al que tenemos enojado, y busquemos en la pobreza de los hombres aquello que entonces mas nos hace falta. En vano clamaremos: Dios nos oirá; porque mientras vivimos le desoímos á él.

Fácil será que aquellos á quienes clamamos nos desoigan ó se excusen, y dejen de prestarnos el socorro, como lo hicieron las vírgenes prudentes con las fatuas, y mas bien las dijeron: Id á los que venden y comprad aceite para vosotras. El no haber dado las vírgenes prudentes de su aceite á las necias, denota que á nadie aprovechan los méritos ajenos para alcanzar la vida eterna, sino las

obras propias, por las cuales cada uno ha de ser juzgado. En la vida presente podemos ayudarnos los unos á los otros con oraciones, ayunos, limosnas, sacrificios y todo género de buenas obras; pero en llegando al tribunal de Dios, solo nuestras buenas obras son las que han de valernos: nadie puede doblar la vara de la justicia divina para que salve el Señor al que merece ser condenado. ¿Si apenas se salvará el justo que con tiempo se proveyó de buenas obras, en qué pone su confianza el malo que se burla de la virtud y desprecia todo aquello que es mérito para el cielo?

Tomaron en efecto las vírgenes necias el consejo de las prudentes; fueron á comprar aceite, pero mientras se ocupaban de este negocio llegó el esposo, halló solamente á las prudentes, entró con ellas en la sala de la boda, y en seguida se cerró la puerta. Ya no era tiempo de reparar el que antes habían perdido, ya no podían abastecer con el ejercicio de la virtud, y por esto se les cerró la puerta de la misericordia para perdonar, la de la gracia para merecer, y la de la gloria que tanto tiempo habia estado abierta para que entrasen á descansar en el reino de Dios. En vano clamaron y dijeron: Señor, Señor, abrenos; porque el Señor á quien llamaban las desconoció y claramente les dijo: No sé quién sois. Eran ya del número de los réprobos, y por esto las desconoció. Lo que en sentido equivalente significa lo que á todos los réprobos dirá el Señor en su terrible día: No os reconozco por discípulos míos, porque no estais marcados con el sello de la caridad que distingue á los de mi escuela. No os reconozco por hijos, porque no veo en vosotros obras que se asemejen á mí; ni como soldados de mi campo, porque os habeis despojado de mis armas, que son las de la justicia, y ensuciado y roto el vestido de la gracia que os vestí en el santo bautismo.

Ved aquí, concluyó el Señor, una figura de lo que sucederá cuando el Esposo de las almas santas haga el banquete de sus bodas en el cielo. No admitirá en él sino á los dignos; procurad pues merecer esta gracia, no seáis negligentes, velad sobre las disposiciones de vuestro corazón supuesto que no sabeis en qué día ó en qué hora vendrá este Esposo celestial, cuya venida será no menos terrible á los que no estuvieron en estado de recibirla, que gustosa para los

que encontrare en la debida preparacion. Pero para conocer bien el sentido inmediato de estas parábolas, conviene miraras como una continuacion ó efecto de la larga conversacion que el divino Maestro habia tenido con sus apóstoles con la ocasion del templo y de la ciudad de Jerusalem, sobre su segunda venida y sobre la destruccion y reprobacion del pueblo judío. No hay duda que estas parábolas divinas en que se declaraban de un modo sensible los sucesos futuros, sin que pudiese descubrir en ellas el día puntual de su ejecucion, debia despertar la atencion de los apóstoles y excitar su vigilancia. Con este designio, ateniéndose Jesucristo á la misma leccion y fijándola siempre hacia el mismo objeto con la data que les señala de su segunda venida para castigar á la infiel Jerusalem, continuó sin alguna interrupcion su comenzado discurso con la explicacion de otros nuevos, señales que habian de preceder al juicio universal.

En este tiempo, les dijo, de la general resurreccion y juicio universal, el Hijo del hombre á quien se dió todo el derecho de juzgar en el cielo y sobre la tierra, se mostrará visiblemente y en persona, con el esplendor de su Majestad. Todos sus ángeles lo acompañarán en cualidad de súbditos y ministros de su voluntad, ejecutores de sus órdenes. Se sentará sobre el trono de su gloria, desde donde citará su tribunal á todos y á cada uno de los hombres que hubieren llenado sucesivamente los diferentes estados y condiciones del mundo, desde su primer origen hasta su última y total destruccion. Los dividirá en dos grandes partes, así como el pastor aparta y divide su ganado, y separa á las ovejas de los cabritos. Los justos, representados por las ovejas mansas y obedientes, se colocarán á la mano derecha, y los malos, figurados por los cabritos, animales sucios é inmundos, serán echados á la mano izquierda. ¿A quién no espanta la pintura que nos hace el Señor de su segunda venida? ¿Cómo quedan al hombre ganas de pecar, teniendo fe de que ha de comparecer delante de Cristo á dar cuenta de sus obras, y hasta de sus mas ocultos deseos y pensamientos?

No vendrá el Señor solo, ni acompañado solamente de Moisés y Elias, dice el Crisóstomo, como cuando se transfiguró en el monte,

sino con un ejército innumerable de potestades del cielo [1]. No entre bestias como cuando bajó al suelo, sino con la pompa y majestad con que subió al Padre. No en pié como reo, sino sentado como juez; no entre ladrones sobre la cruz, sino entre ángeles sobre el trono de su gloria. Algún tiempo fui oveja, dice el Señor; como cordero me llevaron al sacrificio y no abrí mi boca; sufrí, disimulé, pasé por todo lo que quisieron hacer de mí. ¿Por ventura callaré siempre? No, no. Día vendrá en que levante la voz; gritaré como mujer que anda con dolores de parto; y como el mar bravo suele tragarse al navio con todos los que van en él, así yo arruinaré y juntamente me sorberé y tragaré el mundo y los que pertenecen á él. Buenos y malos, todos comparecerán ante el Juez. Allí será el llanto amargo de los amadores del mundo, de esa gente que se ve ahora tan prosperada y favorecida. Quisieran esconderse entonces del Cordero enojado los que ahora pisan sus leyes, mas no podrán [2]. Los que ahora se esconden en las llagas de Cristo no tendrán por qué esconderse entonces en las cuevas y averturas de los peñascos. ¡Oh! ¿Y qué espantoso y terrible acrá aquel día! ¿Cuán aflictiva y desconsolante la separacion de los buenos y los malos! Los que ahora hacen temblar al mundo, temblarán á su vez á la vista de aquellos á quienes persiguieron y mataron, y á la vista de su dicha será el tormento mayor que sufrirán en su eterna desgracia.

Pero como una de las causas mas influyentes sobre la perversa inclinacion y costumbres del hombre es la desigualdad, no solo de fortunas, sino de educacion, porque son muy pocos los que quieren aprender que somos nada delante de Dios y poquísimos los que se dediquen á obrar con arreglo á esta idea salvadora, aunque la hayan aprendido, si les sopla favorablemente la fortuna, la muerte y la justicia de Dios vienen á enseñarles, aunque tarde, que la verdadera desigualdad á la presencia del Señor consiste en el mérito de las obras. Bien podrá uno haber sido pobre en esta vida, que si sus obras ricas en merecimientos, él será rico delante de Dios; así como por el contrario, bien podrá haber sido rico delante de los hombres,

[1] Div. Crisostom. Hom. 57 in Math.

[2] Apocalyp. cap. 6, v. 16.

que á sus obras son pobres de merecimientos á la vista de aquel para quien nada hay oculto, pobre será en verdad, y lo será para siempre; así que, cuales fueren las obras del hombre al salir del mundo, tal será su suerte en la eternidad; ó trigo para el granero de la gloria, ó paja para el horno del infierno. No dice que separará los pobres de los ricos, los plebeyos de los nobles, ni los sabios de los necios, sino las ovejas de los cabritos, esto es, los buenos de los malos; y colocará los buenos á su derecha y los malos á su izquierda. Tiembla y se estremece el corazón mas atrevido cuando llega á pensar esto con fe. ¿Cuál será mi suerte en aquel día terrible? ¿Cuál será el lugar que ocupe? Soberbio y orgulloso, lascivo y avaro, no lo tendré entre los pequeñuelos y humildes ni entre los continentes y pobres; será precisamente colocado entre los cabritos, porque siempre desconocí el freno de la moderación y de la virtud.

Al clamor espantoso de la reunión seguirá un silencio profundo, indicio cierto de que va á oírse en breve la voz de la Majestad: el Hijo de Dios, Rey de los cielos y de la tierra, Juez árbitro y soberano de todos los hombres, volverá su vista consoladora y alegre á los justos que tendrá á su diestra, y los llamará á la participación de su gloria diciéndoles: Venid á mí, benditos de mi Padre; venid á poseer el reino donde él reina; el que os está preparado desde la creación del mundo; el mismo que os conquisté con los dolores de mi pasión y muerte, y os adquirí con el precio de mi sangre, y vosotros habéis finalmente merecido con vuestras buenas obras; pues yo tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, no tenía posada en el mundo y vosotros me hospedasteis, estuve desnudo y me cubristeis, estaba enfermo y me visitasteis, y hallándome cautivo y preso me fuisteis á consolar. ¡Oh, qué palabras de tanta gloria y consuelo! ¿Quién podrá ponderar el gozo que al oírlos sentirán los buenos? ¿Qué sorprendidos y admirados quedarán al oír tales expresiones de la boca de su soberano Juez que les hará un convite tan dulce y apreciable? Pues qué, Señor, responderán los justos, ¿cuándo os habemos visto tan pobre y falto de alimento, y hemos sido tan dichosos, que háyamos servido con él? ¿cuándo sediento y os hemos suministrado qué beber? ¿cuándo os

hemos encontrado en viaje y sin posada, y hemos tenido la gloria de recogeros en nuestra casa? ¿cuándo os vimos desnudo y tuvimos el consuelo de vestirlos? ¿y cuándo, en fin, enfermo ó en prisiones tuvimos la fortuna de visitarlos y socorremos? ¡Ah! responderá el Señor, vosotros me habéis hecho mas bien del que pensáis: yo estaba recibiendo vuestros dones y consuelos, y vuestros ojos no me veían. En verdad os digo que todas las veces que habéis dispensado estos buenos oficios á uno de los pequeñuelos que creen en mí, los habéis usado conmigo. A Dios se presta lo que al pobre se da, y él lo vuelve con usura y ganancia inestimable. Don es, dice san Basilio [1], porque lo das de balde, sin pretender nada del pobre que lo recibe; mas tambien es empréstito por la grande magnificencia del Señor que quiere pagar por el pobre. Este no puede pagar, pero te lo paga el fiador de los pobres, diciendo que á él se da lo que de tu mano recibe el pobre. Y el Damascino añade [2]: Que el pobre es la máscara con que Dios se cubre y esconde; por consiguiente, cuantas veces al pobre socorremos y consolamos, otras tantas á Cristo honramos y favorecemos.

Apénas el supremo y rectísimo Juez habrá pronunciado la sentencia favorable á los buenos, cuando volverá su vista tremenda á los malos, y profetizará contra ellos con las mismas palabras, aunque en contrario sentido, la reprobación y condenación eterna. Alejaos de mí, les dirá, malditos; id al fuego eterno que está preparado para el diablo y los ángeles rebeldes que le siguieron; pues tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, andaba peregrino y no me hospedasteis, desnudo y no me vestisteis, y estuve enfermo y en prisión y no me visitasteis. ¿Cuándo, Señor, responderán los desdichados reprobos, huimos de tí, te aborrecimos y despreciamos, y te negamos todos estos consuelos? Cuando los negásteis á uno de mis discípulos, al mas infeliz de todos mis pequeñuelos, entonces me los negásteis á mí. ¡Duras, terribles, tremendas y espantosas palabras, mas intolerables que el infierno mismo! Dios arrojará y apartará de sí para siempre á los que se apartan

[1] Div. Basil. in cal. 24, Serm. 2.

[2] Div. Joann. Damascin. in Parallelis.

de él y lo desconocen. Este es aquel destierro perpetuo; aquella fulminante excomunión que separa al réprobo de la compañía eterna de los escogidos. ¿Qué será de la criatura á la que quepa tan desgraciada suerte? ¿Dónde irá á parar? Al fuego eterno, á las lágrimas de la penitencia infructuosa, á la desesperación perpetua, al tormento del gusano roedor que martiriza el corazón sin mejorarle, y lo despedaza sin destruirle ni matarle. Espanta la sola memoria de esta sentencia definitiva, de la que no hay súplica ni apelación. ¿Qué será ver en aquel punto abrirse la tierra con horrible estallido, hundirse en aquella sima hechos un orillo hombres y demonios, ensanchando su boca el infierno para tragar tan miserable bocado? ¡Ah! El Señor cerrará después la puerta del pozo del abismo con el candado de su inflexible justicia, para que no se abra jamás. Allí será el crujir y rechinar de dientes; allí el ahullar como perros rabiosos en la región del olvido, en la estancia de la muerte; el agonizar sin morir, el despedazarse sin fruto, y el clamar y gritar eternamente: *Ergo erravimus*, ...

Los justos empero irán á la vida eterna. Al reino de la luz, al seno de la alegría, á la mansion del sosiego y de la paz. A ser ciudadanos del cielo, compañeros de los ángeles y felices eternamente con todos los santos y justos. A gozar de Dios, en fin, y á disfrutar para siempre de su amable compañía, de la de su Madre santísima y de la de todos los espíritus bienaventurados. ¿Cuál será el uenio que diga no quiero ir al cielo, ni quiero el gozo ni el descanso eterno? Si el goce de la felicidad es innato en el corazón del hombre, ¿cómo podremos huir del camino que aquella conduce? Este camino es Jesucristo: vivir con arreglo al mundo y reinar después con Jesús, no puede ser; vivió humillado y murió crucificado; para reinar es preciso decir con san Pablo [1]: El mundo está muerto y crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, Rey mansísimo y Padre misericordísimo: tú que oyes siempre las súplicas que nacen de un corazón ver-

[1] Div. Paul. Epist. ad Galat. cap. 6, v. 14.

daderamente humillado á tu divina presencia, dignate oírme y aleja de mí todo motivo de presunción y de soberbia, para que humillado y sinceramente arrepentido, camine sin intermisión hacia tí todos los días de mi vida, y por el ejercicio y práctica de las buenas obras, siempre velando y obrando con afanosa solicitud cuanto sea de tu gusto, á tí vaya, á tí llegue, y á tí para siempre me una. Nunca apartes de mi entendimiento las luces de la sabiduría que sabes necesito, para no tropezar entre la multitud de errores y peligros que por todas partes en el mundo me rodean; y ya que por tu inefable misericordia me hiciste conocer las abominaciones de que está lleno, no permitas que con ellas se manche jamás mi espíritu. ¡Pastor bueno! ¡Pastor eterno! ¡cuándo te pagaré yo la misericordia con que me admites á tu rebaño? Abre mi corazón á tu Evangelio, para que ame este pasto de salud eterna y con él solo me alimente; ábrele á tu mano saludable para que me deje llevar de ella á los ejemplos de tus virtudes, para que en todo y siempre los siga. ¡Oh, y cuánto tardo en ir á tí! Si tengo de morir y tengo de ser juzgado por tí, y acá ó allá he de hacer penitencia, ¿por qué no elijo el tiempo de la vida presente para hacerla y merecer después ser contado en el número de tus siervos y amigos? Enséñame, Señor, á prepararme para que pueda darte exacta cuenta de los talentos recibidos, no sea que fallándome el aceite de las buenas obras, apagada la lámpara de la caridad, oiga de tu boca: *Apártate de mí, maldito de mi Padre, y marcha al fuego eterno*. Sé, Dios mío, que esto es lo único que merezca, pues te dejé á tí por lo que es infinitamente menos que tú; pero á tí vuelvo contrito y arrepentido, seguro de que no me despreciarás; aviva en mí, ¡oh dulce Jesús! la fe de tu segunda venida, para que con temor y temblor trabaje en prepararme para ella, velando día y noche, y merezca ser introducido por tí en el palacio de la gloria, donde con los ángeles y santos eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el 24 y 25 del Evangelio de san Mateo, en el 13 de san Marcos y en el 21 de san Lucas.

La Iglesia usa de estos textos en diferentes dias del año.

Del capítulo 24 de san Mateo, desde el versículo 15 al 35, en la Dominica XXIV después de Pentecostés.

En la festividad de los santos mártires Mario, Marta y otros compañeros; á 19 de enero, usa del mismo capítulo 24, desde el versículo 3 al 13; y en otras muchas festividades de varios santos mártires, y en la misa *Salus autem iustorum*, del comun de muchos mártires.

Del texto del capítulo 25 del mismo san Mateo, desde el versículo 1 al 13, usa en la misa de santa Inés virgen y mártir, á 21 de enero, y en las festividades de otras muchas santas vírgenes y mártires, y de vírgenes solamente; y en las misas *locuevar* del comun de santas vírgenes y mártires, y en la *dilexisti* del comun de vírgenes.

Del mismo capítulo de san Mateo, desde el versículo 14 al 23, usa en el dia de san Nicolás obispo, á 6 de diciembre, desde el versículo 14 al 23; y en las festividades de otros muchos santos obispos, y en la misa *Statuit* del comun de confesores pontífices.

Del texto del capítulo 24 del propio san Mateo, desde el versículo 42 al 47, usa en la misa del dia de san Dámaso papa, á 11 de diciembre; y en la festividad de otros muchos santos papas, y en la misa *sacerdotes* del comun de confesores pontífices.

Del texto del mismo Evangelio de san Mateo, capítulo 25, versículos 31 al 46, usa en la misa de la feria segunda después de la Dominica primera de Cuaresma.

Del texto de san Lucas, capítulo 21, versículos 9 al 19, usa en la misa de los santos mártires Vicente y Anastasio, á 22 de enero; y en las fiestas de otros muchos mártires, y en la misa *In tret* del comun de muchos mártires.

Y del texto del mismo Evangelista y capítulo, versículos 25 al 33, en la Dominica primera de Adviento. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXIV DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Mateo, cap. XXIV. vs. 15 al 35.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando viéreis que la abominacion de la desolacion anunciada por el profeta Daniel está en el lugar santo (el que lee, entiéndalo), entonces los que estuvieren en Judea huyan á los montes, y el que sobre la techumbre, no baje á tomar nada de su casa; y el que en el campo, no vuelva á tomar su ropa. Mas ¡ay de las preñadas y de las que crian en aquellos dias! Rogad que vuestra fuga no sea en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces tan grande tribulacion, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no hubieren sido acortados aquellos dias, ningun hombre seria salvo; mas por causa de los escogidos serán acortados aquellos dias. Entonces si os dijere alguno: Mirad, aquí está el Cristo, ó allí; no lo creais. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes milagros y prodigios, hasta ser engañados, si fuere posible, los mismos escogidos. He aquí os lo anuncio. Por tanto, si os dijeren: He aquí, en lo mas oculto de la casa; no lo creais. Porque como relámpago que sale de Oriente y resplandece hasta el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Porque donde quiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. Mas luego que pasen estos dias de tribulacion, se oscurecerá el sol, y la luna no despedirá su luz, y caerán del cielo las estrellas, y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre. Y entonces lamentarán todos los pueblos de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará á sus ángeles con trompeta y gran voz, los cuales congregarán á sus

escogidos de los cuatro vientos, del un cabo del cielo hasta el otro. Aprended de la higuera esta parábola: Cuando ya está tierna su rama y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. Así vosotros cuando viéreis todas estas cosas, sabed que está cercano á las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que se cumplan todas estas cosas. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

EVANGELIO DE LA MISA DE LOS SANTOS MARTIRES MARIO, MARTA, ETC., A 19 DE ENERO, Y DE LA MISA SALUS AUTEM JUSTORUM DEL COMUN DE MUCHOS MARTIRES.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 3 al 13.

En aquel tiempo estando sentado Jesús en el monte de las Olivas, se llegaron á él los discípulos y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuándo sucederá esto? ¿Y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? A lo que Jesús les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo. Y seducirán á muchos. Oireis asimismo noticias de batallas y rumores de guerra. No hay que turbaros por eso, que si bien han de preceder estas cosas, no es todavía el término. Es verdad que se armará nacion contra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares. Empero todo esto no es mas que el principio de los males. En aquel tiempo sereis entregados á la tribulacion y os darán la muerte, y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion unos á otros, y se odiarán reciprocamente. Y aparecera un gran número de falsos profetas que pervertirán á muchos. Y por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverar hasta el fin, este se salvará.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN DAMASO PAPA, A 11 DE DICIEMBRE, Y DE OTROS MUCHOS SANTOS PAPAS, Y DE LA MISA SACERDOTES DEL COMUN DE CONFESORES PONTÍFICES.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 42 al 47.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, pues, que no sabéis á qué hora ha de venir vuestro Señor. Estad ciertos que si un padre de familias supiera á qué hora le habia de asaltar el ladrón, estaria seguramente en vela y no dejaria minar su casa. Pues asimismo estad vosotros igualmente apercebidos porque á la hora que menos penseis ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién pensais que es el siervo fiel y prudente, constituido por su Señor mayordomo sobre su familia, para repartir á cada uno el alimento á su tiempo? Bienaventurado el tal siervo, á quien cuando venga su Señor le hallare cumpliendo así con su deber: en verdad os digo que le encomendará el gobierno de toda su hacienda.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SANTA INES VIRGEN Y MARTIR, Y DE OTRAS MUCHAS SANTAS VIRGENES Y VIRGENES Y MARTIRES, Y DE LAS MISAS LOQUERAN DE VIRGENES Y MARTIRES, Y DE LA DILEXISTI DEL COMUN DE VIRGENES.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Semejante es el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes; pero las cinco necias al coger sus lámparas, no se provieron de aceite. Al contrario las prudentes, junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el Esposo tardase

en venir, se adormecieron todas y se durmieron. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el Esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagán. Respondieron las prudentes diciendo: No sea cosa que este que tenemos no baste para vosotras y para nosotras: mejor es que váyais á los que le venden y compréis el que os falta. Mientras iban estas á comprarle, vino el Esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes diciendo: ¡Señor, Señor! ábrelos. Pero él respondió y dijo: En verdad os digo, que yo no os conozco. Así que, velad vosotras, ya que no sabéis el día ni la hora.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN NICOLAS OBISPO, A SEIS DE DICIEMBRE, Y DE OTROS MUCHOS SANTOS OBISPOS Y CONFESORES, Y DE LA MISA STATUT DEL COMUN DE CONFESORES PONTIFICES.

San Mateo, cap. XXV, vs. 14 al 23.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Marchándose un hombre á lejanas tierras, llamó á sus criados y les entregó sus bienes. Y al uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno solo; á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos, fué, y negociando con ellos ganó otros cinco. De la misma manera aquel que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que recibió uno, fué é hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su Señor. Pasado mucho tiempo, volvió el amo de aquellos criados y llamóles á cuentas. Llegando el que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco mas que he ganado con ellos. Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; ya que

has sido fiel en lo poco, yo te fiaré lo mucho; ven á tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse después el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos que he granjeado con ellos. Dijo su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas; ven á participar del gozo de tu señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA SEGUNDA DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESIMA.

San Mateo, cap. XXV, vs. 31 al 46.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando el Hijo del hombre vendrá en su Majestad y todos los ángeles con él, se sentará sobre el trono de su gloria, y serán congregadas delante de él todas las gentes, y separará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos; y las ovejas las pondrá á su mano derecha y los cabritos á la siniestra. Entonces dirá el Rey á los que están á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, tuve necesidad de hospedaje y me recogisteis, desnudo estuve y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y venisteis á verme. Responderánle entonces los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos? ¿Sediento y te dimos de beber? ¿O cuándo te vimos necesitado de hospedaje y te recogimos? ¿O desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel y fuimos á verte? Y respondiendo el Rey les dirá: En verdad os digo, que cuantas veces hicisteis esto á uno de estos hermanos míos pequeñitos, á mí me lo hicisteis. Entonces dirá también á los que están á la siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, necesitado estuve de hospedaje y no me recogisteis, desnudo estu-

ve y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Responderánle ellos mismos y dirán: Señor, cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó necesitado de hospedaje, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te asistimos? Mas él les responderá diciéndoles: En verdad os digo, que cuantas veces dejasteis de hacer esto á uno de estos pequeñitos, á mí lo dejasteis de hacer. E irán estos al tormento eterno, mas los justos á la vida eterna.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LOS SANTOS MARTIRES VICENTE Y ANASTASIO, A 22 DE ENERO, Y DE OTROS MUCHOS, Y DE LA MISA INTRET DEL COMUN DE MUCHOS MARTIRES.

San Lucas, cap. XXI, vs. 9 al 19.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis guerras y sediciones no os asombréis. Es menester que estas cosas sucedan primero, pero no será luego el fin. Entonces, les decía, se levantarán unas gentes contra otras gentes, y unos reinos contra otros reinos, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes, y hambres, y en el cielo prodigios y grandes señales. Mas antes de todo esto os echarán mano y os perseguirán, llevándoos á las Sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre, lo cual os será ocasion de dar testimonio de mí. Fijad pues en vuestros corazones, que no habeis de pensar antes cómo habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, y parientes, y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis v vuestras almas.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

San Lucas, cap. XXI, vs. 25 al 33.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la tierra; consternación de

las gentes, por el espanto que causará el bramido del mar y de sus olas; secaránse los hombres de temor, aguardando las cosas que han de sobrevenir á todo el mundo. Porque las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando comiencen á suceder estas cosas, mirad á lo alto y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redencion. Y les propuso esta semejanza: Mirad á la higuera y los demás árboles; cuando comienzan á arrojar la fruta entendéis que se acerca el Estío. Así tambien cuando viéreis suceder estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo, que no se acabará esta generación sin que todo esto se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

CAPITULO XXVI.

EMPIEZA LA PASION DE JESUS.

§ 1.º

CONCILIO TENIDO EN JERUSALEN CONTRA JESUS, Y RESOLUCION
DE PRENDERLE Y MATARLE.

Muy próxima estaba ya la Pascua de aquel año y la solemnidad que llamaban de los Azimos, en la que tenían los judíos la precisa obligación de cumplir con un precepto de su ley, por el que debían consumir el pan común, porque durante la festividad no podían comer sino el pan azimo y sin levadura: é instando ya el tiempo en que debían cumplirse los designios de la justicia y de la misericordia del Padre que su Hijo esperaba con las mayores ansias, no podía este dejar de cumplir también los de su misericordia y amor, según los habían descrito y anunciado los profetas. Había de llenar las ciudades de Doctor y de Maestro, enviado singularmente para preparar el reino de Dios al pueblo que caminaba entre las sombras de la muerte, y esto estaba ya suficientemente cumplido en los tres años que había recorrido en diferentes direcciones la Samaria, Ga-

lilea y todas las partes de la Judea, que formaban el antiguo dominio del pueblo de Dios. Pero Jesús era mas que esto: era la víctima grande que había de ofrecerse al Eterno Padre por la salud de todo el mundo sobre los montes de Israel, y era el Mesías, Doctor, Pastor, Maestro y Salvador de todos los hombres, y por este título había de morir para merecerles á todos con la efusión de su divina sangre, y con su pasión y muerte dolorosísima, las gracias de salud y la gloria de la adopción. Jamás se había visto sobre la tierra, ni justicia mas severa, ni misericordia mas tierna, que la que se vió brillar en la pasión y muerte del Hijo bendito del Eterno, siendo como era, Santo, Inocente, sin mancha, segregado de los pecadores, y muy superior á los ángeles en todo aquello que podía constituirle infinitamente amable á la presencia del Padre. Su alma era la cosa mas bella, mas perfecta, mas cabal y completa que jamás hubiese salido de las manos del Altísimo, y era por lo mismo mas amada de él que todas las criaturas del cielo y de la tierra; su vida preciosísima era la vida de todo lo que vive, y su muerte había de ser la agonía de toda la naturaleza, el horror del cielo y la aflicción de los ángeles; sin embargo, estaba dicho en las Escrituras que había de ser sacrificado para la gloria de Dios, para la salud de los hombres y para el establecimiento de un nuevo culto fundado sobre la divinidad de su persona y sobre el mérito de su sacrificio; esta víctima y esta hostia debían ofrecerse en la solemnidad de la Pascua.

Fiel y exactísimo el Salvador en el cumplimiento de la voluntad de su Padre que hacia mas de cuatro mil años que esperaba esta hostia, que se lo había ofrecido desde su entrada al mundo, viendo que estaba ya todo dispuesto y que no faltaba sino la ejecución del sacrificio, dió permiso al infierno para que desencadenara todas sus potestades contra su sacratísima persona. Había llegado esta hora y Jerusalem era el lugar donde el fuerte armado había reunido todas sus fuerzas, al paso que el pueblo dócil y sencillo manifestaba dar á Jesús demostraciones de respeto y testimonios de confianza; por el contrario los magistrados, los sacerdotes y los pontífices, abrasados del fuego de su envidia estaban empeñados en perderlo; por cuyo motivo se había salido Jesús de la ciudad y marchado á

Bethania. Allí fué donde dando rienda suelta á los afectos de su corazón, como en otras ocasiones lo había hecho, declaró la proximidad de este tiempo sin rebozo alguno á sus discípulos, y les dijo: Sabed que dentro de dos días han de celebrar los judíos su Pascua; pero sabed asimismo que no contentos con sacrificar sus corderos, sacrificarán también al Hijo del hombre que será entregado á los extranjeros, y estos le crucificarán. Y en efecto, en este mismo tiempo sus mas capitales enemigos que poseían los primeros cargos, así eclesiásticos como seculares, y que tenían las primeras cátedras en las escuelas públicas, sedientos siempre de sangre, se juntaron en la casa de Caifás, sumo sacerdote, para deliberar entre sí los medios de perderlo y hacerle morir. No querían usar de violencia, ni se atrevían á intentar esto en la solemnidad de la Pascua, temiendo algun alboroto del pueblo que apreciaba mucho á Jesús. No era esta la vez primera que se habían tomado semejantes resoluciones; pero en esta asamblea se convino en que ya no había de perder tiempo, y que era preciso que este perverso designio tuviese su ejecución antes de la Pascua, pues así era en extremo conveniente para la salud del pueblo; tal era el oráculo que había salido de la boca del pontífice: *Conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la gente.*

Jamás pudo pronunciar hombre alguno una verdad tan importante como esta que pronunció Caifás en el gran consejo de Sion; pues ella no era sino una repetición de cuanto en la eternidad estaba resuelto en el consistorio de las divinas Personas. El Evangelista refiere el hecho, publica el dicho, y no lo censura como blasfemia, sino que trasmite á la Iglesia como una profecía dictada por el Espíritu Santo al presidente del concilio, diciendo: *Esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo pontífice en aquel año, profetizó.* Con todo, conviene saber que Caifás mantenía en su corazón el furor de un basilisco, y le tenía plagado del veneno de los áspides y de la hiel de los dragones, y si bien profetizó entonces, no era profeta; era impío, era malvado, era apóstata, era enemigo declarado de Cristo y lo quería muerto; y la salud del pueblo de que se mostraba tan celoso, era solo un pretexto para cohonestar el odio feroz é implacable de que estaba poseído contra Jesucristo, el que quería cohones-

tar con pretexto del bien del pueblo; pues como dice el célebre historiador Josefo [1]: Los escribas y fariseos eran una clase de hombres astutos, arrogantes, que se abrogaban la mayor fidelidad en la observancia de la ley, sin separarse jamás de ella en todo aquello en que la tenacidad de su ofuscada razón les hacía inclinar, siguiéndolo con pertinacia, aunque fuese contra la misma ley, la razón y la justicia, siempre que ellos lo creían así conveniente para la consecución de sus planes y designios.

El Evangelista dice muy oportunamente que *profetizó*. Porque si hubiera conocido el error de su blasfemia, seguramente no hubiera pronunciado el oráculo, pensando tan siniestramente como pensaba de Cristo. Así cubrió toda la apariencia da su infame vicio, con los honores de la virtud, y atropelló, por decirlo así, la mas importante de todas las resoluciones, haciendo el mayor bien á todo el mundo, porque así estaba decretado en los consejos eternos. Solo hubo en esto una diferencia muy notable, y fué la de que ni él ni sus compañeros querían que el sacrificio se verificase en el día de la Pascua, y Jesús, figurado tantos siglos antes por el Cordero Pascual, quería morir el día de la Pascua; por lo que permitió al demonio, cabeza invisible de la conjuración formada contra el mismo Señor, que ofreciese á los judíos una ocasión oportuna para perderlo, la cual aceptaron ellos con mucha alegría y la pusieron por obra en el mismo día en que según su determinación nada debía ejecutarse contra la persona del Salvador.

§ 2.

Come en Bethania en casa de Simon el leproso, y una mujer derrama sobre su cabeza un exquisito bálsamo.

Pasó el Señor según su costumbre toda la noche en oración, y los discípulos se retiraron cada uno á la casa donde tenían también la de pasar la noche, en la que arrebatado el Señor trató con su Padre sobre la consumación de la obra que estaba á él encomendada. Na-

[1] Josef. lib. 18 Antiquit. cap. 11, et lib. 16, cap. 4.

da dicen los Evangelistas del lugar en que permaneció el Señor en aquella noche terrible, y parece muy probable fuese en algun paraje retirado del monte de las Olivas. Llegó el día, y dándose su Majestad á conocer, fué inmediatamente buscado por los habitantes de Bethania, que acordándose del estupendo milagro de la resurreccion de Lázaro, corrían siempre en pos de él, porque en todas partes les hacia sentir los saludables efectos de su bondad. Uno entre ellos llamado Simón, y por sobrenombre el *leproso*, de cuyo mal habia sido curado por el Salvador, le convidó á comer. Aceptó su Majestad el convite, y después de haber pasado el día en sus ocupaciones ordinarias, de predicar á las turbas y curar á los enfermos, fué por la tarde con sus apóstoles á la casa de Simón, en la que se renovaron las principales circunstancias del convite en que se habia hallado unos dias antes en casa de Lázaro, hermano de Marta y María. Apenas se hubieron sentado para comer segun la costumbre de los judíos, cuando entró en la sala del convite una mujer celosa de la gloria de Cristo, y poseída de profunda veneracion hácia su persona. No hay por qué repetir que era esta aquella María Magdalena tan amante de Jesús que no sabia apartarse de su compañía, deseosa de instruirse mas y mas en las santas doctrinas que sin cesar anunciaba, y de manifestarle constantemente la gratitud de su corazon amante por las singulares misericordias que de él habia recibido. Traía en sus manos un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito de espiga de nardo, licor de un gran precio y de un olor el mas suave y grato. Se acercó con respeto mezclado de confianza, rompió el vaso y derramó el ungüento sobre la cabeza del Salvador. No era nueva esta ceremonia entre los judíos, y su uso y práctica está bien expresa en varios lugares de la Escritura.

En otra ocasion semejante habia dado Judas un mal ejemplo, que en esta siguieron algunos de los apóstoles, aunque su reparo no nacia del fondo de la avaricia de que estaba poseído el corazon de aquel traidor. La liberalidad piadosa de esta mujer les pareció una profusion reprobable; se indignaron contra ella y murmuraron contra la generosidad con que tan espléndidamente manifestaba su gratitud y amor al Maestro divino. No se escondian al Salvador amantísimo los pensamientos de algunos de los presentes y guardaba res-

petuoso silencio, manifestando aprobar con él lo que algunos de sus discípulos reprobaban; y autorizados estos á su parecer por el silencio de aquel, se atrevieron á producir en público su reprobacion, diciendo en voz bastante alta é inteligible: *¿A qué viene echar á perder sin fruto alguno cosas tan preciosas? Pudiera haberse vendido este bálsamo en mas de trescientos denarios, y esta considerable suma estaria sin duda alguna mucho mejor empleada en alivio de los pobres.* Como sabian bien el grande aprecio que Jesucristo hacia de ellos, figurábanse con esto que sus intenciones estaban en perfecto acuerdo y armonia con las de Jesús. No hay duda en que el Salvador los amaba con la mayor ternura, y que en todas las ocasiones se habia declarado su Padre y protector; mas á pesar de esto, no queria que las obligaciones de caridad sirviesen de pretexto para condenar las de la religion, ni las de gratitud y del amor: por esto en vez de aprobar la conducta de los apóstoles la reprendió con severidad, diciendo: *No inquieteis ni molestéis esta mujer por lo que acaba de hacer conmigo.* Esta es una obra, cuyo valor y mérito vosotros no conocéis. En la ocasion presente tiene un mérito grande, y no está enlazado gloriosamente con el porvenir. Ella es una señal de lo que muy en breve ha de suceder. Por lo que mira á los pobres por quienes os interesais, vuestra compasion es digna de elogio, pero siempre tendreis á los pobres con vosotros, y á mí no siempre me tendreis; á aquellos siempre tendreis ocasion de hacerles bien, pero no siempre la tendré yo de recibir semejantes demostraciones de vuestro amor. Lo que fué decirles: Para que entendáis el verdadero misterio de la singularísima accion de esta mujer, yo os pregunto: *¿Qué es lo que se acostumbra á hacer con los cuerpos de los difuntos cuando van á depositarlos en el sepulcro? Bien sabéis que los embalsaman con ungüentos exquisitos; pues ved aquí la significacion verdadera de la accion de esta mujer.* Se ha anticipado al momento de mi muerte; y como si estuviere perfectamente instruida de su proximidad, ha preparado mi cuerpo para la sepultura. *En verdad os digo, que dentro poco tiempo vosotros sereis los panegiristas de esta accion; la publicareis y la anunciareis por todo el mundo como un acto glorioso de piedad cuando vayais á predicar el Evangelio; y la memoria de esta accion durará tanto*

como mi Iglesia. Esta prediccion se ha cumplido y cumple, de manera que nadie lee ni oye en el mundo la pasion de Jesús, que no sepa y aprenda al mismo tiempo la prodigiosa prodigalidad de la mujer de Bethania en casa de Simon el leproso.

3.

Pacta Judas con los escribas y fariseos por un precio determinado la venta de su Maestro.

Uno de los apóstoles que asistieron á este convite en compañía de Jesús, fue Judas, natural de Carioth, llamado por esto Iscariote, de cuyo corazon se habia apoderado de tal manera el espíritu maligno, que lo gobernaba como quería. Sacóla pues de la compañía de su divino Maestro y de la de los demás discípulos para conducirle como esclavo voluntario á la junta ó asamblea de los principes de los sacerdotes que estaban reunidos en la casa de Caifás, mientras el Señor permanecía en la de Simon, dando á sus apóstoles las instrucciones que acabamos de ver; y presentado allí el discípulo malvado, dió principio á su traicion diciendo á los magistrados: *¿Qué es lo que queréis darme, y yo os le entregare?* La avaricia en que ardía su corazon no estaba contenta: miraba con pesadumbre desvanecerse todos los dias sus esperanzas en seguimiento de su divino Maestro, sin que se le ofreciesen ocasiones de ganancia por las que ávidamente suspiraba; y creyendo deber aprovecharse de las circunstancias, sabiendo el ardor con que los principes de la Sinagoga procuraban apoderarse de la persona de Jesús, maquinó que este seria el camino mas corto para enriquecerse, y por esto no titubeó en presentarse.

No podia hacerse á los escribas una propuesta mas gustosa, y así determinaron darle treinta dineros de plata, los que habia de recibir después de ejecutado su execrable designio. Este fué el precio de la vida de mi Dios, y esto bastó para mover á esta alma apocada y vil al mas execrable de todos los designios. El salmista Rey lo contempló en espíritu, y poseído de amargura y sentimiento no pu-

do menos de clamar en la persona de Jesús, y de decir: "Si mi enemigo me hubiese maldecido, yo lo hubiera sufrido con paciencia. "Si los que me aborrecian hubiesen hablado mal de mí, me hubiese escarnecido y vendido, yo hubiera procurado esconderme de su presencia; pero que lo haya hecho un hombre que estaba identificado conmigo, que era uno de mis allegados, y á quien yo habia elegido para que fuese uno de los primeros capitanes y gefes de mi ejército, esto es lo que me ha llenado de tristeza y amargura." ¡y á quién no llenará de santa indignacion esa traicion tan horrible y espantosa? Por treinta dineros de plata vende Judas á su Maestro; pero segun su propia expresion, aun parece que lo hubiera vendido por menos; vease si no cómo no pide precio determinado y solo dice: *¿Qué es lo que queréis darme?* Y ellos le ofrecieron treinta dineros de plata. Bien pequeña era por cierto la cantidad por un servicio que ellos tenian por tan importante. No lo era tanto seguramente el que prestaron los centinelas que guardaban el sepulcro después de la muerte de Jesús, y sin embargo, para que dijese que sus discípulos habian venido y lo habian robado mientras ellos dormian, ofrecieron, como dice san Mateo [1], una gran cantidad de moneda. Mas como debian cumplirse las Escrituras, le ofrecieron solamente las treinta monedas por la venta de Jesús.

Si Judas hubiese podido penetrar el corazon de Jesús y conocer toda la intensidad de su amor, y del deseo vehementísimo de que estaba animado, seguramente que hubiera desistido de su sacrilego é infernal proyecto; pero ciego y endurecido aceptó el pacto y la oferta, y ya no pensaba sino en hallar ocasion oportuna para ejecutar su intento, sin oposicion alguna del pueblo. Dada su palabra y contraído el empeño, volvió á Bethania poseído del demonio, esperando la ocasion para consumar su designio; tan tranquilo en su exterior y tan satisfecho de sí mismo, como si nada tuviese por qué reprenderse. Desde por la mañana se juntó otra vez con Jesús y con los otros apóstoles, sin manifestarse en nada turbado ni descompuesto, y sin que Jesús manifestase tampoco la menor sospecha

[1] Math. cap. 28, v. 15.

TOM. III.

p.—71.

sobre su detestable traición, para evitar al traidor los embarazos en que necesariamente debía de verse si el Maestro divino, cuya penetración no podía ignorar, y cuya justicia debía temer, le hubiese manifestado ó con sus palabras que tenía noticia de su traición y el precio vil por el que lo había vendido.

El Evangelista san Juan [1] nos hace observar una circunstancia que tiene como una fuerza divina: dícenos que cuando Judas hizo esto, era de noche. Perdió Judas en una ciega noche todas las luces del cielo; no veía ni consideraba el horrible abismo donde iba á precipitarse cuando se separaba de Cristo y de los apóstoles para unirse á los políticos; sobre lo que dice Orígenes [2]: Era de noche; pero no era una noche sensible, porque sus tinieblas preocupaban el alma de Judas. Que un apóstol se desuna de su colegio, que pase al partido del siglo, que trate con quien trata de perjudicar la causa de Cristo, que consenta sus tratados, que suscriba sus decretos, y que haga cuanto los enemigos quierán, no es posible creer que esto suceda á la primera ráfaga de la tentación, porque no puede verificarse sino por el abuso del ministerio divino, y hasta que se ha abierto el corazón al demonio y se le ha dado completa posesión en el alma, por el intenso deseo de robar, entonces es cuando el enemigo feroz la fascina á su placer y la arrastra á todos los extremos de maldad, para que ya no le sea posible otra vez unirse á los discípulos de Cristo, sino precisamente á sus enemigos, para venderlo y entregarlo. Es preciso que el interés, la ambición, la maldad, apaguen en su entendimiento y en su corazón todas las luces de la verdad eterna, y que se difundan sobre su alma las tinieblas de la más horrible noche, en cuya consecuencia no vea ni el envilecimiento de su grado, ni la profanación de su orden, ni la violación de sus juramentos, ni la deformidad del pecado que comete, ni la belleza de la gracia que pierde, ni el Cielo cerrado, ni el infierno abierto, ni Cristo entregado, ni su alma vendida, sino que se lance en medio de estas tinieblas de horror y espanto, á todos los peligros y desgracias á que el demonio, dueño absoluto de su alma, quiere precipitarle. Mas á impedir tanta ruina en la Iglesia, en el apostolado y

[1] Joann. cap. 13. v. 30.

[2] Origen. Tract. 32 in Joann.

en las almas, nos avisa san Pablo [1] diciendo: *No deis entrada al diablo en vuestro corazón.* Sobre lo que dice el venerable Beda: Son muchos los que se horrorizan al contemplar la maldad de Judas, pero muy pocos los que procuran evitar caer en ella; porque el que desprecia los derechos y deberes de la caridad, este vende y entrega á Cristo, que es todo caridad [2].

§ 4.

Envía Jesús dos de sus discípulos á Jerusalem para preparar las cosas necesarias para la celebración de la Pascua.

Por mas vivas que fuesen las ansias de Judas para entregar al Maestro divino en manos de sus enemigos, no podía menos de permanecer en su compañía hasta que se le presentase la ocasión que deseaba; así es que aun estaba en la compañía de Jesús cuando llamó su Majestad á dos de sus discípulos, Pedro y Juan, y los mandó ir á Jerusalem para preparar todo lo necesario para la celebración de la Pascua que quería celebrar aquel día con ellos, la cual había de ser la última de su vida. Instaba el tiempo de las misericordias, y el Señor de todas ellas, que tenía dispuesto el salvar á su pueblo, no con el oro y la plata que se corrompen aunque sean metales preciosos, sino con el inestimable tesoro de su preciosísima sangre, quiso celebrar con sus discípulos una muy notable cena antes de apartarse de ellos por la muerte, en signo inmemorial y perenne de su amor, y para contemplar los misterios que todavía restaban que cumplir. Esta cena fué prefigurada en los panes de proposición que Abimelech ofreció á David; pero fué sobremanera mas grande y mucho mas magnífica, porque era sin comparación mucho mayor lo que en ella se verificaba. Para comprenderlo bien, es preciso advertir que la fiesta de la Pascua empezaba en Jerusalem para los galileos á las tres de la tarde. El día que empezaba se llamaba el día primero de los ayunos. En este día y desde la hora dicha, hasta ponerse el sol, estaban los sacerdotes ocupados en inabar y desollar en el recin-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 4. v. 27.

[2] Ven. Bed. in cap. 14. Marci.

to de la casa de Dios los corderos que cada familia debía venir á tomar allí, para comerlos, según el ceremonial prescrito por la ley. Este día era el de la luna décimacuarta del mes, esto es, la feria quinta y vigilia de la Pascua, en la que se comía el cordero.

Jesucristo, que por el origen de su casa y por el lugar de su nacimiento era miembro de la tribu de Judá, era al mismo tiempo por la morada de su familia y por la elección de su domicilio tenido por galileo, podía elegir personalmente, ó el día destinado para los extranjeros, ó el siguiente, en que los habitantes de Judea y de Jerusalem debían cumplir su solemnidad. Pero su Majestad, que sabía que el día mismo en que los judíos debían comer el Cordero Pascual había de espirar en la cruz y sustituir en su persona la realidad á la figura, eligió la de los galileos; y efectivamente sus apóstoles, todos habitantes ó originarios de Galilea, no dudaban que su Maestro, á quien tenían en lugar de Padre de familia, quisiese presidir en la celebración de la fiesta. San Mateo nos hace advertir que los apóstoles invitaron á Jesús y le preguntaron dónde quería que se preparase lo necesario para comer la Pascua [1]. Y san Lucas es el que nos dice que los discípulos enviados fueron Pedro y Juan [2]. Oyó el Señor la observación de sus discípulos, y como dueño de todas las cosas y como quien tiene un perfecto conocimiento de todo lo que ha de suceder, como efectivamente lo tenía, ordenó que fuesen á Jerusalem, y les aseguró que á la entrada de la ciudad encontrarían un hombre que llevaría un cántaro de agua; que le siguiesen, entrando en la casa donde él entrase; que allí encontrarían al dueño de ella, á quien de su parte habían de decir: "El Maestro, cuyos discípulos somos, sabiendo que está cerca su hora, nos ha enviado á pedirnos vuestra sala para celebrar en ella hoy la Pascua con nosotros; y él os mostrará al punto una sala bien grande y adornada de todos los muebles necesarios para una mesa, y en ella preparareis todo lo necesario para comer el Cordero Pascual." Partieron sin dilación los dos discípulos, y habiendo encontrado las cosas en el estado que les había dicho, apa-

[1] Math. cap. 26, v. 17.

[2] Lucm. cap. 22, v. 8.

rajaron y dispusieron todo lo necesario para la celebración de aquella fiesta.

El venerable Beda [1] sobre este lugar dice: Habiendo de preparar los discípulos el lugar para la celebración de la Pascua, les salió al encuentro un hombre que llevaba un cántaro de agua, para demostrar que en aquella Pascua se habían de borrar los pecados del mundo. El agua significa el lavacro de la gracia, y el cántaro la fragilidad de aquellos por los que la gracia misma se había de repartir un día al mundo. Jesús les previno que le diesen, *el Maestro dice*, para demostrar que aquel hombre que les había de facilitar el local, era también discípulo de Cristo, aunque oculto, y por esto les proveyó no solo de local, sino de cordero y de todo lo demás necesario; con lo que se demuestra la suma pobreza de Cristo, que ni tenía domicilio, ni habitación, ni de donde poder comprar lo necesario para la celebración de la Pascua: por cuya razón concluye que le preguntaron los discípulos *dónde quería que se le preparase el lugar para comer la Pascua*. Solamente un hombre Dios, para quien nada hay oculto y que conocía las cosas futuras con tanta claridad como las presentes, podía haber dado semejantes órdenes y con tales seguridades. Los dos apóstoles á quienes comisionó el Señor, que le conocían bien y que tenían puesta en él toda su confianza, partieron inmediatamente sin tener contradicción ninguna en cuanto les dijo el Maestro. Caminaron velozmente á la ciudad, hallaron las cosas como Jesús les había dicho. Teniendo asegurada la sala marcharon al templo, hicieron sacrificar en él las víctimas ordinarias, trajeron al Cordero Pascual, compraron las lechugas agrestes, proveyéronse de panes ázimos, y por fin mandaron asar el cordero, con lo que se halló todo dispuesto al tiempo de entrar Jesús con los demás apóstoles.

[1] Ven. Bed. in cap. 22 Lucm.

i 5.

Come con sus apóstoles la cena legal, y les declara que uno de ellos lo ha de vender y entregar.

Eran como las siete de la tarde cuando el Señor se dejó ver con sus apóstoles en el lugar que estaba preparado, esto es, en el monte de Sion santo y escelso donde había de comer la Pascua, significación que dan muchos padres y doctores al Cenáculo, por la elevación y grandeza de los grandes misterios que allí se verificaron. Lugar donde los discípulos de Jesús estuvieron escondidos después de su resurrección por el miedo que tenían á los judíos. Y lugar donde recibieron el Espíritu Santo prometido por el Salvador en el día santo de Pentecostés. Este monte de Sion, monte cuajado de justicia y santidad, monte pingüe, monte ameno, monte en el que se complació habitar el Señor, y en el que obró el mayor de todos los milagros, como monte que destila panales de dulzura, y como flor que derrama el aroma mas confortante y grato, llena con su memoria el alma de tan dulces consuelos, que es como imposible el recordarlos y enumerarlos sin poseerse del mas religioso respeto, del temor mas vehemente y del amor mas vivo. En este monte ó cenáculo, en fin, se sentó Jesús á la mesa y con él sus discípulos, según el orden con que acostumbraban siempre á colocarse.

Aunque el rito de comer el Cordero Pascual, según lo prescrito por Dios en el Éxodo, debía ser estando de pie, con báculos en la mano, ceñidos de sus cíngulos, y en traje de caminantes, se cree con algun fundamento que esto no se verificó sino en la primera Pascua celebrada en Egipto, cuando los israelitas debían ponerse en camino para la conquista de la Tierra santa, y en los cuarenta años que duró su trasmigración por el desierto; y que por lo mismo estando en Jersalen, y esta sujeta al imperio romano, habrían adoptado los judíos las costumbres de los romanos y comerían recostados sobre una especie de camillas, según la costumbre de aquellos; sin

embargo de lo que, es preciso confesar que la *Cena legal* en que debía comerse el Cordero, se verificaria con toda la regularidad que prescribía la ley, que era propia de la Cabeza divina que en ella presidía, ya que desde su primera entrada al mundo se había circuncrito á la observancia de la ley con la mas puntual exactitud.

No parecia regular que en esta cena se presentasen otros sucesos mas que los ordinarios y de costumbre en semejantes ocasiones; pero la última Pascua del hombre Dios antes de su muerte debía estar acompañada de circunstancias verdaderamente divinas. Apenas se habían sentado á la mesa y empezaban á comer, conversando juntos con la libertad que el amoroso Maestro daba á sus discípulos, cuando echando sobre ellos una mirada llena de bondad, les dijo: "En gran manera y con vehemente deseo he deseado comer con vosotros este Cordero Pascual antes que padezca, porque os aseguro que no comeré mas de él hasta que sea cumplido en el reino de Dios." Que fué lo mismo que si le hubiera dicho: Como el Cordero Pascual por la última vez; ya se acabó para mí la Pascua legal; ya es tiempo que con mi muerte se echen los cimientos de mi Iglesia, y que con mi sangre se establezca y consolide el reino de Dios entre los hombres. La cena del Cordero ordenada por Moisés hará lugar á la del verdadero Cordero de Dios que va á ser inmolado por la salud del mundo. Desde ahora cesan las figuras, y la Pascua verdadera representada en la antigua será efectivamente cumplida por el sacrificio de mi vida. Estos son mis anhelos desde hoy en este mundo, y lo que me ha hecho suspirar por este día en que celebramos juntos esta solemnidad.

Habiendo dicho estas palabras, llenó Jesús un cáliz de vino, dió gracias á su Padre como tenia de costumbre, lo presentó á sus discípulos después de haberle bendecido, y les dijo: "Tomad y distribuid entre vosotros, participad todos de él; porque de verdad os digo, que desde ahora ya no beberé mas de este vino comun, fruto de la vid, hasta aquel día en que lo he de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre." Y así fué que triunfante y glorioso lo bebió en su Iglesia con sus discípulos [1]; con nosotros que

[1] Actor. cap. 10, v. 41.

comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. Esto es lo que le hizo decir á san Juan en el libro misterioso de la Apocalipsis: Mira que yo estoy parado á la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y me abriese la puerta, entraré á él y cenaré con él, y él conmigo [1]. Otra significacion no menos misteriosa y profética tienen estas palabras de Jesús: *No beberé mas con vosotros del fruto de la vid como lo higo en esta cena, hasta que haya llegado el reino de Dios*; esto es, en este tiempo que ya se acerca, resucitado de entre los muertos y declarado Rey por mi Padre en su reino celestial, que es la Iglesia de su Hijo, beberé aun del vino en vuestra compañía, con nuevo gozo de mi parte y nueva satisfaccion de la vuestra, y entonces se afianzará mas y mas en vuestros corazones la fe de la nueva vida. Todos bebieron del cáliz segun la orden de su Maestro, y con la mira y consideraciones que sus palabras les habian sugerido. No temió Judas beber de él como los demás. Todos estaban sumamente conmovidos. Judas manifestó estarlo tambien como los demás; pero el traidor se hallaba distraido con pensamientos bien diferentes.

El Señor habia dicho, que vino á pegar fuego al mundo, como nos lo refiere san Lucas [2], y que lo que queria era que todo él se inflamase con el fuego del amor que consumia sus entrañas; así que, no pudiendo mirar con indiferencia el pérfido disimulo, la ciega obstinacion y la inaudita dureza de que estaba poseído el malvado Judas, penetra lo de dolor, prorumpió en alta voz y dijo: *Uno de vosotros es el traidor que va á entregarme á mis enemigos: su mano está conmigo en la mesa, y conmigo come*. Como si dijera: Yo voy á ser sacrificado; pero la vista de mi cercana muerte no es lo que mas me atormenta. Otra pena, otro pesar acerbó es el que me martiriza y aflige; si yo mismo no os lo dijera, no lo creeríais. Causó este aviso tanto espanto y dolor á los apóstoles, que no atreviéndose á fiarse de sí mismos ni á contar con su propia fidelidad, le fueron preguntando: *¿Por ventura soy yo, Señor?* Pero el Salvador solamente les dijo, que era uno de los que comían en un mismo plato con él; asegurándoles que estaba resuelto á morir, y que se cum-

[1] Apocalyp. cap. 3, v. 20.

[2] Lucan. cap. 12, v. 49.

pliria hasta la menor circunstancia de cuanto estaba profetizado del Hijo del hombre en las Escrituras santas. Pero añadió: "Desdichado de aquel que ejecute la accion abominable de entregar al Hijo del hombre; *mejor le fuera no haber nacido*."

Estremecióse todos al oír esto, á excepcion del traidor á quien se dirigia aquel discurso, el cual temiendo ser descubierto si no hacia lo que los otros, preguntó con presuncion y arrogancia: *¿Por ventura soy yo, Maestro?* Entonces el Señor le respondió, no con algun rebozo como á los demás, sino claramente: *Tú lo has dicho*. Con todo eso, le habló en voz baja y con semblante tan sereno, que nada pudieron entender aun los que estaban mas inmediatos, ni hicieron reflexion alguna sobrecogidos del temor y espanto que les causaba el delito que les acababa de anunciar, sin descubrirles el delincuente. Quería ganar así á este pérfido, librándole del destiño que merecia y ejecutar con él, como lo hizo después, uno de los actos mas admirables de caridad y humildad que jamás se vieron. Aunque la contestacion de Jesús era terminante no cayeron los apóstoles en la sospecha sobre quién fuese el verdadero culpado; por lo que dejaron de inquirir mas sobre una cosa que solo Jesús podia decir, y siempre lo rehusaba.

El Salvador amantísimo miraba con ojos de compasion este falso y desventurado discípulo, de cuya alma se habia apoderado el demonio, y al mismo tiempo consideraba que habiendo llegado ya la hora en la cual era preciso dar cima al importantísimo negocio de la redencion que le habia encargado su Padre, no podia menos de ver si lograria cautivar el corazon de aquel que estaba tan próximo á perderse para siempre; lo que le obligó á hacer nuevos esfuerzos, á fin de ver si podia ganarle.

¶ 6.

Lava los pies á sus apóstoles.

Concluida pues la cena legal, se levantó al punto de la mesa, se quitó su manto ó ropa, y cubriéndose un lienzo ó tohali, echó agua en una jofaina, y postrándose á los pies de sus apóstoles, empezó

á levárselos. Era á la verdad costumbre recibida entre los judíos el lavarse una vez antes de sentarse á la mesa; y cuando celebraban la Pascua, practicaban esta accion algunas veces, pero jamás se lavaron los pies, y mucho menos por medio de tan santas manos, como las que ahora se empleaban en este ministerio. Los lavaba y los enjugaba con el lienzo ó tohalla que tenia ceñida, porque queria que estuviesen los suyos perfectamente limpios, porque los preparaba para un banquete nuevo, todo celestial y divino, que pedia una pureza extraordinaria y como angélica. Y los preparaba, en fin, para la predicacion del Evangelio de la paz, de la humildad y del amor. Así fué que se vió el Señor á los pies de los siervos, el Rey á los de los vasallos, el Maestro á los de los discípulos, y el Gñador á los de las criaturas, y aun de la mas vil y despreciable de todas ellas. El que está sentado sobre los querubines y tiene por alfombra los cielos mismos, se vió confundido entre el polvo de la tierra; y el Dios de la majestad, de la grandexa y de la santidad, se prosternó ante los pies mas inmundos y despreciables que jamás pisaron la tierra.

El primero á quien se encaminó el Señor para hacerle este obsequio, fué Simon Pedro, el elegido para cabeza del santo colegio apostólico y su vicario sobre la tierra; y era bien que manifestase la distincion que hacia del primero de sus discípulos; pero sobrecojido del temor y lleno de confusion el apóstol, exclamó retirándose: ¡Y qué, Señor, vos queréis lavarme los pies! Vos á mí, Jesús á Pedro, el Hijo de Dios á un hombre pecador! No condenaba Jesús unos afectos y sentimientos tan justos; pero era forzoso llevarse á cabo aquel misterio que por entonces ninguno de los presentes sabia comprender; y así le dijo: Lo que yo hago ahora, tú no lo sabes ni comprendes; bien presto lo sabrás; esta no es mas que la preparacion para un fin altísimo que tú has de llenar después; luego te explicaré el misterio. No se convenció Pedro por estas prudentes excusas de su Maestro, y resistía con mayor tenacidad, tanto que fué preciso que Jesús instase con nuevo fervor, y que revestido de su autoridad omnipotente, no solo mandase, sino que amenazase; puesto que, como dice el venerable Beda, ya en otra ocasion habia manifestado su pe-

queñez y miseria á la presencia de Jesús, diciéndole [1]: *Sal de mí, Señor, porque soy hombre pecador*: y en otra le habia confesado y reconocido *por el Cristo Hijo de Dios vivo*; y sabia que él era el Dios de los dioses, el Rey de los ángeles, el Hijo del Altísimo, el espejo sin mancha de la majestad de Dios, y la imagen verdadera de la bondad de su Padre; que era aquel á quien adoran los ángeles y todas las potestades del cielo, ante quien se inclinan aquellas que por su órden sustentan el peso de todo el orbe, y ante el que doblan su rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno; por cuya razon fué hasta cierto punto necesario que el Maestro divino le amenazase, diciéndole: *Si te resistes y no permites que te lave los pies, no tendrás partes conmigo*; esto es, yo te exoneró de la dignidad de discípulo mio, y no participarás de la gracia á que te destino.

Bien conoció Pedro el profundo ejemplo de humildad que su Maestro le daba en esta ocasion; pero no comprendia el principal objeto de estos abatimientos y misteriosa ceremonia, la cual no era solo una leccion de humildad de espíritu, sino mas particularmente de sinceridad y pureza de corazon, representada en el símbolo del lavatorio y limpieza de los pies, disposicion necesaria para el grande Sacramento del cual iba á hacer partícipes á los apóstoles. Sacrificio perpetuo en su Iglesia, pan celestial de sus hijos, y fuente de pureza, de sanidad y de gracia; y aunque no profundizó tantos secretos, cedió á la voluntad de Jesús por evitar la amenaza, y dijo: ¡Oh, Señor! pues va en ello la pérdida de vuestra gracia, que es el solo bien que yo estimo, me rindo y sujeto en todo á vuestra voluntad; haced de mí lo que quisiéreis, y lavadme, *no solamente los pies, sino las manos, la cabeza y todo el cuerpo*; con lo que manifestó claramente que á todo estaba pronto por no incurrir en su desgracia y ser privado de sus beneficios. A todo esto no pudo menos de replicar el Salvador que no era preciso cuanto él le ofrecia; pues habiéndose lavado antes de la cena, segun la costumbre, debian considerarse como los que salian de un baño, los cua-

[1] Ven. Bed. in cap. 22 Lucæ.

les teniendo lavado el rostro y el cuerpo, solo tenían necesidad de hacer esta misma diligencia con los pies, que era lo que solo les faltaba á ellos para estar perfectamente limpios, que era lo mismo que si se les hubiera dicho: Purificados por las gracias que de mí habéis recibido, vuestra conciencia está limpia; pero es necesario usar de esta precaucion y remedio contra las imperfecciones y faltas casi inevitables á la flaqueza humana. Con lo que les mostró la pureza que habian de tener aquellos que deseaban ser partícipes de la celestial mesa, de la cual no podian hacerse dignos si no purificaban antes su alma de las menores manchas, figuradas en el polvo que se pega á los pies.

Terrible fué para Pedro la contestacion de Jesús, y temeroso de perder la gracia y amistad de su Maestro, de ser excluido del apostolado, y de hacerse indigno de merecer nuevos favores; se sometió inmediatamente á todos los designios de su voluntad, sin manifestarle la mas mínima resistencia. Una cosa empero les añadió Jesús, que debía haber puesto á Judas en la mas grande consternacion. Vosotros, les dijo, *estais bastante limpios, pero no todos*; queriendo dar á entender con esto, que conocia los planes y maquinaciones secretas de aquel malvado, á quien daba de cuando en cuando estos recuerdos y avisos, para obligarle á reconocer y á detestar su delito.

Después de haber lavado los pies á todos, y muy particularmente los de Judas que tan pronto habian de correr por los caminos de la iniquidad y de la perdicion, para que se derramara su sangre preciosísima, los que segun el sentir de varios expositores, lavó el Señor con las lágrimas de sus ojos, mas que con el agua que tenia en la jofaina; estrechándolos contra su corazón, para que oyendo los latidos de su amor desistiera de su criminal empresa, tomó sus vestiduras, y volviéndose á sentar á la mesa les dijo: *Ya habeis visto lo que acabo de hacer con vosotros. Me llamais Maestro y Señor, y decís bien, pues en realidad lo soy. Aprended, pues, de mí, vosotros que sois mis siervos y discípulos: aprended á practicar la humildad, porque si yo soy vuestro Señor y Maestro, me he abatido y humillado hasta llegar á lavarlos los pies; con mayor ra-*

zon debereis vosotros practicar esto mismo unos con otros, pues el criado no es mayor que el amo, ni el apóstol mas que aquel que le envió. Esta es una verdad que os repito una y otra vez, porque os es de mucha importancia el creerla. Felices aquellos que la pusieren en práctica.

17.

Cena eucaristica, ó institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristia.

Estas palabras que Jesús acabó de pronunciar con la unción propia del verdadero amor y con la ardiente expresion que este inspira, no pudieron menos de enervorizar el corazón de los apóstoles, que pendientes de los labios de su divino Maestro, y fija en él su vista para observar con escrupulosa atencion hasta sus acciones mas pequeñas é indiferentes, deseaban con ansia continuase Jesús su discurso para ver si podrian comprender los grandes misterios que insensiblemente les iba anunciando; y deseoso de satisfacer sus ansias les dijo: No todos, discípulos míos, seréis fieles y dichosos. Yo os conozco intimamente; sé bien quién son los que he elegido para que sean mis apóstoles, y nada de ellos se me oculta: tambien sé que vereis presto cumplirse aquel oráculo del Profeta: El que come conmigo, aquel amigo con quien parto mi pan, ha levantado el pie contra mí para hacerme caer, me ha arrojado lazos y me ha suplantado. En mí es en quien se cumplen las palabras de David. Que fué lo mismo que decir: Las traiciones hechas á este Rey de Israel por sus hijos ó por sus súbditos, eran una figura solamente de las que uno de mis discípulos me prepara. Así se cumplirá segun el rigor de la letra una predicción que caracteriza personalmente al Mesías; yo os aviso de ello para que cuando veais cumplida mi predicción, creais en mí y empezeis á reconocermos por el que soy: confirmados en la fe que os he enseñado, y jamás vacile la esperanza de vuestro corazón, porque el estado doloroso por el que muy en breve me vereis pasar, ha de ser precisamente una confirmacion

de cuanto os he dicho; pues no se os podrá ocultar que todo lo he previsto, todo lo he aceptado y todo lo he profetizado.

No os aflijáis por esto ni creáis que á pesar de la rabia de mis enemigos y de la fiereza de un traidor que me pondrá en sus manos, desistire de protegerlos; pues siempre estaré con vosotros, repitiéndos ahora lo que ya os tenía de antemano prometido. Estad asegurados de la asistencia de mi Padre y mía, y que recibiremos como propios los buenos tratamientos que los hombres os hicieren; porque todo aquel que recibiere al que yo envío, me recibe á mí mismo; y el que me recibe, recibe á mi Padre que me envió. Estas divinas lecciones de humildad profunda, de una perfecta pureza de corazón, y de una caridad respetuosa para con sus hermanos, disponían admirablemente á los apóstoles para el celestial banquete que Cristo quería instituir. Siglos habían de parecer forzosamente á un pecho tan enamorado, los momentos que se difería su institución; pero atendiendo el sagrado texto en la relación de san Juan [1], parece que su Majestad quería obrar con alguna precaución. Importuna le era la presencia de Judas, aunque se abandonaba con gozo á él para ser entregado con gusto á sus enemigos y redimir al mundo; pero tenía horror de próstituir su cuerpo y su sangre en el sacramento de su amor, á un discípulo infiel, y de darle potestad para consagrarlo. Y parece que no era razón que los divinos misterios y el sacerdocio de la nueva ley entrasen en la Iglesia con la profanación de un apóstol sacrilego que Jesús había procurado convertir, pero sin poder satisfacer los deseos de su amantísimo corazón.

Tampoco ignoraba Jesús que había llegado la hora en que había de pasar de este mundo al Padre, y que el Cordero de Dios, víctima sola digna de Dios, corría á su sacrificio, cuyos momentos no pensaba interceptar ni entorpecer. Miraba á su rededor á los que había elegido para que fuesen predicadores de su Evangelio y fundadores del reino de Dios en la tierra. Siempre los había amado tiernamente, pero al fin, en el punto en que se disponía separarse de ellos, quería darles pruebas de mayor y más tierno amor. Registró

[1] Joann. cap. 13, vs. 21 et seqs.

los secretos inmensos de su poder y de su sabiduría, y encontró en ellos medios eficacísimos para conciliar su ausencia, tan necesaria como gloriosa, con la horfandad de sus discípulos; pequeña grey, que parecía quedar abandonada y expuesta á todos los peligros del mundo y á las persecuciones de sus enemigos; y para alentarlos, consolarlos y confortarlos, les dijo: *No temais, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos: no os dejaré huérfanos, ni sin protección ni recompensa. Yo os tengo preparado un reino como me lo preparó mi Padre, para que en él comais y bebais sobre mi mesa y os sentéis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.* En verdad que palabras tan llenas de consuelo no podían menos de lisonjear el corazón de los apóstoles, viendo que habían de ser admitidos, no solo en el nuevo y misterioso banquete que estaba preparado á la Iglesia, sino en el que se les prometía en el nuevo reino; y porque bajo el símbolo de los tronos se les iba á revestir de una autoridad espiritual para gobernar é instruir, para condenar y para absolver, para retener y perdonar los pecados, y para consagrar y ofrecer á Dios perpetuamente el puro y excelente sacrificio de la nueva alianza, de que ellos y sus sucesores en el sacerdocio habían de ser únicos ministros hasta la consumación de los siglos.

Tales y tan grandes pensamientos no podían nacer sino de una alma tan singular y generosa como la de un Hombre-Dios, ni podían ejecutarse sino es con el mayor de los milagros de su infinito poder. Estando, pues, todos sentados á la mesa, Jesús, que ejercía las funciones de Padre de familias, tomó un pan ázimo ó sin levadura que, según la costumbre de los judíos, debía estar en ella, durante la comida del Cordero [1], y poniéndolo en sus manos dió gracias á su Padre por el poder inmenso que le había confiado sobre toda la naturaleza, poderío de cuyo uso no tuviera necesidad alguna si solamente pensara en dejar á su Iglesia un símbolo y figura de su cuerpo y sangre, la apariencia de un sacrificio y la sombra de un sacerdocio. Bendijo el pan, lo partió y dió á sus discípulos di-

[1] Thalmod in Tractat. De Sanctificat. Paschalis.

ciéndoles: *Tomad y comed; este es mi cuerpo.* El mismo que voy á entregar á la muerte, y que desde este punto se ofrece en sacrificio como se ofrecerá en la serie de todos los siglos.

En la noche de la tribulación se prepara el pan de los fuertes; en la víspera de la pasión se instituye la memoria perpetua de ella; en lo uno y en lo otro resplandece la caridad infinita de Cristo. Espía el Salvador las alegrías y los gores de los banquetes del mundo, con la tristeza de esta cena en que ve tan próximo su suplicio. Deshonrado es Dios por esos desahogos excesivos de las pasiones que tan frecuentes son en las misas de los amigos. Aquí en esta mesa se ve un cuadro en pequeño de la Iglesia católica, mezclada de buenos, de malos y de malos, unidos en la profesión exterior de una fe misma, y en la participación de unos mismos Sacramentos. En lo que exteriormente se ve, no hay ni ha habido jamás al parecer en el mundo, unión mas igual ni mas unida que la de los que comen en esta mesa. Mas ¡oh, qué diferencia hay á los ojos de Dios entre el autor de la vida que toma el pan para dejarlos á todos un vivo recuerdo de su muerte, y el traidor que ya lo tenía vendido á los ministros del infierno! Antes de repartirlo da gracias á su Padre y nos enseña á prepararnos para recibir los dones de Dios, y para usar bien de ellos; y así preparado, instituye el Sacrificio, el Sacerdocio y adorabilísimo Sacramento del Altar de la nueva ley. ¡Qué deberíamos hacer nosotros, á cuya santificación se ordenaron estos tan singulares beneficios! Desfallean verdaderamente el corazón, el espíritu y el entendimiento al contemplarlos.

Este es mi cuerpo, dice Jesús, que por vosotros será entregado. ¡Oh, qué palabras tan tiernas! ¡Oh palabras dulcísimas! ¡Oh palabras santísimas, dignas de ser escuchadas con sumo amor y reconocimiento! ¡Oh palabras eficacísimas como las que salieron de la boca del mismo Dios en los días de la creación! *El Señor lo dijo y todo quedó hecho; el lo mandó y todo quedó creado.* Este es mi cuerpo, dijo Jesús, y la sustancia del pan se convirtió inmediatamente en la sustancia real y verdadera del cuerpo de Jesús. Estas palabras santas, augustas, tremendas, justifican la fe de la Iglesia católica acerca de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

esta: en ellas se encierra el establecimiento del culto cristiano, la institución de la nueva ley, el contrato de la verdadera alianza, el testamento de un Padre que muere porque vivan sus hijos. Por esta nueva institución cesan los sacrificios de la Ley antigua, se aclaran las sombras y sucede la verdad á las figuras. Jesús, que como Dios que era crió el pan para alimentar nuestros cuerpos, lo transustancia ahora en su propio cuerpo para alimentar nuestras almas y para transformarnos en sí mismo. Admirémos y venerémos esta oscuridad y humillación con que obró Cristo el mayor de todos los milagros. No hay cosa mas llana y mas simple en la apariencia que esto que hace aquí el Señor; pero tampoco hay obra mas alta y maravillosa á los ojos de la fe. Instituyendo el Señor la Eucaristía en el cenáculo, se anticipó al sacrificio de su muerte, sin embargo de que lo había de consumir en el Calvario; dejándose matar en la cruz para dar vida al mundo, quiso que se continuase en toda la tierra aquel sacrificio cruento, por medio del inmenso que se celebra sobre nuestros altares; por esto dijo: *Haced esto en memoria de mí.*

Lo que practicó Jesús para convertir el pan en su cuerpo, lo repitió para transmutar la sustancia del vino en su sangre. Todo es nuevo, admirable y prodigioso en estas misteriosas operaciones, aunque ejecutadas bajo de elementos y símbolos comunes y sensibles. Tomó pues la copa ó cáliz en su mano, y echándola su bendición como lo había hecho con el pan, la puso en manos de los apóstoles diciéndoles: *Debed de ella todos: este es el cáliz del nuevo Testamento en mi sangre, por la cual hago yo con los hombres una nueva alianza, y esta será derramada por vosotros y por otros muchos, para que sirva de remisión de todos los pecados.* He aquí en compendio nuestra santísima religión; la alianza del hombre con Dios confirmada con la sangre del Hombre-Dios. Mientras permanezca la religión sobre la tierra, que será hasta el fin del mundo, y mientras esta alianza, que solo está comenzada, vaya cumpliéndose con el trascurso de los siglos, es necesario que esta sangre permanezca también sobre la tierra, realmente presente á los que contraen la alianza; que sea ofrecida á Dios, y que la aspersión de ella

se haga por medio de la comunión en el corazón de los cristianos, donde la alianza se celebra. Este es el recuerdo perpetuo que nos mandó hacer Cristo de su sagrada pasión y muerte, anunciándola hasta su venida. Por lo que estamos ciertos que á la Iglesia nunca jamás le faltará sacrificio con que aplacar á Dios, y que la Eucaristía subsistirá hasta la segunda venida de Cristo, en la que renovada toda Iglesia por la participación de su gloria, y unida á él como á su cabeza, ofrecerá por él, con él y en él este sacrificio, y tendrá parte en él alimentándose de la verdad increada, que es el pan y la vida de los escogidos.

Los antiguos sacrificios autorizados por la ley de Moisés, si bien fueron útiles en la situación y circunstancias en que se encontraba el pueblo hebreo, no se instituyeron para durar eternamente. Eran elementos muy imperfectos é ineficaces para santificar los hombres y purificar las almas y los espíritus; por lo que decía san Pablo [1]: Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazón con la gracia, no con aquellas viandas que nada aprovecharon á los que vivían confiados en ellas. Tenemos un altar ó una víctima que es el mismo cuerpo de Jesucristo, de que no pueden comer los que sirven al tabernáculo, esto es, los que se creen obligados á observar la antigua ley, la cual prohibía comer de la víctima en el sacrificio de la expiación. Así que, á la presencia de este nuevo sacrificio debían cesar todas las víctimas, sacrificios y ofensas de los judíos, y desaparecer las tinieblas con la presencia de la luz, conforme estaba anunciado por los profetas. Por uno de ellos [2] hizo decir expresamente el Señor á su pueblo: No está ya mi voluntad con vosotros ni me podeis agradar, ni recibiré ofensas de vuestra mano. Vuestros sacrificios no me son aceptables, porque desde el Oriente hasta el Poniente es grande mi nombre entre las gentes y naciones; y en todo lugar se ofrecerá á mi nombre una ofrenda limpia y pura; por lo que lo que estaba anunciado tanto tiempo antes de la venida de Cristo se verificó en la institución de este augustísimo y adorable Sacramento que ha de subsistir, según la promesa de Cristo, hasta

[1] Div. Paul. Ep. ad Hebreos. cap. 13, vs. 9 et 10.

[2] Malaqui. cap. 1, v. 10 et 11.

la consumación de los siglos; siendo su carne verdadera comida y su sangre verdadera bebida, para que el que coma de su carne y beba de su sangre quede unido á Cristo, y este inefable Señor quede también verdaderamente unido á él. Esta es la grande y misteriosa significación que tenían aquellas palabras con que Jesucristo anunciaba anticipadamente esta tan admirable transustanciación, diciendo: *El pan que yo os daré es mi carne, la cual será entregada por la vida del mundo.* Así fué que los discípulos, los apóstoles, los primeros fieles, los pastores y ministros, los sabios y doctores del cristianismo, y en fin, tantos varones eminentísimos en sabiduría y en virtud, é ilustrados por Dios, como han florecido en la Iglesia desde su establecimiento, han entendido aquel lenguaje del Salvador, de la misma manera que hoy lo entiende la Iglesia católica romana, testificando la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía. De todo lo que se infiere que el dogma de la transustanciación no es un dogma nuevo ni una mera invención de algunos doctores crédulos, sino que trae su origen é institución del mismo autor de los Sacramentos, y que es un artículo de fe creído perpetua y constantemente en la Iglesia universal, como uno de los principales y fundamentales, sin cuya creencia no se puede conseguir la salvación eterna.

18

Aclaraciones importantes de Cristo, y fervorosas súplicas á su Eterno Padre.

Tristes estaban por una parte los apóstoles; afligidos y consternados, viendo que Jesús les anunciaba tan cercana su muerte, y por otra se manifestaban algo consolados con las lisonjeras promesas que les había hecho, al mismo tiempo que tenía el Salvador divino su corazón lleno de amargura, y no podía ver sin un excesivo dolor y pena inexplicable á su cuerpo sacrosanto en el de un traidor que ya le había vendido. La vista de tan horrible sacrilegio le obligó á quejarse de nuevo de la perfidia que se iba á ejecutar contra su

persona, y de ella habló otra vez á sus apóstoles con palabras mucho mas sentidas que aquellas que les habia dicho antes; y aunque es verdad que ninguna pasion podia causar la menor turbacion en su ánimo, con todo, se apoderó de tal manera la tristeza de su corazon, que se mostró totalmente conmovido y turbado; y aquel que hace temblar al cielo, estremecer la tierra y conturbarse el infierno, se estremeció de horror, ya fuese para mostrarnos la gravedad del delito, ó ya para darnos á conocer la repugnancia que tenia en quejarse de la infidelidad de uno de los suyos, y quizá quiso enseñarnos tambien cuánto ha de ser el cuidado que debemos tener en no hablar de las faltas ajenas cuando podemos ocultarlas, pues así las disimulaba quien las tenia tan presentes. Dejó pues que saliera á su semblante toda la turbacion de su alma, y poseído de su tristeza dijo á sus discípulos: *De verdad os digo y os lo aseguro una y otra vez, que uno de vosotros me ha de entregar.* Esto fué un segundo aviso para Judas, del que tampoco se dió por entendido. Los demás discípulos se miraban preguntándose unos á otros con los ojos, y se examinaban á sí mismos. Si se ofrecia á su imaginacion la sospecha de alguno, la desechaban al punto como temeraria. Judas se mantenía ciego en su obstinacion sin que nada le hiciese mudar de propósito, lo que fué echar el colmo á su desdicha. Se cansó Pedro de estar en una tan cruel incertidumbre. Todos sabian lo que amaba á su Maestro; ya era esta la tercera vez que oia hablar de un desdichado dispuesto á ser traidor, y que este era del número de los doce apóstoles; por lo que nada bastaba á quietarlo y contenerle; sin embargo, se contenta porque observaba que Jesús nunca nombraba al traidor, aunque tan amargamente se quejaba de la traicion.

Esta reserva de Jesús era el freno del atrevimiento de Pedro; y aunque á ninguno cedía en amor á su soberano Maestro, no se atrevia á hacerle directamente una pregunta para satisfacer su curiosa ansiedad. A su frente tenia al discípulo amado recostado sobre el lado izquierdo de Jesús con una familiaridad tan grande, que solo la amabilidad y dignacion de Jesús podia permitirle. Estando pues frente á frente Pedro y Juan, hizole aquel señal para que inquiriese secretamente de él quien era el que lo habia de entregar. Como es-

taba Juan inmediato al oido de su Maestro, y poseia su corazon, se tomó la libertad de preguntarle quien era aquel hombre malvado; y le respondió el Salvador: Que era aquel á quien daria un bocado de pan mojado en su plato. Después de esto tomó Jesús sin afectacion alguna un bocado de pan, lo mojó y se lo dió á Judas, y este lo recibió y se lo comió. Tras este bocado empezó el demonio á agitarle y á moverle con un infernal furor; no pensaba ya sino hallar algun pretexto para dejar la mesa ó ir á consumir su traicion. Acaso esperaba que se extendiesen bien las tinieblas de la noche para escapar, ó que cuando acabada la cena se retirase el Maestro divino á hacer oracion. Pero Jesús, que tenia designios de cumplir, en los cuales no queria tener por testigo á un apóstata, le ofreció la ocasion que él mismo esperaba, diciendo: *Lo que has de hacer, marcha y hazlo luego.* Solo el discípulo amado pudo comprender el sentido de estas palabras; pero ninguno de los que se hallaron presentes entendió la significacion de ellas; y lo mas que se ofreció á algunos fué, que teniendo Judas el dinero que les ofrecia la caridad de los fieles para su alimento, le mandaba el Señor ir á hacer alguna provision para la Pascua, ó á dar alguna limosna á los pobres. Apartóse pues el malvado de la compañía de Jesús, sin que los favores ni las caricias de tan amable dueño hubiesen podido ablandar su corazon. Le dejó ir su Majestad como oveja dañada y enferma que solamente podia servir de infeccion á los demás.

Luego que Judas hubo de allí partido, dijo Jesús á sus discípulos: Ahora va á ser esclarecido y ensalzado el Hijo del hombre, y Dios será por él glorificado. Y por enanto Dios será en él glorificado, tambien lo glorificará en sí mismo, resucitándolo de entre los muertos, y luego lo ensalzará sentándolo á su diestra en los cielos. Hijitos, por un corto tiempo estaré aun con vosotros. En esta misma noche mis enemigos me apartarán de vosotros para conducirme á la muerte. Me buscareis; pero como dije en otra ocasion á los judíos, á donde yo voy vosotros no podeis venir; os lo repito ahora á vosotros. Cortas, pero enérgicas y afectuosas, fueron estas palabras de Jesús. En ellas se descubre la gran dignidad de la persona que habla y el carácter de un Dios hombre superior á todos los hombres; en ellas se admira la fortaleza heroica y la tranquilidad de su alma

estando seguro que bien pronto había de ser entregado en manos de sus enemigos, y á la muerte mas cruel é ignominiosa: en ella se echa de ver cómo predice á los discípulos con la mayor serenidad y á sangre fría las circunstancias de su pasión y todo lo que va á suceder, y la flaqueza y pusilanimidad de los apóstoles en su vergonzosa huida y en el abandono en que lo dejarían en el tiempo de su mayor angustia; pero á la par brilla también altamente la ternura que les muestra en las instrucciones que les da y en los consuelos que les promete por la venida del Espíritu Santo y por el modo afectuoso con que los encomienda á su Padre; por lo que para animarlos mas y mas y alentarlos en medio de las persecuciones que les esperan, les dijo: Un mandamiento nuevo os doy, y es que os améis mutuamente los unos á los otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si viesen que después que yo falto de vuestra compañía reina entre vosotros una fraternal concordia que no haga de vuestra sociedad sino una gran familia, cuya cabeza ya glorificada espera después de sí en la morada de la gloria á los miembros que la componen. En estos son y serán manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo: cualquiera que no hace justicia y que no ama á su hermano, no es de Dios; porque esta es la suma de la predicación, la doctrina que habeis oído desde el principio; que nos amemos unos á otros. Y pues hemos conocido la caridad del Hijo de Dios que puso su vida por nosotros, así también debemos poner nosotros nuestras vidas por nuestros hermanos [1].

Habia dicho Jesús á sus apóstoles que se marchaba, y este pensamiento triste preocupaba su atención; pero les había añadido que donde él iba ellos no podían ir; y Pedro no concebía que hubiese en el mundo un camino tan difícil por el que no pudiese caminar en su seguimiento, y por este le replicó diciendo: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Resuelto estoy pronto á morir; yo expondré por tí mi vida. Contéstole Jesús: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo, que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces, como si yo fuera un hombre á quien jamás

[1.] Ep 1 a Joann. cap. 3, v. 10 et seqs.

hubieras conocido. Si Pedro hubiese comprendido bien las palabras de su Maestro y las hubiese mirado como una predicción muy cierta de un suceso bien próximo, no hay duda que hubiese muerto de repente; pero él las escuchó como una amenaza de precaución hecha con el fin de mantenerlo con cuidado y vigilancia. No contó Pedro con menos confianza sobre la pretendida intrepidez de su corazón; y asegurado con el testimonio presuntuoso que se daba á sí mismo por su disposición presente, no quiso temer para en adelante. Jesús lo había prevenido suficientemente: le dejó aplaudirse de su celo, y prosiguió su comenzado discurso.

No os acobardeis, les dijo; no se turbe vuestro corazón. Si creéis y confiáis en Dios, también debéis creer y confiar en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones y moradas. Si así no fuera, no os hubiera dicho voy, y me adelanto á prepararos el asiento y lugar que corresponde á cada uno de vosotros. Es preciso que creais que no solamente soy yo el Mesías y enviado de Dios, sino es también el Hombre-Dios, el mediador de la nueva alianza, el jefe y príncipe de todo comercio y religion entre Dios y los hombres. No me explico mas sobre este punto de vuestra creencia, porque ya en otras ocasiones os he dado las instrucciones necesarias. Si parto ahora, no es para dejaros para siempre. Marcho y volveré; conviene á saber, en el último momento de vuestra vida, á llevaros conmigo, para que estéis donde yo estoy. Cualquiera que se dedique á mi servicio, no se cansa de seguirme, pues allí donde yo estuviere ha de estar el que me sirve. Sed pues fieles en cumplir vuestra obligación, que yo lo seré en cumplir mi palabra. Ahora debéis saber á dónde voy, y conocer el camino que lleva al término.

Ninguna duda debían tener los apóstoles sobre lo que el soberano Maestro acababa de anunciarles. Cien veces les había predicado que volvía á su Padre; que el cielo era el término de sus correrías pasajeras sobre la tierra; que la fe de su divinidad, la participación de sus méritos y la práctica de sus leyes, serían el camino que en adelante conducirían á su divina morada, con exclusion de las ceremonias antiguas y del culto imperfecto de Moisés. El Señor tenía derecho para hablar á sus discípulos como si lo hubieran entendido, porque estando instruidos como lo estaban, no debían

trocar las cosas; pero con todo eso las trocaron aun, y no las entendieron bien hasta que recibieron el Espíritu Santo. De aquí provino el que Tomás dijese en seguida á Jesús: Señor, ¿si ignoramos á dónde vais, cómo podemos saber el camino que nos conviene seguir? Entonces le dió Jesús esta admirable respuesta: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* El camino que conduce derechamente á la verdad, y la verdad que lleva infaliblemente á la vida eterna. El camino que debéis tomar, la verdad que debéis creer y la vida que debéis vivir. Marchad en pos de mí, seguid mis consejos y doctrinas, y así rectamente llegareis á mi Padre, *porque nadie va al Padre sino es por mí.* Esto es, por medio de una fe viva que es un don que no se puede alcanzar sino por mí; pero la alcanza el que la quiere, porque á nadie se le niega. La dificultad que tenéis en conocer á mi Padre, nace de que jamás me habeis conocido bien á mí; porque si hubiérais conocido bien al Hijo, conoceríais asimismo al Padre, porque el Hijo está íntimamente unido con el Padre, y á él es en todo y por todo perfectamente semejante. Mas desde ahora bien pronto lo conoceréis, lo veréis y sabréis quién es, en virtud de las luces y sabiduría que el Espíritu Santo derramará sobre vosotros.

De cada expresion de Jesús surgían nuevas dificultades para los apóstoles, que aun no estaban elevados á la altura de aquella fe, por la que debían creer y predicar la idea de un Dios subsistente en tres personas realmente distintas entre sí, de las cuales la una se hizo hombre: por esto Felipe, que no penetró el pensamiento del Maestro divino, se tomó la libertad de decirle: *Señor, hacédnos ver al Padre;* esta gracia que os pedimos bastará para nuestro entero consuelo. Y bien, Felipe, replicó el Salvador; ¿después de tanto tiempo como ha que estoy con vosotros, no me habeis conocido! ¿Á dónde está vuestra fe? ¿No sabéis que los que están ilustrados con luces sobrenaturales y divinas, y me miran con los ojos de la fe, no pueden verme sin ver á mi Padre en mí? ¿Por qué me decís, pues, que os le muestre! ¿Es porque no creéis que yo estoy en él y él está en mí? ¿No bastan mis obras y mis palabras para convenceros de esta verdad? Además de la naturaleza humana subsistente en una persona divina que habla, que obra y que conversa con vos-

otros, tengo yo tambien la misma naturaleza divina que mi Padre, pero invisible á vuestros ojos mortales si no es que se muestre en mis operaciones y milagros. *El Padre, que mora en mí, es el que obra las maravillas que me veis hacer;* esto es, no es por mi poder puramente humano por el que ejecuto los milagros; yo soy el Hijo, y el Hijo muy amado; yo los pido, y mi Padre los ejecuta con su omnipotencia, aunque esta omnipotencia es común á los dios como lo es la naturaleza divina. *Y si mis palabras no bastan para que me deis entero crédito, mis obras las confirman, por ellas debéis creerme.* En verdad, en verdad os digo, que el que en mí cree, las obras que yo hago tambien él las hará, y aun mayores que estas y mas admirables. De manera que el discípulo fiel tendrá este consuelo, gozará de este privilegio, y en mi nombre usará de él. Esto es en realidad prometer mucho á los fieles servidores; pero no prometo cosa alguna que no haya de ver algun dia con admiracion todo el mundo. Yo voy á mi Padre, del cual en calidad de Hombre-Dios y de Hijo unico de Dios, recibiré todo el poder en el cielo y en la tierra. *Yo voy al Padre, y todo lo que pidiéreis en mi nombre con fe viva y confianza firme, os lo otorgaré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; asimismo lo que le pidiéreis al Padre en mi nombre, por mis merecimientos, no tengais la menor duda, os lo concederá.*

Vosotros, empero, discípulos míos, habeis de acreditar que correspondéis á mi amor y que me amais verdaderamente; de ninguna manera podreis justificar esta mejor, que practicando las máximas que os he enseñado, por grandes que sean las dificultades que para ello tengais que superar; no os dejéis vencer del trabajo ó del temor, ni os afligais por mi ausencia: *yo rogaré á mi Padre, y os dará otro consolador y Maestro para que permanezca con vosotros para siempre;* á saber, el Espíritu Santo; Espíritu de la verdad que no pueden recibir los que se guían por el espíritu del mundo, pues no están en disposicion de verlo y conocerlo. Es tan bueno este divino Espíritu, que con la verdad comunica tambien su verdadera inteligencia. Eso pueblo en que vivís, ese judaismo rebelde que me persigue, esa Sinagoga infiel que me repudia, no lo conoce ni lo desea, y está pronto á desecharlo. Las cosas de la tierra los ocu-

pan y enajenan, y por eso no se mueven por las del cielo; pero vosotros conoceréis á ese divino Espíritu y gustareis de su dulzura, porque se derramará en vuestras almas, habitará en ellas como en su templo, como en su paraíso y como en su trono, y las llenará de tantas delicias, gracias y luces, que llegareis á tener un conocimiento muy claro de mis atributos y perfecciones.

No es mi ánimo dejaros solos en el mundo, huérfanos y abandonados. Yo vendré otra vez á vosotros y estaré en vuestra compañía aun un poquito, y el mundo no me verá; empero vosotros me vereis, porque yo vivo y vosotros vivireis. Yo os tengo un amor verdaderamente paternal, y no os abandonaré. Es verdad que el mundo que no considera en mí sino esta apariencia exterior que está sujeta á los sentidos, me perderá muy presto de vista; pero vosotros que la teneis mas penetrante y que me mirais mas con los ojos del alma que con los del cuerpo, me tendreis siempre presente en vuestro espíritu. El mundo sumergido en los bienes temporales tiene una vida animal que se puede llamar verdadera muerte; pero los que buscan como vosotros una vida superior á los sentidos, una vida toda espiritual, que no podrá arrebatar la muerte, estos tales vivirán eternamente. Yo tengo poder para dejar la vida; y á pesar de los que imaginen habérmela quitado, la volveré á recobrar. Yo quiero entregarme al furor de mis enemigos; pero yo sabré defenderos á vosotros de sus insultos. No les permitiré contra vosotros lo que sufrí que ejecuten conmigo. Yo os conservaré la vida para volveros á ver y conversar con vosotros luego que triunfaré de la muerte. Entonces conoceréis tres verdades esenciales que hoy os he predicado, y que no entendeis aun sino imperfectamente. Comprenderéis que yo estoy en el Padre por la comunicacion de una misma naturaleza; que vosotros estáis en mí por la comunicacion de mis méritos, y que yo estoy en vosotros por la impresion de mi espíritu. *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre; yo tambien le amaré y me manifestaré á él, comunicándole los tesoros de la divina sabiduría.*

Este discurso de Jesús enardecíó tan admirablemente el corazon de los apóstoles, que todos se humillaron y confundieron á la vista

de aquel que tenía tanto acierto para traspasarle con cada una de sus palabras; de modo que Judas, por sobrenombre Tadeo, hermano de Santiago, quedó tan admirado con lo que acababa de oír, que no pudo menos de decir á su Maestro: *¿Por qué, Señor, os ocultais á los del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros?* *Esto es,* respondió el Señor, *porque los que me aman y guardan mis mandamientos, mi Padre los amará, y vendremos á él, y en él estableceremos nuestra habitación y morada.* Al contrario los que no me aman, desprecian lo que les digo y no hacen caso de lo que les mando. No sucederá lo mismo con vosotros: nada os he ocultado de lo que aprendí en el seno de mi Padre para comunicaros, de lo cual bien presto recibireis la perfecta inteligencia. Cuanto os he hablado, os lo he dicho como enviado de mi Padre para ser vuestro doctor y Maestro. Estas son las cosas, y esta es la doctrina que os he hablado estando con vosotros. Cuidad de retenerlas en vuestra memoria, que cuando seais ilustrados de lo alto, vereis que no os he disimulado cosa alguna. El Espíritu Santo, al cual enviará el Padre en mi nombre, os las enseñará todas; os recordará cuanto os he dicho, y os instruirá descubriéndoos el sentido de todas las verdades y misterios que os he predicado. Esas serán sus funciones, y vosotros os admirareis dentro de vosotros mismos de la perfeccion de su obra; la conformidad de su instruccion con mi doctrina será vuestra seguridad y vuestro gozo; nada podrá entonces turbaros ni deteneros en el camino que habreis comenzado á andar; esperad estos dichosos momentos y consolaos en mi ausencia, pues vuestra pena no ha de ser muy larga.

Cercano está el momento de mi partida; por tanto, como legado el mas precioso, os dejo la paz, os doy mi paz, no como el mundo la da yo os la doy. La que os dejo y os doy es la base de la felicidad que el hombre puede disfrutar en la tierra; es fruto del Espíritu Santo y tambien de la justicia; es en muy gran parte el reino de Dios que está dentro de nosotros, el cual, segun el Apóstol, consiste en la justicia, y paz, y alegría, en el Espíritu Santo, y es como una consecuencia de la quietud, orden y sosiego de las vehementes pasiones, bien supremo que no puede dar el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se intimide ni acobarde. Habeis oído cómo yo

os he dicho que me parto y os dejo; tambien os he añadido que presto volveré á vosotros; pero me parece que en vano os prometo mi vuelta, pues conozco que os adigís solamente en pensar qué queáis sin mí sobre la tierra. Si el amor que me teneis os hace desear lo que mas conviene, no teneis sino motivo para alegraros de que para para mi Padre, al cual soy en cuanto hombre inferior en dignidad y perfeccion; pero que quiere darme tanto mas honor, cuanto menos he recibido del mundo. Yo os lo digo antes que suceda, para que cuando haya sucedido, creais y comprendais que nada me suceda que no tenga previsto, y que soy el Hijo de Dios á quien mi Padre celestial no rehusa noticia ni conocimiento alguno. Ya no hablaré mucho con vosotros en esta carne mortal; pues va viniendo el príncipe de este mundo, esto es, el diablo, príncipe de las tinieblas, y agita á los de la Sinagoga para que me prendan y den la muerte. El nada tiene conmigo, porque no tengo pecado alguno; y si yo quisiera, fácil me sería evitar la muerte. Empero para que conozca el mundo que amo al Padre, y que segun me ha mandado mi Padre así lo hago. Lo que fué decirles: Si los príncipes de la Sinagoga están atentos al modo con que van á pasar las cosas, aprenderán que si yo soy sacrificado y muero, este es efecto de mi obediencia y no de su poder. Ved ahí lo que tenia que decirlos antes de separarme de vosotros; levantémoslos ahora y seguidme, que ya es tiempo que me prepare para el grande conflicto que me espera.

Algunos expositores muy graves del Evangelio creyeron que lo que aun resta de este importantísimo discurso, lo dijo Jesús en otra pieza mas escondida de la misma casa, en donde estuviessen los apóstoles menos perturbados de temor, y otros piensan que salieron luego de ella, y que prosiguió el Señor su plática por el camino hasta llegar á Gethsemani; con todo, parece mas verisímil que en el mismo cenáculo pasó todo lo que refiere san Juan hasta el capítulo 18, versículo 1.º, en que dice: *Habiendo dicho Jesús todas estas cosas, marchó con todos sus discípulos á la otra parte del torrente de Cedron*; pues tan largo y tierno sermón, y tan fervorosa oracion al Padre, no es regular que se dijese andando. Así como es muy natural que la despedida del Señor con tan amados discípulos fuese

prolija, y que aunque al decir Jesús, *levantaos y vámonos*, se levantasen todos de la mesa, con todo, lo restante del sermón se trataria ó pasaria en el mismo cenáculo mientras estuviessen para marchar. Sea como fuese, es muy digno de advertir que el mismo Señor que hasta ahora les ha dado tantas razones para que se consuelen y se alegren de su muerte, ahora va á exhortarlos á que sean constantes en su fe y en su amor, á pesar de todas las persecuciones y trabajos. Para darles desde luego á conocer cuán necesario les es mantenerse unidos con él, se vale de la comparacion del sarmiento, que no da fruto ni vive si no está unido con la vid. Ya los profetas le habian llamado *vara de Israel ó de la raíz de Gesé, pimpollo de justicia, pimpollo famoso*; y habian representado á sus discípulos *como pimpollos del vergel del Señor, y como una viña plantada por la diestra de Dios*. Así Jesús, aludiendo ahora á estas y otras muchas metáforas tomadas de la labranza, les dice: Yo soy la vid verdadera que da á sus vástagos el alimento y la vida; esto es, la vid que produce el vino mas generoso y mas propio para alegrar el corazón del hombre; una vid espiritual que hace en las almas los mismos efectos que la material hace en los sarmientos, pero de un modo mas noble. Mi Padre es el labrador ó viñador: como sabio y experimentado agricultor, cortará, separará todo sarmiento que en mí no lleva fruto; esto es, que perteneciéndome aun por su creencia no lleva fruto de buenas obras; pero á aquellos discípulos cuya vida corresponde á la fe, les dará cada dia nuevas luces, y les abrirá mas excelente camino para la perfeccion, para que su fruto sea mas sazonado y abundante.

Vosotros, discípulos míos, todos estais puros y limpios; mi palabra os ha santificado, y solo os falta que os deis sazonados frutos de virtudes; y para esto debéis entender que teneis tanta necesidad de mí, como la tienen los sarmientos del tronco ó cepa de donde reciben el jugo. Conservad vuestra union conmigo, constantes en mi amor, que de mi parte yo permaneceré con vosotros por la comunicacion de mi gracia y de mi espíritu. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está incorporado con la cepa ó la vid, así vosotros no podeis hacer obra alguna buena ni meritoria digna del premio del cielo, si dejais de estar unidos conmigo. Yo

soy la vid que da á sus vástagos el alimento y la vida. Vosotros sois los sarmientos: el que está en mí y yo en él, este lleva copioso y abundante fruto. Si no permanece en mí, será un sarmiento inútil y una rama infructuosa. Sin mí y separados de mí nada podéis hacer que os aproveche para la vida eterna como mérito de ella, y nada que á título de justicia os disponga para ser santificados. Pero como no podéis hacer cosa buena sin mí, cuidad mucho de no separaros de este principio, no suceda lo que al sarmiento separado de la vid y seco, que solo sirve para el fuego; porque de la misma suerte vendreis á ser por esta separacion leña seca para el fuego que jamás se ha de apagar. Si perseverais en vuestra union conmigo, y si permanecen en vuestras almas profundamente grabadas mis palabras, pediréis cuanto quisiéreis y todo os será otorgado. Por lo que decía san Juan [1]: Carísimos, si nuestra conciencia no nos reprecende, confiemos en Dios, que cuanto le pidiéremos le recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables en su acatamiento. En esto es honrado y glorificado mi Padre, en que produzcais mucho fruto de santas obras, y os mostreis dignos discípulos de su Hijo, vuestro Maestro. Os aseguro que no tendréis mucho trabajo en ello; pues el Espíritu Santo que os enviaremos, os hará capaces de ser mis discípulos y os ayudará á imitar mis virtudes. Para facilitaros la práctica de ellas, os inspirará un grande amor á mí. Sereis sin duda mas duros é insensibles que las piedras, si no amais tiernamente al que con un amor tan tierno y afectuoso os amó.

Como el Padre me amó, así tambien yo os he amado. Continuad en merecer mi amor; en la inteligencia de que si guardais mis preceptos, yo os amaré siempre, como mi Padre no cesa de amarme, porque jamás me aparto yo de su voluntad santísima. Así es que, decía san Juan [2]: El que guarda la palabra y la doctrina de Jesucristo, la caridad de Dios está verdaderamente en él. El que dice que está y permanece en él, debe andar, conducirse y vivir como él anduvo. Y Jesús añadió á sus discípulos: Todas estas cosas os he dicho y os las repito, para encontrar en vosotros la plenitud

[1] Div. Joann. Ep. 1.ª cap. 3, vs. 21 et 22.

[2] Idem. ibid. cap. 2, vs. 5 et 6.

de mi gozo, y para que vosotros goceis de un perfecto consuelo. Poned singularísimo cuidado en observar el precepto de la caridad y del amor. Amaos unos á otros con este amor puro y espiritual, del que os he dado tan buen ejemplo, amándoos hasta acabar consumido de dolores por vuestra salud. Este es mi precepto y una ley propiamente mia que está fundada sobre la union íntima que he contraído con los hombres. Yo quiero una caridad perfecta, y no es posible mayor amor que entregarse á la muerte por los que se aman. Esta es la perfeccion del amor, y bien presto conoceréis si yo amo perfectamente. Sobre este precepto tambien nos dice san Juan [1]: Si alguno dice yo amo á Dios y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano, al cual ha visto y con quien vive en sociedad, ¿cómo puede amar á Dios que no ha visto? Vosotros sois mis amigos, y lo sereis siempre si hacéis las cosas que yo os mando. Bien sabéis que soy vuestro Señor y Maestro; no obstante, no quiero tratar con vosotros como un señor trata con sus siervos; nunca les comunica sus designios, ni les descubre los secretos de familia, ni los admite á su consejo y privanza; os llamaré mis amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, los misterios profundos y los arcanos y consejos de su Providencia para el establecimiento y gobierno de la Iglesia, os los he declarado y hecho notorios. No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo os elegí á vosotros, y os he plantado y constituido para que váyais y llevéis fruto permanente. Reconoced pues este favor tan singular que no lo habeis podido adquirir por vuestra industria, ni tenerlo por vuestros méritos, ni poseerle por vuestra eleccion.

Tampoco debeis olvidaros que despues de haberos elegido así y distinguido del comun de los hombres, os he dado las primeras plazas y asientos en mi reino, os he confiado la direccion y conducta de las almas que he venido á rescatar con el precio de mi sangre, y os he constituido maestros y pastores de los pueblos, para que llenos de mi doctrina váyais á esparcir por el mundo esta celestial semilla en los corazones de los mortales, para que den abundantes fru-

[1] Idem. ibid. cap. 4, vs. 21 et 22.

tos y estos permanezcan siempre, á pesar de la corrupcion del siglo. Con esto merecereis que mi Padre os conceda todo cuanto le pidais en mi nombre y por su gloria. No os olvidéis de lo que os mando otra vez; á saber, que os amais los unos á los otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí, el primero y mas digno de vosotros. Si fuérais del mundo, si hubiérais seguido sus máximas, el mundo amaría lo que es suyo. Mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí y separé de él; por eso os aborrece el mundo. Sin duda esto fué lo que obligó al mismo san Juan á que dijera [1]: Hermanos míos, no os maravilleis si el mundo os aborrece. Considerad cuán grande amor nos ha mostrado el Padre en que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoce á él. Hijitos, vosotros sois de Dios; los pecadores, los herejes, los impostores, los falsos profetas son del mundo; por eso hablan del mundo y el mundo los oye. Acordaos de lo que os decía poco tiempo ha, que el siervo no es mas que su señor; y así que habiéndome perseguido á mí no debéis creer os perdonará á vosotros. Si los mundanos hubieran seguido mis consejos, pudierais esperar que siguieran los vuestros; y si hubieran oído mi palabra, también podríais creer que no despreciarían la vuestra; pero sabéis muy bien que han hecho todo lo contrario y que han abandonado mi doctrina. Por tanto, no penseis hallar en sus corazones mayor rectitud, ni en sus entendimientos mayor docilidad, que la que yo hallé. Con todo eso, no los temáis, porque todos los malos tratamientos que os harán, los desprecios, las injurias, los ultrajes y las violencias que experimentaréis, serán en aborrecimiento de mi nombre. Ellos no quieren reconocer al que me ha enviado, y ved ahí por qué pasará su enemistad de mí hasta vosotros. La causa de vuestras penas y trabajos os debe servir de consuelo, porque de ellos resultará el mérito y la gloria.

Todas estas lecciones del Salvador se dirigen á esforzar á los Apóstoles y á sus sucesores, y á animarlos con sus ejemplos, protección y premios, al desempeño fiel de su ministerio, y á responder exactamente á su vocación y prepararlos contra las persecuciones.

[1] Idem. ibid. cap. 4, vs. 1 et seqs. et cap. 4, vs. 5 el 6.

nes de sus enemigos. Yo os he elegido y elevado á la dignidad de apóstoles y de cooperadores en el establecimiento de mi reino. Aunque destituido de todo auxilio humano, nada os faltará para que la semilla de la palabra derramada con vuestro cuidado, regada con vuestros sudores, y en caso necesario con vuestra sangre, produzca frutos ópimos, abundantes y permanentes. Pero debéis contar, no con ser amados del mundo, sino al contrario, odiados y combatidos universalmente y en todas partes. Si hubiérais tenido parte en las conspiraciones y malignos proyectos de mis enemigos, y seguido las máximas tortuosas de la política mundana, y disfrazado la verdad, siempre amarga á los mortales, é incensado á los poderosos, y lisonjeado los oídos de los hombres perversos, y canonizado las desordenadas pasiones, y predicado una moral laxa y acomodada á fomentar los vicios, seríais amado del mundo y lograríades crédito, reputación y fama. Empero la severa verdad y la doctrina evangélica anunciada por vosotros con igual libertad que firmeza, expondrá vuestra reputación y vuestra vida, y llegará tiempo en que cualquiera que os dé la muerte, imagine que hace un obsequio á Dios y califique de gran mérito su misma crueldad. Será tan profunda la ceguedad de los judíos, que no querrán reconocer en las señales mas sensibles el testimonio de mi Padre, respeto de mí, ni confesar que yo soy el Hijo de Dios enviado para su salud. Lo que fué decirles: Ellos conocerán sus injusticias, ellos harán gloria de sus violencias; ¡pues qué no debéis esperar de un pueblo furioso, cuyo aborrecimiento se armará con el pretexto de la religion? Dueños engañadores y súbditos engañados, sacerdotes envidiosos y discípulos corrompidos, todos á su modo se desatarán contra vosotros; pero para no temerles bastará que os acordéis que vuestro Señor y Maestro, para quien nada hay oculto, os predijo muy individualmente todas estas cosas, y no os llamó á su servicio sin patentizaros todas las penas que estaban anexas á él; y que si pudo anunciarlas, también tendrá poder para premiarlas.

No creáis, discípulos míos, que todo esto lo recató desde un principio para atraerlos á mí y mantenerlos como engañados en mi compañía, pues no fué así; yo estaba con vosotros, y entre tanto no debíais temer los peligros ni las persecuciones, porque podía calmar

todas las tempestades que contra vosotros se levantasen; á mas de que yo sabí bien, que yo solo era el objeto de la atencion, del odio y aborrecimiento de mis enemigos: ellos perseguian al Maestro y se contentaban con aborrecer á los discípulos. Mas ahora que vuelvo al que me envió, que ya nada podrán hacer contra mí, porque ni siquiera me verán, se desencadenará todo su furor contra los que crean en mí, y me sigan, y prediquen mis doctrinas, y se empeñen en mi defensa y en la de mi Evangelio. Una cosa empero advierto entre vosotros que me admira. Hablo de dejaros, y este aviso no hace aquel efecto que debí. Voy á aquel que me envió y vuelvo al cielo de donde vine; y en lugar de darme el parabien por ello, ya por el honor que voy á recibir, ya por el provecho que os ha de resultar por mi exaltacion, os afligís, permanecéis pensativos y melancólicos, y ninguno de vosotros me pregunta á dónde voy, ni cuáles son las riquezas y delicias de aquel lugar por el que dejo la tierra; sino porque os hablo de mi partida y de las consecuencias que de ella se os seguirán, están vuestros corazones llenos de tristeza, tanto que parece se os ha quitado el sentido y el habla.

Mas yo os digo la verdad, que os es necesario y conviene á vuestros intereses que vaya yo al Padre; porque si no fuere y quedare con vosotros, no os envierà el Espíritu Santo, no vendrá á vosotros el consolador que os ha de fortificar y os ha de instruir; pero cuando yo me vaya, después de consumado el sacrificio, yo mismo os lo enviaré, y no dilatará el derramar sobre vosotros sus luces y consuelos. Y cuando él viniere, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; lo convencerá por vuestra predicacion y ministerio, echándole en cara su incredulidad, con la que me ha negado y desconocido; pecado horrible que no podrá dejar de ser castigado con espantoso rigor. De justicia; esto es, de la justicia divina que brilla y resplandece en el premio de los buenos y en el castigo de los malos; y en mi exaltacion á la gloria, porque voy al Padre, y ya no me vereis mas en este estado de abatimiento y humillacion; sino triunfante y glorioso. Y por vuestras reprobaciones que serán robustecidas con la gracia del Espíritu divino, serán convencidos los judíos de la condenacion que les está reservada. Ya con esto quedais instruidos de que el príncipe de este mundo

está juzgado y condenado. Los judíos incrédulos van á ser echados del número de los hijos de Dios; su ciudad, su culto, su templo y sus ceremonias, no subsistirán mas. Fortalecidos por mi espíritu les echareis en cara estas amenazas y, no pasará esta generacion sin que el suceso se verifique.

Como no os considero todavía bastante capaces de comprender otras muchas que tengo que deciros, no os las comunico; porque no conviene ahora sobrecargar demasiado vuestro espíritu; las comprendereis empero cuando venga sobre vosotros el Espíritu de la verdad que os he prometido. Este Espíritu divino no os hablará de suyo, sino que os dirá todas las cosas que habrá oído en el cielo, y os las anunciará con tanta claridad, que os mostrará como presentes las que se han de verificar en la serie sucesiva de los tiempos, con cuyo conocimiento seréis los nuevos profetas que tengo de enviar al mundo. El me glorificará sobre la tierra, porque recibirá de lo mío, y de mí es de quien recibirá la doctrina con que estará encargado de instruiros. Todo lo que tiene mi Padre, es mío; por esto os he dicho que nada dirá que no venga de mí; como de su origen y que no haya recibido de mí; y habitará con vosotros durante mi ausencia, pues dentro de breve tiempo no me vereis mas; y si esta primera ausencia no es perpetua, como en realidad no lo será, pues me vereis de cuando en cuando, sabed que estas visitas durarán solamente hasta que vuelva á mi Padre y suba al cielo, en donde estableceré mi morada para siempre, y en donde no vereis hasta que subais á él por el mismo camino que yo lo reconquisté y para todos lo merecí.

Algunos de sus discípulos que no pudieron comprender bien el sentido de estas expresiones, se decian unos á otros: ¿Qué nos quedará decir con esto, dentro de poco no me vereis, y luego dentro de poco me vereis, porque voy al Padre? En verdad que tenía esta conclusion tanto de concisa como de misteriosa, para que la comprendiesen los apóstoles, y necesita por lo mismo alguna explicacion. El tiempo breve después del cual ya no lo verian, era el que iba á pasar desde este instante en que les habíaba hasta su sepultura; y el que después del cual lo habian de ver otra vez, era aquel en que estaria en el sepulcro hasta su gloriosa resurreccion. Y co-

nociendo su Majestad que deseaban preguntarle sobre esto, se anticipó como solía á sus deseos, y les dijo: Bien sé que las palabras que acabo de deciros os inquietan, y que no habeis comprendido su sentido: esperad su cumplimiento, y vereis que nada os he dicho que no sea cierto; oid pues lo que voy á deciros, para que lo comprendais mejor. Llegó tiempo en que vosotros llorareis y el mundo se alegrará; mas vuestra tristeza no durará mucho tiempo, y á ella seguirá un gozo mas cumplido. Como la mujer que va de parto llora y se aflige porque se acerca la hora de su trabajo, pero en habiendo á luz felizmente el fruto de sus entrañas ya no se acuerda de su angustia por el gozo de que se llena porque dió un hombre al mundo, así vuestras penas, discípulos míos, serán tan cortas como estas. Llegó el tiempo, y debo ausentarme de vosotros; esto os apesadumbra y acongoja; pero debeis consolaros con la esperanza de que apenas me habeis perdido de vista, cuando os volveré á visitar resucitado y glorioso. Esto calmará vuestras lágrimas é inquietudes y os llenará de una alegría tan sólida, que no os la podrán quitar todas las criaturas del mundo. Entonces en aquel día ya no me hareis pregunta alguna sobre mi partida. En verdad, en verdad os digo, que todo cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá, y el Espíritu Santo os enriquecerá y adornará de tal manera con sus dones, que no necesitareis tenerme cerca de vosotros para consultarme vuestras dudas. Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre; pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea completo.

Aunque el sentido literal de este discurso no era difícil de penetrar y conocer, sin embargo, por fácil que fuese, no estaba al alcance de los apóstoles; aunque es tambien cierto que no estuvieron largo tiempo sin percibirlo; y para que no dudasen de que el Maestro que se complacia en darles tan importantes documentos en los últimos instantes de su vida conocia perfectamente bien todas las necesidades que tenían, y no les negaba ni escaseaba todos los consuelos que necesitaban; les añadió: Hasta ahora os he hablado en estilo figurado y proverbial que no habeis podido penetrar; de aquí en adelante ya no usaré de figuras ni parábolas; os hablaré claramente de mi Padre, y os descubriré los misterios mas secretos y sublimes,

y tendreis gran cabida con este Padre, infinitamente liberal y misericordioso, el que os manifestará su voluntad acerca del establecimiento de su reino. Pedidle en mi nombre cuanto deseáreis, como sea justo y conveniente, y no es necesario que os diga que mis súbditos acompañarán á las vuestras, y que ninguna necesidad tendreis de acordármelas, pues aun cuando yo pudiese olvidarme de ellas, bastaría el amor que mi Padre os tiene para que fuesen despachadas prontamente. Os ama con ternura, porque vosotros me habeis amado, y porque me habeis creído cuando os he dicho que he salido de mi Padre, y que de allí es de donde he venido á la tierra. Esto bastará para que viendo la firmeza de vuestra fe á mis palabras, y vuestra adhesión á mi persona, mis méritos que tendré siempre presente, y conociendo vuestras necesidades, os oiga con benignidad y os conceda cuanto le pidiéreis. Acordaos que así como salí del seno de mi Padre para venir á este mundo, así ahora estoy á punto de dejar la tierra y volver á su mismo seno para vivir allí eternamente. Por toda la eternidad soy el Verbo de Dios; el Verbo está unido personalmente á mi humanidad desde el primer instante de mi concepcion. Así es como he bajado del cielo, que es el trono de la Divinidad; así es como vine á cumplir mi ministerio entre los judíos, á los cuales era enviado especialmente como á su predicador y Maestro, y voy á consumar la redencion de todos los hombres, para dejar este mundo y volver á mi Padre. Palabras breves pero enérgicas, que encierran en su fondo toda la esencia de la religion adorable del Salvador, en cuanto ella es por la dignidad de su cabeza, que es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Redentor y Salvador de los hombres.

No podia menos esta clara explicacion de Jesús de impresionar agradablemente á los apóstoles, y así fué que poseídos de la mayor gloria le dijeron: Ved ahí, Señor, que ahora nos hablas claro, y no con enigmas ni proverbios. Ahora conocemos que tú sabes todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte si lo conocemos; todo lo ves claramente, y con tu sabiduría sobrehumana penetras hasta los secretos mas ocultos de los corazones; por esto creemos que has salido de Dios. Adivinaste nuestros pensamientos, saliste al encuentro de nuestras dudas y calmaste todos nuestros temores.

Ninguno que solo sea hombre puro puede hacerlo, porque esto es uno de los mas bellos rasgos de la Divinidad; te conocemos pues, y te confesamos como Hombre-Dios, Hijo único de Dios, cuya santa humanidad está destinada á conducir y á juzgar á todos los hombres, y que recibe en todos los instantes de su vida las luces de la Divinidad, á la cual está unida personalmente. Replicóles entonces Jesús: ¿Por ventura, es cierto que vosotros creis ahora? Pues sabed que se acerca la hora y ya llegó, en que sereis dispersados, y cada uno de vosotros marchará por su lado y me dejareis solo, aunque no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Vosotros me abandonareis, pero os compadezco en verdad, tengo mas lástima de vosotros que de mí, y me es mucho menos sensible verme sin consuelo, que veros á vosotros en tanta turbacion y angustia. No os confundá ni entristezca esta mi prediccion, pues yo sé que brevemente os avergonzareis de vuestra cobardia, y borrareis la vergüenza y la deshonra con la fidelidad del resto de vuestros dias. Pero sabed que os he dicho estas cosas y os las he anunciado para que tengais y conserveis en mí la paz; mas no os la prometo sin combates ni batallas, porque quiero que sea una paz gloriosa y el fruto de vuestras victorias. Todo el tiempo que estais en el mundo, no dejará este de perseguirlos; pero no le temais, pues he conseguido contra él una completa victoria; y si vuestra confianza en mí fuese firme, sereis invencibles. Le vencí con la paciencia, y triunfaré de él con la muerte. Así mereceré la gloria de reinár sobre todas las gentes y la facultad de dar á todos aquellos que por mí pelearen, la fuerza para vencer y triunfar como yo del infierno y de toda la soberbia feroz de sus legiones.

Parece que con este tan vehemente discurso se inflamó el corazon del amantísimo Jesús con un nuevo fuego, y después de haber hecho un poco de pausa en estos razonamientos para dar tiempo tambien á sus discípulos para que respirasen, levantando sus ojos al cielo, dijo: Padre mio, llegó el tiempo de hacer brillar mi gloria. Tú quieres que tu Hijo muriendo admita al mundo con sus milagros; que su muerte sea seguida de una resurreccion gloriosa, sus penas de un dulce reposo y sus humillaciones de un triunfo eterno; y pues has elegido este tiempo para la ejecución de un tan grande designio,

empieza á glorificar á tu Hijo, para que el Hijo te glorifique á tí; haz que todas las naciones le conozcan y que el mundo sepa quién es. Para esto tan santo, noble y glorioso fin es para lo que le has dado poder, para atraer á sí á todos los hombres, para hacerles el mayor de todos los bienes, cual es el darles la vida eterna. El camino que conduce á tan dichoso término es el conocerte y adorarte á tí, oh Padre mio, y que reconozcan y adoren á tu Hijo único Jesucristo, á quien has enviado. Nada te pido que no haya merecido bien. Tú me has mandado trabajar en este mundo y procurar tu gloria, y yo lo he hecho así. ¿Qué falta ahora sino que recompenses me obediencia? Yo tuve en tí antes de todos los siglos como Hijo único, la gloria que es esencial á la Divinidad. Pero después que tomé esta carne mortal, y la semejanza y forma de siervo, he vivido siempre entre menosprecios, y la muerte ignominiosa que voy á padecer será el colmo de mis oprobios. Lo que deseo y te pido al presente es que enlaces después de mi muerte esta mi humanidad, humillada y como anonadada hasta aquí por tu amor.

Yo, Padre mio, he manifestado tu nombre á los hombres que tuviste á bien separar del mundo y hacerlos miembros vivos de mi grey. Criador y dueño absoluto de todos ellos, elegiste y predestinaste los que has querido para que me siguiesen fielmente, como siguen las ovejas á su pastor. Por estos discípulos que me habeis puesto á mi cuidado, y á quienes yo confío la direccion de los otros hombres, es por quienes os pido y ruego. Yo os los encomiendo y pongo bajo vuestra proteccion. Yo les enseñé la doctrina que tú me has comunicado, y habiéndola recibido llegaron á conocer que salia de tí, y creyeron que tú me enviaste. Yo os ruego por ellos; no os pido por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Esto es, nada os digo por el pueblo judío y por la Sinagoga que lo corrompe; no os pido y ruego que les perdoneis los castigos temporales y la ruina que les amenaza; yo sé cuál es su destino; vos me habeis revelado los decretos eternos fundados sobre su impenitencia futura y sobre su obstinacion que tenéis prevista. Adoro vuestra soberana justicia, y limito ahora mis deseos á estos hombres que me habeis dado para que los forme con mis lecciones, y los habeis elegido para ministros míos y de mi Evangelio. Ellos eran vuestros antes que

los pusiérais bajo de mi conducta, y siempre son vuestros aunque me los habeis dado, y os adoran á vos y á vuestro Hijo. Todas mis obras, todas mis cosas, tuyas son: así como todas las tuyas son mías y he sido glorificado en ellas. Bien sabes, oh Padre mío, los motivos porque te hago esta reverente súplica: estos discípulos que me diste me tienen particular amor, y á ellos pertenece dilatar por todo el mundo la gloria de mi nombre; y estando por dejar este mundo y volverme á tí, me veo obligado á dejarlos solos en medio de los enemigos de la virtud y de la verdad; sálvalos pues y protégelos. Yo te ruego por este rebaño destituido de su pastor, para que te dignes tomarlo á tu cuidado y le defiendas de los lobos con la virtud de tu nombre santo y poderoso, á fin de que los que has puesto bajo mi protección, se unan estrechamente conmigo y entre sí, y que amándose los unos á los otros, como nosotros nos amamos, sean una misma cosa, como nosotros lo somos; esto es, lo sean ellos por la caridad, como nosotros lo somos por naturaleza.

Yo conservaba y mantenía en tu nombre á los que me diste cuando estaba con ellos en el mundo. Yo los guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de perdición, el pérfido Judas, cuya desgraciada suerte y justo castigo hará que se verifique y cumpla el oráculo de las Escrituras que pronunció el Espíritu Santo por la boca de David; porque escrito está en libro de los Salmos [1]: Destruida y asolada sea su habitación y morada, y no haya quien habite en ella. Sean pocos sus días y tome otro su ministerio y oficio. Ahora pues que vengo á tí y que ya me faltan pocas horas para salir de este mundo, los vuelvo y pongo en tus manos; y lo hago en su presencia, para que experimentando los favores de que los colmarás á mis ruegos, se consuelen de mi partida, y para que reciban de mí, aunque ausente y apartado de ellos, la plenitud del gozo y el colmo del consuelo. Yo los confío tu palabra, les enseñé tu doctrina, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco lo soy yo. No te ruego que los saques de él, pero sí te pido que los preserves de los males con que amenazas á los hijos de la iniquidad. Yo conozco tus designios sobre ellos; quiero que los cum-

[1] Psal. 68, v. 26, et Psal. 108, v. 8.

plan, y que la generosidad de su celo corresponda á la grandeza de su vocación. Sostenles, oh Padre mío en tu fervor, para que la persecución de los malos no les haga vacilar en la fe que me han prometido. No son del mundo, por consiguiente no son de los que tú aborreces; son semejantes á su Maestro, que tampoco es del mundo. Santifícales pues y confírmalos en la verdad de la doctrina celestial que yo les he enseñado. Tú sabes bien que la saqué de tu seno, y que ella es el fundamento del culto verdadero que á tí se debe de justicia y que en mi nombre se ha de establecer entre todos los pueblos de la tierra. Tu palabra es verdadera é infalible. Tu justicia eterna, y tus mandamientos, y tu ley, la verdad misma, que ilustrando las almas las santifica. Bien sabes cuán necesaria es esta gracia para aquellos por quienes te la pido. Por ellos me ofrezco en sacrificio, y ya me ves á punto de derramar mi sangre por merecerles una verdadera y perfecta santificación. Socórrelos, Padre mío, y distribuye entre ellos con tu misericordia las gracias singulares que por ellos y por todos he de merecer con el sacrificio de mi vida.

No te ruego solamente por ellos, sino también por los que en la serie sucesiva de todos los siglos han de creer en mí por su predicación y majisterio, y han de honrar al Padre por el Hijo. Haz que se verifique de todos ellos, que viven unos y otros unidos por la participación de un mismo espíritu, como tú y yo somos una misma cosa; como tú, Padre mío, estás en mí, y yo que soy tu Hijo, estoy en tí por la comunicación de una misma naturaleza que recibo de tí; y por esta íntima unión fraternal y santidad debida, crea el mundo que tú me enviaste y que de tí procede la doctrina que he enseñado, mi misión, mi dignidad, y mi poder. Yo les he dado la claridad, la gloria, la gracia de hijos adoptivos; y los dones sobrenaturales que tú me has comunicado, y de la que haré participantes á todos mis miembros. El mundo por tanto, testigo de nuestra íntima unión y de la que tienen contigo por mí todas las criaturas, conocerá que yo estoy en ellos como tú estás en mí; que son mis miembros, y yo soy su cabeza; y que por este medio llegan á la mas perfecta unión que puede haber entre las criaturas y el Creador. Estas

señales de una santidad consumada que el mundo admirará entre mí y mis discípulos, le obligarán á creer que yo los envío como tú me has enviado, y que yo los amo como tú me amaste á mí. Y pues tú me los has dado, deseo que los coloques cerca de mí en el cielo, para que vean la gloria que me has preparado desde la eternidad, y por ahí conozcan cuánto me has amado ante todos los siglos. ¡Oh Padre mío, cuyos caminos todos son rectos y cuyos juicios todos son justos! El mundo á quien me has enviado no ha querido conocerte tal como yo te he anunciado por tu órden. Pero tú sabes que te he conocido íntimamente, y que mis discípulos te han conocido también y saben que tú eres el que me has enviado. Yo les he enseñado á reverenciar tu nombre y á respetar tus designios soberanos. Yo les he manifestado tus grandezas, y el Espíritu Santo que procede de tí y de mí se las enseñará bien presto con la mayor claridad, para que el amor con que me amas esté en ellos y haga de ellos con un modo especial y nuevo, hijos tuyos por adopción, y en su proporción habito en ellos como en mí por el hábito infuso de la caridad y por el mas pleno y perfecto conocimiento.

§ 9.

Salto del Cenáculo y se encamina al huerto de Gethzemani ó de las Olivas.

Concluyó Jesús su oración y salió del Cenáculo con sus apóstoles, para ir al monte de las Olivas; pero al tiempo de partir y durante el camino, volvió á repartirles las dos cosas mas esenciales é interesantes de que les contenía por entonces acordarse mas. La una era que estando tan cerca la hora de la batalla, les era sumamente necesario aprestarse contra el enemigo común; y la otra, saber si en algun tiempo ó ocasion habian tenido contra él motivo de queja ó desconfianza; y así les dijo: Cuando yo os envié á la predicacion del Evangelio sin saco, alforja, calzado y sin bolsillo, ¿os faltó por ventura cosa alguna? Y habiéndole respondido que no, se valió de esta ocasion para decirles, que si hasta entonces habia

tenido cuidado de proveerles de todas las cosas necesarias á la vida, y habia sido su Padre, su protector y defensor, habia llegado ya la hora y el punto de pelear, y que ya no podría prestarles algun socorro visible, siéndoles por consiguiente necesario proveerse de algunas cosas; así que, les añadió: El que tiene bolsillo llevele, y tambien alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela. Porque yo en verdad os digo, que es necesario que se cumpla en mí todo lo que está escrito; é Isaias [1] ya dijo: El ha sido contado y sentenciado entre los malhechores. Lo cual sucederá luego, pues todas las profecías están á punto de cumplirse. Los apóstoles que discurrían poco, no entendieron que el Señor queria con esto avisarles que debían armarse con el escudo de la fe y la espada de la palabra de Dios, porque iban á entrar en grandes tribulaciones; y tomándolo todo segun el sentido literal, creyendo que les seria necesario hacer uso de la espada para defender su persona, le contestaron ingenuamente y le dijeron: Señor, aquí tenemos dos espadas; y se las enseñaron: como queriendo preguntarle si les bastarian aquellas armas para defenderse en la refriega que les acababa de referir; mas deseoso Jesús de cortar aquella conversacion y de estraviar aquella idea de su entendimiento, les dijo: Basta.

Después de esto creyó preciso declararles que todos ellos dentro de breves instantes serian vencidos y huirían cotardemente á la vista de sus enemigos, y así les dijo: Ved aquí una noche funesta para vosotros; por mas resueltos que imaginéis estar, os faltará el valor; después de tantas advertencias como os he dado, hareis de mi pasion un motivo de vuestra caída y de vuestro escándalo. Las crueldades que se ejecutarán conmigo, os asombrarán; y si totalmente no me olvidais, apenas conservareis algunas leves reliquias de una fe y de una esperanza medio apagadas. Esto es lo que batió Zacarías cuando dijo [2]: Heriré al pastor y se dispersará el rebaño; pero como sé que aunque doy la vida, he de recobrarla otra vez, volveré muy presto á socorrerlos; y después de mi resurreccion os esperaré en Galilea, donde os habréis refugiado para evitar el fa-

[1] Isaias. cap. 53, v. 12.

[2] Zach. cap. 13, v. 7.

ror de los judíos: allí me vereis resucitado, lleno de gloria y victorioso de la muerte.

Bien se descubre el espíritu de prevision y el carácter amantísimo de Jesús en estas prevenciones que hizo á sus discípulos, puesto que, advirtiéndoles la cobardía en que habian de incurrir abandonándole dentro de pocos instantos, no quiso en manera alguna entregarlos á la desesperacion, y juzgó mucho mejor consolarlos con la seguridad que les daba de que dentro de poco tiempo le volverian á ver de un modo bien diferente del que le veian entonces, y en un estado mas lisonjero, brillante y glorioso. San Pedro empeño, que amaba ardentemente á Jesús, y no creía habia de llegar á ser tan cobarde que le abandonase al verle en manos de sus enemigos, se revistió de ardor y le dijo: Que aunque todos sus compañeros faltasen á su deber, y escandalizándose con motivo de la prision del Maestro le abandonase, cumpliría él siempre y fielmente con la suya, y no le abandonaría jamás. Pero Jesús le replicó, que en aquella misma noche antes que el gallo diese el segundo canto, él le habria negado tres veces; mas á pesar de todo, no dejó Pedro de protextar y aseverar que sucediese lo que sucediese, él nunca negaría ni abandonaría á su Maestro; cuya protexta repitieron juntamente con Pedro los demás apóstoles y discípulos de Jesús. Pero como el Señor queria que la penitencia los hiciese mas humildes, mas fieles y mas santos después de su caída, lo cual acaso no hubieran podido lograr si no hubieran caído, les dejó hablar; y sin detenerse un instante mas, cortó la disputa sobre la constancia imaginaria que ellos se prometian; y viendo que era llegada la hora, rezó con ellos los Salmos y cántico de accion de gracias con que los hijos de Israel, que eran verdaderamente religiosos, acostumbaban á acabar sus mesas, y principalmente la cena de la Pascua, y en seguida se salió de Jerusalem y se dirigió al huerto de las Olivas, donde tenia la costumbre de hacer oracion durante la noche; y habiendo pasado el torrente de Cedron con sus once apóstoles, los dejó al pié de la montaña junto al lugar de Gethzamani, ordenándoles que permaneciesen en aquel paraje mientras iba á hacer oracion á su Eterno Padre.

Largo era el plazo que habia trascurrido desde el principio del mundo: cincuenta siglos habian pasado, y el gran caudillo que habia enviado Dios al mundo para que triunfase en sí mismo de todo el poder del infierno y de la muerte, debía salir de lo escondido de las tinieblas para pelear las peleas de su Padre y vencer al dragon infernal en un terreno en todo parecido é igual á aquel en que él habia vencido al hombre primero. Eligió pues para el combate un huerto, porque en otro habia declarado el hombre la guerra á Dios. Este huerto encerrado en aquel hermoso monte, que por el lado de la casa de Dios dominaba gran parte de Jerusalem, nos da á conocer que este es lugar donde el alma santa que desea unirse estrechamente con el Señor por medio de la oracion, debe retirarse oportunamente, separándose del mundo, valle de miserias y torrente de desdichas, para participar separada de él, de los inefables consuelos con que el Señor en medio de las tribulaciones alegra el corazón de todos los que á él acuden y en él esperan. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos, y esto nos da conocer que nunca se aleja mucho el Señor de aquellos á quienes quiere salvar, aunque los deje expuestos al parecer á las mas graves y penosas tribulaciones. Y aunque se encaminó Jesús al huerto con sus discípulos, sin embargo, al entrar en él los mandó quedar en un lugar algo separado y distante; con lo que tambien nos enseña que en la soledad es donde debemos buscar á Dios, donde debemos llamarle, y en donde sin duda alguna lo hallaremos; y él se dignará hablar á nuestro corazón; pues así lo dijo por su Profeta [1]: *Llevaré el alma á la soledad y hablaré á su corazón*; para que conozca que Dios no se halla entre las agitaciones bulliciosas de un mundo engañador y corrompido, del que necesariamente debemos huir si queremos tratar familiarmente con Dios y merecer sus consuelos. Pero es preciso advertir, que aunque mandó Jesús á sus apóstoles que se quedasen algo apartados de él, llamó mas cerca de sí á sus tres queridos, Pedro, Jaime y Juan, para que no le perdiesen de vista, advirtiéndoles la necesidad que tenian de orar para obtener los socorros del cielo contra las tentaciones que les amenazaban.

[1] Oseas. cap. 2, v. 14.

10.

Jesús en el huerto hasta su prision.

Después de esto dió Jesús algunos pasos adelante, seguido de sus tres apóstoles, que fueron los únicos testigos de la extrema aflicción de su Maestro. Internóse el Señor con ellos á un parage mas retirado, y por algunas palabras que pronunció y ellos mas claramente comprendieron, que estaba poseído de un temor extraordinario de la muerte, de una tristeza excesiva, y de una especie de desfallecimiento, producido por el vivo y penoso conocimiento de las indignidades que le habían de hacer sufrir aquellos á quienes tenía mas obligados; por el horror de los designios impíos y sanguinarios que iban á ejecutar contra su persona, y por la certeza de los innumerables males que veía próximos; pero se apartó de ellos como un tiro de piedra, y al tiempo de partirse les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperaos aquí y velad conmigo.* Herido anticipadamente por los dolores de su pasión, abatido su rostro é inquieto su semblante, decían sus facciones demudadas mucho mas que sus propias palabras; y puesto de rodillas, dejó caer su rostro contra la tierra: en esta postura, sin que lo ponía mas su veneración profunda para con Dios que su aflicción extrema, comenzó á orar. Los afectos y consideraciones mas encontradas lo mortificaban y herían. Era la inocencia misma, el rey inmortal de los siglos, el primogénito de los hombres, el Hombre-Dios y el Hijo único de Dios; y considerando los ultrajes que había de sufrir, los dolores que había de sentir y la muerte que había de padecer en una infame cruz, despeduzaban su alma, se estremecía su espíritu y se poseía del pavor de la muerte. Pero él se había hecho por su voluntad obediente al Padre, y se había sujetado á ella, no por necesidad; sino movido de caridad; y entonces le preocupaba la consideración de salvar á los hombres, de abrirles la puerta del cielo, de reconciliarlos con su Padre y satisfacer á la justicia de Dios; y aunque conocía la conveniencia de que los hombres se salvaran

y la justicia de Dios quedase satisfecha, no ignorando que para conseguir estos extremos había de caer en las manos de la justicia eterna, se estremecía y poseía del mas terrible espanto; por lo que se vió precisado á clamar y decir: *Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz sin que yo lo beba; pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.* Bien sabes que suscribí al decreto de tu justicia para salvar al hombre y satisfacer á ti; y así no se haga mi voluntad, sino la tuya.

En medio de este conflicto, sabiendo Jesús que su Padre lo amaba, acudia á los consejos y á las voces del amor; y ofreciendo á su Padre mismo los afectos mas ardientes de su corazón, esperaba el consuelo que sabía le había de otorgar; mientras el que esperaba del cielo se difería, se levantó y fue á buscar á sus discípulos. Quería hablarles de sus penas y consolarse con ellos comunicándose las; pero los halló todos dormidos y se vió precisado á despertarlos. ¡Triste consuelo para un afligido que necesita alivio y va á buscarlo en sus amigos! Es verdad que la tristeza tenía la mayor parte en la opresión de aquel sueño; no obstante no pudo Jesús dejarlos de reprender por falta de vigilancia; y dirigiéndose á Pedro le dijo: *¡Simón, duermes? ¡Siquiera una hora no habeis podido velar conmigo? Velad y orad para que no seais vencidos por la tentación. El espíritu está pronto y se juzga preparado para todo lo que puede venir; pero la carne, arrastra frecuentemente al espíritu, y esta cede á la carne.* Tened pues cuidado sobre vosotros mismos, desconfiad de vuestras fuerzas, y no ceséis de implorar los socorros del cielo.

Después que Jesús hubo animado así á sus apóstoles, los dejó y volvió segunda vez á orar, y repitió la misma oración, diciendo: *Padre mio, si no puede pasar de mi este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.* Esto es, si es necesario sujetarme á una muerte tan cruel é ignominiosa, cúmplase, Padre mio, los decretos eternos de tu justicia. Ya no solicita el Señor que se aparte de él el cáliz, aunque se mantiene con toda su amargura; sabe que no quiere Dios que deje de beberlo, y lo acepta desde luego desoso de que se dé al Padre la entera y perfecta satisfaccion que su justicia re-

clama; y como Hijo sumiso y obediente, quiere tambien que su voluntad entera se ejecute: y resuelto á cumplirla en cuanto está de su parte, aunque siempre atormentado de pena, se levanta otra vez, marcha á sus discípulos y los halla durmiendo, porque estaban sus ojos gravados ó cargados de sueño: los despertó y no quiso darles otra reprehension, porque sola su presencia bastaba para confundirlos, y no sabian qué responderle. Dejélos por tanto, volvió, y repitió por tercera vez la misma oracion, diciendo: *Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.* En medio de esta union de voluntades, deseando Jesús cumplir la de su Padre, solo buscaba la ocasion de padecer, porque solo padeciendo satisfacía á aquella por los pecados del hombre, rehusando todas las dulzuras sensibles de que podia privarse, y suscitando contra sí todas las pasiones enojosas, que no sirven sino de afligir la naturaleza con mil objetos de dolor: y permaneciendo en santa oracion, negando á su alma todos los consuelos que la divinidad de su espíritu bienaventurado podia ofrecerle, le envió su Padre desde el cielo un ángel que se dejó ver en forma humana para consolarle. Acercóse á él con respeto, lo adoró como á su Señor, lo confortó y lo fortificó. Representóle la voluntad de su Padre, el mérito infinito de su obediencia, la salud de los hombres aligada á su cruz, y los frutos y premios de su pasion, cuales eran la reparacion de las injurias hechas á su Padre, la destruccion del pecado y el reemplazo que los hombres habian de hacer llenando aquellas sillas que estaban vacias por la pérdida de los ángeles soberbios; y todas estas consideraciones le hicieron de nuevo desear la muerte antes que huirla. Armóse la voluntad de resistencia contra la naturaleza atribulada, y la prolongacion de esta lucha hizo que brotase de su cuerpo un sudor como de gotas de sangre que corrían hasta el suelo.

La sangre rebatida del corazon, adonde el temor la habia juntado, salió con rapidez y se abrió mil caminos. Aquí sí que pudo clamar el Señor con el Salmista, y decir [1]: *Salvame, ¡oh Dios! por-*

[1] Ps. 68, vs. 2, 3 et 4.

que las aguas de la tribulacion llegaron hasta mi alma, y casi me veo anegado. Zambullido estoy en un cenagal profundo, tanto que no puedo hacer pié ni hallo sobre qué estribar. Vine y entré en alta mar, y furiosas tormentas me sumergieron en los abismos. Fatigado estoy de llamarte; ya se enronqueció mi garganta, y mis ojos desfallecieron de alzarlos al cielo esperando el Dios vivo. Pero poco á poco se moderó aquella agonía espantosa de Jesús, y la sangre volvió á tomar su curso, pues que el Hijo habia sido oído por su reverencia.

Desde esto instante en que Jesús aceptó de nuevo la sentencia confirmada por el Padre, ya no se vió en él sino intrepidez y aliento. Levantóse otra vez de la oracion, vino á sus discípulos y hallólos durmiendo de tristeza; y entonces, como por una especie de ironía, les dijo: Continúa en dormir, y descansad, y entregaos al sueño: no podríais haber escogido coyuntura mas favorable para descansar de los trabajos de este penoso día. Ya llegó la hora en que el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores. Avergonzaos pues de vuestra pereza; levantaos sin dilacion si no quereis ser sorprendidos de la tentacion sin haber tenido lugar de implorar el socorro de Dios; lo que fué como como si hubierais dicho: ¡Oh Padre! en esta hora se alegra mi espíritu, porque tu Hijo unigénito que diste al mundo para que este no perezca, sino que tenga vida eterna, va á entregar su cuerpo á sus enemigos y á ti su propio espíritu, por la vida y salud del mundo. ¡Oh mundo! descansa ahora, come, bebe y regálate, porque ya llegó la hora en que por ti padezca yo hambre y sed, y me den á beber hiel y vinagre. ¡Oh hombres! coronaos de rosas, llenaos de vinos preciosos y de ungüentos, pasad vuestros días en placeres, porque ya se aproximó la hora en que yo por vosotros sea herido con bofetadas, escupido con salivas, despedazado con azotes, crucificado con clavos. ¡Oh ángeles! ya llega la hora en que llorareis vosotros amargamente mientras padezca yo penas amarguísimas y dolores terribísimos. Llegó la hora, y el que me ha de entregar no está lejos; salgámoale al encuentro.

Aun no habia acabado el Salvador de hablar con sus discípulos,

cuando llegó Judas, uno de los doce, el cual conocia bien aquel sitio, y todas sus avenidas, entradas y salidas, porque Jesús acudia, allí y se juntaba muchas veces con sus discípulos. Marchaba el falso apóstol al frente de una compañía de soldados, ministros ó alguaciles que le dieron los pontífices de los fariseos, los cuales traian linternas y hachas, y la turba de gentes armada con espadas, palos y garrotes, acompañada de oficiales de la guardia del gobernador. Judas les habia dado esta contraseña para conocer al Señor en la oscuridad de la noche: Aquel, les dijo, á quien yo besare, él es el que vosotros buscáis. Como sabia tambien que el divino Maestro obraba prodigios y no podia haber olvidado todas las maravillas de que habia sido testigo, y como sabia que aquel á quien se habia obligado á entregar á los escribas, mas de una vez se habia librado de su furor y desaparecido de su vista en el momento mismo en que se arrianaban para prenderlo ó apedrearlo, temeroso de que en esta ocasion no se frustrasen sus esperanzas, les advirtió de la reserva con que debian prenderle, guardando y asegurando bien su persona; y habiendo tomado así á su satisfaccion todas las medidas, entró en el huerto dejando á su gente á alguna distancia. Alcanzó á ver á sus compañeros, reconoció á Jesús, su Salvador y Maestro, corrió á su Majestad, y diciéndole: *Dios te guarde, Maestro; se echó á su cuello y le dió un beso de falsa paz.* Fáciles eran de prever todas las consecuencias de una tan páfida accion, aunque no estában ocultas al Maestro divino, el que no obstante recibió con toda su benignidad al discípulo infame; y hablándole con el idioma elocuentísimo de su amor, se lo significó y manifestó en muy pocas palabras: *Amigo, dijo Jesús á Judas, ¿a qué has venido? Con un beso de falsa paz te atreves á entregar en manos de los hombres al Maestro que mas te ama?* Esta dulce queja era una señal grande de la ternura y la compasion que tenia el Señor de este mal hombre, al cual ofrecia aun su gracia si hubiera tenido voluntad de detestar su delito. Pero el pérdida se retiró del que le llamaba á penitencia, y volvió prontamente á los enemigos de su Maestro para recibir de ellos lo que ya esperaba con impaciencia, á saber, los treinta dineros por los cuales lo habia vendido; cobró-

los al punto, porque creyeron los escribas que habiéndoles entregado al Salvador, tenia ya derecho á recibir lo que ellos le habian prometido. Mas Jesús, viendo sus auxilios sin fruto, y despreciados sus llamientos, ya no pensó sino en someterse euteramente á la voluntad de su Padre, á fin de que tuviesen debido cumplimiento los oráculos de los profetas.

Seguia Jesús á Judas, y á este seguian sus apóstoles, caminando hácia la tropa enemiga que lo esperaba, á la que se incorporó Judas; y adelantándose el Señor hácia ellos, les dijo: *¿A quién buscáis?* ¡Qué grandeza de alma, qué intrepidez, qué aliento el de Jesús á la presencia de sus enemigos! ¿A quién buscáis, les dice? Y respondiéndole que á Jesús Nazareno, contestóles con la voz de la majestad y de la omnipotencia: Yo soy; y con solas estas dos palabras, los ministros, los soldados, los criados y los amos, el jefe de la traicion y todos los que le acompañaban, cayeron de espaldas los unos sobre los otros. Esta voz *yo soy*, es el compendio de todas las perfecciones que resplandecen en Dios. Yo soy, esto es, yo soy por mí mismo, y de nadie dependo, y todo depende de mí: yo soy el principio y el fin; yo soy el primero y el último; todo es por mí, y sin mí nada se hizo; nadie puede decirlo ni en el cielo ni en la tierra, sino aquel á quien está dada toda potestad en la tierra y en el cielo. Yo soy, nadie puede decirlo sino Dios; y si algun otro lo dijere, es mentiroso y no hay verdad en él; por lo que diciendo Cristo *yo soy*, confesó que era Dios, y su vista y su voz soberana y omnipotente no podia menos de aterrorizar á sus miserables perseguidores, por cuya razon volvieron la espalda y cayeron sobre la tierra. Si esta caída les hubiese inspirado penitencia y arrepentimiento, se hubiesen levantado con magnificencia y con gloria. Pero el horrible crimen que iban á cometer, les habia cegado y no tenían valor para reflexionar ni discurrir; y así no se levantaron ni se hubieran levantado jamás, si la voz de la Omnipotencia que los aterrorizó no les hubiera reanimado de nuevo. A este efecto les preguntó otra vez el soberano Maestro: *¿A quién buscáis?* Y habiéndole contestado como antes, á Jesús Nazareno, les respondió Jesús con el mismo airo de grandeza y majestad que la vez primera: *Ya os he dicho que yo soy: si á mí me buscáis, no inquietéis á estos discípulos míos; de-*

¡adlos ir. Yo os permitiré que dispongais de mí cuanto fuere conveniente para llenar los designios de la voluntad de mi Padre; á estos empero dejad que se retiren; para que así se cumpliese la palabra que poco antes habia dicho: No perdí á alguno de los que me diste.

Recobrados ya los judíos de su aturdimiento, en lugar de adorar la omnipotencia de este Dios hombre y dejarse ganar de su dulzura, le trataron como á un malhechor, pusieron las manos en su Majestad, le ataron y afianzaron fuertemente por temor de que se les escapara. Los apóstoles, sobresaltados ya, y no dudando que se les quería arrebatár á su dulce y amado Maestro, creyeron era ya llegado el tiempo de defenderle; mas con todo no se determinaron sin pedirle antes como una especie de permiso, diciéndole: Señor, ¿haremos uso de la espada? Pero sin esperar Pedro la respuesta del Maestro, echó mano á la suya y se arrojó sobre el primero que pudo alcanzar. Este era un criado de algun sacerdote llamado Malso; y descargándole Pedro una cuchillada, le cortó la oreja derecha. No aprobó Jesús este ímpetu de su discípulo, por mas que estuviese revestido con el espíritu de celo en defensa de su persona; antes al contrario, le reprendió y prohibió á los suyos toda fuerza armada y toda violencia para vengar la injuria que le hacian; pero como no era su designio que sus enemigos padeciesen por el celo indiscreto de su apóstol, hizo traer al herido, tocó su oreja y lo sanó. Mas ni con esto quedó satisfecha la caridad ardentísima de Jesús, sino que á la presencia del mismo criado del pontífice y de todos los que con él venian, quiso instruir al agresor y con él á los demás discípulos, de la tolerancia, mansedumbre y sufrimiento que debian guardar; y dirigiendo su palabra á Pedro y á los demás, les dijo: *Vuelve tu espada á su lugar; métela en la vaina, porque todos los que usaren de ella injustamente ó contra la autoridad pública, al filo de la espada morirán.* El que derramare la sangre del hombre, verá derramar la suya por la mano del hombre. *¿Piensas tú que si yo quisiera defenderme de mis enemigos, no podía pedir socorro al Padre, el que enviaria al punto más de doce legiones de ángeles, de los cuales uno solo bastaria para destruir á todos los hombres? ¿Qué otra cosa es lo que tú pretendes sino oponerte á los designios de Dios,*

é impedirme que beba el cáliz que mi Padre me ofrece? No sabes que es su voluntad le beba todo entero, á fin que puedan cumplirse las Escrituras que lo declaran expresamente? Deja pues que llegue á mí esa tropa, y no te opongas mas á su violencia. El Salvador empero se vió obligado á manifestarles sus quejas; dió á todos una severa réprension, y en particular á los magistrados, sacerdotes, principales oficiales del templo, y á los ancianos que conducian aquella infame tropa de soldados y de gente de guerra, aféandoles que hubiesen venido armados con espadas y con varas para prenderle como un malhechor, siendo así que todos los dias habia estado con ellos en el templo, sin que se hubiesen atrevido á hacer violencia alguna contra su libertad ó contra su vida. Mas esta es vuestra hora, añadió Jesús, y este es el tiempo en que todo se les permite á los espíritus de las tinieblas y á los principes del infierno. Hora funesta para vosotros, concedida á vuestra libertad y malicia: usad de ella con toda su extension; haced contra mí cuanto puedan sugeriros los espíritus de la tinieblas, puesto que obstinados vosotros en la maldad y en el aborrecimiento injusto que me tenéis, deseais mi muerte con tanta avidez.

Con indecible pena oyeron los apóstoles al Salvador, pues por su discurso conocieron que en vano se armarian en su favor, cuando él estaba resuelto á no valerse de su poder y enteramente resignado á dejarse arrebatár; y temiendo no les sucediera algun desastre, le abandonaron y huyeron todos cobardemente. La soldadesca soez creyó haber conseguido el mas glorioso triunfo, y se abandonó á todos los excesos de una alegría feroz, arrojándose sobre el mansísimo Cordero con el ímpetu y rabia que solo el infierno podía seguirles. Aquí empezaron los golpes, las heridas y los malos tratamientos. Aquí el estruendo de las cadenas, el sonido ruidoso de las armas, el estrépido de los armados, el clamor de los ministros, y el gozo, el contento y la risa infernal de los miembros de la Sinagoga; pero á nada resistió el cordero de Dios. En medio de los insultos y de los ultrajes se dejaba conducir sin quejarse y sin que persona alguna manifestase condolerse ni interesarse en sus desdichas. Algunos soldados que habian ido en persecucion de los apóstoles, cogieron á un jóven que iba envuelto en una sábana, el que

verisimilmente sería de la aldea de Gethzemani, y que habiendo despertado con el ruido, correría hácia el tumulto; pero viéndose en manos de la gente armada, arrojó la sábana y escapó desnudo. Este suceso así circunstanciado que refiere san Marcos [1], hace creer que el joven aquel no era de los discípulos de Jesús, como algunos han pensado; pero que el mismo Salvador no permitió que fuese retenido, para que ninguno por su causa padeciese cuando él empezaba á padecer por la de todos y por salvarnos á todos.

§ II.

Jesús es presentado á Anás.

Con la grandeza y majestad que inspiran siempre en el corazón del hombre la inocencia y la virtud, caminaba al suplicio el Hombre-Dios, santísimo por esencia y por naturaleza, con la resignación de una víctima que se sacrificaba desde el origen del mundo, no tanto al furor de su pueblo, como á la gloria de Dios y á la salud del universo. Los que le conducían atado como un malhechor daban grandes gritos de alegría, repitiéndose y repartiendo miles de enhorabuena por la acción que acababan de ejecutar, lo que si bien era para ellos un motivo de triunfo, para los temerosos y fieles que creían en Jesús como en el Hijo de Dios, y que tanto por este concepto como por el de público bienhechor le reverenciaban y amaban con la mayor ternura, era un objeto digno de toda su compasión: y así fué que la algazara de los unos y los suspiros, lágrimas, sollozos y ayes de los otros, conmovieron toda la ciudad en aquella hora tan silenciosa y triste; de modo que, caminando aprisionado, cumpliendo los oráculos de los profetas; y arreglando él mismo como dueño todo cuanto pasaba por él, empezó á manifestarse Hijo de Dios en las ignominias de su pasión; y tan omnipotente, grande y soberano, como cuando resucitaba los muertos, serenaba las tempestades y ostentaba su poderío contra el furor de los infiernos.

Desde este momento, seguido sin intermisión de cuanto se pueda

[1] Marci. cap. 14, v. 51.

imaginar de mas injusto y espantoso, no hablará Jesús una palabra ni dará un paso, ni hará acción alguna que no exija de nosotros lágrimas y homenajes; pues siempre veremos unidos en su persona los extremos dolorosos de un justo que se sacrifica por la salud de sus hermanos, con las grandezas adorables de un Hombre-Dios, que sufre y muere de una manera tan grandiosa y admirable, que no pudiera verificar si fuera puramente hombre. Habíase públicamente en Jerusalem, y se tenía por tan cierta la prisión de Cristo, que se habían tomado todas las medidas necesarias para instruir el proceso y sacrificar al inocente; sin embargo, se quería aparentar legalidad. Caifás, que desempeñaba las funciones de sumo sacerdote en aquel año, tenía por colega en el pontificado á Anás, que era su suegro y anciano de bastantes años. Por consideración á su edad, estaba convenido que tan luego como Jesús fuese preso, se condujese á su casa, para que allí comenzase el interrogatorio; sin que esto pudiese interpretarse de otra manera que de una mera atención y condescendencia hácia su persona, lleváronle pues á casa de Anás, el que preguntó á Jesús sobre sus discípulos y doctrina; á cuya pregunta respondió el Salvador con aquella modestia y entereza que caracterizaban la santidad de su vida y la divinidad de que estaba revestido: *Yo, le dijo, he hablado siempre públicamente en el mundo; yo enseñé en la Sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se juntan, y nada he hablado en oculo ni en secreto; y esto es precisamente lo que habia dicho David [1]: ¡Oh, Señor! yo he contado las grandezas de tu nombre á mis hermanos, y en medio de la Iglesia te alabé. Anuncié tu justicia en la gran congregación, y tú sabes que no cerré mis labios para enmudecer. Bien lo sabes, Señor [2]. No encubrí ni oculté en medio de mi corazón tu rectitud y justicia; prediqué tu verdad y tu salud, así como tu fidelidad y misericordia en el gran concilio. Por todo lo que, continuó Jesús: ¡Por qué me preguntas á mí? pregunta á los que han oído lo que yo les hablé y enseñé; pues ellos saben bien lo que yo he dicho.*

Constituido Anás en la dignidad de pontífice, tenía derecho para

[1] Ps. 29, v. 23.

[2] Ps. 39, vs. 10 et 11.

preguntar á Jesucristo y de hacerle cuantas observaciones creyese conducentes para averiguar la verdad y saberla de su propia boca. Pero no ignorando el Salvador que su confesion no habia de ser creída, se remitió á la disposicion de sus mismos jueces y enemigos, á la de los fariseos, sacerdotes, escribas y doctores que tantas veces le habian oido con admiracion predicar en la Sinagoga y en el templo, y que habiendo presenciado sus milagros, con los que confirmaba su propia doctrina, no podian dejar de reconocer su divinidad. No podia haber dado Jesús una respuesta mas satisfactoria ni una prueba mas eficaz de su inocencia, siempre prudente é imparcial, sin faltar al respeto debido á un magistrado público. Mas apenas hubo acabado su respuesta, cuando uno de los ministros que estaban allí presentes, levantó su atrevida mano y dió una tan terrible bofetada al mansísimo Jesus, que no solo se estremecieron todos los presentes, sino que, como asegura el beato Alberto Magno, tembló el Cenáculo todo, y María Santísima que estaba encerrada en él, sintió estremecerse y casi desfallecer enteramente su corazon purísimo á la violencia del golpe, porque fué dada armada la mano con un guante de hierro, de modo que en aquel hermoso y adorable rostro quedó impreso el cardenal de la bofetada horrible; y fué dada con tanta violencia, que el rostro de Cristo que estaba vuelto al juez que le preguntaba, fué inclinado por la violencia del golpe á la parte contraria; añadiendo san Vicente Ferrer, que hizo caer al Señor postrado en tierra. Hay además necesidad de observar que este fué un castigo sobremanera ignominioso para Jesús, y del mayor oprobio; porque se dió á la vista del concurso mas noble y notable de Jerusalem, por un ministro despreciable de la hez del pueblo, solo con el objeto de adular al amo á quien servia. Que se dió á la persona mas digna en el cielo, en la tierra y en todo el universo, y en la parte mas santa y venerable cual es el rostro, el que era formado por el Espíritu Santo y era el espejo sin mancha de la bondad de Dios Padre, en el que se miran continuamente todos los ángeles y espíritus bienaventurados, de cuyos ojos salen aquellos rayos y torrentes de luz y claridad eterna con que se iluminan los espacios inmensos de la gloria. Y por último, es preciso advertir que fué dado por la autoridad propia de aquel siervo abatidísimo y desprecia-

ble monstruo de fiera ingratitud, porque era el mismo á quien pocos instantes hacia habia curado el Señor milagrosamente de su herida, restituyéndole en el huerto la oreja, el que sustituyendo altivez y soberbia en lugar de la humilde moderacion con que Jesús le habia curado, le dió al tiempo de herirle: ¿Así respondes al pontífice?

En medio de una afrenta tan grande, brilló mas la mansedumbre de Jesús en su sencilla, pero precisa y adecuada respuesta: *Si hablé mal, dijo al siervo, muéstrame en qué; y si hablé bien, dime, ¿por qué me hieres?* Nada mas eficaz, ni elocuente y persuasivo podia decirse; y con esta respuesta no solo acalló los impulsos de la venganza mal reprimida y domada, sino que sostuvo su inocencia sin perder nada de su constancia, y sin dejar de ser respetuosa al juez y al tribunal, en cuya presencia se hallaba. Condenar públicamente una injusticia, no está prohibido ni por la religion ni por la justicia; antes bien es en muchas ocasiones un deber sagrado que la religion y la justicia imponen á la misma persona que la injusticia sufre, atendida su propia dignidad; y como no habia habido ni habrá jamás en la tierra persona alguna tan autorizada, tan venerable y santa como Jesucristo, parece que él solo podia entonces contestar con tanta justicia al ingrato y desconocido siervo. En verdad que nadie mejor que Jesús podia decir al siervo: *¿Por qué me hieres?* pues nadie puede preguntar con mas justicia á las criaturas que el Criador supremo: *¿Por qué me hieres?* ¿Acaso porque te crié cuando no tenias ser? ¿Porque te lo conservé para que no lo perdieses? ¿Porque después que lo perdiste por tu culpa bajé del cielo para redimirte? ¿O porque te di tantas pruebas de amor como momentos tiene tu vida? *¿Por qué me hieres?* ¿Acaso por la caridad excesiva con que te amé? ¿Por el cuidado amoroso que siempre tuve de tí? ¿Por los inmensos beneficios con que te favorecí? Merecía ser castigado severamente el ministro del pontífice por la indignidad con que habia tratado á Jesús contra el orden judicial, faltando altamente al respeto debido á las leyes y á los miembros del concilio que se hallaban presentes; los que debieran haber desplegado con este motivo un celo ardiente, tanto para castigar un crimen tan horrible, cuanto para dar una prueba de que al menos en

la apariencia procuraban la recta administracion de justicia; pero era preciso que se cumpliesen los oráculos de los profetas, y que el unguido del Señor fuese tan horriblemente maltratado; y así carabiándose enteramente los frenos, aplaudieron el hecho los que debían condenarlo y castigarle; y el Salvador sin recibir otra respuesta á su justísima pregunta, fué trasladado desde la casa de Anás á la del pontífice Caifás, donde fué nuevamente interrogado.

§ 12.

Jesús en casa de Caifás y ante el consejo de los ancianos: negacion de san Pedro.

Avisado Caifás de que venia Jesús, habia juntado en su casa á los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo, que poseidos de una pasion mezquina de venganza, deseaban mucho ver preso al Salvador. En casa de este pontífice y juez supremo del concilio, aparece el ángel del gran consejo y el Dios de la justicia y verdad para ser falsamente acusado, inicuaamente juzgado y sacrilegamente condenado; tres cosas que comprendieron los dos evangelistas san Mateo y san Marcos con estas palabras: *Entonces asiendo á Jesús, le condujeron á Caifás, príncipe de los sacerdotes, donde los escribas, los ancianos y los fariseos se habian congregado. Y los príncipes de los sacerdotes buscaban algun falso testimonio contra Jesús para entregarle á la muerte.*

En este mismo tiempo algunos apóstolos del Señor que lo habian abandonado en el instante de su prision, pasados los primeros momentos del susto, volvieron sobre sí, y avergonzados de su cobardía, quisieron seguir al Maestro; y viendo que de la casa de Anás era aquel conducido á la de Caifás, caminaron en pos de él. Pedro y Juan fueron los dos que tuvieron mas valor y constancia; y como amaban mas extraordinariamente al Señor, llegaron casi al mismo tiempo al lugar donde Jesús habia entrado. Juan era conocido del pontífice y de su familia, y no hubo dificultad en dejarle entrar. Entre tanto que conducian al Señor á la sala del concilio, le dejaron en el patio de la casa. No dudaba Juan que Pedro le seguia;

pero habiéndolo buscado inútilmente entre la muchedumbre, quedó mortificado de que no se hubiese guardado con él la misma atencion, y no permitió que se quedase fuera. Salió pues, y habiendo hablado á la portera, le facilitó la entrada. Estaba Pedro con grande impaciencia deseando saber en qué pararia aquel suceso que tan tristemente se habia comenzado. Sacó fuerzas de su misma debilidad y cobardía, y adelantándose hasta el lugar en que estaban los oficiales y criados de la casa, se sentó entre ellos como para calentarse, pero con el fin de observar atentamente cuanto pasaba.

Cosualmente era este el tiempo en que la astuta malicia de los escribas y sacerdotes hacia todos los esfuerzos imaginables para perder al Salvador. Habíanle recibido con desprecio, mirábalo con altivos ojos y semblante amenazador, tratándole en todo como á un hombre despreciabilísimo. Era este concilio tenido y respetado como el de mas grave autoridad, el de mas célebre fama, el de majestad mas augusta y el de religion mas santa de todo el orbe. Sus decisiones eran tenidas como oráculos; sin embargo, aquel era el concilio de los malignantes, el concilio de la iniquidad, y los que en él se habian reunido eran aquellos de quienes habia dicho David: *Los príncipes se juntaron, convinieron entre sí y condenaron á muerte á su Dios y Señor:* por esto buscaban testimonios falsos para cohonestar su iniquidad y aparentar en su juicio una justicia que no tenian. Con esta disposicion nada de bueno podia esperarse de los jueces. El pontífice le hizo algunas preguntas en todo parecidas á las que le habia hecho Anás, divagando sobre el modo con que habia juntado sus discípulos, y mas aun sobre la cantidad y verdad de su doctrina. Todo indicaba que los pensamientos que habian concebido eran los de siempre; armar lazos á Jesús para hacerle caer en la insidiosa red que se le tendia, y así sus respuestas fueron en todo concepto y sentido las mismas que habia dado al suegro de aquel pontífice. Astuta en sus consejos la malicia de los fariseos, no pensaba en guardar las leyes ordinarias y fórmulas debidas para la formacion de un expediente, sino de disponer en la apariencia y formar algun cuerpo de delito para fundar una senten-

cia de muerte. En las contestaciones de Jesús brillaba su inocencia, y por tanto no podían por ellas condenarlo. Buscaban un testimonio falso contra el acusado, para tener un motivo plausible para fundar la sentencia. Oyeron á cuantos se presentaron, y aunque el número de testigos falsos fué grande, se concordaban tan mal, que no era posible valerse de sus deposiciones, ni en los puntos que pedía la ley, ni en el orden de la justicia. Presentáronse por fin dos testigos mas hábiles y astutos al parecer que depusieron haber oído decir á Jesús en un discurso en que quería alborotar el pueblo, que él destruiría el templo de Dios edificado por las manos de los hombres, y que en el espacio de tres días reedificaría otro, sin que se viese trabajar en él mano alguna.

La aseveracion de estos dos testigos no era enteramente conforme, pues el otro solo afirmaba haberle oído decir: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días; pero ninguno de ellos refería fielmente las palabras de Jesús. El había dicho, hablando solamente de su cuerpo: *Destruid este templo, y yo lo restableceré en tres días.* Por este motivo manifestó Jesús hacer poco caso de las deposiciones hechas contra su Majestad, y permaneció constante en su silencio. Olvidó el pontífice la dignidad de que estaba revestido, y la gravedad y mesura que debía guardar; y levantándose como furioso y fuera de sí, encarándose con Jesús, y como para obligarle á que respondiese, le dijo: ¿Nada respondes á lo que estos testifican contra tí? El silencio de Jesús era profundo, y no se interrumpió por la interpelacion del pontífice. Al que era infinitamente sabio no podían escondersele los proyectos de la iniquidad ni las injusticias de los hombres; por consiguiente, no ignorando que por las impuestas acusaciones no podía condenársele, y que en su vista había de acudir el pontífice á otros ardidés que le pondrían en el caso de contestar verdades eternas, permaneció en su inapaisable silencio que cada vez ponía á aquel en mas apretantes confictos. Buscar nuevos testigos era exponerse á dar con algunos de conciencia y temor de Dios, que conociendo las virtudes de Jesús, la santidad de su doctrina, y los excesos de su caridad misericordiosa, los declarasen en público y se embarasasen mas los pensamientos de iniquidad y venganza de los fariseos. Despedido pues, y lleno

Caifas de coraje, acudió á un extremo violento, con el que creyó intimidar al mansísimo Cordero y obligarle á que le contestara: Conjúrote, le dijo, y en el nombre de Dios vivo te mando que me respondas y digas en público si eres tú Cristo, Hijo de Dios bendito, como lo publicas, y en cuya honra cantamos todos los días cánticos de loor y de gloria.

La veneracion suma que el Hijo de Dios tenía á su Padre Dios, el honor y la gloria que estaba resuelto á darle, el deseo de establecer con su profesion solemne el fundamento de su religion augusta, y la reverencia que le merecia el sumo sacerdote por mas que aborreciese su malicia, le obligaron en fin á hablar y respondió: *Si, yo soy el que acabas de decir. Y bien presto vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios venir sobre las nubes del cielo.* Como esta era la contestacion que esperaba Caifas para tener al menos un motivo aparente para condenar á Jesús, se alegró sobremanera por ella; disimuló no obstante su regocijo, y no manifestó exteriormente sino indignacion y sentimiento. Por aparentar un celo que verdaderamente no tenia, rasgó sus vestiduras, lo que entre los judíos era un signo de reprobacion; y renunciando el oficio de juez por tomar el de acusador, volvióse á sus compañeros y les dijo: Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habéis oído ahora su blasfemia; ¿qué os parece? Y todos respondieron al instante: ¿Qué mas testimonio deseamos? Todos lo hemos oído de su boca. Reo es de muerte. Era preciso que se cumpliesen las Escrituras. David había dicho en la persona de Cristo: ¡Oh, Dios! No me entregues á la voluntad de mis enemigos, porque se han levantado contra mí testigos falsos, hombres chismosos y prontos á sacrificar la verdad, y la calumnia, y el engaño [1]. Los que sin causa ni motivo me aborrecen, se multiplicaron mas que los cabellos de mi cabeza; se han fortalecido mis enemigos, y los que injustamente procuran mi destruccion y ruina [2]. Pero así como los pontífices y maestros de la ley olvidaron estos testimonios que los marcaban ellos y descubrían todas sus maquinaciones, así tambien desconocieron todos los que acreditaban á Jesús de verdadero Hijo

[1] Psal. 26, v. 12.

[2] Psal. 68, v. 5.

de Dios. Tú lo has dicho, contestó Jesús á Caifás; y pudo muy bien haberle reproducido los mismos dichos de David su padre, diciéndole: Yo soy de quien dijo el Señor: Yo ungi á mi rey y le di la investidura sobre Sion, monte santo mio. Mi Hijo eres tú hoy, eternalmente. Yo te engendré. Pide de mí, y te daré las gentes por heredad, y por tu posesion los cabos y términos de la tierra. Ahora pues, ¡oh reyes y príncipes! recibid la correccion y escarmentad los que juzgais la tierra. Besad al Hijo, obedecedle, adoradle con pureza y sencillez, porque no se enoje y perezcais en la carrera cuando de aquí á poco se encendiere su furor [1].

Desde entonces los infames verdugos que estaban apoderados de la persona de Jesús, se mofaban de él, y comenzaron á escupirle en la cara y á darle bofetadas y palmadas; y cubriéndole el rostro, le daban golpes y lo herian con varas, preguntándole y diciéndole: Profetizanos, ¡oh, Cristo! quién es el que te ha herido; y otras muchas cosas injuriosas; y esto era para que se cumpliese lo que Isaías habia dicho [2]: El Señor Dios me hizo entender su palabra, y yo no fui rebelde, ni le contradigo, ni me volví atrás de su mandamiento. Mi cuerpo entregué á los que me herian, y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas. No aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian, porque el Señor Dios me ayudará, y no podré ser avergonzado ni confundido.

Mientras todo esto pasaba y sucedia con Jesús, Pedro permanecía sentado entre los ministros y criados de la casa, calentándose con ellos á la lumbre, cuando vino una de las criadas del pontífice, y clavando los ojos en él en ademán de conocerle, le dijo: ¿Tú tambien eres de los discípulos de este hombre? No puedes negarlo. Tú eres galileo como él. Mas Pedro negó delante de todos y dijo: No soy ni sé lo que dices; no lo conozco. Parece verosímil que estando Pedro sentado al fuego con los ministros hubiese oído hablar mal de su Maestro, y que por no darse á conocer, no solo no se hubiese interesado en su favor, sino que hubiese tolerado las conversaciones con la mayor indiferencia; por lo que le fué tan fácil negar á la primera invitacion que se le hizo. Confuso por ella en su inte-

[1] Ps. 2, v. 6 et seqba.

[2] Isaim. cap. 50, vs. 5, 6 et 7.

rior, se levantó, y mientras iba á salir al atrio ó zaguán, cantó el gallo. Allí á la entrada le salió al encuentro otra criada, y al contemplarle tímido, pesados y como fuera de sí, volviéndose á los que tenia á su lado y les dijo: ¿No veis á este hombre? Este es sin duda uno de los discípulos de Jesús. No hay duda; este estaba con él. Uno de la tropa que oyó el discurso de la criada, corrió á Pedro, le detuvo, lo miró, y se puso á preguntarle con el mismo tono. Terrible no hay duda era el ataque, y Pedro muy débil ya para resistirle; así que, titubeando y como pudo, respondió: No por cierto, no soy yo de los de la compañía de ese preso, ni le conozco, ni le pertenezco; y lo afirmo con juramento. Conforme se multiplicaban las culpas, iban siendo mas groseras. Al silencio siguió la indiferencia, á esta la mentira, y la mentira fué apoyada con el juramento falso; y porque Pedro habia llegado con la confianza de sus propias fuerzas hasta la obstinacion, permitió Dios que llegara su flaqueza hasta las señales exteriores de la apostasía; mas todos estos no son sino los preludios del gran combate que le esperaba, y para el que le dieron como una hora de tregua.

Pasó este corto plazo, y como acabada la sesion del concilio condujesen los ministros á Jesús al atrio para entregarlo á los soldados, se apartaron muchos de la turba y se encaminaron hácia el desdichado apóstol que apenas tenia sosiego; y advirtiéndole su turbacion empezaron á decirle: Tú eres discípulo de este hombre, no puedes negarlo. Otros añadían: Bien se le conoce en el lenguaje y tono galileo; esto te manifiesta y descubre. Y uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: ¿Por ventura no te ví yo en el huerto con él? Este fué el último asalto que un hombre abatido ya y sin esfuerzo no pudo sufrir sin rendirse otra vez á una negacion cruel. La tentacion era superior al poco ánimo que le quedaba hácia su Maestro; y como un pecado llama comunmente á otro, siendo una culpa menor principio de otra mayor, le espantó de tal manera el peligro de la muerte, que no halló medio, por mas injusto que fuese, que no estuviese pronto á emplear para salvar su vida. Yo no os he engañado, repetia, haciendo las mas fuertes imprecaciones y profiriendo los mas terribles juramentos; yo quiero ser anatematizado y tenido por infa-

me si conozco al hombre de quien me hablais, y si jamás he tenido comercio alguno con él. Muy bien conocia Pedro á aquel benignísimo Maestro que renunciaba con tanta indignidad. Muy de cerca le tocaba, y era amado de él muy tiernamente. El mismo lo adoraba y gemía por su mala suerte en el momento mismo en que se avergonzaba de haberle conocido. Pero á la verdad ya no se sentía con aquel fervor engañoso que le había hecho mas de una vez á Jesús: Yo os seguiré á la cárcel y á la muerte. Sin embargo, no era infiel en su corazón; creía que Jesús era Hijo de Dios vivo, aunque su lengua desmentía su fe. Aun hablaba, aun anatematizaba y juraba cuando cantó el gallo segunda vez: oyólo Pedro y conoció su pecado con toda su fealdad, y vió patentes todas sus ingratitudes. El que es dueño de todos los corazones, lanzó una mirada ardiente de amor sobre el de Pedro, y renacieron en él al instante la fe, la esperanza y el amor mas fervoroso. Mudóse Pedro repentinamente, y deshaciéndose en lágrimas salió de la casa del pontífice para llorar sus culpas, y las lloró con tanta amargura, que el que pudo haber sido ejemplo de infidelidad, fué modelo de penitencia y de verdadero arrepentimiento.

§ 13.

*Es presentado Jesús á Pilatos, y por este es remitido á Herodes.
Judas se arrepiente y se ahorca.*

El Rey de Israel, el Hijo único de Dios vivo, el muy amado del Eterno Padre, el Salvador de los hombres, y el adorable objeto de la veneración de los ángeles, permanecía atado con fuertes cordones y arrojado á un rincón del zaguán, mientras Pedro salió afuera para llorar amargamente su culpa. Todo lo que habían hecho el pontífice y los ancianos en el concilio no era mas que una farsa bien premeditada, con el designio de engañar con ella al pueblo y de hacer pasar la doctrina de Jesús por una corrupción de la ley; sus milagros por apariencias, y su cualidad y título de Mesías por una corrupción sacrilega, todo con el perverso designio de que en el ca-

so de que estas acusaciones no hiciesen la mayor impresion en el ánimo de un magistrado gentil, á cuyo ministerio era preciso recurrir para quitarle la vida, prevenido el pueblo se alborotase contra Jesús y pidiese á voz en grito su crucifixion y su muerte. También maquinaron astutamente el nuevo delito de que habían de acusarle; y prevenido todo segun sus designios, condujeron al Salvador como reo por medio de Jerusalem, cuyas calles estaban llenas de gente á causa de la gran festividad de la Pascua, hasta el pretorio ó audiencia del magistrado civil, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato, no atreviéndose ellos á entrar en el pretorio, por no contaminarse y contraer una mancha legal. Ciego é ingrato el pueblo, se alimentaba con la confusion que veía experimentar á su Rey verdadero, y aplaudía locamente unas resoluciones y pasos que anunciaban su ruina, estando muy lejos de creer que el autor de tan grande cúmulo de maldades mirase con los mismos ojos que Jerusalem el lastimoso espectáculo que le había ofrecido.

En este estado conoció Judas toda la gravedad de su crimen, y toda la malicia feroz de la Sinagoga y del pueblo: sabia bien que la presentacion de Jesús al presidente no tenia mas objeto que el de obtener la confirmacion de la sentencia de muerte á que el consejo de los ancianos lo había condenado, y no tuvo corazón bastante para contemplar lo horrible de su traicion sin estremecerse. Con la mira tal vez de hacer penitencia, cogió sus treinta monedas, y poseído de un negro arrepentimiento, corrió con ellas al templo, donde se hallaban reunidos los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes; pintadas en su frente la tristeza y la desesperacion, con voz melancólica pero fuerte les dijo: PEQUE, ENTREGANDO LA SANGRE DEL JUSTO. . . . Una risa sardónica é insultante, una burla asquerosa, un desprecio infernal, una indiferencia mas temible que la muerte, fué toda la contestacion que aquellos seres desnaturalizados dieron al discípulo traidor. ¿Qué nos importa á nosotros, les dijeron, si has pecado ó no? Allá te lo verás tú. Nuestra conciencia nada nos remuerde; á tí te toca examinar tu corazón y sondear tus intenciones; nosotros no sentimos el dinero que nos cuesta. Esta contestacion, que seguramente no espera, le montó en desesperada cólera y le enardecó hasta el extremo: en el exceso de

su arrepentimiento acaso pudo haber abrigado la idea de que su declaración importantísima sirviese de algo para la justificación de su Maestro; mas desvanecidas todas sus esperanzas; arrojó el dinero en el templo y se retiró. Este es uno de los mas grandes testimonios de la santidad y de la divinidad de Jesús. *Pequé, entregando la sangre del justo...* y arrojó el dinero. Los remordimientos de la traición que le devoran, la restitución del precio de su perfidia, y la desesperación á que se entrega, son una confesión ingenua de la inocencia del Salvador, y una apología mas completa que si hubiera sido absuelto en los tribunales, y de que cuanto hasta allí se habia practicado contra su Majestad y cuanto se practicaria en adelante, todo era notoriamente injusto, abominable y sacrilego.

El que tan abiertamente habia manifestado su crimen y su dolor, sostenido de una confianza mas animada en el Señor, pudiera sía duda haber obtenido su perdón; pero el denuncio á quien se habia entregado, le pintó su crimen con toda la deformidad que hasta entonces no le habia dejado ver; persuadiólo que nada tenia que esperar de la misericordia divina; y acusado de esta sugestión miserable, se dejó vencer cobardemente de ella, cayó en una nueva y mas lamentable apostasia, poseyóse de la desesperación horrible, y tomando un cordel, se le ató al cuello y se ahorcó ignominiosamente; y reventando por medio de su cuerpo, saliéndosele los intestinos, murió entregado á la mas completa desesperación.

Los principes de los sacerdotes, tomando con este motivo los dineros, dijeron: No es lícito echarlos en el cepo ó arca de la limosna, porque es precio de sangre. Así que, habido consejo, compraron con ellos la heredad ó campo del Ollero para sepultura de los peregrinos ó extranjeros, por lo cual fué llamado aquel campo hasta el día de hoy, *Haceldama, esto es, campo de Sangre*. De este modo se cumplió lo que el profeta Jeremías habia vaticinado, cuando dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, suma en que fué apreciado, según lo valoraron los hijos Israel, y diéronlas por la heredad ó campo del Ollero, según que me ordenó y manifestó el Señor [1].

[1] Jerem. cap. 32, v. 7. Zacar. cap. 11, v. 12.

Poncio Pilato, que en nombre de Tiberio, emperador de los romanos, ejercía su autoridad en la Judea, era hombre al parecer naturalmente justo y recto, pero tímido y político. Los judíos querían finalizar en aquel día este importantísimo negocio, pero á Pilatos le inquietaban poco las disputas que entre sí tenían cuando el interés de sus amos no tenía en ellas alguna parte. Estaba bien instruido en todas sus diferencias con respecto á la persona y doctrinas de Jesús, y no se le ocultaba que inquietudes tan ruidosas eran excitadas por la envidia, por mas que se cubrían con el manto de la religión; por consiguiente, no temía sus consecuencias, antes esperaba que el proceso llegase á sus manos, para hacer que los ánimos alborotados entrasen en la senda de una justa moderación. Presentado pues Jesús por los judíos en el tribunal de Pilatos, salió afuera donde ellos estaban, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? A cuya pregunta contestaron los judíos con una respuesta tan seca como malignante, y dijeron: Si no fuera este un malhechor, no te lo hubiéramos entregado. La contestación del gobernador indica con bastante claridad que se dió por ofendido de una respuesta tan orgullosa como fué la de los escribas, porque desde luego trató de desentenderse de la causa. Si estais tan bien instruidos, les dijo, de lo que es este hombre, y de sus crímenes ó delitos, yo os le devuelvo otra vez; tomadle vosotros y juzgadle allá según vuestra ley. Era esto una permission que les daba para hacerle su proceso, la cual sin duda hubieran aceptado si quisieran solamente castigarle como á blasfemo, puesto que con el sentimiento del gobernador de la provincia podían sentenciar á aquellos á quienes se procesaba sobre cosas de religión. Mas ellos querían absolutamente que fuese Jesús condenado como reo de Estado, y esto les obligó á que contestaran á aquel: A nosotros no nos es lícito fulminar sentencia de muerte contra nadie. Verificándose de este modo la palabra que Jesús habia antes pronunciado acerca del género de muerte de que habia de morir. El suplicio de la cruz no estaba en uso entre los judíos, y Jesús siempre habia dicho que este pueblo furioso lo entregaría á los gentiles para que fuese condenado á ella: esto debia verificarse, y sus mismos enemigos trabajaban en el cumplimiento de los oráculos eternos; así fué que le acusaron de sedicioso, que al-

borotaba el pueblo predicando y enseñando doctrinas nuevas, empezando desde Galilea hasta Jerusalem; que prohibía se pagase el tributo al César, atribuyéndose la cualidad de Mesías, por consiguiente la de rey.

Así que Pilatos oyó estas acusaciones quedó como suspenso en su juicio; y conociendo la susceptibilidad y malicia de los escribas y fariseos, no fiándose de ellos, entró en su sala é hizo introducir en ella al acusado, á quien quería oír antes de condenarle; preguntóle particularmente sobre estos extremos, y le dijo: ¿Eres tú rey de los judíos? Esta sola pregunta abrazaba cumplidamente los otros puntos; y para defenderse Jesús de todos los cargos, hubiera bastado que le hubiese hecho comprender la naturaleza de su reinado; pero el silencio que había guardado durante las acusaciones de los judíos, era sobremanera elocuente y significativo, para no disipar la curiosidad del hombre menos avisado; y Pilatos se sintió vivamente animado con él; y tanto mas, cuanto Jesús nada se había inmutado en su semblante; y á pesar de la excitación hecha por el mismo presidente, que le dijo, ¿no oyes lo que estos contra tí deponen? había guardado la mas imponente circunspección. Mas ahora á esta pregunta que nuevamente á solas le hace, le contesta el Señor de un modo edificante é instructivo. ¿Me preguntas así, le dice, porque deseas conocer la verdad, ó por que otros te han hecho creer que quiero usurpar la corona de Judea? Dijo esto el Salvador con un tono tan resuelto, majestuoso y modesto, que lejos de ofenderse Pilatos por ello, le contestó con la mayor franqueza, y dijo: ¿Piensas acaso que yo soy judío? Ni sé ni comprendo lo que es el reino del Mesías que esperan los hebreos. Los príncipes de tu nación, los sacerdotes y la demás gente de tu pueblo, son los que te han traído á mi tribunal: ¿qué has hecho? ¿qué fundamento tienen para creer que aspiras á reinar? ¿O qué es lo que has hecho para que estas gentes te quieran tan mal? *Mi reino, replicó Jesús, no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis oficiales y ministros pelearían y contendrían con esfuerzo para que yo no fuese entregado á los judíos.* No tienes pues que temer: mi reino no es de aquí, es un reino espiritual, universal y eterno, y no es un estado temporal y político como el de los reyes de la tierra.

En cada uno de los pasajes de la vida de Jesús, en todas sus doctrinas, y en todas y cada una de sus respuestas, se mostraba esa soberanía universal y absoluta que en él resplandecía y de que estaba revestido: si los príncipes y sacerdotes tan versados en las Escrituras santas hubiesen estado menos preocupados y prevenidos contra él, no podían menos de haberle admirado revestido de aquella diadema eterna con que le retrató Daniel, cuando dijo [1]: En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que ha de durar eternamente y jamás se disipará: reino que no será dejado á otro pueblo; y desmenuzará y consumirá todos estos otros reinos, y él permanecerá para siempre. . . . Yo veía en las representaciones de la noche á uno como hijo de hombre que venía en las nubes del cielo: y llegando al anciano y antiguo en días, se presentaron delante de él, y lo fué dado señorío, y gloria, y el reino, y todos los pueblos, y naciones, y lenguas le servirán: su señorío, señorío eterno, no será transitorio, y su reino indestructible.

Luego tú eres rey, replicó Pilatos. Sí, respondió Jesús; tú lo dices, y para esto he nacido. Para reinar vine á este mundo, pero para reinar sobre las almas y sobre los corazones, sin disputar á los reyes de la tierra sus cetros y coronas. He venido á él y me he dejado ver desde luego en la Judea, para dar testimonio de la verdad, de la cual debieran estar menos apartados los judíos que los otros pueblos de la tierra, porque su ley los dispone para ella. Cualquiera que oye la verdad, por la cual sola he venido á reinar, escucha mi voz y me reconoce por su rey. Puras y sencillas eran las palabras de Jesús, como la verdad misma: si Pilatos, ministro supremo de justicia, hubiese amado la verdad y la hubiese buscado, se hubiese aprovechado de la importantísima lección que acababa de darle el que era la verdad increada y eterna, el Maestro de la verdad infalible, y hubiera sido mas recto en los fallos que había de dar en la espinosa é interesantísima causa que se le había sometido: con lo que hubiera secundado las miras del divino Maestro, contribuido á que se desterrara la hipocresía, que se hicieran amables la virtud y la justicia, y se consolidara la verdadera religión

[1] Daniel. cap. 2, v. 44, et cap. 7, vs. 13 et 14.

que aquel venia á establecer entre los hombres; pero no pudiendo ó no queriendo comprenderla, á pesar de los destellos luminosos, apremió al Señor para que le dijera qué cosa era la verdad. Con su excesiva vivacidad y timidez, precipitó los momentos y no esperó con paciencia el tiempo necesario para meditar sobre la respuesta del Maestro divino, que poco á poco preparaba su espíritu para el momento de la gracia; se la retiró el Señor y no la volvió á encontrar.

Después de haber pronunciado Pilatos las últimas palabras, convencido mas y mas de la inocencia de Jesús, y de que su persecucion era efecto de la odiosidad de un pueblo furioso y mal aconsejado; volvió á los judíos, y dijo á los príncipes de los sacerdotes y á las turbas: Yo no hallo crimen alguno en este hombre; por consiguiente ni causa para condenarle. Un testimonio tan claro y tan público dado por el juez mismo á favor del acusado, habia de producir la alarma y el furor en al ánimo de los acusadores, los que á falta de delitos y de pruebas, se habian de esforzar en oprimirle y en amedrentar el ánimo del juez con el ruido y el tumulto: aumentábase por consiguiente la gritaría, repitiéndose con furor las voces de que era un perturbador, un sedicioso; que conmovia en toda la Judea al pueblo, que enseñaba una doctrina nueva y contraria á la ley de Dios, y que por fin habia excitado revoluciones en Galilea, sin detenerse ni parar hasta introducir las en Jerusalem. La inquietud furiosa de los escribas acrecia los deseos pacíficos del presidente, y se hallaba cada vez menos dispuesto á creer las falsas acusaciones. Jesús mientras tanto manifestaba una tranquilidad tan inalterable sin contestar en lo mas mínimo á tantas calumnias y á tantos clamores homicidas, que atribuyéndolo Pilatos á cobardía ó á miedo, hizo que cesase el tumulto, para dar lugar al acusado de recobrar su ánimo y responder. Pero el que habia permanecido mudo entre tantos clamores, perseveró en guardar silencio, sin contestar ni una sola palabra á todas las instancias del presidente, el que turbado cada vez mas, bien se interpretase el silencio como generosidad en favor del tratado como reo, ó bien como indiferencia á vista del mayor de los peligros, escogitando un medio de salir del apuro en que se hallaba, habiendo oido que se hacia mención de

Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre era natural de esta provincia: sabiendo que sí, se alegró mucho; no solo por haber hallado una coyuntura favorable para salir del embarazo, sino para ganar á un amigo á expensas de un inocente; así pues juzgó á propósito enviarle á Herodes, tetraca de Galilea, que así como otros muchos judíos, habia llegado á Jerusalem con motivo de la celebración de la Pascua.

No era Jesús desconocido para Herodes; después que hubo sacrificado la vida del Bautista á sus pasiones voluptuosas, habia oido hablar de él como de un hombre singular y extraordinario; por lo que tenia mucho deseo de verle, conocerle, y aun de presenciar, si fuese posible, alguno de los milagros que continuamente obraba; por consiguiente, se alegró tanto del presente que Pilatos le hacia remitiéndoselo, cuanto podia alegrarse el mismo Pilatos de desembarazarse de su persona; Pilatos rehusaba seguir y terminar una causa tan desagradable por no disgustarse con los judíos, que casi habian llegado á tumultuarse, y pedian con obstinacion y amenazas la muerte del justo; y por otra parte deseaba huir la ocasion de macillar su nombre, desacreditarse y comprometerse con el alto gobierno de Roma, si acaso llegaba á oídos del César haber pronunciado una sentencia notoriamente injusta y héchose cómplice en la muerte de un inocente. Consultó, pues, mas sus intereses que los deberes de su oficio, en lo que dió á conocer la superchería de su falsa política. Herodes, comparado por el Salvador á una vulpeja, era un espíritu astuto, un hombre entregado á sus placeres, criado desde su juventud en unas máximas impías, y un político sin religion, cuyas manos humeaban aun manchadas con la sangre del justo; y teniendo á su presencia á Jesús, empezó á preguntarle con una curiosidad de muchas y distintas maneras; pero el Salvador no se dignó responder siquiera una sola palabra á todas sus vanas cuestiones, por mas que los príncipes de los sacerdotes y los escribas le acusasen de graves delitos, con una cólera, una aspereza y porfia tal, cual solo podia convenir á ministros de Satanás.

La conducta de Pilatos en devolver la causa de Jesús al príncipe extranjero, es tan reprensible como la de Herodes en aceptarla. Política tortuosa en uno y otro. El interés personal como hemos di-

cho, la indolencia y la adulacion, dieron impulso á las operaciones del primero; el orgullo y una vana é indiscreta curiosidad, influyeron en las acciones del segundo. Pilatos fué negligente en el desempeño de las atribuciones de su oficio, y no correspondió á la integridad de un ministro del César. Herodes, que ninguna jurisdicción tenia en Jerusalem ni en Judea, no pudo intervenir en este negocio sin violar los derechos del imperio. La causa de Jesús, el juicio criminal, la instrucción del proceso y la sentencia, correspondia en primera instancia al sinebrio ó gran consejo de la nacion judaica, el cual efectivamente pronunció sentencia de muerte. Pero era necesario para su valor devolver la causa al presidente ó gobernador de Judea, magistrado en quien estaba depositada la suprema autoridad del imperio, y podia ó revocarla ó confirmarla. Pilatos no podia ni debía presindir de esta jurisprudencia. Así que, la remision de Jesús al tetrarca de Galilea, el nuevo interrogatorio y acusacion, y todo lo actuado por Herodes, fué impertinente, ilegal y violento. Esta es sin duda la razon porque no reconociendo Jesucristo al príncipe extranjero por su juez competente, nada respondió á sus cuestiones.

Muy lejos estaba Herodes de conseguir un milagro de quien no conseguia una sola palabra, y se resintió de este que miró como al sumo de los desprecios. Los hombres del genio de este príncipe, al paso de que se irritan con facilidad, no se atreven á tomar determinaciones que los hagan sospechosos de credulidad. Para salir con honra de este conflicto, pensó decir que Pilatos le habia enviado un loco y un insensato, y se atrevió á insultar con este dictado á la sabiduría de Dios, desconocida en todo tiempo de la razon humana. Mandó pues que le vistiesen una vestidura blanca, con la mira de que pareciese en público, ó como un hombre vano que ideaba ser alguna cosa grande, ó como un rey puramente de farsa. De este modo le envió á Pilatos, y esto fué el medio de la reconciliacion de los dos, porque estos jueces inicuos hicieron las amistades desde este dia, y de enemigos que eran se hicieron amigos, uniéndose entre sí con el vínculo de una injusticia comun.

§ 14.

Devuelve Herodes el Salvador á Pilatos, al que hace algunos esfuerzos, aunque débiles, para salvarlo. Sufre un nuevo interrogatorio; es azotado, coronado de espinas, vestido con una púrpura de escarnio, pospuesto á Barrabás, y por último condenado á muerte afrentosa de cruz.

Este paseo tan molesto como afrentoso para Jesús, fué todo el fruto del término medio que habia escogitado Pilatos con tanto gusto para salir del conflicto en que se hallaba; y aunque tuvo la ventaja de reconciliarse con su enemigo, no se libertó sin embargo del peligro que no supo conjurar. Resuelto empero á no ceder á la violencia de sus enemigos, juntó los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y los ancianos del pueblo, y les habló de esta manera: Ya veis á este hombre que me habeis traído como á un sedicioso, que aparta al pueblo de la obediencia y que intenta sustraerle de la dominacion del César. Yo le he examinado cuidadosamente en particular; le he preguntado delante de vosotros, y no le hallo confeso ni convicto de alguno de los delitos de que le acusais. Para satisfacer vuestros deseos, os he remitido á Herodes, que debe conocer á Jesús Nazareno tan bien como vosotros y mejor que yo, pues ha pasado en los pueblos de su jurisdicción la mejor parte de su vida. Herodes lo ha despreciado y no lo ha juzgado digno de muerte; yo pues tampoco puedo condenarlo sin cometer una injusticia. Así que, le haré castigar por mis lectores, y después le daré libertad. No puedo darse una injusticia mayor, ni una contradicción mas torpe y temeraria. Tres veces ha declarado ya Pilatos que Jesús era inocente, y sin embargo, se ofrece todavía á tratarlo como criminal. ¿No hubiera sido mejor hacer temblar á los calumniadores injustos, amenazándolos con el castigo severo que las leyes romanas imponian á esa clase de delitos, antes que ceder á las exigencias atroces de la impostura y malignidad? ¿Es posible que

haya de haber un magistrado tan injusto que sacrifique á la vil y baja pasion del interés los buenos deseos de su corazon, los remordimientos de su conciencia, y los intereses de la justicia y de la vin. dicta pública?

Creó Pilatos bastaria este castigo de Jesús para apaciguar el ánimo enconado de sus enemigos; pero considerando que trataba con espíritus indóciles y obstinados, é incapaces de escuchar la razon, esperó ganarlos por otro medio que le ocurrió entonces y le pareció el mas acertado. Efectivamente, desde los primeros años de la sujecion de los judíos á los romanos, habian conseguido de los emperadores, que en memoria de la libertad de los hijos de Israel del cantiverio de Egipto, el gobernador enviado por el César les diese á su eleccion en tiempo de la Pascua uno de los judíos puestos en prision por delito capital, y que se concediese al preso, no solo la libertad de su persona; sino una abolicion irrevocable de su delito. En esta ocasion creó Pilatos que los pondria en la necesidad de consentir en la libertad de Jesús; y como estaba persuadido de su inocencia, así como de la envidia con que lo miraban los principes de los sacerdotes; y como por otra parte no ignoraba de que no habian recibido de Jesús sino beneficios y favores, les mostró la eleccion á dos personas, sobre las cuales únicamente habian de deliberar en punto á la preferencia. El uno era el Santo de los santos, el otro era un famoso delincuente llamado Barrabás, al cual habian cogido con las armas en la mano en una sedicion, en que habia cometido un homicidio; por otra parte ladrón de profesion, y desacreditado por sus robos y latrocinios; y puesto el pueblo á su presencia, le dijo: Hoy es día en que debéis gozar de las gracias que es costumbre concederos; quiero dar libertad á un preso con motivo de la solemnidad de la Pascua; pero quiero que vosotros elijais entre dos que os nombraré. Me habeis presentado á Jesús de Nazareth para que le juzgue; y habiéndolo examinado en vuestra presencia, y en particular, nada encuentro en él digno de muerte; mirad pues á cuál de estos dos quereis que dé la libertad: á Jesús, ó á Barrabás. No hay duda que esta alternativa era demasiado humillante para el Salvador; pero su Majestad devoró toda amargura en el fondo de su corazon solo por nuestro amor.

Imaginaba Pilatos que al nombrar los sujetos que les proponia, no habia de haber duda en la eleccion, y que el pueblo clamaria por la libertad de aquel que era tenido por Mesías, antes que por la de un público malhechor; pero los principes de los sacerdotes y los ancianos ya habian prevenido al pueblo, y le hicieron pedir la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. La respuesta del pueblo pidiendo la libertad del asesino y la muerte del justo, no pudo dejar de sorprender al gobernador, el que á vista de tanta fiera é inhumana crueldad, no pudo menos de interrogar con fervor al pueblo y de decirle: ¿Qué quereis pues que haga del que llamais rey de los judíos ó de Jesús, que se denomina Cristo? Pero agitado el pueblo y conmovido por el furor de los sacerdotes, clamó y dijo: Crucificalo. Con frecuencia les traia Pilatos á la memoria esta idea de Cristo y de su rey con la esperanza de inspirarles alguna moderacion; mas nada le salia bien, ni nada era bastante para ablandar su corazon endurecido. Sin embargo, replicó Pilatos al pueblo: ¿Qué mal os ha hecho Jesús? ¿qué delito tiene para que le condene yo? Crucificalo, crucificalo, instaron, con nuevo estruendo y alboroto; nosotros pedimos su muerte, él la merece y tú puedes negarla. Yo, respondió el presidente, no puedo concederla, pues no hallo causa ni pretexto para hacer que muera. Yo lo castigaré y lo pondré en libertad. A estas palabras volvió á encenderse el fuego, se aumentó la gritería y creció el tumulto; y entre los ecos broncos de la sedicion, solo se oian estas voces que cada vez adquirian mayor fuerza: Crucificalo, crucificalo.

Temblando Pilatos, viendo que crecia y amenazaba la sedicion levantó la voz y dijo al pueblo: Quedarán satisfechos vuestros deseos; pero yo quiero que conozcáis la disposicion en que me hallo; y creyendo apaciguar ó suavizar de algun modo la rabia de los enemigos de Jesús, hizo que lo atasen y azotasen cruelmente con una especie de látigos que solo se usaban para castigar á los esclavos. El Rey de los reyes sufrió este tormento sin quejarse; porque siendo Dios, quiso hacerse por nosotros, no solamente hombre, sino esclavo entre los hombres; y el presidente, compelido del miedo de un tumulto, fué instrumento de la justicia divina, prefiriendo violar an-

tes la justicia en perjuicio de la inocencia, que defender la inocencia á costa y riesgo de su propia vida. Debían empero cumplirse las palabras de Jesús y los dichos de la Escritura santa. A sus discípulos habia dicho el Salvador que sería entregado á las gentes para ser burlado y azotado. Ya se habia verificado la burla, y era preciso se siguiesen los azotes. Es llevado al pretorio y sigue á los que le llevan aquel que en breve atracará á sí todas las cosas. Sueltan los verdugos los lazos y le despojan de sus vestidos. Presentan á Jesucristo á la columna, y acercándose á ella la abraza, dando á entender con esta accion magnánima, que si es atado á ella, no es porque el hombre pudo atarle, sino porque él quiso ser atado; y lo fué de piés, manos y cuello, para que no huyese de aquel castigo el que habia venido para buscar á los que huían de él, y para ser herido, maltratado y azotado. Este misterio de Dios azotado en la humanidad tan grande que no puede entenderse cuanto menos explicarse, le refiere así san Jerónimo [1]: "Se acercan seis verdugos; dos de ellos con varas espinosas, dos con nudosas correas, dos con cadenas de hierro: empiezan los primeros á herirle con todas sus fuerzas; añádense heridas á heridas, corre la sangre. Cansados los primeros entran los segundos, y sobre las llagas antiguas añaden heridas nuevas, á los cuales siguen después los terceros, que con garfios arrancan la carne y la piel. Así con el mas furioso ímpetu se arrojan sobre la carne del Verbo encarnado, para que la humanidad, no pudiendo sufrir tantos tormentos, se rinda. Con azotes, con correas, con golpes repetidos unos sobre otros como sobre un duro yunque, arrancan fuerte y atrozmente la piel de la carne, la carne de los huesos, y aun destruyen cuanto pueden la organización y la figura del cuerpo humano. Nada querían de-
"jar en él, ni sangre en las venas, ni vigor en los nervios, ni fuerza en los miembros, ni union en las articulaciones, ni carne en los huesos, ni agilidad en las manos, ni firmeza en los piés, ni cabellos en la cabeza, ni belleza en el rostro, ni espíritu en el cuerpo, y por mejor decir, ni aun figura de hombre en la humanidad; de

[1] Div. Hieronim: in cap. 27 Math.

modo que nunca mas verdaderamente que ahora puede apropiarse á aquellas palabras suyas en David [1]: Yo soy gusano y no hombre. Fue en otro tiempo el mas hermoso de los hijos de los hombres [2]; pero ahora por tí soy gusano y no hombre."

Nada al parecer quiso dejar Pilatos por hacer para libertar á Cristo de la muerte, así como nada omitieron los judíos para dar la muerte á Cristo. Así, mientras uno contra todos intenta eximirle de la muerte, todos contra uno intentan exterminarle con la muerte; en esta competencia en medio de cuanto hacia, vió Pilatos que trabajaba inútilmente. De aquí es que parte á favor de Cristo, parte contra Cristo, á quien no se atrevió á quitar la vida injustamente, quiso castigarle contra toda humanidad y justicia, tanto, que Alfonso y Adolfo juzgan que el número de azotes que le dieron fué de quince mil trescientos setenta; y Lamspergio escribe que por revelacion divina se supo que las gotas de sangre que hicieron derramar á Cristo, pasaron de doscientas treinta mil [3]. Pero tantos golpes, tantas llagas, tantas heridas, tanta sangre, todo es poco si se compara con el amor con que padece y con el deseo de padecer mas y mas; porque éste es excesivo, no admite peso, no cabe en número, es infinito. Tanto era el amor de Cristo, que estaba prontísimo por la salvacion de una criatura sola á recibir tantos golpes como arenas tiene el mar, tantas llagas como estrellas tiene el cielo, y á derramar tantas gotas de sangre como átomos hay en la region del aire. Preparado estaba á ser azotado, no por espacio de una hora, sino desde el principio hasta el fin del mundo; en fin, estaba resuelto á morir: por esto obedeció sin réplica á Pilatos; y aunque conocia bien cuál sería el resultado de su inhumana estratagemá, se sometió con silencio á ella; no para que se aplacase el furor del pueblo, sino para que se cumpliesen las profecías, para obedecer á su Padre, y para agotar sobre su carne inocente todas las venganzas del cielo por nuestras culpas.

Aunque conoció Pilatos que eran vanas todas sus tentativas, con-

[1] Ps. 21. v. 7.

[2] Psal. 43. v. 4.

[3] Salmeron, de Flagellatione.

sintió ser inhumano hasta el extremo para ser inútilmente compasivo. Abandonó á Jesús á la licencia de los soldados romanos, que aconsejados de los que tan indignamente le habían tratado en las casas de los pontífices, no se contentaron con imitar su ferocidad, sino que se propasaron; y en tan gran manera le excedieron, que su brutal desenfreno solo puede convenir á la dureza y crueldad de la Sinagoga, y ninguna alma sensible lo puede leer ni contemplar sin derramar torrentes de lágrimas. Habían oído decir los soldados romanos que Jesús se hacía saludar como rey de los judíos, y discurrieron hacer de su Majestad un verdadero rey de burla, añadiendo empero á las burlas los dolores mas acerbos, para que la confusión fuese mas vergonzosa. Al rededor de Aquel que en el trono de su gloria está rodeado de los nueve tronos de los ángeles que le asisten, sirven, adoran y alaban, sin cansarse ni descansar jamás, se reunió la guardia del pretorio [1], y pusieron sobre su ensangrentado y casi exánime cuerpo, un manto ó capa vieja de color de púrpura, tejieron una corona de espinas, la que pusieron y apretaron sobre su cabeza, obligándole á que tuviera una caña quebrada en la mano en lugar de cetro, é hincando la rodilla ante él le escañecían, mofaban y decían: Salve, rey de los judíos. Y ocupándole, tomaban la caña y golpeaban su cabeza.

Entre tanto se abren por todas partes las sagradas venas, de las cuales salen arroyos de sangre copiosísimos para lavar las manchas de nuestras culpas. Así los que á Jesús sirvieron de suplicios se convirtieron para nosotros en instrumentos de gloria. Cuando el pueblo ingrato lo entrega, y una soldadesca desenfrenada traspasa su cabeza con espinas; el Redentor se vale de ellas como de amorosos saetas para traspasar el corazón del Padre, é inclinarle á la misericordia. Aquí el dolor sobrepuja la fe, y con todo sería un crimen horrendo solo dudar de esta fe. En este desprecio y tormento Jesús es el objeto de la veneración de los ángeles y de las complacencias de Dios. ¿Y qué hacen en su presencia los cristianos que

[1] Per totam cohortem, non plenam cohortem proetoriam intelligas, quod erat 402 militum; sed apparitum magistratus, seu satellitum, quod erat tunc in officio, Div. August. lib. 3. De consensu Evangelistarum.

se precian de discípulos suyos, delicados y regalados, amigos de su conveniencia ó esclavos de su ambición? Pilatos con ser un gentil, lo ve, se compadece, y no se consuela sino es con la esperanza que le queda de ablandar con este lastimoso espectáculo los corazones mas duros y sin piedad; así es que habiendo visto á Jesús en tan lastimoso estado, no pudo menos de conmovirse y afectarse; y creyendo que la vista de aquel espectáculo tan triste produciría en el ánimo del pueblo los mismos efectos que en el suyo, salió de su cuarto al balcón, y llamó la atención del pueblo que esperaba con la mayor impaciencia, diciendo: Esperad un poco, que voy á traer este hombre: le he preguntado y examinado de todos modos, y no hallo en él causa ni delito alguno que le haga merecedor de la muerte.

Estaba un numeroso gentío y una inmensa multitud de judíos fuera del pretorio, cuando apareció Jesús trayendo la caña en su mano, en su cabeza la corona de espinas, sobre sus hombros la púrpura rasgada y rota, que daba lugar para que se viese bien su cuerpo llagado y denegrido con su sangre, y en su semblante afeado la compostura de un dolor modesto, de una humildad profunda, y de una sumisión la mas generosa. Ved á este hombre: yo os le traigo para que sepáis que nada hay en él digno de muerte. Miradle bien, y ved si aun vosotros podeis conocerle. Apenas tiene figura de hombre; ¿por qué pues queréis que le quite la parte de vida que le queda, la que necesariamente ha de perder por el exceso de sus dolores? Ved si este es aquel rey formidable á quien acusais de querer usurpar los derechos del imperio. ¿Os parece le quedarán ganas de ser rey, ni que harán las gentes muchos esfuerzos para ser súbditos suyos? Espero que con tan gran castigo quedará satisfecho vuestro deseo; porque de tal manera lo he corregido, que mas es digno de compasión que de envidia.

Si los directores de aquel pueblo bárbaro, ciego y fanatizado no fueran tan perversos y malignantes, seguramente que el pueblo se hubiera compadecido de Jesús; pero los pontífices y sacerdotes llevaron adelante sus planes insidiosos, y destituidos de todo sentimiento de humanidad la arrancaron de las almas tímidas para que

ni una sola diese el menor indicio de lástima: así lograron que á la arenga lastimosa de Pilatos contestase el pueblo ebrio de la sangre del justo y poseído de furiosa venganza: Crucifícale, crucifícale. Los que mas se esforzaban en gritar eran los príncipes de los sacerdotes y sus ministros, siendo así que eran los que por su empleo y destino á los ministros sagrados debían aborrecer mas la efusión de una sangre tan inocente y purísima. A esta escena tumultuaria de sedición, de horrores y de muerte, parece que se enfureció algun tanto Pilatos, y no pudo menos de contestar: Tornadle vosotros y crucifícadle; por lo que á mi toca, yo le encuentro inocente y no puedo determinar que muera. Esto era abandonar al justo á manos de la justicia y crucificarle por sí mismo; pues la pública confesión de la inocencia de Jesús no era mas que confesar abiertamente su injusticia, entregando en manos de los verdugos al hombre que segun su propio testimonio no merecía la pena de muerte, segun la resultancia de las investigaciones que habia hecho.

Creyeron los judíos que la contestacion que habian dado al presidente no era suficiente aun para doblegarle á que pronunciase la sentencia contra Jesús, atendida la réplica que les habia hecho, y así le añadiéron: Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. Al oír Pilatos estas razones, se halló combatido de muy encontrados afectos: por una parte creía deber perseverar en su dictámen, considerando que aquel á quien habia tratado como reo, era un hombre á todas luces grande, singular y extraordinario, ó por mejor decir, un Dios tal, cual no podia desconocerle ni aun un pagano criado en la idolatría; y por otra revelaba una conmocion popular si resistia condescender con las exageradas pretensiones de la Sinagoga, cuyas acusaciones versaban sobre dos delitos capitales. Con respecto al primero, que era el pecado de blasfemia que le imputaban, ya decian á Pilatos: Nosotros hemos cumplido con nuestra obligacion condenándolo á muerte como blasfemo, y venimos á pedir la confirmacion de nuestra sentencia. Mas en cuanto al segundo, que es el crimen de rebelion contra el César, ese es solo de vuestra inspeccion, y á vos toca condenarle á muerte de cruz; y así, crucifícale tú, que es á quien compete.

Esta reconvenccion de los judíos inspiró serios temores á Pilatos, entró otra vez en la audiencia, mandó á Jesús que le siguiera, y estando á solas con él le dijo: ¿De dónde eres tú? Lo que fué decirle: Tales son las cosas que oigo decir, que comprendo no estar bastante instruido sobre tu origen. Hasta entonces habia tambien crecido la admiracion de Pilatos al observar la imperturbable serenidad del Redentor, que unida á la eficacia de sus palabras no solo habia hecho otra impresion terrible en su oído, sino que de tal manera habia penetrado su corazon, que estaba firmemente persuadido de su inocencia. Otro nuevo incidente vino á acabar de comprimir y perturbar el ánimo del juez en esta ocasion: un hombre enviado por la mujer del mismo que traía órden expresa de su esposa, se acercó á él y le dijo de esta manera: Oíd lo que me encarga os diga vuestra propia mujer; guardaos bien de fallar en la causa de ese justo, cuyo proceso examináis. Es inocente, y á él debeis protección y amparo; yo he sido atormentada terriblemente por su causa en esta noche pasada con visiones que me han asustado mucho, y así mirad bien lo que haceis; sin duda el Dios de los judíos ha querido darme á conocer que ama mucho á este hombre, y quierre que os dé yo este aviso para que lo enviéis absuelto.

Fácil es de conocer la terrible impresion que haria este mensaje en el ánimo de Pilatos, ya afligido y atemorizado; y aunque sabia que Jesús era galileo, parece que queria investigar claramente su origen y el de sus ascendientes para imponer miedo á la ferocidad de los ministros de la Sinagoga, y conseguir por este medio la libertad de aquel desgraciado. El Salvador empero no respondió palabra á esta pregunta, porque habia resuelto no decir cosa en su defensa; y como por otra parte conocía que no debía explicar el misterio de su origen á un hombre que sobre la materia de su reinado habia demostrado demasiada curiosidad sin mostrar deseo alguno de instruirse en lo que era de mas importancia, llevó adelante su determinacion, guardando sobre este punto profundo silencio; y sobre todo, porque la muerte del Mesías en una cruz y su gloriosa resurreccion deben preceder á la instruccion de los pueblos y preparar los caminos entre los gentiles para la verdadera religion.

Ofendióse Pilatos por el silencio de Jesús, y como enojado le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder y autoridad bastante para crucificarte ó para soltarte? Jesús empero que nada había contestado cuando se trataba de su defensa, no quiso callar cuando llegó el caso de defender el honor de su Padre y de corregir la soberbia de un juez que tanta presunción tenía en su propia autoridad y poder; y así le dijo: Ninguna potestad tendrias sobre mí si no te fuera dada de lo alto; que fué como si dijera: Todo hombre está sujeto al imperio de la ley, y no á los caprichos y arbitrariedad de los jueces, los cuales reciben de los príncipes soberanos la autoridad pública; no para abusar de ella, sino para la conservacion del orden y la seguridad de los ciudadanos; para refrenar la licencia de los malvados, y hacer que reine la justicia y no se viole á ninguno su derecho. Por disposicion del cielo va á servir el poder que te se ha dado á la ejecucion de los desígnios de Dios y al cumplimiento del sacrificio que yo quiero hacer de mi vida por la salud de todo el mundo. Mi muerte está decretada por mi Padre; mas no por eso dejarás de ser reconocido por un violento opresor de la inocencia que debias proteger, aprovechando la fuerza y la autoridad que para eso se te ha confiado. Tu inconstancia, flaqueza y cobardia, tu interés y vil condescendencia, te hacen inexcusable; ¡y cuánto mas lo será ese pontífice que al frente de su pueblo, á quien ha seducido, me entrega en tus manos y violenta con esa conmocion popular tu equidad y tu justicia!

Desde entonces procuraba Pilatos hacer nuevos esfuerzos y apurar todos los recursos para dar libertad á Jesús, porque temió algun golpe de la justicia divina; pero como buscaba los medios con demasiada precaucion y timidez, hizo que arrojase la justicia sus últimos suspiros entre sus propias manos, y que le abandonase esta preciosísima virtud en el momento mismo en que debia haber manifestado mayores fuerzas para conservarla. Dejóse ver del pueblo, y con él se dejaron ver al descubierto todas sus inquietudes. Dijo en favor de Jesús cuanto se puede imaginar de mas eficaz y fuerte, pidió su libertad; y porque no le mandaba y ordenaba como dueño, se la negaron gritando tumultuariamente, que si concedia la liber-

tad á un hombre tan criminal como aquel, no seria buen ministro ni amigo del César. A vos os toca, le decian, mantener los derechos del imperio, como á nosotros el defender la integridad de nuestras leyes. ¿Y cómo podreis creer que un hombre que se declara por rey de los judíos no sea enemigo del César? Todo aquel que se hace rey contradice al César. Oyendo Pilatos resonar en sus oídos el nombre del César, temiendo una conspiracion, y mas al verse comprometido en la corte del emperador, se olvidó de sus buenos deseos; y como temiese mucho mas la indignacion de su príncipe que la venganza del cielo, enmudeció, tembló, y se rindió cobarde y traidoramente, resolviéndose á condenar al Santo y justo por esencia y por naturaleza. Así que, llevó fuera á Jesús; y como á las seis horas de aquel día, que era viernes, y víspera y preparacion de la Pascua, asentándose en el tribunal que venia á caer en frente del patio, al que los griegos llamaron *Lithotrotos*, porque estaba guarnecido de bellísimas piedras unidas con mucho arte á lo mosaico, y en hebreo se llamaba *Gabbatha*, que significa lugar elevado, ordenó á sus ministros que le trajesen agua, hizo que le echasen sobre sus manos lavándoselas en presencia de todo el pueblo, diciendo en alta voz: Tomo al cielo por testigo que estoy inocente de la muerte de este justo. Si vosotros estais resueltos á cargar con la terrible responsabilidad que ha de pasar sobre vuestras conciencias, allá lo veais: la ira de vuestro Dios se haga sentir sobre las cabezas de los verdaderos culpados. Y volviéndose entonces á Jesús que tenia á su lado, le hizo avanzar un poco hácia su presencia, y dijo en alta voz á los judíos: Veis aquí á vuestro rey. Y como luego se oyó gritar en todas partes: Apártale, quítalo de nuestra presencia, hazle morir, crucifícale; se contentó con responder con frialdad é indiferencia al pueblo alborotado: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos mas rey que el César. Cada vez que se repetia el nombre del César, temblaba Pilatos y se estremecía en su corazon; y viendo que el tumulto arreciaba, y que nada podía ya adelantar para contener el furor del pueblo, y oyendo que en contestacion á cuanto había dicho dicho, repetia con furor: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hi-

jos; esto es, consentimos en que se nos impute esta muerte, y nos constituimos responsables de todas sus consecuencias, determinó por último complacer al pueblo; y sentenciando según ellos lo pedían, condenó á muerte al Hijo de Dios vivo, Redentor y Salvador de los hombres, Jesucristo Dios y hombre verdadero, entregándole á la voluntad de los verdugos para que fuese crucificado.

He aquí un trasunto de la sentencia con que fué condenado Jesucristo Redentor nuestro á muerte afrentosa de cruz.

SENTENCIA.

Nos, Poncio Pilato, gobernador de toda la provincia de la Judea por el sacro imperio romano, estando en nuestro tribunal y sala de audiencia, oídos las acusaciones criminales de los sacerdotes, escribas y fariseos, la conmoción y clamor del pueblo contra Jesús de Nazareth, concordando todos y diciendo cómo ha alborotado y conmovido toda la ciudad y pueblos, enseñando doctrinas nuevas contra la ley de Moisés, haciéndose autor de una nueva ley, pretendiendo alzarse rey, y como á tal habiendo tenido atrevimiento de entrar triunfante con ramos y palmas dentro la ciudad, y por haber menospreciado la jurisdicción y autoridad del grande emperador César, prohibiendo á los vasallos le pagasen el tributo; pero lo que causa aun mayor escándalo es, que como á presuntuoso y blasfemo se ha gloriado y ha dicho muchas y diferentes veces que era Hijo de Dios, siendo hombre de baja condición, hijo de un pobre artesano y de una pobre mujer llamada María, fingiendo ser muy santo, siendo muy engañador, hombre inquieto, conspirador y destructor del bien común. Habiendo cometido muchos otros enormes delitos, mas dignos de ser castigados que publicados.

Por tanto, habiendo considerado muy bien y examinada la verdad de las sobredichas acusaciones, hallándose gravísimos sus delitos, juzgamos debe ser condenado y sentenciado, como de hecho lo condenamos y sentenciamos á que sea conducido por las calles acotadas de la santa ciudad de Jerusalem, de la manera que está coronado de espinas, con una cadena y dogal al cuello, llevando él

mismo la cruz, acompañado de dos ladrones para mayor afrenta, hasta la montaña del Calvario, donde acostumbran ser ajusticiados los hombres facinerosos, y allí sea crucificado en su cruz, en la cual estará colgado hasta después de muerto, sin que alguno se atreva á quitarlo de ella sin nuestra autoridad y licencia. Los dos ladrones estarán igualmente colgados en sus cruces, uno á la derecha y otro á la izquierda, residiendo en medio como á rey para mayor escarnio y afrenta, para que sea ejemplar y escarmiento de todos los malhechores. Cuya sentencia mandamos publicar al sonido de la trompeta y en alta voz por el pregonero, para que llegue á noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia alguna.—PONCIO PILATO.

15.

Sale Jesús de Jerusalem llevando la cruz á cuestas: en su marcha al Calvario profetiza la ruina de la ciudad ingrata, y luego que llega al lugar del suplicio es crucificado entre los dos ladrones que le acompañaban.

Debían cumplirse los oráculos de los profetas, y muy en particular los de Jesús, que había dicho: *El Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, los que lo entregarán á las gentes para ser burlado, azotado y crucificado.* David había previsto estos grandes acontecimientos; y poseído de suma tristeza había preguntado al mismo Hijo de Dios: ¿Por qué motivo, Señor, bramaron de coraje y rabia, y se amotinaron las gentes y los pueblos, meditaron cosas vanas é injustas? Alzáronse los príncipes de la tierra, y de comun acuerdo consultaron en secreto contra el Señor, y contra su Cristo y su ungido [1]. Ciertamente se juntaron en esta ciudad ingrata Herodes y Poncio Pilato con las gentes y el pueblo de Israel, para hacer lo que estaba decretado en los consejos eternos. Rompieron como deseaban la coyunda de la justicia, y sacudieron el yugo ligerísimo y suave del Señor. Mas el que mora en los cielos se reirá de todas sus determinaciones; el Señor se bur-

[1] Ps. 2, vs. 1 et 4.

lará de ellos, les hablará en medio de su furor y los conturbará con su saña; y entonces serán entregados al poder de los enemigos invisibles, á quienes obedeciendo ahora entregaron al Cordero de Dios á los voracísimos lobos para que fuese devorado, á rabiosísimos perros para que fuese mordido, y á cruelesísimos leones para que fuese despedazado; y así fué que pronunciada la sentencia le cogieron los soldados, y con bárbara inhumanidad é indecible fiera le arañaron la púrpura que por mofa la habían vestido; y como estaba pegada al cuerpo con la sangre congelada, le renovaron enteramente una gran parte de sus llagas, causándole nuevos é intensísimos dolores. Vistiéronle sus propios vestidos para que fuese conocido de todos; cargaron sobre sus propios hombros la pesada cruz en que había de ser clavado; y cargado con esta vergonzosa y pesada carga, le hicieron emprender la marcha hácia el Gólgota ó Calvario [1].

[1] Disputase con calor de qué maderas fuese el leño santo, si de una sola ó de muchas; y de ahí toman pie los heresiarcas é impíos para mofarse y escarnecer la adoracion que los verdaderos fieles dan al signo de la salud y árbol sagrado de la redencion; pero sea de una ó de muchas maderas, no es cierto que fué santificado estando pendiente de él el Dios Redentor y Salvador nuestro! Para adorarlo, pues, y venerarlo, esta sola razon nos basta. Sin embargo, no está por demás saber que son varias las opiniones aun de los padres y doctores de la Iglesia sobre este particular. El venerable Beata, en las *Colectas*, dice: Que la cruz de Cristo fué de cuatro maderas, á saber, ciprés, cedro, pino y boj; pero que esta última se halló solo en la tablilla donde se estampó el nombre y dignidad de Jesús, á saber: *Jesus Nazareno, Rey de los Judíos*. El ciprés desde el pie hasta el crucero, y desde este arriba, al pino; siendo el crucero ó los brazos de cedro. A esta opinion se une *san Juan Crisóstomo*, como se ve en su obra *De veneratione Crucis*, tomo 1.º; *cerca del fin*. *Anastasio Sinaita*, lib. 5, in *Hazam*, y otros varios. Hay otras que dicen que la cruz del Salvador constaba de cuatro maderas, que eran, *cedro, el ciprés, la palma y la oliva*, y lo comprendieron y explicaron en estos tres versos:

Quatuor ex lignis Domine crux dicitur esse.
Pes crucis est cedrus; corpus tenet alba cupressus;
Palma manus retinet, titulo laetatur oliva.

San Gregorio Nysseno, en la oracion ó sermon del Bautismo, dice: Que fué de un árbol vil y mas despreciable que todos los demás; cuya opinion siguió *Gretsero*, lib. 1.º de *cruce*, cap. 6; *Alphonso Ciaconio*, en el libro que intituló: *De signaculo Santissimae Crucis*, cap. 30, asegura que fué de *carrasco ó encina*; ya porque este era en la Judea un árbol que á cada paso se hallaba, ya porque era sólido, firme y pesado; por

La palabra *Gólgota*, en su derivacion tomada del siríaco, significa la *calavera del hombre*, por verse en aquel lugar muchas de hombres que habían sido ajusticiados por sus delitos. San Pablo dió la azon por qué Jesús había de padecer la muerte fuera de la ciudad cuando dijo [1]: Los cuerpos de los animales cuya sangre introduce el pontífice en el santuario por los pecados, son quemados fuera del real, y por eso también Jesús para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta.

Los malos tratamientos que había recibido durante la noche, y sobre todo el diluvio de azotes y la coronacion de espinas, en que acababa de perder tanta sangre, habían reducido su cuerpo á tan grande flaqueza, que al salir de la ciudad cayó bajo el peso de la cruz. Dejónse ver oprimido de ella, gimió, y se detuvo sin poder dar un paso adelante. Se puede hacer juicio con qué ojos mirarian los verdugos su desfallecimiento, y la inhumanidad con que insultarian su debilidad y flaqueza. Ya no le esperaban las turbas que saliesen para tocarle, como en otro tiempo, y conseguir la salud, sino para crucificarle; y la gente que antes clamaba para que se le quitase de delante y se le crucificase, ya se alegraba de ver que se cumplieran sus deseos. Precedía el trompeta, y con el ronco y clamoroso sonido convocaba toda la ciudad á las puertas, y seguan los ministros de justicia, los verdugos y soldados, y los dos famosos ladrones, tanto ó mas perversos que el mismo Barrabás; y por último, se presentaba manchado con una sangre no manchada el gran

cuya razon fué preciso que buscasen una ayuda que auxiliase al Salvador y ayudasen á llevar la cruz.

Sobre las dimensiones y espesor de la cruz son tambien varias las opiniones. El citado *Alphonso Ciaconio* en el mismo libro, cap. 31, dice: Que segun afirmaba una muy antigua tradicion, tenía la cruz quince pies de largo y el crucero ocho; y que el espesor ó grueso de ella era de medio pie, cuya opinion se adhiere *Gretsero* en el capítulo 1.º del prenotado libro. El doctor *san Buenaventura* y los santos *Vicente Ferrer* y *Bernardino de Sena*, tambien creen y dicen que la cruz del Salvador tenía estas dimensiones, y se componia de las sobredichas cuatro maderas, *cedro, ciprés, palma y oliva*; respetando empero la opinion de tan eminentes doctores y venerables santos, nos adherimos mejor á la del grande *san Gregorio Nysseno*, puesto que no habiendo decision alguna de la Iglesia, nos es lícito y permitido seguir la que mas nos plazca. (Nota del T.)

[1] Ep. ad hebreos, cap. 13, vs. 11 et 12.

destructor de los infiernos, el gran vencedor de la muerte, el subyugador del pecado, el Redentor del mundo; Jesús cargado con la cruz, y con la cruz triunfante. El pueblo que seis días antes al recibirle dentro de los muros de la ciudad había cantado alegre: Bendito el que viene en el nombre del Señor, le maldecía al salir; y mientras llevaba la cruz, lo crucificaban con sus voces ya que no podían con sus manos. Iba Jesús por medio de ellos, para obrar en medio de la tierra la salud de todo el universo, como mediador entre Dios y los hombres. Así aquellos enfermos ya frenéticos despedían de sí y arrojaban al médico de quien salía virtud para sanar á todos. Así los hijos de Ica repudiaban al Padre de misericordia; así los siervos malvados arrojaban de su casa al Señor de la familia; así los trabajadores inicuos echaban al heredero fuera de la viña. Con esta lúgubre pompa, bajo la infame mole de aquel árbol y el ignominioso peso de la cruz, va por las plazas de Jerusalem el Hijo de Dios, repitiendo muchas veces entre sí: *Jerusalem, Jerusalem, ¡cuántas veces quise congregar tus hijos como la gallina congrega sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste [1]!*

Aunque el Señor se conservaba con su divina virtud la vida por algunas horas, según el tiempo destinado por su infinita sabiduría, y á pesar de todo el poder humano, no había de morir sino cuando fuese su santísima voluntad: como esto lo ignorasen los judíos, temieron con razón que oprimido del peso de la cruz espirase entre sus manos y no lograsen el placer de verle morir en un suplicio, destinado solo para los homicidas y ladrones. Por este temor bien fundado determinaron detener á un paisano israelita de religión, originario de Zírene en Libia, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, y lo precisaron á llevar detrás de Jesús la cruz pesada, que por su flaqueza no podía llevar el Hijo de Dios. ¡Oh Simon! ¡cuánto te envidiamos, y cuánto te admira toda la Iglesia de Jesucristo! En otras circunstancias hubiera sido una afrenta vergonzosa para un hombre libre el precisarlo á este ministerio; ¡pero qué honor y dicha tan grande ser en esta ocasión escogido de Dios para aliviar el trabajo de su precioso Hijo! Puede ser

[1] Luc. cap. 19.

que no conociese desde luego el Cireneo el precio del favor que se le hacía; pero no se puede dudar mucho que recibido en adelante en el número de las conquistas de Dios crucificado, no haya echado cien veces mil bendiciones á su dicha. Que en verdad dichoso por haber podido aliviar, aunque por pocos instantes, á Aquel que voluntariamente cargó sobre sí todos los pecados del mundo, para que, como dice san Pedro [1], muriendo nosotros al pecado, vivamos á la justicia con cuyas heridas hemos sido sanados. Mas aunque este piadoso israelita pudo aliviar un tanto al Señor su pesada carga, no por eso se libró de todos los tormentos; vivía Jesús únicamente para padecer, y así buscaba nuevas penas, multiplicándose interiormente sus dolores, mientras que exteriormente manifestaba tomar algún alivio.

Seguían al Señor una gran multitud del pueblo fiel y de mujeres piadosas que con sus lágrimas y suspiros manifestaban cuán intensamente sentían sus tormentos, dando así al inocente sacrificado testimonio público de la tierna y respetuosa adhesión que tenían á su persona. Mas Jesús, que había rehusado responder á los grandes de este mundo, no quiso dejar sin una tierna y cariñosa respuesta las fervorosas lágrimas de aquellas verdades israelitas, y así las dijo: *Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotros llorad y sobre vuestros hijos; porque presto vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron.* En aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la hallarán; desearán morir y la muerte huirá de ellos [2]. Entonces se meterán por las cavernas de las peñas y por las aberturas de la tierra, huyendo de la presencia espantosa del Señor y del resplandor de su Majestad [3]. Y comenzarán á decir á los montes y á las peñas: *Caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos, envolvednos bajo de vuestras ruinas [4].* Escondednos de la cara de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero [5]. Porque si esto se ejecuta con el árbol fértil y verde,

[1] Ep. 1.ª de S. Petrus, cap. 2, v. 24.

[2] Apocalyp. cap. 9, v. 6.

[3] Isaias, cap. 2, v. 19.

[4] Osam, cap. 10, v. 8.

[5] Apocalyp. cap. 6, v. 16.

¿qué se hará con el madero seco, y con el árbol estéril é infructuoso? Ciertamente el justo será probado y atribulado en la tierra; ¿pues cuánto mas el impío y pecador [1]? Y habiendo llegado el tiempo en que la adición, la prueba y el juicio ha de comenzar por la casa de Dios, si comienza primero con nosotros ¿cuál será el fin y paradero de aquellos que no creen al Evangelio? Si el justo, difícilmente y con trabajo se puede salvar, ¿á dónde irán, donde parecerán el justo y el pecador? De esta manera, olvidándose de sí mismo y afligiéndose por las desdichas de su pueblo, ¡oh el Señor á ponerse en manos de sus verdugos y á presentarse á su cruz.

Como había venido el Salvador al mundo para enseñarle y atraerle hacia sí, ni aun caminando desfallecido al suplicio pudo contener los ímpetu ardentísimos de su caridad, y no dar á los que le seguían lecciones mas importantes; y mientras marchaba como capitán aguerrido y valiente al lugar de la pena, le seguían los dos ladrones que habían de ser ajusticiados con él. Era preciso que no faltase á la pasión del Hijo de Dios, tan dolerosa por sí misma, alguna de las circunstancias capaces de echar el colmo á su ignominia; y en medio de tantas penas el único alivio que se le concedió fué un poco de vino mezclado con mirra tan amarga, que ella sola tenía cuanto la hiel y el vinagre tienen de desapacible. Este era un calmante que se acostumbraba propinar á los ajusticiados para adormecer el sentido de los dolores. Jesucristo quiso experimentar toda la amargura y rigor de las penas, y desechó este pequeño alivio porque destinaba aquellas á la gloria de su Padre; y quiso reservar para sí todo su rigor, para lograr su mérito. En seguida desnudaron los verdugos á Jesucristo de sus propias vestiduras para crucificarle. Mas para verificar esta operación, fué preciso renovarle todas las llagas de su cuerpo sacratísimo; pues reseca la sangre, estaba la túnica pegada al cuerpo; por consiguiente arrancándose la, se la arrancó parte de su carne y piel, y corrió otra vez de su cuerpo abundancia de sangre. Fué preciso también arrancarle la corona de espinas y renovarle por consiguiente todas las llagas de su sacratísima cabeza, abriéndose otras nuevas para ponérsela

[1] Proverb. cap. 9, v. 31.

otra vez. Así Cristo con todo su cuerpo desnudo, expuesto por todas partes á la frialdad del aire, cubierto de la sangre que corría de su cuerpo, despedazado y llagado, oprimido de fatigas y oprimado de dolores, tiende por una y otra parte sus ensangrentados ojos para ver si hay quien le consuele, y no lo encuentra. Ve á la espalda á su Madre, pero toda oprimida de dolor; clava en ella su vista, y comprende desde luego esta soberana Señora el sentimiento y la pena amarguísima de su Hijo al verse desnudo á la vista de tanta gente; y aunque se halla poco menos que exánime, corre al amado de su alma, y quitándose un velo de su cabeza, ciñó con él y cubrió los lomos de su hijo, como ella misma lo manifestó en una revelación á su querido san Anselmo con estas palabras: *Oye, Anselmo, de la manera que te refiero un hecho, el mas lamentable y triste, y que ninguno de los Evangelistas ha descrito: Habiendo llegado al lugar ignominiosísimo que se llama el Calvario, donde se arrojaban los perros y otros cuerpos muertos, desnudaron enteramente á mi único hijo Jesús de todos sus vestidos; y aunque yo estaba casi exánime, me quité sin embargo un velo de mi cabeza, corrí á él y se lo até á los lomos [1].* [a].

[1] Maxim. Xanthori. Div. Theat. part. 5. tract. 2. num. 71.

[a] Alphonso Tostado, paradoja 5. cap. 42, dice: Que Jesucristo llevaba en la cruz calzoncillos *Femoralia*, los que no le quitaron los soldados cuando le bajaron del madero santo; pero esta opinion no puede admitirse, porque es contraria á la comun de los padres y doctores. San Ambrosio en el lib. 10, sobre san Lucas, dice: *Refert considerare qualis ascenderit; nudum videri. Talis ascendit cuales nos. Autore Deo natura formavit: talis in paradiso homo primus habitaverat: talis ad paradysum homo secundus intravit.* Y san Atanasio dice: *Nudatur, ut ignominiam nostram tegat.*

Con este motivo conviene saber cuántos eran los soldados que crucificaron á Cristo, puesto que se dice que se repartieron entre sí los vestidos del Salvador, y cuántas eran las tunicas ó vestiduras que usaba. Es opinion corriente y firme, que los crucifijos no fueran mas que cuatro, aunque los acompañantes el reo al suplicio fuesen muchos mas. Erán estos de los Samaritanos, que después llamaron Brucianos ó Brucianos, como lo dice Pseudo en la palabra Brucianos, y Aulio Gelio en el lib. 10 de las Noches Aticas, cap. 3.º, hacíaseles sufrir esta ignominia de ser como verdugos, en castigo de haber abandonado el campo de los romanos y pasándose al ejército de Annibal. Pero no era tan exclusivo este oficio, que no se admitiesen otros á él; y así presumen algunos, que entre aquellos Brucianos, habia tambien Lucanos, oriundos de los Brucios, y algunos Calabreses que Pilatos habia llevado consigo á Jerusalem.

Después de haber gustado Jesús el brebaje que le presentaron para hacerle sentir su amargura, no quiso beberlo (como dijimos), para sentir el alivio que de él podía esperar, y á fin de que se conociese públicamente que padecía solo por su buena voluntad y amor; y obediente entonces á la voz de los verdugos, se tendió sobre el madero de la cruz para ser crucificado, como efectivamente lo fué, sufriendo todo con la mayor humildad, resignacion y paciencia. Con cuantos clavos empero fué Jesús crucificado, es motivo de otra polémica muy fuerte y refutada entre los escritores [1].

San Juan, que fué uno de los testigos presenciales, nos dice en el cap. 19, v. 23, que de las vestiduras de Cristo se hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y túnicas; que la túnica era *inconsutil*, esto es, tejida de arriba abajo, y toda de una pieza, sin costura alguna; y que viéndola así, dijeron los soldados: *No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, á ver de quién será*; para que se cumpliesen las palabras de la Escritura que dicen: *Dividieron mis vestiduras, y sobre mi vestido echaron suertes*.

Con motivo de la entrada de los romanos en la Judea, empezaron los judíos á imitar sus costumbres; y usando estos dos vestiduras, y á mas la capa ó manto, como asegura Varron en la *Vida del pueblo romano*, las usaron tambien los judíos, segun afirma Euthimio y san Gerónimo en la *Epist.* 128. Y así, á mas de la túnica inconsutil, que estaba pegada al cuerpo, como la *Subucula* ó camisa, usaba Jesucristo otra túnica exterior, que era una especie de sotana muy parecida á la que usan los eclesiásticos, y la capa. Esta túnica y capa fueron las que se partieron, como dicen Toledo y Ripera; pero no la inconsutil: esta fué tejida por María santísima, siendo todavía muy niño el Salvador, y esta crecía con él, como crecían los vestidos de los hebreos en los cuarenta años que peregrinaron por el desierto. Esta tan santa y venerable reliquia que los soldados no se atrevieron á partir, se conserva en la ciudad de Tréveris con mucha piedad y religion, yendo con gran frecuencia á visitarla los fieles de casi todo el mundo, obrando Dios por ella muchos y muy estupendos milagros.

[1] Que la cruz de Cristo fuese en todo parecida á la de los ladrones, y que las de estos fuesen en todo iguales á aquella, parece que queda fuera de toda duda, atendiendo á lo que dice la *Historia eclesiástica*, lib. 10, cap. 7 y 8, y la *Tripartita*, lib. 2, cap. 18, á saber: que cuando la bienaventurada santa Elena halló las tres cruces, no podía distinguirse ni conocerse cuál era la de Cristo; por cuya razon dicen: Juan Pico en el libro que intituló *De pronotione: Testado, paradoxa* 2.^a, desde el cap. 42 hasta el 68; Bartholomé de Medina, art. 3.^o, quest. 46; part. 14, y otros muchos: que los dos ladrones fueron crucificados con clavos como el Salvador; pues si así no fuera y hubiesen sido con cordeles amarrados á las cruces, como alguna vez los pintan, la de Jesús hubiera sido muy fácil de conocer, no apareciendo en las otras los agujeros de los clavos, y si en la de Cristo.

§ 16.

Clavado el Salvador en la cruz, es escarnecido é insultado por sus enemigos; pronuncia desde ella siete palabras misteriosas, después de las que entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre.

Corría la hora de tercia cuando crucificaron los judíos á Jesús, y con él los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, y á Jesús en medio, segun la orden de Pilatos. El que en el cielo está circuido de ángeles, servido de dominaciones y tronos, asistido de principados y potestades, magnificado y engrandecido de arcángeles y virtudes, festejado y aplaudido de querubines y serafines; y es adorado y reverenciado de una inmensa multitud de santos que le alaban y bendicen por los siglos de los siglos; obra nuestra salud en medio de la tierra, clavado entre dos ladrones. Quién pue-

Dúdnase empero con cuantos clavos fué clavado el Señor. La opinion mas corriente parece ser la que sostiene que lo fué solamente con tres, aunque tambien hay solidísimas razones para creer que fueron cuatro. San Gregorio Nacianceno llama á la cruz, *Lignum Triclate*, y de ahí sin duda viene la opinion de los tres clavos; pero san Gregorio Turonense, en el libro que intitula *De gloria Martirum*, cap. 6; Inocencio en el sermón 1.^o de un mártir, y Francisco Toledo, cap. 19 in Joann, aseguran que fué crucificado con cuatro clavos. De esta opinion es san Cipriano en el sermón de Pasion, en que habla, no de uno, sino de muchos clavos de los pies de Jesús; y lo mismo afirma el *Testado*, paradoxa 3.^a, desde el cap. 7 al 12. Así que, esta opinion parece la mas probable, y la confirma una revelacion hecha á santa Brigida, que consta en el lib. 7, cap. 15; dice así: «Después de esto (haberle dado á beber hiel) abrieron ellos por aquellas gradas, llevando al Señor con vituperio é irrision «sobre manera grande, el que subia de buena voluntad, como cordero manso que va á su sacrificio. Y estando ya sobre aquellas tablas, no forzados, sino voluntariamente, extendió su brazo, y abriéndose su mano derecha «la puso sobre la cruz, la que le traspasaron con inhumanidad aquellos «cruelles verdugos, pues se la taladraban con el clavo por aquella parte «que el hueso tenia mas solidez; ataron después con un cordel su mano «izquierda, y tirando de ella con violencia la hicieron alcanzar al lugar «que tenian señalado, y la clavaron de la misma manera. Extendiendo después el cuerpo sobre la cruz mas de lo que era regular, pusieronle una «pierna sobre otra, y así juntos los pies se los clavaron en la cruz con dos «clavos». Con lo que se confirma, y demuestra que el Redentor fué crucificado con cuatro clavos, por cuyas heridas acabó de darramar casi enteramente su sangre.

de contemplar al Hijo de Dios en el cielo, y al Hijo de Dios en la tierra, sin estremecerse y morir! Dios desde la eternidad, sin principio y sin fin, está por toda la eternidad sentado á la diestra de su Padre. Y Dios hecho hombre en el tiempo, nace en un establo, es reclinado en un pesebre y colocado entre dos bestias, y muere en un madero, clavado en un madero y colocado entre dos ladrones; sin embargo, entre Belén y el Calvario hay una bien notable diferencia. Allí es festejado de los espíritus bienaventurados, con melodiosos himnos y músicas celestiales; es anunciado á los pastores y á los reyes sabios de Oriente, con la aparición de nuevas luces y estrellas en el cielo; y es buscado de todos con afán, adorado y regalado. Y aquí es maldecido, blasfemado y escarnecido de los judíos, de los soldados romanos, y hasta de los verdugos; y el cielo, el sol, la luna y las estrellas, se visten de luto y niegan sus luces á la tierra, sepultándola entre tinieblas, para ocultar cuanto puedan la sangrienta tragedia que en ella se representa; y los inhumanos y feroces verdugos no presentan al Dios Criador y conservador de todo el universo, sino hiel y vinagre, tormentos y dolores, espinas, azotes, clavos y cruz. En el nacimiento, toda la tierra se reviste de hermosura y alegría, y los ángeles de paz discurren por los aires, se alegran y cantan; y en la muerte toda la tierra se estreñece y tiembla; y los ángeles de paz, asomados á las puertas eternas de la gloria, lloran con la mayor amargura. ¡Qué contraste tan espantoso!

Mas para conciliar las opiniones al parecer encontradas de los Evangelistas, acerca de la hora en que Jesús fué crucificado y levantado en alto en la cruz, conviene saber que la división que los judíos hacían del día en cuatro espacios, que llamaban, *primera, tercera, sexta y nona* no podía ser tan exacta como la de nuestras horas. La primera abrazaba, así como cada uno de los demás espacios, tres horas poco mas ó menos, y se extendía desde el principio del día hasta las nueve; la tercera desde las nueve hasta medio día; la sexta desde esta hora hasta las tres, y la nona hasta las seis; pero siempre con algunas cortas diferencias nacidas de la mayor ó menor extensión de los días. Por consiguiente, no es sino una contradicción aparente, la que al parecer resulta entre el mo-

do que san Juan y san Marcos refieren el hecho de la crucifixión. El primero dice: Que era cerca de la hora de sexta; y el segundo dice: Que era la de tercia; y como esta corria desde las nueve hasta las doce, pudo decir san Juan muy bien: Cerca de la hora de sexta; y san Marcos, á la hora de tercia; á cuyo fin añadió el cardenal Baronio, esto es: *Corriendo después de tercia, á la hora de sexta.*

A lo mas alto de la cruz mandó Pilatos colocar en una tablilla estas palabras: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS; porque era este todo el fundamento de su condenación, y al mismo tiempo un título glorioso, un testimonio público de su reinado, por mas que el mundo lo mirase como un juego y como una fruslería. Esta inscripción fué leída de muchos judíos, porque el lugar donde crucificaron al Señor no estaba lejos de Jerusalem; y aun los mismos extranjeros que habian concurrido á la ciudad santa con motivo de la celebración de la Pascua, podian enterarse de ella por estar escrita en tres lenguas las mas comunes y célebres de aquel tiempo, á saber, en hebreo, griego y latín. No agradó esto á los principales de los sacerdotes y escribas, porque mas que título de ignominia y afrenta, lo era de gloria, pues contenia verdades eternas; por cuya enunciaci6n habia perseguido la Sinagoga tan encarnizada al Redentor: era el justificativo de su inocencia, y de que Pilatos habia dicho la verdad, al asegurar tan repetidas veces que no hallaba en él causa alguna para condenarle; y era en fin una inscripción que anunciaba á todo el universo, que el que estaba clavado en la cruz era verdadero Dios y hombre; porque se le veia padecer como hombre, se le anunciaba como Mesías prometido en la ley, Salvador verdadero de los hombres, Hijo de Dios, Cristo prometido, esperado y deseado de todos ellos. Bramaron entonces en verdad de coraje los pontífices; reclinaron los dientes y se enfurecieron los escribas; rabiaron y reventaron de ira los fariseos, porque conociendo la gloria de este título se prometian eclipsarla, y no pudieron; pues habiendo acudido á Pilatos para que lo borrara, y en su lugar pusiese que Jesús habia dicho: *Rey soy de los judíos*, no quiso esta vez acceder á su peticion; y cansado de su importunidad, los despidió diciendo: Lo escrito, escrito; sin que haya que esperar que se mude ni una sola letra. Pilatos en esta ocasion dijo, sin que él

lo supiera, que los judíos en la muerte de Jesús eran verdaderamente criminales por haberla pedido, y que él lo era tanto como ellos, por haberla otorgado. Jesús era Salvador, y por lo mismo no debía morir. Nazareno, que significa *florido y bello*, era el demostrativo de su candor é inocencia; por lo que no debía ser condenado. Si era rey, ¿quién tenía poder para juzgarle? Y si lo era de los judíos, ¿cuál era el respeto y veneración que debían tenerle? Estas eran las grandes consideraciones que preocupaban los ánimos de los príncipes de la Sinagoga, y por cuya razón pedían á Pilatos borrar el título; pero no había remedio, estaba escrito.

La víctima del mundo, la hostia pacífica que debía aplacar la justicia divina, estaba ya sobre el altar de la cruz. No quedaba ninguna duda de quién era, el título lo declaraba, y debía acreditar que en verdad quería ser el Salvador de los hombres, y hasta de sus propios enemigos y verdugos; con este motivo hace del suplicio un púlpito ó una cátedra majestuosa y santa, y empieza á dar desde ella las mas importantes y sublimes lecciones; ve los decretos de la justicia del Padre, contempla armada su diestra omnipotente y vengadora, y oye la voz terrible de la venganza, que le dice: ¡Hasta cuándo, Señor justiciero y santo, no tomas venganza en los pecadores de la sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y cuando á este clamor ve armarse la justicia del rayo de su ira, entonces, mostrando el Redentor del mundo su infinita caridad, levanta sus ojos eclipsados al Eterno Padre, y representándole su obediencia y sus merecimientos, le dice: Padre y Señor mio, detén el brazo de tu justicia, y por esta cruz en que muero y la sangre que en ella estoy derramando, te pido y te ruego, que perdones á los pecadores las culpas con que me han puesto en la cruz. **PERDÓNALOS, PADRE; PERDÓNALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN.** Hacen morir á tu Hijo unico, porque no lo conocen; y aunque su ignorancia, por ser voluntaria, los hace culpables, con todo, por mas que lo sean, son dignos de compasión. Ya no tenía el Señor libres en su cuerpo sino algun tanto sus ojos, porque algunas espinas le llegaban hasta las pupilas, y su lengua, y todavía lo empleaba gustoso por la salud de sus enemigos. En el lecho del dolor, pensaba pensamientos de paz y no de aflicción. ¡Oh caridad infinita de nuestro amo-

rosísimo Jesús, cuyo ardoroso incendio no podieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulación! ¡Qué doctrina tan alta es la que nos enseñas! ¡Oh! ¡Y qué bien cumple el misericordiosísimo Jesús el precepto que nos enseñó para que perdonásemos á nuestros deudores! ¡Para que amásemos á nuestros enemigos, y rogasemos por nuestros perseguidores y calumniadores, y nos acreditásemos de hijos de nuestro Padre celestial que está en los cielos! Lo enseñó viviendo y lo practicó muriendo. ¡Quién se negará ya á seguir tan noble ejemplo! Preciso es pues perdonar, si queremos que Dios nos perdone.

Mientras que el Salvador se esforzaba en pedir á su Padre este perdón tan amplio y universal, se ocupaban los pontífices y sacerdotes, los ancianos y los escribas, en irritar la tropa corrompida del pueblo que solicitó su muerte, para que no dejases de ultrajarle mientras viviese, ayudándole ellos y animándole con su ejemplo. La plebe soez pasaba por delante la cruz meneando su cabeza; é insultando al Señor decían: Bah, infeliz. Tú que te glorias de poder destruir el templo de Dios y de reedificarle en tres dias, danos ahora una prueba de ese poder omnipotente que te precias consorzar: si eres verdadero Hijo de Dios, baja de la cruz, y te crearemos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas le maltrataban tambien é insultaban con burlas pesadimas; y mirándose los unos á los otros, dirigian sus gestos ridículos y de farsa al Señor, y decían: Este hombre ha librado á otros de la muerte, y á sí solo no se puede librar: si es el Mesías escogido de Dios, si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, que nos haga ver su poder, y creéremos en él: dice que espera en Dios, que es Hijo de Dios; pues librémosle. Si le ama tanto como él decía, ahora puede manifestarlo, librándolo de la muerte.

No deben admitir estos excesos en un pueblo ignorante y seducido; pero que los príncipes y doctores de la ley se envilezcan hasta este extremo, y poco satisfechos con mirar en la cruz al que aborrecían como enemigo, quisiesen todavía hartar sus ojos con su aflicción é insultar sus dolores, esto es lo que no se debiera esperar, y lo que gente de su carácter no ejecutaba jamas sin deshonrar. Nunca se llega á este exceso, sino es cuando se aborrece mucho, y so-

bre todo, cuando se aborrece por envidia. Este escándalo abominable produjo todo su efecto. Uno de los dos ladrones que estaban crucificados al lado del Salvador, abrió también su inmundicia y sacrilega boca para insultar y blasfemar á Jesús, y le dijo: *Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.* ¡Desgraciado ladrón! ¿por qué dulas? Si dudas, ya niegas; y si niegas, ¿qué esperanza puede quedarte del perdón? ¡No te mueve á confesar que es Cristo esa singular modestia en medio de tantas injurias, ese profundo silencio entre tantas afrentas, esa paciencia invicta entre tantas penas, esa acreditada inocencia entre tantas declamaciones, y esa voz de misericordia y amor con que acaba de pedir perdón al Padre por sus mismos verdugos?

No pudo el otro ladrón ser indiferente al exceso de crueldad de su compañero; y mas fiel á la gracia del Salvador con quien moría, entrando dentro de sí mismo y detestando sus primeros delitos, se tomó la libertad de corregir aquel compañero de sus desórdenes y de su suplicio, y le dijo: ¿Es posible que siendo tan desdichado en el estado en que te ves, y tan cerca de morir, no tengas temor de Dios? Tú imitas á la gente furiosa que carga de injurias y blasfemias á este hombre santo. Es verdad que se halla en el mismo tormento que nosotros; pero su causa no es la misma. Nosotros no tenemos razón para quejarnos, porque sufrimos lo que merecemos; pero este nada malo ha hecho, ningún delito ha cometido. Oigan esto el cielo y la tierra; oiganlo los judíos y los gentiles; oiganlo los pontífices y los escribas, Caifás y Pilatos, y los príncipes que le acusaron, que pidieron su muerte, y que después de crucificado aun le blasfemaban. Oiganlo en fin los apóstoles que huyen, los discípulos que se esconden, los amigos que callan, los judíos que le burlan, los romanos que le crucifican, todo el mundo que le condena; solo un ladrón le absuelve, un ladrón acusa la injusticia de todos, un ladrón testifica la inocencia del que es condenado como delincuente, aunque dos Evangelistas digan que antes también lo insultó [1]; pero ya lo reconoce, lo confiesa, lo adora por su verdadero Dios. ¡Oh Señor! que eficaz es tu luz! ¿Quién habrá que resista

[1] Math. cap. 27, v. 44. Marc. cap. 15, v. 32.

tus auxilios? Herido de ellos este ladrón feliz, vuélvese á Jesús, y con tierna, pero ardiente y amorosa voz, le dice: En tí confío, Señor, y en tí espero; eres mi padre [1], eres mi Dios y Señor, eres

[1] En el tomo 1.º, cap. 9, página 165, dijimos: Que el P. Ludolfo de Sajonia, citando á san Anselmo, creía que este ladrón dichoso y santo, fué el que huyendo Jesucristo á Egipto por temor de la persecucion de Herodes, llevado en brazos de su Madre, arrancó de los de uno de sus compañeros al tierno infante que había arrebatado de los de esta para llevarse; y que entonces ya le pidió tuviese misericordia de él si se le ofrecía alguna ocasion desgraciada, rogándole no se olvidase de aquella en que usaba de misericordia con él. Máximo Xanthón, en la parte 5.ª de su Divino Teatro, tratado 2.º, pág. 527, no solo confirma esto mismo, sino que añade: Que al ver entonces tanta betinosura y gracia en el niño, exclamó y dijo: *Que no era posible que un niño engendrado de hombre, fuese tan bello y agraciado; y que si lo fuese que Dios los tuviera, aseguraría que aquel bellísimo infante era Hijo de Dios.* Así fué, continúa Xanthón, que este insigne ladrón, arrebatado no solo por la belleza del niño, sino también por la encantadora modestia y amabilidad de la Madre, no los robó ni molestó; antes bien los llevó aquella noche á su casa propia y les suministró todo lo necesario. Tenía el ladrón mujer, y un hijo tan lleno de llagas y úlceras, que parecía un leproso. Admitida también la mujer del ladrón, de las mismas gracias que veía brillar en aquel divino niño, y en su Madre, movida por un impulso interior, preparó un baño para que en él se lavara aquel tan precioso infante, creyendo firmemente, que si después bañaba en él á su propio hijo, recobraría la salud, como así efectivamente sucedió; lo que visto por el ladrón adoptó como á dioses al niño Jesús y á su Madre santísima, y les dió un muy seguro acompañamiento para que los acompañasen hasta la ciudad. Dicese también que al despedirse el niño Jesús del ladrón, le habló, asegurándole, que por la humanidad que había usado con ellos, le daría un premio en el reino de su Padre; lo que efectivamente se cumplió cuando crucificado al lado de Jesús, viendo brillar su divinidad en medio de sus ultrajes, reconociendo le y confesándole por verdadero Dios, detestando sus pasados crímenes, le pidió perdón de todos ellos y le rogó se acordase de él cuando estuviese en su reino: á lo que contestó el Señor, ofreciéndole para aquel mismo día el paraíso. Este ladrón dichoso se llamaba *Dismas*; el desdichado empero que no quiso convertirse, *Gestas*; algunos autores creen que los dos fueron Hebreos, pero otros varios, fundados en una tradicion antigua firmada por varios doctores, aseguran que fueron egipcios.

Acercas de los varios motivos ó causas que pudieron influir en la conversion del buen ladrón, señalan algunos la de haberle tocado la sombra del brazo de Jesús: entre los que se cuentan *san Vicente Ferrer*, *Juan Echio*, *Pedro de Natalibus obispo*, y *Equilino*, en el *Catálogo de los santos*, lib. 4, cap. 225, donde dice: "En el tiempo de la muerte de Cristo, *Dismas* y otro ladrón llamado *Gestas* ó *Gestas*, fueron presos por los judíos y condenados á muerte de cruz. *Dismas* fué colocado á la derecha de Jesús y *Gestas* á la izquierda. Y blasfemando todo el pueblo al Salvador, también los dos ladrones que estaban crucificados lo

mi Rey; y aunque eres el Rey inmortal de los siglos y tu reino es el reino eterno, tú has dicho que tu reino no es de este mundo; *acuérdate pues de mí, Señor, cuando estuviere en tu reino.* Vos vais á morir; mas yo creo que será vuestra muerte el principio de vuestro eterno y verdadero triunfo. Entonces ejercitáreis libremente vuestro poder infinito, porque no temeréis las injustas persecuciones de la Sinagoga, con mucha mas expansion que lo habeis ejercitado durante vuestra vida; por tanto, os suplico que os acordeis de mí cuando entreis en vuestro reino.

¡Oh Señor! Miradme y tened misericordia de mí, porque soy pobre y desvalido. Perdonadme, pues el implorar vuestro patrocinio no es por osadía, sino por confianza. *Acordaos de mí, pues que me criásteis. Acordaos de mí, pues que me redimísteis. Acordaos de mí, ya me iluminásteis y me hicísteis conocer la dependencia que tengo de vos; en vos creo, en vos confío, en nadie sino en vos espero.* ¡Oh autor de la vida! ¡Oh vida mía! ¡Oh vida de mi alma! Acordaos de mí, pues que con vos muero. Pueda mas con vos esa sangre preciosísima que derramásteis por mí y por la salud de todo el mundo, para obligaros á usar conmigo de misericordia, que todas las maldades mías para esforzaros á que me abandonéis. Ambos somos condenados como ladrones, ambos crucificados como malhechores, ambos ajusticiados como facinerosos, por lo cual *acordaos de mí, ya que juntos salimos del mundo, para que juntos vá-*

²² blasfemaban, como lo aseguran dos de los Evangelistas. Declinando ²³ empero el sol hácia el medio día, é hiriendo sus rayos al costado izquierdo de Cristo, llevaron su sombra hácia la parte opuesta, y alcanzó al lado de la Divinidad. Y viendo el modo como habia rogado al Padre por sus propios enemigos, no solo se compungió, sino que repentinamente ²⁴ dió á su compañero porque blasfemaba contra Jesús, cuya misericordia ²⁵ imploró. El Señor misericordioso, que moría en la cruz por salvar á los ²⁶ hombres, no satisfizo sus ansias con perdonarle, sino que le aseguró que ²⁷ en el mismo día estaria con él en el paraíso. Gestas empero, que perseveró en su obstinacion, bajó á los infiernos." Maldonado, hablando de las tinieblas que en seguida cubrieron toda la tierra, no contradice esta doctrina. Pero como los secretos de la misericordia y de la justicia de Dios son incomprensibles, y todas estas doctrinas en nada contrarian las máximas fundamentales de nuestra religion adorable, las trascribimos con fidelidad, sabiendo que para Dios no hay imposible.

yamos al cielo; ya que os acompaño en la pena, para que os acompañe en la gloria, y ya que te conozco como Rey y Señor en el mundo, te vea, te goce y te posea como Señor y Dios en tu reino. Mirame ya, Señor, envuelto entre las ansias y agonías de la muerte; pálido el semblante, trabada la lengua, bañado de un sudor frio, palpitando el corazón y muriendo á toda prisa; atiéndeme, Señor, no me abandones: *Acuérdate de mí cuando estuviere en tu reino.* Como te lo suplico, así lo espero.

Tan bellas disposiciones, tan sincero arrepentimiento, tan generosa fe, tan sólida esperanza, tan ardiente amor, tan franca, tan ingenua, tan pública y candorosa confesion, no podian menos de ser prontamente premiadas. Cristo pues, á quien basta una sola palabra en la muerte para olvidarse de las bras malas de la vida, aun de todas, viéndole confesar así, le concede perdon plenario, no solo de toda culpa, sino tambien de la pena, diciéndole estas tiernas y amorosísimas palabras: *De verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso;* esto es, hoy vendrás á juntarte conmigo en la mansion destinada á los amigos de Dios, entre tanto que yo tomo posesion de mi herencia y te admito en ella en seguimiento mio. Antes que el sol se ponga en el mundo, me verás cara á cara en el otro. Hoy saldrás al puerto delicioso y bonancible, de en medio de este golfo de tantas amarguras y tormentos; hoy de la batalla irás al triunfo, de la aridez pasarás á la fuente, de las tinieblas á la luz, de la escasez á la abundancia, de la vanidad á la verdad, de lo temporal á la felicidad eterna. *Hoy serás conmigo en el paraíso.* Allí habrá gozo sin afliccion, salud sin dolor, luz sin tinieblas, descanso sin trabajo, honor sin ignominia, abundancia sin falta, vida sin muerte, gloria sin término. ¡Oh feliz pecador! ¡Oh dichoso y arrepentido! Llegaste en gran dia; llegaste cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Dichoso ladrón que acertó á llegar en tan favorable coyuntura! ¡Dichoso será tambien el que tenga la suerte de imitarle.

Durante la súplica hecha á su Eterno Padre para que perdonase á sus enemigos, y durante la promesa al ladrón, habia tenido Jesús clavada su vista al cielo, como tratando todavía con su Padre cuando convenia para la salud de los hombres; y bajándola repentina-

mente, á la tierra, registrándola desde la altura que ocupaba, diviso á lo lejos una tropa de personas tímidas y virtuosas, pero llorosas, tristes y sobremedera adigidas, que se compadecian de él; entre ellas se ocultaban sus apóstoles, sus amigos, y algunas otras muy allegadas, cuya fe estaba como trémula, y cuya esperanza se hallaba furiosamente combatida y asustada. A pocos pasos se veía la tropa encargada de velar sobre su persona hasta después que hubiese espirado; á los piés de la cruz vió á su Madre santísima, tiernamente amada, é infinitamente respetada, á uno de sus discípulos, pero el mas amado é inseparable compañero de su querida Madre; á María, mujer de Cleofas, á María Salomé y á María Magdalena, la mas fiel, y la mas generosa de sus castas amantes; y sobre su cabeza contemplaba el Salvador un cielo, que si bien hasta entonces habia parecido de bronco, y que en nada se interesaba en su gloria, empezaba ya á cubrirse de nubes con un repentino desfallecimiento de la luz del sol. Extendíanse negras y densas tinieblas sobre Jerusalem y sobre la Judea toda; tierra ingrata, digna de ser sepultada en eterna oscuridad, las que duraron por espacio de tres horas, y no se acabaron sino con la vida de Jesús.

Dios habia de honrar el sacrificio de su Hijo, y el cielo y la tierra, y hasta las criaturas insensibles é inanimadas, habian de llorar y vestirse de luto en muerte del Dios Criador y conservador de todas ellas. Este era el principio de los prodigios con que Dios queria patentizar la divinidad de su Hijo amado á la faz de todas las naciones reunidas aquel dia en Jerusalem, para que presenciases el sacrificio de la víctima suya, de la víctima grande, que se le habia de sacrificar sobre los montes de Israel [1]; y aunque á la vista de este primer prodigio, cuya causa no procuró la multitud furibunda averiguar ni penetrar, no se conmovió la multitud de los presentes, ni se retiraron los soldados, ni los judíos manifestaron arrepentirse ni temblar; y amigos y enemigos, todos se mantuvieron sobre el Calvario; con todo, impresionó tan espantosamente el corazón de María santísima, que á no haberla sostenido la gracia de Dios, allí hubiese muerto de repente; mas como ella conocia bien

[1] Ezequiel. cap. 39, v. 17.

á su Hijo, y estaba perfectamente instruida de sus grandezas, esperaba, aunque penetrada del dolor mas vivo, la manifestacion de su gloria, á la que habian de dar mayor realce las humillaciones y el tormento de la cruz. Cerca estaba ya la hora en que habia de consumarse el sacrificio, y Jesús deseaba cerrar su testamento; vuélvese pues á su bendita Madre y á su discípulo querido, y con tres palabras que dirige á cada uno, cierra la cláusula mas admirable de su amor. MUJER, VE AHÍ A TU HIJO, dice á la Madre; y mirando después á Juan, continúa: VE AHÍ A TU MADRE. Dijo, y miró á entrambos; miró á todos, extendió su vista y su pensamiento hasta la consumacion de los siglos.

Mira y llama á su Madre, á su Madre tierna, á su Madre amantísima, á su Madre afigidísima, á la que mientras viva esta vida mortal ya no dará otra vez el nombre dulcísimo de Madre; y no la llama sino mujer, temiendo que el nombre de madre no aumente su dolor, y contraponiendo el nombre de mujer en los momentos de la redencion, á la idea y nombre de otra mujer en los instantes de perdicion. Una mujer y madre primera al pié de un árbol y con el fruto del árbol, nos dió la muerte y nos abrió el infierno; y otra mujer y Madre segunda al pié de un árbol y con el fruto del árbol, nos dió la vida, cerró el infierno y nos abrió el cielo. En verdad que si para el hombre fueron estas palabras de sumo consuelo, para María una espada de dos filos que tocó hasta la division del alma y del espíritu [1]; cuanto era su dolor, puede fácilmente conocerse por el amor á su Hijo. La Madre de Dios sola tenia á su Hijo tanto amor, que sobrepujaba al de los hombres y los ángeles todos juntos; y si á proporcion del amor es la medida del dolor, como dice san Agustin, no habrá dolor alguno que pueda compararse con el de María [2]. San Anselmo añade: Que cuantas crueldades se ejecutaron en los cuerpos de los mártires, fueron leves ó nada en comparacion de los dolores que con este motivo sintió la Madre de Jesús en el íntimo de su corazón [3]. Y san Bernardo concluye diciendo: Fue tanto el dolor de la Virgen en esta ocasion, que si se repar-

[1] Div. Paul. Ep. ad hebreos, cap. 4, v. 21.

[2] Div. August. lib. 21 de Civit. Dei. cap. 26.

[3] Div. Ansel. lib. de Exell. Virg. cap. 5.

tierra entre todas las criaturas, todas morirían de repente [1]. Mas ve aquí que mientras esta reina de los mártires padece junto á la cruz de su Hijo, sin derramar gota de sangre, el mas atroz de todos los martirios; mientras esta consoladora de los afligidos es acerbísimamente afligida e inundada con las olas espantosas de la tristeza, á nosotros se nos presenta abundantísimo campo de alegría y de consuelo; porque no solo á Juan, sino á cada uno de nosotros y á la Iglesia toda, dijo moribundo: *Ve ahí á tu Madre*. La Madre obedeció rendida la voluntad de Jesús y aceptó á Juan por hijo, y en su persona á todos y cada uno de los hombres. ¡Qué dicha tan incomparable! Y Juan, obedeciendo sumiso la intimación de Jesús, aceptó á María por Madre. ¡Qué felicidad! María es nuestra Madre, Jesús es nuestro hermano. Tanto amó el Eterno Padre al mundo, que le dió á su propio unigénito Hijo. Tanto amó el Hijo al mundo, que le dió su propia Madre; y tanto nos amó la Madre, que nos dió á su propio Hijo. Por nosotros no lo perdonó el Padre y lo entregó en manos de sus enemigos; por nosotros no perdonó el Hijo á la Madre y la traspasó su corazón amantísimo llamándola mujer; y por nosotros no se perdonó María á sí misma dándonos á luz sobre la cima del Calvario con los dolores de su corazón, aceptándonos por hijos en lugar de Jesús. ¡Oh bondad del Padre! ¡Oh caridad del Hijo! ¡Oh amor ardentísimo de María! ¡Cuándo sabrán los hombres reconocerlo y agradecerlo!

Desde aquella hora recibió Juan á María por su Madre, y tuvo para con ella un corazón de verdadero hijo; desde aquella hora se consagró al servicio de tan buena y cariñosa Madre con todos los afectos de su alma; desde aquella hora la llevó á su casa, y no quiso que su Madre tuviese otra fuera de la suya. ¡Feliz por cierto en haber hospedado en este mundo á aquella Señora que trajo en su seno al Hijo único de Dios, con todos los dones y riquezas del cielo.

Después de este testamento amoroso hecho por Jesús, en el que manifestó tan explícitamente su voluntad y amor á Juan y á todos los hombres, y en el que prodigó las últimas atenciones de su vida mortal á la mas digna y afligida de todas las madres, no parece que

[1] Div. Bernard. Serm. 11, art. 4.º

le faltaba otra cosa, sino entregar su espíritu en manos de su Padre. Se habían extendido las tinieblas por toda la tierra, un rumor subterráneo se veía correr de Oriente á Occidente, y desde el Septentrión al Mediodía, indicando un temblor espantoso y un sacudimiento universal; conocíase el movimiento de las peñas para desgajarse de los montes, y era ya patente la turbación de la naturaleza entera. En esta especie de parálisis no parecía que el Eterno Padre quisiese hacer otra especie de demostraciones para acreditar la gloria de un Hijo que se le había hecho obediente hasta la muerte de cruz para acreditar la suya; levantó otra vez sus ojos de la tierra al cielo como para decirle: ¡Oh Padre! ya ves que nada me queda que hacer para que se salven todos los hombres: completa tú la obra y ciérrala con tu soberano decreto. Pero viendo aquel decreto eficaz de su Padre, de que solo se habían de salvar los escogidos, y que su sangre y su muerte se habían de frustrar en innumerables almas que habían de perderse, empezó con este mayor tormento á agonizar en su alma, aumentándose mas este profundo sentimiento cuando vió que cerrando resueltamente su Padre el decreto, lo dejaba padecer sin consuelo tantos tormentos en el cuerpo con tantos dolores en el alma; y viéndose así desamparado hasta de su Eterno Padre, porque tanto merecían los pecados por los que había sufrido fiador, se angustió y acongojó en tanto extremo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó amorosamente á su Padre del exceso de sus penas, mas por enseñar á los hombres lo que por ellos padecía, que por buscar algún alivio en su corazón, y dijo: *Eli, Eli, LAMMA SABACHTHAI*. Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¡Por qué desde el punto en que por complaceros me entregué en manos de mis enemigos, no habeis hecho una de aquellas señales ruidosas que darían á conocer al mundo mi inocencia, mientras respiro aun, y harían confesar á este pueblo incrédulo, que el que han puesto en la cruz es vuestro Hijo único á quien habeis enviado?

Algunos de los que estaban allí presentes, como hubiesen oído la oración de Jesús, y no entendiendo el sentido ni la energía de las palabras *Eli, Eli*, decían: A Elías llama este; y otros repetían:

Veamos si vendrá Elías á librarlo y quitarlo de la cruz; y con este motivo repitieron muchos insultos y blasfemias contra Jesús; pero la verdadera significación de sus palabras no era sino una prueba de los efectos naturales y de los deseos inocentes de un espíritu atribulado por las flaquezas de la humanidad paciente, y el exceso de sus penas y tormentos; y era el deseo de instruirnos acerca de lo que tanto nos importaba saber: esto es, que era verdadero hombre, y sensible á las miserias, y dolores, y á la muerte, como los demás hombres. Si Jesús no diera muestras de sentimiento y de lo mucho que pesaba la cruz, y hubiese conservado una apatía estoica ó aquella serenidad de ánimo, y el silencio que observó toda su vida y aun en su pasión, pudiera sospecharse que su cuerpo era fantástico ó que la Divinidad lo había hecho imposible, y tal vez no apreciarían debidamente los hombres lo que por ellos padeció; por esto elama, se queja y dice: ¿Por qué me has abandonado? ¿por qué te alejas de salvarme, y de oír las voces con que clamo y las palabras de mi gemido? No te retires ni huyas de mí cuando tan cerca me amenaza la tribulación y la angustia, sin haber quien me ayude y defienda. Rodeáronme muchos toros, y los fuertes de Basan me cercaron. Así como león rapante y que brama, abrieron sobre mí su boca para devorarme. Cual agua fui derramado, perdí la consistencia y solidez, y todos mis huesos fueron desconjuntados. Mi corazón se ha desleído como cera y disuelto en medio de mis entrañas. Horadaron mis manos y piés, y pudieron mis huesos ser contados. Ellos lo ven, me miran y me desprecian. Mas tú, oh Señor! no te alejes, fortaleza mía; apresúrate para ayudarme [1]. ¡Oh Padre! oye á tu Hijo en esta tan triste ocasión en que se halla; acuérdale que este es el mismo que enseñando á sus discípulos y á las turbas que le seguían, haciendo alarde de cumplir tu voluntad con la mayor exactitud, para que todos la cumpliesen también les decía: *Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió* [2]. Yo siempre hago lo que le es agradable [3]; y que para acreditar que

[1] Ps. 21, vs. 2 et seqs.

[2] Joann. cap. 4, v. 34.

[3] Idem. cap. 5, v. 20.

era Hijo tuyo y que tú le habías enviado, solía repetir: *Yo te he esclarecido sobre la tierra; he consumado la obra que tú me encargaste* [1], y qué tú mismo por dos veces declaraste Hijo tuyo diciendo: *Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias y delicias; oídle* [2]. Oyele pues ahora, y no le abandones ni desampares.

Después de esto, sabiendo ya Jesús que todas las cosas eran cumplidas, para que se verificase la Escritura, esto es, la única profecía que faltaba de su pasión durante su vida, dijo: *Sed tengo*. No era la sed el menor tormento de los que condenaban al suplicio de la cruz; por cuya causa tenían comunmente mucha compasión de ellos, y las mujeres caritativas le solían llevar algunas bebidas hechas de propósito para este fin, en las cuales mezclaban algún vinagre para darle mas punto, y para fortificar el corazón de los pacientes al tiempo de la ejecución del suplicio, pudiendo acaso servir también para abreviar los dolores acelerando su muerte. Los soldados tenían, según su costumbre, un vaso lleno de este licor, porque usaban de él cuando se apostaban y tenían que hacer guardia por largo tiempo; y como tenía también algo de refrigerante, usaban de ella los segadores en sus penosos trabajos; así fué que al oír un soldado la voz de Jesús, corrió inmediatamente, y tomando una esponja la empapó en aquel vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, la llegó á la boca del Salvador para que bebiese, sin proporcionarle otro lenitivo mas que las burlas pesadas, con las que al mismo tiempo le insultaban. ¿Quién podrá describir los motivos y fundamentos de esta sed tan terrible como misteriosa que padeció Jesús en esta ocasión?

Pegada al paladar aquella lengua benditísima, instrumento de tantas maravillas; socos aquellos labios amorosos con la amargura de tantos tormentos; exhausto de sangre y de sudor, era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le afligia; por esto con ronca y tierna voz decía: *Sed tengo*. No es extraño que este verdadero Sansón, que clavado en el madero de la cruz, cerraba con su

[1] Idem. cap. 17, v. 4.

[2] Math. cap. 3, v. 17.

muerie las puertas del infierno y abría las del cielo, y que muriendo triunfaba, no de mil filisteos, sino de todo el poder del infierno y de la muerte, dijese como aquel después de la batalla: Tú diste á la mano de tu siervo este gran triunfo y victoria, y ahora tuero de sed [1], porque siempre un cansancio terrible produce una sed espantosa. Pero si lo es que tenga sed el que llamaba en otro tiempo á todos los sedientos diciendo: *Venid á las aguas* [2]. Y si alguno está sediento, venga á mí y beba [3]; y lo es mucho mas que en el exceso de la sed amarguísima se le socorra con hiel y vinagre; pero era preciso se cumpliese lo que tantos siglos antes se habia cantado por David [4]: *Diéronme y mezcláronme hiel en la comida, y para mitigar mi sed me dieron á beber vinagre*. ¡Oh Jesús! Si sois vos la fuente perenne de aguas vivas, ¿cuál es esa sed que tanto os obra y martiriza? Es sed insaciable de mas tormento por nuestra salud; es sed encendida y ardiente de almas y de lágrimas; es sed de amor y mas amor de las criaturas. Por esto cuando le presentan el vinagre lo gusta, pero no lo bebe; y conociendo que están ejecutados los designios del cielo, que queda plenamente satisfecha la justicia divina, que se han verificado los oráculos de los profetas, que queda concluida la obra de nuestra redencion, que las deudas de los hombres están ya solventadas y satisfechas, y que ya no les queda otra cosa que hacer que juntar sus trabajos al mérito de sus penas, exclama y dice: YA TODO SE ACABÓ; YA TUVO TODO SU DEBIDO CUMPLIMIENTO. Nada me queda ya que hacer; nada podia haber en beneficio y favor de los hombres, que no esté hecho. ¡Oh Redentor dulcísimo de las almas! En verdad que nada mas te queda que hacer: llegaste á la cumbre mas alta de la caridad y á la última raya del amor; cuanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Bendito seas, Redentor adorable, por tan inmenso beneficio, por tan intensa y adorable caridad. Bendigante los cielos y la tierra. Bendigante las criaturas todas, y en debido agradeci-

[1] Judic. cap. 15, v. 18.

[2] Isaim. cap. 55, v. 3.

[3] Joann. cap. 8, v. 4.

[4] Psal. 68, v. 22.

miento de tan impardonable beneficio, nunca jamás te ofendan, incesantemente te amen y eternamente te bendigan.

Con esta misteriosa y significativa palabra declaró el Salvador que habia consumado su carrera y cumplido con fe todos los mandamientos de su Padre; y arrojándose enteramente en sus brazos, levanta su voz; y tomando el tono de un hombre lleno de fortaleza y vigor, dueño de retener su vida y de dejarla, dice de esta manera: PADRE MIO, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU [1]. No

[1] La opinion mas universal acerca del año en que tuvo lugar este tan trágico como memorable y grandioso suceso, es la que afirma que se verificó en el XVIII del imperio de Tiberio César, IV de la Olimpiada 202, segun Eusebio en su *Cronicon*; pero acerca de los años que tuviese entonces Jesucristo, son varias las opiniones de los padres.

San Ireneo en el *lib. 2 contra herejes*, capítulos 39 y 40, cree que Jesucristo murió en el año 46 de su vida ó cerca del 50, y lo prueba, primero por la autoridad y tradicion de ciertos presbíteros de Asia, diciendo que ellos afirmaban haberlo oído á san Juan Evangelista, de modo que segun ellos habia predicado Cristo por espacio de diez y seis años. En segundo lugar lo infiere del relato que hace el mismo san Juan en el cap. 8, cuando los judíos dijeron á Cristo: *¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham?* Y en tercero, añade varias conjeturas ó pruebas de congruencia, porque dice, *convenia y era decoroso que Cristo santificase todas las edades; y porque esta edad mas avanzada y honorable era la mas acomodada y propia para la gran dignidad y cargo de maestro, siendo Cristo Maestro tambien de los ancianos*. Pero esta opinion de san Ireneo está desechada por todos los padres como repugnante y contraria á la verdad Evangelica, como después diremos.

La segunda opinion que se atribuye á san Epifanio, asegura que Cristo murió habiendo cumplido el año 32 de su edad, y después de tres meses de comenzado el 33. Así lo afirma Juan Lucido en el tratado *De la enmienda de los tiempos*, lib. 7, cap. 2; y en un opúsculo sobre manera elegante que intituló: *Del día verdadero de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo*: *Driseo, en el lib. 3 de los Dogmas, tratado 3.º cap. 5, § 4.º* El Tratado, *paradoja 2.ª*, desde el cap. 11 hasta el 20; Melchor Cano, *De Locis*, lib. 11, cap. 5 y 6; y Benedicto Pereno, lib. 11, sobre Daniel, *question 7*.

La tercera es de san Ignacio, que en la *Epístola 1.ª á los Trallianos* afirma: *Que Jesucristo padeció después de haber concluido el año 33 de su edad; esto es, después de tres meses de empezado el 34*. Cuya sentencia sigue Beda, asegurando en el *lib. De Ratione temporum*, que esta es la fe de toda la Iglesia, que confirman el uso y tradicion constante de la misma. Esta misma doctrina tienen tambien Mariano, Scoto, en su *Chronicon*, Onufrio en los *Fastos*, Gennabrado en su *Chronicon*, y el cardinal Baronio en sus *Anales* año 34, el que cita á san Crisóstomo, Cedreno, Nicetas y san Gerónimo, cuyos autores dicen que Cristo fué crucificado habiendo cumplido 33 años y tres meses.

fué esta una súplica que hizo al Eterno Padre para pedirle su proteccion como lo hacemos los pecadores que vivimos y morimos en la incertidumbre de nuestra salud, sino que fué la consumacion del sacrificio que hacia de su vida; una aceptacion voluntaria de la

Julio Africano y Tertuliano, dicen: Que Cristo padeció en el año XV del imperio de Tiberio César, pero esto es enteramente falso y contrario á la verdad Evangelica; vease si no á san Lucas, cap. 3.º, y se verá que en este año fué Cristo bautizado, y que después del bautismo empezó su predicacion, que duró 3 años y tres meses. Con esto queda tambien plenamente refutada la opinion de san Ireneo, y que las tradiciones que se dicen hechas por aquellos presbíteros de Asia son enteramente falsas y apócrifas; y sobre todo, que la expresion dicha por los judíos á Cristo, "aun no tienes cincuenta años," solo indican la majestuosa gravedad que siempre resplandeció en el semblante de Cristo, atendida la severidad de su vida y el contingente modesto que en ella guardó.

Asimismo son muy varias las opiniones sobre la fijacion del mes en que murió Jesús. Marcelo Francolin, en el libro 1.º de las Horas canónicas, cap. 74, dice: Que hay algunos que aseguran fué el abril, y en su día 10; otros señalan el día 2, y otros el 3 del mismo mes, y otros el 6, como después diremos, cuya opinion siguen otros varios autores como mas probable, atendida las tablas del rey D. Alfonso, los cómputos eclesiásticos por el aereo número, y las letras eclesiásticas del año 34 de la edad de Cristo; demostrando por todo esto, que ni en algunos años antes, ni en algunos otros después cayó la luna XV del mes en la feria IV de la semana, ni aun en el mes de marzo. El venerable Beda en el libro De Ratione temporum, cap. 59, opina que Cristo murió el 26 de marzo, pudiéndose citar en favor de esta opinion á san Epifanio, lib. 4.º, cap. 10, que dice: Que el día sétimo de las kalendas de abril murió Cristo. Lo propio afirma Quafrio en su Canonicon, en el año 34 del Salvador. Otros afirman que este grande acontecimiento se habia verificado el 31 de marzo, y otros en el día 7, otros el 18, y otros el 22, como lo refiere el citado san Epifanio en el libro de las Heregias, cap. 60. San Anselmo, en la exposicion del cap. XXVII de san Mateo, dice que fué el día 21. Por lo que dice el venerable Beda en el lib. del Equinocio Vernal, se demuestra, que Theophilo Cesariense afirma que murió el día 24 de marzo. El mismo Beda en el cap. 65 del lib. De Ratione temporum, parece seguir definitivamente esta misma opinion. Ella fué la de la Iglesia de Francia; la de Eusebio Cesariense, como puede verse en Turrano, lib. 1.º Constitutionum Apostolicarum, cap. 16. En Lactancio, lib. 4.º, Divinarum institutionum, cap. 16, y en otros varios autores.

El eruditísimo padre Eduardo Corsino, de la esclarecida religion de clérigos regulares de las Escuelas Pías, profesor de filosofía en la insignie academia de Pisa, en el tomo 3.º de sus Instituciones filosóficas, edicion de Venecia del año 1743, tratado 1.º de la Física particular, disputation 2.ª, capitulo 6.º, pag. 211; queriendo al parecer zanjar de una vez tantas dificultades, se tomó el impropio trabajo de procurar fijar la verdadera época de la Era Cristiana, y dijo: El principio de esta época céle-

muerte que miraban tan próxima, y á la cual se ofrecia generosamente: así depositó su alma en manos de su Padre y espiró en aquel punto aquel por quien alientan, por quien suspiran y respiran, y por quien respirarán todos los espiritus bienaventurados, así de

bre, segun el comun asentimiento de la Iglesia, se establece después del cómputo formado por Dionisio el Exiguo, en el año 46 de Juliano, esto es, de la reformation hecha por Julio César, ó en el 4714 del Periodo Juliano; de modo que segun esta hipótesis, Cristo debió nacer el día 25 de diciembre del año Juliano 45, el que debió ser el 4713 del Periodo Juliano; el 4004 de la Creacion del mundo; el 763 de la fundacion de Roma, y el 4.º de la Olimpiada 194.

Pero los historiadores y cronólogos mas ilustres y críticos demuestran, que Cristo nació cuatro años antes del principio de esta época Dionisiana, ó que fijó Dionisio, á saber, el 25 de diciembre del año Juliano 41, del Periodo Juliano 4709, de la Creacion del mundo 4000, el 4.º de la Olimpiada 193, el 749 de la fundacion de Roma, el 40 del imperio de César Augusto, después de la muerte de Julio César, y el 46 del reinado de Herodes el grande; de lo que resulta que la Época ó Era Cristiana empezó verdaderamente en 1.º de enero del año Juliano 42; del Periodo Juliano 4710, y de la fundacion de Roma 750. Siendo pues cierto y constante por el Evangelio que el nacimiento de Cristo y su manifestacion á los magos de Oriente sucedió en el año antes de la muerte de Herodes el grande ó el infanticida, en este mismo debe colocarse definitivamente el principio de la Era Cristiana.

Que murió Herodes en este año, consta por muchas autoridades del célebre historiador Josefo, y por muchas observaciones astronómicas. Muere Herodes, dice Josefo, lib. 1.º de bello Judaico, cap. 12, el año 34 después que hubo asesinado á Antigono y ocupado su reino, y el 37 después que fué declarado rey por los romanos; y lo mismo repite en el lib. 17 de las Antigüedades, cap. 10, y en el 21 del lib. 1.º De bello Judaico; añadiendo, que obtuvo el mando supremo de la Olimpiada 184, siendo cónsules Cayo Domicio Calvino y Cayo Asinio; esto es, en el año 214 de la fundacion de Roma. En el año 6 de Juliano sitió á Jerusalem, la que rindió tres años después; y venciendo á Antigono, le privó del reino y de la vida en el año 717 de la fundacion de Roma y 9 de Juliano: siendo cónsules Marco Agripa y Candido Gallo, en el mes 3 de la Olimpiada 185, ocurriendo en aquel mismo tiempo la gran calamidad que Pompeyo ocasionó á los judíos. Así se lee en el capítulo 28 del mismo libro de bello Judaico. Conviene por tanto notar muy particularmente, que Herodes recibió las insignias de rey en Roma, empezando el verano del año 6 de Juliano, el 714 de la fundacion de Roma, y antes que acabase la Olimpiada 184 y empezase la 185; la que segun advierte Calvisio, empezó cerca del solsticio del verano; esto es, el 17 de agosto. Si pues Herodes murió 37 años después de haber recibido las insignias de rey en Roma, y 34 después de tomada Jerusalem y destruido á Antigono, y antes del solsticio del verano del año 714 de la fundacion de Roma, y ocupó la ciudad de Jerusalem, empezando el verano del año 717 de la misma fun-

los hombres como de los ángeles. Entregó Cristo su cuerpo á la potestad de los judíos, para que á su arbitrio, empleando toda su crueldad, le destrozasen, le hiriesen, le martirizasen; mas no tenían potestad alguna para maltratar su espíritu. Solo pues reservó su

dación, á saber, en el mes tercero, como dice Josefo, siguesen claramente que murió en el 751 de la dicha fundación de Roma, y 43 de Juliano.

Todo esto se confirma por aquel grande eclipse de luna que sucedió, según refiere Josefo, en la misma noche en que asesinó Matías, engañador del pueblo, por orden del mismo Herodes, que estaba bastante malo, de cuya enfermedad murió poco tiempo después. Aquel eclipse, que duró por espacio de tres horas, sucedió el año 43 de Juliano, día 13 de marzo, tres horas antes de salir el sol, y la muerte de Herodes acaeció el día 25 de noviembre inmediato, como se lee en el Calendario Judaico.

Ultimamente, viene todo lo dicho á adquirir una mas amplia confirmación y mayor grado de certeza, atendido el número de años que obtuvo el reino Arquelao, sucesor de su padre Herodes. Josefo, en el lib. 17 de las Antigüedades, cap. 15, dice: Que en el año undécimo de su reinado fué desterrado por el César á Viena de Francia; esto es, acabado el año noveno y empezado el décimo; y como este destierro sucedió en el año 759 de la fundación de Roma y el 51 de Juliano, siendo cónsules Marco Emilio Lepido y Lucio Anuncio, claro es, que la muerte de Herodes se verificó en el año 42 de Juliano.

Habiendo sucedido pues el nacimiento de Cristo, como consta por la tradición unánime y conforme de la Iglesia Oriental y Occidental, el día 25 de diciembre del año anterior, es decir, del año 41 de Juliano, del 749 de la fundación de Roma, del 4709 del Período Juliano, y del 4000 de la Creación del mundo, siendo cónsules Augusto XII y Lucio Cornelio Sulla, debe contarse como año 1.º de la Era Cristiana, el 42 de Juliano, el 750 de la fundación de Roma, el 4710 del Período Juliano, y el 4001 del mundo. Y como el imperio de Tiberio César hubiese empezado en el año 59 de Juliano, en el 761 de la fundación de Roma, en el 4727 del Período Juliano, en el que murió César Augusto en 19 de agosto, es preciso que el año 15 del imperio de Tiberio César, en que san Juan predicó el Bautismo de Penitencia, tal vez el mes sétimo, que correspondía á nuestro octubre, y por los judíos se llamaba penitencial, empezase en el año 73 de Juliano, el 781 de la fundación de Roma, y el 4741 del Período Juliano; y que el bautismo de Cristo, que por una antiquísima y constante tradición de la Iglesia se celebra el 6 de enero, se verificase el año 75 de Juliano, el 783 de la fundación de Roma, y el 4743 del Período Juliano. Así que, habiendo Cristo celebrado cuatro veces la Pascua después de recibido el bautismo, á saber: La primera, cuando arrojó del templo á los que en él compraban y vendían, como se lee en san Juan, cap. 2, y 14. Segunda, cuando sanó al paralítico (lib. c. 5). Tercera, cuando con cinco panes sació cinco mil hombres (lib. c. 6), y cuarta, cuando después de haber comido el Cordero Pascual, entregó su cuerpo á sus discípulos y á la muerte; es evidente que debió ser crucificado y morir el año 78 de Juliano, el 786 de la fundación de Roma, y el 4746 del Pe-

espíritu para entregarlo al Padre, y para que el Padre se lo volviese después de tres días y le restituyese á su cuerpo. Inclino su cabeza y murió de amor el amador eterno de los hombres. Murió, y el universo entero se poseyó de terror. . . .

§ 17.

Sucesos extraordinarios que se verificaron en la muerte de Jesús; pide José á Pilatos el cuerpo del Salvador, y bajado de la cruz es depositado en los brazos de su santísima Madre, y después es sepultado.

Murió Jesús, y si antes hubiese faltado alguna cosa para demostrar que era verdadero Dios, los acontecimientos y sucesos que se verificaron en su muerte lo hubiesen justificado; de repente parece que hizo el cielo señal, y cielo y tierra comenzaron á padecer, de-

riodo Juliano, día 3 de abril; en cuyo día y año cayó precisamente la Feria 6, y la luna 15, habiendo cumplido Cristo 36 años de edad, tres meses, y nueve días.

La última opinión empero, y la que es mas segura al parecer, mas usada y mejor recibida: es la que asegura que Cristo murió el día 25 de marzo; de esta afirma el venerable Beda, lib. De Ratione temporum, cap. 28 et 45, que la enseñaron muchos padres y doctores. Entre estos pueden contarse san Agustín, lib. 4.º de Trinitate, cap. 5 et 18. De Civitate cap. último, lib. 83. Quæstionum, quæst. 56. San Juan Crisóstomo, Sermon del nacimiento de san Juan Bautista; y Tertuliano, lib. Contra Judeos, cap. 8. A estos siguieron san Tomás, Super Joann. cap. 2; San Antonio, arzobispo de Florencia; Plámino, Usuardo y otros. En este día pues, 25 de marzo, feria 6, ó en el día de Parasceves, como dicen san Mateo, cap. 27, y san Marcos, cap. 15, murió Jesucristo, y fué sepultado á los 33 años y tres meses de su edad. En obsequio á la muerte de Jesús en la feria 6.º Parasceves, siempre fué este día santificado de un modo mas particular por los cristianos, como lo enseña san Agustín, lib. 4.º De Trinitate, cap. 1.º, Epístola 116 ad Januarium, cap. 13, 14 et 15, cuya carta tambien se halla entre las de san Gerónimo, tom. 9. Por esta razon se mandó, y se ha observado desde el principio, que los fieles se abstengan en estos días de comer carnes, como consta en el lib. 1.º, cap. último de las Constituciones de san Clemente, y el lib. 7, cap. 22 y 24. Por san Ignacio, Epíst. 8, á los filipenses, cerca del fin. San Clemente Alejandrino, lib. 8, Stromat., y otros varios. Y en fin, porque convino, dice san Ireneo, lib. 5.º, contra los herejes, que Cristo muriese en el mismo día en que el hombre fué criado, ya que moría por redimirlo y como para recrearlo.

jando de padecer aquel á quien estaba dada toda la potestad en el cielo y en la tierra. Llegaba el sol al medio de su carrera, cuando extinguidas todas las lumbreras, cubrió el mundo una densa, oscura y fenebrosa noche como la de Egipto: todo el aire se cubrió de tinieblas horribles, y el día no presentaba sino el aspecto horrible de la mas lóbrega y tormentosa noche; tanto, que admirado el grande Dionisio Areopagita, que no contaba mas que veinticinco años de edad, y se hallaba en Heliópolis, ciudad de Egipto, estudiando astrologia con Apolophanes su compañero, no pudo menos de exclamar: *O del mundo la fábrica fenece, o el Dios de la naturaleza es quien padece*; comprendiendo desde luego que las tinieblas tan largas y espantosas no podían verificarse, ni suceder en aquella hora y día, sin un milagro claro y evidente. Los filósofos atenienses que se hallaban en el Areopago, comprendieron lo mismo que su paisano Dionisio, y erigieron un altar al Dios de la naturaleza que tan ostensiblemente padecía, aunque ellos no lo conocían; por cuya razon lo consagraron al *Dios no conocido*, ignoto Deo, como se lee en los Actos de los apóstoles. La tierra sacudida desde sus mas profundos cimientos, estremecida con temblores, vacila y fluctúa en todos sus ejes, se mueven los sepulcros, se levantan las tumbas, rás-gase de arriba abajo el velo del templo y se rompe en dos partes; los elementos se amotinan, la naturaleza parece vuelve á su antiguo caos, y todo lo criando se mira como perecer con el Criador [1]. Aun-

[1] Aunque Orígenes quiso decir que las tinieblas que sucedieron en la muerte del Salvador se extendieron solamente sobre la Judea, el venerable Beda, en el libro que intituló de sus *Annotaciones*, refirió cumplidamente esta opinion juntamente con la de Erasmo, fundado en las observaciones de san Dionisio Areopagita, de Apolophanes, y de los filósofos de Areopago; y convino en que aquellas tinieblas eran milagrosas; porque verificándose en la luna decimáquinta en que se celebraba la Pascua, la luna se hallaba en oposicion directa con el sol, y no podía ser en manera alguna un eclipse natural, puesto que esto no se verifica, sino por la conjuncion de los dos planetas.

No es muy grande el inconveniente que se presenta para convenir en que fuese un verdadero eclipse, toda vez que se conviene, como no puede menos de convenirse, en que cuanto sucedió entonces todo fué milagroso; milagro, y muy grande es, el que se muda el curso de la luna, como necesariamente debió en esta ocasion mudarse para que sucediera el eclipse. Mas en los eclipses siempre el oscurecimiento empieza por la parte de Oc-

que es verdad que al abrirse los sepulcros salen de ellos los cuerpos de muchos santos, que sin esperar la resurreccion general resucitaron con el Salvador, como si la muerte no hubiera sido para ellos sino un sueño. Vinieron á Jerusalem, y se dejaron ver en esta san-

cidente, porque todos los planetas tienen dos movimientos, el propio y el comun; y como la luna es mas veloz en su movimiento propio que todos los demás planetas, cuando llega al cuerpo del sol, viene desde el Occidente; pero en la muerte de Cristo venia desde el Oriente, y así fué que no empezó la iluminacion por donde habia empezado la oscuridad; pues viniendo la luna desde Oriente al cuerpo del sol, debió retroceder, haciendo san Pablo estas palabras y otras muchas reflexiones á san Dionisio, y á otros muchos de sus compañeros, convirtió á algunos de ellos. De este acontecimiento tan memorable escribió Phlegon, el gran computador de las Olimpiadas, diciendo en el libro 14: *En el cuarto año de la Olimpiada 202, sucedió una defeccion ó deliquio del sol el mas grande y extraordinario que jamás se habia visto, pues á la hora de sexta se convirtió el día en una noche tan oscura, que se vieron las estrellas del cielo. Lo que demuestra que no eran nubes las que impedían la luz del sol, y que por consiguiente las tinieblas ocuparon toda la tierra; cuya opinion confirman san Crisóstomo, Teophilacto y Euthimio, diciendo: *Moria el Señor de todo el mundo, y moria por todo el mundo; todo el mundo pues debió vestirse de luto.**

El grande terremoto que sucedió tambien en la muerte de Jesús fué asimismo universal y veheméntísimo, de modo que tembló toda la tierra como arrancada y conmovida de su centro; lo que parece fué profetizado por Job cuando dijo: *El convulsa la tierra de su sitio y hace bambolear sus columnas. El manda al sol, y no nace; y encierra las estrellas como bajo de sello.* (Job. cap. 9, vs. 6 et 7.) Sobre lo que Phlegon, citado por Orígenes y Eusebio en su Cronicon en el año 33 de Cristo, dice: Que este terremoto se sintió generalmente fuera de la Judea; que en su consecuencia se arruinaron muchas casas en Nicen de Bithinia. Plinio, en el lib. 2.º de su Historia natural, cap. 84, afirma: Que en los tiempos de Tiberio, y en el que padeció Cristo á consecuencia de un grande y espantoso terremoto, se arruinaron diez ciudades en el Asia. Y el cardenal Baronio, en su Appando de los Anales eclesiásticos, en el año 34 de Cristo, asegura: Que á causa del mismo terremoto se abrieron y rasgaron muchos montes en varias partes del mundo. Los habitantes de Hetruria aseguran por una tradicion firme y constante, que se abrió el monte de Alvernin, que se rasgó el promontorio de Cayeta, formándose en uno y otro lado horribles precipicios.

A mas de estos prodigios, dícese tambien que el velo del templo se rasgó de arriba abajo; pero conviene notar con claridad cuál era el verdadero velo del templo que se rasgó vulgarmente hablando, habia dos velos en el templo; el uno cubria el *Santo ó Santuario*, como dicen algunos, y el otro cubria el *Sancta Sanctorum*. El *Santo ó Santuario* era como una nave del templo, en el que entraban cada día los sacerdotes; pero el *Sancta Sanctorum* era la parte santísima donde nadie entraba sino el pontífice, y esto una sola vez al año, en la fiesta de la Expiacion; por cuya razon siem-

Tantos y tan grandes trastornos obligaron á las turbas á que desocupasen inmediatamente el Calvario, bajándose unos mas endurecidos, y otros dichosamente desengañados y convertidos. Aquellas personas mas allegadas á Jesús, ya en razon de amistad, ya en ra-

otros, y lo infieren por la conformidad del nombre y del martirio. El Martirologio romano llama Longinos al soldado que abrió con su lanza el pecho del Salvador, y dice que sufrió el martirio por la fe de Cristo en Cesarea de Capadocia. Lo mismo se dice del centurion que confesó que Jesucristo era verdadero Hijo de Dios, por los portentos que se verificaron en su muerte; y hecho después pragonero de su resurreccion, renunciando la milicia, se retiró á Capadocia, donde entregado enteramente al servicio de Dios, fué preso por los judíos y martirizado el día 15 de marzo. El mismo Martirologio romano, y Usuardo, señalan el martirio de Longinos en el mismo día, aunque los griegos en su Menologio lo señalan el día 16; y añaden en este el nacimiento de dos soldados, que sufrieron el martirio por el nombre de Cristo. Metastases asegura, que el propio día 16 se cortó la cabeza á Longinos, en cuyo parecer están tambien Luis Tappamano, tomo 6, y Surio, tomo 2.º; todo lo que da lugar á muchos para decir, que Longinos fué aquel centurion; en favor de cuya opinion están Pedro de Natalibus, lib. 3, cap. 201; Daniel Mallonio, en sus comentarios sobre el anagado Sínodo, y Miguel Palacio en su exposicion sobre el Evangelio de san Juan.

Otros creen con algun mayor fundamento que el Longinos centurion no es el Longinos soldado que hirió con la lanza el costado de Cristo; porque esto era el súbdito y aquel era jefe; como así lo insinúa el venerable Beda en su Martirologio, día 15 de marzo, diciendo: Longinos, que militaba bajo las órdenes de centurion romano en la pasion del Señor, fué el que abrió su costado con la lanza, estando aun clavado en la cruz. Por consiguiente, se ve claro que fueron dos Longinos, uno jefe y otro soldado; el primero vistió los prodigios, se convirtió; y no parece regular que un hombre convertido y que reconocia la divinidad de Jesús empuñase un hierro para herir inhumanamente su cuerpo después de difunto. Esta opinion está confirmada por santa Brígida, lib. 6, cap. 15, donde dice: Vino un soldado corriendo con gran furia, y clavó con tanta fuerza la lanza en el costado derecho de Jesús, que parece queria hacerla salir por el otro lado. Esta misma es tambien la del autor de la Historia Scolastica, cap. 179, donde dice: "Como instaba el día de la Pascua, los judíos rogaron á Pilatos se quebrasen las piernas de los ajusticiados y se quitasen los cuerpos de las cruces, porque su vista horrible no causase recuerdos amargos en el día de tanta solemnidad. Cumplióse la ceremonia triste con los ladrones, y habiendo observado que Jesús estaba muerto, cogió un soldado la lanza y traspasó su costado derecho, saliendo inmediatamente sangre y agua." El que la hirió, añade Pedro Comestor, padecía una enfermedad de ojos; y habiéndole caído casualmente en ellos una gota de sangre, vió desde luego con claridad. Lo mismo afirma san Antonio, parte 1.ª de la Historia, tit. V, cap. VI; y á este sigue san Vicente Ferrer, Serm. de Pasion, añadiendo ó variando solo en el modo como se verificó este milagro; pues dice: Que la sangre de Jesús corrió por la asta de la lanza á

zon de parentesco, entre las que se hallaban aquellas tres santas mujeres que le habian asistido y seguido, así en Galilea como en su último viaje á Jerusalem, entre las que se notaban Maria Magdalena, Maria madre de Santiago el menor, y de Josef, Salomé, mujer del Zebedeo y madre de los dos discípulos singularmente queridos de su Maestro, tuvieron con este motivo mas libertad y ocasion para acercarse á la cruz y reunirse con la Madre amantísima del Salvador, ya con el santo y piadoso designio de consolarla y llorar con ella, ya con el de presentar al Maestro divino los honores y obsequios de la sepultura. Acercáronse tambien algunos apóstoles y discípulos de Jesús que de lejos habian asistido al espectáculo, y la desconsolada Madre se vió rodeada sin pensar de hijos cariñosos y fieles que en cumplimiento de la voluntad de su Hijo venian á tributarle entrambos los homenajes del amor mas compasivo y tierno, y los respetos de la sincera fidelidad.

Mientras tanto que la cumbre del Gólgota, teatro hasta entonces de fiera, horrores y sacrilegios, se convertia en asilo y santuario de la piedad, Jerusalem, dominada por el furor de los escribas, sin inquietud alguna por el horror de su deicidio, y ocupada en las prevenciones de la fiesta para que se disponian, solo cuidó de que se llevase á cabo la obra de su iniquidad si algo le restaba que hacer. Con arreglo á la ley, era preciso quitar de la cruz los cuerpos de los ajusticiados; y como casualmente concurría el sábado con la celebracion de la Pascua, creyeron mas que nunca conveniente el cumplimiento de esta ceremonia para quitar de la vista del pueblo aque-

las manos del soldado, y que tocando luego los ojos, recobró inmediatamente la vista. San Buenaventura en el libro de sus Meditaciones, cap. 19, y siguiendo á san Isidoro, manifiesta, que Longinos era tan solo privado de la vista de un ojo, y que al tocarle la sangre de Cristo, quedó iluminado exterior é interiormente; porque recobró la vista del cuerpo, y su alma quedó iluminada con la luz de la fe. El cardenal Baronio, en sus notas al Martirologio romano, dice: Que su cuerpo se guarda en Roma; pero otros afirman que está en Mantua, en cuya ciudad padeció martirio por la fe de Cristo, y que allí se halla tambien una esponja empapada con la sangre del Salvador que salió de su costado, la que trajo desde Jerusalem el mismo Longinos en el año 36 de la Era Cristiana, encerrada en una arquita de plomo; sobre lo que puede verse á Fernando Ughello en su Italia sagrada, tomo 1.º

llos objetos de terror. Rogaron por lo mismo á Pilatos que se quebrasen los huesos de los ajusticiados y se quitasen los cuerpos de las cruces. Pero cubiertos con esta sombra legal y con la apariencia de la piedad, su verdadero objeto era minorar, ó por lo menos mitigar en cuanto les fuese posible los remordimientos atroces de su conciencia por la muerte dada al Salvador. Concedió Pilatos lo que pedían, y en efecto se rompieron las piernas á los ladrones; pero habiendo llegado á Jesús y observado que había muerto, no se las quebraron, sino que empuñando un soldado una lanza, le abrió el costado, lo cual hizo, ó por dar á sus enemigos seguridad de su muerte, ó bien impulsado por una fuerza interior que no conocía, para que se cumpliese lo que estaba escrito [1]: *No quebrantareis los huesos del Cordero*. De la herida salió inmediatamente sangre y agua, ó bien para demostrar que el Hijo de Dios tenía verdadero cuerpo y de la misma especie que el nuestro, ó ya para señalar el efecto principal de su pasión, que era borrar nuestros pecados y lavar todas nuestras manchas, según estaba escrito por Zacarías [2]; ó en fin, para excitar en todos los habitantes de la tierra un sentimiento de admiración y llanto, el más grande que jamás se hubiese visto, como se había dicho por él mismo [3]: Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem el espíritu de gracia y de oración, *porque les enseñaré á orar desde la cruz, y clarado en ella les mereceré la gracia*, y pondrán sus ojos en mí, á quien traspasaron, y planificarán *al que han herido*, así como suele planificarse un hijo único, y harán duelo con él como se suele hacer en la muerte de un primogénito. En aquel día será grande el llanto en Jerusalem, y se pondrá de luto toda la tierra.

Cuando los pontífices y escribas no maquinaban sino la consumación de sus iniquidades, un magistrado justo, que á pesar de su destino nunca había intervenido en las infernales maquinaciones de aquellos, y que era discípulo oculto del Salvador, originario de Arimathea, antes Ramathaim, ciudad de Judá el que se llamaba José,

[1] Exod. cap. 12, v. 16. Numer. cap. 9, v. 12.

[2] Zacar. cap. 13, v. 1.

[3] Idem. cap. 12, vs. 10 et seqq.

depuesto ya todo temor y miedo, porque esperaba con fe el establecimiento del nuevo reino de Israel, se acercó á Pilatos con santa osadía y confianza, y pidió el permiso necesario para desenclavar de la cruz el cadáver del Redentor. Este fué el tiempo que eligió para declararse, porque conoció que era el del verdadero llamamiento hecho por Jesús á todas las gentes del mundo, y por consiguiente el de responder á él con la mayor prontitud, deponiendo todos los respetos y temores de la tierra. Admirado Pilatos de que hubiese ya muerto, y queriendo certificarse más del hecho, hizo llamar al centurion que había presenciado la ejecución, para saber de él lo que había en esto; y cerciorado de que en verdad había muerto Jesús, mandó se le entregase el cuerpo. San Gerónimo opina [1], que para elogiar la integridad de este justo, escribió David en el principio de sus Salmos: "Bienaventurado aquel varon que no se dejó llevar de los consejos de los impíos, ni marchó por la senda de los pecadores, ni tomó asiento en las cátedras donde se determinaban las resoluciones pestilentes y mortíferas;" pues siendo senador y consejero, no entró á deliberar con los malvados. Con motivo de su fe en Jesús concurría de noche á oír sus doctrinas, y por esta razón estaba más unido con Nicodemus, que aunque legislero como él, asistía también de noche á oír á Jesús. Estos dos santos varones se encaminaron juntos al Calvario, y obtenido igualmente el permiso de la dolorosísima y amantísima Madre del Salvador, empezaron la tierna y triste ceremonia de bajarle [2]. Según una antigua y constante tradición, aun se enseña en Jerusalem el lugar donde se sentó la Madre para recibir en sus brazos el cuerpo de su Hijo, trece pasos distante del lugar donde estaba la cruz. Una por una registró, y adoró sus llagas sacratísimas, limpiándolas con las lágrimas de sus ojos, regando después con ellas todo el cuerpo, siendo este el más triste y tierno espectáculo que jamás los siglos pudieron ver.

[1] Div. Hieronim. in cap. 27 Math.

[2] Methaphrates dice: Que la santísima y piadosísima Madre le ayudó en todas las preparaciones para bajarle de la cruz; y que recibió de sus manos el título que estaba sobre ella, la corona de espinas y los clavos, cuyos instrumentos adoró con el más profundo rendimiento, lamiendo casi la sangre de que estaban empapados; los que escondió después en su amoroso seno.

Con la Madre lloraban todos los circunstantes; la amante Magdalena no se apartaba de los pies de su Maestro; el discípulo amado en calidad de hijo, estaba á la cabeza sosteniendo á la Madre y al Maestro, y el llanto era tan ardiente y vivo, que sus ecos no solo retumbaban en las peñas del monte, sino hasta en las calles y plazas de la ciudad. Todos lloraban á la vez, y todos á porfía adoraban rendidamente el cuerpo y llagas sacratísimas de Jesús.

El sol había corrido su carrera, y sus últimos rayos iban á dejar los hombres sumidos en tinieblas. José y Nicodemo, responsables al presidente del cadáver de Jesús, trataron de tributarle los últimos honores de la sepultura. Nicodemo había llevado consigo correa de cien libras de mirra y aloe para ungir y embalsamar el cuerpo Santo, según la costumbre de los judíos, y José iba prevenido con una sábana nueva y muy aseada para envolverle: tenía á mas un jardín próximo al Calvario, en el que había hecho trabajar para sí mismo un sepulcro en una gruta de peña, y en él todavía no se había enterrado persona alguna; esta circunstancia, junta con el poco tiempo que había para el entierro del Salvador, fueron causa de que no se llevase mas lejos el cuerpo de su Majestad; pues los judíos daban principio á la fiesta por la tarde, y no les era permitido en el sábado llevar siquiera un muerto de un lugar á otro: así quiso Dios que el tiempo fuese tan medido, que no hubiese mas que el preciso para llevar el cuerpo de Jesús á aquel sepulcro inmediato, queriendo que la piedad de José y Nicodemo sirviese á la mayor gloria de su Hijo, sin que ellos comprendiesen los designios de su providencia. Ordenóse pues la procesion fúnebre, siendo los únicos acompañantes las piadosas personas que se hallaban como escondidas en el Calvario durante la sangrienta trajedia; las que pertenecían todas á los parientes y allegados de Jesús, y algunos apóstoles y discípulos ocultos, cerrando el duelo la amantísima Madre, el discípulo querido y las santas mujeres que habían permanecido con ella al pie de la cruz. Al llegar al sepulcro, acercóse respetuosamente la Madre al cadáver sagrado de su Hijo, y imprimiendo por última vez en su majestuosa y divina frente bañada con su sangre el dulce sello del amor, consintió en que se cubriese con el sudario; que el cuerpo envuelto en la sábana se atase con fajas de lien-

cio, según la costumbre de los judíos, y que se depositase en el sepulcro, donde debía estar solo y bien cerrado, á fin de que cuando saliese, no se pudiese dudar de su resurreccion, y aun por esto sin duda inspiró á José que al salir cerrase su entrada con una gruesa y enorme piedra; y habiendo concluido la comision caritativa y honrosa que les envidiaban los ángeles, regresaron á Jerusalem, á donde los llamaba el sábado y la celebracion de la Pascua.

Son mucho mas fáciles de concebir que de explicar la agitacion y turbaciones que reinaron en los ánimos de todos los habitantes de Jerusalem, á consecuencia del grande espectáculo que acababa de ofrecerse á su vista. Los gentiles conocian por la serie de los sucesos y por la narracion de los mismos judíos, que la envidia de los sacerdotes, la malicia de los escribas, la hipocresía de los fariseos y la horrible injusticia de los magistrados, había sacrificado al Hijo de David heredero de su trono, haciendo morir tan dolorosa como ignominiosamente al mas grande y excelso entre todos los hombres que jamás había visto la tierra, llegando á entrever aun los menos conocedores y atentos la gran revolucion que aquella muerte había de causar en todo el universo, siendo el principio y causa fundamental de la completa destruccion del reino de Judá. Dividieronse mas y mas con este motivo las opiniones y pareceres de los judíos. Los naturales de Judea, y sobre todo la mayor parte de los de Jerusalem, aunque no ignoraban las predicciones de Jesucristo sobre su pasion y las consecuencias de su muerte, afectaban no creer cosa alguna y procuraban sosegar con la sombra de la victoria que creían haber conseguido contra el que no querian confesar por Mesías verdadero; pero los galileos, entre los cuales se contaban todos los apóstoles y casi todos los discípulos de Jesús, conservaban algunas esperanzas, aunque combatidos por su grande desolacion. Mientras estos temían y esperaban, los otros que aparentaban seguridad por su triunfo, eran los mas turbados y temerosos. No podían desimpresionarse de que Jesús era profeta verdadero, y este convencimiento no les permitía dudar de que se cumplirían exactamente las ultimas predicciones de su Majestad; mas como no les era decoroso manifestar que creían, ó temían el poder omnipotente que en otras ocasiones el Salvador había demostrado, aparentaron

querse precaver contra cualquiera intencion que sus discípulos pudieran proyectar.

El espíritu de temor, de ansiedad y de zozobra de que estaban poseídos, les obligó á juntarse otra vez como en concilio, y resolvieron buscar á Pilatos y decirle: Nos acordamos que este impostor dijo algunas veces mientras vivia: Resucitaré al tercero día después de mi muerto. Manda pues que su sepulcro esté bien custodiado hasta después del tercer día, no sea cosa que vengan sus discípulos y le roben, y digan después al pueblo: Resucitó de entre los muertos; y suceda un error peor que el primero, ocasionando al Estado turbulencias mas lastimosas que las que excitó durante su vida. Pilatos, que desde sus últimas conversaciones secretas con Jesús, y en atencion á lo que oia cada momento de las circunstancias de su pasion y muerte, no estaba muy lejos de dar entera fe á sus oráculos, y á quien no se ocultaba la malicia de los ministros de la Sinagoga, y que por lo mismo se burlaba de sus vanas precauciones, les respondió secamente y les dijo: A vosotros os está permitido tener guardias para la seguridad del templo: tomad de ellas las que quisiéreis, y colocadlas al rededor del sepulcro para defender la entrada; con cuya orden, que les pareció muy amplia y satisfactoria, se retiraron al momento; y no contentándose con hacerle guardar, sellaron la enorme piedra que le cubria, para que nadie se atreviese á entrar en él. Sobre lo que dice san Ambrosio [1]: Considera cuánta es la perfidia y malicia de los escribas y pontífices, que no solo se atreven á calumniar al Salvador después de muerto, sino que tambien envuelven en la calumnia á los apóstoles y discípulos. Al Maestro le acusan de seductor y á los discípulos de ladrones, capaces de causar una nueva conflagracion en el pueblo, esperando un error peor que el primero. Ignorándolo, pronuncian una gran verdad, como dice Rábano [2], pues peor fué el desprecio de la penitencia en los judíos, que el error que causó la ignorancia. Peor fué la infidelidad en la resurreccion, que la crueldad en la pasion; por consiguiente, confiesan de llano que cometieron un error en la muerte del Señor.

[1] Div. Ambros. in cap. 23 Luc.

[2] Raban. in cap. 17 Math.

San Crisóstomo echa con su acostumbrada maestría una hermosa pincelada sobre este cuadro interesantísimo, y dice [1]: Mira cómo aun no queriendo se conciertan los escribas mismos para demostrar la verdad; pues con lo que pretendieron á hicieron, resulta irrefragablemente demostrada la de la resurreccion. Porque se guardó el sepulcro se ve que no se hizo fraude alguno; y si no le hubo, indudablemente resucitó el Señor. En una peña durísima se labró el sepulcro, y con otra piedra enorme se cerró; y con guardia de soldados se rodeó, para que con cuanta mayor cautela se vigila, tanto mas brilla la virtud del Altísimo cuando rescite. La solícitud de los escribas aprovecha á nuestra fe. Guardadle, fariseos, guardadle: Dios no puede estar encerrado; Dios no puede ser guardado en el sepulcro. El que hizo el cielo y la tierra, que lo sostiene con la punta de su dedo, y con tres de su mano abraza todo el universo, no puede ser detenido en el corazon de la tierra. Y por último, san Gerónimo concluye [2]: No habia bastado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos, haber crucificado al Salvador; era preciso que guardasen el sepulcro y sellasen la piedra que lo cubria; cuanto estuvo de su parte lo hicieron para oponerse á la resurreccion, pero todas sus precauciones solo sirvieron para afirmar nuestra fe.

Como todos estos tan memorables acontecimientos tuvieron lugar en la feria sexta ó dia de viernes, y otros muchos que son generalmente ignorados, cerramos este párrafo con unos versos latinos que recuerdan algunos de ellos.

Salve festa dies, que vulnera nostra coëres.

Angelus est missus: est passus et in cruce Christus:

Est Adam factus: et eodem tempore lapsus

Ob meritum decime, cadiit Abel frater ab ense.

Offor Melchisedech: Isaac saponitur aris.

Est decollatus Christi Baptista Joannes.

Et Petrus ereptus: Jacobus sub Herode preemptus [3].

[1] Div. Crisostom. Hom. 90 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 27 Math.

[3] Creemos muy oportuno poner á continuacion la descripcion siguiente de la Iglesia que posee el santo sepulcro del Salvador en Jerusalem.

cho Jesús al ladrón diciéndole: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Pero aunque la carne de Cristo por la muerte estuviere separada del alma, que estaba unida con la divinidad, con todo, permaneció unida después de la muerte al Hijo de Dios, puesto que la gracia

sagrada quedan metidas en un cáliz de oro, cubierto con un velo, en el santo sepulcro, cuyo interior iluminan unas cien lámparas. Los religiosos entran de dos en dos en el recinto sagrado á entregarse á una devota meditación. En el intervalo de las ceremonias, los asistentes, hombres y mujeres, hablan y ríen como en un paseo: toman café, y aun comen alguna cosa preparada en la misma iglesia. Llegada la noche, los unos se tienden en el pavimento del templo, los otros en las gradas de los altares, ó en las esteras y alfombras, y se entregan al sueño: los religiosos se retiran á su convento por un corredor subterráneo, á excepción de dos hermanos que quedan en el santo sepulcro. Al otro día, viernes, algunos millares de peregrinos de todas naciones llenan la iglesia, causando una confusión extrema. A las siete de la noche, los religiosos latinos encerrados en la capilla de la Virgen, cuyas luces están todas apagadas, oyen el sermón que predica uno de ellos, sirviéndole de texto la muerte del Salvador; luego se abren las puertas, y los religiosos atraxiesen las oleadas de la multitud, que se precipita y empuja de todas partes para oír el sermón que se dice al pie del altar, de la repartición de los vestidos, subiendo en seguida al Gólgota; y en el mismo lugar en que fué elevada la cruz del Salvador, plantan el Crucifijo que llevan á la cabeza de la procesion. Después de otro sermón sobre la pasión, quitan los clavos de los pies y manos de Jesucristo, y bajan el cuerpo para dirigirse á la piedra de la unción: lo envuelven en un lienzo, y cuatro religiosos lo depositan en la piedra de mármol. El Sábado Santo bendicen el agua y el cirio pascual. En fin, resuena el aluluyá para celebrar la resurrección del Señor. El día de Pascua los católicos se visten lo mejor que pueden, y adornan el santo sepulcro con antorchas y flores, y se canta el Salmo *exultat* en favor del rey de Francia. Tales son en resumen las ceremonias religiosas que se celebran en Jerusalén durante la semana santa.

La ceremonia del fuego sagrado, que los obispos griegos y armenios encienden cada año en el santo sepulcro, cual si bajase del cielo, es de lo mas solemne que pueda verse. «Salí al mediódia del convento, dice un viajero tostuco de vista, para presenciar el espectáculo mas extraordinario que he contemplado en mi vida. Tuviémos mucho trabajo para entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, á pesar de que nos precedía un genízaro abriéndonos paso entre la multitud, para lo cual hacia uso de un látigo con una porción de correas. La iglesia estaba llena de peregrinos y espectadores, en número de siete mil á lo menos. El agá estaba en la puerta, donde procuraba inútilmente conservar el orden, auxiliado de cuarenta ó cincuenta soldados, que sin compasión hacían uso de unos látigos semejantes al de nuestro genízaro. Cuando los peregrinos y los habitantes de la ciudad que tenían medios para pagar hubieron entrado, los procuradores de los conventos griegos y armenios, consiguieron del agá, mediante una corta suma, que permitiese la entrada á unos quinientos peregrinos que por su pobreza no podían pagar. En el interior de la iglesia (doy este nombre á todas las

cia de la union es por su razon y naturaleza un don mayor y mas permanente que la gracia de la adopcion, la que nunca se pierde en los santos sin la culpa. Por consiguiente, como jamás hubo pecado en Cristo, era imposible que se rompiese la union de la divinidad

piezas interiores que se hallan reunidas) habia una especie de mercado, donde se vendia pan, legumbres, rosarios, Crucifijos, etc., y vi un gran número de peregrinos regatear y maldecir los unos á los otros, á cincuenta pasos del sepulcro de Cristo. El genízaro, empleando la fuerza, me condujo al través de la muchedumbre á una tribuna de frailes católicos romanos. Pero todas las precauciones no fueron suficientes para impedir que entrasen con nosotros una porción de muchachos turcos y sus criados, cuya mayor parte eran hijos del cadí, del mufti y de los jefes principales de la ciudad. So color de que formaban parte de su comitiva, muchos musulmanes se introdujeron tambien, sin que los frailes se atreviesen á echarlos, temiendo ofender á las autoridades turcas. A pesar de la gente que habia en la tribuna, conseguí coger un buen sitio, que hubie de defender contra muchos soldados turcos que intentaron quitármelo. ¡Qué escena tan extraña se ofrecia á mi vista! Las tribunas de los griegos y de los armenios, cuyas ventanas dan sobre la cúpula, estaban llenas de mujeres de las dos naciones que habian venido peregrinando. Hacían la señal de la cruz, y sus ojos miraban con entusiasmo al santo sepulcro. Toda la iglesia, y sobre todo la parte circular de debajo la cúpula, estaba cuajada de peregrinos que gritaban y forcejaban con violencia para arrimarse al santo sepulcro, al paso que los genízaros los arrojaban de allí á latigazos. Vi en una rísta arrancar de cuajo á un hombre la oreja derecha. Las abetturas por donde se recibia el juego estaban ocupadas por los peregrinos mas ricos, que para alcanzar esta ventaja, pagaban á los turcos y á los griegos dos y trescientos cequíes. Una vieja sentada en la puerta de la iglesia griega habia conservado aquel lugar pagando dos duros desde el día antes á las diez de la mañana, y sin que se hubiese menado desde aquella hora... La multitud de peregrinos cantaba oraciones en griego y en árabe, y guardaba sus puestos al rededor del santo sepulcro en cuanto podia permitirlo el tumulto; pero de tiempo en tiempo venia una oleada de hombres que lo desordenaba. Otros se precipitaban sobre ellos, y echando por tierra todo cuanto se le ponía delante vocando á grito herido. A las diez los obispos griegos y armenios se encerraban en el santo sepulcro con un solo turco... Antes que los obispos entran en él, inspeccionan la capilla públicamente y apagan todas las lámparas, etc. A las dos, el gobernador entró en el templo precedido de soldados que, á pesar de sus esfuerzos, tuvieron mucho trabajo en introducirlo, como tambien á su secretario y comitiva. Fue á colocarse en la tribuna de los católicos, donde tenia preparado un magnífico dosel, y fué recibido por los procuradores y por los dragones de la Iglesia dosel, y fué recibida la aparición del fuego, manifiesta impaciencia, y generalmente á una señal enya se ofrece á la vista. A las dos y cinco minutos los griegos rodearon en procesion el santo sepulcro; el obispo revestido con una capa cubierta de oro, y seguido de los sacerdotes, cuyos trajes estaban tambien ricamente bordados, caminaba con el báculo

con la carne, sino que siempre permaneció unida, de modo que siempre permaneció la misma unión hipostática del Verbo con la carne de Cristo después de la muerte, aunque no lo vivificase con la presencia del alma, porque esta es la forma del cuerpo. Y así como

en la mano. Dieron tres vueltas al santo sepulcro, cantando en voz alta, y precedidos de seis banderas, que representan el nacimiento y la pasión de Jesucristo. Como se acercaba el instante en que el fuego debía manifestarse, la multitud, semejante á las oleadas del mar, aumentó cada vez mas las aperturas, dirigiéndose hácia la puerta, de donde ni los esfuerzos de los turcos ni los de aquellos que habían cogido un lugar mejor, pudieron apartarlos, á pesar de los puñetazos y puntapiés, y de las maldiciones que echaban contra ellos. En fin, á las dos y veinte minutos se presentó en la abertura el fuego, que fué recibido con aclamaciones universales y realmente espantosas. Así que apareció, un muchacho que se hallaba inmediato á la abertura, cogió la antorcha y se la apretó con tanta violencia contra la cabeza, la cara y el cuello, que la apagó, dando lugar á que le abofetearan reciamente los que se hallaban á su lado. Después de ocho ensayos, los obispos volvieron á presentar fuego; y como cada peregrino había traído, según sus medios, seis, ocho, y aun doce bujías, al cabo de diez minutos la iglesia parecía estar ardiendo; mas transcurridos unos cinco minutos quedó como antes. Arrebatados de entusiasmo los hombres, acercaban á aquellos cirios encendidos la cabeza, los sombreros y los pañuelos, las mujeres descubrían el pecho, dirigían la llama hácia la cabeza y cuello, haciendo entre tanto la señal de la cruz, con la mayor devoción y con una prontitud singular. Después que estas bujías han ardiendo un poco, cada cual se las lleva á su casa, conservándolas con un cuidado religioso. Unos menajetes, dispuestos de antemano fuera del templo, corren llevando en linternas el fuego sagrado á los conventos de Belem de Santa Cruz y de Santa Bárbara cerca del Mar Muerto. Cuando el obispo griego salió del santo sepulcro con dos antorchas encendidas, fué arrebatado por la multitud de peregrinos que procuraban encender en ellas los cirios. Concluida la ceremonia, los turcos pusieron guardia en el santo sepulcro; y los que quisieron entrar en él, tuvieron que pagar durante los tres primeros días, de 20 á 25 duros, y al fin de 3 á 5. Cuando se apagaron los cirios, el humo que despidieron impidió por espacio de diez minutos distinguir los objetos; pero como la parte superior de la cúpula está cerrada con una rejilla descubierta, el humo no tardó en disiparse. Los armenios, los sirios, los coptos, hicieron en seguida su procesion con toda la pompa que podían desplegar en estas ceremonias. Dicese que el gobernador de Jaffa y el de Ramla se reparten con el cadí y el muftí, los beneficios considerables que sacan de los peregrinos.

Cerca de Jerusalem, y á dos leguas de Jericó, se halla el Mar Muerto; el camino que conduce á este lago tan famoso como poco conocido, es lo mas triste que puede darse; el terreno, en el cual se elevan algunos zarzales y espinos, presenta tan pronto un color amarillo ó ceniciento, tan pronto es arenoso; de trecho en trecho se encuentran en él montecillos de arena, que el viento lleva de una parte á otra, y detrás de los cuales se ocultan los be-

del Hijo de Dios se dice aquello que conviene al cuerpo separado del alma, esto es, que fué sepultado, así de su alma se dice tambien aquello que le es propio y peculiar, esto es, que bajó á los infiernos, quedando siempre la unión hipostática del Verbo con el cuerpo y

duinos para sorprender á los viajeros. Con bastante frecuencia el terreno está sembrado de surcos, que hacen el camino difícil y peligroso, cubriendo la arena una capa de sal, que parecida á un campo de nieve, rodea é indica estar allí el lago Asphaltita. "El aspecto del Mar Muerto, dice Lamartine, no es triste ni fúnebre sino para la imaginación; para la vista es un lago que deslumbra, cuya superficie inmensa y plateada refleja la luz y el cielo, como un espejo de Venecia, y sombreado á veces por las montañas muy bien cortadas que hay en sus orillas. Se dice que no hay peces en su agua, no ni aves en sus riberas; yo no vi ni procelarias, ni paviotas, ni aquellas aves blancas, parecidas á las palomas marítimas que nadan todo el día en las aguas del mar de Siria, y acompañan á los caiques ó esquifes en el Bósforo; pero á algunos cientos pasos del Mar Muerto, tiré y maté á dos pájaros, semejantes á los patos salvajes que se levantan de las orillas cenagosas del Jordan. Si el aire del mar fuese mortal para ellos, no trían á arrostrar tan de cerca sus vapores moféticos. Tampoco distingui las ruinas de ninguna de las poblaciones engullidas, que dicen verse debajo de las aguas; pero los árabes que me acompañaban suponían que á veces se descubrían. Seguí largo tiempo la orilla de este mar, tanto por la parte de la Arabia, en donde está la embocadura del Jordan, como hácia la montaña de la Judea, hasta donde llegan las orillas del Océano. La superficie del agua presenta en todas partes el mismo aspecto, brillante azul, é inmovilidad. Los hombres han conservado perfectamente la facultad que Dios les dió en el Génesis, de llamar las cosas por sus nombres. Este mar es hermoso; brilla, inunda por el reflejo de sus aguas el inmenso desierto que cubre, atrae los ojos, conmueve el pensamiento, pero es muerto; no hay movimiento ni ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en oleadas sonoras, ni la blanca espuma se estrella contra las rocas de sus orillas. Es un mar petrificado: ¿cómo se formó? Fué, como dice la Biblia, cierto de suyo, y conforme con las probabilidades que puede encontrar la humana sabiduría. Vasto centro de cadenas volcánicas que se extienden desde Jerusalem hasta la Mesopotamia, y desde el Líbano á Idumea, se abría un cráter en su seno en el tiempo que en su llanura había siete ciudades; estas fueron consumidas por el temblor de la tierra; el Jordan que, según toda la probabilidad, corría entonces al través de estas llanuras á ir á desaguar en el Mar Rojo, detenido de improviso por las montañas volcánicas salidas de la tierra, y sumiéndose en los cráteres de Sodoma y Gomorra, había formado aquel mar corrompido por la sal, el azufre y el betum; alimentos ó productos ordinarios de los volcanes. Tal es el hecho. Esto no aumenta ni disminuye la acción de aquella soberana y eterna voluntad, que unos llaman milagro y otros naturaleza: ¿y qué? naturaleza y milagro no son lo mismo? y el universo es mas que un milagro eterno y de todos los momentos?"

con el alma, como lo enseña claramente san Juan Damasceno [1] diciendo: Aunque Jesucristo murió como hombre y su alma santísima se separó de su cuerpo sin mancha, sin embargo, la divinidad fué inseparable de uno y de otro. La carne de Cristo descendió en el sepulcro, su alma bajo á los infiernos, y la eterna sabiduría permaneció unida á una y otra, como asegura san Ambrosio [2], difundiendo en medio de aquellos lugares la verdadera luz de la vida eterna. Brillaba aquella luz verdadera de la sabiduría; iluminaba el infierno; pero no podía ser encerrada en el infierno. Job pregunta asombrado dónde está su lugar ó donde reside, y contesta él mismo á su pregunta diciendo [3]: El abismo de la tierra dice: No está dentro de mí; y el mar afirma: Ni conmigo. . . . Escondida está á la vista de todos los vivientes de la tierra, y también se oculta á las aves del cielo. La perdición y la muerte dijeron: A nuestros oídos llegó la fama de ella. El camino para hallarla, Dios le sabe, y el solo es quien conoce su morada.

Después de esto es asimismo preciso advertir que la palabra *infierno*, que significa un paraje ó sitio inferior, bajo y profundo, oculto é invisible, se ve usado por los escritores sagrados en diferentes sentidos, y representa diversas ideas, como las voces primitivas *Schol* y *Ades*, la primera hebrea y la segunda griega, de donde se ha tomado, así es que unas veces significan el sepulcro, otras el estado de los difuntos y de la disolución de los cuerpos después de la muerte, otras el lugar de las penas y suplicios que por sus crímenes

Un abad del monasterio de San Sabás, situado en la Palestina, que dió vuelta al Mar Muerto, afirma que á su extremo hay un vado por donde se atraviesa sin tener agua sino hasta la mitad de la pierna, á lo menos en verano; que la tierra se eleva y separa otro lago mas pequeño de figura redonda algo ovalada, rodeada de llanos y montes de sal; pero las aserciones de este buen religioso, que nos ha conservado el padre Nau, se refieren al año de 1674, en que viajaba con un embajador de Francia, y no han podido desde aquella época comprobarse ni corroborarse por otros testigos. Un simple viajero sin apoyo no puede pensar en semejante empresa, porque tendria que ir acompañado, no solo de una fuerza numerosa para imponer á los árabes que infestan las playas del Mar Muerto, sino que habria de construir algunos buques con maderas sacadas del Líbano, de Jerusalem ó de Jaffa.

[1] Div. Joann. Damascen. lib. 3. Ortodoxe Fidei, cap. 27.

[2] Div. Ambros. lib. de Incarnationis Dñice. Sacramento, cap. 5 in med.

[3] Job. cap. 28, vs. 14, 21 et seqs.

y delitos sufrirán los pecadores después de esta vida, y otras la mansión en que los justos que habian muerto antes de la venida de Jesucristo permanecian esperando el cumplimiento de las promesas del Redentor. La existencia pues de un lugar reservado para mansión de las almas separadas de sus cuerpos, fué un artículo del símbolo de la fe de los antiguos patriarcas y de toda la nacion hebrea, y un apéndice ó consecuencia necesaria de la creencia de la inmortalidad de las almas y de la bienaventuranza futura que esperaban conseguir por los méritos del Mesías. Antes de la venida del Redentor todos los justos morian con esta fe, esperando el cumplimiento de la promesa en el *Schol*, al que llamaban también *Paraiso*, *Casa de los Padres* y *Seno de Abraham*. Esta creencia no fué solamente peculiar de los hebreos, sino común á los filósofos, á los moralistas del paganismo, y á todos los pueblos que profesaban la creencia de la inmortalidad de las almas. Todos ellos reconocieron el *Ades*, delicioso sitio reservado para los hombres de bien, ó lugar de castigo para los criminales que expresaron con varios y diversos nombres, segun los diferentes conceptos para que se aplicaba; como lugar de premio, llamóse *Campos Eliseos*, *Islas afortunadas*, *Mansion de los dioses*; como lugar de castigo se llamó *Orcus*, el *Tártaro* y *Reino de Pluton*. Pero desentendiéndonos de la fe y opiniones de los paganos, es preciso seguir la creencia de los patriarcas, de los judíos y de los cristianos, ó lo que es lo mismo, la de la Sínagoga y la de la Iglesia.

De tres clases es por tanto el infierno que está bajo la tierra, ó tres son los infiernos que hay bajo de ella. El primero es eterno y oscurísimo, en cuya cárcel son atormentadas las almas de los réprobos por los espíritus inmundos, con perpetuo é inextinguible fuego, y se llama *infierno inferior*, *fuego eterno*, *fuego inextinguible*, *horno encendido*, *lugar de suplicio eterno*, y *lago de fuego y azufre*; de cuyo lugar dice Job [1]: Déjame pues lamentarme de mi dolor por un momento, antes que yo me vaya allá de donde no volveré, á aquella tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, en donde tiene su asiento la som-

[1] Job. cap. 10, vs. 20 et seqs.

bra de la muerte, y donde todo está sin orden y en un caos á horror sempiterno.

El segundo infierno, que tambien se llama Purgatorio, es un lugar donde con el mismo fuego del infierno son tormentadas las almas por un tiempo determinado por la justicia divina, á fin de que satisfecia esta, y purificadas de la reliquia de la culpa, puedan entrar libremente en la patria eterna, en la que nada entra que no esté perfectamente purificado. De este lugar parece que habló expresamente David cuando dijo [1]: Pasar nos hiciste por el fuego y por el agua; pero al fin nos llevaste á un lugar de refrigerio y de descanso. Y tambien san Pablo cuando enseñó á los philippenses que *á la pronunciaci3n del nombre de Jesús se doblaba toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno* [2]. Claro y manifesto es que las criaturas del cielo y de la tierra alaben á Dios y doblen su rodilla á la pronunciaci3n del nombre de Jesús; pero cuales sean las que habitan en el infierno, en donde esto se hace, es lo que debe saberse. No son las que existen en el fuego eterno y perpetuo, porque aquellas blasfeman su bondad, maldicen su justicia, y de ellas habló David cuando dijo [3]: Vuélvete á mí, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia. Porque en muriendo, ya no hay quien se acuerde de tí; y en el infierno, ¿quién te tributará alabanzas? ¡Oh Señor! no te alabarán los muertos ni cuantos bajan al infierno [4]. Así pues, las almas que debajo de la tierra doblan su rodilla al oír pronunciar el nombre dulcísimo de Jesús, son las que, en el purgatorio esperan su misericordia. Y el tercer infierno es el *Schol* ó el *Ades* del que antes hablamos. En este lugar vió el rico avariento desde el Tártaro á Lázaro en el seno de Abraham, y aquí fué donde bajó Jesucristo después de muerto.

Si la noche y atrevida incredulidad nos replicase que la historia del rico avariento no es una historia verdadera, sino una parábola, concediendo esta verdad aun le diremos: Que es una parábola que tiene por objeto recordar ó representar verdades edificantes ó ins-

[1] Ps. 65, v. 12.

[2] Div. Paul. Epist. ad Philips. cap. 2, v. 10.

[3] Ps. 6, v. 5 et 6.

[4] Psal. 113, v. 17.

tructivas, y que esta evidentemente enseña la gran diferencia de suerte que espera en la otra vida á los buenos y á los malos, y la existencia de un sitio ó lugar de premios y recompensas para los justos, y de castigos para los criminales: verdad que anunciaron una gran porción de los antiguos profetas, entre los que sobresalen David, Isaias, Oseas, Zacarias y otros, y que enseñaron después constantemente como un dogma los apóstolos; verdad que inculcó san Pablo á los de Corinto, que repitió á los colosenses, á los ephesios, á los hebreos, en diversos parajes de sus Epístolas, y que últimamente san Pedro consignó en sus cartas dirigidas á toda la Iglesia. Solo conociendo y confesando esta verdad se concilian mil y mil diferentes pasajes de la Escritura santa: dígasenos si no, ¿que significaria decirnos la Escritura, que habiendo muerto Abraham fué á reunirse con su pueblo, y que sus dos hijos Isaac é Ismael lo sepultaron en una gruta situada en los campos de Efron [1]. Decir que aquellas expresiones significan que Abraham fué colocado en el mismo sepulcro que sus padres, es un despropósito y un comentario repugnante á la verdad de la historia; pues los mayores y padres de este patriarca murieron en la Caldea, y Abraham fué enterrado con Sara su esposa en el país de Canaan. Lo mismo sucede con respecto á Isaac, hijo de Abraham, y con Jacob, que lo era de Isaac [2]. Pero donde se descubre esta doctrina con toda la claridad posible, es en la muerte de Moisés. Sube este grande hombre por órden expresa de Dios al collado de *Abarim*, al monte *Nebo*, que está en el país de Moab, frente de Jericó, y desde allí lo dice el mismo Dios: Contempla y reconoce la tierra de Canaan que yo daré á los de Israel para que la poscan, y luego morirás en el monte al cual has subido, y serás agregado á tus gentes y reunido á tu pueblo; lo que que no es aplicable bajo ningun concepto á la reunión de la ascendencia y posteridad en un sepulcro comun, puesto que sus padres verisimilmente fallecieron en Egipto y sus antepasados en Caldea [3]. Por consiguiente, es claro que estas reuniones de los santos patriarcas á sus familias, indican la existencia de este *Schol*

[1] Genes. cap. 25, vs. 8, 9 et 10.

[2] Genes. cap. 35, v. 29, et esp. 49, vs. 18 et seqs.

[3] Numer. cap. 27, vs. 12 et 13, et Deuteronom. cap. 32, vs. 49 et 50.

ó Ades, donde se reunían los justos desde el principio del mundo, y estaban esperando la venida del Mesías, Redentor y Salvador de los hombres; al que bajó Jesucristo después de muerto, Mesías verdadero, Redentor y Salvador, para alegrarlos y consolarlos.

Como capitán vencedor del infierno y de la muerte, haría su entrada triunfante precedido de músicas celestiales, cuyo estrepitoso pero consolante eco, se oiría por tierra las puertas de bronce con que se cerraba el infierno; é iluminadas sus lóbregas mansiones por los resplandores del Sol eterno, emardecidos con los fulgores de aquella nueva luz los que por tantos siglos la habían esperado; dirían al Salvador: "¡Llegaste por fin, llegaste, dulcísimo Salvador nuestro, y apiadado de nosotros vienes á romper las cadenas que tanto tiempo nos han detenido en este lugar. A ti se dirigían nuestros suspiros, á ti se encaminaban nuestros largos y pesados lamentos, y viniste á llenarnos de gloria, consolándonos con tu divina presencia, porque verte, Señor, es gloria verdadera. Bendito seas, Redentor amantísimo, y bendigamos todas las criaturas del cielo y de la tierra, porque eres pió y misericordioso, y has usado con todos de misericordia." La Iglesia de Jesucristo profesó esta doctrina del símbolo de los apóstoles desde su mismo establecimiento; y aunque no se lea en algunos que usó la Iglesia griega, ni aun en el Niceno, ni en el Constantinopolitano que canta todos los días la latina, se encuentra en el de Aquileya que interpretó Rufino, y en otros varios cuya antigüedad data desde los tiempos apostólicos: esto debe bastarnos para que la creamos y confesemos como un dogma de nuestra fe depositada en todas las iglesias del mundo cristiano, después de la declaración y promulgación de los apóstoles. Todos los obispos, padres y doctores de la Iglesia de Oriente y Occidente, griegos y latinos, la han enseñado y predicado uniformemente; y la de España la publicó y enseñó en varios concilios españoles, muy particularmente en los Toledanos IV y XVI, y por lo mismo también fué esta la creencia y doctrina de nuestros mayores, de nuestros padres y santos. Y si todo lo dicho no bastase para desvanecer cualquiera duda que la impiedad pudiera suscitar sobre la creencia de este dogma, téngase presente la famosa profesión de fe del concilio general Lateranense, celebrado en el

pontificado del grande Inocencio III. No es este por tanto un punto opinable y controvertible sobre el que no es permitido á ningún católico vacilar; porque solo un incrédulo ó un infiel son los que se atreverán á negar lo que la Iglesia católica cree y confiesa, y tiene definido y sancionado.

ORACION.

Oh buen Jesús, cuya caridad eterna, piedad inesfable y misericordia infinita, no solo te movieron á bajar del cielo á la tierra para buscar al hombre perdido, retenerle y salvarle, sino que para obrar tan grandiosos y admirables misterios te obligaron también á instituir el augustísimo y adorable Sacramento del Altar en la misma noche en que por un infame discípulo habías de ser entregado en manos de tus enemigos para ser el alimento de las almas y estar en compañía de los hombres hasta la consumación de los siglos, y que después quisiste ser preso, abofeteado, herido, escupido, azotado á la columna, coronado de espinas, colocado á Barrabás y clavado por fin en el madero de la cruz; desde la que pediste perdón á tu divino Padre por los que te habían crucificado, constituyéndote abogado y defensor de todos los pecadores, perdonando al ladrón y dejándonos tu propia Madre para que lo fuese nuestra, llevándote tu caridad ardentísima hasta bajar al infierno después de muerto para consolar y alegrar las almas de los justos que esperaban tu santo advenimiento: haz, elementísimo Señor, que por los méritos infinitos de tu sacratísima pasión y muerte, por los dolores del corazón purísimo y amantísimo de tu Madre y Madre nuestra, por la soledad amarantísima á que se vio reducida después que te dejó sepultado, y por el gozo y alegría de que se vieron llenos los padres y todos los justos cuando bajaste á visitarles, seamos nosotros consolados y socorridos con los auxilios de la divina gracia, en todas las tribulaciones, penalidades y miserias de la vida, á fin de que visitados por ti en el tiempo oportuno, sostenidos y alentados, merezcamos al salir de ella poseerte y gozarte en compañía de tu Madre y de todos los santos y justos, por eternidades en la gloria. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el 26 y 27 de san Mateo, en el 14 y 15 de san Marcos, en el 22 y 23 de san Lucas, y en el 18 y 19 de san Juan.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la pasión del día de Ramos. Del día de san Marcos en la del martes Santo. Del de san Lucas en la del miércoles, y del de san Juan en la del viernes. No se ponen las traducciones literales con motivo de hallarse en todas las Semanas Santas que están en castellano: solo si resta que advertir que el contenido del 1.º corresponde al capítulo 11 del Evangelio de san Juan, y se lee en el Evangelio de la misa del viernes de Pasión. El del 6 al capítulo 13 del mismo san Juan, y se lee en el Evangelio de la del jueves Santo; el de los §§ 7, 8 y 9 corresponde a los capítulos 16 y 17 del propio Evangelista, y se lee en las misas de las Dominicas 3.ª, 4.ª y 5.ª después de la Pascua de Resurrección, en la vigilia de la Ascension y en otros varios, cuyas traducciones se omiten por evitar complicaciones que siempre causan confusión.

CAPITULO XXVII.

RESUCITA JESUCRISTO DE ENTRE LOS MUERTOS, Y LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO HUYEN POSEIDOS DE TEMOR Y ESPANTO: APARECE EL MISMO DIA, PRIMERO A SU MADRE, DESPUES A MARIA MAGDALENA, LUEGO A LAS PIADOSAS MUGERTS, Y POR ULTIMO A LOS DISCIPULOS QUE DESDE JERUSALEN MARCHABAN A EMAUS.

Desde las seis de la tarde de la feria sexta, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, hasta la aurora de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro, saliendo de él victorioso y triunfante de la muerte. Los soldados puestos por la Sinagoga velaban cerca de él, y el Eterno Padre, en cuyas manos su amado Hijo había puesto su alma, la volvió á unir á su divino cuerpo. Jesucristo, que en medio de las afrentas y dolores de su pasión, y de las ansias y agonías de su muerte, no había dejado ni por un solo instante de ser Hijo de Dios, que dejó su alma porque quiso, que la volvió á tomar porque le plugó, y porque así convenia á la majestad

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el 26 y 27 de san Mateo, en el 14 y 15 de san Marcos, en el 22 y 23 de san Lucas, y en el 18 y 19 de san Juan.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la pasión del día de Ramos. Del día de san Marcos en la del martes Santo. Del de san Lucas en la del miércoles, y del de san Juan en la del viernes. No se ponen las traducciones literales con motivo de hallarse en todas las Semanas Santas que están en castellano: solo si resta que advertir que el contenido del 1.º corresponde al capítulo 11 del Evangelio de san Juan, y se lee en el Evangelio de la misa del viernes de Pasión. El del 6 al capítulo 13 del mismo san Juan, y se lee en el Evangelio de la del jueves Santo; el de los §§ 7, 8 y 9 corresponde a los capítulos 16 y 17 del propio Evangelista, y se lee en las misas de las Dominicas 3.ª, 4.ª y 5.ª después de la Pascua de Resurrección, en la vigilia de la Ascension y en otros varios, cuyas traducciones se omiten por evitar complicaciones que siempre causan confusión.

CAPITULO XXVII.

RESUCITA JESUCRISTO DE ENTRE LOS MUERTOS, Y LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO HUYEN POSEIDOS DE TEMOR Y ESPANTO: APARECE EL MISMO DIA, PRIMERO A SU MADRE, DESPUES A MARIA MAGDALENA, LUEGO A LAS PIADOSAS MUGERTS, Y POR ULTIMO A LOS DISCIPULOS QUE DESDE JERUSALEN MARCHABAN A EMAUS.

Desde las seis de la tarde de la feria sexta, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, hasta la aurora de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro, saliendo de él victorioso y triunfante de la muerte. Los soldados puestos por la Sinagoga velaban cerca de él, y el Eterno Padre, en cuyas manos su amado Hijo había puesto su alma, la volvió a unir á su divino cuerpo. Jesucristo, que en medio de las afrentas y dolores de su pasión, y de las ansias y agonías de su muerte, no había dejado ni por un solo instante de ser Hijo de Dios, que dejó su alma porque quiso, que la volvió á tomar porque le plugo, y porque así convenia á la majestad

y á la gloria del Hijo único de Dios, gozando ya de una vida nueva, no trastornó ni removió para salir del sepulcro la piedra grande que cerraba su entrada, penetrándola con la virtud propia de los cuerpos gloriosos, y dejando los lienzos en que habia sido envuelto, se alejó del lugar de su sepultura. Si nada mas hubiese que meditar en este misterio, desde luego podíamos adoptar el pensamiento de san Gerónimo, perfumándonos con aromas exquisitos y llenando nuestros corazones con ungüentos suaves y olorosos como la Esposa santa, para salir á recibir al Rey celestial y triunfante [1], y coronarle con la diadema de honor y de gloria, con la que se coronó su propia Madre en el día de la principal alegría de su corazón; pues ya pasó en efecto el invierno de la mas negra y recia tempestad, y amaneció el día claro y pacífico de la verdadera dicha, de la ventura y de la paz, que hizo el Señor para que todos nos alegremos y regocijemos en él.

Pero siguiendo esta misteriosa alegoría, fuerza es convenir en que no es solamente el tierno arrullo de la tórtola ni la suave caricia de la paloma lo que en la tierra se oye; y aunque florecieron ya las viñas y esparcieron su grato olor, aunque brotó la flor de la vida y dió el fruto copiosísimo de la redención, aunque tras negra y tormentosa noche apareció de nuevo el Sol hermoso que se habia eclipsado en la cruz, y aunque apareció resucitado ya en su gloria el Esposo que cerca de tres días habia dormido bajo de su sombra para despertar los que dormían en el sueño de la muerte, se excitó un grande terremoto en sus contornos. Los ángeles del Señor que tan amargamente habian llorado sobre los horrores de la muerte del Hombre-Dios, se apresuraron en prepararle el camino para la manifestación de su gloria, y para que fuese tan terrible y espantosa como habia sido aquella, la manifestación de su triunfo; por lo que dijo san Agustín [2]: Después de las burlas y los azotes, después de las espinas y la cruz, después de los clavos y los brebajes de hiel y vinagre, y por fin después de la muerte y del descendimiento á los infiernos, vió la resurrección, tan gloriosa y magnífica, cuanto

[1] Div. Hieronim. in cap. 16 Marc.

[2] Div. August. Serm. de Resurret.

afrentosa habia sido aquella. Las mismas criaturas insensibles que se habian conmovido en su desgracia, se conmovieron también al ver su magnificencia y su gloria; y al revolverse la gruesa piedra que cerraba el sepulcro, al ver centellantes los ojos del Ministro celeste que sobre ella se sentaba, y al contemplar que sus miradas despedían rayos que iluminaban las estancias oscuras y á todos ellos aterraban, cayeron unos como muertos, y otros huyeron poseídos de pavor y espanto á dar á los miembros de la Sinagoga la nueva fatal que no esperaban. No podia suceder otra cosa. El aspecto del ángel era semejante al de un relámpago que aterra y deslumbra, y sus vestidos blancos como la nieve turbaban la vista con su resplandor.

Mientras los judíos huían despavoridos del sepulcro y daban á los ministros de la Sinagoga la noticia que no esperaban; mientras las Marías preparaban los aromas para ir muy de mañana á visitar el lugar á do se dirigían todos sus afectos para ungir de nuevo otra vez á su Maestro, llegada la hora, deja Jesús la compañía de los justos á quienes habia alegrado, y va á consolar y alegrar antes que que á ninguna otra criatura de las vivían en la tierra á su amantísima y afigidísima Madre. De esta aparición nada dicen los Evangelistas; pero ella tiene en su apoyo todas las consideraciones inagotables. San Bernardo dice: Que María por ser Madre de Jesús merecía mas con él que todas las demás criaturas; porque en ella no habia fallado jamás la fe de su divinidad, por consiguiente ni la esperanza cierta de su resurrección; y así cuando las otras Marías se dispusieron para ir al sepulcro, ella quedó sola, no tanto porque estaba debilitada y casi enteramente desfallecida por la pena, cuanto porque no quiso ir á buscar al viviente entre los muertos. Le apareció antes que á las demás, porque como era la que mas habia padecido, á ella se debían, según el orden de caridad y de justicia, los primeros y los mas grandes consuelos. Oramos María, resignando cada vez mas los afectos de su voluntad en las manos del Padre, uniéndolos incessantemente á los de la de su Hijo, derramando lágrimas de compasión y ternura, y de repente le aparece el Hijo triunfante y glorioso, vestido con los bellísimos vestidos de su glo-

ria, el mas bello y agraciado entre todos los hijos de los hombres; en el instante se troca toda su pena en contento, todo su llanto en gozo, toda su tristeza en alegría, y las lágrimas que derrama son ya de satisfacción y consuelo. Inclínase á la vista de su Hijo, y le adora con el mayor rendimiento; le abraza con ternura, registra detenidamente su cuerpo como para ver si ya habia desaparecido todo motivo de dolor. ¡Oh! ¡qué gozo tan extraordinario es el que ocupa su alma cuando revestido el cuerpo de su Hijo de aquellos grados de gloria, *agilidad, imposibilidad, sutileza y claridad*, propias de los espíritus bienaventurados? ¡Oh! ¡qué satisfacción tan cumplida al oír de la boca de su Hijo el modo con que habia librado á todo el mundo del poder del infierno, cómo habia encadenado su rabia, y los dulces coloquios y conversaciones que habia tenido con las almas de los padres en el seno de Abraham? ¡Oh! ¡qué júbilo tan inexplicable al saber por Jesús noticias de su esposo el patriarca san José, de sus padres san Joaquín y santa Ana, y de sus parientes y allegados!

Aunque nada de esto nos digan los Evangelistas, la Iglesia no reprueba esta piadosa creencia; antes al contrario, parece que la comprueba con las procesiones que en este día y con motivo de esta primera aparicion de Jesús á su Madre autoriza, siendo la primera la que se hace á santa Maria la mayor de Roma; y si no habia de creerse porque ningún Evangelista lo refiere, tampoco se podría creer que la Madre hubiese al Hijo resucitado, puesto que tampoco ninguno dice que ni aun después le apareciese; lo que sería un descuido muy reparable en tal Hijo con respecto á tal Madre; y tanto mas, cuando el Hijo ha colocado en primera línea en los mandamientos de su ley, después del honor y gloria de Dios, el que debemos á los padres. A más de que no era conveniente que la Madre fuese la primera en deponer sobre la resurreccion de su Hijo, porque si las declaraciones de las otras mujeres parecieron delirios á los incrédulos, ¿cuánto mas se hubiera calumniado la de la Madre, tan interesada en el honor del Hijo? San Ambrosio afirma [1] con el gravísimo

[1] Div. Ambros. lib. 3.º de Virginitas.

peso de su autoridad, y dice: Vió Maria la resurreccion de su Hijo, la vió la primera y creyó. Sobre esto no quisieron escribir los Evangelistas, sino que lo dijeron por sentado y cierto. Y san Anselmo concluye [1] diciendo: Si alguno pregunta cómo es que no dicen los Evangelistas que el piadosísimo Señor apareció primero á su Madre después de su resurreccion para mitigar los dolores que en su corazón padecía á causa de su pasión, yo diré, que habiendo hecho esta misma pregunta á varones piadosos y sabios, me han contestado: Que esos santos escritores nada superfluo escribieron en su Evangelio, y lo sería sin duda haber escrito en él que el Hijo de tal Madre, Reina y Señora del mundo, Emperatriz de los cielos y de los ángeles, le habia aparecido al resucitar de entre los muertos, enseñándole el misterio de su resurreccion. Esto hubiera sido igualar la Madre con las demás criaturas, de las cuales se dice que antes ó después las apareció.

Sabia y oportunamente habia permitido el Señor que al terremoto del sepulcro y á la vista del ángel hubiesen huido llenos de temor y espanto los guardias que lo custodiaban, para que la noticia de este tan fausto y glorioso acontecimiento se divulgase por todos los lugares con la mayor velocidad. La huida de los centinelas permitió que las piadosas mujeres que habian comprado aromas para ungir y embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesús, pudiesen dirigirse á aquel lugar libres de todos los recelos, y que los apóstoles pudiesen verificarlo con seguridad. La mas amante se avanzó á todas y llegó al monumento la primera; mas tal vez con ánimo de llorar y desahogar á sus solas los tiernos afectos de su corazón mientras llegaban sus compañeras, que con la esperanza de ver á su amado antes que ellas, pues unas y otras habian pensado y dicho entre sí: ¿Quién nos levantará la losa que cierra la entrada al monumento? Llegó Maria Magdalena llevada en alas del amor, aun siendo oscuro ó antes de ser el día claro, y se asombró al ver quitada la piedra: no retrocedió empero, la reanimó el amor y entró; mas no viendo el cuerpo de Jesús, corrió al punto y vino á Simon Pedro y

[1] Div. Anselm. lib. de de Excellentia Virginis, cap. 6.

al otro discípulo amado del Salvador, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. El ángel que aterró á los soldados no se dejó ver en esta ocasión de María; por consiguiente dijo á Pedro y á Juan lo único que podía decirles, á saber: *Se han llevado al Señor.*

Lo sospechoso de la noticia no permitió muchas treguas á los apóstoles: levantáronse y corrieron ambos, aunque el otro discípulo corrió mas que Pedro; mas á pesar de que llegó el primero, no se atrevió á entrar, y bajándose un poco, vió los lienzos puestos y arimados á un lado. Llegó Simon Pedro y entró, y vió los lienzos allí echados y el sudario que habia sido puesto sobre su cabeza, no con los lienzos, sino envuelto y colocado en un lugar aparte. Moderó Juan en esta ocasión los excesos de su amor, para que aquel que Jesús habia elegido para cabeza del Colegio apostólico, se instruyese el primero de todas las circunstancias y hallase las cosas en el estado en que las habia dejado el Salvador, á fin de que confrontado el hecho con las predicciones que lo habian anunciado, decidiese después con autoridad lo que de allí convenia concluir. Con la prudencia propia de quién ha de dar testimonio claro y auténtico de la verdad de un hecho sobremanera interesante y glorioso, examinó Pedro lo que veía é hizo que lo observara Juan, y se convencieron ambos que de la manera que estaban colocadas la sábana y el sudario, no indicaban la precipitación de un robo furtivo y cauteloso, sino la madurez de las mas bien tomadas determinaciones y la ejecución de un designio admirable de la Providencia para la demostración de un tan grande milagro. Así es que sin ver los ángeles ni á Jesús, tuvo desde luego una fe tan pura y cierta del misterio de la resurrección, que ya se halló en estado de poder reunir á sus compañeros y asegurarles, no solo del cumplimiento de las promesas que habian oído de la boca del Maestro divino, sino de que su cuerpo no habia sido robado, sino que verdaderamente habia resucitado entre los muertos, animándoles á esperar el momento en que su divina presencia les confirmase esta verdad.

Esta fe de Pedro en esta ocasión es tanto mas laudable, cuanto es cierto que ni él ni su compañero Juan comprendían aun perfec-

tamente el sentido de las Escrituras, ni por consiguiente el modo cómo Jesucristo debía resucitar; pero es innegable que volvieron á Jerusalem llenos de consuelo, dejando con sentimiento las inmediaciones del sepulcro, donde hubieran permanecido por mas tiempo, á no ser porque se acercaba apresuradamente el día, y no convenia para la publicación de la verdad de los misterios y para la seguridad de los discípulos, que fuesen sorprendidos en aquel lugar por los ministros de los judíos, dos de los mas adictos y allegados al Salvador. La amante Magdalena no se atrevió á seguirlos, y se quedó resuelta á llorar amargamente, persuadida de que de allí se habia quitado á su Maestro: poseída de pena como era regular, se inclinó y dirigió sus ojos hechos dos fuentes á lo hondo del sepulcro. No vió al dulcísimo objeto de su amor, pero divisó dos jóvenes vestidos de blanco sentados con majestuosa tranquilidad, uno en el lugar donde habia estado la cabeza de Jesús, y el otro á los pies; los que al contemplarla llorosa, la dijeron con una amabilidad que ella no comprendió: ¡Mujer! ¿por qué lloras? *Porque quitaron á mi Señor*, les responde, *y no sé dónde lo pusieron.* Mas al pronunciar estas palabras, volvió los ojos á un ruido que habia sonado, y vió á Jesús, aunque tampoco lo conoció, sino que se le figuró era el hortelano que cuidaba aquel huerto; y habiéndole este preguntado ¿por qué lloras? ¿á quien buscas? le respondió continuando la misma respuesta que daba á los ángeles: *Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré.* Amaba Jesús tiernamente á María; y como para consolarla la llamó por su propio nombre y la dijo: ¡María! Nada mas fué necesario. Ella estaba como inmóvil, tenia fijos en él sus llorosos ojos, y si la engañó la presencia, no la engañó, ó mas bien la desengañó enteramente la voz: le conoció, se arrojó á sus pies para besarlos y estrecharlos como solia, y exclamó: ¡Rabonri! esto es, Maestro. Pero apartándose un poco Jesús, la dijo: No me toques, aun no he ascendido á mi Padre; mas ve á tus hermanos y diles subo á mi Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Lo cual dicho desapareció de su vista.

Varios son los motivos que señalan algunos padres y otros escritores que pudo tener Jesús para aparecer á Magdalena después que

á su Madre y antes que á los apóstoles, haciendo que esta mujer fuese la primera anunciadora de su resurrección. La mujer, que fué la primera que corrió á la culpa, ahora fué también la primera que corrió á la fuente del perdón. La primera que recibió la perfidia en el fondo de su corazón hallándose en el paraíso, es la primera que corre para vestirse de fe en el sepulcro. La que del seno de la vida arrebató codiciosa la muerte, en el sepulcro de la muerte corre á buscar las primicias de la vida. La que entonces fué rebelde, se muestra ahora una sierva tan fiel, que al parecer se olvida de sus compañeras y amigas, y en cumplimiento del precepto del Maestro las abandona para correr á dar á los apóstoles la noticia de lo que acababa de sucederle. Vuélvese pues presurosa á Jerusalén tan fuera de sí por la alegría cuanto antes lo estaba por la pena; tan traspasada por el gozo, cuanto antes lo estaba por el llanto; tan enardecida por el triunfo, cuanto antes estuvo abatida por la afrenta; tan orgullosa en fin por la completa victoria, cuanto humillada antes por la espantosa derrota: halla á los mismos apóstoles que poco antes habían corrido con ella llorando al monumento, y á otros que lloraban aún, y les dice: *Jesús ha resucitado como nos lo tenía dicho*. No lo dudeis: yo he tenido la dicha de verle, me ha llamado por mi nombre y me ha mandado que venga á daros esta felice nueva. Oid los términos en que precisamente está concebida la embajada que en su nombre y de su orden debo daros: *Marcha á mis hermanos, ha dicho, y asegúrales que voy á subir á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro*. Pedro y Juan no dudaron ni un solo instante; conocieron que este era el lenguaje del Salvador, y acordándose de que en alguna ocasión le habían oído repetir estas mismas palabras, creyeron en el instante; aunque otros mas apocados y tímidos, por mas que le oían aseverar y repetir *yo le he visto*, no la creían [1], atribuyéndolo á una imaginación alucinada de una mujer que seguramente procedía engañada por la vehemencia de su amor.

No es posible pasar en silencio lo que con este motivo dicen los

[1] Marc. cap. 16, v. 11.

padres y doctores de la Iglesia. María, llena de amargura, abrasada de amor, é ignorando lo que debía hacer, porque sin el Maestro no podía vivir, lloraba porque no le hallaba, y no sabía dónde debía buscarle. Estaba de pie á la parte de afuera del monumento, esto es en el huerto, porque la fuerza del amor no la permitía sentarse ni echarse; y mientras estaba de pie, lloraba y se lamentaba por su Señor. Tanto era el incendio del amor que la impelia, tanta la vehemencia de la piedad que la impulsaba, tanta la eficacia de la voluntad que la arrastraba, tan fuertes las ligaduras del amor que la aprisionaban, que olvidada de la flaqueza natural de la mujer, ni el horror que debían causarle las tinieblas, ni la idea de la bárbara fiera de los perseguidores, bastó para retraerla de visitar muy de mañana el sepulcro, ni para obligarla á apartarse de él cuando los discípulos se apartaron. Porque estaba abrasada con el fuego del amor, porque en su corazón crecía cada vez mas el incendio, nada la mitigaba sino el llanto, ni nada la consolaba ni reforzaba sino el gemir y el llorar; de modo que ella pudo verdaderamente decir: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche, desde que me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios* [1]. Porque llorando alcanzó María todo lo que quiso. Llorando obtuvo el perdón de sus pecados. Llorando alcanzó la resurrección de su hermano. Y llorando mereció el consuelo de saber la resurrección del Salvador [2]. Los ojos que lo habían solícitos buscado y no le habían hallado, le llamaron con lágrimas, llorando mas porque lo habían quitado del monumento, que cuando le vieron colgado en el madero; porque ya no le quedaba esperanza alguna de volver á ver á un tal Maestro y tan digno de ser amado [3].

No son menos notables y dignas las palabras con que el grande Orígenes encomia el celo, la firmeza, el amor y la constancia de María Magdalena con motivo de su ida tan temprana al sepulcro [4]. Hemos oído, dice, hermanos, que María permaneció de pie fuera del sepulcro, y que estaba llorando. El amor la llevó, el amor la

[1] Ps. 41, v. 4.

[2] Div. August. Hom. in Sabth. Pasche.

[3] Idem. Tract. 121 in Joann.

[4] Origen. Hom. 10 in diversos.

hizo permanecer, el amor la obligó á llorar. Estaba de pie, y miraba por sí acertaba á ver al que amaba y con tanto afán buscaba. El dolor se le había renovado enteramente, y al que antes había llorado difunto, ahora lloraba robado. Este dolor era mas terrible que el primero, porque ahora ya no la quedaba esperanza alguna de consuelo. Si le había perdido vivo, esperaba verle y poseerle después de muerto; pero robado, se le robó tambien la esperanza y el consuelo: por esto no podia consolarse de la pena de no hallarle. Temia no se enfriase en su pecho al amor de Maestro que habia de enardecerse mas con solo mirarle después de muerto; lloraba por tanto con vehemencia, porque un dolor se le habia añadido á otro dolor. Los dos llevaba en el corazon, queria aliviarlos con las lágrimas y no podia. Faltábanle las fuerzas en el cuerpo y en el espíritu; é ignoraba lo que debia hacer. Pedro y Juan temieron, por eso se marcharon. María empero no temia, porque no recelaba lo pudiese suceder algo porque debiera temer. Habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan ardorosamente, que fuera de él nada podia amar ni esperar. Habia perdido la vida de su alma, y creia que ya le seria mucho mejor morir que vivir, porque pensaba que solo muriendo podria hallar á aquel que viviendo ya no podia gozar. Aquí en verdad se vió que el amor es mas fuerte que la misma muerte. ¿Qué mas podia hacer ya en María? Estaba como exánime, se habia hecho insensible. Sintiendo no sentia, viendo no veia, oyendo no oia: no estaba allí donde se hallaba, porque toda estaba donde su Maestro, y ella no sabia donde aqnel se hallaba. Ya nada sabia sino amar, y por su querido llorar. Se le habia olvidado el temer, porque se habia olvidado de sí misma y de cuanto habia en el mundo menos de su amado.

Al que ama no le basta mirar una vez, dice san Gregorio [1], porque la fuerza del amor obliga á multiplicar los desvelos en la investigación. Buscó María Magdalena primero una vez y nada halló, perseveró en buscar y lo sucedió el hallar. Buscando crecieron sus deseos, y creciendo cogieron el fruto que deseaban. Se inclinó para buscar, y vió dos ángeles que la vinieron á consolar; su vista

[1] Div. Gregor. Hom. 35 in Evangel.

fué principio de nuestras dichas, y la manifestacion de su dolor lo fué de nuevas glorias. Jesús la oye llorar, hablar con los ángeles, gemir y suspirar, y cuenta á su Madre, con quien hablaba, los afanes de María, y se despide de ella para ir á consolar á la discípula [1], porque Jesús es el consuelo de los que lloran, y ve correr las lágrimas de la piadosa mujer. Como la agita el amor, aparta la vista de los ángeles mismos para buscar á su amado, y entonces es cuando este se digna aparecerle, porque solo llegan á ver á Dios los que á él se convierten por el amor [2]. Volvióse y lo vió, pero no le conoció, porque le veia menos glorioso; y así su primer cuidado fué preguntar por el objeto dulcísimo de su amor, mientras el amado la preguntaba por el motivo de su llanto. Jesús la amaba, y no queriendo retardarla mas el instante dichoso, la llama por su propio nombre. María, la dice; y María le conoce. Momento dichoso. Solo la autoridad del amante soberano pudo contener los arrebatos del amor de Magdalena. Solo el amor basta al amor, y nada le satisface.

Entre tanto que el Salvador preparaba los sucesos, segun el órden de su providencia, para dar á los discípulos, aun incrédulos los mas, otras lecciones no menos importantes, las piadosas mujeres, que antes de la aurora habian salido de Jerusalem en compañía de la Magdalena con direccion al sepulcro, y se habian detenido en el camino, se acercaron hácia el huerto, y casi como olvidadas de su principal amiga y compañera, é ignorantes de todas las novedades ocurridas en aquella madrugada, se decian entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra puesta á la entrada del sepulcro? pues era sobremano grande; y aunque contaban con este embarazo, no sabian que la Providencia habia removido este y el otro mayor, que era el haber huido los guardias que custodiaban el sepulcro; y mirando desde lejos con cuidado, alcanzaron á ver con claridad, puesto que ya habia salido al sol, que estaba quitada la piedra de la puerta del monumento, de lo que se alegraron precisamente porque creyeron que así podrian satisfacer con mas anchura los afectos de su piedad. Con esta inesperada ventaja se acercaron con cierta especie

[1] Origen. Hom. 10 in diversos.

[2] Div. Crisostom. Hom. 85 in Joann.

de alegría, aunque mezclada con algún temor; pero su sorpresa llegó á lo sumo cuando entrando en la cueva vieron á la mano derecha asentado el ángel del Señor bajo la figura de un joven bellísimo cubierto de una ropa larga y blanca; y sobrecogidas de temor, sin saber qué hacerse, fueron de repente consoladas por el mismo mensajero celestial, que les dijo: *No tengáis miedo ni temor alguno; sé bien á lo que venisteis. Buscáis á Jesús Nazareno crucificado: resucitó según lo había predicho: Venid, ved, y observad el sitio donde lo pusieron.* Si, venid, bajad, vereis el paraje donde descansó vuestro Dios y mi Dios, el Dios y Señor de los ángeles y de los hombres; cercioraos por vosotras mismas, y ya que os gloriais de ser del número de sus fieles discípulos, cumplid el oficio de tales llevando á los apóstoles, y particularmente á Pedro, la noticia alegre de su resurrección. Si, id y decidles: Resucitó nuestro Señor y Maestro; va delante de vosotros á esperaros á Galilea, allí lo vereis como os lo tiene prometido.

Mucho hay que advertir sobre este paraje, pero no todo se puede decir. Temían, y se las aparece un ángel, pero ángel bueno, que si bien al principio las aterra con su resplandor, las alienta después con su conversacion y las alegra al fin con la fausta noticia que las da y con la importante comision que las manda desempeñar. En esto se diferencia el ángel bueno del malo, porque este aterra al principio con su horrible voz, luego engaña con falsas promesas, y al fin contrista, porque descubierta el engaño induce á la desesperacion. Las manda no temer, como quien dice: Teman los que no aman la compañía de los ciudadanos celestiales, y oprimidos por los deseos de la carne desesperan de poderla conseguir. Vosotras empero que buscáis á los siervos del Señor, y en ellos halláis vuestros conciudadanos y amigos, ¿por qué habéis de temer [1]? Vosotras que buscáis á Jesús crucificado y muerto, ya temisteis bastante en su pasión y muerte: pasó el tiempo del temor y llegó el de la satisfaccion verdadera, el del gozo cumplido. Vosotras, que no le buscáis triunfante, sino abatido, sabed que triunfó y se exaltó magnífica y gloriosamente. Resucitó, no está aquí [2]. Esto es,

[1] Div. Gregor. Hom. 25 in Evangel.

[2] Div. Crisostom. Hom. 90 in Math.

por la presencia del cuerpo y de la carne, aunque de aquí no falta por la de la Divinidad y Majestad. Resucitó en cuanto á la humanidad, porque ningún daño pudo recibir en cuanto á la divinidad; y añadió *según dijo*, para traerles á la memoria cuanto les había manifestado anticipadamente al Señor con respecto á su pasión, muerte y resurrección, significándoles con esto que si á él no querían dar entero crédito, lo diesen á las profecías de su Maestro, enseñándolas el lugar donde había estado colocado, en confirmacion de la verdad que les anunciaba.

Mandólas que fuesen á anunciarlo á sus apóstoles y á Pedro para enseñarlas que no se las comunicaba tan dichosa nueva para que fuese para ellas solas el gozo y lo tuvieran encerrado en el fondo de su corazón, sino para que lo comunicasen á los que como ellas amaban y creían. Adviértase empero que no las mandó á los amadores del mundo, sino á los apóstoles y discípulos, porque á ellos estaba reservado el anunciar estos tan grandes misterios á todas las gentes y naciones del universo. Y por último, las dijo que anunciaran á aquellos les precedería en Galilea, porque quería el Señor que allí donde fué el principio del esplendor de la gracia, lo fuese también del esplendor de la gloria. A las mujeres manda el ángel que anuncien á los apóstoles la resurrección del autor de la vida, porque una mujer anunció al hombre primero por la persuasion del diablo la entrada en el mundo de la muerte [1]; y así como se verificó la venida de la muerte al mundo por la sugestion del diablo á la mujer y de esta al hombre, así también la anunciacion de la vida se verificase por medio de un ángel á las mujeres, y por estas á los varones.

Hízose especial mension de Pedro, ya por la primacía que el Señor le había prometido entre los apóstoles, ya porque atendida la magnitud del pecado de la apostasía no desespérase de la reconciliacion y no temblase de presentarse con los demás apóstoles á la vista del Salvador; pues se gozaba indigno del discipulado por haber negado tres veces al Maestro [2]; por lo que fué preciso llamarle expresamente. Allí le vereis, les dijo; sentencia breve según sus

[1] Div. Gregor. Hom. 21 in Evangelia.

[2] Div. Hieronim. Hom. 16 in Marc.

silabas, pero grande en la cantidad de la promesa. Allí está preparada la fuente de nuestro gozo y de nuestra salud eterna. Allí se juntan todos los dispersos, y se robustecen los tímidos y humildes de corazón. Allí le vereis; pero no como antes le visteis, sino triunfante y glorioso, resucitado de entre los inertes, pero para no morir otra vez.

Aun en lo restante de esta narracion se nota alguna que otra muy pequeña diferencia entre los Evangelistas; todos convienen en que obedientes á la voz del ángel entraron á la gruta donde habia estado sepultado el Señor; y como no hallasen el Santo cuerpo de Jesús que buscaban, se aumentó su temor de tal manera, que salieron de allí sin atreverse á levantar los ojos para mirar otros dos ángeles que se les aparecieron en figura humana, hasta que deslumbradas con el resplandor de sus vestidos, que eran sobrenaturalmente blancos, hermosos y resplandecientes, hubieran de fijar en ellos su atencion; y entonces las dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos, al que está vivo y es la vida misma? No está aquí, ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo un día estando aun con vosotros en Galilea; esto es, que convenia que el Hijo del hombre fuese entregado en manos de sus enemigos, que fuese crucificado y que resucitase al tercer día. Esta advertencia les acordó la predicción del Salvador, pero no bastó para disipar enteramente su miedo. Salieron con precipitación del sepulcro, con gozo al mismo tiempo para ir á dar las nuevas á los discípulos; pero la celeridad con que caminaban, y el temor y el gozo de que iban llenas, no las permitió declararse á persona alguna. Marchando ellas con esta precaucion, he aquí que les salió al encuentro Jesús y las saludó diciendo: *Dios os guarde*. Mas ellas acercándose, abrazaron sus pies y le adoraron. Entre tanto les dijo Jesús: No temáis, id y notificad á mis hermanos que vayan á Galilea y que allí me verán. Marcharon pues y dieron noticia de todas estas cosas á los once y á los demás que estaban con ellos. Algunos tuvieron esta relacion como un delirio, y no creyeron lo que les decían. Las mujeres que la hicieron fueron: Maria Magdalena, y Maria, mujer de Cleofas; Juana, mujer de Chusás, intendente que fué de Herodes; Salomé, madre de Juan y Diego, y otras que ordinariamente seguian al Salvador y habian subido con

aquellos desde Galilea, y todas de comun acuerdo testificaban que Jesús habia resucitado, y que ellas habian tenido la dicha de verle y de hablarle.

Mientras que con estos y otros no menos admirables prodigios queria Jesús que se divulgase y testificase el misterio de su santa resurreccion, sus furiosos é implacables enemigos se afanaban en buscar medios, por abominables que fuesen, para desvanecerlo, destruirlo y hacerlo increíble; y á pesar de que los centinelas lixa y llanamente les habian referido que habian visto un jóven lleno de majestad que bajaba del cielo hácia el lugar donde ellos estaban, que á su llegada hizo temblar la tierra, que el terremoto dobló é hizo volar la piedra que cerraba el sepulcro, en el que ya no apareció el cadáver del Hombre que habia sido crucificado; que este espantoso ruido y la vista del jóven, cuyo semblante era resplandeciente y mas terrible que el rayo, les habia derribado, haciéndoles rodar por el suelo sin sentido y como muertos: con todo, los hombres de la iniquidad no se convencieron á vista de tan portentosas maravillas; y endurecidos cada vez mas, en vez de adorar y reverenciar el poder que triunfaba del suyo y de la muerte, determinaron hacer lo posible para impedir que se creyese el misterio de la resurreccion. Dieron á los soldados una gruesa suma de dinero para que dijese que durmiendo ellos por la noche vinieron sus discípulos y se llevaron su cuerpo: y para quitarles el miedo que debia inspirarles la confesion del delito que les aconsejaban, les aseguraron, que en el caso de que este hecho llegase á noticia del gobernador, interpondrian con él su autoridad para eximirlos de toda responsabilidad y castigo. Creyeron los dichos los soldados, y habiendo recibido el dinero empezaron á esparcir por todas partes la grosera y criminal impostura, que la pérdida de los unos atestiguaba y la atrevida necedad no rehusaba creer.

Con esta movida dice san Crisóstomo [1]: Contaron los soldados lo que les habia sucedido, para que resplandeciese mas la verdad anunciada por los mismos contrarios, á cuyo fin se verificó á su vista el terremoto y la maravillosa aparicion del ángel. Contrá su pro-

[1] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

plia voluntad é intencion publicaron los designios de la Providencia que querian impedir, y se divulgó con mayor rapidéz lo que querian ocultar. ¡Oh necesidad verdaderamente estúpida y grosera! ¡Testigos dormidos presentas! Si dormían, ¿cómo vieron el hurto? Si no lo vieron, ¿cómo pueden ser testigos? Si eran guardias, ¿por qué no cumplieron con su deber y detuvieron los ladrones? ¡Ah! Ellos mintieron sobre su cabeza, pues no eran tan condescendientes que si hubiesen visto ladrones no los hubiesen detenido. En verdad que cuanto decían no presentaba sino el aspecto de la mentira. Si los discípulos eran hombres idiotas y pobres, y como discípulos de Cristo aborrecidos, ¿cómo habían de atreverse á robar el cuerpo de su Maestro? Si aun viéndolo hubieron por el temor de los soldados, ¿cómo habían de llegar después de muerto al lugar que estos en tanto número guardaban? De aquí se desprende que los judíos maquinaban algo más que la muerte de Cristo. Maquinaban también la perdición de los apóstoles, cuando querían complicarlos en el crimen del hurto. Abandonó la Sinagoga los soldados negligentes y criminales, y se entregó á sí misma á la burla y al desprecio. Los discípulos recobraron al Maestro, no por el hurto, sino por la fe; no por el fraude, sino por la esperanza; no por el crimen, sino por el amor; por esto le recobraron vivo y no muerto.

La malicia y la perfidia de los sacerdotes y escribas se extendió aún á más; quisieron comprar, y compraron efectivamente con dinero, el silencio de los soldados; mas no se crea que fué dinero propio, sino dinero de los tesoros del templo; dinero de las oblationes de los pobres, y el que debía servir para la mayor gloria del Señor, se expendió para que se coronase su afrenta. Con dinero compraron su sangre, con dinero compraron la mentira que oscurecía su gloria. Sobre lo que dice san Jerónimo: Los soldados confiesan el milagro. Los que en su vista debían convertirse y hacer penitencia buscando al resucitado, perseveran en la malicia, y convierten en redención de la mentira la moneda que se había dado para subsidio del templo, así como habían invertido antes las treinta monedas de plata en la compra de un traidor [1]. No nos mara-

[1] Div. Hieronim. in cap. 28 Math.

villemos pues, continúa san Crisóstomo, de que las monedas pudiesen tanto en el corazón de los soldados, cuando tanto pudieron en el de Judas, que de apóstol y discípulo de Cristo le convirtieron en traidor. Nada hay cerrado ó oculto que por medio del dinero no se abra, revele y manifieste [1].

Así que para convencimiento de la realidad de este tan glorioso é importante suceso, para cerrar enteramente la boca á la malicia engañosa de los escribas, Jesús después de su pasión se mostró vivo á sus apóstoles, dándoles muchas pruebas de su resurrección por espacio de cuarenta días, comiendo y hablando con ellos acerca del reino de Dios, esto es, sobre la constitucion y gobierno de su Iglesia [2]. Y fué visto en el trascurso de aquellos por muchos que habían subido juntamente con él desde Galilea á Jerusalem [3]. Y se apareció á Cefas, y después de esto á los once, y otra vez se mostró á más de quinientos humanos juntos, de los cuales decía san Pablo á los de Corinto, viven todavía muchos y los demás murieron [4]. Después se manifestó á Jacobo, luego á todos los apóstoles. Y últimamente, como á abortivo y el más pequeño de todos ellos, se me apareció á mí. Todos los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo [5], esto es, todos sus pregoneros y anunciadores de su resurrección, de la que somos testigos.

Una de estas grandes é importantísimas apariciones para sanar las incredulidades de sus discípulos, tuvo lugar en el mismo día de su resurrección, y fué acompañada de circunstancias muy interesantes. Dos de sus discípulos, queriendo al parecer distraerse de la gran melancolía de que estaban preocupados sus ánimos, iban por la tarde hacia la aldea de *Emaus*, distante dos leguas de Jerusalem. El uno de ellos se nombra, y como se cree, según san Ambrosio [6], que el otro era el propio historiador de este suceso (*san Lucas*), se calla su nombre por humildad. Iban hablando como era regular de los sucesos que en aquellos días se habían verificado en

[1] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

[2] Actor. cap. 1, vs. 3 et 4.

[3] Idem. cap. 13, v. 30.

[4] Div. Paul. Epist. 1^a ad Corinth. cap. 15, vs. 5 et 8.

[5] Actor. cap. 13, v. 31.

[6] Div. Ambros. in cap. 24 Lucæ.

la gran ciudad, y a lo mejor se les juntó en el camino un hombre para ellos entonces desconocido y les preguntó qué hablaban, de dónde venían, y cuál era el motivo de la tristeza tan grande que manifestaban en su semblante. Ella, no hay duda, era indicio de su amor al Maestro, porque le amaban de veras, le veían, pero porque dudaban no le conocían, y por esto el Señor tuvo ocasión de preguntarles sin ser conocido. Las preguntas de Jesús fueron como un motivo de que se aumentase más la pena de sus apóstoles, pues creían que ninguno de los que en aquellos días habían frecuentado la ciudad, podía dejar de saber lo que en ella había sucedido; así pues, uno de los dos llamado Cleofas, le respondió como quejoso y apesadumbrado, y le dijo: ¡Es posible que entre tantos extranjeros como ha habido estos días en Jerusalén, tú solo ignores lo que en ella ha sucedido?

Llevó Jesús adelante su plan; y como aparentando ignorarlo todo, le dijo: Y bien, ¿qué es lo que ha pasado? Y entonces Cleofas comenzó a manifestarle el grandioso motivo de su pena, esplanándole todos los sucesos de la pasión y muerte de Jesús, diciendo: Hablábamos de lo que ha sucedido á Jesús Nazareno, que fué un hombre sin igual, un gran profeta, poderoso en obras y palabras, aprobado por Dios y amado de todo el pueblo. Peregrino le juzgaron, dice el venerable Beda [1], porque desconocieron su semblante; y en verdad era ya peregrino para ellos, porque lleno de la gloria de la resurrección, distaba mucho de la fragilidad de la naturaleza humana; y como extraña su fe al misterio de la misma resurrección, se les presentaba como extraño. Y adviértase que solo le dan el nombre de profeta callando el de Hijo de Dios, ó porque no creían perfectamente, ó por no caer en manos de los judíos; pues ignorando quién era aquel con quien hablaban, celaban la verdad de su creencia y la escondían en el fondo de su corazón; mas á pesar de todo, ellos continuaron. Nuestros pontífices, sacerdotes y magistrados lo trataron indignamente, y después de haberle entregado á Pilatos, le hicieron condenar injustamente á que muriese en un cruz entre dos ladrones. Su muerte nos ha llenado de terror y conster-

[1] Ven. Bed. in cap. 24 Lucæ.

nacion, pues vivíamos en la esperanza de que él era el que había de redimir á Israel; pero ya vemos como perdidas nuestras esperanzas, por ser hoy el tercero día que corre después de tales acontecimientos. Bien es verdad que algunas mujeres de los nuestros nos han causado hoy mismo mucha admiración, las cuales antes del amanecer fueron al sepulcro, y no encontrando su cuerpo vinieron diciendo: Que habían tenido allí una visión de ángeles, los cuales decían que Jesús había resucitado y estaba vivo, y fueron algunos de los nuestros al monumento y hallaron ser cierto lo que las mujeres habían dicho; mas á él no le vieron. ¿Pero quién ha de creer una maravilla tan grande que se apoya en tan débiles testimonios?

La desconfianza de estos dos discípulos había llegado al extremo, y no podía curarse sino con remedios fuertes y algo violentos: aprovechó por tanto el Señor esta ocasión para reprender su incredulidad é instruirlos oportunamente, y así les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer los oráculos de los profetas! Necios, por la ceguedad de vuestro entendimiento; tardos de corazón, por la frialdad de vuestros afectos; y uno y otro, porque todavía no comprendéis bien lo que está escrito sobre los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Por ventura, ¿no fué necesario que Cristo padeciera todo esto y que así entrara en su gloria? Puede ser que vosotros no podáis concordar las humillaciones del Mesías con sus grandezas, y las ignominias de su muerte con las glorias de su resurrección; y así les fué declarando é interpretando todos los pasajes de la Escritura que hablaban de él, comenzando desde Moisés y concluyendo por los profetas.

Diciendo estas cosas, caminaba siempre con ellos hasta que llegaron cerca de la aldea á donde se dirigían: entonces hizo ademán de quererlos dejar y pasar mas lejos, lo cual no fué finimiento, sino una lección muy importante, para enseñar por este medio á los discípulos cuanto desea que se le pida cuando se desea la dicha de poseerle y tenerle consigo, dándoles al mismo tiempo ocasión de practicar la hospitalidad tan recomendada por los judíos, preparándoles de este modo y haciéndoles dignos de la gracia que les quería conceder. Ellos efectivamente procuraron entonces detenerle con mucho empeño, rogándole con la mayor eficacia que se queda-

se en su compañía, porque era ya tarde y se acercaba la noche, á cuya instancia condescendió el Señor: entró con ellos en la misma casa y aun tuvo la bondad de comer en su compañía. Así que, asentándose en la mesa, tomó al punto uno de los panes sin levadura que en ella había, pues no les era permitido á los judíos tomar otro durante la Pascua; y bendiciéndole, lo partió entre todos, con cuya acción les pareció que se abrían sus ojos, y conocieron al instante al Señor, mas él se desvaneció y desapareció de su vista.

Todas estas cosas que practicó Jesús con sus dos apóstoles en esta admirable jornada, todas tienen grandes é importantes significaciones. Estrecha era ya aquella puerta y sobremañera pequeña para que entrase por ella en un castillo de la tierra el que por la mas estrecha y angosta, cual era la de su pasión y muerte, había entrado en los eternos palacios de la gloria. Deliran pues, y deben ser reputadas por personas de poco juicio, las que sin padecer tribulaciones desean entrar en la gloria ajena, cuando Cristo sin ellas no entró en la suya propia. Convino que padeciese mucho para entrar en su reino natural; por consiguiente debemos tambien nosotros padecer mucho para entrar en el mismo reino de Dios que se nos da de gracia [1]. Ejemplo tenemos de esto en todos los amigos y amados de Cristo que por el camino de la pasión voluntaria llegaron al reino de Dios; porque en efecto hubiera sido cosa muy extraña que los miembros resistiesen entrar por donde entró la cabeza, ó los vasallos no quisieran entrar por la puerta por donde entró su Rey. Y san Bernardo añade: Cristo nuestra cabeza entró en el cielo por el camino de la pasión; sería pues soñar creer que por otro podríamos llegar allá [2].

Desapareció Cristo de la vista de los dos apóstoles, y solo les quedó la confusión de su incredulidad y el desconsuelo de no poder gozar mas de su amable compañía; por esto empezaron á decir entre sí entonces pasmados de su beguedad: ¿No sentíamos nosotros en nuestro interior un fuego ardiente, pero secreto, que ilustraba el espíritu y abrasaba el corazón durante el tiempo que hablaba con nosotros en el camino? ¿Cómo pudimos dejarle de conocer cuando con

[1] Ven. Bed. in cap. 24 Luc.

[2] Div. Bernard. Serm. de Pasione.

tanta maestría nos esplanaba y desenvolvía el sentido de las Escrituras [1]? Oyendo sus discursos se inflama el ánimo, desviase el frío de la torpeza, el alma se enardece cada vez con deseos santos, y alejada de los de la tierra, desea oír con mas libertad los preceptos y los consejos celestiales, que como hachas abrasadoras, continuamente la foguean [2], y esta es la razón porque en el mismo momento, aguijoneadas por este fuego interior, se levantaron de la mesa y regresaron á Jerusalem, donde hallaron congregados á los demás, y algunos otros fieles que se habían reunido con ellos, y les decían: Resucitó verdaderamente el Señor y se dejó ver de Simon, Pedro. Los otros dos añadieron oportunamente su testimonio, contando cuanto les había pasado en el camino, y como llegaron á conocerle en el modo de partir el pan. Sin embargo, algunos de ellos ni aun por esto creyeron el misterio que se les anunciaba.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que rotas las ligaduras de la muerte glorificaste tu cuerpo, y con gloria tan inefable resucitaste: yo, miserable pecador, te ruego y suplico por tu santísima resurrección, me des gracia, para que levantándome de la muerte de los vicios, florezca siempre en virtudes y resucite á una nueva vida, y que siempre busque y guste los bienes eternos y no los percederos de la tierra: ruegole tambien por la virtud inmensa de tu claridad, purgues mi alma de las tinieblas de los pecados, y en el día de la resurrección universal me rescues para la gloria, para que en el cuerpo y en el alma me pueda yo gozar contigo para siempre. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XXVIII de san Mateo, desde el versículo 1 hasta el 15. En el XVI de san Marcos, desde el versículo 1 hasta el 13. En el XXIV de san Lucas, desde el versículo 1 hasta el 35. Y en el XX de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 18, todos inclusive.

[1] Origen. Hom. 7 in Exod.

[2] Div. Gregor. Hom. 39 in Evang.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la misa del sábado Santo, desde el versículo 1 hasta el 7. De el de san Marcos, para el Evangelio de la misa del domingo de Resurrección, desde el versículo 1 hasta el 7. De el de san Lucas, para el de la misa del lunes de Pascua, desde el versículo 13 hasta el 35. Y de el de san Juan, para el de la misa del sábado *In Albis*, desde el versículo 1 hasta el 9; y para el de la misa de la feria quinta después de Pascua, desde el versículo 11 hasta el 18, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO SANTO.

San Mateo, cap. XXVIII, vs. 1 al 7.

En el primer día de la semana al amanecer, pero siendo aun oscuro, vino María Magdalena con la otra María á visitar el sepulcro. Y al punto se sintió un gran terremoto, porque el ángel del Señor bajó del cielo; y llegando, apartó la piedra y se sentó sobre ella. Su rostro brillaba como el relámpago, y sus vestidos eran blancos como la nieve. Y aterrados los guardas del miedo que le tuvieron, quedaron como muertos. Mas dirigiéndose el ángel á las mujeres, les dijo: Vosotros no temáis, porque sé que buscáis á Jesús el que fué crucificado. No está aquí, porque ha resucitado según predijo. Venid y ved el lugar donde estuvo puesto el Señor, y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado, y él va delante vosotros á Galilea: allí lo vereis, ved ahí que os lo presengo.

EVANGELIO PARA LA MISA DE LA DOMINICA DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vs. 1 al 7.

En aquel tiempo María Magdalena y María, madre de Jaime, y Salomé, compraron aromas para ir á ungir á Jesús. Y partiendo al amanecer en el primer día de la semana, llegaron al sepulcro después de salido el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos apartará la

piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando, vieron que estaba quitada la piedra, la cual era en verdad muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado á la mano derecha vestido de una ropa blanca, y quedaron atónitas. El cual les dijo: No temáis; ¡buscáis á Jesús Nazareno crucificado? Ya resucitó, no está aquí; ved ahí el lugar donde le pusieron. Mas id, decid á los discípulos y á Pedro que él irá delante de vosotros á Galilea; allí le vereis como os lo dijo.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.

San Lucas, cap. XXIV, vs. 13 al 35.

En aquel tiempo dos de sus discípulos de Jesús iban el mismo día á una aldea que distaba de Jerusalem sesenta estadios, y se llamaba Emmaus. E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habian ucaecido. Y sucedió que yendo hablando entre sí y preguntándose el uno al otro, se llegó el mismo Jesús é iba en compañía de ellos; mas los ojos de ellos estaban de tal manera impedidos, que no pudiesen conocerle, y díjoles: ¿Qué conversaciones son esas que caminando lleváis entre los dos, y estais tristes? Y respondiendo el uno que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalem, que no sabes las cosas que en ella han pasado en estos días? Díjoles él: ¿Qué cosas son estas? Y dijeron: De Jesús Nazareno, el cual fué un varon profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos sacerdotes y los magistrados para que le condenasen á muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israel, y ahora sobre todo esto es hoy el tercero día que esto ha acontecido. Aunque tambien unas mujeres de nuestra compañía nos han aterrado, las cuales antes del día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que tambien habian tenido una vision de ángeles, los cuales dicen que vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro y hallaron ser así como las mujeres habian dicho; mas á él no lo encon-

traron. Entonces él les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Por ventura no era menester que padeciese Cristo estas cosas y que así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de todos los profetas, les declaraba lo que se había dicho de él en todas las Escrituras. Y se fueron acercando á la aldea donde iban. Y Él fingió que iba mas lejos. Mas le detuvieron por fuerza diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace ya tarde y va á cerrar la noche. Y entró con ellos. Y aconteció que estando á la mesa con ellos, tomó el pan, y le bendijo, y partió, y les daba de él. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y decían entre sí: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al punto regresaron á Jerusalén y hallaron congregados á los once y á otros de su séquito que decían: El Señor ha resucitado verdaderamente y ha aparecido á Simón. Entonces ellos les contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo le conocieron en el partir el pan.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO *In Albis.*

San Juan, cap. XX, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo, el primer día de la semana, María Magdalena fué de mañana al sepulcro. Corrió pues, y fué á Simón Pedro y al otro discípulo á quien amaba Jesús, y les dijo: Llevado han al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto. Salí pues Pedro y el otro discípulo y fueron al sepulcro. Y corrían los dos juntos; mas aquel otro discípulo corrió mas aprisa que Pedro y llegó antes que él al sepulcro. Y habiéndose bajado á mirar, vió los lienzos en el suelo y el sudario que había estado sobre su cabeza, no junto con los demás lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y lo vió y creyó, porque aun no sabían la Escritura que era menester que él resucitase de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XX, vs. 11 al 18.

En aquel tiempo estaba María llorando fuera, cerca del sepulcro. Y llorando como estaba, se inclinó á mirar el sepulcro y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno á la cabeza y otro á los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Dícenle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Respondióles: Porque se han llevado á mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Habiendo dicho esto, volviéndose hácia atrás vió á Jesús en pie; mas no sabía que era Jesús. Dícete Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo le llevaré. Dícele Jesús: María. Volvióse ella y le dijo: *Rabóni*, que quiere decir Maestro mío. Dícete Jesús: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre. Mas vé á mis hermanos y diles subo á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro. Vino María Magdalena contando á los discípulos, que he visto al Señor y me ha dicho estas cosas.

CAPÍTULO XXVIII.

EN EL MISMO DIA DE SU TRIUNFANTE RESURRECCION APARECE EL SALVADOR A SUS APÓSTOLES DESPUES DE ANOCHECIDO ESTANDO ENCERRADOS EN EL CENACULO, FALTANDO EMERO TOMAS: OPERACION QUE REPITE OCHO DIAS DESPUES EN EL MISMO PARAGE CERRADAS TAMBIEN LAS PUERTAS, ESTANDO A LA VEZ TOMAS CON ELLOS.

De alguna cuantía y bulto parecen á algunos escritores mas tímidos que prudentes y reflexivos, las dificultades que surgen de la simple lectura de las últimas cláusulas de los Evangelistas, después de la resurreccion de Jesús; pues creen que envuelve una contradicción que san Mateo nos diga que apareció á los once discípulos en el monte para donde los habia convocado, sin referirnos la aparición del castillo ó aldea de Emmaus que nos cuenta san Lúcas; y que este omita la que nos dice san Juan, tuvo lugar en el mismo día y entrada ya la noche, estando encerrados los mas de los apóstoles en el cenáculo, pasando en silencio los otros Evangelistas esta tan notable y remarcada por todas sus circunstancias; pero para zanjarlas, esclarecerlas y salir de todas ellas de una vez, es preciso cono-

cer que el estilo de los Evangelistas es rápido y conciso, y que en varias oraciones omiten muchas circunstancias, la cronología, el cuándo y el cómo de los sucesos que refieren. En el asunto presente vemos que san Mateo y san Marcos refieren en un breve capítulo los sucesos ocurridos en los cuarenta dias que pasaron desde la resurreccion de Jesucristo hasta su gloriosa ascencion á los cielos. Unos han consignado en su historia varios hechos que omiten otros, ó no hicieron mas que indicarlos; y ninguno hay que no pueda fácilmente convencerse de esta verdad por la simple lectura del Evangelio; y sin distraernos de nuestro propósito por la narracion de las diferentes apariciones del Señor á sus discípulos, en este tiempo intermedio entre su resurreccion y ascencion á los cielos; por lo que seguiremos el órden que parece mas verisímil, atendida la verdad de los hechos que los Evangelistas refieren.

A la tarde ó al anochecer de aquel mismo dia, el primero de la semana, estando los discípulos congregados y las puertas cerradas por temor de los judíos, apenas los que llegaron de Emmaus acababan de referir á los demás lo que les habia sucedido, inmediatamente vino Jesús, se los apareció, se puso en medio de ellos y díjoles: La paz sea con vosotros, yo soy, no temais. Empero ellos sobrecogidos de terror y espanto imaginaban ver un espíritu ó fantasma. Esta fué la vez primera en que juntos los apóstoles, menos Tomás, vieron al Salvador resucitado. Si se examina bien su situacion, no hay duda que era muy triste. Conociáanse culpables á los ojos de Cristo porque lo habian abandonado, y el pueblo fanatizado por los escribas los tenia por sospechosos de sedicion. Mantenianse por tanto ocultos después del suplicio vergonzoso del Maestro, y no se dejaban ver juntos como antes solian, porque creian no podian hacerlo impunemente; por cuya razon estaban encerrados con toda diligencia y precaucion. Jesús, para darse á conocer á sus discípulos y convencerlos de que su cuerpo estaba dotado de todas las cualidades de un cuerpo glorioso, habiendo penetrado las puertas sin abrirlas, se halló repentinamente y de improviso en medio de ellos. Así es, dice san Agustín [1], que el que nació al mundo dejando á

[1] Div. August. in cap. 20. Joann. Tract. 121, num. 4.

su Madre virgen y saliendo del sepulcro, no halló estorbo en la losa que lo cerraba, así pudo entrar en aquel aposento sin abrir las puertas. Llevado en alas del amor, llegó á la presencia de los apóstoles para sanarlos de la incredulidad y sacarlos del atoladero en que se hallaban, fluctuando entre la esperanza y el temor, entre la turbación y el gozo, entre la zozobra y la paz. Para quitarles toda la turbación, les da la paz y se la inspira, porque su voluntad es omnipotente. No les da la paz engañosa del mundo, sino la paz del cielo, que es el primer don del Espíritu Santo y el primer fruto de la resurrección de Cristo; y cuando les considera bastante fortalecidos, se empeña mas en quitarles todo motivo de duda ó recelo.

¿Cuál es la causa de vuestra turbación? les pregunta, como si la ignorase. ¿De dónde nacen estos pensamientos que agitan vuestros corazones? Mirad mis manos, mis pies y mi costado, y no os quedará la menor duda que yo mismo soy, el mismo con quien antes conversábais, el mismo que visteis morir en la cruz. Conservó el Señor las llagas para curar las que la incredulidad había abierto en los pechos de los discípulos. Palpad y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo lo tengo. Es cierto que esta advertencia sosegó sus espíritus turbados; pero su alegría no era aún cumplida, porque su fe estaba imperfecta; su vista les causaba una profunda admiración, sin atreverse casi á alegrarse, porque cuanto veían les parecía increíble. Les enseñó las manos como para incitarles á la pelea, y fué lo mismo que si les dijera: Ved las manos con las que peleé fielmente por vosotros; os las enseño para que sepáis que habéis de estar siempre prontos para guerrear, porque sin esto nunca sois vencedores. Pelead pues varonilmente, porque solo el que pelear y venciere se sentará conmigo en mi trono. Les mostró el costado para provocarles á amar, como si les dijera: Ved el costado abierto, el corazón traspasado, para que conozcáis cuánto os amé, y cuanto en justa correspondencia debéis amar-me. Y les enseñó los pies para enseñarlos á caminar por el camino de la virtud, para afirmarlos en la perseverancia, y para demostrarles que no habían de volver atrás en el que habían comenzado á andar.

Grande milagro era el de la resurrección, pero no era pequeño el

de dejarse palpar y ver; porque el cuerpo de Jesús, inmortal é incorruptible, no podía verse ni palpase sin un milagro muy grande por los ojos y las manos corruptibles y mortales. Así pues dice san Gregorio [1]: Permitió que su cuerpo pudiera tocarse, para confirmarnos en la fe, y que pudiera verse, siendo incorruptible, para certificarnos en la esperanza del premio. Con esta prueba se enajenaron de gozo los discípulos, y como turbados y fuera de sí, como que no acabasen de creer lo mismo que veían; y entonces Jesús para convencerles mas y mas y llevarles hasta la evidencia, les dijo: ¿Teneis aquí algo que comer? y habiendo traído parte de un pez que estaba á la mano con un panal de miel, comió, no en la apariencia, sino real y verdaderamente; no obstante que por el estado en que ya estaba, no tenía necesidad de alimento, repartiéndolo después entre sus discípulos los residuos de la comida.

Para confirmarles en la fe que ya les había inspirado, les dijo: Acordaos de las palabras que os hablé estando aun con vosotros, á saber: Que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que de mí están escritas en la ley de Moisés, y en los profetas y en los Salmos; porque después de la división que hizo Esdras de los libros sagrados, luego que regresaron los hijos de Israel de la cautividad de Babilonia, solamente los que se comprendían en esta división eran tenidos por canónicos en la Sinagoga, por cuya razón les habló el Señor en este sentido. Al mismo tiempo dispuso á las tinieblas de sus entendimientos, y los ilustró para que comprendiesen el sentido verdadero de las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así fué necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de los pecados, en todas, y á todas las gentes y naciones, comenzando desde Jerusalem.

La destemplada crítica de algunos que todo lo satirizan, y de todo quieren sacar provecho para desacreditar la fe de los apóstoles, y la caritativa conducta de Jesús para con ellos y para con nosotros, ha llevado su audacia hasta criticar de excesiva la condescendencia del amantísimo Salvador; pero esto es porque sin duda no coin-

[1] Div. Gregor. Hom. 26 in Evang.

prendieron que el Señor no trataba solamente de asegurar la fe de la resurrección en aquellos corazones, sino de disponerlos para que fuesen mártires de ella, y para hacer auténtica la de un misterio, sin la cual sería nuestra creencia vana, y engañosa nuestra esperanza. Con este fin, y con el de que se cumpliese lo que estaba dicho por Isaías [1], á saber: Que de Sion había de salir la ley, esto es, la predicación del Evangelio, y que la palabra de Dios también había de resonar majestuosamente en Jerusalén, les iba disponiendo para que conociendo bien toda la intensidad, dulzura y eficacia de la misma caridad que con ellos practicaba, se dispusieran para usarla ellos con los demás, á quienes prontamente los había de mandar.

Dióles en seguida otra vez la paz, y se la concedió como autor de ella, como á su repartidor y distribuidor; y repitiéndoles esta salutación, les aseguró con ella que perdonaba y olvidaba su falta de fe, preparándoles con esto para la misión con que les iba á honrar, asegurándoles que eran tan autorizados á predicar el Evangelio, como él había venido al mundo para anunciarlo. *Como me envió mi Padre, les dijo, así también os envío yo.* Mi Padre me envió para enseñar la verdad á la Juden. Yo os envío para anunciarla á todo el mundo. Yo os constituyo mis vicarios y legados. Yo os doy mis veces, y os encargo este nuevo oficio de enseñar, de predicar, de bautizar, para que el nombre del Padre y el mío sean glorificados [2]. Porque os amo con aquella caridad con que mi Padre me ama, os envío como él me envió. Yo os envío para que seáis glorificados entre los escándalos de las persecuciones, como yo lo fui entre los oprobios de la pasión [3]. Pero como sabía su Majestad que para desempeñar debidamente este grandioso ministerio con que acababa de honrarles era necesaria la gracia del Espíritu Santo, los abrazó en confirmación de la paz que les había dado; y soplando sobre ellos, les dijo: *Recibid al Espíritu Santo; aquellos á quienes perdonareis los pecados, perdonen los son; y aquellos á quienes los retuviéreis, retenidos los son.* Cuyas palabras unidas á las

[1] Isaie. cap. 2. v. 3.

[2] Div. Crisostom. Hom. 85 in Joann.

[3] Div. Gregor. Hom. 26 in E. angel.

antecedentes, son la completa autorización para el desempeño de la misión que les había dado, pues equivale á decir: Cuando perdonéis las culpas de aquellos que juzgueis dignos de absolución, ó cuando retuviéreis las de aquellos que os parecieren indignos de ella, lo ejecutaréis como vice-gerentes del soberano Juez, que confirmará vuestra sentencia, y ratificará en el cielo todo lo que vosotros obráreis en la tierra. La Iglesia enseña que estas palabras encierran la potestad de perdonar los pecados por medio del bautismo y la penitencia. ¡Oh altísima dignidad la del que recibe el Espíritu Santo para comunicarle á los miembros de Cristo! Sobre lo que es digno de oírse san Agustín [1]: Para demostrar con mayor claridad que se perdonaban los pecados por la virtud del Espíritu Santo que comunicó á sus fieles, y no por los méritos de los hombres, en seguida añadió: Si á alguno los perdonáseis, *se les perdonan*; esto es, el Espíritu los perdona, no vosotros; porque el Espíritu es Dios, y Dios es el que perdona, no vosotros. El ministerio es vuestro, pero no la autoridad; esta es de Dios. Y Dios que habita en su templo, en el corazón de los fieles santos, perdona por ellos los pecados en su Iglesia, porque ellos son templos vivos.

A todo esto no estuvo presente Tomás, que se llamaba *Didymo*, y no hubo forma de que quisiese creer que Jesús había resucitado, por mas que los otros discípulos le asegurasen que lo habían visto, y que estaban muy ciertos de su resurrección. Contáronle todas las circunstancias de su aparición y de la conversación que con él habían tenido; pero á ninguna prueba quiso rendirse, ni se doblegó la incredulidad de que estaba lleno su pecho; y por toda respuesta dijo á sus compañeros: Si no veo las aberturas que los clavos hicieron en sus manos y pies, si no meto el dedo en ellas y en la flaga de su costado, no creeré lo que me referís. Tomás nos enseñó cuán temible es la pérdida de las gracias que promete Dios á los que viven unidos por la caridad como miembros de la misteriosa Cabeza á que deben permanecer unidos; cuán poderosa es la fuerza de la oración común; y cuán influyente es la gracia del buen ejemplo.

[1] Div. August. Hom. 23 lib. 50 Homiliar.

Fuera de la Iglesia no se halla el conocimiento de la fe ni la práctica saludable de las verdades. El principio de toda la resistencia de este apóstol fué, el no hallarse en compañía de los demás cuando se presentó el Salvador y colocado en medio de ellos les dió la paz. Hallóse con ellos al tiempo del escándalo, esto es, al tiempo de prenderle y cuando todos le abandonaron, y no se halló cuando vino á confinarlos en la fe y dárles la gracia. Participó del daño de la huida, y no del provecho de la venida: este era su mal. Por esto quería dar la ley al Maestro y ligar su fe á una condición que no le era permitido elegir, en desprecio de la autoridad de aquel, y de los apóstoles á quienes había ya autorizado para que revolases tan importante misterio. Esta obstinación era digna al parecer de un severo castigo; pero el Señor, que discernió la disposición de los corazones, y tiene bien pesadas y conocidas todas sus tendencias, no se ofendió de la libertad de su apóstol, tanto que lo abandonase á su ceguera; antes al contrario, la permitió para arrancar de los corazones de los demás la semilla de la incredulidad.

A este fin ocho días después, hallámbse otra vez reunidos todos los apóstoles, y Tomás con ellos, y estando también las puertas cerradas, se presenta de nuevo el Salvador; y cobrándose en medio de ellos como antes lo hizo, les repite su primera y favorita salutación: *La paz sea con vosotros*. Muy frecuentemente anunciaba Jesús la paz á sus discípulos, y la aconsejaba y mandaba, porque sin ella es imposible servir y agradar á Dios, que solo habita en las corazones que aman la concordia y la paz; pues el lugar de su descanso es el lugar de la paz. Vino al mundo para traerles la paz, y salió de él dejándonos la paz. Conversando con los hombres les predicó constantemente la paz, y les enseñó que toda la perfección de la vida cristiana y religiosa consiste en la caridad y la paz. Con grande diligencia pues debemos buscarla, y con grandísimo cuidado conservarla. Con este objeto nos dice el *Novísimo* [1]: Avergüenarse de menospreciar el encargo de la paz. Fué al tiempo de marcharse del mundo Jesucristo nos dejó,

[1] Div. Gregor. Nazianzen. Orat. de Pace.

La paz es un buen encargo á todos, y buscado y codiciado de pocos. ¿Y por qué causa? Por la ambición del mando, por el amor á las riquezas, por la preferencia en la opinión, por la mala voluntad, por el odio, por el desprecio ó por cualquiera de aquellas cosas en que incurren con mucha frecuencia los que viven olvidados de Dios.

En seguida se encaró Jesús con su apóstol, y mostrándole las manos traspasadas y el costado abierto, le dijo con benignidad: Acércate á tu Maestro, mete aquí tu dedo, examina estas llagas, sondea después la del costado, y no seas ya mas tiempo incrédulo, sino fiel. Una tan grande condescendencia de parte de Jesús, debió ser para su discípulo una reprensión bien sensible y una corrección severa. Con dificultad podrá creerse que tuviese Tomás el atrevimiento de usar de la libertad que su Maestro le daba; y si acaso lo ejecutó, no pudo ser sino por obediencia, para darnos esta prueba invencible de su resurrección; pues sin duda que ya el apóstol estaba confuso, penitente y persuadido. La vista de Jesús, el tono imponente de su voz, la consideración de sus heridas, el conocimiento que manifestaba del fondo de sus corazones, eran motivos muy eficaces para vencer la resistencia, y mayormente en el corazón de un apóstol que nada deseaba mas que ser convencido. Tomás no pudo dejar de ser perfectamente iluminado á vista de aquel Océano insondable de caridad y de luz, y prorumpir en una confesión de fe la mas sincera y perfecta, aunque algo tardía: *Señor mío y Dios mío*, exclamó al instante. Ved ahí al incrédulo hecho fiel, á la caña quebradiza y quebrada trocada en columna de bronce. Solo Cristo pudo convertir el escándalo de este discípulo, en prueba victoriosa de su divinidad. Veía y tocaba al hombre, y confesaba á Dios, dice san Agustín [1], al cual ni veía ni tocaba; mas por esto que veía y tocaba, creía lo otro sin duda alguna. Y san Gregorio añade [2]: El que considerando al verdadero hombre exclamó: Que era verdadero Dios, al cual no podía ver; no hay la menor duda que mirando creyó, y creyendo arrancó la duda de

[1] Div. August. in cap. XXI. Joann. Tract. 122. num. 4.

[2] Div. Gregor. lib. 2.º Homiliar. Hom. 26.

nuestro corazón. No la debió á la carne ni á la sangre, sino al Padre celestial, dador del conocimiento y del amor al Hijo.

Jesús empero que esto conocía mucho mejor que su discípulo, si bien aceptó su franca y pública confesión, manifestó el modo con que la aceptaba, cuanto mayor era y mas digna de elogio la conducta de los demás. *Porque me viste, Tomás, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron.* Lo que fué decirle: ¡Qué fuera de tí, y qué hubieras hecho si yo te hubiera negado este testimonio sensible de mi resurrección! Remisa fué tu fe, y diste mas crédito á tus sentidos que á mi palabra. No reprendo tu confesión, sino la tardanza de tu corazón. Bienaventurados aquellos que mas dóciles y sencillos que tú, borraron con la prontitud de su fe el anterior abandono que de mí hicieron. Había faltado Tomás ocho días antes á la visita en que sus colegas recibieron de Jesús su misión, su potestad y poderes: es muy de presumir que el celosísimo Maestro se los conferiría en esta, puesto que como á los demás le dió tambien en esta la paz, y fué con él tan condescendiente y misericordioso, lo cual verificado, se les desapareció como acostumbraba.

No se hace aquí mención de otros muchos prodigios que obró entonces el Señor en presencia de sus apóstoles, porque bastan los referidos para que crean todos los que leyeren este Evangelio, que Jesús es el Mesías ó Hijo de Dios, y creyendolo así, alcancen la vida eterna, que no puede obtenerse sino en su nombre y por sus infinitos merecimientos; por lo que decía san Juan [1]: Hijos míos, yo os escribo estas cosas á fin de que no pequeis; pero si por desgracia alguno pecare, no desespera, pues tenemos por abogado para con el Padre, á Jesucristo justo y santo; y él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados que se ofreció en la cruz y se ofrece cada día en el altar, y con la que se satisface y aplaca la justicia de Aquel; pues no solo se ofreció por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, al cual ruega al Padre por todos los pecadores, representándole su obediencia y el género de muerte que sufrió

[1] Div. Joan. Epist. 1.º cap. 2, vs. 1 et seqs.

para redimirlos y salvarlos á todos. Esto es sin duda lo que mucho tiempo antes habia anunciado Isaias [1], cuando dijo: Oh cielos, entonad himnos, y tú, oh tierra, regocíjate: resonad, oh montes, en alabanzas, porque el Señor ha consolado á su pueblo y se apiadará de sus pobres. Así como la mujer no puede olvidarse de su niño ni dejar de tener compasión del hijo de sus entrañas, así tampoco nunca me olvidaré yo de tí. Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos. ¡Ni cómo era posible que nos olvidase estando tan horriblemente llagado por redimirnos y salvarnos? Por esto concluye san Agustín [2]: Mira ahora al Señor, y contempla su grande y acostumbrada benignidad, su humildad, y su amor fervoroso: mira cómo enseña sus llagas á Tomás y á los demás discípulos para arrancar toda duda de sus corazones, por la suya y nuestra utilidad; está con ellos hablándoles del reino de Dios para que se consuelen, y para confirmarlos en la fe obra muchos milagros á su vista por espacio de cuarenta días.

ORACION.

Oh Santísimo Señor Hijo de Dios Padre, que apareciste á tus discípulos una y otra vez estando cerradas las puertas y ellos unidos en uno; y que para sanar la duda de Tomás le enseñaste las heridas que los clavos y la lanza habian abierto en tus manos, pies y costado sacratísimo: ruegote que cierres las puertas de mis sentidos interiores y exteriores contra los peligros de las tentaciones con el santo temor tuyo; mortifica y destierra en ellos todos los males con el vínculo de la caridad encendida; alúmbralos con la luz de la fe para que merezca ser consolado con tu vista, y pueda hallar por tu misericordia la paz del corazón en la vida presente, y la perdurable y eterna en el siglo venidero, donde te alabe sin fin con todos los ángeles y santos. Amén.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXIV de san Lucas, desde el versículo 36 al 47; y al XX de san Juan, desde el 19 hasta el 31, todos inclusive.

[1] Isaias. cap. 49, vs. 13 et seqs.

[2] Div. August. lib. 22 de Civit. Dei. cap.

La Iglesia usa del texto de san Lucas para el Evangelio de la misa de la Feria III después de Pascua; y de el de san Juan para el de la misa de la Dominica In Albis; y para el día de santo Tomás apóstol á 21 de diciembre, desde el versículo 24 al 29; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE PASCUA.

San Lucas, cap. XXIV, vs. 36 al 47.

En aquel tiempo se presentó Jesús en medio de sus discípulos y les dijo: La paz sea con vosotros, yo soy, no temáis. Ellos empero atónitos y atemorizados pensaron ver un espíritu. Mas él les dijo: ¿De qué os turbáis y dais entrada á tales pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved que el espíritu no tiene carne y huesos como vais que yo tengo. Y dicho esto les mostró las manos y los pies. Mas no acabándolo aun ellos de creer de gozo y maravillados, les dijo: ¿Teneis algo de comer. Entonces ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido á presencia de ellos, tomando las sobras, se las repartió. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé estando aun con vosotros, que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos de mí. Entonceo les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero día, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdón de los pecados por todas las naciones.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA In Albis.

San Juan, cap. XX, vs. 19 al 31.

En aquel tiempo, llegada la tarde de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en me-

dio, y les dijo: La paz sea con vosotros. Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y se alegraron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así tambien os envío yo. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espiritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y aquellos á quienes los retuviéreis, retenidos les son. Pero Tomás, uno de los doce, que se llama Didymo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Y él les dijo: Como yo no vea en sus manos el agujero de los clavos, y meta mi dedo en el lugar de los clavos, y meta mi mano en su costado, no lo creeré. Y ocho días después estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús estando cerradas las puertas, y puesto en medio, dijo: La paz sea con vosotros. Después dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesus: Porque me has visto, Tomás, *por eso* has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Otros muchos milagros obró tambien Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos han sido escritos para que creais que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengais vida en su nombre.

CAPITULO XXIX.

REUNENSE LOS DISCIPULOS EN EL MONTE SEGUN EL MANDATO DE JESUS, Y ALLI LES APARECE; Y DESPUES SE LES MANIFIESTA OTRA VEZ EN LA RIBERA DEL MAR DE TIBERIADES O LAGO DE GENEZARETH.

En la terrible y tormentosa noche de su pasión habia dicho Jesús á sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizareis en mí esta noche; y escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas. Pero después que hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea* [1]. Y apenas hubo resucitado, cuando hizo decir por medio de su ángel á las santas mujeres que habian ido á buscarlo al sepulcro: *No os detengáis: corred, presto y decid á los discípulos de Jesús: Vuestro Maestro ha resucitado. Delante de vosotros va á Galilea; allí es donde le vereis como os lo tiene dicho* [2]. Y como si todo le pareciese poco, aparece el mismo poco después á sus fervorosas siervas, permite que le abracen sus pies y que le adoren, y

[1] Math. cap. 26, v. 32.

[2] Marc. cap. 16, v. 7.

en seguida las renueva el mandato que recibieron de los ángeles y las dice: *Id á decir á mis hermanos que vayan á la Galilea, que allí es donde me verán* [1].

De aquí han tomado algunos motivo para disputar sobre cuál fuese la primera aparición que hizo Jesucristo á sus discípulos; si la que acabamos de referir, ó la que se verificó en el monte estando reunidos los once, como dice san Mateo. La cuestión, sin embargo, parece estar resuelta por san Juan, pues nos dice que aquella aparición tuvo lugar *en la tarde del primer día de la semana, esto es, en el mismo día de la resurrección*; y san Mateo nada dice sobre el día y hora de esa otra aparición. De aquella nos asegura la Aguila Evangélica, que no se hallaba Tomás presente; y de la otra afirma san Mateo, que estaban reunidos los once; y siendo esto así, ya no hubiera tenido lugar la duda de *Didymo*, puesto que ya habria visto á Jesús en el monte; por consiguiente, todo induce á creer que la aparición de Jesús en el monte fué posterior á la del Cenáculo. Obedecieron por tanto los apóstoles y marcharon á la Galilea, al monte donde tan expresamente les mandaba Jesús que concurriesen. Pero parece que no fué en la provincia que tiene el nombre de Galilea donde Jesús se manifestó á los apóstoles en esta ocasión. Es no solo probable, sino lo mas verosímil y cierto, que ellos no se apartaron de la capital durante la solemnidad de la Pascua, y que allí fué donde vieron á Jesús, no solo el día primero de la semana, sino ocho días después, como nos lo aseguran los Evangelistas; porque allí fué donde se encaminaron los dos discípulos que salieron de Emmaus al anochecer del domingo, y donde informando á los demás que estaban reunidos, tuvieron el consuelo de ver y contemplar de espacio al Divino resucitado; de todo lo que se infiere que este monte sería algún sitio ó monte vecino á la capital, ó bien una de las alturas del monte de las Olivas, perteneciente en propiedad á los galileos, donde se alojaban juntos cuando venían á celebrar sus fiestas en el templo; y que esta altura ó collado era la misma donde tenia Jesús la costumbre de retirarse cuando

[1] Math. cap. 23, v. 16.

iba á predicar á Jerusalem; por cuya razon les mandaria reunirse otra vez allí, pues no es posible pueda entenderse este mandato á Galilea, atendido cuanto se ha dicho, y que la provincia de este nombre distaba doce leguas de la capital de Judea.

Aunque en las anteriores apariciones habia abierto Jesús el entendimiento á sus apóstoles para que entendiesen las Escrituras, y les dió juntamente con el Espíritu Santo la potestad de perdonar los pecados ó de retenerlos, con todo, no faltaron aun algunos incrédulos entre los que se hallaron presentes, que permanecieron en sus dudas; y para quitárselas todas y confirmarlos en la fe, les dió una nueva investidura, confiándoles una mision mas particular, mas grandiosa é importante. Hágase dado, les dijo, toda potestad en el cielo y en la tierra, en virtud de la dignidad infinita de mi persona y de la union hipostática del Verbo de Dios con la humanidad: potestad que tengo desde la eternidad como Hijo de Dios, y como Dios y hombre me fué dada también desde el primer instante de mi concepcion. Ahora pues que por mi resurreccion de entre los muertos he recobrado este estado de gloria de que voluntariamente me privé durante mi vida mortal, en el uso y ejercicio de este poder público y supremo, que por tantos títulos me pertenece, os lo comunico é instituyo de un modo mas particular los primeros ministros y enviados para el establecimiento de mi Iglesia. **ID, PECS, Y ENSEÑAD TODAS LAS GENTES, BAUTIZANDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SANTO.**

Id, y con vuestra diligencia condenad á los perezosos y negligentes, que aunque ven la necesidad no quieren ir, porque aman la holganza, profiriéndola al trabajo que deben prestar todos aquellos á quienes tuviese á bien enviar el cultivo de mi viña. *Enseñad*, y conocer que esta ha de ser vuestra continua é incesante ocupacion; para esto seréis vosotros enseñados por el Espíritu Santo, con quien habeis de platicar en la oracion; y así como en ella os enseñará continuamente, también el fruto de que en ella sacareis, lo habeis de comunicar á los demás. *A todas las gentes*, porque á la presencia de Dios no hay aceptacion de personas. No debeis por consiguiente preferir á los ricos y poderosos, y á los que algo pueden va-

ler en el mundo, sino que de todos debeis cuidar; y si alguna preferencia en esto puede haber, debe recaer en favor de los pobres, de los desvalidos y de los necesitados; porque yo fui enviado por mi Padre para evangelizar á los pobres [1]. Adviértase empero que no dice *convertid*, sino *predicad*. Porque el atribuir la santificacion de los oyentes á los esfuerzos del ministro que predica, fuera robar á los méritos infinitos de la pasion de Cristo y á su gracia la santificacion del mundo. *Bautizándoles*, porque el que no hubiese renacido con el agua y el Espíritu Santo no entrará en el reino de Dios. *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, para que se comprenda la unidad de la esencia y trinidad de las Personas. La unidad de la divinidad, y la grandeza y eficacia de la gracia. En tal lavacro se lavan las manchas de nuestros pecados, el Padre nos adopta por hijos, el Hijo nos agrega al cuerpo místico de su Iglesia, y el Espíritu Santo nos da su aliento para vivir consagrados á él en santidad y justicia. Por lo que dico san Agustín [2]: Diósele á Jesucristo toda la potestad en el cielo y en la tierra, porque en cuanto á la divinidad tenga un poder inmenso é infinito desde la eternidad, y en cuanto hombre tenga desde el instante primero de su concepcion igual potestad en el cielo y en la tierra; no tuvo sin embargo esta autoridad ejecutiva antes de su resurreccion, sino que quiso sujetarla á la pasibilidad por nuestra redencion. Habló por tanto Jesús en cuanto á su humanidad, en la que es menor que el Padre; no en cuanto á la divinidad, en la que es enteramente igual á Aquel.

Segun la divinidad, tanto es el Padre, ó el Hijo, ó el Espíritu Santo, cuanto es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Tanta es toda la Trinidad en solo el Padre, ó en solo el Hijo, ó en solo el Espíritu Santo, cuanto es juntamente en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Y como esta es la doctrina sana y santa, única y verdadera, principio y fundamento de nuestra creencia, con la que, y por la que son salvos todos los hombres, y sin cuya confesion es imposible que nadie consiga la salvacion eterna; como esta es la

[1] Luc. cap. 4, v. 18.

[2] Div. August. in lib. de Trinitate.

vida cristiana representada en la muerte, en la sepultura y en la resurreccion de Jesucristo, que nos lavó con su sangre para que le sirviésemos en espíritu y en verdad, conforme al espíritu de la caridad, que es la suma de la ley y de los profetas; por esto les añadió: *Enseñándoos que guarden todas las cosas que yo os he mandado á vosotros guardar, practicar y cumplir para ser eternamente felices; y estad seguros que yo permaneceré en vuestra compañía hasta la consumacion de los siglos.* Promesa grande, inefable y consoladora, que así como se ha cumplido inviolablemente en el espacio de diez y ocho siglos y medio, se cumplirá tambien con la mayor fidelidad hasta la consumacion y fin del mundo.

En espíritu profético cantó David la perpetuidad de esta Iglesia y su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, para consuelo de todos sus hijos, mas de mil años antes que se fundase, y dijo [1]: "Grande es el Señor y dignísimo de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Con júbilo de toda la tierra se ha edificado el santuario en el monte de Sion, en la ciudad del gran Rey, sita al lado del septentrion. Será Dios conocido en sus casas cuando habrá de defenderla. Porque he aquí que los reyes de la tierra se han coligado y conjurado unánimemente. Ellos mismos cuando la vieron así quedaron asombrados, llenos de turbacion y conmovidos, y poseídos de terror. . . . Apoderáronse de ellos dolores como de parto: Tú empero con un viento impetuoso harás pedazos las naves de Tarsis. Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, LA CUAL HA FUNDADO DIOS PARA SIEMPRE." ¡Pero por ventura será destruida alguna vez esta ciudad ó Iglesia que se extendió y dominó todo el mundo? ¡Ah! no, nunca, jamás será destruida dice san Agustín [2], porque Dios la fundó para que subsistiese para siempre, no hay que temer que falte su fundamento. Los fundamentos de esta Jerusalem santa están descansando sobre los montes santos, y el Señor ama incomparablemente mas las puertas de esta fuelita Sion, que todos los tabernáculos de Jacob [3]. Por esto

[1] Ps. 47, vs. 1 et seqs.

[2] Div. August. in ps. 47, num. 7.

[3] Psal. 86, vs. et 2.

para dilatarla, protegerla y defenderla visiblemente en la tierra, constituyó y nombró á unos apóstoles, á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo [1].

Como si al apóstol le pareciese no haber explicado bastante su pensamiento para declarar la existencia de esta misma Iglesia hasta el fin del mundo, y la proteccion que visiblemente habia de dispensarla, añadió: Hasta que arribemos todos á la unidad de esta misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar misticamente en nosotros [2]; lo que segun el testimonio de los padres no se verificará hasta el fin del mundo y en el día de la resurreccion universal: oigase si no el testimonio del célebre Grotio [3]: Como esta promesa alcance hasta la consumacion de los siglos, y los apóstoles no habian de vivir hasta entonces, es innegable que Jesucristo aseguró su proteccion y asistencia á la Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, y á los sucesores de aquellos en el cargo de la administracion. Y por último, si faltasen testimonios en la Escritura y los padres que justificasen plenamente esta verdad, nos los suministrarían abundantísimos los mismos herejes y protextantes; oigamos siquiera uno por todos ellos: "Yo no niego que por algunos siglos haya permanecido en el seno de la Iglesia romana la pureza de la fe, y que ella haya sido la verdadera Iglesia de Cristo; pero después la verdadera Iglesia se apartó de la Roma, ofuscada en el trascurso de los tiempos con tantas tinieblas; de modo que la verdadera Iglesia combatida con tanta multitud de errores, apenas podia conocerse; esto es cierto. Porque en verdad ¡qué otra cosa hicieron tanta copia de doctrinas nuevas, ya sobre el primado del Romano Pontífice, ya sobre su infalibilidad, tanto como sobre la justificacion por la satisfaccion y méritos de las buenas obras, cuanto sobre la tran-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 4, vs. 11 et 12.

[2] Idem lb. v. 13.

[3] Grotius in hunc Evangel. loc. tom. 2 Oper. Theol. Edit. Basilæ. an. 1732, pag. 220.

"sustanciacion, el purgatorio, culto de los santos, de las imágenes y reliquias, y otras cosas supersticiosas, sino atraer densas tinieblas sobre la pureza de la verdadera Iglesia....? Pero me preguntais ahora: ¿Existió siempre la verdadera Iglesia? Sin ambajes ni retencencias digo que sí. ¿Pero dónde se escondió, dónde gimió y lloró por tanto tiempo? Yo respondo: Que estuvo oculta en el seno mismo de los pontífices. Y en verdad, si esta verdadera Iglesia no hubiese permanecido encerrada en las mismas entrañas del pontificado, ¿cómo se hubieran encontrado en el espacio de tantos siglos tantos testigos de la verdad evangélica que salieron del seno de la Iglesia pontifical y defendieron con la mayor constancia la doctrina, la fe y el culto que ella profesa y enseña, aun á costa de su propia vida, contra la ferocidad de tantos monstruos nuevamente abortados para destruirla....? Aunque pues la Iglesia Romana (concluye el hereje) que contaminó, abatió y llenó de errores la verdadera Iglesia, jamás pudo destruirla de raíz [1]."

Con el testimonio de los mismos protestantes y herejes queda por tanto perfectamente demostrado por Jesucristo, que prometió su protección y asistencia á la Iglesia hasta la consumacion de los siglos, ha cumplido hasta ahora fielmente su palabra; y que siendo como es, *fiel*, y *veraz*, y exactísimo en el cumplimiento de sus promesas, debemos creer con los mas sólidos fundamentos que la cumplirá tambien hasta el fin del mundo, á fin de que nunca podamos decirle segun declam el Crisóstomo [2]: Fueron tan grandes los trabajos y tribulaciones de que nos vimos rodeados, que no lo pudimos superar; porque el Señor nos dirá: Vosotros debíais saber que conmigo siempre habíais de triunfar y reducir á la nada vuestros enemigos, como os lo hice anunciar por David [3]; y que en todos tiempos y para siempre mi Iglesia habia de ser tan indefectible en su enseñanza como infalible en todas sus sentencias, porque yo no la habia de faltar jamás habiéndola levantado sobre Pedro, piedra solidísima que descansa sobre mí, que soy la verdadera piedra angular sobre la que me plugo levantar este inmenso edificio, contra cuya firmeza se estrellará siempre todo el poder del infierno.

[1] Kiesling, de *Stabilitat. Primitiv. Eccle.* § 3. Lipsie an. 1744.

[2] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

[3] Ps. 59. v. 14.

Acabó de dar Jesucristo estas sublimes instrucciones y grandiosas facultades á sus apóstoles, y desapareció repentinamente de su vista, dejándolos por una parte llenos de gozo inefable al contemplarse revestidos, no solo con la sublime potestad de perdonar ó retener los pecados de los hombres, sino tambien con la de predicadores de la nueva ley, autorizados para llevar esta semilla preciosa hasta las extremidades de la tierra; pero tristes y desconsolados por otra por ignorar hasta cuándo no volverian á gozar de la amable presencia del divino Maestro; y convencidos de la extension indefinida de su ministerio, creyeron no abusarian de la confianza si marchando á su país natal iban á dar á sus parientes y compatriotas, aunque fuese con la mayor reserva, las alegres nuevas de que eran depositarios.

Regresados los apóstoles á Galilea, donde vivian con alguna mayor libertad y anchura, porque allí no los acechaba ni la perfidia de los escribas, ni la injusta persecucion de los fariseos, dijo un día Pedro á sus compañeros: *Voy á pescar*; hallábanse entonces juntos Tomás ó Didymo, Nathanael, que algunos quieren que sea Bartolomé, originario de Caná de Galilea, Diego y Juan, hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos de Jesús; todos los que contestaron á Pedro: Vamos tambien nosotros contigo; animados de un mismo espíritu y cerciorados verdaderamente de la resurreccion de Jesús, esperaban con sincera fe que les cumpliría la promesa que repetidas veces les habia hecho de que les precederia en Galilea, á fin de que con esta multitud de pruebas incontestables y de testimonios auténticos, se estableciese mas y mas la verdad de su resurreccion; por lo que no se atrevian á separarse ni un solo instante. Equipado el barco y entrados en alta mar, trabajaron afanosamente toda la noche, pero nada cogieron. Aunque ignoraban el dichoso fin á que un trabajo en la apariencia tan inútil habia de conducirles, continuaban sin embargo en su inocente tarea, hasta que acercándose muy por la mañana á la orilla, alcanzaron á ver allí á un hombre, aunque no conocieron que fuese el Salvador, el que sin darse á conocer les dijo: Muchachos, ¿tencis algo que comer? Y ellos le respondieron, no. Nada cogieron después de haber bregado y remado toda la noche los siete discípulos, dice san Gregorio, porque trabajaron

en las tinieblas y les faltaba el auxilio divino [1], cuya carencia ó privacion es una verdadera noche. Puso esta y vino la luz; y aunque tenían á su vista el que es la luz verdadera, no le conocieron, porque queria darse á conocer por medio de un milagro [2], y como que buscarse vianda para comprar, para hablarles de un modo mas vulgar y humano.

No les preguntó el Señor para saber, porque no ignoraba cuál era su situación, sino para que haciendo mérito de su obediencia alcanzasen el fruto de su trabajo. Díjoles Jesús que echasen la red á la mano derecha de la nave y hallarian pesca en abundancia. Desconocido era para ellos el que mandaba, y sin embargo le obedecieron; y tirando muy pronto de la red, ya no podian sacarla á tierra por la multitud de peces que habían cogido. El prodigio era sensible, y esta milagrosa pesca parecia mucho á otra del todo semejante que les habia procurado en otra vez Jesús, y parece que debería bastar para abrir los ojos á alguno de sus discípulos. Esta fué una verdadera profecía de lo que les habia de suceder en la otra pesca espiritual á que estaban destinados. Con el buen éxito fué premiada la docilidad y la obediencia apostólica. Conocióse de todos el prodigio, y aquel discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: El Señor es. Al punto que oyó Pedro que era el Señor, vistióse su túnica, porque estaba desnudo, y arrojóse al mar. Juan tuvo la dicha de conocer el primero á Jesús en premio de su pureza y de su amor; y siguiendo Pedro los ímpetus del suyo, atravesó las ondas y fué á arrojarse á los pies de su Maestro. En estos dos apóstoles se ven claramente los varios efectos de la caridad: Juan es perspicaz, Pedro intrépido; Juan manifiesta su amor en la inteligencia, Pedro en la actividad; Juan se vuelve ojos para conocer á Cristo, Pedro matinos para imitarle. El amor de Dios nos alienta para que entremos en sus caminos y para que sudeemos con humildad el piélago de su misericordia. Con gran seguridad afirma Juan que este desconocido es el Salvador; no teme engañarse, el amor le alumbra; no duda de la verdad de Dios el que está poseído de su espíritu. Grandemente ayuda el que tiene viva fe á los que están todavía envu-

[1] Div. Gregor. Hom. 24 in Evang.

[2] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

tos en las tinieblas del siglo; por lo que los padres y doctores dicen: Que por Juan se entiende la vida contemplativa y quieta, y por Pedro la activa y trabajosa; pero que sin embargo, los que por el día se dedican á esta, si oyen en la noche de la contemplacion la voz del Señor que llama, deben abandonar prontamente las aparentes dulzuras del reposo para ir en busca de su Dios.

Los otros discípulos que no se hallaban apartados de la costa sino como unos doscientos codos, vinieron en la nave arrastrando con grande trabajo la red llena de peces. Muy bien, dice san Crisostomo [1], se explican aqui las condiciones de los apóstoles: Juan conoció el primero á Jesús, pero Pedro llegó el primero á él: por el mar se significan las tribulaciones del siglo presente, y así los que desean llegar á Cristo se arrojan al mar, porque no rehuyen los trabajos del mundo, sabiendo que por ellos es preciso entrar en el reino de Dios, y que el verdadero y fiel discípulo de Cristo permanece seguro y sale aseo de entre ellos, así como Pedro lo salió del mar y llegó salvo á Cristo. La nave significaba la Iglesia; y así los que navegando llegaron salvos á tierra, representaban los cristianos que embarcados en la de la Iglesia llegan seguros al puerto de la salvacion eterna, puesto que fuera de ella nadie puede salvarse.

Luego que tomaron tierra, vieron ascuas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. La omnipotencia del Salvador, atenta siempre á la necesidad de sus discípulos, les habia preparado este pequeño refrigerio. Antes habia llegado Pedro, y no nos dice sin Juan que él solo viese aquel milagro; pero llegaron todos y luego se descubrió el fuego, el pez y el pan. San Agustín [2] nos revela este arcano. El pez asado era figura de Cristo muerto, y en el pan estaba representado asimismo el pan vivo bajado del cielo, con el cual se incorpora la Iglesia para tener parte en su gloria. Y san Crisostomo dice: Ved ahí otro milagro, no de una materia dada ó ajeta, así como en otras ocasiones, de panes y peces que ya existian, los multiplicó ahora, sino que de nada creó de nuevo con su virtud divina carbones encendidos, el pez y el pan, para aumentar y confirmar en la fe de su resurreccion el corazón de sus discípulos [3]. A

[1] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

[2] Div. August. in Joann. cap. 21. Tract. 132, num. 2.

[3] Div. Crisostom. Hom. 86 in Joann.

una legua de Bethsaida contra el Oriente, se halla el lugar donde estuvo Jesús á la orilla del mar, viéndose impreso en una dura piedra la señal de sus pies, y como á medio tiro de piedra se observa el otro donde se vió el fuego encendido, el pez sobre las ascuas y pan, y á donde mandó traer el Salvador algunos de los peces que habían pescado.

Apenas estuvieron los siete apóstoles en tierra, les dijo Jesús: Traed ahora de los peces que habeis cogido. Y al instante subió Simon Pedro á la barca y trajo la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y con ser tantos no se rompió la red. San Isidoro dice: Que todas las clases de peces que hay en el mar están significados en este número de ciento cincuenta y tres, porque los apóstoles debían ser pescadores de todos los hombres; por esto no pescaron mas, y siendo tantos no se rompió la red. Expresa el número y la magnitud de los peces, para demostrar el milagro de no haberse roto la red. Y llamando á sus discípulos á comer, y comiendo con ellos, justificó mas y mas el de su resurrección, dándoles á conocer que no era un fantasma, sino un cuerpo real y verdadero. Ninguno de los presentes se atrevió á preguntarle quién era, porque estaban llenos de reverencia y temor contemplando su rostro majestuoso é imponente, y porque teniendo un conocimiento cierto de que era él, era supérflua la pregunta. Sin embargo, para quitarles todo recozor ó recelo, tomó con su acostumbrada humildad el pan en sus manos, lo bendijo y se lo repartió como solía, y lo mismo hizo con los peces, y comió juntamente con ellos como acostumbraba antes de su pasión; y así todos creyeron de nuevo que era él, y en el misterio de su santa resurrección.

Esta es la tercera vez, dice san Juan, que Jesús se dejó ver de sus discípulos, esto es, según el orden de su enumeración, y no comprendiendo en ellas la del camino de Emmaus que refiere san Lucas; pero de ahí se sigue con claridad que la aparición de Cristo á los discípulos á la provincia de Galilea en cumplimiento de la promesa que repetidas veces les había hecho, no pudo ser la primera ni la mas solemne de las apariciones que entonces verificó. No cabe por tanto duda alguna que después de la aparición á los dos que caminaban á Emmaus, la primera y segunda manifestación se rea-

lizó en Jerusalem, donde como vimos, se hallaban reunidos en el cenáculo á puerta cerrada, en cuyo edificio continuaron sus juntas y reuniones aun después de la ascension del soberano Maestro á los cielos, esperando el cumplimiento de las promesas divinas. Tampoco parece que toma en cuenta san Juan la aparición ó manifestación en el monte á los once discípulos que refiere san Mateo, y que por consiguiente solo alude en su dicho al orden de las manifestaciones que él mismo refiere. Pero como esta había de ser memorable, no solo por los milagros de la pesca feliz, y por el fuego, el pez y el pan nuevamente creados, sino por los resultados que había de tener, hace san Juan de ella una tan distinguida mencion.

En efecto, después de la comida púsose Jesús á conversar familiarmente con sus apóstoles; y dirigiendo la palabra á Simon Pedro, le dijo: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos que se hallan aquí presentes? Sí, Señor, respondió Pedro; vos sabeis que os amo. Pues si es así, replicó el Salvador, apacienta mi rebaño. Hizole otra vez la misma pregunta y le satisfizo el apóstol con la misma respuesta, y el Señor le recomendó como antes el cuidado de sus corderos; pero cuando la tercera vez le estrechó para que le dijese si era verdad que le amaba y si decia esto de corazón, entonces Pedro, triste y confuso, por la memoria que tenia de su infidelidad pasada, le respondió: ¡Ah, Señor! ¿y por qué me hacéis esta pregunta? Nada se os oculta; vos sabeis mejor que yo si es verdad que os amo. Pues apacienta mis ovejas, le dijo Jesús. Este apóstol, mas fervoroso en amar á Cristo, dice san Agustín [1], que temeroso para negarlo, siguió al Señor cuando iba á padecer, mas no pudo él llegar entonces á la corona. Siguiólo con los pies; aun no era á propósito para seguirlo con las costumbres. Permitióle que moriria por él, y ni aun con él pudo. Había de morir entonces el Señor por el siervo, y no el siervo por el Señor. El que osó prometer mas de lo que podia, desordenadamente amó, y así temió y negó. Cristo resucitado enseña á Pedro cómo ha de amar. Amando con desorden, desfalleció con el peso de la pasión; amando ordenadamente, le es prometida la pasión. Ve Pedro resucitado al que había temido muer-

[1] Dir. August. Serm. 296, in Natal. II, App. Petri et Pauli.

to; pero no ve muerto al Señor, sino la muerte muerta en él. Con el ejemplo de la carne de Jesús aprendió cuán vano es el temor de la muerte: esta es la escuela donde se aprende á amar. Sabe el Maestro lo que pregunta al discípulo; pero quiere que la boca vaya unida al corazón, y de él mismo quiere saber cuánto le ama.

Tres veces lo pregunta cuánto le ama, dice san Agustín [1], no ignorando de qué manera había de confesar el amor que lo tenía, sino porque la trina confesion del amor borrara la trina negacion del temor, para que no sirva menos la lengua al amor que lo que sirvió al temor, y pareciese que daba mas voces para huir la muerte inminente que para apreciar la vida presente. Preguntó, no para aprender, sino para enseñar al que dejaba como vicario de su amor al subirse al cielo, pues no quería encargar sus corderos ni sus ovejas, por todos los que se había dignado morir, sino á aquel que sabía que le amaba; por esto pregunta primero al Pastor si le ama y después le encarga el apacentamiento de su rebaño, á fin de que como había sido indicio del temor el negar al Pastor, así tambien fuese señal positiva del amor el apacentar el rebaño [2]. Si me amas, camina delante de tus hermanos, y aquel amor ardiente que en otras ocasiones me mostraste, acredítalo ahora dando tu alma por mis ovejas, ya que decias que la darías por mí; porque esta es la prueba mas grande de amor que puedes darme [3]. Si pues el signo verdadero del amor es el cuidado del Pastor, será convencido de amarle poco todo aquel que teniendo virtud y ciencia rehusare apacentarle [4].

A mas del amor, era también necesaria la propia abnegacion y la obediencia; y para demostrarla y significarla Cristo á Pedro, le añadió: Cuando eras mas mozo, no en la edad, sino en la virtud, en la fortaleza y la constancia, por lo que tuviste la debilidad de negarme, te cenias tu ceñidor, y caminabas y marchabas segun los deseos de tu voluntad; pero cuando llegares á ser viejo, no tanto por la edad cuanto por el conocimiento que tengas de tus deberes, entre

[1] Div. August. Tract. 123 in Joann.

[2] Div. Ambros. de Apologia David. cap. 9.

[3] Div. Crisostom. Hom. 87 in Joann.

[4] Div. Gregor. lib. 6 Epistolar. Epist. 5.

los que debe contarse el buen ejemplo que debes dar á tus ovejas, y por la firmeza y estabilidad en la virtud, como ya lo has acreditado en tu confesion, entonces extenderás tus manos en una cruz y otro te cenirá y llevará donde tú no querrás; esto es, á la muerte, que rehuye siempre la sensualidad y la voluntad natural. Así anunció Jesús á Pedro el género de muerte con que había de glorificar á Dios algun dia, padeciéndola por él y á su ejemplo; por lo que dice san Agustín [1]: Este paradero tuvo el que negó y amó, el que presumiendo se enaltecía, negando cayó, llorando se limpió, confesando fué aprobado, y padeciendo fué coronado. Con perfecto amor murió por aquel por quien se ofreció á morir con falsa prisa. Convenia que muriese antes Cristo por la salud de Pedro, para que luego muriese Pedro por la predicacion de Cristo. Ahora es, Pedro, cuando no temerás la muerte, porque vive el que llorabas muerto, el que por amor carnal estorbabas que por nosotros muriese. Ocasite adelantarte al capitán, tuviste miedo al perseguidor; ahora derramando por tí el precio de tu rescate seguirás á tu comprador, y lo seguirás perfectamente hasta la muerte de cruz. Ya has oido las palabras del que por experiencia sabes que siempre habla la verdad. Profetiza tu pasion el que profetizó tu negacion.

No se afligió Pedro con esta predicion. Mas sensible á la honra de morir en la cruz después del Señor que á la gloria de gobernar bajo sus órdenes su Iglesia, jamás olvidó esta importante profecia; así fué que cuando conoció que se acercaba el tiempo de su cumplimiento, escribió á toda la Iglesia dos epístolas llenas de importantes y muy saludables instrucciones, y en la segunda decia á todos los fieles: "Hijos míos, conviene que me dé prisa á exhortaros é instruirlos mientras estoy rodeado de esta carne mortal. "Ya soy viejo, y bien presto saldré del tabernáculo de mi cuerpo, "así como Jesucristo nuestro Señor tuvo por bien de dármele á entender [2]." Jesús en efecto había llamada aparte á su apóstol para hablar confidencialmente sobre este asunto tan arduo é interesante, á fin de que estuviera bien prevenido; y volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesús, y le entró

[1] Div. August. Tract. 123 in Joann.

[2] Ep. 2. = Div. Petri. cap. 1, v. 14.

la curiosidad de saber cuál sería la suerte de Juan, su querido compañero. No había olvidado que durante la cena lo había visto descansar familiarmente sobre el pecho de su Maestro, y que solo él entre todos los apóstoles se había atrevido á preguntarle quién era el traidor; y no dudando que le conservaría su predilección antigua, le dijo: ¿Qué habeis ordenado y dispuesto de él? ¿No lo destináis también para que os siga? Pero por mas disimulable que pareciese esta curiosidad, recibió una respuesta que lo cerró enteramente la boca. ¿Qué te va á ti, respondió el Señor, en inquirir aquello que no mira al ejercicio de tu ministerio? Yo quiero que este discípulo á quien amo, se quede como está, entre tanto que yo venga. Si yo he tenido á bien instruirte sobre tu destino, no por esto tienes derecho á preguntarme sobre el de los otros. Conténtate con seguirme, y no quieras saber mas.

Divulgaronse insensiblemente entre todos los hermanos estas palabras de Jesús: *Yo quiero que este discípulo permanezca así hasta que yo venga*; y concluyeron que el discípulo amado, lejos de dar su sangre por la predicación del Evangelio, jamás moriría. Y no dijo Jesús que no moriría, sino que no moriría como Pedro; pero todas las interpretaciones que enlouces dieron á las palabras del Maestro, se disiparon cuando la luz celestial comunicada á los apóstoles por el Espíritu Santo, los hizo intérpretes infalibles de los oráculos divinos. Y el mismo de quien entonces se hablaba, es el que ha dado testimonio auténtico y por escrito de todas estas cosas, y no podemos dudar de ellas, porque sabemos que su testimonio es verdadero.

ORACION.

Oh piadosísimo Señor! Oh dulcísimo Maestro! ¡Cuán buenas eres para todos aquellos que son de corazón recto, cuán suave para los que te aman! Oh, cuán felices son los que te buscan, y cuán bienaventurados los que esperan en ti! En verdad que tú amas á todos los que te aman, y nunca abandonas á los que en ti esperan; concédeme pues la gracia de subir al monte santo de la perfección, para oír de tu boca santísima los santos y saludables preceptos

que debo observar para subir después al de la gloria eterna donde habitas, ya que por sola tu bondad y misericordia merecí ser bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y ya que apareciendo á tus apóstoles á las riberas del mar de Galilea al salir del barco les tuviste el convite preparado, no me niegues la dicha de que antes de salir de este mundo sea alimentado mi espíritu con el Viático de tu preciosísimo cuerpo, para que con Pedro, Juan y los demás apóstoles y santos, eternamente te ame y alabe en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXVIII de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 20. Y al XXI de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 24, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del viernes después de Pascua, desde el versículo 16 al 20; y para el de la misa del día de la Santísima Trinidad, desde el 18 al 20.

Del texto de san Juan para el de la misa del miércoles después de Pascua, desde el versículo 1 al 14.

Para el de la misa de la vigilia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, á 28 de junio, desde el versículo 15 al 19.

Y para el de la misa del día de san Juan Evangelista á 29 de diciembre, desde el versículo 9 hasta el 24, todos inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DESPUES DE PASCUA.

San Mateo, cap. XXVIII, vs. 16 al 20.

En aquel tiempo se fueron los once discípulos á Galilea al monte donde les había mandado Jesús, y viéndole le adoraron; mas algunos dudaban. Y llegando Jesús, les habló diciéndoles (*): Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad

NOTA. Lo que sigue después de esta (*) señal hasta el fin, es el Evangelio de la misa del día de la Santísima Trinidad.

á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas que guarden todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos de que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DEL MIERCOLES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XXI. vs. 1 al 14.

En aquel tiempo se dejó ver otra vez Jesús junto al mar de Tiberiades, y se dejó ver de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el que se llama Dídimo, y Natanael, el que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Dícenles Simón y Pedro: Voy á pescar. Dícenle: Vámonos también nosotros contigo. Fueron y subieron en un barco, y aquella noche nada cogieron. Venida la mañana se presentó Jesús en la playa, mas los discípulos no conocieron que era Jesús. Díjoles pues Jesús: Mozos, ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Díceles: Echad la red á la mano derecha del barco y hallareis. Echáronla luego y no podían ya sacarla por la multitud de peces. Entonces el discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: El Señor es. Simón Pedro al oír que era el Señor, púsose la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Los otros discípulos vinieron en el barco, porque no estaban lejos de tierra sino como doscientos codos, trayendo la red llena de peces. Luego que saltaron en tierra vieron puestas ascuas, y un pez encima de ellas, y pan. Díceles Jesús: Traed de los peces que habeis cogido ahora. Subió Simón Pedro y trajo á tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y con ser tantos no se rompió la red. Díceles Jesús: Venid y comed. Y ninguno de los que estaban allí sentados osaba preguntarle ¿quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Viene pues Jesús, y toma el pan, y les da, y también del pez. Esta fue la tercera vez que apareció Jesús á sus discípulos después que resucitó de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA VIGILIA DE LOS SANTOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO, A 28 DE JUNIO.

San Juan, cap. XXI. vs. 15 al 19.

En aquel tiempo dijo Jesús á Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? Respondió e: Si, Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Respondióle: Si, Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Entristeciéndose Pedro porque hasta tercera vez le preguntó ¿me amas? y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras mas mozo, te ceñías tú mismo y andabas á donde quieras; mas cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y llevará á donde tú no quieras. Y esto lo dijo para denotar con qué linaje de muerte habia él de glorificar á Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA, A 27 DE DICIEMBRE

San Juan, cap. XXI. vs. 19 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesús, que estuvo durante la cena recostada en su pecho, y que le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro pues viéndole, dijo á Jesús: Señor, ¿y este que será de él? Respondióle Jesús: Quiero que él permanezca así hasta mi venida: ¿qué te importa á tí? tú sígueme. Corrió pues la voz entre los hermanos que aquel discípulo no moriria; y no dijo Jesús que no moriria, sino: Quiero que él permanezca así hasta mi venida; ¿qué te importa á tí? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto, y sabemos que es verdadero su testimonio.

CAPITULO XXX.

DEJASE VER JESUS POR ULTIMA VEZ DE TODOS SUS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS EN JERUSALEN, Y DESPUES DE HABER CONVERSADO Y COMIDO CON ELLOS LOS CONDUJO HACIA BETHANIA, DONDE BENEDIENDOLES SE ELEVO MAJESTOSAMENTE A SU VISTA Y SUBIO A LOS CIELOS CON SU PROPIA VIRTUD Y PODER.

No estaba lejos el día en que debían tener su total cumplimiento los oráculos de los antiguos profetas, y en que habían de verificarse todas las promesas que el Salvador divino había hecho á sus apóstoles y discípulos: en las diversas ocasiones que les había aparecido les había explicado mas claramente, pero segun la medida de su capacidad, los misterios de la religion de que habían de ser predicadores, y cuando segun la disposicion de los eternos consejos la hubo conducido su Majestad al grado de perfeccion necesaria, de modo que ya no necesitaba mas que la uncion del Espíritu Santo, determinó subirse al cielo, desde donde había prometido enviarlo.

En la última aparicion que había verificado en Galilea á sus discípulos les mandó volviesen á Jerusalem sin temor á las violencias, tro-

poñas é injustas persecuciones de los judíos, pues no les faltaría el socorro de lo alto. Señalóles el paraje y día en que era su voluntad hallarlos reunidos; este era el cuarentésimo después de su resurreccion; pero sin darles á entender el grandioso suceso que en él debía verificarse. Es muy verosímil, dice san Agustín [1], que en estos cuarenta días apareciese el Señor con mas frecuencia á su Madre, á la Magdalena y á las piadosas mujeres, porque era tan vehementemente la impresion de pena y tristeza que en ellas había hecho su pasion y muerte, que necesitaban mayores consuelos: y acaso (añade) acompañaban á Jesús en estas visitas muchos santos padres, especialmente Abraham y David, á quienes se había hecho una especial promesa de su venida al mundo, los que irían para ver aquella excelentísima hija suya, Madre del Salvador que para ellos y para todos los demás había hallado la gracia y concebido al Redentor, aunque ellos no fuesen vistos de las personas á las que visitaban. ¡Oh! ¡con cuánta alegría mirarian aquella purísima criatura, y con cuánta reverencia se inclinarian ante ella viéndola tan querida y amada de Dios! ¡Oh! ¡cuánta reneracion les infundiria el conocimiento de la caridad inmensa de Jesús, que después de tantos años, después de tantos trabajos y aflicciones, después de tan cruel, ignominiosa y acerta muerte, pudiendo volver inmediatamente triunfador al trono de su gloria, y consolar y confortar á sus apóstoles por ministerio de sus ángeles; quiso conversar familiarmente con ellos por espacio de cuarenta días, y comprobarles de muchos modos y maneras su resurreccion! Sobre lo que dice el venerable Beda [2]: Se dignó persuadir el Señor la certeza y la verdad de tan importante misterio por medio de muchos milagros, para la edificacion de la fe, y para arrancar de raíz la perfidia de todos los corazones. Para dar á conocer que estaba en todo lugar presente por su divinidad y que deseaba saciar los deseos de todos los buenos, hizo tan frecuente su manifestacion corporal después que hubo resucitado de entre los muertos. Y san Gerónimo añade [3]: Manifestó la inmortalidad á los mortales para que le tributemos todos

[1] Div. August. in cap. 20 Joann.

[2] Ven. Bed. Serm. de Resurrectione Dñi.

[3] Hieronim. in cap. 16 Marc.

la debida accion de gracias, entendiendo lo que fuimos y sabiendo lo que hemos de ser.

Persuadidos los apóstoles hasta el convencimiento de la verdadera resurreccion de Jesús, regresaron á Jerusalem en virtud de las instrucciones que de él habian recibido, firmemente persuadidos del cumplimiento de sus ulteriores promesas. Llegado el dia determinado hácia la hora de medio dia, entró el Señor en la casa de Jerusalem, donde los once asentados en la mesa esperaban su llegada. Les saludó con su natural y eterna amabilidad y dulzura, les deseó y les dió la paz; y si bien lo adoraban al punto que lo vieron, algunos de los discípulos persistieron en sus dudas. Aunque esta tardanza de los discípulos en dar crédito á la resurreccion del divino Maestro fué de muy grande provecho y utilidad para toda la Iglesia, era siempre en ellos una falta muy reprehensible é inexcusable, atendidas las repetidas promesas que les habia hecho de su resurreccion, añadiendo en confirmacion de ellas innumerables milagros; por esta razon le reprochó, reprendió y condenó el Salvador, y con esta prudencia trocó sin sentir sus corazones, convirtiéndolos en apóstoles llenos de fe capaces de llevar la luz de la fe hasta las extremidades de la tierra, y de predicar la doctrina de la salud y las máximas santas del Evangelio á la presencia de todos los tiranos del universo.

Trataba el Señor á sus discípulos con la ternura de un verdadero Padre y con todas las efusiones de su inmenso amor; por lo que durante la comida les habló familiarmente é hizo memoria de todas las verdades que les habia anunciado, de todas las maravillas que habian visto, y de todas las órdenes que les habia dado; y para que no se les olvidase la grandiosa é importantísima mision para que los habia elegido y á la que les destinaba, les dijo otra vez: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.* Yo que soy el Rey Omnipotente de quien dependen y á quien están sujetos todos los reyes de la tierra; yo que soy el Criador de los cielos y de la tierra, y que por lo mismo son mias todas las cosas y puedo disponer de todas ellas; yo que vencí al fuerte armado, y que con uno solo de mis ministros destruyo el poder de todos los tiranos del universo, y sepulto en los concavos profundos de los mares los gi-

netes y los caballos; yo soy el que os digo que marcheis por todo el mundo; los montes se allanarán á vuestra vista, las colinas os abrirán paso, las torres y almenas se os inclinarán, se doblegarán las murallas, y las puertas de las ciudades se os abrirán: nada temais. Mío es el universo, id por todo él, yo os lo mando. *Predicad el Evangelio:* esto es, la verdad, la doctrina santa que yo os he enseñado. Destruid las costumbres perversas, anatematizad la mentira, condenad la incredulidad y el error. Enseñad á los hombres que es estrecha la senda que conduce á la vida; espaciosa y ancha la que lleva á la perdicion: que el reino del cielo no se consigue sino con la mortificacion y con la cruz, no con el descanso y el deleite; y en fin, que la doctrina de Cristo crucificado es enteramente contraria á la del mundo que le crucificó. *Predicadlo á toda criatura.* Al judío y al gentil, al pagano y al idólatra, y á toda nacion que hay bajo la capa del cielo. A todo se extiende vuestro deber y el ministerio que os confío. Vosotros me servireis de testigos, yo cuento con la fidelidad de vuestro testimonio, y vosotros experimentaréis la de mis promesas.

El que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará. La salud se promete á los que creen, la condenacion á los incrédulos; porque el Señor que perdona la maldad y disimula la rebeldia de su pueblo, no retuvo para siempre su enojo, porque ama la misericordia. Volverá á apiadarse de nosotros; destruirá nuestras iniquidades, y arrojará en el profundo del mar todos nuestros pecados [1]. Porque escrito está: De Sion vendrá el Redentor que ha de borrar la impiedad de Jacob [2]. A este dan testimonio todos los profetas, de que todos los que en él creyeren, recibirán perdon de los pecados por su nombre [3]. El que confesare con su boca al Señor y creyere en su corazón que Dios lo resucitó de los muertos, será salvo; pues dice la Escritura: Todo aquel que en él creyere no será confundido [4], y todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará. Mas ¿cómo invocarán aquel en que

[1] Miquem. cap. 7, v. 18 et 20.

[2] Isaiam. cap. 59, v. 20.

[3] Actos. cap. 10, v. 45.

[4] Isaiam. cap. 28, v. 16.

no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel, del cual nada oyeron? y cómo oirán si no hay quien les predique? y cómo predicarán si no fueron enviados [1]? Vease pues porqué dijo el Señor á sus apóstoles: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará.* Pero es preciso advertir, dice san Gregorio [2], que acaso dirá alguno dentro de sí mismo: Yo ya creí, por consiguiente me salvaré. Dice verdad, añade el santo doctor; pero es preciso que las obras correspondan á su fe; porque la fe es aquella que no contradice con las obras lo que afirman las palabras, y practica con las obras aquello mismo que cree. Por esto dijo Santiago [3]: ¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fe podrá salvarle? Así como el cuerpo está muerto sin el espíritu, así la fe también está muerta sin buenas obras.

Para que se conociese pues cuáles eran los que tenían viva y verdadera fe; les añadió el Salvador: A estos les concedaré la potestad de hacer milagros, con la cual echarán en mi nombre los demonios de los cuerpos; hablarán las lenguas que jamás supieron; harán morir las serpientes y dragones mas ponzoñosos; no les dañará el veneno que les den á beber, por mas activo que sea, y con solo poner las manos sobre los enfermos sanarán todas las enfermedades. Estos milagros se prometen á la viva fe. En las manos del que posee esta preciosísima virtud y se fia de la palabra de Dios, deposita el Señor su omnipotencia, y se verificará todo aquello que él lo pidiere por la virtud y eficacia de su santo nombre; y entendidos estos milagros en sentido espiritual, no son menos admirables que lo que suena su letra; dice san Gregorio [4]. Cada día hace la Iglesia espiritualmente lo que hacía entonces corporalmente, siendo tanto mayores estos milagros que aquellos, cuanto va del espíritu al cuerpo. Los milagros corporales muestran por lo regular la santidad, pero no la causan; los milagros espirituales no de-

[1] Div. Paul. ad Rom. cap. 10, vs. 14 et 15.

[2] Div. Gregor. Hom. 29 in Evangel.

[3] Div. Jacob. Ep. cap. 2, v. 14.

[4] Div. Gregor. Hom. 29, n. 4.

notan la virtud de la vida, pero causan la gracia. Todos los milagros que prodijo Jesús, se obraron en la primitiva Iglesia por los apóstoles y por otros esclarecidos varones que creyeron con viva y ardorosa fe, no solo para convertir á los infieles, sino para radicar mas en la fe á los que ya creían, conformándose en ella con nuevos milagros; la que habiendo ya echado raíces y aumentándose, no es necesario que se hagan ahora con la frecuencia que entonces se hacían; pues basta leer solamente y oír lo que entonces sucedió, y prestarle entera y verdadera fe. Si se pregunta empero, ¿por qué los predicadores y fieles modernos no obran ahora los milagros que se obraban entonces? se responderá, dice el mismo san Gregorio, que estando ya la fe católica suficientemente probada por los milagros de Cristo y de sus apóstoles, no hay necesidad de que se reiteren otros milagros ni prodigios después de aquellos. Porque así como las plantas se riegan con frecuencia después que se plantaron para que echen raíces, pero después que las echaron ya no necesitan tanto riego, así también después que la fe de Cristo se plantó por todo el mundo y echó raíces profundas regada con la sangre de los apóstoles, que confirmaron su fe y la predication de su doctrina con los milagros que obraron, ya no hay necesidad de que se repitan otros nuevos. Sin embargo, no puede negarse que en todos tiempos los ha obrado Dios para consuelo de los verdaderos fieles, porque los incrédulos siempre encuentran motivos especiosos y aparentes para contradecirlos ó negarlos, y sacan el tósigo de la muerte y de la condenacion eterna, donde otros sacan la esperanza de salud y de su vida.

Comiendo estaba aun Jesús con sus apóstoles, y semejante al amo prudente que teniendo que ausentarse por mucho tiempo de su casa dispone y ordena á sus criados aun las cosas al parecer mas pequeñas é insignificantes, á fin de que todo marche en su ausencia con el mayor concierto y armonía, les mandó que no se ausentasen de Jerusalem, sino que esperasen allí el cumplimiento de la promesa del Padre, que oísteis les dijo, de mi boca; porque Juan bautizó en verdad con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de muy pocos días. Significó el Señor á los apóstoles de un modo terminante y claro los designios de su volun-

tad; porque así como él había empleado toda su vida en la grandiosa obra que le había encomendado su Padre, así quería también que en la de sus apóstoles y discípulos no hubiese ni instante vacío, ni palabra vana, ni paso inútil, ni cosa que desdijese de la altura, importancia y dignidad de su ministerio, después que recibiesen el Espíritu Santo, puesto que ya habían visto perfectamente formada la indestructible cadena que debía servirles de afianzamiento para levantar el suntuoso edificio de la Iglesia, el cual había de durar hasta la consumación de los siglos; ó lo que es lo mismo, habían visto cumplidas las profecías, esplanadas las Escrituras, reiteradas las apariciones, y anunciados los grandes misterios hasta entonces ocultos y escondidos, cuya pública revelación les había de merecer la persecución, los tormentos y la muerte con que serían martirizados y coronados. Que en viniendo empero el Espíritu Santo, recibirían de él la fortaleza necesaria para llevar adelante su empresa, á pesar de la fiera obstinación de sus adversarios, é igualmente el espíritu de la sabiduría para confundir la de los sabios y prudentes según el mundo, que confiados en sus astucias y sutilezas, despreciaban la humilde credulidad de los pequeñuelos. Y por último les demostró, que el bautismo de Juan no había sido mas que un sacramento preparatorio por medio de la penitencia de que en él se hacía pública profesión, pero puramente significativo de la fe del Mesías que aún estaba oculto, y de la santidad del bautismo cristiano, que era un sacramento que santifica por la fe, que obliga á seguir de todo corazón el Evangelio, y que representando la muerte y resurrección de Jesucristo, nos aplica su virtud y sus méritos.

Algunos de los que se hallaban allí presentes, animados aún de groseras y terrenas esperanzas, se atrevieron á preguntarle, y le dijeron: Señor, vos habláis de subiros al cielo y de dejarnos para consolarnos nos hacéis grandes promesas; ¿será por ventura este el tiempo en que restableceréis la gloria del reino de Israel, y la independencia y libertad de vuestra nación? Bien sabía Jesús que dentro de pocos días no hablarían sus discípulos este lenguaje, y se contentó con decirles: No os toca á vosotros saber el tiempo y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado mi Padre, y le que

usará según su poder. Lo que fué decirles: A vosotros no os pertenece saber las cosas futuras, que están reservadas precisamente á la disposición de Dios, de cuyo número es el restablecimiento de ese reino por el que vosotros preguntáis. Vosotros pedís una restitución carnal, temporal y terrena; y solo mi Padre sabe si será así, ó si será una restitución espiritual, cuando cerca el fin de los siglos los judíos creerán en Cristo que fué su Rey, y sin embargo le crucificaron. Nada os importa por tanto la investigación de estos secretos, procurad ser solícitos solamente de lo que os interesa; porque es una muy punible temeridad querer escudriñar lo que Dios ha de hacer, con el fin de saciar la humana curiosidad. Vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y con ella seréis purificados y fortalecidos, para que podáis pronunciar mis palabras y llevar á todo el mundo mis doctrinas. Esta virtud omnipotente, porque es la emanación de Dios, os mudará en otros hombres, y seréis capaces de servirme de testigos en Jerusalén, en Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.

¡Oh! ¡Y cuán admirables son las misericordias de Dios! ¡Cuán grandes é incomprensibles los designios de su Providencia! ¡Jerusalén! Jerusalén, teatro funesto de tantas atrocidades, tropelías y excesos sacrilegos, lo había de ser también dentro de pocos días de la majestad y grandeza de Dios; si bien por el apedreamiento de Esteban y la muerte de Santiago, habían de salir de ella repentinamente los apóstoles para ir á predicar á los confines de Judea, luego á Samaria, y después hasta el fin del mundo. ¡Quién lo creyera! Pedro, aquel Pedro que tembló á la vista de una mujerzuela y negó á Maestro divino, este ha de ser el primer anunciador de la gloria de su resurrección ante los mismos que le crucificaron, y no ha de temblar! ¡Tomás! ¡Aquel mismo Tomás que no quiso creerle hasta que le tocó con su propia mano, este ha de ser uno de los compañeros de Pedro, y predicador de la grandeza y magnificencia de Cristo delante de la Sinagoga? ¡Los apóstoles, todos fugitivos y ocultos la noche de la pasión de Jesús, han de salir juntos en el mismo día y hora del retiro del cenáculo por las calles y plazas mas públicas de Jerusalén anunciando las glorias del Crucificado, y han de recorrer provincias y reinos lejanos para divulgar

los frutos de esta misma pasión, teniéndose por dichosos de ser mortificados y castigados en los tribunales del mundo por haber dado testimonio de la verdad? En verdad que esta es obra del dedo de Dios; esta es la mudanza que produjo la virtud de la diestra del Fielso.

Cumplíronse ya de lleno los bellos y elegantes cuadros que tan anticipadamente y con tanta precisión retrató el profeta Isaías [1]. ¿Quién ha creído ó quién creará nuestro anuncio? ¿Y á quién ha sido revelado ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? El crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raíz en la tierra árida. Nosotros le vimos; y aunque no era galeán ni bello, sino que estaba aflado, robó sin embargo nuestros afectos. Vimosle despreciado, varón de dolores, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, reputado como un leproso, herido por la mano de Dios y humillado; flagado por nuestras iniquidades y despedazado por las maldades nuestras; ofrecido en sacrificio, porque él mismo así lo quiso, no abrió su boca para quejarse; conducido á la muerte sin resistencia como la oveja al matadero, guardó silencio á la presencia de sus verdugos como mudo está el tierno corderillo á la del tundidor que le esquila; y después de sufrida la opresión fué levantado en alto. ¿Pero la generacion suya, quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes; para expiación de mi pueblo le he herido, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversion de los impíos; tendrá por precio de su muerte al hombre rico, porque él no comió pecado, ni jamás cupo el engaño en sus palabras. Luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y por medio de él será cumplida la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado: este mismo *Justo*, mi siervo, justificará á muchos con su doctrina, y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto, le daré como porción ó herencia suya una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su vida á la

[1] Isaías. cap. 53, vs. 1 et seqs.

muerte, y fué confundido con los malvados, y tomó sobre sí los pecados de todos, y rogó por los transgresores.

Confróntese este capítulo de Isaías con toda la sacerdotísima vida, pasión y muerte de Jesús; cotejense las últimas palabras pronunciadas por el Salvador á sus apóstoles: *Y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra*; con las que salieron de la boca del profeta cerca de ochocientos años antes que Jesucristo viniese al mundo, *el Justo justificará á muchos con su doctrina, y le dará como porción y herencia suya una gran muchedumbre de naciones, y repartirá los despojos de los fuertes*; y confróntese después con una y otra profecía la extension y el dominio de la Iglesia, objeto de entrambas, por todo el universo, el poder irresistible que ejerce en el corazón de los verdaderos creyentes, el progreso rápido que hizo en su principio, y el que ha hecho en la serie sucesiva de los siglos, á pesar de las horrendas persecuciones de los tiranos, de las execrables blasfemias de los hereges, y de la guerra sin descanso ni tregua que le ha hecho el inferno, y se verá si tuvieron desde su principio, si tienen en el día, y si tendrán hasta el fin del mundo, su debido cumplimiento. ¿Por qué desgracia no han de leer los incrédulos los libros santos? ¿Por qué fatalidad no han de tomarse el trabajo de confrontar las predicciones con los sucesos que se verificaron y vienen verificándose sucesivamente para justificar la santidad de la Iglesia y la divinidad de la religion adorable del Crucificado? ¿Qué mengua! ¿Qué confusion! ¿Qué ignominia y afrenta para los espíritus fuertes, para los sabios y presuntuosos del mundo, no poder destruir la obra que el Maestro celestial confió á unos pobres pescadores, y que siempre han venido sosteniendo los pequeños y débiles contra la desesperada rabia de los poderosos y fuertes? Desengañense siquiera una vez y por la paz y bienestar de los pueblos y naciones, que tanto dicen desear depongan su incredulidad necia, y entren de buena fe en el camino recto y seguro que la religion les traza, si quieren asegurar la felicidad inmarcesible.

Apenas acabó el Señor de pronunciar aquellas palabras de tanto consuelo para sus apóstoles y para toda la Iglesia, cuando se levantó y condujo á su amada compañía para las inmediaciones de

Bethania hasta cierto paraje del monte de las Olivas, monte de los mas tristes y de los mas gloriosos recuerdos; y extendiendo su mano sobre ellos para bendecirlos, se fué elevando suavemente delante sus ojos, insensiblemente le fueron perdiendo de vista, lo escondió una nube, subió hasta lo mas alto de los cielos, y con aclamaciones de toda la milicia celestial fué á tomar asiento á la diestra de su Padre. Jamás se vió en el mundo espectáculo tan grandioso y admirable. Consumó el Rey de la gloria la grande expedición á que lo habia enviado su Eterno Padre. Venció muriendo en durísima lid, al príncipe infernal que se habia abrogado el poder del mundo; arrancó no solo el cetro de la mano, sino aquellas almas justas que gemían como en dura cautividad; sacólas del limbo y las llevó como trofeos de su triunfo al reino de su Padre; y los príncipes celestes, las potestades sublimes, las encumbradas destinaciones y todas las virtudes de los cielos salieron á recibirle; y al ver tanta majestad y grandeza, no pudieron menos de clamar y decir: Levantad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevad vosotras, oh puertas de la eternidad, y entrará el rey de la gloria, el Señor fuerte y poderoso en las batallas [1], el Señor de los ejércitos, ese que es el Rey de la gloria.

Los apóstoles, que no tenían ni la inteligencia, ni la pureza, ni la nobleza de aquellos espíritus, pero á quienes el Espíritu de Dios quería inspirar la mas grande y sublime que jamás tuvo criatura alguna sobre la tierra, y que en el estado de santa contemplación en que habian quedado no se habian de preparar para recibirlo, vieron junto á sí dos ángeles bajo la figura humana, vestidos de blanco, los que le dijeron: Varones de Galilea, ¿qué hacéis en este lugar mirando hácia el cielo? Este Jesus, vuestro Salvador y nuestro Dios, que acaba de subir en vuestra presencia, volverá algun día, segun os tiene profetizado. ¡Oh, si tuviéramos siempre en la memoria este instante precioso en que sube Cristo á tomar posesión de todos los derechos á la derecha de su Eterno Padre! Se elevó para cumplir con su fidelidad propia todas las profecías, para llenar nuestros corazones de su Espíritu, toda la Iglesia de sus dones, la

[1] Ps. 22. vs. 7 et seqs.

tierra de la grandeza de su nombre, y el cielo de su gloria y de su presencia; porque ya quedaba el infierno confundido y sujetado con su poderío, y el mundo con el testimonio de sus palabras y predicciones, de sus milagros y de sus misterios; pues él mismo, hablando con Nicodemo, le declaró tan ciertamente el misterio de su gloriosa ascension á los cielos, que lo pintó como un acontecimiento ya verificado, diciendo [1]: Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, á saber, el Hijo del hombre que está en el cielo. Cuando después de haber multiplicado los panes y peces enseñó á sus discípulos el adorable misterio de la transustanciación en la Sagrada Eucaristía, y algunos de ellos se escandalizaron, no les dijo [2]: ¡Esto os ofende y escandaliza? ¡Pues qué será cuando viéreis al Hijo del hombre subir donde antes estaba? Y en la noche de su juicio interrogado por el sumo sacerdote para que le diga si él es Cristo Hijo de Dios vivo, no le responde [3]. Aun os digo que de aquí á poco tiempo habéis de ver venir al Hijo del hombre asentado á la diestra de Dios omnipotente y venir sobre las nubes del cielo.

Y sobre todo, no habia dicho á su mismos apóstoles con toda claridad y precisión [4]: ¡Salid del Padre y vine al mundo; ahora deo al mundo y vuelvo otra vez al Padre! Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza; mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy el Consolador no vendrá á vosotros; mas si yo me voy, os lo enviaré. Aquel Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas que yo os he dicho [5]. Cuando viniere el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí y os enseñará toda verdad.

Aparecieron por consiguiente los ángeles como casi en todos los misterios del Hijo de Dios, y como aparecerán tambien en su segunda venida, y recordaron á los apóstoles el cumplimiento de sus deberes, los que habiendo adorado por segunda vez con la mayor humildad á su divino Maestro, partieron del monte con la mayor

[1] Evang. Joann. cap. 3, v. 33.

[2] Idem cap. 6, vs. 62 et 63.

[3] Math. cap. 23, v. 64.

[4] Joann. cap. 16, v. 28.

[5] Joann. cap. 14, v. 26.

alegría y fueron á encerrarse en la casa donde posaban desde su arribo á la ciudad. San Lucas refiere cuidadosamente los nombres de los once que se reunieron, y nos dicen que eran: Pedro, cabeza de todos, Juan, Diego, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé Mateo, Jacobo, hijo de Alpheo, Simón, por sobrenombre Zelotes, y Judas, hijo de Jacobo [1], los que retirados allí no salían sino para encaminarse al templo, preparándose como verdaderos israelitas para la celebración de la Pascua de Pentecostés; por lo que ni su reunión, ni su presencia causaba recelos á los miembros de la Sinagoga y á los judíos incrédulos. Su oración era continuada y sobremanera fervorosa, pidiendo al Señor unánimes y conformes, el cumplimiento de sus promesas. La Madre de Jesús presidía y autorizaba estos actos de adoración y amor de la Iglesia naciente, y á ellos asistían, con no menos fervorosa esperanza; las santas y piadosas mujeres, y los que se llamaban parientes de Jesús. Cuales serían los consuelos y dulzuras interiores con que el Señor los alentaría en aquel retiro, puestos bajo la protección y tutela de su Madre santísima y purísima, es mucho más fácil de conocer, y aun de comprender que de explicar; y más conociendo el Señor que la mayor parte de aquellas personas eran aun flacas, tímidas y aun poco ilustradas, y que habían de ser los fundadores de la nueva Iglesia y los primeros héroes del cristianismo; por consiguiente, es preciso confesar que solo el Señor, conocedor de todas las necesidades y reparador de todos los consuelos, que conocía bien aquellas y que era el único que podía socorrerlas, les llenaría de todos los que necesitaban para permanecer tranquilos y firmes hasta que bajase sobre ellos el Espíritu de fortaleza y el amor, y saliesen del Cenáculo anunciando á Jerusalén, á la Judea y al mundo todo, el glorioso triunfo de aquel á quien habían crucificado, confirmando su predicación y doctrina con portentos y milagros.

Si pues los hijos de Israel, y Moisés, y María su hermana, después del tránsito del Eritreo, entonaron al Señor un cántico de alabanza para enervorizar el corazón del pueblo y excitarle á la más sincera gratitud y á la más fervorosa acción de gracias hacia aquel

[1] Actor, cap. 1, v. 13.

gran Dios que lo había redimido y salvado de la dura esclavitud de Egipto, el pueblo cristiano y fiel, redimido y salvado por Jesús de la durísima esclavitud del infierno y de la condenación á la muerte eterna, pasado y superado el mar rojo de su pasión y muerte, viendo que ha subido triunfante y vencedor á los cielos, llevando consigo la multitud cautiva que tenía el príncipe de las tinieblas, por cuya razón no se oyó en el cielo sino el más sonoro y armonioso cántico de alabanza, que repite sin cesar: *Digno es el Cordero que fué sacrificado de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición.* Y todas las criaturas que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar, y cuantas hay en todos los lugares, todas repitieron: *Al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos* [1]. *El reino de este mundo ha venido á ser reino de nuestro Señor y de su Cristo; y destruido ya el pecado, reinará por los siglos de los siglos. Amen* [2]. Justo es, muy justo y debido, que todos los que fuimos redimidos con la sangre de este mismo Cordero, todos los que por medio del bautismo hemos sido llamados á la altísima dignidad de hijos suyos y herederos de su reino, miembros por tanto de esta Iglesia santa, depositarios de su preciosísimo cuerpo y sangre, y de los méritos infinitos de su sacratísima pasión y muerte, que se nos comunican por medio de los Sacramentos, le entonemos también por conclusión de este nuestro pequeño é insignificante trabajo, en protextación de nuestra más sincera gratitud y reconocimiento, y en acción de gracias de las grandes é inmensas misericordias que por sola su bondad con nosotros ha usado, el mismo cántico con que el Salmista rey describió su admirable ascensión á los cielos, profetizó la vocación de los gentiles y deseó excitar en el corazón de todas las criaturas los más sublimes y entusiasmados afectos de alegría y gratitud.

Gentes todas del universo, naciones todas de la tierra, palmo-tead y aplaudid el triunfo del Señor; cantad alegres á Dios himnos

[1] Apocalip. cap. 5, vs. 12 et 13.

[2] Ibid. cap. 11, v. 15.

de alegría, de loor y alabanza con voces de júbilo. Porque excelso es el Señor y terrible, está sentado sobre los querubines y hace á todos sus ministros como llamas de fuego ardiente; es el Rey grande sobre toda la tierra; es el Rey de los reyes, el Rey inmortal de los siglos, y cuya voluntad suprema no puede contradecirse. Como había de dar extension y dominio á su Iglesia, cumplió fielmente su promesa, y sometió á ella los pueblos, y puso á sus pies las naciones. Eligió á los apóstoles por herencia suya; porción bella de Jacob, á quien había amado, y á todos los que en pos de ellos vinieron creyendo en las extremidades del orbe y hasta la consumación de los siglos. Ascendió Dios á los cielos, de donde vino para redimirnos, acompañado de millares de santos, entre las voces del contento y el júbilo y al son de sonoros clamores. Cantad, pueblos de la tierra, loores á nuestro Rey. Porque Dios es el Rey de toda la tierra, cantadle salmos sabiamente. Dios, sentado sobre su santo solio, ha de reinar sobre todas las naciones. ¡Ah! sí, vendrá el día dichoso; llegará el apetecido y venturoso día en que los príncipes de los pueblos gentiles é idólatras depondrán sus errores, y los incrédulos y hereges su ceguera y obstinación; se reunirán con el Dios de Abraham; entrarán en el seno de la Iglesia santa, se hará la paz en toda la tierra por la fuerza irresistible de su gracia, no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor, porque Dios es el Dios protector de la tierra, y ha sido en gran manera ensalzado. ¡Oh Señor! Acelera notablemente este plazo. destierra de entre nosotros el espíritu de la turbulencia y el error, y concede á esta nación fiel, y á todos los que renacimos y fuimos reengendrados con las aguas saludables del bautismo, el espíritu de la fe, de la caridad y de la paz, para que unidos con estos vínculos santos lleguemos á formar tu verdadero pueblo en la tierra, y al salir subamos á gozar de tu amable compañía con la de tu Madre santísima y de todos los ángeles y santos de tu reino dichoso y eterno. Amen.

ORACION.

¡Oh Jesús dulcísimo! Salvador y Redentor de todos los que á ti acuden é imploran tu misericordia y clemencia: en quién hemos de

poner nuestra esperanza sino en ti, que puedes abrir el corazón á tu palabra, y juntamente con la fe inspirar amor á las verdades de la salud: ya que resucitando de entre los muertos subiste á la diestra de tu Padre para abrirnos las puertas del cielo que estaban cerradas por el pecado del hombre, atrae hacia ti nuestro entendimiento, para que solo á ti ardientemente deseemos y busquemos. Danos el que todo nuestro deseo y cuidado sea dirigirnos hacia el lugar donde firmemente creemos que subsiste, para que la miseria que por todas partes nos rodea, solo afecte nuestro cuerpo, y contigo estén siempre nuestro entendimiento y todos los afectos de nuestro corazón; porque tú solo eres nuestro tesoro apetecible y amable. Llévanos en pos de ti, para que subiendo por tu gracia de virtud en virtud, á ti solo, Dios de los dioses, consigamos ver y gozar en la santa Sion, donde eternamente habitas. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI de san Marcos desde el versículo 14 hasta el 20, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como Evangelio de la misa del día de la Ascension. Dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vs. 14 al 20.

En aquel tiempo, estando sentados á la mesa los apóstoles, se les apareció Jesús, y les afeó su incredulidad y dureza de corazón, porque no dieron crédito á los que le habían visto resucitado, y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado. Y estas señales se acompañarán á los que creyeren: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebiesen alguna cosa no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sanos. — 97.

nos. Y el Señor Jesús, después que les habló, fué recibido arriba en el cielo, y está sentado á la diestra de Dios. Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

Todo lo que está escrito en esta obra lo sujeto humildemente al juicio de los sabios y á la correccion de nuestra santa Madre la Iglesia.

Antonio Roselló y Sureda, presbítero.

FIN DEL TOMO III Y DE LA OBRA.



DIRECCIÓN GENERAL DE B

INDICE DE LO CONTENIDO EN ESTE TERCER TOMO.

	PAGE.
CAPITULO I.—Declara Jesucristo á los judíos su divina misión, su eternidad y otras verdades, y quieren apedrearle,	3
CAPITULO II.—Cura Jesús á un ciego de nacimiento, examínale los escribas y fariseos, y reprende el Salvador su infidelidad y dureza,	36
CAPITULO III.—Explica Jesús con una parábola á los escribas y fariseos el carácter y propiedades de un buen pastor, y representa la diferencia que hay entre él y el jornalero,	56
CAPITULO IV.—Asiste Jesús á la fiesta de las Ensimas ó de la dedicacion del templo; declara á los judíos quién es, y quieren otra vez apedrearle,	72
CAPITULO V.—Defiende el Salvador á sus discípulos de las calumnias de los escribas y fariseos, y condena las tradiciones humanas, y las prácticas supersticiosas que no están en armonía con los preceptos de la religion,	84
CAPITULO VI.—Cura el Señor á la canea, á un sordo y mudo, y con siete panes y unos pocos peces alimenta cuatro mil hombres.	99
CAPITULO VII.—Manda Jesús á sus discípulos que se guarden de la mala levadura; da vista á un ciego en el camino de Betsaida, y	

habiendo llegado á Cesarea de Filipo elogia y premia la fe de san Pedro, y exhorta á sus discípulos á que le oigan é imiten los ejemplos de su pasión, , , , , 128

CAPITULO VIII.—Transfiguración de Jesús en el monte Thabor, en la que se muestra gloriosa á tres de sus discípulos; y al día siguiente al bajar del monte sana á un lunático y endemoniado que aquellos no habían podido curar por falta de fe, , , , , 153

CAPITULO IX.—Al pasar Jesús por Galilea anuncia claramente á sus discípulos su pasión, muerte y resurrección: llegado á Cafarnaum mandó á Pedro pagar el tributo de las dos dracmas, y dirime después la disputa sobre la primacía, , , , , 183

CAPITULO X.—Prohíbe Jesús á sus discípulos se opongan á cierto hombre que expelia los demonios en su nombre, aunque no era del número de aquellos: les da lecciones de modestia y humildad, y les manda no escandalicen ni desprecien á los pequeñuelos; amenazando con un espantoso castigo á los que tal hicieren; y al fin publica su infinita misericordia con las tres parábolas de la oveja y de la dracma perdidas, y del hijo pródigo, , , , , 196

CAPITULO XI.—Enseña Jesucristo el modo como se ha de verificar la corrección fraterna; declara la obligación de perdonar las injurias hasta setenta veces siete, y propone la parábola del rey que pidió cuentas á sus criados, , , , , 227

CAPITULO XII.—Satisface cumplidamente Jesús á la pregunta maliciosa de los fariseos cuando le preguntan sobre los motivos del repudio; se le presentan unos pequeñuelos para que los bendiga, y manda no se les prohiba se acerquen á él; y respondiendo después á la pregunta de un joven, declara en qué consiste la perfección de la pobreza, , , , , 247

CAPITULO XIII.—De los doce consejos Evangélicos; de la dificultad é imposibilidad de entrar los ricos en el reino de los cielos, y del premio de los que lo dejan todo por seguir á Cristo, , , , , 268

CAPITULO XIV.—Conduce el padre de familias obreros á su viña y á todos paga igualmente; un hombre rico pide cuentas á su mayordomo, y el mal rico es sepultado en el infierno, mientras Lázaro el mendigo es colocado entre los amigos de Dios, , , , , 282

CAPITULO XV.—Resucita el Señor á Lázaro, conjúranse contra él los pontífices y fariseos, y vaticina Caifás la conveniencia de su

muerte, , , , , 323

CAPITULO XVI.—Cura el Señor á diez leprosos; los samaritanos se niegan á recibirle, , , , , 347

CAPITULO XVII.—Contesta Jesús á la petición de la madre de los hijos del Zebedeo; da vista á un ciego antes de entrar en Jericó, llama después á Zaqueo, y al salir de dicha ciudad ilumina á otros dos ciegos, , , , , 356

CAPITULO XVIII.—Es recibido Jesús en el castillo de Bethania por Marta y María, y convidado á comer en casa por Lázaro su hermano derrama María el unguento sobre su cabeza, , , , , 376

CAPITULO XIX.—Entra Jesús triunfante en Jerusalem sentado sobre una jumentillo; y aunque es bien recibido, llora después sobre la ciudad, presagiando su ruina, , , , , 387

CAPITULO XX.—Atroja Jesús segunda vez á los que compran y venden en el atrio del templo; echá la viuda dos monedas de cobre en el gazophilacio, y explica la parábola del fariseo y el publicano, 406

CAPITULO XXI.—Maldice el Señor una higuera porque no halló fruto en ella; parábola del grano de trigo, y del destronamiento del príncipe de este mundo, , , , , 423

CAPITULO XXII.—Confunde Jesús á los escribas y fariseos en todas las preguntas que se le hacen, y les presenta la parábola del padre de familias que plantó su viña y la arrendó á unos colonos que después asesinaron al legítimo heredero, , , , , 443

CAPITULO XXIII.—Un hombre rico convida á varios á las bodas de su hijo; unos se excusan y otros resisten acudir al festín: el que se presenta sin el vestido de la boda es arrojado fuera. Contesta después Jesús satisfactoriamente á la cuestión que le presentan sobre la paga del tributo, y á la de la mujer que tenía siete maridos, y satisface la petición del fariseo que deseaba saber cuál era el primero y grande mandamiento de la ley, , , , , 464

CAPITULO XXIV.—Declara Jesús que se han de oír las doctrinas de los escribas y fariseos, pero que no se han de imitar sus obras, y á quienes se dará la sentencia de condenación eterna, , , , , 492

CAPITULO XXV.—Predice el Señor las señales que precederán á su última venida, y á la consumación del siglo; declara la venida al mundo y la persecución del Antecristo; con varias parábolas avisa á sus apóstoles para que estén prevenidos, y les anuncia des-

pues su aparicion como Juez de vivos y muertos, y lo que entonces se ha de verificar.	507
CAPITULO XXVI.—Empieza la pasion de Jesús.	550
§ 1.º Concilio tenido en Jerusalem contra Jesús, y resolucion de prenderle y matarle.	13.
§ 2. Come Jesús en Bethania en casa de Simon el leproso, y una mujer derrama sobre su cabeza un exquisito bálsamo.	553
§ 3. Pacta Judas con los escribas y fariseos por un precio determinado la venta de su Maestro.	556
§ 4. Envía Jesús dos de sus discípulos á Jerusalem para preparar las cosas necesarias para la celebracion de la Pascua.	559
§ 5. Come con sus apóstoles la cena legal, y les declara que uno de ellos lo ha de vender y entregar.	562
§ 6. Lava los pies á sus apóstoles.	565
§ 7. Cena eucarística ó institucion del santísimo Sacramento de la Eucaristia.	569
§ 8. Aclamaciones importantes de Cristo, y fervorosas súplicas á su Eterno Padre.	576
§ 9. Sale del Cenáculo y se encamina al huerto de Gethsemani ó de las Olivas.	598
§ 10. Jesús en el huerto hasta su prision.	602
§ 11. Jesús es presentado á Anás.	610
§ 12. Jesús en casa de Caifás y ante el consejo de los ancianos: negacion de san Pedro.	614
§ 13. Es presentado Jesús á Pilatos, y por este es remitido á Herodes. Judas se arrepiente y se ahorca.	620
§ 14. Devuelve Herodes al Salvador á Pilatos, el que hace algunos esfuerzos aunque débiles para salvarlo. Sufrir un nuevo interrogatorio; es azotado, coronado de espinas, vestido con una purpura de escarnio, pospuesto á Barrabás, y por último condenado á muerte afrentosa de cruz.	629
§ 15. Sale Jesús de Jerusalem llevando la cruz á cuestas; en su marcha al calvario profetiza la ruina de la ciudad ingrata, y luego que llega al lugar del suplicio es crucificado entre los dos ladrones que le acompañan.	641
§ 16. Clavado el Salvador en la cruz es escarnecido é insultado por sus enemigos: pronuncia desde ella siete palabras misteriosas.	

después de las que entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre.	649
§ 17. Sucesos extraordinarios que se verificaron en la muerte de Jesús: pide José á Pilatos el cuerpo del Salvador; y bajado de la cruz es depositado en los brazos de santísima Madre, y después es sepultado.	669
§ 18. Desciende el alma de Jesucristo á los infiernos á consolar la de los justos que esperaban su santo advenimiento.	682
CAPITULO XXVII.—Resuscita Jesucristo de entre los muertos, y los guardias del sepulcro huyen poseidos de temor y espanto. Aparece en el mismo dia, primero á su Madre, después á María Magdalena, luego á las piadosas mujeres, y por último á los discípulos que desde Jerusalem marchaban á Emmaus.	695
CAPITULO XXVIII.—En el mismo dia de su triunfante resurreccion aparece el Salvador á sus apóstoles después de anochecido, estando encerrados en el Cenáculo, faltando empero Tomás: operacion que repite ocho dias después en el mismo parage cerradas tambien las puertas, estando á la vez Tomás con ellos.	720
CAPITULO XXIX.—Reúnense los discípulos en el monte segun el mandato de Jesús, y allí les aparece: y después les manifiesta otra vez en la ribera del mar de Tiberiades ó lago de Genezareth.	732
CAPITULO XXX.—Déjase ver Jesús por última vez de todos sus apóstoles y discípulos en Jerusalem, y después de haber conversado y comido con ellos, los condujo hacia Bethania, donde bendiciéndoles, se elevó majestuosamente á su vista y subió á los cielos con su propia virtud y poder.	750

